

Justo Zaragoza.

HISTORIA ANTIGUA

DE

MÉXICO Y DE SU CONQUISTA,

Sacada de los mejores historiadores españoles, y de los manuscritos y pinturas antiguas de los indios:

DIVIDIDA EN DIEZ LIBROS: ADORNADA CON MAPAS Y ESTAMPAS,

E ILUSTRADA CON DISERTACIONES

SOBRE LA TIERRA, LOS ANIMALES Y LOS HABITANTES DE MEXICO

ESCRITA

POR D. FRANCISCO J. CLAVIGERO;

Y TRADUCIDA DEL ITALIANO

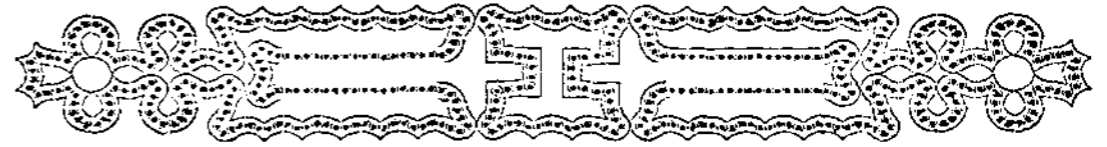
por J. Joaquin de Alora.



D. FRANCISCO JAVIER CLAVIGERO.



MEXICO:
Imprenta de Lara, calle de la Palma, núm. 4.
1844.



À LA UNIVERSIDAD DE ESTUDIOS

DE

MÉXICO.



ILUSTRÍSIMOS SEÑORES.

Una Historia de México escrita por un mexicano, que no busca protector que lo defienda, sino guía que lo dirija, y maestro que lo ilumine, debe consagrarse al cuerpo literario mas respetable del Nuevo Mundo, como al que, mas instruido que ningun otro en la Historia mexicana, parece el mas capaz de juzgar el mérito de la obra, y descubrir los defectos que en ella se encuentren.

Yo me avergonzaria de presentaros una obra tan defectuosa, si no estuviera seguro que vuestra prudencia y vuestra benignidad no son inferiores á vuestra eminente doctrina. Sabeis cuan arduo es el argumento de mi obra, y cuan difícil desempeñarlo con acierto, especialmente para un hombre agobiado de tribulaciones, que se ha puesto á escribir á mas de siete mil millas de su patria, privado de muchos documentos necesarios, y aun de los datos que podían suministrarle las cartas de sus compatriotas. Cuando conozcais pues al leer la obra, que está mas que una historia, es un ensayo, una tentativa, un esfuerzo aunque atrevido de un ciudadano, que á despecho de sus calamidades ha querido ser útil á su patria; léjos de censurar sus errores, compadecereis al autor, y agradeceréis el servicio que

ha hecho, abriendo un camino, cubierto, por desgracia nuestra, de dificultades y estorbos.

De otro modo ¿quién osaría comparecer con tan humilde don ante un cuerpo tan recomendable, que habiendo sido desde su origen consumado y perfecto, ha continuado aumentando su perfección? ¿Quién no se arrodará, lleno de un santo respeto, al ver en vuestras aulas las imágenes de aquellos hombres ilustres, honra de la nueva y de la antigua España, y al oír los nombres inmortales de Vera-Cruz, Hortigosa, Naranjo, Cervantes, Salcedo, Sariñana, Siles, Sigüenza, Bermudez, Eguiara, Miranda, Portillo, &c., que bastarian á eternizar las mas famosas academias de la docta Europa? Bastarian á desanimar al autor los nombres de vuestros doctores actuales, y entre otros el del clarísimo canciller y gefe de vuestra Universidad, á quien, ademas del ilustre nacimiento, el sublime ingenio, la suma erudicion en las letras humanas y sagradas, y una sólida piedad han ensalzado á los mas distinguidos puestos literarios, y lo hacen dignísimo de la púrpura sagrada.

Pero dejando aparte los encomios que os son debidos, pues parecerian lisonjas á los que ignoran vuestro superior mérito, quiero ahora quejarme amigablemente con los individuos de ese cuerpo, del descuido de nuestros antepasados con respecto á la Historia de nuestra patria. Cierto es que hubo hombres dignísimos que se fatigaron en ilustrar la antigüedad mexicana, y nos dejaron acerca de ella preciosos escritos. Tambien es cierto que hubo en esa Universidad un profesor de antigüedades, encargado de explicar los caracteres y figuras de las pinturas mexicanas, por ser tan importante para decidir en los tribunales los pleitos sobre la propiedad de las tierras, y sobre la nobleza de algunas familias indias; mas de esto mismo nacen mis quejas. ¿Por qué no se ha conservado aquella cátedra? ¿Por qué se han dejado perder aquellos escritos tan apreciables, y sobre todo los del doctísimo Sigüenza? Por falta de profesor de antigüedades no hay

* La Universidad de México fué erigida por orden del Emperador Carlos V. y con autorizacion del papa Julio III en 1553, con todas las prerogativas y privilegios de la de Salamanca. Fueron excelentes los primeros lectores, como escogidos entre los literatos de España, cuando florecian allí las ciencias. Uno de ellos, el P. Alfonso de la Vera-Cruz, agustiniano, publicó en México y en España muchas obras filosóficas y teológicas, que merecieron el aprecio de los doctos. Otro, el Dr. Cervantes, publicó en México algunos excelentes diálogos latinos. Los rápidos progresos de aquella insigne Universidad se echaron de ver en el III Concilio Mexicano, celebrado el año de 1585, el cual, segun los inteligentes, es uno de los mas doctos entre los concilios nacionales y provinciales. Hay en el dia veintitres lectores ordinarios de retórica, filosofía, teología, jurisprudencia canónica y civil, medicina, matemáticas y lenguas.

† De los hombres grandes de la Universidad mexicana hacen honrosa mencion Cristóbal Bernardo de la Plaza, en su Crónica de la misma Universidad, que comprende desde el año de 1553 hasta el de 1683; el Dr. Eguiara en la Biblioteca mexicana, y en el prefacio de su teología; Finelo en su Biblioteca Occidental, y otros muchos autores europeos, y americanos.

quien entienda en el dia las pinturas mexicanas, y por la pérdida de los escritos, la Historia de México ha llegado á ser difícil, si no de imposible ejecucion. Pues no es dable reparar aquella pérdida, á lo ménos consérvese lo que queda. Yo espero que vosotros, que sois en esos países los custodios de las ciencias, trataréis de preservar los restos de la antigüedad de nuestra patria, formando en el magnífico edificio de vuestras reuniones, un museo no ménos útil que curioso, en que se recojan las estatuas antiguas que existan ó se vayan descubriendo en las escavaciones, las armas, los trabajos de mosaico y otras preciosidades semejantes; las pinturas mexicanas, esparcidas en diversos puntos, y sobre todo los manuscritos, tanto de los primeros misioneros y de otros antiguos españoles, cuanto de los mismos indios, que existen en las librerías de algunos monasterios, de donde podian sacarse copias, ántes que los devore la polilla, ó por alguna otra desgracia se pierdan. Lo que hizo pocos años hace un curioso y erudito extranjero*, nos da á conocer lo que podian hacer nuestros compatriotas, cuando á la diligencia y á la industria uniesen la prudencia que se necesita para sacar aquellos monumentos de manos de los indios.

Dignaos entretanto aceptar este trabajo, como una muestra de mi sincerísimo amor á la patria, y de la suma veneracion con que soy de V. S. Ilustrísima

Afectuoso compatriota y humildísimo servidor

Francisco Javier Clavigero.

Bolonia, 13 de Junio de 1780.

* El caballero Boturini.

PREFACIO.

LA Historia de México, que he emprendido para evitar una ociosidad enojosa y culpable, á que me hallaba condenado; para servir á mi patria en cuanto mis fuerzas lo alcanzasen, y para reponer en su esplendor á la verdad ofuscada por una turba increíble de escritores modernos sobre América, me ha ocasionado tantas dificultades y fatigas como gastos. Porque dejando aparte los grandes dispendios que he hecho para proporcionarme los libros necesarios de Cádiz, Madrid, y otras ciudades de Europa, he leído y examinado diligentemente casi todo lo que se ha publicado hasta ahora sobre el asunto; he estudiado gran número de pinturas históricas mexicanas; he confrontado las relaciones de los escritores, y he pesado en la balanza de la crítica su autoridad; me he valido de los manuscritos que ya habia leído durante mi mansion en Mexico, y he consultado muchos hombres prácticos de aquellos paises. A estas diligencias podria añadir para acreditar mi celo los treinta y seis años que he permanecido en muchas provincias de aquellas vastas regiones; el estudio que he hecho de la lengua mexicana, y el trato que he tenido con los mismos Mexicanos cuya historia escribo. No me lisonjeo sin embargo de haber hecho una obra perfecta; pues ademas de hallarme destituido de las dotes de ingenio, juicio y elocuencia, que se requieren en un buen historiador, la pérdida lamentable de la mayor parte de las pinturas, que tantas veces he deplorado, y la falta de tantos manuscritos preciosos que se conservan en muchas bibliotecas de México, son obstáculos insuperables para el que se dedique á semejante tra-

bajo, sobre todo léjos de aquellos paises. Sin embargo yo espero que será bien acogido mi ensayo, no ya por la elegancia del estilo, por la belleza de las descripciones, por la gravedad de las sentencias, ni por la grandeza de los hechos referidos; sino por la diligencia de las investigaciones, por la sinceridad de la narracion, por la naturalidad del estilo, y por el servicio que hago á los literatos deseosos de conocer las antigüedades mexicanas, presentándoles reunido en esta obra, lo mas precioso que se halla esparcido en las de diversos autores, y muchas cosas que ellos no han publicado.

Habiéndome propuesto la utilidad de mis compatriotas por fin principal de mi trabajo, escribí desde luego mi Historia en español: inducido despues por algunos literatos italianos, que se mostraban deseosos de leerla en su propio idioma, tomé el nuevo y laborioso empeño de hacer la traduccion; así que si algunos sugetos tuvieron la bondad de creerme digno de elogio, ahora tendrán la de compadecerme.

Inducido tambien por algunos amigos, escribí el ensayo de historia natural de México, que se lee en el libro primero, aunque yo no lo creia necesario, y quizás habrá muchas personas que lo juzguen importuno; mas para no alejarme de mi propósito, traté de referir á la historia antigua todo lo que digo sobre las producciones de la naturaleza, indicando el uso que de ellas hacian los antiguos mexicanos. Por el contrario, los aficionados al estudio de la naturaleza, dirán que este ensayo es demasiado breve y superficial, y no se engañarán en ello; mas para satisfacer su curiosidad seria necesario escribir una obra harto diversa de la que yo he emprendido. Yo al cabo me hubiera ahorrado gran fatiga, á no haber querido complacer á aquellos amigos, porque para lo poco que he dicho sobre la historia natural, he debido consultar las obras de Plinio, de Dioscorides, de Laet, de Hernandez, de Ulloa, de Buffon, de Bomare, y de otros naturalistas; no bastándome lo que yo mismo habia visto, ni lo que he sabido por informes de hombres inteligentes, y prácticos en aquellos paises.

En nada he tenido mas empeño que en mantenerme en los límites de la verdad, y quizás mi Historia seria mejor recibida por muchos, si la diligencia que he empleado en averiguar lo verdadero, hubiera sido aplicada á hermosear mi narracion con un estilo brillante y seductor, con reflexiones filosóficas y políticas, y con hechos creados por mi imaginacion, como veo que hacen muchos escritores de nuestro ponderado siglo; pero enemigo declarado de todo engaño, mentira y afectacion, siempre he creído que la verdad nunca es mas hermosa que cuando se presenta en su primitiva desnudez. Al referir los sucesos de la conquista de los españoles, me he ale-

jado igualmente del panegírico de Solís, y de las invectivas de Las Casas; pues ni quiero adular, ni calumniar á mis compatriotas*. Cuento los hechos con la certeza ó verosimilitud con que los encuentro; si no puedo averiguar lo cierto, por la diversidad de opiniones de los escritores, como me sucede con respecto á la muerte de Moteuczoma, espongo sinceramente sus diversos sentimientos, sin omitir las conjeturas que dicta la sana razón. En fin, siempre he tenido á la vista aquellas dos santas leyes de la historia, á saber, no atreverse á decir lo falso, ni tener miedo á decir lo verdadero; y creo que no las he infringido.

Habrán sin duda lectores delicados que no puedan soportar la dureza de los nombres mexicanos sembrados en el curso de mi Historia; pero este es un mal que no hubiera podido evitar sin esponerme á incurrir en otro defecto mas intolerable, y harto comun en casi todos los europeos que han escrito sobre América: á saber, el de alterar de tal modo los nombres para suavizarlos, que no es posible conocerlos. ¿Quién será capaz de adivinar que Solís habla de *Quauhnauac* cuando dice *Quatablaca*, de *Huexotlipan*, cuando dice *Gualipar*, y de *Cuítlalpitoc*, cuando dice *Pilpatoc*? Por esto me ha parecido mas seguro imitar el ejemplo de muchos escritores modernos, que cuando citan en sus obras los nombres de personas, pueblos, rios, &c. de otra nacion de Europa, los escriben del mismo modo que los nacionales los usan; y sin embargo nombres hay en las lenguas ilirica y alemana, mucho mas duros á los oidos de los habitantes del Mediodía, por el mayor concurso de consonantes fuertes, que todas las voces mexicanas que yo he citado.

Por lo que hace á la geografia de Anáhuac, he puesto todo mi empeño en adoptar la mayor exactitud posible, valiéndome de la noticia que yo mismo tomé de aquellas regiones en los muchos viajes que por ellas hice, y de los datos y escritos ajenos; mas con todo no la he logrado completamente, pues en despecho de mis activas diligencias no he podido haber á las manos las escasas observaciones astronómicas hechas en los sitios mismos. Por tanto, la posicion y la distancia que indico, tanto en el cuerpo de la obra, como en el mapa geográfico, no deben creerse tan exactas como la ciencia lo exige; sino como un cálculo hecho por un viajero diestro, que juzga por lo que ven sus ojos. He tenido en mis manos innumerables mapas geográficos de México, tanto antiguos como modernos, y me hubiera sido

* No quiero decir que Solís sea un adular; ni Las Casas un calumniador, sino que en mi pluma sería calumnia ó adulacion lo que aquellos autores escribieron, el uno por el desseo de engrandecer á su héroe, y el otro por celo en favor de los indios.

fácil copiar uno de ellos, con algunas leves alteraciones, para arreglarlo á la geografia antigua: pero entre todos no he hallado uno solo que no esté lleno de errores, tanto con respecto á la latitud, y longitud de los pueblos, como por lo que hace á la division de las provincias, el curso de los rios, y la direccion de las costas. Para conocer el caso que merecen los mapas publicados hasta ahora, basta notar la diferencia que ofrecen en la longitud de la capital, aunque debiera ser mas conocida que las de todas las otras ciudades de México. Esta diferencia no es de menos de grados, pues segun unos está á los 264 ° segun el meridiano de la isla de Hierro; segun otros á los 265, á los 266, y así hasta los 278, y quizas mas aun.

No menos por adorno de mi obra, que para facilitar la inteligencia de muchas cosas que en ella se describen he hecho grabar hasta veinte estampas*. Los caracteres mexicanos, y las figuras de ciudades, reyes, armaduras, trages, y escudos; las del siglo año y mes, y la del diluvio, se han tomado de varias pinturas mexicanas. La del templo mayor se ha hecho por la del conquistador anónimo, corrigiendo sus medidas, y añadiendo lo de mas segun la descripcion de los autores antiguos. El dibujo del otro templo es copia del que publicó Valadés en su retórica cristiana. Las figuras de flores y animales son, por la mayor parte, copia de las de Hernandez. El retrato de Moteuczoma es el que publicó Gemelli, y sacó del original que tenia Sigüenza. Todas las otras figuras se han trazado segun lo que yo he visto, y lo que cuentan los historiadores antiguos.

Ademas me ha parecido conveniente dar una breve noticia de los escritores de la historia antigua de México, tanto para hacer ver los fundamentos de mi trabajo, quanto para honrar la memoria de algunos ilustres Americanos, cuyos escritos son desconocidos en Europa. Servirá tambien para indicar las fuentes de la historia mexicana, á los que quieran perfeccionar este mi imperfecto trabajo.

* A esta edicion se han añadido cinco estampas, mas de las que el autor mandó gravar en Bolonia.



HISTORIA ANTIGUA

DE

MÉXICO.

LIBRO PRIMERO.

Descripcion del pais de Anáhuac, ó breve relacion de la tierra, del clima, de los montes, de los rios, de los lagos, de los minerales, de las plantas, de los animales y de los hombres del antiguo reino de México.

El nombre de Anáhuac, que se dió en los principios solo al valle de México, por haber sido fundadas sus principales ciudades en las islas y en las márgenes de los dos lagos, estendido despues á una significacion mas amplia, abrazó casi todo el gran pais, que en los siglos posteriores se llamó Nueva-España(1).

DIVISION DEL PAIS DE ANAHUAC.

Aquella vastísima estension estaba entonces dividida en los reinos de México, de Acolhuacán, de Tlacopan y de Michuacan; en las repúblicas de Tlaxcallan, de Cholollan y de Huexotzingo y en algunos otros estados particulares.

El reino de Michuacan, que era el mas occidental de todos, confinaba por Levante y Mediodía con los dominios de los Mexica-

nos; por el Norte, con el pais de los Chichimecas y otras naciones bárbaras, y hácia el Occidente, con el lago de Chapallan y con algunos estados independientes. La capital, Tzintzuntzan, llamada por los Mexicanos Huitzitzilla, estaba situada á la orilla oriental del hermoso lago de Pátzcuaro. Habia ademas otras ciudades importantes, como las de Tiripitio, Zacapu y Tarécuato. Todo aquel pais era ameno, rico y bien poblado.

El reino de Tlacopan, situado entre los de México y Michuacan, era de tan poca estension, que, fuera de la capital del mismo nombre, solo comprendia algunas ciudades de la nacion Tepaneca, y las villas de los Masahuas, esparcidas en los montes occidentales del valle mexicano. La capital estaba en la orilla occidental del lago Tezcocano, á cuatro millas al Poniente del de México (2).

(1) *Anáhuac* quiere decir *cerca del agua*, y este es probablemente el origen del nombre de Anahuatlaca ó Nahuatlaca, con el cual eran conocidas las naciones que ocuparon las orillas del lago de México.

(2) Los españoles, alterando los nombres mexicanos, ó mas bien adaptándolos á su idioma, dicen Ta-

El reino de Acolhuacan, el mas antiguo, y en otros tiempos el mas vasto de todos los estados que ocupaban aquellos países, se redujo despues á límites mas estrechos, á efecto de las conquistas que hicieron los Mexicanos. Confinaba por el Oriente con la república de Tlaxcallan; por Mediodía, con la provincia de Chalco, perteneciente al reino de México; por el Norte, con el país de los Huastecas, y por el Poniente terminaba en el lago de Texcoco. Limitábanlo en otros puntos, diferentes estados mexicanos. Su longitud de Norte á Mediodía era de poco mas de doscientas millas; su mayor anchura no excedia de sesenta; mas este pequeño recinto comprendia grandes ciudades y pueblos numerosos. La capital, llamada Texcoco, situada en la orilla oriental del lago del mismo nombre, á quince millas al Oriente de la ciudad de México, fué justamente célebre, no ménos por su antigüedad y grandeza, que por la cultura y suavidad de costumbres de sus habitantes. Las tres ciudades de Huexotla, Coatlichan y Atenco, estaban tan próximas á la capital, que podian considerarse como otros tantos arrabales de ella. La de Otompan era de mucha extension é importancia, como tambien las de Acolman y Tepepolco.

La célebre república de Tlaxcallan ó Tlaxcala, confinaba por Occidente con el reino de Acolhuacan; por el Mediodía con las repúblicas de Cholollan y de Huexotcincó, y con el estado de Tepeyacac, perteneciente á la corona de México; por el Norte, con el estado de Zacaatlán, y por el Oriente con otros pueblos dependientes de aquella misma corona. Apenas tenia cincuenta millas de largo y treinta de ancho. La capital, Tlaxcallan, de la que tomó el nombre la república, estaba situada en el declive del gran monte Matlacueye, y cerca de sesep-

cuba, Oculma, Otumba, Guexutla Tepcacá, Guatemala, Churubusco, en lugar de Tlacopan, Acolman, Otompan, Huexotla, Tepeyacac, Quauhtemallan y Huiztilopechco; cuyo ejemplo seguiremos, para evitar al lector el trabajo de una pronunciacion difícil.

ta millas al Levante de la corte mexicana.

El reino de México, aunque mas moderno que los otros reinos y repúblicas que ocupaban aquel país, tenia mayor extension que todos ellos juntos. Estendíase hácia el Sudoeste y el Mediodía hasta el mar Pacífico; por el Sudeste hasta las cercanías de Quentamallan; hácia el Levante, con la interposicion de algunos distritos de las tres repúblicas y una pequeña parte del reino de Acolhuacan, hasta el golfo mexicano; hácia el Norte, hasta el país de los Huastecas; por el Nordeste confinaba con los bárbaros Chichimecas, y por el Occidente le servian de límites los dominios de Tlacopan y de Michuacan. Todo el reino mexicano estaba comprendido entre los grados 14 y 21 de latitud setentrional, y entre los 271 y 283 de longitud, segun el meridiano de la isla de Hierro (1).

La porcion mas importante de aquel estado, ora se consideren las ventajas locales, ora la poblacion, era el valle de México, que coronado de bellas y frondosas montañas, abrazaba una circunferencia de mas de 120 millas, mediadas en la parte inferior de las elevaciones. Ocupan una buena parte de la superficie del valle dos lagos, uno superior de agua dulce, otro inferior de agua salada, que comunican entre sí por medio de un buen canal. En el lago inferior, que ocupaba la parte mas baja del valle, se reunian todas las aguas de las montañas vecinas; así que, cuando sobrevienian lluvias extraordinarias, el agua, saliendo del lecho del lago, inundaba la ciudad de México, fundada en el mismo; lo que se verificó muchas veces, tanto bajo el dominio de los monarcas mexicanos, como bajo el de los españoles. Estos dos lagos, cuya circunfe-

(1) Solís y otros escritores españoles, franceses, é ingleses, dan al reino de México mayor extension que la que aquí le señalamos. Robertson dice que los territorios pertenecientes á Texcoco y Tacuba, apenas cedian en extension á los dominios mexicanos. En las disertaciones que van al fin de esta obra haremos ver cuan erradas son semejantes opiniones.

rencia total no bajaba de noventa millas, representaban en cierto modo, con las líneas de sus márgenes, la figura de un camello, cuyo cuello y cabeza eran el lago dulce, ó sea de Chalco; el cuerpo el lago salado ó de Texcoco, y las piernas los arroyos y torrentes que se desprendian de las montañas. Entre los dos lagos está la pequeña península de Itztapalapan que la separa. Ademas de las tres capitales de México, de Acolhuacan y de Tlacopan, este delicioso valle contenia otras cuarenta ciudades populosas, y una cantidad innumerable de villas y caseríos. Las ciudades mas importantes, despues de las capitales, eran las de Xochimilco, Chalco, Itztapalapan y Quauhtitlan, las cuales en el dia apenas conservan trazas de su antiguo esplendor (1).

México, cuya descripcion daremos en el curso de esta obra, la mas célebre de las ciudades del Nuevo-mundo y capital del imperio del mismo nombre, estaba edificada en las islas del lago de Texcoco, como Venecia en las del mar Adriático. Su situacion era á los 19° y casi 26' de latitud setentrional, y á los 276° y 34' de longitud, entre las dos capitales de Texcoco y de Tlacopan, distante quince millas á Poniente de la primera, y cuatro á Levante de la segunda. Algunas de las provincias de aquel vasto imperio eran mediterráneas, y otras marítimas.

PROVINCIAS DEL REINO DE MEXICO.

Las principales provincias mediterráneas eran la de los Otomites, al Norte; al Occidente y Sudoeste las de los Matlatzincas y Cuiclatecas; á Mediodía, las de los Tlahuicas y Colhuixcas; al Sudeste, ademas de los estados de Itzacan, Yauhatepec, Quauhque-

(1) Los nombres de las demas ciudades notables del valle mexicano eran: Mizencic, Cuiclahuac, Azcapozalco, Tenayocan, Otompan, Colhuacan, Mexicatlincó, Huiztilopechco Coyohuacan, Atenco, Coatlichan, Huexotla, Chiauhtla, Acolman, Teotihuacan, Itztapalocan, Tepetlacoztoc, Tepepolco, Tizayocan, Citlaltepéc, Coyotepec, Tzompanco, Toltitlan, Xaltocan, Tutepanco, Ebecatepec, Tequizquiac, &c. Véase la Disertacion IV.

chollan, Atlixco, Tehuacan y otros, las grandes provincias de los Mixtecas, Zapotecas y Chiapanecas. Las provincias de Tepeyacac, de los Popolocos y de los Totonacas, estaban al Este de la capital. Las provincias marítimas del golfo mexicano eran las de Coatzacoalco y Cuiclahuac, que los españoles llamaban Cotasta. Las del mar Pacífico eran las de Coliman, Zacaatlán, Tototepec, Teclhuantepec y Xocochocho.

La provincia de los Otomites empezaba en la parte setentrional del valle mexicano, y continuaba por aquellas montañas hácia el Norte, hasta cerca de noventa millas de distancia de la capital. Entre sus poblaciones, que eran muchas, se distinguia la antigua y célebre ciudad de Tullan [hoy Tula], y tambien la de Xilotepec, la cual, despues de la conquista hecha por los españoles, fué la metrópoli de la nacion otomite. Despues de los últimos pueblos de aquella nacion hácia el Norte y Nordeste, no se hallaban habitaciones humanas hasta el Nuevo-México. Todo aquel espacio de tierra, que comprendia mas de mil millas, estaba ocupado por naciones bárbaras, que no tenian domicilio fijo, ni obedecian á ningun soberano.

La provincia de los Matlatzincas abrazaba, ademas del valle de Toloacan, todo el espacio que media entre este y Tlaximaloyan [hoy Taximaroa], frontera del reino de Michuacan. El fértil valle de Toloacan tiene mas de cuarenta millas de largo de Sudeste á Nordoeste, y treinta en su mayor anchura. Toloacan, que era la ciudad principal de los Matlatzincas, de donde tomó nombre el valle, estaba, como en el dia, situada al pié de un alto monte, en cuya cima reinan las nieves perpetuas, y que dista treinta millas de México. Todas las otras poblaciones del valle estaban habitadas parte por Matlatzincas y parte por Otomites. Ocupaban las montañas vecinas los estados Xalatlauhco, de Tzampahuacan y de Malinalco, y no muy léjos, hácia Levante, estaba el de Ocuilán, y hácia Poniente los de Tozantla y Zoltepec.

Los Cuitlaltecas habitaban un país que se extendía desde el reino de Michuacan, hasta las márgenes del mar Pacífico, en un territorio de mas de doscientas millas de largo. Su capital era la grande y populosa ciudad de Mexcaltepec, situada en la costa, y de la cual solo quedan algunas ruinas.

La capital de los Tlahuicas era la amena y fuerte ciudad de Quauhualuac, llamada por los españoles Cuernabaca, á cerca de cuarenta millas de México hácia Mediodía. Su provincia, que empezaba en las montañas meridionales del valle, se extendía á sesenta millas en la misma direccion.

La gran provincia de los Coahuixcas confinaba por el Norte con los Matlatzincas y con los Tlahuicas; por Occidente con los Cuitlaltecas; por Oriente con los Xopes y los Mixtecas, y por el Mediodía se extendía hácia el mar Pacífico, hasta el punto en que hoy se hallan la ciudad y el puerto de Acapulco. Estaba dividida en muchos estados particulares, como los de Tzompanco, Chilapan, Tlapan y Teoitzila [hoy Tixtla]. El clima era calidísimo y poco sano. Tlachco, lugar célebre por sus minas de plata, ó pertenecía á dicha provincia ó confinaba con ella.

La provincia de Mixtecapan, ó de los Mixtecas, se extendía desde Acatlan, que distaba ciento y veinte millas de la capital, hácia el Sudeste, hasta las orillas del Océano Pacífico; y contenía muchas ciudades y villas bien pobladas, que hacían un comercio muy activo.

A Oriente de los Mixtecas estaban los Zapotecas, cuyo nombre se derivaba del de la capital Teotzapotlan. En aquel distrito estaba el valle de Huaxyacac, llamado por los españoles Oaxaca, ó Guaxaca. La ciudad de Huaxyacac fué despues erigida en obispado, y el valle en marquesado, que se confirió al conquistador Hernan Cortés [1].

[1] Algunos creen que en el punto de Huaxyacac no habia antiguamente mas que una guarnicion mexicana, y que la ciudad fué fundada por los españoles; pero ademas de que por las matrículas de los tributos consta que Huaxyacac era una de las ciu-

Al Norte de los Mixtecas estaba la provincia de Mazatlan, y al Nordeste de los Zapotecas, la de Chinantla, con su capital del mismo nombre, de donde tomaron sus habitantes el nombre de Chinantecas. Las provincias de los Chiapanecas, de los Zoques y de los Quelenas, eran las últimas del imperio mexicano, por la parte del Sudeste. Las principales ciudades de los Chiapanecas eran Teochiapan [llamada por los españoles Chiapa de los indios], Tochtla, Chamolla y Tzinacantla; de los Zoques, Teopantla, y de los Quelenas, Teopixca. En la falda y en derredor de la famosa montaña de Popocatepec, situada á treinta y tres millas hácia el Sudeste de la capital, estaban los grandes estados de Amaquemecan, Tepoztilan, Yauhtepec, Huantepec, Chiellan, Itzocan, Acapetlayocan, Quauhquechollan, Atlixco, Cholollan y Huexotzinco. Estos dos últimos, que eran los mas poderosos, habiendo sacudido el yugo de los Mexicanos con la ayuda de sus vecinos los Tlaxcaltecas, restablecieron su gobierno aristocrático. Las ciudades de Cholollan y de Huexotzinco eran las mayores y mas pobladas de toda aquella tierra. Los Cholutecas poseian el pequeño caserío de Cuitlaxcoapan en el mismo sitio en que los españoles fundaron despues la ciudad de la Puebla de los Angeles [2].

A Oriente de Cholollan existía el importante estado de Tepeyacac, y ademas el de los Popoloques, cuyas principales ciudades eran Teeamachalco y Quecholac. Al Mediodía de los Popoloques estaba Tehuacan, que confinaba con el país de los Mixtecas; á

dades tributarias del imperio mexicano, sabemos ademas que los Mexicanos no solían poner guarniciones sino en los lugares mas populosos de las provincias sometidas. Los españoles se llamaban fundadores de alguna ciudad, cuando daban nombre á alguna poblacion de indios, ó cuando ponían en ella magistrados españoles. Así se verificó en Antequera, provincia de Huaxyacac, y en Segura de la frontera, en Tepeyacac.

[1] Los españoles dicen Tuxtla, Mecamecca, Izucar y Quechula, en lugar de Tochtlan, Amaquemecan, Itzocan y Quecholac.

Oriente, la provincia marítima de Cuertlachtlan, y al Norte la de los Totonagues. Esta gran provincia, que era la última del imperio por aquella parte, se extendía en un territorio de ciento y cincuenta millas, empezando en la frontera de Zacatlan [estado perteneciente á la corona de México y distante ochenta millas de aquella capital] y terminando en el golfo mexicano. Ademas de la capital Mizquihuacan, á quince millas á Oriente de Zacatlan, tenía aquella provincia la hermosa ciudad de Zempoallan, en la costa del golfo, que fué la primera del imperio en que entraron los españoles, y donde empezaron sus triunfos, como despues veremos. Tales eran las principales provincias mediterráneas del imperio mexicano, omitiendo algunos distritos de pequeña importancia, por no sobrecargar de datos inútiles la descripción.

De las provincias marítimas del mar Pacífico, la mas setentrional era la de Coliman, cuya capital, del mismo nombre, estaba situada á los 19° de latitud, y á los 272° de longitud. Continuando la misma costa hácia el Sudeste, se hallaba la provincia de Zacatlán, cuya capital era del mismo nombre. Seguían los Cuitlaltecas, y á estos los Coahuixcas, en cuyo territorio estaba Acapulco, puerto famoso, sobre todo por su comercio con las Islas Filipinas. Su situacion es á los 16° 40' de latitud, y á los 276° de longitud.

Confinaban con los Coahuixcas los Xopes, y con estos los Mixtecas cuyo territorio es conocido en nuestros tiempos con el nombre de Xicayan. Seguía la gran provincia de Tecuantepec, y finalmente la de Xoconochco. La ciudad de Tecuantepec, que daba su nombre á todo el estado, ocupaba una bella isla, que forma un rio á dos millas del mar. La provincia de Xoconochco, que era la última y la mas meridional del imperio, confinaba por Oriente y Sudeste con el país de los Xochitepecas, que no pertenecía á la corona de México; hácia Occidente, con el de los Tecuantepecas, y por el Mediodía, terminaba en el mar. Su

capital, llamada tambien Xoconochco, estaba situada entre dos rios, á los 14° de latitud, y á los 283° de longitud. Sobre el golfo de México, ademas de los Totonagues, estaban las provincias de Cuertlachtlan y Coatzacoalco. Esta confinaba por Oriente con el vasto país de Onohualco, bajo cuyo nombre comprendían los Mexicanos los estados de Tabasco y los de la península de Yucatan, los cuales no estaban sometidos á su dominio. Ademas de la capital, llamada tambien Coatzacoalco, situada á la orilla de un gran rio, habia otras grandes poblaciones, entre las cuales merece particular mencion Painalla, por haber sido patria de la famosa Malintzin, que tan eficazmente contribuyó á la conquista de México. La provincia de Cuertlachtlan, cuya capital tenía el mismo nombre, comprendía toda la costa que media entre el rio de Alvarado, donde termina la provincia de Coatzacoalco, y el de la Antigua, [1] donde empezaba la de los Totonagues. En aquella parte de la costa, que los Mexicanos llamaban Chalchicuecan, está actualmente la ciudad de Veracruz, y su puerto el mas nombrado del territorio mexicano.

Todo el país de Anáhuac estaba, generalmente hablando, bien poblado. En la historia y en las disertaciones tendremos ocasion de hablar detenidamente de algunas ciudades, y de dar alguna idea del número de sus pobladores. Subsisten aun la mayor parte de aquellas antiguas poblaciones, con los nombres que entónces tenían, aunque algun tanto alterados; pero todas las ciudades desde la misma época, con excepcion de México, Orizava y alguna otra, se hallan tan disminuidas y decaídas de su primitivo esplendor, que apénas tienen la cuarta, la décima, y aun la vigésima parte de los habitantes y edificios que entónces tenían. Con respecto al número de indios, si se compara lo que dicen los primeros escrito-

[1] Damos á este rio el nombre español, bajo el cual es conocido en la actualidad, porque ignoramos el que los Mexicanos le daban.

res españoles y los nacionales, con lo que nosotros mismos hemos visto, podemos afirmar que solo existe una décima parte de la antigua población de Anáhuac: efecto lamentable de las calamidades que han sufrido aquellos países.

RIOS, LAGOS Y FUENTES.

De los rios que bañan el territorio mexicano, que son muchos y muy caudalosos, aunque no comparables á los de la América Meridional, unos desaguan en el golfo y otros en el Océano Pacífico. Los mayores de los primeros son el Papalapan, el Coatzacoalco y el Chiapan. El Papaloapan, que los españoles llamaron Alvarado, del nombre del primer capitán de aquella nación que navegó en sus aguas, tiene su principal manantial en los montes de los Zapotecas, y despues de haber girado por la provincia de Mazatlan, recibiendo el tributo de otros rios menores y arroyos, se descarga por tres bocas navegables en el golfo, á distancia de treinta millas de Veracruz. El Coatzacoalco, que es tambien navegable, baja de los montes Mixes, y despues de atravesar la provincia que le da nombre, se vacia en la costa, cerca del país de Onohualco. El Chiapan tiene su origen en las montañas Cuchumatanes, que separan la diócesis de Chiapan de la de Guatemala, atraviesa la provincia de su mismo nombre y desemboca en la de Onohualco. Los españoles la llamaron Tabasco, nombre que dieron tambien á la estension del país que une la península de Yucatán con el continente mexicano. Tambien lo llamaron Grijalva, en honor del comandante del primer ejército español que lo descubrió.

Entre los rios que van al Pacífico, el mas célebre es el Tololotlan, llamado por los españoles rio de Guadalajara ó rio grande. Nace en los montes del valle de Tolocan; atraviesa el reino de Michuacan y el lago de Chapallan; de allí va á regar el país de Tonallan, donde está ahora la ciudad de Guadalajara, capital de la Nueva-Galicin, y

despues de un giro de seiscientas millas desagua en el mar á la altura polar de 22º. El Tecuantepec nace en los montes Mixes, y despues de un breve curso, vierte sus aguas en el mar, á la altura polar de 15º y medio. El rio de los Xopes baña el país de aquella nación, y tiene su embocadura á quince millas á Oriente del puerto de Acapulco, formando por aquella parte la línea divisoria entre las diócesis de México y la Puebla de los Angeles.

Habia tambien, y hay actualmente algunos lagos que hermocean el país y actúan en el comercio de los pueblos que antiguamente lo habitaron. Los de Nicaragua, Chapallan y Pátzcuaro, que eran los mas considerables, no pertenecian al imperio mexicano. Entre los otros, los que mas conducen á la inteligencia de nuestra historia, son los dos que están en el valle mexicano, y de que ya hemos hecho mencion. El de Chalco se estendia por el espacio de doce millas de Levante á Poniente, hasta la ciudad de Xochimilco, y de allí dirigiéndose hácia el Norte, se incorporaba por medio de un canal con el lago de Texcoco; pero su anchura no pasaba de seis millas. Este que acabamos de nombrar, tenia de quince á diez y siete millas de Levante á Poniente, y algo mas de Norte á Mediodía; mas ahora es mucho menos su estension, porque los españoles separaron de su pendiente natural muchos raudales que en él se vaciaban. Las aguas que á él descienden son dulces en su origen y su gusto salobre procede del lecho salino en que se reciben (1). Ademas de

(1) Mr. de Bomare en su Diccionario de Historia Natural dice que la sal del lago mexicano puede proceder de las aguas del mar del Norte, filtradas al través de la tierra; y en apoyo de su opinion cita el Diario de los Sabios del año de 1676: mas para refutar este error, basta saber que el lago dista 180 millas del mar, y su lecho está á la altura perpendicular de mas de una milla sobre su superficie. El autor anónimo de la obra intitulada *Observaciones curiosas sobre el lago de México*, de que se hace un extracto en el referido Diario, está muy lejos de adoptar el error de Mr. de Bomare.

estos dos, habia en el mismo valle y al Norte de la capital, otros dos menores á que dieron sus nombres las dos ciudades Tzompanco y Xaltoccan. El lago de Tochtlan en la provincia de Coatzacoalco es muy bello, y sus márgenes son amenísimas.

En cuanto á fuentes y manantiales, hay tantas y de tan diversas cualidades en aquellos países, que sería necesario hacer una obra aparte, para describir tan solo las del reino de Michuacan. Hay infinitas aguas minerales, nitrosas, sulfúricas, aluminosas y vitríólicas; algunas salen en estado de hervor, y su calor es tan intenso que pocos momentos bastan para cocer en ellas cualquiera especie de fruto de la tierra ó carne de animales. Las hay tambien petrificantes, como las de Teluacan, ciudad distante cerca de ciento y veinte millas de México hácia el Sudeste; la fuente de Pucuaró, en los estados del conde de Miravalles, en el reino de Michuacan, y otra que se vacia en un rio de la provincia de los Quelenas. Con el agua de Pucuaró se hacen unas piedrecillas blancas, lisas y de sabor agradable, cuyas raspaduras tomadas en caldo ó en los puches de maiz, son poderosos diaforéticos, y se aplican con mucho efecto á diferentes especies de fiebre. El autor de esta obra es testigo ocular de las curas que hizo esta medicina en la epidemia de 1762. La dosis regular, para los que sudan fácilmente, es de una drácula de raspaduras. Los habitantes de México se servian en tiempo de sus reyes de las aguas del gran manantial de Chapultepec, de que despues hablaremos, y que pasaban á la capital por medio de un excelente acueducto. Con motivo de las aguas de aquellos países, pudiéramos describir, si los límites de esta obra lo permitieran, los estupendos saltos ó cascadas de varios rios (1), y los puentes formados sobre otros por la naturaleza, entre los cuales me-

(1) Entre las cascadas es famosa la que forma el gran rio de Guadalajara, en un sitio llamado Tempizque, á quince millas al Mediodía de aquella ciudad.

rece una atención particular el llamado Puente de Dios. Así se llama un vasto volúmen de tierra, atravesado por el profundo rio Atoyac, cerca del pueblo de Molcaxac, á cerca de cien millas de México, hácia el Sudeste, y por el cual pasan cómodamente los carruajes. Quizás esta singularidad es efecto de algun terremoto, que socavó parte de la montaña vecina.

CLIMA DE ANAHUAC.

El clima de los diferentes países comprendidos en Anáhuac, varía segun su situacion. Las costas son muy calientes, y por lo comun húmedas y mal sanas. Este ardor excesivo, que promueve el sudor aun en los meses del invierno, proviene de la suma depresion de las costas con respecto á las tierras interiores, y de las grandes masas de arena que se reunen en la playa, como sucede en Veracruz, mi patria. La humedad procede no solo del mar, sino tambien de las aguas que se desprenden en gran abundancia de los montes vecinos. En las tierras calientes no hiela nunca, y muchos de sus habitantes no tienen mas idea de la nieve que la que adquieren en los libros ó por las relaciones de los viajeros. Las tierras demasiado elevadas ó demasiado próximas á las mas altas montañas, que están siempre cubiertas de nieve, son sumamente frias, y yo he estado en un monte distante veinticinco millas de la capital, donde hay nieve y yelo en lo mas rigoroso de la canícula. Todos los otros países mediterráneos, que eran los mas poblados, gozan de un clima tan benigno y tan suave, que nunca se experimentan en ellos los rigores de las estaciones. Es verdad que en algunos yela con frecuencia en los tres meses de diciembre, enero y febrero, y tambien suele nevar; pero la ligera incomodidad que este frio ocasiona, no dura mas que hasta la salida del sol. No se necesita de otro fuego que el calor de sus rayos para calentarse en invierno, ni otro refresco en tiempo de calor, que ponerse á la sombra. Los habitantes usan la

misma ropa en la canícula y en enero, y los animales duermen todo el año en el campo.

Esta blandura del clima en la zona tórrida se debe á muchas causas naturales, desconocidas de los antiguos, que creían inhabitables aquellos países, y no bien entendidas por algunos modernos, que los juzgan poco favorables á la conservación de la vida. La pureza de la atmósfera, la menor oblicuidad de los rayos solares, y la mas larga mansion del sol sobre el horizonte, con respecto á otros países mas distantes de la línea equinoccial, contribuyen á disminuir el frio, y á evitar los rigores que en otras zonas desfiguran en invierno el hermoso aspecto de la naturaleza. Así es que los Mexicanos gozan de un cielo trasparente, y de las inocentes delicias del campo, mientras en los países de las zonas frias, y en muchos de las templadas, las nubes oscurecen la claridad del firmamento, y las nieves sepultan las producciones de la tierra. No son ménos enérgicas las causas que templan el ardor del estío. Las lluvias copiosas, que bañan frecuentemente la tierra, despues de mediodía desde abril y mayo, hasta setiembre y octubre; las altas montañas coronadas de nieves perpetuas, y esparcidas en todo el territorio de Anáhuac; los vientos frescos que dominan entónces, y la brevedad del curso del sol sobre el horizonte, con respecto á las regiones de la zona templada, trasforman el verano de aquellos venturosos países en una fresca y alegre primavera.

Pero á la benignidad del clima sirven de contrapeso las tempestades de rayos, frecuentes en verano, y especialmente en las cercanías de Matlalcueye, ó sea monte de Tlaxcallan (1), y los terremotos que suelen sentirse en algunos puntos, aunque con mayor espanto que perjuicio real. Ambos efectos provienen del azufre y de los otros combustibles depositados copiosamente en las

(1) En el día se conoce con el nombre de la *Malintzin*.

entrañas de la tierra. En cuanto á las tempestades de granizo, no son allí ni mayores ni mas frecuentes que en Europa.

MONTES, PIEDRAS Y MINERALES.

El fuego encendido en las montañas de la tierra con las materias bituminosas y sulfúricas de que hemos hecho mencion, se he abierto en algunas montañas respiraderos ó volcanes, que han solido arrojar llamas, humo y cenizas. Cinco son las montañas del territorio mexicano, que han presentado en diversas épocas este espantoso fenómeno. El Poyauhiteatl, llamado por los españoles volcan de Orizava, empezó á echar humo en 1545, y continuó arrojándolo por espacio de veinte años; pero despues han trascurrido dos siglos sin que se haya notado en él la menor señal de incendio. Este célebre monte, cuya figura es cónica, es sin duda alguna el mas elevado de todo el territorio de Anáhuac, y la primera tierra que descubren los navegantes que por aquellos mares viajan, á distancia de ciento y cincuenta millas (1). Su aspecto es hermosísimo, pues mientras coronan su cima enormes masas de nieve, su falda está adornada por bosques espesos de cedros, pinos, y otros árboles no ménos vistosos por su follaje que preciosos por la utilidad de sus maderas. El volcan de Orizava dista de la capital mas de noventa millas hácia la parte de Oriente.

El Popocatepec y el Iztachihuatl, poco distantes entre sí, y treinta millas de México, hácia el Sudeste, son tambien de una altura prodigiosa. El primero, al que se da por antonomasia el nombre del *Volcan*, tiene una boca de mas de una milla de ancho, por la cual, en tiempo de los reyes mexicanos, echaba llamas con mucha frecuencia. En el siglo pasado arrojaba de cuando

(1) El Poyauhiteatl es mas alto que el Taide, ó Pico de Tenerife, segun dice el jesuita Tallandier, que observó uno y otro. Del Popocatepec dice Tomas Gage, que es tan alto como el mas alto de los Alpes. Mas diria si hubiera calculado la elevacion del terreno sobre el cual se alza aquella célebre montaña.

en cuando cenizas que caian en gran cantidad sobre los pueblos vecinos; pero en el presente solo se ha visto despedir algun humo. El Iztachihuatl, llamado por los españoles Sierra Nevada, ha echado á veces humo y cenizas. Estos dos montes están siempre coronados de nieve, en tanta abundancia, que de la que se precipita por las faldas, se proveen las ciudades de México, Puebla de los Angeles, Cholollan, y otras que distan cuarenta millas de ellos, en los cuales, para calentarse y refrescos se consumen increíbles cantidades (1). Los montes de Coliman y de Techtlan, bastante remotos de la capital, y uno de ellos mas que el otro, han arrojado llamas en nuestros tiempos (2).

(1) El impuesto sobre la nieve para el consumo de la capital, importaba en 1746 la enorme suma de 15,522 pesos fuertes; algunos años despues pasó de 20,000, y tuvo mayor aumento en lo sucesivo.

(2) Hace algunos años que se publicó en Italia una relacion descriptiva de los montes de Techtlan, ó Tustla, llena de mentiras curiosas, pero demasiado absurdas. En ella se hablaba de rios de fuego, de elefantes de piedra, &c. No incluyo en los montes volcánicos ni el Juruyo, ni el Mamatombó de Nicaragua, ni el de Guatemala, porque ninguno de los tres estaba comprendido en los dominios mexicanos. El de Guatemala arruinó con sus terremotos aquella grande y hermosa ciudad en 29 de julio de 1773. El Juruyo, situado en el valle de Ureco en el reino de Michuacan, no era antes de 1769 mas que una pequeña colina, sobre la cual habia un ingenio de azúcar. Pero el 29 de setiembre de aquel año estalló con furiosos terremotos, que arruinaron el ingenio y el pueblo inmediato de Guacana; y desde entónces no ha cesado de arrojar fuego y piedras inflamadas, con las cuales se han formado tres altos montes, cuya circunferencia era en 1766, de cerca de seis millas, segun la relacion que me comunicó D. Juan Manuel de Bustamante, gobernador de aquella provincia, el cual la habia examinado por sí mismo. Al estallar el volcan, las cenizas que arrojó llegaron hasta Querétaro, ciudad situada á ciento y cincuenta millas del Juruyo; cosa increíble, pero notoria y pública en aquel pueblo, uno de cuyos vecinos me enseñó las cenizas que habia recogido en un papel. En la ciudad de Valladolid, distante sesenta millas, la lluvia de cenizas era tan abundante, que era necesario barrer los patios de las casas dos ó tres veces al día.

Ademas de las montañas de que acabamos de hacer mencion, hay otras, que aunque no pertenecen á la clase de volcánicas, son muy nombradas por su extraordinaria elevacion, como el Matlalcueye, ó monte de Tlaxcallan, el Nappateuctli, llamado por los españoles el *Cofre*, con alusion á su figura; el Tentzon, inmediato al pueblo de Molcaxac, el de Tolocan y otros que omito, por no pertenecer al plan de esta obra. Es sabido que la célebre cadena de los Andes, ó Alpes de la América Meridional, continúa por el istmo de Panamá y por todo el territorio mexicano, hasta perderse en los países desconocidos del Setentrion. La parte mas importante de esta cadena se conoce en aquel país con el nombre de Sierra Madre, particularmente la que pasa por Cinaloa y Tarahunara, provincias distantes mil y doscientas millas de la capital.

Los montes de Anáhuac abundan en venas de toda especie de metal, y en infinita variedad de otras producciones fósiles. Los antiguos Mexicanos sacaban el oro de los países de los Colhuixcos, de los Mixtecas, de los Zapotecas y de otros varios puntos. Recogian comunmente aquel precioso metal en grano, de la arena de los rios, reservando cierta cantidad para la corona. Sacaban la plata de las minas de Tlachco (ya célebres en aquel tiempo) de Tzompanco y otras; mas esta produccion no era tan apreciada por ellos como por otras naciones vecinas. Despues de la conquista se han descubierto tantas minas en aquel país, que seria imposible numerarlas. Tenian dos especies de cobre: uno duro, de que se servian en lugar de hierro para hacer hoces, picas y toda clase de instrumentos militares y rurales; y otro blando, con que hacian ollas, copas y otras vasijas. Este metal abundaba principalmente en la provincia de Zacatollan, y en la de los Colhuixcos, como actualmente en el reino de Michuacan. Sacaban el estaño de las minas de Tlachco, y el plomo de las de Izniquilpan, situadas en el país de los Otomites. Del estaño hacian moneda, como diremos en su lugar, y del plomo sa-

bemos que lo vendían en los mercados, pero ignoramos los usos á que lo aplicaban. También tenían minas de hierro en Tlaxcallan, en Tlachco y en otros lugares: pero ó no las descubrieron, ó no supieron aprovecharse del metal que contenían. En Chilapan había minas de mercurio, y en otros puntos las había de azufre, alumbre, vitriolo, cinabrio, ocre, y de una tierra blanca que tenían en alto aprecio. En cuanto al mercurio y al vitriolo, no sabemos de qué les servían; de los otros metales hacían uso en las pinturas y tintes. Había entonces, y hay en el día gran abundancia de ámbar y asfalto, ó sea betun de Judea, en las costas de los dos mares, y de uno y otro pagaban tributo al rey de México muchos pueblos de aquel territorio. Engarzaban el ámbar en oro, y solo les servía de adorno y lucimiento. Con el asfalto hacían ciertos perfumes, como despues veremos.

Entre las piedras preciosas se hallaban, y se hallan aun los diamantes, aunque en pequeña cantidad; esmeraldas, amatistas, ojos de gato, turquesas, cornerinas, y unas piedras verdes semejantes á las esmeraldas y poco inferiores á ellas. De todas estas preciosidades pagaban tributo las provincias de los Mixtecas, de los Zapotecas y de los Coahuixcas, en cuyas montañas se hallaban aquellas minas. De la abundancia de estas piedras, de la estimacion en que las tenían los Mexicanos, y de su modo de labrarlas, hablaremos en otro lugar. Era muy comun el cristal de roca en las montañas inmediatas á la costa del golfo mexicano, entre el puerto de la Veracruz y el rio de Coatzacoahuco, como tambien en los de Quinantla; las ciudades de Tochtepec, de Cuetlachtlán, de Cozamaloapan y otras, estaban obligadas á suministrar anualmente una cierta cantidad de aquella produccion para alimentar el lujo de la corte.

No eran ménos abundantes aquellas sierras en piedras utilísimas para la arquitectura, la escultura y otras artes. Hay canchales de jaspe, y de mármol de diversos colores en los montes de Capolalpan, á Orien-

te de México; en los que separan los dos valles de México y de Toluca, llamados hoy montes de las Cruces, y en los que habitaban los Zapotecas. El alabastro era comun en Tecalco (hoy Tecale), lugar inmediato á la provincia de Tepeyacac, y en el país de los Mixtecas. En el mismo valle de México y en otros muchos puntos del reino, se hallaba la piedra llamada Terzontli, la cual es por lo comun de un color rojo oscuro, durísima, porosa y ligera, y por unirse estrechamente con la cal y la arena, es la que se prefiere en la ciudad de México para construir las casas, siendo aquel terreno pantanoso y poco firme. Hay montes enteros de piedra imán, y el mas notable de ellos es uno de gran estension colocado entre Tcoitztlán y Chilapan, en el país de los Coahuixcas. Con la piedra Quetzalitztlí, vulgarmente llamada *piedra nefrítica*, formaban los Mexicanos diversas figuras curiosas, de que se conservan muchas en los museos de Europa. El Quimaltizatl, que se asemeja á la escayola, es una piedra diáfana, blanquizca, que se divide fácilmente en hojas sutiles, y calcinada da un buen yeso, de que se servían aquellos habitantes para el color blanco de sus pinturas. Hay infinita cantidad de yeso y talco; mas no sabemos que hiciesen uso de este fósil. El Mezquitlán, es decir, estiércol de Luna, pertenece á la clase de piedras, que por su resistencia á la acción del fuego, recibieron de los químicos el nombre de *lapides refractarii*. Es trasparente y de un color de oro rojizo. Pero la piedra que mas apreciaban los Mexicanos, era el Itztlí, de que había gran abundancia en muchos puntos del imperio. Esta piedra es semi-diáfana, de consistencia vítrea, y su color es, por lo comun, negro: suele haberla blanca y azul. Con ella hacían espejos, cuchillos, lancetas, navajas de afeitar, y aun espadas, como diremos cuando hablemos del arte militar. Despues de la introduccion del Evangelio se hicieron con esta misma piedra aras para los altares, que gozaban de gran estima (1).

[1] En la América Meridional la llaman *piedra*



PLANTAS NOTABLES POR SUS FLORES.

Por abundante y rico que sea el reino mineral en el territorio mexicano, el vegetal es mucho mas fecundo y variado. El célebre Doctor Hernandez, á quien se puede dar el nombre de Plinio de México, describe en su Historia Natural cerca de mil y doscientas plantas propias de aquella tierra; pero su descripcion comprende solo las medicinales, y por consiguiente solo abraza una parte, aunque muy considerable, de los bienes que ha derramado allí la próspera naturaleza en beneficio de los mortales. De las plantas medicinales diremos algo, cuando tratemos de la medicina de los Mexicanos. Con respecto á las otras clases de vegetales, hay algunos apreciables por sus flores, otros por sus frutos, otros por sus hojas, otros por sus raíces, otros por su tallo ó por su madera; otros en fin por su goma, aceite, resina ó jugo (1). Entre las infinitas flores que hermoscan los prados y adornan los jardines de México, hay muchas notables por la singular belleza de los colores, otras por la suavidad de su fragancia, otras por lo extraordinario de su forma.

El *foripundio*, que merece el primer lugar por sus grandes dimensiones, es una flor blanca, hermosa, olososísima y *monopétala*; es decir, que su corola es de una sola pieza; pero tan grande, que suele tener mas de ocho pulgadas de largo, y tres ó cuatro de diámetro en su parte superior. Estas flores penden en gran número de las ramas, á guisa de campanas, aunque no son perfectamente redondas, puesto que la corola se divide en cinco ó seis ángulos, colocados á iguales distancias entre sí. La planta es un elegante arbusto, cuyas ramas forman una especie de

de pavos. El célebre Mr. Caylus en una disertacion MS, citada por Mr. Bomare, prueba que la piedra *Obsidiana*, de que los antiguos hacian los vasos *Murrinos*, tan estimados, es esta misma de que vamos hablando.

(1) Adoptamos esta division aunque imperfecta de las plantas, porque nos parece la mas cómoda, y la mas conveniente á nuestro propósito.

cúpula. El tronco es blando; las hojas grandes, angulosas y de un verde pálido. Los frutos son redondos, grandes como naranjas y su interior está lleno de almendras.

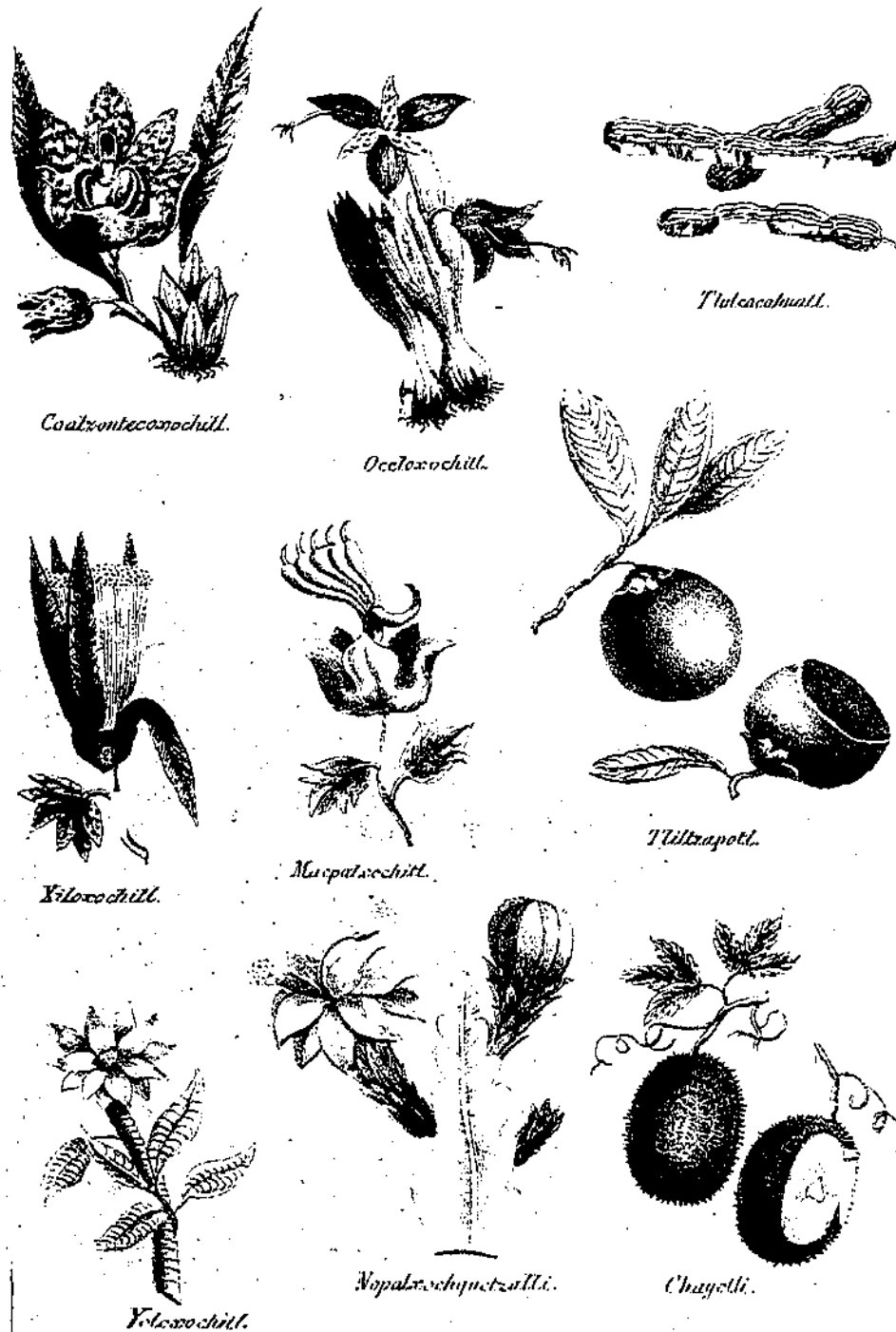
El *yolloxochill*, ó flor del Corazon, es tambien de un gran tamaño, y no ménos apreciable por su hermosura que por su olor, cuya fuerza es tal, que una sola flor basta para perfumar una casa. Tiene muchas hojas glutinosas. Las flores son blancas, y sonrosadas ó amarillas en lo interior, y de tal modo dispuestas, que abiertos y extendidos los pétalos tienen la figura de estrella; y cerrados, la de un corazon, de donde procede el nombre que se le ha dado. El árbol que las produce es muy grande, y sus hojas largas y ásperas. Hay otra especie de *yolloxochill*, muy olososo, pero diferente en la forma del anterior.

El *coatzontecoxochill*, ó flor de Cabeza de víbora, es de incomparable hermosura (1). Compónese de cinco pétalos, morados en la parte interior, blancos en medio, y color de rosa en las estremidades; manchados además en toda su estension, con puntos blancos y amarillos. La planta tiene las hojas semejantes á las del iris, pero mas anchas y largas. Los tallos son pequeños y delgados. Esta flor era una de las que mas apreciaban los Mexicanos.

El *oceloxochill*, ó flor de Tigre, es grande y compuesta de tres pétalos puntiagudos. Su color es rojo, aunque variado en la parte media, con manchas blancas y amarillas, semejantes en su dibujo á las de la fiera que le ha dado el nombre. Las hojas se parecen tambien á las del iris: la raíz es bulbosa.

[1.] *Flos formae spectabilis, et quam viz quispiam possit exprimeret, aut penicillo pro dignitate imitari, á Principibus Indorum ut natura miraculum valde expetitus, et in magno habitus pretio. Hernandez. Historia Nat. N. Hispaniae, lib. 8, cap. 8.* Los Académicos Linceos de Roma, que publicaron y comentaron esta Historia de Hernandez en 1651, y vieron el dibujo de aquella flor hecho en México con sus colores naturales, formaron tal idea de su hermosura, que la adoptaron por emblema de su academia, llamándola flor del Linco.

2



PLANTAS MEXICANAS.

El *cacaloxochitl*, ó flor del Cuervo, es pequeña pero olorosísima, y manchada de blanco, rojo y amarillo. El árbol que produce estas flores se cubre enteramente de ellas, formando en la estrechidad ramilletes naturales, no ménos agradables al olfato que á la vista. Esta producción es comunísima en las tierras calientes. Los indios la emplean en adornar los altares, y los españoles hacen con ella conservas esquisitas. Es probable que el *cacaloxochitl* es el árbol que Mr. de Bomare describe bajo el nombre de *Frangipaniar*.

El *izquioxochitl* es una florecilla blanca, semejante á la mosqueta en la forma, y en el olor á la rosa cultivada, aunque el suyo es mucho mas fragante. Nace en árboles grandes.

El *compalxochitl*, ó *compasuchil*, como dicen los españoles, es la flor que, trasportada á Europa, es conocida en ella con el nombre de clavel de Indias. Es comunísima en México, donde tambien se llama flor de los Muertos. Tiene muchas variedades que se diferencian en el tamaño, en el número y en la figura de los pétalos.

La flor que los Mexicanos llaman *xiloxochitl*, y los Mixtecas *tiata*, se compone de estambres sutiles, iguales y derechos; pero flexibles, y de cerca de seis dedos de largo. Nace de un cáliz semiesférico, semejante al de la bellota; pero diferente en sustancia, color y tamaño. Algunas de estas hermosas flores son color de rosa, otras enteramente blancas. El árbol que las produce es lindísimo.

El *marpalxochitl*, ó flor de la Mano, tiene mucha semejanza con el tulipán; pero la figura del pistilo es como el pié de un ave, ó mas bien como el de un mono, con seis dedos que terminan en otras tantas uñas. La gente vulgar española del pais da al árbol que produce estas flores curiosas, el nombre de árbol de las Manitas.

Ademas de estas y de otras innumerables flores, propias de aquel territorio, en cuya cultura se deleitaban los antiguos Mexicanos, nacen allí las que se llevaron de Asia y

Europa, como los lirios, los jazmines, los claveles de diversas especies, y otras de varios géneros que rivalizan en aquellos jardines con las de su propio suelo.

PLANTAS NOTABLES POR SU FRUTO.

La tierra de Anáhuac debe á las islas Canarias y á la Península española, los melones, las manzanas, los albaricoques, los melocotonos, los albréchigos, las peras, las granodas, los higos, las ciruelas negras, las nueces, las almendras, las olivas, las castañas, las uvas, aunque de estas no carecía enteramente aquel pais (1).

En cuanto al coco, á la musa ó banana, á la cidra, á la naranja y al limon, mi opinion fué al principio, en virtud del testimonio de Oviedo, de Hernandez y de Bernal Diaz del Castillo, que los cocos se debian á las islas Filipinas, y los otros frutos á las Cadarias (2); pero sabiendo que hay muchos de distinta opinion, no quiero empeñarme en una disputa, que ademas de ser de po-

(1) Los sitios llamados *Parras* y *Parral*, en la diócesis de la Nueva Viscaya, deben su nombre á la abundancia de vides que en ellos se encontraron, con las cuales se plantaron muchas viñas, que hoy producen vino bastante bueno. En Misteca hay dos especies de vides salvajes, naturales del pais. La una, semejante en los sarmientos y en las hojas á la vid comun, da unas uvas rojas, grandes, y cubiertas de piel muy dura; pero de un sabor dulce y agradable. Esta planta se mejoraria notablemente si se cultivase con esmero. La otra especie da un fruto grande, duro, y de un sabor asperísimo: sirve para hacer conservas.

(2) Oviedo, en su Historia Natural, asegura que el primero que llevó la musa, ó banana, de las islas Canarias á la Española, de donde pasó al continente americano, fué Fr. Tomas Berlunga, dominicano, por los años de 1516. Hernandez en el libro 3, cap. 40, de su Historia Natural, hablando de los cocos, dice: *Nascitur passim apud Orientales et jam quoque apud Occidentales Indos*. Bernal Diaz en la Historia de la Conquista, cap. 17, dice que él mismo sembró en Coatzacoalco siete u ocho pepitas de naranja. *Estos, añade, fueron los primeros naranjos que se plantaron en la Nueva España*. En cuanto á la musa, se debe creer que de las cuatro especies que nacen en México, una sola, la llamada Guinca, es exótica.

co interes, me desviaría demasiado del curso de la historia. Lo cierto es que aquellas plantas, y todas las que han sido llevadas al territorio mexicano, han prosperado en él, y se han multiplicado como en su suelo nativo. El cocotero abunda en todas las tierras marítimas. De naranjas hay siete especies muy diversas, y cuatro al ménos de limones. Otras tantas son las de musa, ó plátano, como dicen los españoles (1). La mayor, que es el *zapalote*, tiene de quince á veinte pulgadas de largo, y hasta tres de diámetro. Es duro y poco estimado, y solo se come asado ó cocido. El *plátano largo*, tiene cuando mas ocho pulgadas de largo, y una y media de diámetro. Su corteza es verde al principio; despues amarilla, y en su mayor madurez, negra ó negruzca. El fruto es sabroso, sano, y se come cocido ó crudo. El *guineo* es mas pequeño que el precedente; pero mas grueso, mas carnudo, mas delicioso y ménos saludable. Las fibras que cubren la pulpa son flatulentas. Esta especie se cultiva en el jardín público de Bolonia, donde yo la he probado; pero me supo tan dosabrida y poco gustosa, sin duda á efecto del clima, que parecia un fruto totalmente diverso del

(1) Los antiguos no desconocieron enteramente el género *Musa*. Plinio, citando la descripción que dieron los soldados de Alejandro el Grande, de todo lo que vieron en las Indias, dice: *Major et alia [arbo] pomo et suavitate praecellentior, quo sapientes Indorum vivunt. Folium anium alas imitatur, longitudine cubitorum trium, latitudine duum. Fructum cortice emittit admirabilem succi dulcedine, ut uno qualternos satiet. Arbori nomen pala, pomo aniana*. Hist. Nat. lib. 12, cap. 6. Ademas de estos pormenores, que tanto convienen á la musa de México, hay una circunstancia muy notable, á saber, que el nombre *Palan*, dado á la musa en aquellos tiempos remotos, se conserva hasta ahora en el Malabar, como lo testifica Garsá del Huerto, que residió allí muchos años. Podría sospecharse que del nombre *Palan* se derivó el de plátano, que tan mal conviene á aquel fruto. El nombre de *Bananas*, que le dan los franceses, es el que tiene en Guinca, y el de *Musa* que lo dan los italianos, es de origen árabe. Algunos lo llaman fruta del Paraíso, y no falta quien crea que fué en efecto el que hizo prevaricar á nuestros primeros padres.

mexicano. El *dominico* es el mas pequeño, pero tambien es el mas delicado. La planta es tambien menor que las otras. Hay en aquel pais bosques enteros y muy estendidos, no solo de plátanos, sino de naranjos y limoneros, y en Michuacán se hace un gran comercio de plátano seco, que es mucho mejor que la pasa y el higo.

Las frutas indudablemente indígenas de aquel pais, son: las *ananas*, que por parecerse en la forma exterior á la piña, fué llamada así por los españoles; el *mamey*, la *chirimoya* (1), la *anona*, la *cabeza de negro*, el *zapote negro*, el *chicozapote*, el *zapote blanco*, el *amarillo*, el de *Santo Domingo* el *aguacate*, la *guayaba*, el *capulino*, la *guava* ó *cuajinicuil*, la *pitahaya*, la *papaya*, la *guanabana*, la *raíz encarcelada*, las ciruelas, los piñones, los dátiles, el *chayote*, el *tilapo*, el *obo* ú *hobo*, el *nanche*, el *cacahuate*, y otras cuya enumeracion no puede ser muy interesante á los lectores extranjeros. La descripción de estas frutas se halla en las obras de Oviedo, de Acosta, de Hernandez, de Laet, de Nieremberg, de Maregrave, de Pison, de Barrera, de Sloane, de Jimenez, de Ulloa y de otros muchos naturalistas: así que solo hablaré de algunas que no son muy conocidas en Europa.

Todas las frutas mexicanas, comprendidas bajo el nombre genérico de *tzapotl*, son redondas ó se acercan á esta figura, y todas tienen dura la pepita (2). El *zapote negro* tiene la corteza verde, delicada, lisa, tierna y la pulpa negra, carnuda, de sabor dulce, y

(1) Algunos escritores Europeos de las cosas de América confunden la *chirimoya* con la *anona*, y con la *guanabana*; pero estas tres son especies diferentes, aunque entre las dos primeras hay alguna semejanza. Tampoco debe confundirse la *anona* con la *anona*, que difieren tanto entre sí, como el pepino y el melon. Mr. de Bomare, por el contrario, hace dos frutos distintos de la *chirimoya* y de la *cherimolia*, siendo así que este último nombre es una corrupción del primero. El *ata*, que algunos consideran como fruto enteramente diverso de la *Chirimoya*, no es mas que una de sus especies.

(2). Las frutas comprendidas por los Mexicanos bajo el nombre de *Tzapotl*, son el *mamey tatzontzapotl*, la *chirimoya matzapotl*, la *anona quauhtzapotl*, el *zapote negro tilzapotl*, &c.

á primera vista se parece á la casia (1). Los huesos que están dentro de la pulpa son chatos, negruzcos y de un tercio de pulgada de largo. Es perfectamente esférico y su diámetro es de una y media á cuatro ó cinco pulgadas. El árbol es mediano, muy cargado de hojas, y estas son pequeñas. La pulpa, en helados ó cocida con azúcar y canela, es de un sabor delicadísimo.

El zapote blanco, que por su virtud narcótica fué llamado en el antiguo México *cochitzapotl*, se asemeja algun tanto al negro en el tamaño, en la figura y en el color de la corteza, aunque la del blanco es de un verde mas claro; pero la pulpa de este es mucho mas blanca y sabrosa que la de aquel. El hueso, que se cree venenoso, es grande, redondo, duro y blanco. El árbol es frondoso, mas alto que el del negro, y la hojas son tambien mayores. Además, el negro es propio de los climas calientes, y el blanco de los frios y templados.

El *chicozapote* (llamado por los Mexicanos *chictzapotl*), es de figura casi ó enteramente esférica, y tiene una y media ó dos pulgadas de diámetro. La corteza es blanquizca; la pulpa blanca, con visos de color de rosa; los huesos duros, negros y puntiagudos. De esta fruta, cuando está verde, se saca una leche glutinosa y fácil de condensarse. Los Mexicanos llaman á esta sustancia *chicili*, y los españoles *chicle*. Suelen masticarla los niños y las mugeres, y en Colima se hacen con ella pequeñas estatuas y figuras curiosas (2). El *chicozapote*, cuando está en su madurez, es fruta de las mas esquisitas, y segun muchos europeos, superior á todas las del antiguo mundo. El árbol es de mediana altura; su madera bastante buena para cons-

(1) Gemelli dice que el zapote negro tiene el sabor de la casia; mas este es un error. Tambien dice que esta fruta verde es venenosa para los peces: es particular que un extranjero que residió diez meses en México sea el único que haga mención de esta circunstancia.

(2) Gemelli dice que el *chicle* es una composición artificial, no siendo otra cosa que la leche del fruto condensada al aire.

truccion; las hojas son redondas y semejantes á las del naranjo en color y consistencia. Nace sin cultivo en las tierras calientes y en algunas provincias forma bosques enteros que cubren espacios de diez y doce millas (1).

El *capulino*, ó *capulín*, como lo llaman los españoles, es la cereza de México. El árbol se parece mucho al cerezo de Europa; y la fruta á la cereza en hueso, color y tamaño, pero no en sabor.

El *nanche* es un fruto pequeño, redondo, amarillo, aromático y sabroso. Sus granos son pequenísimos. La planta nace en los países calientes.

El *chayote* es un fruto redondo y semejante á la castaña en el crizo en que está envuelto; aunque el del *chayote* es mucho mayor y de un verde mas oscuro que el de la castaña. La pulpa es blanca con visos verdes, y en medio tiene un hueso grande y blanco, semejante á la pulpa en la sustancia. Se come cocido, con el hueso. La planta es delicada, y la raíz es tambien buena para comer.

La *nuez encarcelada*, es llamada vulgarmente así, por estar envuelta en una cáscara durísima. Es mas pequeña que la nuez comun, y en la forma se parece á la moscada. La cáscara es lisa, y la almendra no tan abundante ni tan gustosa como la europea. Esta se ha multiplicado mucho en México, donde no es ménos comun que en Europa (2).

La planta llamada en el país *tlalcacahuatl*, y por los españoles *cacahuate*, es una de las producciones mas extraordinarias de aquella

(1) Tomas Gage dice, entre otras grandes mentiras, que en el jardín de San Jacinto (hospicio de los dominicos de Filipinas, situado en un arrabal de México, donde él residió algunos meses), habia árboles de esta especie. Es un error, porque la planta del *chicozapote* no se da en el valle de México, ni en ningun país en queyela.

(2) Hablamos aquí tan solo de la *nuez encarcelada* del imperio mexicano. La del Nuevo México es mayor y de mejor sabor que la comun de Europa, segun me ha asegurado persona fidedigna. Quizás esta especie es la misma que se conoce en la Luisiana con el nombre de *pacana* ó *pacaria*.

tierra. Es yerba abundante en hojas y raíces. Las florecillas son blancas, pero no dan fruto. Este no nace en las ramas ni en los tallos, como sucede en los otros vegetales, sino junto á los filamentos de las raíces, en una vaina blanca ó blanquizca, larga, redonda y arrugada, como se ve en la estampa adjunta. Cada vaina tiene dos, tres ó cuatro *cacahuates*, cuya figura es semejante á la del piñon; pero son mucho mayores que estos y mas gruesos. Cada uno se compone de muchos granos con dos *lóbulos* cada uno y su punto germinante. Son de buen sabor, pero no se comen crudos sino un poco tostados. Si se tuestan mas, adquieren un olor y un sabor tan semejantes al café, que es muy difícil distinguirlos de este. Con los *cacahuates* se hace un aceite que no es de mal gusto; pero que se cree dañoso, por ser muy cáldo. Produce este aceite una luz hermosa, pero que se apaga con facilidad. Esta planta prosperaria sin duda en los países meridionales de Europa. Se siembra por marzo y abril, y la cosecha se hace en octubre y noviembre.

Hay otros muchos frutos que omito por no parecer difuso; pero no puedo dejar de hacer mención del cacao, de la vainilla, de la chia, del chile ó pimiento, del tomate, de la pimienta de Tabasco, del algodón, y de las legumbres de que mas uso hacian los Mexicanos.

El Dr. Hernandez habla de cuatro especies de cacao, nombre que se deriva del mexicano *cacahuatl*. El *tlalcacahuatl*, el mas pequeño de todos, era el que mas usaban los Mexicanos en su chocolate y en otras bebidas que tomaban diariamente. Las otras especies les servian de moneda. Esta era una de las plantas mas cultivadas en las tierras calientes de aquel reino, y por ella pagaban grandes tributos á la corona de México muchas provincias, especialmente la de Xoconochco, cuyo cacao es excelente, y superior, no solo al de Caracas, sino tambien al de la Magdalena. La descripción de esta célebre planta y de su cultura, se

halla en las obras de muchos escritores de todas las naciones cultas de Europa.

La *vainilla*, tan conocida y usada en Europa, nace sin cultivo en las tierras calientes. Los antiguos Mexicanos la usaban en el chocolate y en otras bebidas que hacian con cacao.

La *chia* es la pequeña semilla de una planta hermosa, cuyo tallo es derecho y cuadrangular. Las ramas están simétricamente distribuidas, segun los ángulos del tronco. La flor es azul. Hay dos especies de chia: una, negra y pequeña de que se saca un aceite utilísimo para la pintura; y otra blanca y grande, de que se hace una bebida que sirve de refresco. De una y otra hacian los Mexicanos otros usos como despues veremos.

Del *chile*, de que los Mexicanos se servian como los europeos de la sal, hay á lo ménos once especies diferentes en el tamaño, en la figura y en la fuerza del picante. Los mas pequeños y acres son el *quauhchilli*, que es fruto de un arbusto, y el *chiltecpin*. Las especies de tomates son seis, todas diferentes en tamaño, color y sabor. La mayor que es el *gictomatl* ó *gitomate*, como dicen los españoles, es ya muy comun en Europa. El *millomatl* es mas pequeño que el anterior, verde y perfectamente redondo. Cuando hablemos de las comidas de los Mexicanos, indicaremos el uso que hacian de aquella produccion.

El *xocoxochill*, vulgarmente conocido con el nombre de *pimienta de Tabasco*, por ser muy abundante en aquella provincia, es un grano mayor que la pimienta de Malabar. El árbol que lo produce es corpulento: las hojas tienen el color y el lustre como las del naranjo; las flores son rojas, algo parecidas en la forma á las del granado, y exhalan un olor suavísimo, del que participan las ramas. El fruto es redondo, y nace en racimos, verdes al principio y despues casi negros. Esta pimienta de que hacian uso los Mexicanos, puede suplir la falta de la comun del Malabar.

El algodón era por su utilidad una de las producciones mas abundantes de aquel país.

Servíanse de ella en lugar de lino (1), aunque no carecían de esta planta, y de sus filamentos se vestían la mayor parte de los habitantes de Anáhuac. Lo hay blanco y dorado, que se llama comunmente *coyote*. Es planta comun en las tierras calientes, pero mucho mas cultivada en los tiempos antiguos que en los modernos.

El fruto del *achiote* servía antiguamente para los tintes, como sucede en los tiempos presentes. Con la corteza del árbol se hacían cuerdas, y de la leña se sacaba fuego por medio de la fricción, como acostumbraban los antiguos pastores de Europa. Esta planta se halla bien descrita en el Diccionario de Mr. de Bomarc.

En cuanto á granos y legumbres, casi todos los que se cultivan en Europa, han prosperado en el terreno de México, cuando han hallado un suelo conveniente (2).

El principal y mas útil de los granos es el maiz, llamado por los Mexicanos *tlalli*, del cual hay muchas especies diferentes en tamaño, color, peso y sabor. Lo hay grande, pequeño, blanco, amarillo, azulado, morado, rojo y negro. Con él hacían los Mexicanos el pan y otras comidas de que despues hablaremos. El maiz pasó de América á España, y de aquí á otros países de Europa, con gran ventaja de los pobres; aunque no faltan autores modernos que ase-

(1) Hallóse el lino en gran abundancia y de excelente calidad, en Michuacan, en el Nuevo-México y en Quivita; pero no sabemos que lo cultivasen ni se sirviesen de él los pueblos antiguos mexicanos. La corte de España, noticiosa de los terrenos que se prestan al cultivo de esta planta, envió por los años de 1778 á aquellos países, doce familias de la vega de Granada, á fin de que promoviesen un ramo tan importante de agricultura.

(2) El Dr. Hernandez, en su Historia Natural de México, describe la especie de trigo que se halló en Michuacan, y pondera su prodigiosa fecundidad; pero los antiguos no quisieron ó no supieron emplearlo, prefiriendo el maiz, como lo hacen tambien los modernos. El primero que sembró trigo de Europa en aquella tierra, fué un moro esclavo de Hernan Cortés, habiendo encontrado tres ó cuatro granos dentro de un saco de arroz de la provision de los soldados españoles.

guran que esta útil produccion pasó de Europa al Nuevo-Mundo: idea de las mas extravagantes y absurdas que pueden presentarse á la imaginacion de un hombre (1).

La legumbre mas apreciada de los Mexicanos era la judía ó habichuela, de la cual hay mayor número de variedades que del maiz. La mayor es la llamada *ayacotli*, que es del tamaño de una haba y nace de una hermosa flor encarnada; pero es mucho mas estimada otra que tiene los granos pequeños, negros y pesados. Esta legumbre es usada en Europa, porque aquí es de mal sabor, es tan esquisita en México, que no solo sirve de alimento á la gente pobre, sino de regalo á la nobleza española.

PLANTAS NOTABLES POR SUS RAICES, HOJAS, TALLO Y MADERA.

De las plantas preciosas por sus raices, hojas, tallo y madera, tenían muchas los Mexicanos, de las cuales algunas les servían de alimento como la *sicama*, el *camote*, el *huacamote*, el *cacomite* y otras muchas; otras les suministraban hilos para sus ropas y cuerdas, como el *iczoil* y muchas especies de *mell* ó *maguey*; otras, en fin, les servían para los edificios y otros trabajos, como el cedro, el pino, el cipres, el abeto y el ébano.

La *sicama*, que los Mexicanos llaman *cazoil*, es una raíz de la figura y tamaño de una cebolla. Es blanca, compacta, fresca, jugosa y de buen sabor. Se come siempre cruda.

El *camote* es otra raíz comunísima en to-

(1) Estas son las palabras de Mr. de Bomarc, en su *Diccionario de Historia Natural*, artículo bled de Turquie. *On donnoit à cette plante curieuse et utile le nom de bled d'Inde, parcequ'elle tire son origine des Indes, d'ou elle fut portée en Turquie, et de là dans toutes les autres parties de l'Europe, de l'Afrique, et de l'Amérique.* El nombre de *grano de Turquía* que se le da en Italia será sin duda la única razon que haya tenido el autor para adoptar un error tan contrario al testimonio de todos los que han escrito sobre cosas de América, y á la opinion general de las naciones. Los españoles de España y de América le han dado el nombre de *maiz*, palabra de la lengua Haitiana, que era la que se hablaba en la isla de Santo Domingo.

da aquella tierra. La hay de tres especies, blanca, amarilla y morada. Los *camotes* son de buen gusto, especialmente los de Querétaro, que gozan de gran estimacion en todo el imperio.

El *cacomite* es la raíz de la planta que da la flor del tigre, de que ya hemos hablado. El *huacomote* es la raíz dulce de una especie de yuca (1), y se come cocida. La *papa*, raíz trasplantada á Europa, y muy apreciada en Irlanda y en Suecia, entra en el número de las vegetales que pasaron á México de la América Meridional, su país nativo; como de la España y de las islas Canarias pasaron los nabos, los rábanos, las zanahorias, los ajos, las lechugas, las coles y otras plantas de esta especie. Cortés, en sus *Cartas á Carlos V*, asegura haber visto cebollas en el mercado de México; así que, no se necesitaba que fuesen de Europa. Además que el nombre de *xonacatl* que dan á la cebolla, y el de *xonacatepec* que era el de un pueblo que existía en tiempo de los reyes mexicanos, manifiestan que la planta era muy antigua en aquellos países, y no introducida despues de la conquista.

El *maguey* llamado por los Mexicanos *mell*, *pita* por los españoles, y *aloe americano* por algunos autores, á causa de su gran semejanza con el verdadero *aloe*, es de las plantas mas comunes y mas útiles de México. El Dr. Hernandez describe hasta diez y nueve especies de *maguey*, aun mas diversas en la sustancia interior que en la forma y color de sus hojas. En el libro VII de nuestra Historia tendremos ocasion de esponer las grandes ventajas que los Mexicanos sacaban de esta planta, y los inmensos provechos que ha dado á los españoles.

El *iczoil* es una especie de palma de monte y muy alta, cuyo tronco por lo comun es doble. Sus ramas tienen la figura de un abanico, y sus hojas las de una espada. Sus flores son blancas y olorosas; con ellas hacen una buena conserva los españoles: el

(1) La *yuca* es la planta con cuya raíz se hace el pan de *cazabe* en muchas partes de América.

fruto se parece al de la banana, pero no da provecho alguno. De las hojas se hacían antiguamente, y se hacen hoy dia, buenas esteras, y los Mexicanos sacaban de ellas hilo para sus manufacturas.

No es esta la única palma de aquellos países. Además de la *palma real*, superior á las otras por la belleza de su follaje, tienen el cocotero, la palma de dátiles y otras dignas de atencion (1).

El *quahucoyalli* es palma de mediana altura, cuyo tronco es inaccesible á los cuadrúpedos, por estar armado de espinas largas, fuertes y agudísimas. Las ramas tienen la forma de un gracioso penacho, del que penden grandes racimos de frutos redondos, del tamaño de la nuez comun, y como estas, compuestas de cuatro partes distintas, á saber: la corteza, verde al principio y despues parda; una pulpa amarilla, tenazmente unida á la cáscara; una cáscara redonda y durísima, y dentro de esta, una modula ó almendra blanca.

La palma *ixhuall* es mas pequeña, y no tiene mas de seis ó siete ramos, porque cuando nace uno, se seca otro de los antiguos. Con sus hojas se hacían ántes espuestas y esteras, y hoy se hacen sombreros y otros utensilios. La corteza, hasta la profundidad de tres dedos, no es mas que un conjunto de membranas, de cerca de un pié de largo, sutiles y flexibles, pero muy fuertes, y unidas muchas de ellas sirven de colchon á los pobres.

Tambien pertenece á la clase de las pequeñas, la palma *teiczoil*. La modula de su tronco, que es de una contestura blanda, está envuelta en hojas de una sustancia particular, redondas, gruesas, blancas, lisas y lustrosas, y que parecen otras tantas conchas dispuestas unas sobre otras. Los indios se servían de ellas antiguamente, y aun se

(1) Además de la palma de dátiles propia de aquel país, nace tambien en él la de Berbería. Los dátiles se venden, por el mes de junio, en los mercados de México, de la Puebla de los Angeles, y de otras ciudades; pero á pesar de su sabor dulce, no son muy apreciados.

serven hoy dia, para adornar los arcos de follaje que erigen en sus fiestas.

Hay otra palma que da los *cocos de aceite*, llamados así, porque de ellos se saca un aceite de buena calidad. El *coco de aceite* es una nuez semejante en el tamaño y en la figura á la *moscada*; dentro tiene una almendra blanca, oleosa, buena de comer y cubierta de una película sutil y morada. El aceite despiden un olor suave, pero se condensa con facilidad, y entónces queda convertido en una masa espesa y blanca como la nieve.

En la excelencia, virtud y abundancia de maderas, aquel pais no cede á ningun otro; porque como en su estension se hallan todos los climas, tambien se hallan todos los árboles que en ellos prosperan. Ademas de las encinas, robles, abetos, pinos, cipreses, hayas, olmos, nogales y álamos, y otros muchos árboles de Europa, hay bosques enteros de cedros y ébanos, que eran los dos árboles mas apreciados en la antigüedad por sus maderas: ademas, abundan el *agalloco* ó madera de aloe, en la Mixteca; el *tapinzeran*, en Michuacan; la *caoba*, en Chiapan; el *palo gateado*, en Zonoolihuan (hoy Zongolica); el *camote*, en las montañas de Texcoco; el *granadillo* ó ébano rojo, en la Mixteca y otros puntos: el *mizquitl* ó acacia verdadera, el *tepehuajin*, el *copte*, el *xabin*, el *guayacan* ó leño santo, el *oyaquahuil*, el *oyameil*, el *zopilote* y otras innumerables maderas apreciable por su incorruptibilidad, por su dureza y gravedad (1), por la facilidad con que se prestan al trabajo, por la belleza de sus colores y por la fragancia que despiden. El *camote* es de un hermoso color morado, y el *granadillo* de un rojo oscuro; pero aun son mas bellos el *palo gateado*, la *caoba*, y el *zopilotequahuil* ó madera de *zopilote*. La dure-

[1] Plinio, en su *Historia Natural*, lib. 16, cap. 4, indica tan solo cuatro géneros de madera de mayor gravedad específica que el agua. En México hay otras muchas que se sumergen en aquel liquido, como el *guayacan*, el *tapinzeran*, el *xabin* &c. El *quiebra-hacha* es tambien de este número, y se llama así porque muy frecuentemente rompe los instrumentos de hierro con que se trabaja.

za del *guayacan* es conocida en Europa; pero no le cede el *xabin*. El aloe de la Mixteca, aunque diferente del *agalloco* de Levante, segun la descripción que dan de este García del Huerto y otros autores, es notable por el suavísimo olor que exhala, especialmente cuando está recién cortado. Hay tambien en aquel pais un árbol cuya madera es preciosa; pero de naturaleza tan maligna, que ocasiona hinchazon en el escroto al que indiscretamente la maneja, cuando está recién cortada. El nombre que le dan en Michuacan, y del cual no puedo acordarme, espresa aquella maléfica virtud. No he sido testigo de ello, ni tampoco he visto el árbol; pero lo supe, cuando fuí á Michuacan, de persona fidedigna.

El Dr. Hernández describe en su *Historia Natural* cerca de cien especies de árboles; pero habiendo dedicado principalmente sus estudios, como ya hemos dicho, á las plantas medicinales, omite la mayor parte de los que produce aquel hermoso terreno, y especialmente los mas notables por su tamaño y por lo apreciable de su madera. Hay algunos de tan extraordinarias dimensiones, que no son inferiores á los que Plinio cita como milagros de la naturaleza.

El Padre Acosta hace mencion de un cedro que existia en *Atlacuecalhuayan*, pueblo distante nueve leguas de Antequera, ó sea Oaxaca, cuyo tronco tenia de circunferencia diez y seis brazas, es decir, mas de ochenta y dos piés de Paris; y yo he visto en una casa de campo, una viga de la misma madera, que tenia de largo ciento y veinte piés castellanos, ó ciento siete de Paris. En muchas casas de la capital, y de otras ciudades del pais, se ven enormes mesas de cedro de una sola pieza. En el valle de *Atlixco* se conserva todavia un abeto antiquísimo y tan grande, que en la cavidad formada por los rayos en su tronco, caben catorce hombres á caballo (1). Mayor idea dará de su amplitud,

[1] El nombre mexicano de este árbol es *ahuehuatl*, y los españoles del pais lo llaman *ahuehuete*; pero los que quieren hablar con pureza castellana, le dan el nombre de *sabino*, en lo que se engañan, pues no pertenece á esta especie, aunque se le pare-

un testimonio tan respetable como el del Sr. D. Francisco Lorenzana, arzobispo que fué de México y hoy de Toledo. Este prelado en sus anotaciones á las *Cartas de Cortés á Carlos V*, impresas en México el año de 1770, asegura que habiendo ido él mismo á observar aquel fumoso árbol, en compañía del arzobispo de Guatemala y del obispo de la Puebla de los Angeles, hizo entrar cien muchachos en su cavidad.

Pueden compararse con este abeto las *ceibas* que yo he visto en la provincia marítima de Nicayan. La amplitud de estos árboles es proporcionada á su portentosa elevacion, y es deliciosísimo su aspecto cuando están cubiertos de nuevo follaje y cargados de fruta, dentro de la cual hay una especie de algodón blanco, sutil y delicadísimo. Con esta hilaza podrian hacerse, y se han hecho en efecto, tejidos tan finos y suaves, y aun quizás mas que los de seda (1); pero no se hila con facilidad, por ser muy cortos los filamentos; ademas que se sacaria poca ventaja de esta manufactura, siendo de poca duracion el tejido. El algodón de esta fruta se usa en almohadas y colchones, los que tienen la singular propiedad de esponjarse extraordinariamente con el calor del sol.

Entre otros muchos árboles dignos de atencion por su singularidad, y que me veo precisado á omitir, no debo sin embargo pasar en silencio cierta especie de higuera bravia, que nace en tierras de Coahuixchi y en otros puntos del reino. Es árbol grueso, ele-

ce mucho, como lo demuestra el Dr. Hernandez en el lib. 3, cap. 66, de la *Historia Natural*. Yo he visto el abeto de Atlixco en el tránsito que hice por aquella ciudad en 1756, pero no bastante de cerca para poder formar idea de sus dimensiones.

[1] Mr. de Bomare dice que los africanos hacen del hilo de la *ceiba*, el tafetan vegetal, tan raro y tan estimado en Europa. No es extraño que escasee tanto la tela, siendo tan difícil elaborarla. El nombre *ceiba* viene, como otros muchos de los que se usan en México, de la lengua que se hablaba en la isla de Haiti. Los Mexicanos lo llaman *pochotl*, y muchos españoles, *pochote*. En Africa se llama *benten*. La *ceiba*, segun el mismo autor, es el árbol mas alto de los conocidos.

vado, frondoso, semejante en sus hojas y frutos á la higuera comun. De sus ramas, que se estienden horizontalmente, nacen ciertos filamentos que penden hácia la tierra, progresivamente creciendo y engruesando, hasta que introducidos en ella se arraigan y firman otros tantos troncos; así que, un árbol solo basta para formar una selva (1). El fruto de este árbol es inutil, pero la madera es de buena calidad.

PLANTAS ÚTILES POR SU RESINA, GOMA, ACEITE Ó JUGO.

La tierra de Anáhuac es secundísima en vegetales útiles por la resina, goma, aceite ó jugo que de ellos mana.

El *huiztiloxitl*, que destila el famoso bálsamo, es un árbol de mediana elevacion. Sus hojas son semejantes á las del almendro, aunque algo mayores. La madera es rojiza y olorosa; la corteza cenicienta, pero cubierta de una película del color de la madera. Las flores, que son de un color pálido, nacen en las estrechuras de las ramas. La simiente es pequeña, blanquizca, y encorvada, y pende de un filamento delgado y de media pulgada de largo. En cualquier parte que se haga una incision, especialmente despues de llover, se ve manar aquella esquisita resina, tan apreciada en Europa, y que en nada cede al famoso bálsamo de Palestina (2). El de México es de un rojo negruzco ó de un blanco amarillento; el sabor es acre y amargo, y el olor intenso, pero sumamente agradable. El árbol del bálsamo es comun en las orillas de

[1] Hacen mencion de esta higuera, el Padre Andres Perez de Ribas, en la *Historia de las misiones de Cinaloa*, y Mr. de Bomare en su *Diccionario*, llamándolo *Figuier des Indes*, *Grand Figuier*, y *Figuier admirable*. Los historiadores de la India Oriental describen otro árbol semejante á este, que se halla en aquellas regiones.

[2] El primer bálsamo que se llevó de México á Roma, se vendió á cien ducados la onza, como lo testifica el Dr. Monarde en su *Historia de los simples medicinales de América*. La silla apostólica declaró que esta sustancia era materia idónea para el crisma, aunque diferente del bálsamo de Palestina.

Pánuco y de Chiapan, y en otras tierras calientes. Los reyes mexicanos lo hicieron trasplantar al célebre jardín de Huaxtepec, donde prendió felizmente, y de allí se propagó en todas aquellas montañas. Algunos indios para sacar mas cantidad de bálsamo, queman las ramas del árbol, despues de hacer la incision. Como estas preciosas plantas son muy comunes en aquellos países, no se curan de la pérdida de algunas de ellas, por tal de no aguardar la destilacion, que suele ser lenta. Los antiguos Mexicanos no solo sacaban el opobálsamo, ó lágrima destilada del tronco; mas tambien el *xilobálsamo*, por la decoccion de las ramas (1).

Del *huacón* y de la *maripenda* (2) sacaban tambien un aceite semejante al bálsamo. El *huacón* es un árbol de mediana altura, y de madera dura y aromática, que se conserva sin alterarse muchos años, aunque esté metido en tierra. Sus hojas son pequeñas y amarillas, las flores pequeñas tambien y blanquizas, y el fruto semejante al del laurel. Se sacaba por destilacion el aceite de la corteza, haciéndola pedazos antes, teniéndola tres días en agua notural y secándola al sol. De las hojas se sacaba otro aceite de buen olor. La *maripenda* es un arbusto con hojas lanceoladas; el fruto es semejante á la uva, y viene en racimos, verdes al principio y despues rojos. El aceite se sacaba cociendo las ramas con mezcla de alguna fruta.

El *rochiocotzotl*, vulgarmente llamado *liquidambar*, es el estoraque líquido de los Mexicanos. Es árbol grande (y no arbusto como dice Pluche); las hojas parecidas á las del acebo, son dentadas, dispuestas de tres en tres, blanquizas de un lado y oscuras del otro. El fruto es espinoso y polígono, con

[1] Sácase también del fruto del *huitzilagitl* un aceite, semejante en olor y sabor, al de almendras, pero mas acre, y de olor mas fuerte. Es muy útil en la medicina.

[2] Los nombres *huacón* y *maripenda* no son mexicanos, sino adoptados por los autores que han descrito las plantas de aquellos países.

la superficie negra y los ángulos amarillos. La corteza del árbol es en parte verde y en parte leonada. Del tronco sale por incision aquella preciosa resina que los españoles llamaron *liquidambar*, y el aceite del mismo nombre que es aun mas oloroso y apreciable. Tambien se hace el *liquidambar* con la decoccion de las hojas, mas este es inferior al que procede de la destilacion.

El nombre mexicano *copalli*, es genérico y comun á todas las resinas, pero se aplican especialmente á las que se usan como incienso. Hay hasta diez especies de árboles que dan esta especie de resina, y se diferencian, tanto en el nombre como en la forma de las hojas, del fruto, y en la calidad de aquel producto. El *copal*, llamado así por antonomasia, es una resina blanca y trasparente que sale de un árbol grande, cuyas hojas se parecen á las de la encina, aunque son mayores que estas; el fruto es redondo y rojizo. Esta resina es bien conocida en Europa con el nombre de *goma copal*, y se emplea en la medicina y en hacer barnices. Los antiguos Mexicanos la usaban principalmente en el incienso, de que se servian ya en el culto religioso de sus ídolos, ya en obsequio de los embajadores y otras personas de alta gerarquía. Hoy lo consumen en grandes cantidades para el culto del verdadero Dios y de sus santos. El *tecopalli* ó *tepecopalli*, es otra resina semejante en olor, color y sabor, al incienso de Arabia. El árbol que la destila es de mediana elevacion; nace en los montes; su fruto es una especie de bellota, que contiene un piñon, bañado de una especie de mucílago, ó saliva viscosa, y dentro del piñon hay una almendrilla, que se emplea útilmente en la medicina. Todos estos árboles, y otros de la misma especie, en cuya descripción no puedo detenerme, son propios de las tierras calientes.

La *caraña* (1) y la *tecamaca*, resinas bien

[1] Los Mexicanos dieron al árbol de la *caraña* el nombre de *tlahuclilocaquahuil*, es decir, árbol de la malignidad; porque creian supersticiosamente que lo tenían en horror los espíritus malignos, y que era

conocidas en el comercio de Europa, salen de los árboles mexicanos, altos y corpulentos. El árbol de la *caraña* tiene el tronco leonado, liso, brillante y oloroso, y las hojas, aunque redondas, parecidas en su contestura á las del olivo. El árbol de la *tecamaca* tiene las hojas ancinas y dentadas; el fruto rojo, redondo, pequeño, y pendiente de la estremidad de las ramas. Uno y otro son de las tierras calientes.

El *mizquill*, ó *mezquite*, como dicen los españoles, es una especie de acacia verdadera goma arábica, como aseguran el Dr. Hernandez y otros doctos naturalistas. Es arbusto espinoso; sus ramas están dispuestas con mucha irregularidad; las hojas son raras, sutiles, semejantes á las plumas de las aves, dispuestas de dos en dos en las ramas, una en frente de otra. Los frutos son dulces y subrosos, y en ellos se contiene la semilla, con la cual los salvajes Chichimecas hacian una pasta que les servia de pan. Su madera es durísima y pesada. Estos árboles son tan comunes en el territorio de México, y sobre todo en los países templados, como las encinas en Europa. (1)

La *laca* ó *goma laca* (como dicen los botánicos) corre con tanta abundancia de un árbol semejante al *mezquite*, que llega á cubrir enteramente sus ramas (2). Este árbol

es un preservativo eficaz contra los hechizos. *Tecamaca* viene del *tecomacihayac* de los Mexicanos.

[1] Hay en Michuacan una especie de *mezquite* ó acacia, que no tiene espinas, y cuyas hojas son mas sutiles que las del *mezquite* comun: por lo demas se le parece en todo.

[2] García del Huerto, en la Historia de los simples de la India, asegura con el apoyo de algunos hombres prácticos del país, que la *laca* es producto del trabajo de cierta clase de hormigas. Esta opinion ha sido adoptada por muchos autores, y Mr. de Bomare le hace el honor de creerla demostrada; pero, en primer lugar, todas estas ponderadas demostraciones no son mas que indicios equívocos y conjeturas falaces, como lo echará de ver el que lea atentamente los indicados autores. 2.º De todos los naturalistas que han escrito sobre la *laca*, el único que la ha visto en el árbol, es el Dr. Hernandez, y este docto y sincero escritor asegura que la *laca* es una verdadera resina, destilada del árbol que los Mexicanos

llaman *tlahuclilocaquahuil*, y rebate, como preocupacion vulgar, la opinion contraria. 3.º El país en que abunda la *laca* es la fertilísima provincia de los Tlahuicas, en que todas las frutas se dan admirablemente, y de donde salen en grandes cantidades, para abastecer los mercados de la capital. Y cierto que no podria hacerse tan gran cosecha de frutas, si hubiese en aquel país la cantidad inmensa de hormigas que seria necesaria para fabricar la *laca* que cubre los árboles de aquella especie, que son allí comunísimos. 4.º Si la *laca* es obra de las hormigas, ¿por qué la fabrican en aquellos árboles, y no en los de otra especie? Los Mexicanos llamaban á la *laca* estiércol de mucílago por no sé qué analogía que hallaban entre aquellos dos objetos.

bol es de mediana altura; el tronco es rojizo, y abunda en las provincias de los Coahuixcas, y de los Tlahuicas. La *sangre de drago* sale de un árbol grande, cuyas hojas son anchas y angulosas. Este árbol nace en los montes de Quauhchinanco, y en los de los Coahuixcas. Los Mexicanos llaman al jugo *expatli*, es decir, medicina sanguínea, y al árbol, *exquahuil*, ó árbol de sangre. Hay otro del mismo nombre en los montes de Quauhahuac, que se le parece mucho; pero tiene las hojas redondas y ásperas, la corteza áspera tambien, y la raíz olorosa.

La *resina elástica*, llamada por los Mexicanos *olin*, ú *oli*, y por los españoles del país, *hule*, sale del *olquahuil*, árbol elevado, de tronco liso y amarillento. Sus hojas son grandes, las flores blancas, y el fruto amarillo, redondo, anguloso. Dentro se encuentran unas almendras del tamaño de las avellanas, blancas, pero cubiertas de una película amarilla. La almendra es de sabor amargo, y el fruto nace siempre pegado á la corteza. El *hule*, cuando sale del árbol, es blanco, líquido y viscoso; despues amarilla, y finalmente toma un color de plomo negruzco, que conserva siempre. Los que le recogen, le dan por medio de moldes, la forma conveniente al uso á que lo destinan. Esta resina, cuando está condensada, es la sustancia mas elástica de todas las conocidas. Con ella hacian los Mexicanos balones, que aunque mas pesados que los de aire, tienen mas ligereza y bote. Hoy, ademas de este uso,

llaman *tlahuclilocaquahuil*, y rebate, como preocupacion vulgar, la opinion contraria. 3.º El país en que abunda la *laca* es la fertilísima provincia de los Tlahuicas, en que todas las frutas se dan admirablemente, y de donde salen en grandes cantidades, para abastecer los mercados de la capital. Y cierto que no podria hacerse tan gran cosecha de frutas, si hubiese en aquel país la cantidad inmensa de hormigas que seria necesaria para fabricar la *laca* que cubre los árboles de aquella especie, que son allí comunísimos. 4.º Si la *laca* es obra de las hormigas, ¿por qué la fabrican en aquellos árboles, y no en los de otra especie? Los Mexicanos llamaban á la *laca* estiércol de mucílago por no sé qué analogía que hallaban entre aquellos dos objetos.

lo emplean en sombreros, zapatos, y otros objetos, impenetrables al agua. Derretido al fuego, el hule da un aceite medicinal. El árbol nace en las tierras calientes, como en las de Ihuatlapan y Mecatlan, y es muy común en Guatemala. En Michuacan hay un árbol llamado *tarantaca* por los Tarascas, que es de la misma especie que el *olquahuill*; pero se diferencia en las hojas.

El *quauhxioll* es un árbol mediano, cuyas hojas son redondas, y la corteza rojiza. Hay dos especies subalternas de este vegetal: la una da una goma blanca, que puesta en agua, la tñe de un color de leche; la otra destila una goma rojiza, y ambas sustancias son remedios eficaces de la disenteria.

En esta clase de plantas deben colocarse, por el aceite que producen, el abeto, la *higuerilla* (planta semejante á la higuera), el *ocote*, y una especie de pino oleoso: el brasil, el *campeche*, el *añil* y otros, por sus jugos; pero estas producciones son muy conocidas en Europa, y en adelante tendremos ocasion de hablar de ellas.

Lo poco que hemos dicho acerca del reino vegetal de Anáhuac, aviva el sentimiento que experimentamos al ver tan descuidadas y perdidas las nociones exactas de historia natural, que en tan alto grado poseian los antiguos Mexicanos. Sabemos que aquellos bosques, montes y valles están cubiertos de infinitos vegetales utilísimos y preciosos, sin haber quien se digno aplicarse á estudiarlos y describirlos. ¿No es doloroso que de los inmensos tesoros sacados de aquellas riquísimas minas en el espacio de dos siglos y medio, no se haya dedicado una parte á fundar academias de naturalistas, que siguiendo los pasos del ilustre Hernandez, puedan descubrir en bien de la sociedad los dones inapreciables, derramados allí tan liberalmente por la mano del Criador?

CUADRUPEDOS DEL TERRITORIO DE MEXICO.

El reino animal de Anáhuac no es ménos desconocido que el vegetal, á pesar de

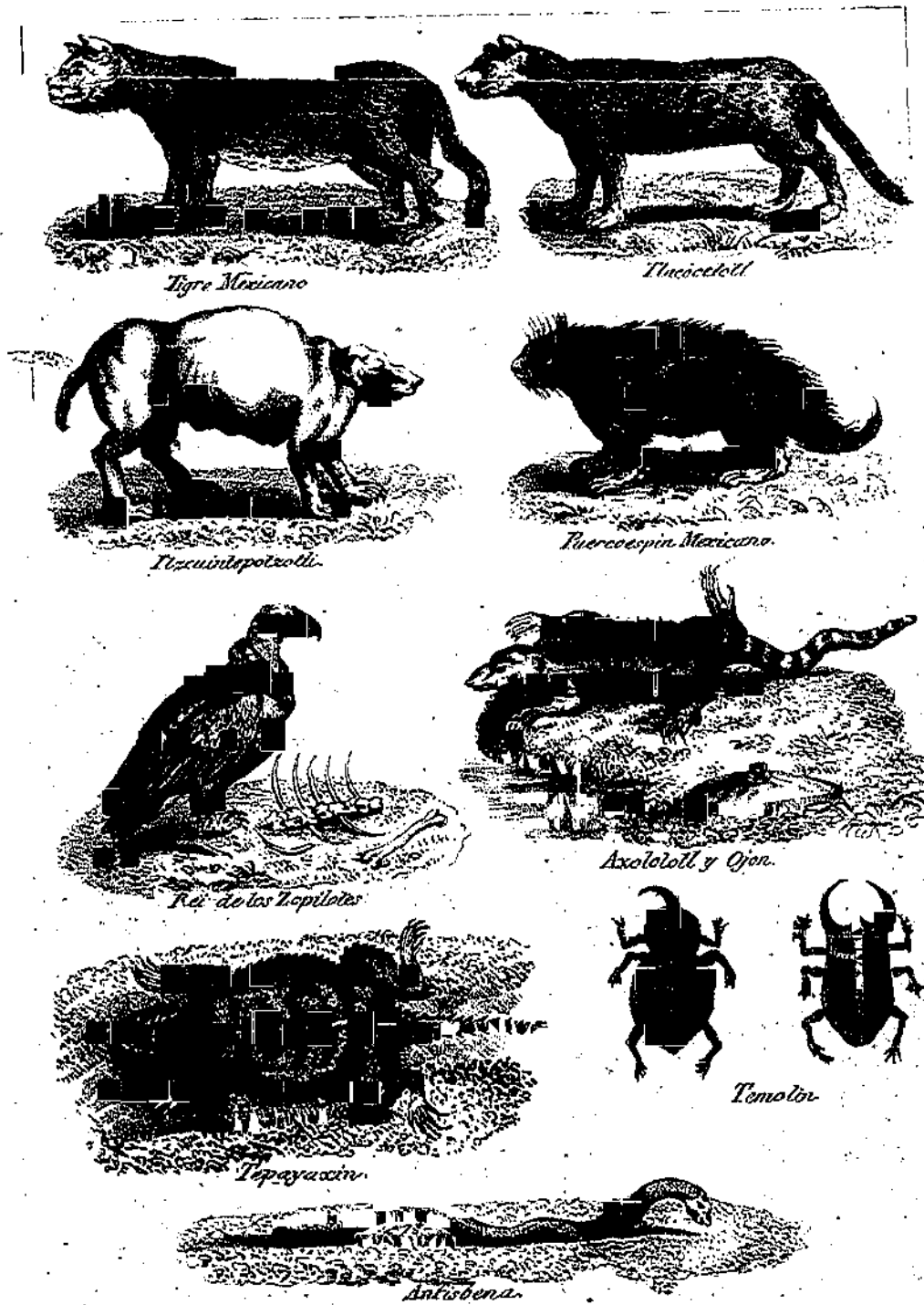
la diligencia con que el Dr. Hernandez se aplicó á su estudio. La dificultad de distinguir las especies, y la impropiedad de la nomenclatura dada por analogía, hacen difícil y escabrosa la historia de los animales. Los primeros españoles, mas prácticos en el arte de la guerra, que en el estudio de la naturaleza, en lugar de conservar, como hubieran debido hacerlo, los nombres que los Mexicanos daban á sus animales, llamaron tigres, lobos, osos, leones, perros, &c. á muchos animales de especies diferentes, guiados por la semejanza del color de la piel, ó por algun otro rasgo exterior, ó por la conformidad de ciertas operaciones y propiedades. Yo no pretendo reformar sus errores, sino dar á mis lectores alguna idea de los cuadrúpedos, aves, reptiles, peces é insectos, que se mantienen en la tierra y en las aguas de Anáhuac.

Entre los cuadrúpedos los hay antiguos y modernos. Estos, que son los que se trasportaron de Canarias y de Europa en el siglo XVI, son los caballos, los asnos, los toros, los carneros, las cabras, los puercos, los perros y los gatos; todos los cuales se han multiplicado allí, como lo haré ver en las Disertaciones, rebatiendo á algunos filósofos modernos, que se han empeñado en probar la degradacion de todos los cuadrúpedos en el Nuevo-Mundo.

De los cuadrúpedos antiguos, es decir, de aquellos que de tiempo inmemorial se crian en aquella tierra, unos eran comunes á los dos continentes; otros, solo propios del nuevo mundo, pero comunes á México y á otros países de América; otros en fin exclusivamente peculiares de México.

Los cuadrúpedos antiguos comunes á México y al antiguo continente son los leones, los tigres, los gatos monteses, los osos, los lobos, los zorros; los ciervos, comunes y blancos (1); los gamos, las cabras monteses, las

[1] Los ciervos blancos, sean ó no de la misma especie que los comunes, son propios de los dos continentes. Fueron conocidos de los griegos y de los romanos. Los Mexicanos llamaban al ciervo blan-



ANIMALES MEXICANOS.

fuinas, las martas, las ardillas, las *polatucas*, los conejos, las liebres, los lirones y los ratones. El conde de Buffon niega que hubiese en América leones, tigres y conejos; pero como su opinion se funda en la pretendida imposibilidad del paso de los animales europeos de las tierras cálidas al nuevo continente, lo que yo procuro impugnar en mis Disertaciones, no necesito interrumpir aquí el hilo de mi historia, para ocuparme en este punto.

El *mixtli* de los Mexicanos es el leon sin melena, de que hace mencion Plinio (1), enteramente diverso del leon africano, y el *ocelotl* no se distingue del tigre de Africa, como lo testifica el Dr. Hernandez, que conocia unos y otros. El *tochtli* de México es el mismo conejo del antiguo continente, y tan antiguo cuando ménos en aquellos países, como el calendario mexicano, en el cual la imagen del conejo era el primer símbolo del año. Los gatos monteses, que son mayores que los domésticos, son muy feroces y temibles. Los osos son enteramente negros, y mas corpulentos que los que se ven en Italia, y vienen de los Alpes. Las liebres se distinguen de las de Europa por tener las orejas mas largas, y los lobos por tener mas voluminosa la cabeza. Estas dos especies son abundantes en aquella tierra. Damos el nombre de *polatuca*, como lo hace el conde de Buffon, al *quimichpattan*, ó raton volante de los Mexicanos. Conviénele el nombre de raton, porque se asemeja á este en la cabeza, aunque la tiene mayor; y el de *volante*, porque teniendo en su estado natural prolongada y floja la piel del vientre, cuando quiere dar un salto violento de un árbol á otro, la estiende con los pies, y se sirve de ella á guisa de alas. El vulgo de españoles confunde este cuadrúpedo con la ardilla; pero

co, rey de los ciervos. El conde de Buffon piensa que la blancura de estos animales es efecto de la esclavitud; pero el hecho de hallarse ciervos blancos en los montes de México, desmiente esta opinion.

[1] Plinio distingue las dos especies de leon, con melena y sin melena, y menciona el número de los de cada especie, que Pompeyo presentó en los juegos de Roma.

son ciertamente dos animales diversos. Las ratas fueron llevadas á México en buques europeos; no así los ratones, que siempre fueron conocidos por los Mexicanos con el nombre de *quimichin*, el cual daban tambien metafóricamente á los espías.

Los cuadrúpedos comunes á México y á los otros países del Nuevo-Mundo, son el *coyamell*, el *epatl*, algunas especies de monos, el *ayotochtili*, el *aztacojoll*, el *tlaciatzin*, el *te-chichi*, el *tlalmotolli*, el *tehallotl*, el *amixtli*, el *mapach* y la *danta*. (1)

El *coyamell*, que los españoles llaman jabalí, por su semejanza con este animal, se llama en otros países de América, *pccar*, *saino* y *tayassu*. La glándula que tiene en una cavidad de la espalda, de que destila abundantemente un líquido fétido y espeso, indujo á los primeros escritores de América á creer que en aquel país habia puercos que tenían en aquella parte el ombligo; y aun hay todavía quien así lo crea, aunque hace dos siglos que se ha destruido aquel error por la anatomía. ¡Tan difícil es combatir las preocupaciones populares! La carne del *coyamell* es buena de comer; pero inmediatamente que se mata es necesario cortar la glándula, y lavar todo el líquido que de ella ha salido, pues de lo contrario infestaria toda la carne.

El *epatl*, llamado *xorrillo* por los españoles, es ménos conocido por la hermosura de

(1) Muchos autores numeran entre los animales de México, al paco ó carnero peruano, al huanaco, á la vicuña y al perczoso; pero todos estos cuadrúpedos son propios de la América Meridional, y ninguno de ellos lo es de la Setentrional. Es cierto que el Dr. Hernandez hace mencion del paco entre los cuadrúpedos de México, da su dibujo, y adopta el nombre mexicano *pelonicheatl*; pero lo hizo con referencia á algunos individuos llevados del Perú, á los que dieron aquel nombre los Mexicanos, como describe tambien los de la misma especie, llevados á Filipinas. Lo cierto es que estos animales no son indígenas de México, ni se encuentran en ningun otro país de la América Septentrional; sino que algunos individuos han sido llevados allí como objetos de curiosidad, del mismo modo que se han traído á Europa.



su piel, que por la insufrible fetidez que arroja cuando lo persiguen los cazadores. (1)

El *tlacuatzin*, que en otros países se llama *churca*, *sarigua* ú *opossum*, ha sido descrito por muchos autores, y es célebre por el saco de piel que la hembra tiene en el vientre, y que le coge desde el principio del estómago hasta el orificio del útero; el cual le cubre las tetas, y tiene en medio una abertura, por la que mete á los hijos, despues de haberlos parido, para tenerlos bien custodiados. Cuando anda ó salta por las paredes, estiene la piel y cierra la abertura, á fin de que no puedan escaparse los cachorros. Pero cuando quiere echarlos fuera, á fin de que coman, y volver á guardarlos, para darles de mamar ó preservarlos de algún peligro, afloja la piel y abre la boca del saco, imitando la preñez cuando lleva en él á los hijos, y el parto cuando les da salida. Este curioso cuadrúpedo es el estermínio de los gallineros.

El *ayotochtli*, llamado por los españoles *armadillo* ú *encubertado*, y por otras naciones *tatú*, es conocido en Europa por las planchas oseosas que le cubren la espalda, y que se parecen á la antigua armadura de los caballos. Los Mexicanos le dieron aquel nombre por la semejanza, aunque imperfecta, que tiene con el conejo cuando descubre la cabeza, y con la calabaza, cuando la oculta en las conchas (2); pero á ningún animal se pa-

(1) Buffon numera cuatro especies de *epati*, bajo el nombre genérico de *mouffetes*. Dice que las dos primeras, que él llama *coaso* y *conepata*, son de la América Setentrional, y el *chíncho* y el *xorrillo*, que son las otras dos, de la América Meridional. No creo que sean cuatro especies diferentes, sino cuatro razas de una misma. Los nombres que dan los Mexicanos á las dos primeras, son *izquicpatl* y *concpatl*; las cuales solo se diferencian en el tamaño y color. El nombre de *coaso* ó *squass*, que el viajero Dampierre dice ser comun en México, no se ha oído jamas en aquellos países. Los indios de Yucatan, que fué donde estuvo Dampierre, dan á aquel cuadrúpedo el nombre de *pat*.

(2) *Ayotochtli*, es palabra compuesta de *aytoli*, calabaza, y de *tochtli*, conejo. Buffon numera ocho especies de este animal, bajo el nombre de *tatous*, dividiéndolas segun el número de escamas móviles que los cubren. No puedo decir cuantas especies hay

rece tanto como á la tortuga, aunque se diferencia de esta en algunas cosas. Podria llamarse cuadrúpedo testáceo. Este animal no puede huir de los cazadores, cuando lo persiguen en una llanura; pero si es en los montes, donde por lo comun habita, si halla cerca algun declive, se encoge, se hace una bola, y echándose á rodar por la pendiente, deja burlado al cazador.

El *techichi*, que tambien se llama *alco*, era un cuadrúpedo de México y de otros países de América, que por ser de la figura de ~~un~~ ro, fué llamado así por los españoles. Era de un aspecto melancólico, y enteramente mudo, de donde tomó origen la fábula de que los perros del mundo antiguo enmudecen, cuando son trasportados al nuevo. Los Mexicanos comian la carne del *techichi*; y si hemos de dar fe á los españoles que tambien la comian, era gustosa y nutritiva. Los españoles, despues de la conquista de México, no teniendo todavía rebaños de ninguna especie, hacian la provision para sus buques con carne de estos cuadrúpedos, y así estingieron muy en breve la raza, aunque era muy numerosa.

El *tlalmototli*, ó ardilla de tierra, llamado ardilla suiza por Buffon, es semejante á la verdadera, en las ojos, en la cola, en la ligereza y en todos sus movimientos; pero se diferencia de ella en el color, en el tamaño, en la habitacion y en algunas propiedades. El pelo del vientre es blanco, y el del resto del cuerpo, blanco, manchado de gris. Su tamaño es doble del de la ardilla comun, y no habita como esta en los árboles, sino en los agujeros que hacen en la tierra, ó entre las piedras de las tapias de los sembrados, en los que hace muchos estragos, por la gran cantidad de grano que consume. Muerde furiosamente á quien se le arrima, y no es posible domesticarlo; pero tiene elegancia en las formas, y gracia en los movimientos. Esta especie es muy numerosa, sobre todo

en México, puesto que he visto pocos individuos; y no pensando entónces escribir sobre este asunto, no me tomé el trabajo de contar las escamas, ni creo que le haya ocurrido á nadie este pensamiento.

en el reino de Michuacan. El *techallotl* solo se distingue del animal que acabamos de describir, en tener mas pequeña y ménos peluda la cola.

El *amiztli*, ó leon acuático, es un cuadrúpedo anfibio que habita en las orillas del mar Pacífico, y en algunos rios de aquellos países. El cuerpo tiene tres piés de largo, y la cola dos. Tiene el hocico largo, las piernas cortas, las uñas encorvadas. La piel es muy estimada por el pelo que la cubre, que es largo y suave.

El *mapach* de los Mexicanos, es, segun el conde de Buffon, el mismo cuadrúpedo llamado *raton* en la Jamaica. El mexicano tiene la cabeza negra, el hocico largo y sutil, como el del galgo; las orejas pequeñas, el cuerpo voluminoso, el pelo variado de negro y blanco, la cola larga y peluda, y cinco dedos en cada pié. Sobre cada ojo tiene una mancha blanca, y se sirve de las piernas delanteras, como la ardilla, para llevar á la boca lo que quiere comer. Aliméntase indiferentemente de granos, de frutas, de insectos, de lagartijas y de sangre de gallinas. Domesticase fácilmente, y es bastante gracioso en sus juegos; pero es truidor como la ardilla, y suele morder á su amo.

La *danta*, ó *anta*, ó *leori*, ó *tapir* (que estos nombres se le dan en diferentes países), es el cuadrúpedo mas corpulento de cuantos hay en el territorio mexicano (1), y el que mas se acerca al hipopótamo, no solo en el tamaño, sino en algunos rasgos y propiedades. La danta es del tamaño de una mula mediana. Tiene el cuerpo algo encorvado, como el puerco, la cabeza gruesa y larga, con un apéndice en la piel del labio superior, que estiende ó encoge á su arbitrio; los ojos chicos, las orejas chicas y redondas, las piernas cortas, los piés delanteros con cuatro uñas, los traseros con tres, la cola corta y

(1) La *danta* es mucho menor que el *tlacaxotl* descrito por el Dr. Hernandez; pero no sabemos que haya existido jamas este gran cuadrúpedo en el suelo mexicano. Lo mismo debe decirse del ciervo del Nuevo-México, y del bisonte, que son mayores que la *danta*. Véase la Disertacion IV de esta obra.

piramidal, la piel gruesa y cubierta de un pelo espeso, que en la edad madura es de un color oscuro. La dentadura, compuesta de veinte dientes molares y otros tantos incisivos, es tan fuerte y penetrante, y sus mordeduras son tan terribles, que se le ha visto, como asegura el historiador Oviedo, que fué testigo ocular, arrancar de una dentellada á un perro de caza, uno ó dos pulmos de pellejo, y á otro un muslo y una pierna. Su carne es buena de comer (1); la piel flexible, y al mismo tiempo tan fuerte, que resiste no solo á las flechas, sino á las balas de fusil. Este cuadrúpedo habita los bosques solitarios de las tierras calientes, y las inmediaciones de algun rio ó lago, pues vive tanto en el agua como en la tierra.

Todas las especies de monos, propios de aquel país, se comprenden por los Mexicanos bajo el nombre de *ozomalli*. Los hay de varios tamaños y formas: pequeños y estraordinariamente graciosos; medianos, grandes, fuertes, feroces y bravos, y estos se llaman *zambos*. Los hay, que cuando están erguidos sobre las piernas, alcanzan la estatura del hombre. Entre los medianos hay algunos que por tener la cabeza semejante á la del perro, pertenecen á la clase de los *cinocéfalos* (2), aunque todos ellos tienen cola.

En cuanto á los hormigueros, tan singulares por la enorme longitud del hocico, la estrechez de la garganta y la desmesurada dimension de la lengua, de que se sirven para sacar las hormigas de los hormigueros, que es la circunstancia á que deben el nombre, nunca los he visto en aquellos países, ni sé que existan en ellos; pero creo que per-

(1) Oviedo dice que las piernas de la *danta* son muy sabrosas, con tal que esten veinticuatro horas continuas al fuego.

(2) El *cinocéfalo* del antiguo continente no tiene cola; y habiéndose encontrado en el Nuevo-Mundo monos con cola y cabeza de perro, Mr. Brisson, en la clasificacion que hace de los monos, da acertadamente á los de esta clase el nombre de *cinocéfalos cercopiteques*, y distingue dos especies. Buffon omite esta en las diferentes que describe.

tenece á la misma especie el *astacoyoll*, ó sea *coyote hormiguero*, mencionado aunque no descrito por el Dr. Hernandez (1).

Los cuadrúpedos peculiares de la tierra de Anáhuac, cuya especie no se encuentra en la América Meridional, ni en otros países españoles del Norte del Nuevo-Mundo, son el *coyoll*, el *talcoyoll*, el *Xoloitzcuintli*, el *tepeitzcuintli*, el *itzcuintepotzotli*, el *ocotochili*, el *coyopolin*, la *tuza*, el *ahuiztoll*, el *huitztlacualzin*, y otros que no son conocidos.

El *coyoll* ó *coyote*, como dicen los españoles, es una fiera semejante al lobo en la voracidad, á la zorra en la astucia, al perro en la forma, y en otras propiedades al *adive* y al *chacal*: por lo que algunos escritores mexicanos lo han numerado entre varias de aquellas especies; pero es indudable que se diferencia de todas ellas, como lo haremos ver en las Disertaciones. Es mas pequeño que el lobo; del tamaño de un mastín, pero mas enjuto. Tiene los ojos amarillos y penetrantes; las orejas pequeñas, puntiagudas y derechas; el hocico negruzco, las piernas fuertes, y los piés armados de uñas gruesas y curvas; la cola gruesa y peluda, y la piel manchada de negro, pardo y blanco. Su voz participa del aullido del lobo, y del ladrido del perro. El coyote es de los cuadrúpedos mas comunes en México (2), y de los mas perniciosos á los rebaños. Ataca una manada entera; y si no encuentra un cordero, se apodera de una oveja por el pescuezo, carga con ella, y golpeándola con la cola, la lleva á donde quiere. Persigue á los ciervos, y suele tambien acometer á los

(1) El oso hormiguero descrito por Oviédo, es diferente del *fourmilier* de Buffon; pues aunque uno y otro se alimentan de hormigas, y tienen desmesurados hocico y lengua, el dn Buffon tiene una cola muy larga, y el de Oviédo carece absolutamente de cola. Es muy curiosa la descripción que hace Oviédo del modo que estos animales tienen de cazar las hormigas.

(2) Ni Buffon ni Bonare hacen mencion del coyote, siendo una de las fieras mas comunes del territorio de México, y apesar de estar descrita por el Dr. Hernandez, cuya Historia Natural citan con frecuencia aquellos dos escritores.

hombres. Cuando huye, no hace mas que trotar; pero su trote es tan rápido y veloz, que apenas puede seguirlo un caballo á carrera tendida. El *cuelluchcoyoll*, me parece de la misma especie que el coyote, del que solo se distingue en tener el cuello mas grueso, y el pelo semejante al del lobo.

El *tlalcoyoll*, ó *tlalcoyote*, es del tamaño de un perro mediano; pero mas grueso, y á mi entender, el cuadrúpedo mas corpulento de cuantos viven en agujeros subterráneos. Se parece algun tanto al gato en la cabeza, al leon en el color, y en lo largo del pelo. Tiene la cola larga y peluda; se alimenta de gallinas, y de otros animales pequeños que caza en la oscuridad de la noche.

El *itzcuintepotzotli*, el *tepeitzcuintli* y el *Xoloitzcuintli*, eran tres especies de cuadrúpedos, semejantes al perro. El primero, cuyo nombre significa perro jorobado, era del tamaño de un perro maltés, y tenia la piel manchada de blanco, leonado y negro. La cabeza era pequeña con respecto al cuerpo, y parecia unida íntimamente á este, por ser el pescuezo grueso y corto. Tenia la mirada suave, las orejas bajas, la nariz con una prominencia considerable en medio, y la cola tan pequeña, que apenas le llegaba á media pierna; pero lo mas singular en él era una joroba que le cogia desde el cuello hasta el cuarto trasero. El país en que mas abundaba este cuadrúpedo, era el reino de Michuacan, donde se llamaba *ahora*. El *tepeitzcuintli*, esto es, perro montaraz, es una fiera tan pequeña, que no escede el tamaño de un cachorro; pero tan atrevida, que acomete á los ciervos, y tal vez los mata. Tiene el pelo largo, larga tambien la cola, el cuerpo y la cabeza negros, el cuello y el pecho blancos (1). El *Xoloitzcuintli* es mayor que los dos precedentes, pues en algunos individuos el cuerpo tiene cuatro piés de largo. Tiene las orejas derechas, el cuello grueso y la cola larga. Lo mas singular

(1) Buffon creó que el *tepeitzcuintli* no es otro que el gloton. En las Disertaciones combatimos esta idea.

lar de este animal es estar enteramente privado de pelo; pues solo tiene sobre el hocico algunas cerdas largas y retorcidas. Todo su cuerpo está cubierto de una piel lisa, blanda, de color de ceniza, pero manchada en parte de negro y leonado. Estas tres especies de cuadrúpedos están estinguidas, ó cuando mas solo se conservan de ellas algunos individuos (1).

El *ocotochili*, segun la descripción del Dr. Hernandez, parece pertenecer á la especie de gatos monteses; pero aquel escritor le atribuye cualidades que parecen fabulosas; no porque haya tenido intencion de engañar á sus lectores, sino quizás por demasiada confianza en los informes que recogió. Dice en efecto que cuando este animal se apodera de alguna presa, la cubre con hojas y sube á un arbol inmediato, y con sus aullidos convida á otras fieras á que coman de ella, y él come lo que estas han dejado; por ser tan enérgico el veneno de su lengua, que inficionaria con él la presa, y morirían todas las otras fieras que de ella comiesen despues. Todavía se oye esta fábula en boca de las gentes del vulgo.

El *coyopolin* es un cuadrúpedo del tamaño de una rata; pero tiene la cola mas larga que esta, y de ella se sirve como de una mano. En el hocico y las orejas se parece al puerco. Las orejas son transparentes, las piernas y los piés blancos, el vientre de un blanco amarillento. Habita y cria sus hijos en las ramas de los árboles. Cuando los hijos tienen miedo, se abrazan estrechamente con la madre.

(1) Juan Fabri, académico Lineco, publicó en Roma una larga y erudita disertacion, en que trató de probar que el *xoloitzcuintli* es el mismo animal que el lobo de México. Se dejó engañar por el retrato de aquel cuadrúpedo, que con otras pinturas envió á Roma el Dr. Hernandez; pero si hubiera leído la descripción dada por este docto naturalista en el libro *De los Cuadrúpedos de México*, se hubiera ahorrado el trabajo de escribir aquella obra, y los gastos de su impresion. Buffon abrazó el error de Fabri. Véase lo que digo sobre esto en las Disertaciones.

El *tozan* ó *tuza*, que es el topo de México, es un cuadrúpedo de buenas proporciones y de siete á ocho pulgadas de largo. El hocico es semejante al de la rata; las orejas pequeñas y redondas, y la cola corta. Tiene la boca armada de dientes fortísimos, y los piés de uñas duras y encorvadas, con las cuales escava la tierra y labra los agujeros en que habita. Es animal perniciosísimo á los campos por el grano que destruye, y á los caminos por los agujeros que en ellos forma; porque cuando, á efecto de su poca vista, no encuentra uno, labra otro, multiplicando así la incomodidad y el riesgo de los que viajan á caballo. Escava la tierra con las piernas delanteras, y con dos dientes caninos que tiene en la mandíbula superior, y que son mayores que los otros. La tierra que saca la guarda en dos bolsas membranosas, que tiene detras de las orejas, y armadas de los músculos necesarios para contraerlas y dilatarlas. Cuando estas membranas están llenas, las descarga, sacudiéndolas con las piernas delanteras, y vuelve á continuar su operacion. Esta especie es abundantísima, pero no me acuerdo haberla visto en los países en que hay ardiilas de tierra.

El *ahuiztoll* es un cuadrúpedo anfibio, que vive por lo comun en los rios de los países calientes. El cuerpo tiene un pié de largo; el hocico es largo y agudo, y la cola grande. Tiene la piel manchada de negro y pardo.

El *huitztlacualzin* es el puerco espin de México. Es del tamaño de un perro mediano, al que se asemeja tambien en el rostro, aunque tiene el hocico aplastado. Tiene los piés y las piernas gruesas, y la cola proporcionada al cuerpo. Todo este, excepto el vientre, la parte posterior de la cola, y lo interior de las piernas, está armado de espinas huecas, agudas y de cuatro dedos de largo. En el hocico y en la frente tiene cerdas largas y derechas, que se alzan sobre la cabeza, formando una especie de penacho. La piel entre las espinas está cu-

bierta de un pelo negro y suave al tacto. No come mas que frutas (1).

El *cacomiztle* es un cuadrúpedo muy semejante á la faina en sus principales hábitos. Tiene el tamaño y la forma de un gato comun; pero el cuerpo es mas grueso, el pelo mas largo, la pierna mas corta, y el aspecto mas selvático y feroz. Su voz es un grito agudísimo. Se alimenta de gallinas y de otros animales pequeños. Habita y cria á sus hijos en los rincones ménos frecuentados de las casas. De día ve poco, y solo sale de su escondite por la noche, para buscar que comer. Tanto el *cacomiztle* como el *tlacuatzin* se suelen hallar en las casas de la capital (2).

Ademas de estos cuadrúpedos, habia otros en el territorio mexicano, que no sé si deban numerarse entre los animales propios de aquel país, ó si entre los comunes á otros países americanos, como el *itzcuincuani*, esto es, comedor de perros, el *tlalmiztli* ó leon pequeño, y el *tlalocotl*, ó pequeño tigre. De los otros, que aunque no pertenecian á México, se hallaban en otros países de la América Setentrional conquistados por los españoles, haremos mencion en las Disertaciones.

AVES DEL TERRITORIO MEXICANO.

La enumeracion y descripcion de las aves de Anáhuac, presentan aun mas dificultades que las de los cuadrúpedos. Su

(1) Buffon dice que el *hwitztlacuatzin* es el *coendú* de la Guinca; pero este es carnívoro, y aquel frugívoro. El cuadrúpedo Africano no tiene el penacho que se nota en el de México, &c.

(2) No sé el verdadero nombre mexicano del *cacomiztle*, y adopto el que le dan en aquel país los españoles. El Dr. Hernandez no hace mencion de este animal. Es cierto que describe otro con el nombre de *cacamiztli*; pero este es sin duda un yerro de imprenta, ó de los académicos romanos que cuidaron de la edicion de Hernandez, puesto que debe escribirse *zacamiztli*. Ahora bien, este cuadrúpedo es de Pánuco, y el *cacomiztle* de México. El *zacamiztle* habita en el campo, y el *cacomiztle* en las casas de la ciudad. El *zacamiztli* tiene una braza castellana de largo, y el *cacomiztle* es mas pequeño.

abundancia, su variedad y su excelencia, dieron motivo á que algunos escritores dijessen que México es el reino de los pájaros, como Africa es el de las fieras. El Dr. Hernandez en su Historia Natural describe mas de doscientas especies propias de aquel país, y omite muchas dignas de memoria, como el *cuilacocho*, la *zacua* y el *madrugador*. Me limitaré á indicar algunas clases, añadiendo ciertas particularidades que les son propias. Entre las aves de rapiña hay muchas especies de águilas, halcones y gavilanes. El citado naturalista da á estos pájaros la preferencia con respecto á los de Europa. Por la notoria excelencia de los halcones mexicanos, mandó Felipe II, rey de España, que cada año se llevasen ciento á su corte. Entre las águilas de mayor tamaño, la mas hermosa y celebrada es la que se llama en el país *itzcuauhli*, la cual no solo caza pájaros grandes y liebres, sino que tambien ataca las fieras y los hombres.

Los cuervos del país, llamados por los Mexicanos *cacalotl*, no se emplean en limpiar los campos de insectos y de inmundicias, como hacen en otros países, sino mas bien en robar el grano de las espigas. Los que realmente limpian los campos, son los *zopilotes*, conocidos en la América Meridional con el nombre de *gallinazos*, en otros con el de *auras*, y en otros en fin, con el impropósito de cuervos (1). Hay dos especies diferentes de estos pájaros, la del *zopilote* propio, y la del *cozcacuauhli*. Uno y otro son mayores que el cuervo, y convienen entre sí en tener encorvados el pico y las uñas, y en la cabeza, en lugar de plumas,

(1) El mismo Dr. Hernandez no tuvo dificultad en hacer del *zopilote* una especie de cuervo; pero son grandes las diferencias que separan estas aves en el tamaño, en la forma de la cabeza, en el vuelo y en la voz. Mr. de Bomaro dice que el *aura* y el *cozcacuauhli* de México es el *zopilote* de los indios, pero los dos nombres *cozcacuauhli* y *zopilote* son mexicanos, y fueron adoptados por los indios, no para significar un solo pájaro, sino dos distintos. En algunas partes se da á una especie el nombre de *aura*, y á otra el de *zopilote* ó *gallinazo*.

una membrana lisa, con algunos pelos rizados. Elévanse en el vuelo á tal altura, que con ser tan grandes, desaparecen enteramente de la vista, y especialmente cuando sobreviene una tempestad de granizo, pues entónces giran en gran número debajo de la nube, hasta que se pierden en la lejanía. Aliméntanse con carne de animales muertos, cuyos cadáveres descubren desde la mayor altura con sus ojos perspicaces, ó con su finísimo olfato, y bajan formando con el vuelo magestuoso una línea espiral hasta el objeto en que quieren cebarse. Uno y otro son casi mudos. Las diferencias que se encuentran en ellos consisten en el tamaño, en el color, en el número y en algunas propiedades. Los *zopilotes* tienen las plumas negras; la cabeza, el pico y los piés pardos. Vuelan á bandadas, y pasan juntos la noche sobre los árboles (1). Su especie es muy numerosa y comun á todos los climas. La especie del *cozcacuauhli* es escasa y propia de los países calientes; tiene la cabeza y los piés rojos, el pico blanco en su estremidad y en el resto de color de sangre. Su plumaje es pardo, escepto en el cuello y en las inmediaciones del pecho, donde es de un negro rojizo. Las alas son cenicientas en la parte inferior, y en la superior manchadas de negro y de leonado.

Los Mexicanos llaman *rey de los zopilotes* al *cozcacuauhli* (2), y dicen que cuando acu-

(1) Los *zopilotes* desmienten la regla general de Plinio en el lib 9, cap. 19, *uncos ungues habentia omnino non congregantur et sibi quaeque praedantur*, lo cual solo puede ser cierto con respecto á los verdaderos pájaros de rapiña, como las águilas, los avestruces, los halcones, los gavilanes, &c.

(2) El pájaro que en el día se conoce en México con el nombre de *rey de los zopilotes*, parece diverso del que describimos. El moderno es del tamaño de una águila comun, robusto, de magestuoso aspecto; tiene las garras fuertes, los ojos vivos y hermosos, y un lindo plumaje negro, blanco y leonado. Su carácter mas singular es la carnosidad color de grana que le circunda el pescuezo como un collar, y á guisa de corona le ciñe la cabeza. Así me lo ha descrito una persona hábil y digna de fe, que dice haber visto tres individuos de aquella especie, y particularmente

den dos pájaros de las dos especies á comer de un cadáver, jamas lo toca el *zopilote*, hasta que lo ha probado el *cozcacuauhli*. Los *zopilotes* son utilísimos en aquel país: no solo limpian la tierra, sino que destruyen los huevos de los cocodrilos, en la arena en que los depositan las hembras de aquellos formidables anfibios para empollarlos. Deberia ciertamente prohibirse con penas severas el darles muerte.

En el número de las aves nocturnas de México se hallan las lechuzas, y otras comunes en Europa; á que podriamos añadir los murciélagos, aunque estos realmente no pertenecen á la clase de aves. Los murciélagos abundan en las tierras calientes y sombrías, donde hay algunos que dan terribles mordeduras, y sacan mucha sangre á los caballos y á otros animales. En los mismos países se hallan otros gruesísimos; pero no tanto como los de las islas Filipinas, y de otras regiones orientales.

Entre las aves acuáticas debemos numerar, no solo las *palmipedes*, que nadan y viven comunmente en el agua; sino tambien las *imantopedes* y otras pescadoras, que viven por lo comun en las orillas del mar, de los lagos y de los rios, y se alimentan con los productos del agua. De esta clase hay en aquellos países un número prodigioso de ánades, veinte especies á lo ménos de patos, igual número de garzas; muchas de cisnes, gaviotas, gallinetas, alciones, martinetes, que los franceses llaman *Martin pêcheur* (Martín pescador), pelícanos y otros. La muchedumbre de patos es tan considerable, que suelen cubrir los campos, y desde lejos parecen rebaños numerosos. Entre las garzas, las hay cenicientas, enteramente blancas, y otras, que teniendo blancas las plumas del cuerpo, tienen el cuello, la es-

el que en el año de 1750 fué enviado de México al rey Fernando VI. Dice ademas ser verdadero el retrato de este pájaro publicado en la obra intitulada *El Gacetero Americano*. El nombre mexicano *cozcacuauhli*, que quiere decir *águila con collar*, conviene en efecto mas bien á esta ave, que á la otra descrita en el cuerpo de la obra. La imagen que se ve en nuestra estampa es copia del *Gacetero Americano*.

tremidad y la parte anterior de las alas, y una parte de la cola, hermoseadas con unas manchas de color de grana muy vivo, ó de azul. El pelicano ú onocrótalo, conocido por los españoles de México con el nombre de alcatraz, es notable por el enorme buche ó vientre, como lo llama Plinio, que tiene debajo del pico. Hay dos especies de esta ave en México: la una tiene el pico liso, y la otra dentado. No sé si en Europa, donde este pájaro es conocido, se tiene noticia de la propiedad que posee de socorrer á los individuos enfermos de su misma especie. De esta propension se sirven algunos americanos para proveerse de pescado sin gran fatiga. Cogen vivo un pelicano, le rompen un ala, lo atan á un árbol, se ponen en acecho en algun sitio inmediato, y esperan que lleguen los otros pelicanos con su provision; cuando estos arrojan los peces que traen, acuden con prontitud, y dejando una parte al preso, se llevan lo demas.

Pero si el pelicano es digno de admiracion por su compasion para con sus semejantes, no es ménos maravilloso el *yoalcuachilli*, por las armas que le ha suministrado el Criador para su defensa. Este es un pajarillo acuático, de cuello largo y sutil, de cabeza pequeña, de pico largo y amarillo; de piés, piernas y uñas largas, y de cola corta. El color de las piernas y piés es ceniciento, y el de la parte inferior del cuerpo, negro, con algunas plumas amarillas junto al vientre. En la cabeza tiene una coronilla de sustancia córnea, dividida en tres puntas agudísimas, y otras dos que le guarnecen la parte anterior de las alas. En el Brasil hay otra ave acuática que tiene armas semejantes á las del *yoalcuachilli*, pero muy diferente de él en lo demas.

En las otras clases de aves, las hay apreciiables por su carne, por su plumaje, por su voz ó por su canto; otras, en fin, por su instinto, y por algunas propiedades notables, que escitan la curiosidad de los estudiosos de la naturaleza.

De las aves cuya carne es alimento sano y sabroso, he contado mas de sesenta es-

pecies. Ademas de la gallina comun, trasportada de las Canarias á las Antillas, y de estas á México, habia, y hay en la actualidad otra gallina propia del pais, que por ser semejante en parte á la gallina de Europa, y en parte al pavon, fué llamada por los españoles *pavo* ó *gallipavo*, y por los Mexicanos, *huexolotl* ó *totolin*. Estas aves trasportadas á Europa, en cambio de las gallinas, se han multiplicado escesivamente, particularmente en Italia, donde en atencion á sus caracteres y tamaño, se les ha dado el nombre de *gallinacio*; pero ha sido mayor la propagacion de las gallinas europeas en México. Hay tambien gran abundancia de pavos salvajes, semejantes en todo á los domésticos; pero mayores, y en algunos países de carne mas gustosa. Abundan las perdices, las codornices, los faisanes, las grullas, las tórtolas, las palomas, y otras muchas aves apreciadas en el antiguo mundo. Cuando hablemos de los sacrificios antiguos, daremos alguna idea del número increíble de codornices de aquella tierra. Los pájaros conocidos allí con el nombre de faisanes, son de tres especies, diferentes de los faisanes de Europa (1). El *coxolilli* y el *tepetotoll* son del tamaño del ánade, y con un penacho en la cabeza, que estienden y encogen á su arbitrio. Estas dos especies se distinguen entre sí por sus colores, y por algunas propiedades. El *coxolilli*, llamado por los españoles *faisan real*, tiene las plumas leonadas, y la carne muy sabrosa. El *tepetotoll* se domestica tanto, que toma la comida de mano de su amo; sale á recibirlo cuando lo ve entrar en casa, con grandes demostraciones de alegría; aprende á llamar á la puerta con el pico, y en todo se muestra mas dócil de lo que podria esperarse de un ave propia de los bosques. He visto uno de estos faisanes, que habiendo estado algun tiempo en un corral de gallinas, apren-

[1] Mr. de Bomare numera entre los faisanes el *huatsin*; mas no sé por qué: esta ave mexicana pertenece á la segunda clase de pájaros de rapiña, como los cuervos, zopilotes y otros.

dió á pelear como los gallos, y cuando combatia con ellos, erguia las plumas del penacho, como los gallos suelen erguir las del cuello. Tiene las plumas negras y lustrosas, y las piernas y los piés cenicientos. Los faisanes de la tercera especie, llamados por los españoles, *gritones*, son menores que los otros, y tienen la cola y las alas negras, y el resto del cuerpo pardo. La *chachalaca*, cuya carne es tambien buena de comer, es del tamaño de una gallina. La parte superior de su cuerpo es parda, la inferior blanquizca, y los piés y el pico azulados. Es increíble el rumor que hacen estos pájaros en los bosques con sus clamores, los cuales, aunque semejantes á los de la gallina, son mas sonoros, mas continuos y mas molestos. Hay muchas especies de tórtolas y palomas, unas comunes á Europa, y otras propias del suelo mexicano.

Los pájaros apreciiables por sus plumas son tantos y tan hermosos, que causarian admiracion á los lectores, si pudiera presentarles su imágen con el brillante colorido que los adorna. He contado hasta treinta y cinco especies de pájaros mexicanos sumamente bellos, de los cuales indicaré los mas notables.

El *huitzitzilin* es aquel maravilloso pajarillo, tan encomiado por todos los que han escrito sobre las cosas de América, por su pequeñez y ligereza, por la singular hermosura de sus plumas, por la corta dosis de alimento con que vive, y por el largo sueño en que vive sepultado durante el invierno. Este sueño, ó por mejor decir, esta inmovilidad, ocasionada por el entorpecimiento de sus miembros, se ha hecho constar jurídicamente muchas veces, para convencer la incredulidad de algunos europeos, hija sin duda de la ignorancia; pues que el mismo fenómeno se nota en Europa en los murciélagos, en las golondrinas, y en otros animales que tienen fria la sangre, aunque en ninguno dura tanto como en el *huitzitzilin*, el cual, en algunos países se conserva privado de todo movimiento desde octubre hasta abril. Hay nueve especies de estas aves, diferentes

en el tamaño y en el color del plumaje (1). El *hauhquechol* es un pájaro acuático, grande, que tiene las plumas de un bellissimo color de grana, ó de un blanco sonrosado, excepto las del cuello, que son negras. Habita en la playa del mar y en las márgenes de los rios, y no come mas que peces vivos, sin tocar jamas á carne muerta.

El *nepapantotoll* es un pato salvaje, que frecuenta el lago mexicano, y cuyo plumaje ostenta toda clase de colores.

El *tlacuilototoll*, esto es, pájaro pintado, merece con razon su nombre, pues en sus hermosísimas plumas lucen el rojo, el azul turquí, el morado, el verde y el negro. Tiene los ojos negros con la íris amarilla y los piés cenicientos.

El *tzinizecan* es del tamaño de un palomo. Tiene el pico encorvado, corto y amarillo: la cabeza y el cuello semejantes al palomo, pero hermoseados con visos verdes y brillantes: el pecho y el vientre rojos, excepto la parte inmediata á la cola, que está manchada de blanco y de azul. La cola en la parte superior es verde, y en la inferior negra; las alas negras y blancas, y los ojos negros con el íris de un amarillo rojizo. Habita en los terrenos inmediatos al mar.

El *mezcanauilli* es un pato salvaje, del tamaño de una gallineta, pero de extraordinaria hermosura. Tiene el pico ancho, medianamente largo, azul en la parte superior, y en la inferior negro; las plumas del cuerpo blancas, pero manchadas de muchos puntos negros. Las alas son blancas y pardas por debajo; y por encima variadas de negro, blanco, azul, verde y leonado. Los piés son de un amarillo rojizo; la cabeza en parte parda, en parte leonada, y en parte morada, con una hermosa mancha blan-

[1] Los españoles de México lo llaman *chupamirto*, porque chupa particularmente las flores de una planta, conocida allí con el nombre impropio de mirto. En otros países de América le dan los nombres de *chupastor*, *pieastor*, *tominejo*, *colibre*, &c. De todos los autores que describen este precioso animal, ninguno da mejor idea de la hermosura de sus plumas que el P. Acosta.

ca, entre el pico y los ojos, los cuales son negros. La cola es turquí en la parte superior, parda en la inferior, y blanca en la estremidad.

El *tlauhtotoll* es muy semejante en los colores al *tlacuilotoll*, pero mas pequeño. Las guacamayas y los cardenales, tan estimados en Europa por su brillante plumaje, son bastante comunes en aquellos países.

Todos estos pájaros, y otros propios de México, ó trasportados allí de otros países inmediatos, eran muy estimados por los Mexicanos, que con sus plumas hacian curiosas obras de mosaico, de que en otra parte haremos mencion. Los pavones, ó pavos reales fueron llevados del antiguo continente, pero por descuido de los habitantes se han multiplicado muy poco.

Algunos autores, que conceden á los pájaros de México la superioridad en la belleza del plumaje, se la niegan en el canto; mas esta opinion es hija de la ignorancia, puesto que es mas difícil á los europeos oír que ver las aves en aquellos países.

Ademas de los ruiseñores, hay en México veintidos especies á lo ménos de pájaros cantores, en poco ó en nada inferiores á aquellos; pero excede á todos los conocidos el celebradísimo *centzonlli*, nombre que le han dado los Mexicanos, para espresar la portentosa variedad de sus voces. No es posible dar una completa idea de la suavidad y de la dulzura de su canto, de la armonía y variedad de sus tonos, de la facilidad con que aprende á esprimir cuanto siente. Imita con la mayor naturalidad, no solo el canto de los otros pájaros, sino las diferentes voces de los cuadrúpedos. Es del tamaño de un tordo comun. El color de su cuerpo es blanco en el vientre, y en el lomo ceniciento, con algunas plumas blancas, especialmente cerca de la cola y de la cabeza. Come de todo; pero gusta con preferencia de las moscas, que toma con demostraciones de placer, de la mano de quien se las presenta. La especie de *centzonlli* es muy numerosa en todos aquellos países, y

á pesar de esto tan estimada, que he visto pagar veinticinco duros por uno de ellos. Se ha procurado muchas veces trasportarlo á Europa; pero no sé que se haya logrado, y creo que aunque llegase vivo, padecerian gran detrimento su voz y su instinto, por las incomodidades de la navegacion, y la mudanza del clima (1).

Las aves llamadas *cardenales* no son ménos agradables al oído, por la melodía de su canto, que á la vista, por la hermosura de sus plumas color de grana, y de su penacho. La calandria mexicana canta tambien suavísimamente, y su canto se parece mucho al del ruiseñor. Sus plumas son manchadas de blanco, amarillo y ceniciento. Teje maravillosamente su nido de filamentos vegetales, que engruesa y une con cierta materia viscosa, y lo suspende de la rama de un árbol, á guisa de saco ó bolsa. El *tigrillo*, cuyo canto no deja de ser agradable, tiene aquel nombre por las manchas de sus plumas, semejantes á las del tigre. El *cuillaccachi* es semejante al *centzonlli*, no ménos en el tamaño del cuerpo y en el color de las plumas, que en la excelencia del canto; así como el *coztotolla*, se parece en todo al canario, llevado á México de las islas Canarias. Los gorriones mexicanos no se asemejan á los de Europa, sino en el tamaño, en el modo de andar saltando, y en hacer sus nidos en los agujeros de las paredes. Los mexicanos tienen la parte inferior del cuerpo blanca, y la superior cenicienta; pero cuando llegan á cierta edad, los unos tienen la cabeza roja, y los otros amarilla (2). Su vuelo es cansado, quizá por la pequeñez de las alas ó por la debilidad de las plumas. Su canto es dulcí-

[1] *Centzonllatale* (pues esto es el verdadero nombre, y el de *centzonlli* se usa para abreviar] quiere decir, que tiene infinitas voces. Los Mexicanos usan la palabra *centzonlli* [cuatrocientos], como los latinos usaban las *de mille y sexcenta*, para espresar una muchedumbre indefinida ó innumerable. Convino con el nombre mexicano el griego *polígata*, que le dan algunos ornitólogos modernos. Véase lo que digo acerca de esta ave en las Disertaciones.

[2] He oído decir que los gorriones de cabeza roja son machos, y los de amarilla hembras.

simo y variado. Hay gran abundancia de estos cantores en la capital, y en otras ciudades y villas de México.

No ménos abundan en Anáhuac los pájaros locuaces, ó imitadores del habla humana. Entre los cantores hay algunos que aprenden palabras, como el ya citado *centzonlli*, el *acolquiqui*, esto es, ave de espalda roja, al cual, por este distintivo dieron los españoles el nombre de *comendador*. El *cehuan*, que es mayor que el tordo comun, remeda la voz humana, pero de un modo que parece burlesco, y sigue largo trecho á los caminantes. El *tzanahuei* es semejante á la urraca en el tamaño, pero se diferencia de ella en el color. Aprende á hablar, roba cautelosamente cuanto puede, y en todo hace ver un instinto superior al comun de las aves.

Pero los mas notables de los pájaros habladores son los papagayos, de los cuales se cuentan en México cuatro especies principales, y son: la *guacamaya*, el *toznenell*, el *cocholl* y el *quiltotoll* (1).

La guacamaya es mas apreciable por sus hermosas plumas, que por su voz. Pronuncia confusamente las palabras, y tiene un metal bronco y desagradable. Es el mas grande de todos los papagayos. El *toznenell*, que es el mejor, es del tamaño de un palomo. El color de sus plumas es verde; pero en la cabeza y en la parte delantera de las alas, en unos es rojo y en otros amarillo. Aprende cuantas palabras y canciones le enseñan, y las espresa con claridad. Imita con mucha naturalidad la risa y el tono burlesco de los hombres; el llanto de los niños, y las voces de diferentes animales. Del *cocholl* hay tres especies subalternas, diversas en el tamaño y en los colores, que son todos hermosísimos, y el dominante, el verde. El mayor de los *cocholl* es casi del tamaño del *toznenell*; las otras dos especies,

(1) El *toznenell* y el *cocholl* son llamados por los españoles de México *pericos* y *loros*. El nombre *guacamaya* es de la lengua Huasteca, que se hablaba en Santo Domingo. *Lma* es palabra tomada de la lengua Quichou, ó sea Inca, y *toznenell*, *cocholl* y *quiltotoll*, lo son de la lengua mexicana.

llamadas por los españoles *catulinas*, son menores. Todos aprenden á hablar, aunque no con tanta perfeccion como el *toznenell*. El *quiltotoll*, que es el menor de todos, es tambien el que con mas dificultad habla. Estos pequeños papagayos, cuyas plumas son de un verde hermosísimo, van siempre en bandadas numerosas, ó haciendo un gran rumor en el aire, ó destrozando las sementeras. Cuando están en los árboles se confunden con las hojas por su color. Todos los otros papagayos van por lo comun de dos en dos: macho y hembra.

Los pájaros *madrugadores*, y los que los mexicanos llaman *tzacua*, aunque nada tienen de notable en el plumaje ni en la voz, son dignos de atencion por sus propiedades. De todas las aves diurnas son las últimas que van á descansar por la noche, y las primeras que anuncian la venida del sol. No dejan su canto ni sus juegos, hasta una hora despues de anochecido, y vuelven á cantar y á jugar mucho ántes de la aurora, y nunca se muestran tan alegres, como mientras duran los crepúsculos. Una hora ántes de amanecer, uno de ellos, colocado en la rama en que pasó la noche, con otros muchos de su especie, empieza á llamarlos en voz alta y sonora, repitiendo muchas veces y con tono alegre la llamada, hasta que oye que uno ú otro le responde. Cuando todos están despiertos, forman un rumor alegrísimo, que se oye desde muy léjos. En los viajes que yo hice por el reino de Michuacan, donde mas abundan estos pájaros, me fueron de gran utilidad, porque me despertaban temprano, y podia de este modo emprender mi marcha al rayar el día. Son del tamaño de los gorriones.

La *tzacua*, pájaro muy semejante en el tamaño, en los colores y en la fábrica del nido, á la calandria de que ya hemos hecho mencion, es todavia mas maravilloso en sus propiedades. Viven en sociedad, y cada árbol es para ellos una poblacion, compuesta de gran número de nidos que cuelgan de las ramas. Una *tzacua*, que hace de gefe, ó guarda del pueblo, reside en el centro del ár-

bol, de donde vuela de un nido á otro, y despues de haber cantado un poco, vuelve á su residencia; así visita todos los nidos, mientras callan los otros pájaros que están en ellos. Si ve venir hácia el árbol algun pájaro de otra especie, le sale al encuentro, y con el pico y con las alas lo obliga á retroceder; pero si ve acercarse un hombre, ú otro objeto voluminoso, vuela gritando á un árbol inmediato, y si entretanto vienen del campo otras *tzacuas* de la misma tribu, sale á recibir las, y mudando el tono de la voz, las obliga á retirarse; pero cuando observa que ha pasado el peligro, vuelve alegre á la acostumbrada visita de los nidos. Estas particularidades, observadas por un hombre perspicaz, erudito y sincero (1), nos hacen creer que se descubrirían aun otras mas estrañas, si se hubieran reiterado las observaciones; pero dejemos estos objetos agradables, y volvamos la vista á los terribles.

REPTILES DE MEXICO.

Los reptiles del suelo mexicano pueden reducirse á dos órdenes ó clases; esto es, reptiles cuadrúpedos, y reptiles *apodos* ó sin piés (2). A la primera clase pertenecen los cocodrilos, los lagartos, las lagartijas, las ranas y los sapos, y á la segunda todas las especies de serpientes.

Los cocodrilos mexicanos son semejantes á los de Africa en el tamaño, en la figura, en la voracidad, en el modo de vivir, y en todas las otras propiedades que los caracterizan. Abundan en muchos rios y lagos de las tierras calientes, y son perniciosos á los otros animales y aun á los hombres. Sería superflua la descripción de estos feroces animales, de que tanto se ha escrito.

(1) El abate D. José Rafael Campoy, de quien haré en otra parte el debido elogio.

(2) Sé la diversidad de opiniones que reinan entre los autores, sobre los animales que deben comprenderse en la clase de reptiles; pero como no es mi intento hacer una división exactísima de estos animales, sino describirlos con algun orden á los lectores, tomo el nombre de *reptiles* en la significacion vulgar que le dieron nuestros abusos.

Contamos entre los lagartos al *acalttepon* y al *iguana*. Los *acalttepones*, conocidos vulgarmente con el nombre impropio de *escorpiones*, son dos lagartos muy semejantes entre sí en el color y en la figura, pero diferentes en el tamaño y en la cola. El mas pequeño tiene de largo quince pulgadas, poco mas ó ménos; la cola larga; las piernas cortas; la lengua encarnada, larga y gruesa; la piel cenicienta y aspera, salpicada en toda su estension de verrugas que parecen perlas; el paso lento, y la mirada feroz. Desde los músculos de las piernas traseras hasta la estremidad de la cola, tiene la piel atravesada por listas circulares y amarillas. Su mordedura es dolorosa; pero no mortal, como algunos piensan. Es propio de los países calientes. Del mismo clima es el otro lagarto; pero mucho mayor que el que acabamos de describir, pues segun los que lo han visto, tiene cerca de dos piés y medio de largo, y mas de un pié de circunferencia en el vientre y la espalda. Su cola es corta, y la cabeza y las piernas gruesas. Este lagarto es el azote de los conejos.

La iguana es un lagarto inocente, bastante conocido en Europa, por las relaciones de los historiadores de América. Abunda en las tierras calientes, y es de dos especies: la una terrestre, y la otra anfibia. Los hay tan grandes, que tienen hasta tres piés de largo. Son velocísimos en la carrera, y suben con gran agilidad á los árboles. Su carne y sus huevos son buenos de comer, y alabados por muchos autores; pero dañosos á los que padecen males venéreos.

Hay innumerables especies de lagartijas, diferentes en el tamaño, en el color y en las propiedades, puesto que unas son venenosas y otras inocentes. Entre estas, ocupa el primer lugar el camaleon, llamado por los Mexicanos *cuatapalcatl*. Es casi en todo semejante al camaleon comun; pero se diferencia de él en carecer de crosta, y en tener orejas, que son grandes, redondas y muy abiertas. De las otras lagartijas inocentes solo merece mentarse la *tapayarin*, tanto

por su figura, como por otras circunstancias. Es perfectamente orbicular, cartilaginosa y muy fria al tacto. El diámetro de su cuerpo es de seis dedos. La cabeza es durísima, y manchada de diversos colores. Es tan lenta y perezosa, que no se mueve, ni aun cuando le dan golpes. Si se le hace daño en la cabeza, ó se le comprimen los ojos, lanza de ellos hasta la distancia de dos ó tres pasos, algunas gotas de sangre; pero por lo demas es animal inocente, y muestra tener placer en que lo manejen. Quizás por ser de un temperamento tan frio, siente alivio con el calor de la mano.

De las lagartijas venenosas, la peor parece ser la que por su escasez tiene el nombre mexicano de *tezauhcuti*. Es pequeñísima; de un color ceniciento, que amarillea en el cuerpo, y tiene visos azules en la cola. Hay otras que se creen venenosas, y que los españoles llaman *salamanquesas*, y el vulgo ignorante *escorpiones*: pero yo me he asegurado, despues de muchas observaciones, que carecen de veneno, y que si tienen alguno, no es tan activo como generalmente se cree.

Lo que he dicho de las lagartijas se puede aplicar á los sapos; pues no he visto ni he oido hablar de ninguna desgracia ocasionada por su veneno, aunque suelen cubrir la tierra en algunos países calientes y húmidos. En ellos se encuentran sapos tan gruesos, que tienen ocho pulgadas de diámetro.

De las ranas hay en el lago de Chalco tres numerosísimas especies diferentes en el tamaño y en el color, y bastante comunes en la mesa de la capital. Las de Huasteca son escelentes, y tan grandes, que suelen pesar una libra española. Pero no vi ni oí hablar jamas en aquel país de las ranas de árbol, que son tan comunes en Italia y en otros países de Europa.

La variedad de serpientes es mucho mayor que la de los reptiles de que acabamos de hablar: las hay grandes y pequeñas, de muchos colores, de un solo color, venenosas é inocentes.

La que los Mexicanos llamaban *canauh-coatl*, parece la mas notable por su volúmen.

Tiene de largo hasta cinco ó seis toesas, y el grueso es el de un hombre regular. Poco menor era una de las *tliticoas*, ó culebras negras, vista por el Dr. Hernandez en las montañas de Tepoztlan, pues con el mismo grueso tenia diez y seis piés de largo; pero en el dia difícilmente se hallan culebras de tanta corpulencia, si no es en algun bosque retirado, y muy léjos de la capital.

Las culebras venenosas mas notables son: el *ahueyacalli*, la *cucuilcoatl*, el coral ó corallino, la *teiximinani*, la *cencoatl* y la *teollucozuuhqui*. Esta última, de cuyo género hay muchas especies, es la famosa culebra de cascabel. Su tamaño varía, como tambien su color; pero ordinariamente es de tres á cuatro piés de largo. Los cascabeles pueden considerarse como un apéndice ó continuacion de las vértebras; y son unos anillos sonoros, de sustancia córnea, móviles, enlazados entre sí por las articulaciones ó coyunturas, y cada uno consta de tres huesosillos (1). Suenan siempre que la culebra se mueve, y especialmente cuando se agita para morder. Es muy veloz en sus movimientos, y por esto los Mexicanos la llamaron tambien *ehcacacoatl*, ó culebra de aire. Su mordedura ocasiona infaliblemente la muerte, si no se acude inmediatamente con los remedios oportunos, entre los cuales se tiene por muy eficaz poner algun tiempo la parte ofendida dentro de la tierra. Muerde con dos dientes caninos que tiene en la mandíbula superior, los cuales, como en la víbora y en otras especies de culebras, son móviles, cóncavos y perforados hácia la punta. El veneno, esto es, aquel jugo tan pernicioso, que es amarillento y cristizable, está contenido dentro de las glándulas, colocadas en las raíces de aquellos dos dientes. Estas glándulas, comprimidas al morder, lanzan el fatal licor por los canales de los dientes, y por sus agujeros lo introducen en la herida y en la masa de la sangre. De buena

(1) El Dr. Hernandez dice que esta culebra tiene tantos años quantos cascabeles, porque cada año lo nace uno; mas no sabemos si esta opinion se funda en observaciones propias.

gana comunicáramos al público otras observaciones sobre este asunto, si la naturaleza de esta obra lo permitiese (1).

La *ahueyaclli* es poco diferente de la que acabamos de describir, pero no tiene cascabeles. Según Hernandez, esta culebra comunica aquella especie de veneno que los antiguos llamaban *hemorrhoids*, con el cual el herido echa sangre por la boca, por la nariz y por los ojos, aunque los efectos de esta actividad pueden evitarse con ciertos antidotos.

La *cuicuilcoatl*, llamada así por la variedad de sus colores, tiene ocho pulgadas de largo, y es gruesa como el dedo pequeño; pero su veneno es tan activo como el de la de cascabel.

La *teiximinani* es la culebra que Plinio llama *vaculum*. Es larga y sutil; tiene la espalda cenicienta, y el vientre morado. Muévase siempre en línea recta, y no puede volverse. Arrójase de los árboles á los viajeros, y de ahí ha tomado su nombre (2). Hay de estas culebras en los montes de Quauh-nahuac y en otras tierras calientes; pero habiendo yo estado muchos años en aquellos países, jamas supe que hubiesen atacado á nadie, y lo mismo puedo decir de los terribles efectos que se atribuyen al *ahueyaclli*.

La *sencoatl* (3), que también es venenosa, tiene cinco piés, poco más ó menos de largo, y ocho pulgadas de circunferencia en la parte más gruesa. Lo más notable de este reptil es que brilla en la oscuridad: así es como el pródigo Autor de la naturaleza escita y despierta de diversos modos nuestra atención para preservarnos del mal; ora por el oído, con el ruido de los cascabeles, ora por la vista, con la impresión de la luz.

[1] El P. Inanima, misionero jesuita de las Californias, hizo con las culebras muchas experiencias, que confirman las que Mr. Mead hizo con las víboras.

[2] Los Mexicanos dan también á esta culebra el nombre de *micoatl*, y los españoles el de *sactilla*. Uno y otro significan lo mismo que *jaculum*.

[3] Hay otras culebras, que por ser del mismo color, tienen el mismo nombre de *sencoatl*. Todas son inocentes.

Entre las culebras inocentes, de las que hay muchas especies, no puedo omitir la *tzicallinan*, y la *maquizcoatl*. La primera es hermosa, de un pié de largo, y del grueso del dedo anular: vive siempre junto á los hormigueros, y se halla tan bien con las hormigas, que muchas veces las acompaña en sus peregrinaciones, y vuelve con ellas á su residencia. El nombre mexicano *tzicallinan*, significa *madre de las hormigas*, y así la llaman los españoles; pero yo sospecho que esta afición nace de su propensión á alimentarse de aquellos insectos.

La *maquizcoatl* es del mismo tamaño que la precedente; pero es trasparente y plateada. Tiene la cola más gruesa que la cabeza, y se mueve indiferentemente por cualquiera de las dos estremidades, andando hácia atrás ó hácia adelante, según le conviene. Este reptil, llamado por los griegos *amphisbeaena* (1), es bastante raro, y no sé que se haya visto sino en el valle de Toluca.

Entre todas las especies de culebras que se hallan en los bosques poco frecuentados de aquellas regiones, no sé que hasta ahora se haya descubierto otra especie vivípara sino el *acoatl*, ó culebra acuática, á la cual se atribuye aquel carácter, aunque no con certeza. Tiene cerca de veinte pulgadas de largo, y una de grueso. Sus dientes son pequeños; la parte superior de la cabeza es negra, las laterales azuladas, y la inferior amarilla; la espalda listada de negro y azul, y el vientre enteramente azul.

Los antiguos Mexicanos, que se deleitaban en criar toda especie de animales, y que á fuerza de costumbre habían perdido el miedo natural que algunos de ellos inspiran, tomaban en los campos una especie de cule-

[2] Plinio, en el libro VIII, cap. 23, da dos nombres al *amphisbeaena*; pero el nombre griego solo significa movimiento por una y otra de las dos estremidades. En Europa se ha visto la culebra con dos cabezas de que habla Plinio, y aun dicen que se halla en México; pero no sé que nadie la haya visto allí: y si ha existido en efecto, no debe considerarse como una especie regular, sino como un monstruo, semejante al águila de dos cabezas que se halló, hace pocos años, en Oajaca, y fué enviada á Madrid.

bra verde é inocente, y la criaban en casa, donde con el cuidado y el alimento llegaba á ser tan gruesa como un hombre. Guardábanla en una tina, de donde no salía sino era para tomar el alimento de manos del amo, subiéndole á los hombros, ó enroscándose á sus piés.

PECES DE LOS MARES, DE LOS RIOS Y DE LOS LAGOS DE ANAHUAC.

Si de la tierra volvemos los ojos al agua de los mares, de los rios y de los lagos de Anáhuac, hallaremos un número mucho más considerable de animales. No tienen guarismo las especies conocidas de peces que la pueblan; pues solo de las que sirven al alimento del hombre, he contado más de ciento, sin incluir ningún testáceo ni crustáceo. Entre los peces, los hay comunes á los dos mares; otros propios del golfo mexicano; otros del mar Pacífico, y otros de los rios y de los lagos.

Los peces comunes á ambos mares son: las ballenas, los delfines, las espadas, los tiburones, los manatíes, las mantas, los lobos, los puercos, los bonitos, los bacalaos, los róbalo, los pargos de tres especies, los meros, los pámpanos, las palometas, las rayas, los chuchos, los barbos, los corcovados, los orates, los voladores, las guitarras, las cabrillas, las agujas, las langostas, los sollos y otros muchos; como también varias especies de tortugas, pulpos, cangrejos &c.

Además de los anteriores, el seno mexicano tiene los salmonetes, los congrios, las doncellas, los pegereyes, los rombos, los sapos, los besugos, las bermejuelas, los gorriónes, las linternas, los dentones, las lampreas, las murenas, las anguilas, los nautilus, y otros.

El mar Pacífico, además de los comunes á ambos mares, tiene los salmones, los atunes, los cornudos, los lenguados, los silueiros, las caballas, las corvinas, las viejas, las sardinas, los ojones, los lagartos, los papagayos, los escorpiones, los gallos, las gatas, los arenques, los hotetes, y otros.

Los rios y los lagos tienen los peces blan-

cos de tres ó cuatro especies, las carpas, las truchas, los bobos, los róbalo, los barbos, los orates, las corvinas, las anguilas, y otros.

La descripción de todos estos peces, además de estraviarnos demasiado de nuestro intento, sería inútil á la mayor parte de los lectores; por lo cual nos limitaremos á dar algunas particularidades que podrán servir para ilustrar esta parte de la historia natural.

El tiburón pertenece á aquella clase de bestias marinas, que los antiguos llamaron *cariculae*. Es conocido por su voracidad, como también por su velocidad, su fuerza y su gran tamaño. Tiene dos, tres, y á veces más órdenes de dientes, no ménos agudos que fuertes, y traga cuanto se le presenta, sívale ó no de alimento. Alguna vez se le ha encontrado en el vientre una piel entera de carnero, y aun una gran cuchilla de carnicero. Suele acompañar á los buques, y según asegura Oviedo, ha habido tiburón que ha seguido á un navío que navegaba con viento en popa y á toda vela, por espacio de quinientas millas, dando vueltas en rededor para aprovecharse de las inmundicias que se echaban al agua.

El manatí, ó *lamentino*, como otros lo llaman, es de índole muy diversa de la del tiburón, y de mayor tamaño. El mismo Oviedo dice que se han pescado manatíes tan gruesos, que para trasportar uno de ellos ha sido necesario emplear un carro con dos pares de buyes. Es vivíparo como el tiburón; pero la hembra no pare más que uno á la vez, aunque de enorme volúmen (1). Su

(1) Bufon conviene con el Dr. Hernandez en que la hembra del manatí no pare más que un individuo á la vez: otros dicen que pare dos. Quizás sucede con la hembra del manatí lo que con la mujer, que siendo uno ordinariamente su feto, en casos extraordinarios tiene dos ó tres. El Dr. Hernandez describe de este modo el coito de estos animales: *Humano more coit, faemina supina fere tota in litore procumbente, et celeritate quadam superveniente mare. Yo no cuento al manatí, aunque vivíparo, entre los cuadrúpedos, como hacen algunos naturalistas modernos; porque todo el mundo entienda bajo el nombre de cuadrúpedo el que marcha en cuatro piés, y el manatí no tiene más que dos, y estos informes.*

carne es delicada, y semejante á la de la ternera. Algunos autores ponen al manatí en la clase de los anfibios; pero es un error, pues este animal no vive en tierra, y solo saca fuera del agua la cabeza, y una parte del cuerpo para alcanzar las yerbas de las orillas de los rios (1).

La manta es aquel pez chato, tan pernicioso á los pescadores de perlas, de que hacen mencion Ulloa y otros escritores; y yo no dudo que sea el mismo de que hace mencion Plinio, aunque no lo conoció bien, con el nombre de nube, ó neblina (2). Quizás habrá pasado de los mares del antiguo continente á los del nuevo, como parece que han pasado otros muchos peces. Es tan grande la fuerza que tiene en los músculos, que no solo sofoca al hombre que abraza, ó que envuelve en sus pliegues, sino que se le ha visto agarrarse de la quilla de una balandra, y arrancarla del sitio en que estaba encallada. Llamóse manta, porque cuando estiende su cuerpo en la superficie del mar, como lo hace muy frecuentemente, parece una manta de lana que está nadando.

El pez de espada de aquellos mares es muy diferente del de los mares de Groenlandia. Su espada es mayor, y mas semejante en su forma á la verdadera de hierro, y no está situada, como la del pez groenlandés, en la parte posterior, sino en la anterior del cuerpo, del mismo modo que en el pez llama-

mado sierra, moviéndola en todos sentidos con suma fuerza, y sirviéndose de ella como de arma ofensiva.

El *Ulateconi* de los Mexicanos, sierra de los españoles, es de un pié de largo, y tiene en el filo del lomo unos dientes ó puntas, semejantes á las de una sierra de carpintero.

El *róbalo* es una de las especies mas numerosas de las que se crian en aquellas aguas, y su carne, particularmente la de la especie del rio, es de sabor delicadísimo. El Dr. Hernandez cree que es el *lupus*, y Campoy, el *asselus minor* de los antiguos; pero estas no son mas que conjeturas, pues la descripcion que de este pez han dejado los escritores de la antigüedad, es tan incompleta, que no parece posible hacer una comparacion fundada en datos seguros.

El *corcovado* fué llamado así, á causa de una corcova ó prominencia que tiene desde el principio de la cabeza hasta la boca, la cual es pequenísima. La *picuda* tiene la mandíbula inferior mucho mas larga que la superior.

El sapo es un pez de horrible aspecto; negro, perfectamente redondo y sin escamas. Su diámetro es de tres ó cuatro pulgadas. Tiene la carne gustosa y sana.

Entre las agujas hay una llamada por los Mexicanos *huitzitzilmichin*, que es de tres piés de largo, y sutilísima. En vez de escamas tiene el cuerpo cubierto de unas lamas

la nube, conviene con la que dan los buses de los mares de América de la manta; y el nombre de nube lo conviene muy propriamente, pues parece en efecto una nube á los que están debajo de este pez dentro del agua, y aun hoy dia llevan los nadadores cuchillos largos, ó bastones terminados en punta, para preservarse de sus ataques. Esta observacion, que no ocurrió á ninguno de los intérpretes de Plinio, fué hecha por mi compatriota y amigo el abate D. José Rafael Campoy, persona tan loable por sus costumbres y pundonor, como por su elocuencia y su erudicion, especialmente en latinidad, historia, crítica y geografía. Su muerte, harto dolorosa á mi corazón, ocurrió el 29 de diciembre de 1777, no le permitió concluir muchas obras que tenia empezadas, y que serian de gran utilidad.

[1] Mr. de la Condamine confirma lo que decimos sobre vivir siempre en el agua el manatí, y lo mismo habian dicho dos siglos antes Oviedo y Hernandez, ambos testigos de vista. Es cierto que Hernandez parece decir todo lo contrario; pero es un error de imprenta, como lo conocerá todo el que lea el testo. Es de notarse además, que el manatí aunque propriamente marítimo, suele encontrarse en los rios.

[2] *Ipsi ferunt (urinatores) et nubem quandam crassescere super capita, planarum piscium similem, prementem eos arcentemque a reciprocando, et ob id stilos pracacutos lineis annexon habere sese: quia nisi perfossae ita non recedant, saliginis et pavoris, ut arbitror opere. Nubem enim sibi nebulam [cujus nomine id malum appellant] inter animalia haud ullam reperit quisquam.* Plin. Hist. Nat. lib. 9 cap. 46. La descripcion que daban aquellos buses antiguos de

pequeñas. El hocico tiene ocho pulgadas de largo; y lo es mas en la parte superior, al contrario de las otras especies de agujas; á las que escudo, tanto en el buen sabor de la carne, como en el tamaño del cuerpo.

El *bobo* es un pez hermosísimo, y apreciado por la excelencia de su carne. Tiene cerca de dos piés de largo, y cuatro ó seis pulgadas en su mayor anchura. El barbo de rio, conocido con el nombre de *bagre*, es del tamaño del bobo y de mas exquisito sabor; pero dañoso, si ántes de comerlo no se despuja su carne, con jugo de limon ó con algun otro ácido, de cierta baba ó liquido viscoso de que está impregnada. Los bobos se pescan, segun tengo entendido, solo en los rios que desaguan en el golfo mexicano, y los barbos en los que descargan en el mar Pacífico ó en algun lago. El sabor de estos dos peces, aunque delicado, no es comparable con el de los pámpanos y palometas, que son, con justa razon, los peces que mas se aprecian en aquellos puises,

La *corvina* tiene pié y medio de largo. Es delgada y redonda, y de un color morado negruzco. En la cabeza de estos peces se hallan dos piedrecillas blancas, que parecen de alabastro. Cada una tiene de largo una pulgada y media, y de ancho cerca de cuatro líneas. Se cree que son eficaces contra la retencion de orina, tomando tres granos en agua.

El *botete* es un pescadillo que tiene cerca de ocho pulgadas de largo, y es desproporcionadamente grueso. Su hígado es tan venenoso, que en media hora ocasiona la muerte á quien lo come, con fuertes dolores y convulsiones. Cuando está vivo en la arena de la playa, se hincha enormemente si lo tocan, y los muchachos se divierten en reventarlo á patadas.

El *ojon* (1) es un pez chato y redondo, que tiene ocho ó diez pulgadas de diámetro.

[1] Este pez, que suele pescarse en California, no tiene nombre, ó si lo tiene, no ha llegado á mi noticia. Le he dado el nombre de *ojon*, que me parece conve-

La parte inferior de su cuerpo es enteramente plana, pero la superior es convexa, y en el centro, que es donde mas se alza, tiene un ojo solo, tan grande como el de un buey, con sus párpados correspondientes. Despues de muerto lo conserva abierto, causando horror al que lo mira (1).

El *ixtaemichin*, ó pez blanco, ha sido siempre célebre en México, y no es ménos comun hoy dia en las mesas de los españoles, que lo era antiguamente en las de los Mexicanos. Los hay de tres ó cuatro especies. El *amiloll*, que es el mayor y el mas apreciado, tiene mas de un pié de largo, y cinco aletas: dos sobre la espalda, dos á los dos lados del vientre, y una debajo del mismo vientre. El *jalmichin*, un poco menor que el precedente, me parece ser de la misma especie. El *xacapitzahuac*, que es el mas pequeño de todos, no tiene mas que ocho pulgadas de largo, y una y media de ancho. Todos estos peces son escamosos, sabrosos y muy sanos, y abundan en los lagos de Chaleo, Pátzcuaro y Chapalla. La otra especie es la del *xalmichin* de Quauhahuac, el cual no tiene escamas, y está cubierto de una piel tierna y blanca.

El *axolotl*, ó ojolote (2), es un lagarto acuático del lago mexicano. Su figura es fea, y su aspecto ridiculo. Tiene por lo comun ocho pulgadas de largo; pero hay algunos de doble dimension. La piel es blanda y negra; la cabeza larga, la boca grande, la lengua ancha, pequeña y cartilaginosa, y la cola larga. Va en disminucion desde la mitad del cuerpo hasta la mitad de la cola. Nada con sus cuatro piés, que son semejantes

[1] Campoy creyó que el *ojon* era el *uranoscopus* ó *callionymos* de Plinio; mas este autor no da pormenor alguno de aquel pez. El nombre *uranoscopus*, que ha servido de fundamento á su opinion, conviene igualmente á todos los peces, que por tener los ojos en la parte superior de la cabeza, miran al cielo, como las rayas y otros peces chatos.

[2] Mr. de Bomare no puede dar con el nombre de este pez. Lo llama *axolotl*, *axcolotl*, *axoloti* y *axoloti*, y dice que los españoles lo llaman *juguete del agua*. Lo cierto es que los Mexicanos lo llaman *axolotl*, y los españoles *ajolote*.

á los de la rana. Lo mas singular de este pez, es tener el útero como el de la muger, y estar sujeto como esta á la evacuacion periódica de sangre, segun consta de muchas observaciones, de que habla el Dr. Hernandez (1). Su carne es buena de comer y sana, y tiene casi el mismo sabor que la de la anguila. Se crée muy provechosa á los éticos. En el mismo lago mexicano hay otras especies de pececillos que no tienen ninguna particularidad digna de notarse.

Por lo que hace á las conchas, las hay de infinitas especies, y entre ellas algunas de incomparable hermosura, particularmente en el mar Pacífico. En todas las costas de aquellos mares se hizo en diversas épocas la pesca de perlas. Los Mexicanos las pescaban en la costa de Tototepec, y en la de los Cuitlateques, donde hoy se pesca la tortuga. Entre las estrellas marinas, hay una especie que tiene cinco rayos, y un ojo en cada uno. Entre las esponjas y litofitos hay algunas especies curiosas y peregrinas. El Dr. Hernandez da el dibujo de una esponja que le fué enviada del mar Pacífico, que tenia la figura de una mano humana; pero con diez ó mas dedos de color de barro con puntos negros y listas rojas, y era mas callosa que la esponja ordinaria.

INSECTOS MEXICANOS.

Descendiendo finalmente á los animales mas pequeños, en los que resplandecen mas el poder y la sabiduría del Criador, podemos reducir las innumerables especies de insectos que hay en México, á tres órdenes, á saber: volátiles, terrestres y acuáticos; aunque hay muchos terrestres y acuáticos

[1] Mr. de Bomarc no se resuelve á creer lo que aquí se dice del *ajolote*; pero teniendo en favor el testimonio de los que han tenido años enteros este pez á la vista, no debemos atender á la desconfianza de un francés, que aunque docto en la *historia natural*, no ha visto jamas al *ajolote* ni aun sabe su nombre, especialmente cuando la evacuacion periódica no es tan esclusiva de las mugeres, que no se halle en algunas especies de animales. *Les femelles des singes*, dice el mismo escritor, ont pour la plupart des menstrues comme les femmes. Véase el artículo *Singes*.

que despues se convierten en volátiles, y en uno ó en otro estado son dignos de estudiarse.

Entre los volátiles hay escarabajos, abejas, abispas, moscas, moscardones y mariposas. Los escarabajos son de muchas especies, y por la mayor parte inocentes. Los hay verdes, á los que los Mexicanos dan el nombre de *mayatl*, y con los cuales se divierten los muchachos por el gran rumor que hacen al volar. Hay otros negros, fétidos y de forma irregular, llamados *pinacatl*.

El *cucuyo* ó escarabajo luminoso, que es el mas digno de atencion, ha sido mencionado por muchos autores; pero por ninguno que yo sepa, descrito. Es de mas de una pulgada de largo, y tiene dobles alas, como los otros escarabajos volátiles. Tiene en la cabeza un cuernecillo móvil de que hace gran uso, porque cuando ha caido de espaldas y no puede moverse, se vuelve á poner en su actitud natural, por la accion de aquel cuernecillo, empujándolo y comprimiéndolo dentro de una membrana, á manera de bolsa, que tiene sobre el vientre. Junto á los ojos tiene dos membranas, y una mayor en el vientre: todas ellas son sutiles, transparentes, y llenas de una materia tan luminosa, que su luz basta para leer cómodamente una carta, y para alumbrar el camino á los que viajan de noche; pero nunca despide tanto resplandor como cuando vuela. Cuando duerme, no brilla, porque cubre la luz con otras membranas opacas. Esta materia luminosa es una sustancia blanca, farinosa y viscosa, que conserva algun tanto su esplendor cuando se ha sacado del cuerpo del *cucuyo*, y con ella suelen escribir algunos, caracteres lucidos en los sombreros. Hay gran abundancia de estos animales fosfóricos en las costas del mar, y por la noche forman en las montañas vecinas magníficos y espléndidos espectáculos. Los muchachos, para cazarlos, no hacen mas que agitar un carbon encendido, y atraídos por su luz, los *cucuyos* vienen á caer en manos del cazador. No han faltado autores que hayan confundido estos maravillosos insectos con las luciérna-

gas; pero éstas, que abundan en Europa, y no ménos en México, son mucho mas pequeñas y ménos luminosas que los *cucuyos*.

Tan grata es la vista del insecto que acabo de describir, como desagradable la del *temolin*. Es este un gran escarabajo de color castaño rojizo, con seis piés peludos y cuatro dedos en cada uno. Hay dos especies de *temolin*; el uno tiene la frente armada de un cuerno ó antena, y el otro de dos.

Hay á lo ménos seis especies distintas de abejas. La primera es de las comunes de Europa, con las que conviene, no solo en el tamaño, en la forma y en el color, sino tambien en la índole, en los hábitos, y en la calidad de la miel y de la cera que fabrica. La segunda especie se parece en algo á la primera, pero carece de aguijon. A ella pertenecen las abejas de Yucatan y de Chiapa, que hacen la fumosa miel de *Estabentun*, la cual es clara, aromática, y de un sabor superior al de todas las clases de miel conocidas. Hácese seis cosechas de esta preciosa produccion: una cada dos meses; pero la mejor es la que se coge por noviembre, porque las abejas la hacen de una flor blanca, semejante al jazmin, muy olorosa, que nace por setiembre y se llama *Estabentun*, de donde proviene el nombre de la miel (1). La tercera especie es de unas abejas semejantes en la forma á las hornigas aladas, mas pequeñas que las abejas comunes, y sin aguijon. Estos insectos, propios de los países calientes y templados, fabrican panales semejantes, en el tamaño y en la forma, á un pan de azúcar, y algunas veces mucho mayores. Los pegan á las rocas y á las ramas de los árboles, especialmente á las de las encinas. La poblacion de estos panales es mucho mas numerosa que la de los panales de las abejas comunes. Las larvas de esta especie son blancas y redondas, á guisa de perlas, y tambien se comen. La miel es blanquizca, pero de un sabor delicado. Las abejas de

(1) La miel de *Estabentun* es muy estimada de los franceses é ingleses que van á Yucatan. Me consta que los franceses del Guariico la suelen comprar, y la envian de regalo á su soberano.

la cuarta especie son amarillas, mas pequeñas que las comunes y armadas como estas de un aguijon. Su miel es inferior á la de las especies precedentes. Las de la quinta especie son pequeñas é inertes; fabrican panales orbiculares en las cavidades subterráneas, y su miel es ácida y amarga. La *tlalpipiollí*, que forma la sexta especie, es negra y amarilla, del tamaño de las comunes, pero sin aguijon.

Las especies de abispas son, á lo ménos, cuatro. La *quetzalmitlhuatl* es la comun de Europa. La *tellatoca* ó vagabunda, se llama así, porque muda frecuentemente de habitacion, y siempre está ocupada en reunir materiales para labrarla. Tiene aguijon, pero no hace miel ni cera. El *xicolli* ó gicote es una abispa gruesa y negra, excepto en el vientre que es amarillo. Hace una miel bastante dulce en los agujeros que forma en los muros. Está armada de un fuerte punzon, y su herida es muy dolorosa. La *cuicalmitlhuatl* tiene tambien aguijon, pero no sabemos que haga miel.

La *quauhxicollí* es un tábano muy negro, excepto en la cola que es roja. Su punzon es tan grande y tan fuerte, que no solo atraviesa de una á otra parte una caña de azúcar, sino tambien las raices de los árboles.

Entre las moscas, ademas de las comunes, que ni son tantas ni tan molestas como las de Italia por el verano (1), las hay luminosas como las luciérnagas. El *axoyacatl* es una mosca propia de los lagos mexicanos. De los huevos innumerables que estas moscas deponen en los juncos y en los gladiolos ó iris del lago, se forman gruesas costras, que los pescadores venden en el mercado. Esta especie de cerial, llamado *ahuauhtli*, se comia en tiempo de los Mexicanos, y aun en

(1) La misma observacion, acerca de las moscas, hace Oviedo. „En las islas, dice, y en tierra firme hay muy poquitas moscas, y á comparacion de las que hay en Europa, se puede decir que en acullá no hay algunas.“—Sumario de la historia natural de las Indias, cap. 51. Es cierto que en México no son tan pocas como dice Oviedo; pero generalmente hablando, no son tantas ni tan molestas como en Europa.

el día es manjar común en las mesas de los españoles. Tiene casi el mismo sabor que el cabal de los peces. Pero los mexicanos antiguos, no solo comían los huevos, sino también las moscas reducidas á masa, y cocida esta con nitro.

Los mosquitos, tan comunes en Europa, y particularmente en Italia, abundan también en las tierras marítimas de México, y en aquellos sitios en que el calor, las aguas muertas y la maleza fomentan su propagación. Hay infinitos en el lago de Chalco; pero la capital, á pesar de su proximidad al lago, está exenta de esta molestia.

Hay también en las tierras calientes unos mosquillos que no hacen ruido al volar; pero cuya picadura ocasiona un escozor vehemente, y si se rasca la parte ofendida, fácilmente se hace una llaga.

En las mismas tierras calientes, especialmente en algunas marítimas, abundan las cucarachas, que son insectos gruesos, alados, y muy perjudiciales, por que infestan toda clase de comestibles, y sobre todo los dulces; pero son útiles en las habitaciones por que destruyen las chinches. Se ha observado que los barcos que en su viaje de Europa á México iban plagados de chinches, volvían exentos de estos fétidos insectos, por haberlos exterminado las cucarachas (1).

Las especies de mariposas son mucho mas numerosas y variadas en México que en Europa. No pueden dignamente describirse su variedad y hermosura: ni el pincel mas diestro es capaz de representar la escelencia del dibujo y del colorido que el Autor de la naturaleza empleó en el adorno de sus alas. Muchos autores dignos de crédito las han celebrado en sus escritos, y el Dr. Hernandez ha hecho retratar algunas, para dar á los europeos alguna idea de su belleza.

Pero no son comparables en número las

(1) Estos insectos son tambien enemigos de los literatos, pues consumen durante la noche la tinta si no se usa la precaucion de tapar el tintero. Los españoles los llaman *cucarachas*, otros *kakerlaques*, otros *dermestes* etc.

mariposas á las langostas, las cuales á veces caen sobre las tierras marítimas, oscureciendo el aire con las densas nubes que forman, y destruyendo todos cuantos vegetales hay en el campo, como lo vi por los años de 1738 y 39 en la costa de Xicayan. En la península de Yucatan hubo hace poco una gran carestía de resultas de aquella calamidad; pero en ningún otro país de aquel continente ha sido tan frecuente este terrible azote, como en la desventurada California (1). Entre los insectos terrestres, además de los comunes, sobre los cuales no ocurre nada notable que decir, hay muchas especies de gusanos, escolopendras, escorpiones, arañas, hormigas, niguas, y la cochinitilla.

De los gusanos, unos son útiles y otros perniciosos; unos servían de alimento á los antiguos Mexicanos; otros de medicina, como el *axin* y el *polin*, de los que hablaré en otra ocasion. El *tlcocuilin*, ó gusano ardiente, tiene la propiedad de las cantáridas. Su cabezu es roja, el antero verde, y lo demás del cuerpo leonado. El *temahuani* es un gusano todo armado de espinas amarillas y venenosas. El *temictli* es semejante al gusano de seda en sus trabajos y metamorfosis. Los gusanos de seda fueron trasportados de Europa, y se multiplicaron considerablemente. Hacíanse abundantes cosechas de seda, particularmente en la Mixteca (2), donde esta mercancía formaba un ramo importante de comercio; pero habiéndose visto los Mixteques obligados á abandonarlo por razones políticas, se descuidó la cria de gusanos, y hoy apenas hay quien se dedique á ella. Además de esta seda común, hay otra bastante estimada, blanca, suave al tacto,

(1) En la Historia de California, que ealdrá á luz dentro de pocos meses, se citan las prolijas observaciones hechas sobre las langostas por el abate D. Miguel del Barco, el cual permaneció treinta años en aquel país tan famoso como indigno de la fama que tiene.

(2) Hay pueblos en la Mixteca que aun conservan la denominacion que les fué dada entónces con alusion á esta clase de comercio, como *San Francisco de la Seda*, *Tepepe de la Seda*.

to, y fuerte. Hállase en los bosques de los países marítimos, sobre las ramas de los árboles, especialmente en los años en que escasean las lluvias; pero de ella solamente se sirven algunos pobres, por la poca industria de aquellos pueblos, ó mas bien por los agravios que tendrían que sufrir si emprendiesen aquel género de comercio. Sabemos además por las cartas de Cortés á Carlos V, que en los mercados de México se vendía seda, y hasta ahora se conservan algunas pinturas en papel de seda, hecho por los antiguos Mexicanos.

Las escolopendras se hallan en los países templados, y son mas abundantes en los calientes y húmedos. El Dr. Hernandez dice haber visto algunas tan grandes, que tenían dos piés de largo y dos dedos de grueso; pero sin duda las vió en algun país demasiado húmedo é inculto. Yo me he detenido en muchos lugares de toda clase de clima, y no he hallado ninguna de tan excesiva dimension.

Los escorpiones son comunes en todo aquel país; pero en los países frios y templados hay pocos, y estos no son muy dañosos. En las tierras calientes y demasiado secas, aunque el calor sea moderado abundan mas; y es tal su veneno, que basta á natar á un niño, y á ocasionar terribles dolencias á los adultos. Se ha observado que el veneno de los escorpiones pequeños y amarillos es mas activo que el de los grandes y pardos, y que son mas funestas sus mordeduras en las horas en que tiene el sol mas fuerza.

Entre las muchas especies de arañas, no puedo omitir dos muy singulares, la tarántula y la casampulga (1). Dase impropia- mente en aquellos países el nombre de *tarántula* á una araña gruesa, cuyo lomo y piernas están cubiertas de una pelusa negruzca, suave y sutil. Es propia de las tierras calientes, y no solo se halla en el campo, sino también en las casas. Pasa generalmente

[1] Sospecho que el nombre primitivo de esta araña era *casapulga*, corrompido despues por el vulgo, como sucede con otros muchos.

por venenosa, y se cree que el caballo que la pisa, pierde inmediatamente el casco; pero no se cita ningún caso conocido en favor de esta opinion, aunque yo he vivido cinco años en un país calidísimo donde abundan aquellos insectos. La *casampulga* es pequeña; tiene los piés cortos, el vientre rogizo, y el tamaño de un guisante. Es venenosa, y común en la diócesis de Chiapa y en otras partes. No sé si esta araña es la misma que en otros países se llama *araña capulina*, aunque las señas le convienen.

Las hormigas mas comunes del territorio de México son de tres especies. La primera es de las negras y pequeñas, comunes á uno y otro continente. Otras son grandes y rojas, armadas de un punzon, con el que hacen dolorosas picaduras: los españoles las llaman *bravas*. Otras, llamadas *arrieras*, son grandes y pardas, y se les ha dado aquel nombre, por que se ocupan continuamente en el trasporte de sus provisiones, con mucho mas ahínco que las hormigas comunes; por lo que son mucho mas perniciosas á los campos. En algunos países se han multiplicado escsivamente, por el descuido de los habitantes. En la provincia de Xicayan, se ven en la tierra, por espacio de muchas millas, enormes manchas negras, que no son mas que tribus de estos dañinos insectos.

Además de las referidas especies, hay una muy singular en Michuacan y quizás en alguna otra provincia. Es mayor que las otras; tiene el cuerpo ceniciento y la cabeza negra. En la parte posterior lleva un saco lleno de un licor bastante dulce, á que son muy aficionados los muchachos, creyendo que es miel fabricada por estas hormigas; pero yo creo mas bien que estos sacos son huevos. Mr. de la Barrere, en la *Historia Natural de la Francia Equinoccial*, hace mención de estas hormigas, halladas en la Cayena; pero estas son aladas, y las nuestras sin alas.

La *nigua*, llamada en otros países *pique*, es un pequeñísimo insecto, no muy diferente de la pulga, que se cria en las tierras ca-

hientes entre el polvo. Se pega á los piés, y rompiendo insensiblemente la película, hace su nido entre ella y la piel: si no se quita pronto, rompe esta, y pasa á la carne, multiplicándose con increíble prontitud. No se siente por lo comun, hasta que la perforar la piel ocasiona una picazon insoportable. Estos insectos, por su portentosa multiplicacion, bastarian á despoblar aquellos países, si no fuera tan fácil evitarlos, y si no fueran tan diestros los habitantes en esterminarlos ántes que se propaguen. La Providencia, á fin de disminuir este azote, no solo negó alas á este dañoso bicho, sino que lo privó tambien de aquella conformacion de piernas y de aquellos músculos vigorosos que dió á la pulga para saltar. En los pobres, que por su miseria están obligados á dormir en el suelo, y á descuidar el aseo de sus personas, suelen multiplicarse tanto estos insectos, que les hacen grandes cavidades en las carnes, y les ocasionan llagas peligrosísimas.

Lo que hacen las niguas en las casas, hacen en el campo las garrapatas, de las cuales hay dos especies, ó mas bien clases. La primera es la misma conocida en el antiguo continente. Se pega al pellejo de los caballos, de los carneros y de los cuadrúpedos, y se introduce en sus orejas. A veces ataca tambien al hombre. La otra se halla abundantemente en las malezas de las tierras cálidas: de ellas pasa con facilidad á la ropa, y de la ropa al cuerpo de los caminantes, al que se pega con tanta fuerza por la particular configuracion de sus piés, que es muy difícil arrancarla; y si no se logra pronto, forma una llaga semejante á la de la nigua. Al principio no parece mas que un puntillo negro; pero con la sangre que chupa se hincha tanto y tan prontamente, que dentro de poco tiempo se pone del tamaño de una haba, y entónces es de color de plomo. Oviedo dice que para arrancar brevemente y sin peligro la garrapata, basta untarse la parte con aceite, y rasparla despues con un cuebillo.

La célebre cochinilla de México, tan co-

nocida y apreciada en todo el mundo por la escelencia del color que suministra, es un insecto propio de aquellos países, y el mas útil de cuantos nacen en la tierra de Anáhuac, donde en tiempo de los reyes mexicanos se empleaba el mayor esmero en su cria (1). El país donde mas prospera es la Mixteca, donde forma el ramo mas considerable del comercio (2). En el siglo XVI se criaba tambien en Tlaxcala y en otras partes, donde daba lugar á un tráfico muy activo; pero los perjuicios que ocasionaba á los indios, que son los que siempre han cuidado de su cria, la tiránica avaricia de algunos gobernadores, los obligaron á dejar una tarea, que es ademas molesta y prolija. La cochinilla en su mayor desarrollo tiene el grueso y la figura de una chinche. La hembra es desproporcionada y lenta. La boca, los ojos, los cuernecillos ó antenas, y los piés se ocultan de tal modo en las arrugas del pellejo, que no se pueden distinguir sin la ayuda del microscopio; y por esto se

(1) El cronista Herrera dice, en la Decada 4, lib. 8, cap. 8, que aunque los indios poseian la cochinilla no hicieron caso de ella, hasta que los instruyeron los españoles. Pero ¿qué les enseñaron estos? ¿á criar el insecto? ¿cómo podian enseñar lo que ignoraban, especialmente cuando creian que era un grano lo que es un animal? ¿Los enseñaron quizás su uso para los tintes? Pero si los indios no lo conocian ¿para qué se daban el trabajo de criar la cochinilla? ¿Por qué estaban obligados Huastecas, Coyalapan y otros pueblos á pagar anualmente veinte sacos de cochinilla al rey de México, como consta en la matrícula de los tributos? ¿Cómo puede creerse que ignorasen el uso de la cochinilla aquellas naciones tan aficionadas á la pintura, y que no supiesen emplear su color, sabiendo servirse del añil, del achioté y de muchas piedras y tierras minerales?

(2) La cantidad que viene todos los años de la Mixteca á España, pasa de dos mil y quinientos sacos, como testifican algunos autores. El comercio que de ella hace la ciudad de Oaxaca, importa anualmente doscientos mil pesos. Mr. de Bomare dice que á una cierta especie de cochinilla se da el nombre de *cochinilla mexicana*, porque se cria en Me-teque, provincia de Honduras; mas este es un error. Llámase *Mixteca*, porque viene de la provincia de este nombre, la cual dista mas de Honduras, que Roma de Paris.

obstinaron algunos europeos en creer que fuese una semilla, y no ya un verdadero animal, contra el testimonio de los indios que la crian, y de Hernandez que la observó como naturalista. El macho es mas raro, y hay uno por trescientas hembras. Es tambien mas pequeño, y mas delgado que esta; pero mas despierto y activo. En la cabeza tiene dos cuernecillos articulados, y en cada articulacion cuatro sedas dispuestas con gran simetría. Los piés son seis, cada uno compuesto de tres partes. En la parte posterior del cuerpo se alzan dos pelos, de doble ó triple longitud que el cuerpo mismo. Tiene dos grandes alas, de que está privada la hembra. Estas alas están sostenidas por dos músculos; el uno exterior que se estiende por toda la circunferencia del ala, y el otro interior, y paralelo al primero. El color interno es rojo, pero mas oscuro en la hembra; y el esterior, rojo blanquecino ó ceniciento. Criase la cochinilla en una especie de nopal ú opuncia, ó higuera de indias, que se eleva á la altura de cerca de ocho piés, y cuyo fruto es semejante á los higos de tuna de las otras opuncias, pero no se come. Aliméntase de las hojas de aquella planta, chupando el jugo con una trompa que tiene en el pecho, entre los dos primeros pares de piés. Allí adquiere todo su volúmen, y produce una numerosa descendencia. El modo que tienen de multiplicarse estos preciosos insectos, la industria con que los indios los crian, y las precauciones que toman para defenderlos de la lluvia, que les es muy perjudicial, y de los numerosos enemigos que los persiguen; serán esplicados cuando hablemos de la agricultura de los Mexicanos (1).

(1) D. Antonio Ulloa dice que el nopal en que se cria la cochinilla, no tiene espinas; mas no es así, pues siempre la vi en árboles espinosos durante mi permanencia de cinco años en la Mixteca. Mr. de Raynal cree que el color de la cochinilla se debe á la tuna ó higo de que se alimenta; mas este autor ha estado mal informado. La cochinilla no come el fruto sino la hoja, que es verde; y el nopal de que se trata no da higos rojos, sino blancos. Es verdad

Entre los insectos acuáticos se halla el *atecpietz*, que es un escarabajo, propio de los sitios pantanosos, semejante en el tamaño y en la figura al escarabajo volátil. Tiene cuatro piés, y está cubierto de una costra dura. El *atopinan* es tambien pantanoso, de un color oscuro, de seis dedos de largo y dos de ancho. El *ahuithuilla* es un gusano del lago mexicano, que tiene cuatro dedos de largo y es del grueso de una pluma de ánade, leonado en la parte superior, y blanco en la inferior. Pica con la cola, que que es dura y venenosa. El *ocuiliztac* es un gusano negro de las tierras húmedas; pero cuando se tuesta, se pone blanco. Los antiguos Mexicanos comian de todos estos insectos.

Dejando ya estos reptiles, cuyos nombres solos compondrian una larga lista, terminaré esta enumeracion con una especie de zoofitos, ó plantas-animales, que vi por los años de 1751 en una casa de campo, distante diez millas, hácia el Sudeste de la Puebla de los Angeles. Eran de tres ó cuatro dedos de largo: tenían cuatro piés sutilísimos, y estaban armados de dos cuernecillos; pero su cuerpo no era otra cosa que los nervios de una hoja, de la misma figura, tamaño y color que las otras de los árboles en que estos insectos se crian. Hace mención de ellos el Dr. Hernandez, con el nombre de *cuatimocail*, y Gemelli describe otra produccion de esta especie, que se halla en las cercanías de Manila (1).

De lo poco que hemos dicho acerca de la historia natural de aquellos países, se podrá conocer la diferencia que hay entre las tier-

que puede criarse en la de higos rojos; pero no es esta su planta original.

(1) Sé que los naturalistas modernos no dan comunmente el nombre de zoofitos, sino á ciertos cuerpos marinos, que teniendo la aparicion de vegetales, son en su naturaleza animales. Sin embargo, yo doy aquel nombre á estos insectos terrestres, por que les conviene, con tanta, y aun con mayor propiedad que á los marinos. Me parece haber espuesto en mi física con la mayor verosimilitud posible, el mecanismo de la naturaleza en la generacion de estos insectos.

ras calientes, las frias y las templadas, de que se componen las vastas regiones de Anáhuac. En las calientes es mas pródiga la naturaleza; en las frias y en las templadas mas benigna. En aquellas, los montes son mas fecundos de minerales y de fuentes; las llanuras mas amenas, mas frondosas los bosques. Allí se encuentran las plantas mas útiles á la vida (1); los árboles mas gruesos, las maderas mas preciosas, las flores mas bellas, las frutas mas esquisitas, las resinas mas aromáticas. Allí son mas variadas y mas numerosas las especies de los animales; sus individuos mas hermosos y corpulentos; las aves mas brillantes en su plumaje y mas suaves en su canto; pero todas estas ventajas están contrapesadas por otros tantos inconvenientes, pues en estos países están las fieras mas terribles, los reptiles mas ponsoñosos, los insectos mas perjudiciales. La tierra no sufre los síntomas funestos del invierno, ni el aire las enfadosas vicisitudes de las estaciones. En la tierra domina una perpetua primavera: en la atmósfera un verano continuo, al que se acostumbra fácilmente los habitantes; pero el incesante sudor de sus cuerpos, y la abundancia de frutos gustosos, que en todos tiempos les prodiga aquella tierra deliciosa, los esponen á muchas enfermedades desconocidas en otras regiones. Las tierras frias no son tan fecundas ni tan bellas; pero son mas sanas y sus animales ménos perniciosos al hombre. En los países templados (á lo ménos en muchas de ellos, como en los del valle mexicano), se gozan las ventajas de los países frios, sin sus incomodidades, y las delicias de los calientes sin sus molestias. Las enfermedades mas comunes de las tierras cálidas son las fiebres intermitentes, el espasmo, la tísis, y en el puerto de

(1) Es cierto que las tierras calientes no dan trigo, ni algunas frutas de Europa, como manzanas, albréchigos, peras y otras; pero ¿qué es la falta de estos pocos vegetales comparada con la indecible abundancia y variedad de plantas fructíferas y medicinales que se hallan en aquellos países?

Veracruz, de pocos años á esta parte, el vómito negro (1). En otras partes, los catarros, las fluxiones, la pleuresía y las fiebres agudas, y en la capital la diarrea. Además de estas enfermedades ordinarias, suelen sentirse extraordinariamente ciertas epidemias, que parecen periódicas, aunque su periodo no es fijo ni regular, como las que se experimentaron en los años de 1545, 1756, y en otros tiempos en 1736 y 1762. La viruela llevada allí por los conquistadores españoles, no se ve en aquellos países tan frecuentemente como en Europa, sino de cierto en cierto número de años, y entonces ataca á todos los que ántes no la han tenido, haciendo de una vez los mismos estragos, que en Europa hace sucesivamente:

CARACTER DE LOS MEXICANOS Y DE LAS OTRAS NACIONES DE ANÁHUAC.

Las naciones que ocuparon la tierra de Anáhuac ántes de los españoles, aunque diferentes en idioma y en algunas costumbres, no lo eran en el carácter. Los Mexicanos tenían las mismas cualidades físicas y morales, la misma índole y las mismas inclinaciones que los Acolluis, los Tepanecas, los Tlaxcaltecas y los otros pueblos, sin otra diferencia que la que procede de la educacion; de modo que lo que vamos á decir de los unos, debe igualmente entenderse de los otros. Algunos autores antiguos y modernos han procurado hacer su retrato moral; pero entre todos ellos no he encontrado uno solo que lo haya desempeñado con exactitud y fidelidad. Las pasiones y las preocupaciones de unos, y la ignorancia y la falta de reflexion de otros, les han hecho emplear colores muy diferentes de los naturales. Lo que voy á decir se funda en un estudio serio y prolijo de la historia de aquellas naciones, en un trato íntimo de muchos años con ellas, y en las mas atentas observaciones acerca de su actual con-

(1) Ulloa y otros historiadores de América no describen el espasmo ni el vómito negro. Esta enfermedad no era conocida allí ántes de 1725.

dicion, hechas por mí y por otras personas imparciales. No hay motivo alguno que pueda inclinarme en favor ó en contra de aquellas gentes. Ni las relaciones de compatriota me inducirían á lisonjearlos; ni el amor á la nacion á que pertenezco, ni el celo por el honor de sus individuos, son capaces de empeñarme en denigrarlos: así que, diré clara y sinceramente lo bueno y lo malo que en ellos he conocido.

Los Mexicanos tienen una estatura regular, de la que se apartan mas bien por exceso, que por defecto, y sus miembros son de una justa proporcion; buena carnadura, frente estrecha, ojos negros; dientes iguales, firmes, blancos y limpios; cabellos tupidos, negros, gruesos y lisos; barba escasa, y por lo comun poco vello en las piernas, en los muslos y en los brazos. Su piel es de color aceitunada. No se hallará quizás una nacion en la tierra en que sean mas raros que en la mexicana los individuos disformes. Es mas difícil hallar un jorobado, un estropeado, un tuerto entre mil Mexicanos, que entre cien individuos de otra nacion. Lo desagradable de su color, la estrechez de su frente, la escasez de su barba, y lo grueso de sus cabellos, están equilibrados de tal modo con la regularidad y la proporcion de sus miembros, que están en justo medio entre la fealdad y la hermosura. Su aspecto no agrada ni ofende; pero entre las jóvenes mexicanas se hallan algunas blancas, y bastante lindas, dando mayor realce á su belleza la suavidad de su habla y de sus modales, y la natural modestia de sus semblantes.

Sus sentidos son muy vivos, particularmente el de la vista, que conservan inalterable hasta la extrema vejez. Su complexion es sana, y robusta su salud. Están exentos de muchas enfermedades que son frecuentes entre los españoles; pero son las principales víctimas en las enfermedades epidémicas á que de cuando en cuando está sujeto aquel país. En ellos empiezan, y en ellos terminan. Jamas se exhala de la boca de un Mexicano aquella fetidez que suele ocasionar la corrupcion de los humo-

res, ó la indigestion de los alimentos. Son de temperamento flemático; pero poco espuestos á las evacuaciones pituitosas de la cabeza, y así es que raras veces escupen. Encanecen y se ponen calvos mas tarde que los españoles, y no son raros entre ellos los que llegan á la edad de cien años. Los otros mueren casi siempre de enfermedades agudas.

Actualmente y siempre han sido sobrios en el comer; pero es veheméntísima su aficion á los licores fuertes. En otros tiempos la severidad de las leyes les impedia abandonarse á esta propension; hoy la abundancia de licores, y la impunidad de la embriaguez trastornan el sentido á la mitad de la nacion. Esta es una de las causas principales de los estragos que hacen en ellos las enfermedades epidémicas, además de la miseria, en que viven mas espuestos á las impresiones malélicas, y con ménos recursos para corregirlas.

Sus almas son radicalmente y en todo semejantes á las de los otros hijos de Adán, y dotados de las mismas facultades; y nunca los europeos emplearon mas desacertadamente su razon, que cuando dudaron de la racionalidad de los americanos. El estado de cultura en que los españoles hallaron á los Mexicanos, excede en gran manera al de los mismos españoles, cuando fueron conocidos por los griegos, los romanos, los galos, los germanos y los bretones (1). Esta comparacion bastaria á destruir semejante idea, si no se hubiese empeñado en sostener-

[1] D. Bernardo Aldrete en su libro sobre *El Origen de la Lengua Española* quiere hacernos creer que los españoles eran mas cultos en la época de la llegada de los fenicios, que los Mexicanos en tiempo de la conquista; pero esta paradoja ha sido suficientemente rebatida por los doctísimos autores de la *Historia Literaria de España*. Es cierto que los españoles de aquellos remotos siglos no eran tan bárbaros como los Chichimecas, los Californios y otros pueblos salvajes de América; pero tampoco tenían su gobierno tan bien arreglado, ni tan perfeccionadas sus artes, ni habian hecho, que sepamos, tantos progresos en el conocimiento de la naturaleza, como los Mexicanos al principio del siglo XVI.

la la inhumana codicia de algunos malvados (1). Su ingenio es capaz de todas las ciencias, como la esperiencia lo ha demostrado (2). Entre los pocos Mexicanos que se han dedicado al estudio de las letras, por estar el resto de la nacion empleado en los trabajos públicos y privados, se han visto buenos geómetras, excelentes arquitectos, y doctos teólogos,

Hay muchos que conceden á los Mexicanos una gran habilidad para la imitacion; pero les niegan la facultad de inventar: error vulgar que se halla desmentido en la historia antigua de aquella nacion.

Son, como todos los hombres, susceptibles de pasiones; pero estas no obran en ellos con el mismo ímpetu, ni con el mismo furor que en otros pueblos. No se ven comunmente en los Mexicanos aquellos arrebatos de cólera, ni aquel frenesí de amor, tan comunes en otros países.

Son lentos en sus operaciones, y tienen una paciencia increíble en aquellos trabajos que exigen tiempo y prolijidad. Sufren con resignacion los males y las injurias, y son muy agradecidos á los beneficios que reciben, con tal que no tengan nada que temer de la mano bienhechora; pero algunos españoles, incapaces de distinguir la tolerancia de la indolencia, y la desconfianza de la ingratitud, dicen á modo de proverbio, que los indios no sienten las injurias, ni agradecen los beneficios (3). La desconfianza habi-

tual en que viven con respecto á todos los que no son de su nacion, los induce muchas veces á la mentira y á la perfidia; por lo cual la buena fe no ha tenido entre ellos toda la estinacion que merece.

Son tambien naturalmente serios, taciturnos y severos; mas inclinados á castigar los delitos, que á recompensar las buenas acciones.

La generosidad, y el desprendimiento de toda mira personal, son atributos principales de su carácter. El oro no tiene para ellos el atractivo que para otras naciones (1). Dan sin repugnancia lo que adquieren con grandes fatigas. Esta indiferencia por los intereses pecuniarios, y el poco afecto con que miran á los que los gobiernan, los hace rehusarse á los trabajos á que los obligan (2), y hé aquí la exagerada pereza de los americanos. Sin embargo, no hay en aquel pais gente que se afane mas, ni cuyas fatigas sean mas útiles y mas necesarias (3).

El respeto de los hijos á los padres, y el de los jóvenes á los ancianos, son innatos en aquella nacion. Los padres aman mucho á sus hijos; pero el amor de los maridos á las mugeres es menor que el de estas á aquellos. Es comun, si no ya general en los hombres, ser ménos aficionados á sus mugeres propias que á las ajenas.

El valor y la cobardía, en diversos sentidos, ocupan sucesivamente sus ánimos, de tal manera, que es difícil decidir cual de es-

reconocidos son los Mexicanos á los beneficios que se les hacen, con tal que estén seguros de la benevolencia y de la sinceridad del bienhechor. Su agradecimiento se ha manifestado muchas veces de un modo público y estrepitoso, que hace ver la falsedad de aquel proverbio.

(1) No hablamos de aquellos Mexicanos que por su continuo comercio con los avaros, se han infestado con el vicio de la avaricia; pero aun estos no lo son tanto como los que los inficionaron.

(2) Lo que decimos acerca de la pereza, no comprende á las naciones salvajes que habitan otros países del Nuevo-Mundo.

(3) En las Disertaciones hablaré de las faenas en que se emplean los Mexicanos. El obispo Palafox decia que cuando lleguen á faltar indios, no habrá América para los españoles.

tas dos cualidades es la que en ellos predomina. Se avanza intrépidamente á los peligros que proceden de causas naturales; mas basta para intimidarlos la mirada severa de un español. Esa estúpida indiferencia á la muerte y á la eternidad que algunos autores atribuyen generalmente á los americanos, conviene tan solo á los que por su rudeza y falta de instruccion, no tienen aun idea del juicio divino.

Su particular apego á las prácticas esternas de la religion, degenera fácilmente en supersticion, como sucede á todos los hombres ignorantes, en cualquier parte del mundo que hayan nacido; mas su pretendida propension á la idolatría, es una quimera formada en la desarreglada fantasía de algunos necios. El ejemplo de algunos habitantes de los montes no basta para infamar á una nacion entera (1).

[1] Los pocos ejemplos de idolatría que pueden presentarse, son en cierto modo excusables; pues no hay que estrañar que uoces hombres toscos y destituidos de instruccion, confundan la idolatría de algunos simulacros groseros de piedra y madera, con el culto que se debe á las imágenes sagradas. Pero cuántas veces no se habrá dado, por efecto de una prevencion contraria á aquellas gentes, el nombre de ídolo, á la imagen mal ejecutada de algun santo!

Finalmente, en el carácter de los Mexicanos, como en el de cualquier otra nacion, hay elementos buenos y malos; mas estos podrian fácilmente corregirse con la educacion, como lo ha hecho ver la esperiencia (1). Difícil es hallar una juventud mas dócil á la instruccion que la de aquellos países; ni se ha visto mayor sumision que la de sus antepasados á la luz del Evangelio.

Por lo demas, no puede negarse que los Mexicanos modernos se diferencian bajo muchos aspectos de los antiguos; como es indudable que los griegos modernos no se parecen á los que florecieron en tiempo de Platon y de Pericles. En los ánimos de los antiguos indios habia mas fuego, y hacian mas impresion las ideas de honor. Eran mas intrépidos, mas ágiles, mas industriosos y mas activos que los modernos; pero mucho mas supersticiosos y excesivamente crueles.

En el año de 1754 observé ciertas imágenes que se creian ídolos, y eran, en mi sentir, figuras que representaban el nacimiento de Nuestro Señor.

[1] Para conocer cuánto puede la educacion en los Mexicanos, basta saber la admirable vida que llevan las Mexicanas del colegio de Guadalupe en la capital, en los conventos de capuchinas de aquella ciudad y de Valladolid de Michuacan.



(1) Léanse las amargas quejas hechas sobre este asunto por el obispo Garcés en su carta al papa Paulo III, y por el obispo Las Casas en sus memoriales á los reyes católicos Carlos V y Felipe II, y sobre todo las leyes humanísimas espedidas por aquellos piadosos monarcas en favor de los indios.

(2) Citaré en las Disertaciones las opiniones de D. Julian Garcés, primer obispo de Tlaxcala, de D. Juan Zumarraga, primer obispo de México, y de D. Bartolomé de Las Casas, primer obispo de Chiapa, sobre la capacidad, el ingenio y las otras buenas prendas de los Mexicanos. El testimonio de estos preladados, tan respetables por sus virtudes, su doctrina, y su conocimiento práctico de los indios, vale algo mas que el de cualquier historiador.

(3) La esperiencia me ha hecho conocer cuán

LIBRO SEGUNDO.



De los Toltecas, de los Chichimecas, de los Acolhuas, de los Olmecas, y de las otras naciones que habitaron la tierra del Anáhuac ántes de los Mexicanos. Salida de los Aztecas, ó Mexicanos, del país de Aztlan, su patria; sucesos de su peregrinacion hasta el país de Anáhuac, y su establecimiento en Chapultepec y Colhuacan. Fundacion de México y de Tlatelulco. Sacrificio inhumano de una doncella Colhua

LOS TOLTECAS.

La historia de los primeros pobladores de Anáhuac es tan oscura, y son tantas las fábulas que la envuelven (como sucede á la de todos los pueblos del mundo), que no solo es difícil, sino casi imposible llegar al descubrimiento de la verdad, en medio de tanto cúmulo de errores. Por el testimonio venerable de los libros santos, y por la tradicion universal é inalterable de aquellas gentes, consta que los primeros habitantes de Anáhuac descienden de los pocos hombres que la Divina Providencia preservó de las aguas del diluvio para conservar la especie humana sobre la tierra. Ni tampoco puede dudarse que las naciones que antiguamente poblaron aquellos países, vinieron de los setentrionales de América, donde muchos siglos ántes se habian establecido sus abuelos. En estos dos puntos están de acuerdo los historiadores Toltecas, Chichimecas, Acolhuas, Mexicanos y Tlaxcaltecas; pero no se

sabe quienes fueron los primeros habitantes, ni el tiempo de su tránsito, ni las circunstancias de su viaje y de sus primeros establecimientos. Algunos escritores que han querido penetrar en este caos, guiados por débiles conjeturas, vanas combinaciones, y pinturas sospechosas, se han perdido en las tinieblas de la antigüedad, adoptando ciegameute las narraciones mas pueriles y mas absurdas.

Algunos, apoyados en la tradicion de los pueblos americanos, y en el descubrimiento de cráneos, huesos, y esqueletos enteros de desmesurado tamaño, desenterrados en diversos tiempos y lugares en el territorio de México (1), creyeron que los primeros habi-

(1) Los puntos en que se han hallado esqueletos gigantescos, son: Atlancatepec, pueblo de la provincia de Tlaxcala; Tezcuco, Toluca, Quauhxicmalpan, y en nuestros tiempos, en la California, en una colina poco distante de Kada-Kaaman.

tantes de aquella tierra fueron gigantes. Yo no dudo de su existencia, ni en aquel ni en otros países del mundo (1); pero ni podemos adivinar el tiempo en que vivieron, aunque hay motivos para creerlo muy remoto, ni podemos creer que haya habido una nacion entera de gigantes, como se han imaginado los citados autores, sino algunos individuos estraordinariamente altos de las naciones conocidas, ó de otras mas antiguas que han desaparecido enteramente (2).

La nacion de los Toltecas es la primera de que se conservan noticias, aunque muy escasas. Desterrados estos, segun decian ellos mismos, de su patria Huehuetlapallan, pueblo, en cuanto puede conjeturarse, del reino de Tollan (3), de donde to-

(1) Sé que muchos filósofos de Europa, que se burlan de la existencia de los gigantes, se burlarán tambien de mí, ó á lo ménos compadecerán mi credulidad; mas yo no debo faltar á la verdad, por evitar la censura. Entre los pueblos incultos de América se conserva la tradicion de haber existido en aquellos países ciertos hombres de desmesurada altura y corpulencia, y no me acuerdo que en ninguna nacion americana haya memoria de elefantes, hipopótamos, ó de otros cuadrúpedos de las mismas dimensiones. El haberse encontrado cráneos humanos y esqueletos de estraordinario tamaño, consta por la deposicion de innumerables autores, y especialmente por el testimonio de dos testigos oculares que están al abrigo de toda sospecha, cuales son el Dr. Hernandez y el P. Acosta, que no carecian de doctrina, ni de crítica, ni de sinceridad; pero no sé que en las innumerables escavaciones hechas en México, se haya visto jamas un esqueleto de hipopótamo, ni aun un colmillo de elefante. Quizás se dirá que pertenecen á estos animales los huesos de que hemos hecho mencion; pero ¿cómo podrá ser así, cuando la mayor parte de ellos se han encontrado en sepulcros?

(2) Algunos historiadores de México dicen que los gigantes fueron muertos á traicion por los Tlaxcaltecas; pero esta noticia, ademas de fundarse tan solo en algunas poesías de estos pueblos, no está de acuerdo con la cronología de los mismos escritores, los cuales hacen á los gigantes demasiado antiguos, y á los Tlaxcaltecas demasiado modernos en el país de Anáhuac.

(3) *Toltecatl*, en mexicano quiere decir, natural

de Tollan, como *Tlaxcaltecatl*, natural de Tlaxcala, *Chololtecatl*, de Cholula, etc.
(1) Los siete gofes Toltecas se llamaban Zacatl, Chalcatzin, Cohuatzon, Tzihuaconatl, Meizotzin y Tlapalmetzotzin.
(2) Hemos indicado los años en que empezaron á reinar los monarcas Toltecas, supuesta la época de su salida de Huehuetlapallan, la cual no es cierta, sino, cuando mas, verosímil.

de Tollan, como *Tlaxcaltecatl*, natural de Tlaxcala, *Chololtecatl*, de Cholula, etc.

(1) Los siete gofes Toltecas se llamaban Zacatl, Chalcatzin, Cohuatzon, Tzihuaconatl, Meizotzin y Tlapalmetzotzin.

(2) Hemos indicado los años en que empezaron á reinar los monarcas Toltecas, supuesta la época de su salida de Huehuetlapallan, la cual no es cierta, sino, cuando mas, verosímil.

Chalchiutlanetzin.	en 667
Ixtlilcuechahuac.	en 719
Huetzin.	en 771
Totepeuh.	en 823
Nacaxoc.	en 875
Mitl.	en 927
Xiutzaltzin, reina.	en 979
Topiltzin.	en 1031

No es de extrañar que solo reinasen ocho monarcas en poco menos de cuatro siglos; pues una ley estravagante de aquella nacion mandaba que ninguno de sus reyes reinase ni mas ni menos que un siglo tolteca, el cual, como despues veremos, constaba de cincuenta y dos años. Si el rey cumplia el siglo en el trono, dejaba inmediatamente el gobierno, y entraba otro á reinar; si moria ántes de aquel término, la nobleza tomaba el mando, y gobernaba hasta cumplirlo en nombre del rey muerto. Así sucedió en tiempo de la reina Xiutzaltzin, la cual murió en el año quinto de su reinado, y los nobles gobernaron los cuarenta y ocho años restantes.

CIVILIZACION DE LOS TOLTECAS.

Los Toltecas fueron celebradísimos entre todas las naciones de Anáhuac, por su cultura y por su excelencia en las artes; tanto, que en los siglos posteriores, se daba el título de Tolteca, en señal de honor, á los artistas de sobresaliente mérito. Vivieron siempre en sociedad, congregados en ciudades bien gobernadas, bajo el dominio de los soberanos y el saludable yugo de las leyes. Eran poco inclinados á la guerra, y mas propensos al cultivo de las artes que al ejercicio de las armas. Las naciones posteriores deben á su industria rural el maiz, el algodón, el pimiento, y otros frutos utilísimos. No solo se empleaban en las artes de primera necesidad, sino tambien en las de lujo. Sabian fundir el oro y la plata, y por medio de moldes daban á estos metales toda especie de formas. Trabajaban diestramente las piedras preciosas, y esta fué la clase de industria que les dió mas ce-

lebridad. Pero nada los hace mas acreedores al aprecio de la posteridad, que el haber sido los inventores, ó á lo menos los reformadores del arreglo del tiempo, adoptado despues por todas las naciones de Anáhuac; lo que supone, como despues veremos, muchas observaciones y conocimientos exactos en astronomía.

El caballero Boturini (1) apoyado en las historias antiguas de los Toltecas, dice: que observando estos en su antigua patria Huehuetlapallan, la diferencia de cerca de seis horas entre el año solar y el civil que tenian en uso, los pusieron de acuerdo por medio de un día intercalar que introducían de cuatro en cuatro años; cuya innovacion se verificó ciento y mas años ántes de la era cristiana (2). Dice ademas, que en el año 660, reinando Ixtlilcuechahuac en Tula, un célebre astrónomo llamado Huematzin, convocó, con el beneplácito del rey, á todos los sabios de la nacion, y con su auxilio trazó aquel famoso libro, que llamaron *Teomoxtili*, esto es, libro divino; en el cual se esponia, por medio de diferentes figuras, el origen de los indios, su dispersion despues de la confusion de las lenguas en Babel, sus peregrinaciones en el Asia, sus primeros establecimientos en el continente de América, la fundacion del imperio de Tula y sus progresos hasta aquella época. Describíanse en el mismo libro los cielos, los planetas, las constelaciones; el calendario de los Tolte-

[1] En su obra impresa en Madrid en 1746 con el título de: *Idea de una Historia de la Nueva-España, fundada en una gran coleccion de figuras, símbolos, caracteres, geroglíficos, cánticos y manuscritos de autores indios, nuevamente descubiertos.*

[2] Todos los que han estudiado en sus fuentes la historia de las naciones de Anáhuac, saben que aquellas gentes acostumbraban notar en sus pinturas los eclipses, los cometas, y los otros fenómenos celestes. Despues de leer lo que dice Boturini, me he tomado el trabajo de comparar los años toltecas con los nuestros, y he visto que el año 34 de Jesu-Cristo, ó sea 30 de la era vulgar, corresponde con el sétimo Tochtli. Hice esto por mera curiosidad, y no con el objeto de confirmar, ni para buscar razones de creer las anécdotas de aquel autor.

cas, con sus ciclos; las transformaciones mitológicas, en que se comprendia la filosofía moral de aquellos pueblos y los arcanos de la sabiduría vulgar, bajo los emblemas ó geroglíficos de los dioses, con todo lo relativo á la religion y á las costumbres. Añade el mismo Boturini, que en las pinturas de los Toltecas se notaba el eclipse solar ocurrido en la muerte de nuestro Redentor, el año sétimo Tochtli, y que algunos españoles doctos, versados en la historia y en las pinturas de los Toltecas, confrontaron su cronología con la nuestra, y hallaron que aquella nacion contaba desde la creacion del mundo hasta el tiempo del nacimiento de Jesu-Cristo, 5199 años; lo que está de acuerdo con la cronología del calendario romano.

Sea lo que fuere de estas curiosas anécdotas, que dejó al juicio de lectores sensatos, es cierto é indudable para todos aquellos que han estudiado la historia de las naciones en que nos ocupamos, que los Toltecas tenian ideas claras y distintas del diluvio universal, de la confusion de las lenguas y de la dispersion de las gentes; y aun nombraban sus primeros progenitores que se separaron de las otras familias en aquella division universal. Tambien es cierto, como lo haremos ver despues, por mas increíble que parezca á ciertos críticos de Europa, acostumbrados á medir á todos los americanos con la misma medida; que los Mexicanos y todas las otras naciones cultas de Anáhuac, tenian su año civil, tan de acuerdo con el solar por medio de los días intercalares, como lo tuvieron los romanos despues del arreglo de Julio César, debiéndose esta exactitud á la ilustracion de los Toltecas. Por lo que hace á la religion, eran idólatras, y segun lo demuestra la historia, fueron los inventores de la mayor parte de la mitología mexicana; pero no sabemos que practicasen aquellos sacrificios bárbaros y sangrientos, que despues se hicieron tan frecuentes entre las otras naciones. Los historiadores texcucanos creyeron á los Toltecas inventores de aquel famoso ídolo que representaba al dios de las aguas, y estaba

colocado en el monte Tlaloc. Es indudable que fabricaron en honor de su dios preferido Quetzalcoatl la altísima pirámide de Cholula, y probablemente tambien la de Teotihuacan en honor del sol y de la luna; monumentos que, aunque desfigurados, subsisten todavía (1). Boturini creyó que los Toltecas erigieron la pirámide de Cholula en imitacion de la torre de Babel; pero la pintura en que se apoya su error (muy comun en el vulgo de México) es obra de un Choluteca moderno é ignorante, y no es mas que un conjunto de despropósitos (2).

[1] Belancourt atribuye á los Mexicanos la construccion de las pirámides de Teotihuacan; pero esto es contrario á la opinion de todos los autores, tanto españoles como americanos. El Dr. Sigüenza las cree obras de los Olmecas; pero careciendo de modelos de la arquitectura de esta nacion, y siendo aquellas pirámides hechas por el gusto de las de Cholula, nos inclinamos á pensar que los Toltecas fueron los arquitectos de unas y otras, como dicen Torquemada y otros escritores.

[2] La pintura citada por Boturini, representaba la pirámide de Cholula con esta inscripcion mexicana: *Toltecatl Chalchihuatl onaxia Ehecatpetli*, que aquel autor traduce así: *Monumento ó piedra preciosa de la nacion Tolteca, que con su cerviz recorre la region del aire*; pero pasando por encima de la incorreccion de la dición, y el barbarismo *Chalchihuatl*, todo el que tenga algun conocimiento de la lengua mexicana, verá cuan imaginaria es aquella interpretacion. Al pié de la pintura, dice el mismo Boturini, puso el autor una nota, en que hablando á sus compatriotas, los amonestaba de este modo: „Nobles señores, ved aquí vuestras escrituras, el espejo de vuestra antigüedad y la historia de vuestros abuelos; los cuales, impulsados por el temor del diluvio, fabricaron este asilo, como un refugio oportuno, en caso de verse otra vez afligidos por tamaña calamidad.” Pero la verdad es que los Toltecas hubieran estado fuera de su juicio, si por el temor del diluvio hubieran emprendido, con tantos gastos y fatigas, la obra de aquella portentosa pirámide, cuando tenían en las altísimas montañas, poco distantes de Cholula, un asilo mucho mas seguro contra las inundaciones, y menor riesgo de morir de hambre. En la misma pintura se representaba, dice Boturini, el bautismo de llamatacutli, reina de Cholula, conferido por el diácono Aguilar, el día 6 de agosto de 1521, juntamente con la aparicion de la Virgen á un religioso franciscano que se hallaba en Roma, mandándole que partiese para México, donde en un monte hecho á mano (esto es la pirámide de

DESTRUCCION DE LOS TOLTECAS.

En los cuatro siglos que duró la monarquía de los Toltecas, se multiplicó considerablemente aquella nacion, estendiéndose por todas partes la poblacion en muchas y grandes ciudades; pero las estupendas calamidades que les sobrevinieron en los primeros años del reinado de Topiltzin, debilitaron su poder, y disminuyeron su ventura. El cielo les negó, durante mucho tiempo, la lluvia necesaria á sus campos, y la tierra les escaseó los frutos con que se sustentaban. El aire, inficionado por exhalaciones mortíferas, destruía millares de personas, llenando de consternacion los ánimos de los que sobrevivían al esterminio de sus compatriotas. Así murió de hambre y de contagio una parte de la nacion. También murió Topiltzin en el año segundo Tecpatl, vigésimo de su reinado, que probablemente sería el de 1052 de la era vulgar, y con él acabó la monarquía de los Toltecas. Los míseros restos de la nacion, pensando sustraerse á la comun calamidad, buscaron oportuno remedio á sus males en otros países. Algunos se dirigieron hácia Onohualco, ó Yucatan; otros hácia Guatemala, quedándose algunas familias en el reino de Tula, esparcidas en el gran valle donde despues se fundó México, y en Cholula, Tlaximaloyan y otros puntos. De este número fueron los dos príncipes hijos del rey Topiltzin, cuyos descendientes se emparentaron, en las épocas posteriores, con las familias reales de México, de Texcuco y de Colhuacan.

Cholula) debería colocar aquella santa imágen. Todo esto no es mas que un tejido de sueños y mentiras; porque ni en Cholula hubo jamas reyes, ni aquel bautismo, de que ningun escritor habla, pudo celebrarse el 6 de agosto de 1521, época en que Aguilar se hallaba con los otros españoles en lo mas fuerte del asedio de la capital, que siete dias despues debia rendirse á las armas de los vencedores. De la pretendida aparicion de la Madre de Dios no hallo la menor traza en los escritores franciscanos, en cuyas crónicas no se omite ningun suceso de esta clase. Hemos demostrado la falsedad de esta relacion, para que sean mas cautos en dar crédito á pinturas modernas, las que de ahora en adelante escriban la historia de México.

Estas escasas noticias acerca de los Toltecas son las únicas que parecen dignas de crédito, dejando muchas narraciones fabulosas, de que se han servido algunos escritores (1). Quisiera haber visto el *Libro divino* citado por Boturini, y por D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl en sus preciosos manuscritos, para dar mayor ilustracion á la historia de aquel célebre pueblo.

LOS CHICHIMECAS.

Con la destruccion de los Toltecas quedó solitaria y casi enteramente despoblada la tierra de Anáhuac, por espacio de mas de un siglo, hasta la llegada de los Chichimecas (2). Eran estos, como los Toltecas que les precedieron, y las otras naciones que les vinieron en pos, originarios de los países setentrionales; pudiéndose con razon llamar el Norte de América, como el de Europa, la almáciga del género humano. De uno y otro salieron, á guisa de enjambres, naciones numerosísimas á poblar las regiones del Mediodía. El país nativo de los Chichimecas, cuya situacion ignoramos, se llamaba *Amaquemecan*, donde, segun decian, los monarcas de su nacion habian dominado mucho tiempo (3).

[1] Dice Torquemada que en un baile dado por los Toltecas, se les apareció el diablo en figura de gigante, y abrazándolos con sus desmesurados brazos, los iba ahogando en medio de la fiesta: que despues se dejó ver bajo el aspecto de un muchacho, con la cabeza podrida, y les comunicó la pestilencia; y que, finalmente, á persuasion del mismo diablo abandonaron el país de Tula. Aquel buen hombre tomó al pié de la letra ciertas pinturas simbólicas, en que ellos representaban con aquellas figuras, la peste y el hambre que les sobrevinieron cuando se hallaban en el colmo de su felicidad.

[2] En mi Disertacion II contradigo á Torquemada, el cual no cuenta mas que once años entre la ruina de los Toltecas y la llegada de los Chichimecas.

[3] Nombra Torquemada tres reyes Chichimecas de Amaquemecan, y da al primero 180 años de reinado, al segundo 156, y al tercero 133. Véase lo que digo en mi segunda Disertacion sobre la desatinada cronología de aquel autor. El mismo afirma positivamente que Amaquemecan distaba seiscientas millas del sitio en que hoy se halla Guadalupe; pero en mas de

Era singular, como parece por su historia, el carácter de los Chichimecas; porque á cierta especie de civilizacion, unian muchos rasgos de barbarie. Vivian bajo la autoridad de un soberano, y de los gefes y gobernadores que lo representaban: su sumision no cedía á la de las naciones mas cultas. Había distincion de plebeyos y nobles: los primeros estaban acostumbrados á reverenciar á los que eran superiores á su cendicion por el nacimiento, por el mérito ó por la voluntad del príncipe. Vivian congregados en lugares compuestos, como debe creerse, de míseras cabañas (1); pero no se empleaban en la agricultura, ni en las artes compañeras de la vida civil. Se alimentaban de la caza, de las frutas y de las raíces que les daba la tierra inculta. Su ropa se componía de las toscas pieles de las fieras que cazaban, y no conocian otras armas que el arco y la flecha. Su religion se reducía al simple culto del sol, al que ofrecían la yerba y las flores del campo. En cuanto á sus costumbres, eran ciertamente ménos ásperos y rudos, que lo que permite la índole de un pueblo cazador.

XOLOTL, PRIMER REY DE LOS CHICHIMECAS EN ANAHUAC.

El motivo que tuvieron para dejar su patria, es incierto, como también lo es la etimología del nombre Chichimecatl (2). El último mil y doscientas millas de país poblado que hay mas allá de aquella ciudad, no se encuentra vestigio ni memoria del reino de Amaquemecan; por lo que creemos que este país, aun no conocido, es mucho mas setentrional que lo que se imagina Torquemada.

(1) Torquemada dice que los Chichimecas no tenían casas, sino que habitaban en las cavernas de los montes; pero en el mismo capítulo afirma que la ciudad, capital de su reino, se llamaba Amaquemecan: grosera y manifiesta contradiccion, á ménos que Amaquemecan fuese una ciudad sin casas, ó que haya ciudades compuestas de cavernas. Este defecto es muy comun en aquel autor, apreciable bajo otros aspectos.

(2) Torquemada dice que este nombre se deriva de *Techichtimani*, que quiere decir *chupador*, porque chupaban la sangre de los animales que cogían. Pero esta etimología es violenta, mayormente entre aquellos pueblos que no alteraban tanto los nombres. Bc-

mo rey que tuvieron en Amaquemecan, dejó dividido el gobierno entre sus dos hijos Achcauhtli y Xolotl. Este, ó disgustado, como suele suceder al ver dividida su autoridad, quiso probar si la fortuna le deparaba otros países en que pudiera reinar sin rivalidad, ó viendo que los montes de su reino no bastaban al alimento de los habitantes, cuyo número aumentaba, intentó remediar la necesidad mudando de residencia. Tomada aquella resolucion por uno ó por otro motivo, y hecho por los exploradores el reconocimiento de una gran parte de las tierras meridionales, salió de su patria con un gran ejército de sus súbditos, que ó por afecto ó por interes quisieron seguirlo. En su viaje iban encontrando las ruinas de las poblaciones Toltecas, y especialmente las de la gran ciudad de Tula, á la que llegaron despues de diez y ocho meses de marcha. Dirigiéronse en seguida hácia Cempoalla y Tepepolco, á distancia de cuarenta millas del sitio de México. De allí mandó Xolotl á su hijo el príncipe Nopaltzin á observar el país. El príncipe recorrió las orillas de los dos lagos y las montañas que circundan el delicioso valle de México, y habiendo observado el resto del país desde una elevacion, tiró cuatro flechas á los cuatro puntos cardinales, en señal de la posesion que en nombre del rey su padre tomaba de toda aquella tierra. Informado Xolotl de las circunstancias del territorio, tomó la resolucion de establecerse en Tenayuca, á seis millas de México, hácia el Norte, y distribuyó toda su gente en las tierras comarcanas; pero por haberse agolpado la mayor parte de la poblacion hácia el Norte y hácia el Nordeste, aquellas tierras tomaron el nombre de *Chichimecatlalli*, es decir, tierra de los Chichimecas. Los historiadores dicen que en Tenayuca se hizo la revista de la gente, y que por eso se le dió el nombre de *Nepobualco*, que significa numeracion; pero es increíble lo que dice Torquemada que se deriva de *Chichime*, que significa *perro*, nombre que les daban por burla otros pueblos; pero si así fuera, ellos no se gloriarían, como se glorian en efecto con el nombre de *Chichimecatl*.

mada, á saber: que de la revista resultó mas de un millon de Chichimecas, y que hasta su tiempo se conservaron doce montones de piedras de las que ellos iban echando al pasar la reseña. No es verosímil que tan numeroso ejército se pusiese en camino para una jornada tan larga, ni parece posible que un distrito tan pequeño bastase á un millon de cazadores (1).

Establecido el rey en Tenayuca, que desde entónces destinó para corte de sus estados, y dadas las órdenes oportunas para la fundacion de las otras ciudades y villas, mandó á uno de sus capitanes, llamado Achitomatl, que fuese á reconocer el origen de ciertos rios, que él habia observado durante la expedicion. Achitomatl encontró en Chapoltepec, en Coyohuacan y en otros puntos, algunas familias Toltecas, de las cuales supo la causa y la época de la destruccion de aquel pueblo. No solo se abstuvieron los Chichimecas de inquietar aquellos míseros restos de tan célebre nacion, sino que contrajeron alianza con ellos, casándose muchos nobles con mugeres Toltecas, y entre ellos el mismo príncipe Nopaltzin se casó con Azcaxochitl, doncella descendiente de Pochotl, uno de los dos príncipes de la casa real de los Toltecas, que sobrevivieron á la ruina de su nacion. Esta conducta humana y benévola produjo grandes bienes á los Chichimecas; pues con el trato de la laboriosa nacion que los habia precedido, empezaron á aficionarse al maiz y á otros frutos de su industria: aprendieron la agricultura, el modo de extraer los metales, el arte de fundirlos, el de trabajar las piedras, el de hilar y tejer algodón, y otras muchas, con cuyo auxilio mejoraron su alimento, su trage, sus habitaciones y sus costumbres.

LLEGADA DE LOS ACOLHUAS Y OTROS PUEBLOS.

No contribuyó ménos eficazmente á mejorar la condicion de los Chichimecas, la lle-

[1] Torquemada dice que el pais ocupado entónces por los Chichimecas tenia veinte leguas, ó sesentamillas de largo.

gada de otras naciones civilizadas. Apétus habian pasado ocho años despues del establecimiento de Xolotl en Tenayuca, cuando llegaron á aquel pais seis personajes, que parecian de alta condicion, con un séquito considerable de gente (1). Eran estos de un pais setentrional, próximo al reino de Amaquemecan, ó á lo menos no muy distante de él, cuyo nombre no dicen los historiadores; pero tenemos motivos para creer que era Aztlan, patria de los Mexicanos, y que estas nuevas colonias eran aquellas seis tribus célebres de los Nahuatlacas, de que hablan todos los historiadores de México, y de que luego haré mencion. Es probable que Xolotl enviase á su patria el aviso de las ventajas de aquel pais, donde se habia establecido; y que esparcidas estas noticias entre las naciones circunvecinas, muchas familias se decidiesen á seguir sus pasos, para ser partícipes de su felicidad. Tambien puede pensarse que sobrevino una escasez en aquellas tierras del Norte, y que esta circunstancia obligó á muchos pueblos á buscar su sustento en las del Mediodía. Como quiera que sea, los seis personajes que vinieron á Tenayuca, fueron benignamente recibidos por el rey Chichimeca, el cual, informado del motivo de su viaje, y de su deseo de establecerse en aquellas regiones, les señaló tierras en que pudieran vivir y propagarse.

Pocos años despues llegaron otros tres príncipes con un grueso ejército, de la nacion Acolhua, originaria de Teoacoluacan, pais vecino, ó no muy remoto del reino de Amaquemecan. Llamábanse estos magnates Acolhuatzin, Chiconcuauhili, Tzontecomatl, y eran de la nobilísima casa de Citin: su nacion era la mas culta y civilizada de cuantas habian venido á aquellas tierras despues de los Toltecas. Fácil es de imaginarse el rumor que produciria tan estraña novedad en aquel reino, y la inquietud que inspiraria á los Chichimecas tanta multitud

(1) Los nombres de estos caudillos eran: Tecuatzin, Tzontekuayotl, Zacatitlcochi, Huihuatzin, Tepatzotecua ó Itzcucua.

de gente desconocida. No parece verosímil que el rey les permitiese entrar en su territorio, sin informarse ántes de su condicion y del motivo de su venida. Hallábase á la sazón el rey en Tezcoco, adonde habia trasladado su corte, ó cansado de vivir en Tenayuca, ó atraído por la ventajosa situacion de aquella nueva residencia. A ella se dirigieron los tres príncipes; y presentados al rey, despues de una profunda inclinacion, y de aquella ceremonia de veneracion, tan común entre ellos, que consiste en besarse la mano, despues de haber tocado con ella el suelo, le dijeron en sustancia: „Hemos venido, ó gran rey, del reino de Teoacoluacan, poco distante de vuestra patria. Los tres somos hermanos é hijos de un gran señor; pero instruidos de la felicidad de que gozan los Chichimecas bajo el dominio de un rey tan humano, hemos preferido á las ventajas que nos ofrecia nuestra patria, la gloria de ser vuestros súbditos. Os rogamos, pues, que nos deis un sitio en vuestra venturosa tierra, en que podamos vivir dependientes de vuestra autoridad, y sometidos á vuestros mandatos.“ Quedó muy satisfecho el rey, ménos de la gallardía y de los modales cortesanos de aquellos nobilísimos jóvenes, que de la lisonjera vanidad de ver humillados á su presencia tres príncipes atraídos de tan remotos paises por la fama de su poder y de su clemencia. Respondió con agrado á sus espresiones, y les prometió condescender con sus deseos; pero en tanto que deliberaba sobre el modo de hacerlo, mandó á su hijo Nopaltzin que alojase aquellos extranjeros, los cuidase y atendiese.

Tenia el rey dos hijas en edad de casarse, y pensó darlas por esposas á los dos príncipes mayores; mas no quiso descubrir su proyecto, hasta haberse informado de su índole, y estar cierto de la aprobacion de sus súbditos. Cuando quedó satisfecho sobre ambos puntos, llamó á los príncipes, que no dejaban de estar inquietos acerca de su suerte, y les manifestó su resolucion, no solo de darles estados en su reino, sino tambien de unirlos en casamiento con sus dos hijas; queján-

dose de no tener otra á fin de que ninguno de los ilustres estrangeros quedase escluido de la nueva alianza. Los príncipes le manifestaron su gratitud en los términos mas espresivos, y se ofrecieron á servirlo con la mayor fidelidad.

Llegado el dia de las bodas, concurrió tanta muchedumbre de gente á Tenayuca, lugar destinado para la celebridad de aquella gran funcion, que no siendo la ciudad bastante á contenerla, quedó una gran parte de ella en el campo. Casóse Acolhuatzin con la mayor de las dos princesas, llamada Cuetlaxochitl, y Chiconcuauhili con la menor. El otro príncipe se casó con Coatetl, doncella nacida en Chalco de padres nobilísimos, en los cuales se habia mezclado la sangre tolteca con la chichimeca. Las fiestas públicas duraron sesenta dias, en los cuales hubo lucha, carrera, combates de fieras, ejercicios análogos al genio de los Chichimecas, y en los cuales sobresalió el príncipe Nopaltzin. A ejemplo de la familia real, se fueron uniendo poco á poco en casamiento otras muchas de las dos naciones, hasta formar una sola, que tomando el nombre de la mas noble, se llamó Acolhua, y el reino Acolhuacan. Conservaron, sin embargo, el nombre de Chichimecas, aquellos que, apreciando mas bien las fatigas de la caza que los trabajos de la agricultura, ó incapaces de someterse al yugo de la subordinacion, se fueron á los montes que están al Norte del valle de México, donde abandonándose al ímpetu de su bárbara libertad, y viviendo sin gefes, sin leyes, sin domicilio fijo y sin las otras ventajas de la vida social, corrian todo el dia en pos de las bestias salvajes, y se echaban á dormir donde les cogia la noche. Estos bárbaros, mezclados con los Otomites, que seguian el mismo sistema de vida, ocuparon un terreno de mas de trescientas millas de estension, y sus descendientes estuvieron muchos años molestando á los españoles despues de la conquista de México.

DIVISION DE LOS ESTADOS, Y REVUELTAS.

Terminadas las fiestas de las bodas, dividió Xolotl su reino en muchos estados, repartiéndolos entre sus yernos y varios nobles de una y otra nacion. Al príncipe Acolhuatzin confirió las tierras de Azcapozalco, á diez y ocho millas al Poniente de Tezcoco, y de él descendieron los reyes, bajo cuyo yugo estuvieron mas de cincuenta años los Mexicanos. A Chiconcuauhtli dió el estado de Xaitocan, y á Tzontecomatl el de Coatlichan.

Aumentábase de día en día la poblacion, y con ella la cultura de los pueblos; pero al mismo tiempo se despertaron en sus ánimos la ambicion y otras pasiones que habian estado adormecidas, por falta de ideas, durante su vida salvaje. Xolotl, que en la mayor parte de su reinado habia gobernado con gran suavidad á sus súbditos, y los habia hallado siempre dóciles y sumisos, se vió obligado, en los últimos años de su vida, á echar mano de medidas severas para reprimir la inquietud de algunos rebeldes, ora privándolos de sus empleos, ora mandando dar muerte á los mas criminales. Estos justos castigos, en vez de intimidarlos, los exasperaron en tales términos, que formaron el detestable designio de quitar la vida al rey, para lo cual se presentó muy en breve una ocasion favorable. Habia el rey manifestado poco ántes su intencion de aumentar las aguas de sus jardines en que solia divertirse, y donde muchas veces, oprimido por los años y atraído por la frescura y amenidad del sitio, se entregaba al sueño, sin tomar la menor precaucion para su seguridad. Noticiosos de esto los rebeldes, hicieron un dique al arroyo que atravesaba la ciudad, y abrieron un conducto para introducirla en los jardines; cuando el rey estaba dormido en ellos, alzaron el dique, y dejaron correr el agua con intencion de anegarlos. Lisonjeábase con la esperanza de que no se descubriría jamas su delito, pues la desgracia del rey podria atribuirse á un accidente imprevisto, ó á medidas mal tomadas por súbditos que desenhacer sinceramente complacer á su soberano;

pero no les salió bien su intento. El rey tuvo aviso secreto de aquella conjuracion, y disimulando que la sabia, fué á la hora acostumbrada al jardín, y se echó á dormir en un sitio elevado donde no corria peligro. Cuando vió entrar el agua, aunque la traicion quedaba descubierta, continuó disimulando para burlarse de sus enemigos. „Yo, dijo entónces, estaba bien convencido del amor de mis súbditos; pero ahora veo que me acaban mas de lo que creia. Queria aumentar el agua de mis jardines, y mis súbditos realizan mis deseos, sin ocasionarme el menor gasto. Conviene celebrar esta nueva ventura.” En efecto, mandó hacer fiestas públicas en la corte, y cuando hubieron terminado, partió para Tenayuca, lleno de pena y enojo, y resuelto á imponer severo castigo á los conjurados; mas no tardó en caer gravemente enfermo, con lo cual se calmó su cólera.

MUERTE Y EXEQUIAS DE XOLOTL.

Sintiendo Xolotl que se aproximaba la muerte, llamó al príncipe Nopaltzin, á sus dos hijas y á su yerno Acolhuatzin (los otros dos hermanos habian muerto), para recomendarles que viviesen en paz entre sí, que cuidasen de sus pueblos, que protegiesen á la nobleza, y que tratasen con benignidad á todos sus súbditos: de allí á pocas horas, en medio de las lágrimas y sollozos de sus hijos, dejó de vivir, en edad muy avanzada, y despues de haber reinado en aquel pais, segun parece, por espacio de cuarenta años. Era hombre robusto y animoso; pero tiernísimo para con sus hijos, y benigno para con sus vasallos. Su reinado hubiera sido mas feliz, si hubiera durado menos (1).

Esparcióse inmediatamente la noticia de la muerte del monarca por toda la nacion, y se comunicó con prontitud su aviso á todos los magnates, á fin de que asistiesen á las exequias. Adornaron el cadáver con

[1] Torquemada da á Xolotl 113 años de reinado, y mas de 200 de vida. Véase acerca de esto mi *Disertacion*.

figuras de oro y plata, que ya habian empezado á trabajar los Chichimecas, adoctrinados por los Toltecas, y lo colocaron en una silla hecha de goma de copal y de otras sustancias aromáticas. Allí estuvo cinco dias, en tanto que llegaban los personajes convocados. Despues que se reunieron estos, y una infinita muchedumbre de gente, fué quemado el cadáver, segun el uso de los Chichimecas, y sus cenizas colocadas en una urna de piedra durísima. Esta se mantuvo espuesta por espacio de cuarenta dias, en una sala de la casa real, donde diariamente concurría la nobleza á tributar al difunto soberano el homenaje de sus lágrimas. Despues fué trasportada la urna á una gruta, situada en las inmediaciones de la ciudad, con las mismas demostraciones de dolor.

NOFALTZIN, SEGUNDO REY DE LOS CHICHIMECAS.

Terminadas las exequias de Xolotl, se celebró durante otros cuarenta dias, en exaltacion al trono del príncipe Nopaltzin, con grandes fiestas y regocijos. Al despedirse del nuevo rey los nobles, para volver á sus respectivos estados, uno de ellos le dirigió esta breve arenga: „Gran rey y señor, nosotros, como súbditos y siervos vuestros, vamos, en obediencia de vuestras órdenes, á regir los pueblos que habeis cometido á nuestro cuidado. Llevamos en el alma el placer de haberos visto en el trono, de que sois tan digno por vuestra virtud, como por vuestro nacimiento. Declaramos que es incomparable la ventura de que disfrutamos en servir á un señor tan alto y tan poderoso, y os rogamos que nos mireis con ojos de verdadera padre, y que nos protejais con vuestro poder, á fin de que vivamos seguros á vuestra sombra. Vos sois agua restauradora y fuego devorador: en vuestras manos teneis igualmente nuestra muerte y nuestra vida.”

Despedidos los señores, permaneció el rey en Tenayuca con su hermana Cihuaxochitl, viuda del príncipe Chiconcuauhtli. Entónces, segun mis conjeturas, era de cerca

de sesenta años de edad; tenia hijos y nietos. Los hijos legítimos de su casamiento con la reina Tolteca, eran: Tlotzin, Quauh-tequihua y Apopozoc. A Tlotzin, que era el primogénito, confirió el gobierno de Tezcoco, para que fuese aprendiendo el arte difícil de regir á los hombres; y á los otros dos dió la investidura de los estados de Zacatlan y de Tenamitic (1).

Un año se detuvo el rey en la corte de Tenayuca, arreglando los negocios del estado, que ya no gozaba de la antigua tranquilidad. De allí pasó á Tezcoco para tratar con su hijo acerca de los medios que deberian adoptarse á fin de restablecerla. Estando en aquella ciudad, entró una vez en los jardines reales con su hijo y con otros señores de la corte, y en medio de la conversacion que con ellos tenia, prorumpió de repente en amargo llanto. Habiéndole preguntado la causa de su afliccion, „dos, dijo, son las causas de estas lágrimas que me veis derramar: una, la memoria de mi difunto padre, que me despierta la vista de este sitio en que solia recrearse; otra, la comparacion que hago entre aquellos tiempos y los amargos en que vivimos. Cuando mi padre plantó estos jardines, tenia súbditos mas pacíficos, que lo servian con fidelidad en los empleos que les conferia, y que ellos aceptaban con humildad y agradecimiento; mas hoy, por todas partes reina la discordia y la ambicion. Me aflige el verme obligado á tratar como enemigos á los súbditos que ántes, en estos mismos sitios, trataba como amigos y hermanos. Tú, hijo mio, añadió, dirigiéndose á Tlotzin, ten siempre á los ojos la imagen de tu gran abuelo: esfuérzate en imitar los ejemplos de prudencia y de justicia que nos ha dejado. Fortalece tu co-

[1] Si se adopta la cronología de Torquemada, es necesario dar á Nopaltzin, cuando subió al trono, 130 años de edad; porque cuando llegó con su padre al pais de Anáhuac, tenia á lo ménos 18 ó 20 años, puesto que tuvo el encargo de reconocer la tierra. Abádanse 113, que segun Torquemada duró el reinado de Xolotl, y harán 131 ó 132 años. Véase acerca de esto mi segunda *Disertacion*.

razon con todas las prendas de que despues necesitarás para regir dignamente tus pueblos." Despues de haberse consolado con su hijo, partió á la corte de Tenayuca.

El príncipe Acolhuatzin, que aun vivia, creyendo demasiado estrechos los límites de su estado de Azcapozalco, resolvió apoderarse del de Tepozotlan, y lo tomó en efecto por fuerza, á pesar de la resistencia que le opuso Chalchiuheua, señor de aquel territorio. Es probable que Acolhuatzin no emprendiese aquella violencia sin el espreso consentimiento del rey, que quizás se vengó de este modo de alguna ofensa que le habria hecho Chalchiuheua.

Algo mas sanguinosa fué la contienda que estalló de allí á poco, por intereses de otra naturaleza. Huetzin, señor de Coatlchan, hijo del difunto príncipe Tzontecomatl (1), queria casarse con Atotoztli, noble y hermosa doncella, sobrina de la reina. La misma pretension tenia Xacazozolotl, señor de Tepetlaoztoc; mas este, ó mas enamorado, ó de carácter mas violento, no satisfecho con pedirla á su padre, quiso apoderarse violentamente de ella, y con este objeto reunió un pequeño ejército de sus súbditos, á los que se reunió Tochinteuclli, que habia sido señor de Cuahuacan, y que por sus crímenes habia sido despojado de sus bienes y desterrado á Tepetlaoztoc. Noticioso Huetzin de aquel atentado, le salió al encuentro con mayor número de tropas, y le presentó batalla en las inmediaciones de Tezcoco, en la cual murió Xacazozolotl, con parte de su gente, quedando destrozado

(1) Dice Torquemada en el capítulo 30 del libro I, que Huetzin fué hijo de Itzmitl, y esto de Tzontecomatl; en el 40 dice, que Itzmitl fué uno de los que vinieron con Xolotl de Amaquemecan; de modo que segun esto, nació ántes que su padre, el cual era jóven cuando vino á Anáhuac, y esta venida no se verificó sino en el año 47, del reinado de Xolotl, como afirma el mismo autor. Además de esto, en una parte dice que Itzmitl era Chichimeca, y en otra lo hace hijo de un Acolhua. Pero ¿quién será capaz de numerar todas las contradicciones y anaenismos de Torquemada?

el resto de su ejército. Tochinteuclli huyó á la ciudad de Huexotzinco, mas allá de los montes. Huetzin, libre de su rival, se apoderó, con beneplácito del rey, de la doncella y del estado de Tepetlaoztoc.

Despues de estas pequeñas guerras entre feudatarios, se movió otra, mas importante, entre la corona y la provincia de Tollantzinco, que se habia rebelado. El rey fué á ella en persona, con un gran ejército; pero como los rebeldes eran en gran número, y bien aguerridos, las tropas reales sufrieron grandes pérdidas, en los diez y nueve dias que duró la guerra, hasta que reforzadas por nuevas huestes, que envió el príncipe Tlotzin, los rebeldes fueron derrotados, y castigados con el último suplicio los gefes de la rebelion. Aquel ejemplo fué seguido por otros señores, pero con igual resultado.

Ya habia Nopaltzin tranquilizado el reino, cuando murió el célebre príncipe Acolhuatzin, primer señor de Azcapozalco, dejando aquellos dominios á su hijo Tezozomoc. Celebráronse con gran magnificencia sus exequias, asistiendo á ellas el rey con la nobleza de las dos naciones, Acolhua y Chichimeca.

TLOTZIN, REY TERCERO DE LOS CHICHIMECAS.

No tardó en morir el rey, despues de treinta y dos años de reinado, habiendo ántes declarado sucesor á la corona á su hijo primogénito Tlotzin. Las exequias se celebraron en la corte, con el mismo aparato y ceremonias que las del rey Xolotl, á quien fué muy semejante no ménos en la índole, que en la robustez y en el valor. Entre las señores que asistieron á la exaltacion del nuevo rey, estaban dos de sus hermanos, Cuah-tequihua y Apopozoc, los cuales permanecieron un año en palacio. Era Tlotzin de carácter tan benigno y amable, que formaba las delicias de sus vasallos. Todos los nobles buscaban pretextos para ir á visitarlo, y gozar de la suavidad de su trato. No obstante su enérgica propension á la paz, cuidó mucho de las cosas de la guerra, hacien-

do que sus súbditos se ejercitasen en el manejo de las armas. La caza era su ocupacion favorita; pero no tenemos por menores de sus acciones, ni de los sucesos de su reinado, en los treinta y seis años, durante los cuales ocupó el trono de Acolhuacan. Murió afligido por gravísimos dolores, en Tenayuca. Sus cenizas se depositaron en un vaso de piedra preciosa, donde estuvieron cuarenta dias espuestas á la vista del pueblo, en un pabellon.

QUINATZIN, CUARTO REY DE LOS CHICHIMECAS.

Sucedió á Tlotzin su hijo Quinatzin, llamado tambien Tlattecatzin, cuya madre Cuahuicahuatzin era hija del señor de Huexotla. Su exaltacion fué celebrada con mayor pompa que la de sus antecesores, no en Tenayuca, sino en Tezcoco, donde estableció su corte, y que, desde entónces hasta la conquista de los españoles, fué siempre la capital del reino de Acolhuacan. Para pasar de la antigua á la nueva corte, se hizo trasportar en una litera descubierta, llevada en hombros por cuatro señores principales, y debajo de un dosel ó sombrilla, que otros cuatro llevaban. Hasta aquel tiempo todos los caudillos habian caminado á pié: el fué el primer rey á quien la vanidad sugirió aquella especie de magnificencia, y este ejemplo fué despues imitado por todos sus sucesores, por todos los señores y magnates de aquel pais, esforzándose cada cual en superar á los otros en lujo. Emulacion no ménos perniciosa á los estados que á los príncipes mismos.

Los principios del gobierno de este monarca fueron tranquilos; pero despues se rebelaron los estados de Meztitlan y Tototeppec, situados en los montes al Norte de la capital. Cuando el rey tuvo noticia de aquel suceso, marchó con su gran ejército, y mandó decir á los gefes de los rebeldes, que si su valor era igual á su perfidia, bajasen dentro de dos dias á la llanura de Tlaximalco, donde una batalla decidiria su suerte; y que si así no lo hacian, estaba resuelto

á incendiar sus pueblos, sin perdonar mugeres ni niños. Los rebeldes, que estaban prevenidos, bajaron ántes del término señalado á la llanura, para ostentar su valor. Dada la señal del ataque, combatieron furiosa y obstinadamente unos y otros, hasta que la noche los separó, dejando indecisa la victoria. Así continuaron por el término de cuarenta dias en frecuentes encuentros, sin desanimarse los rebeldes, á pesar de las ventajas que no cesaban de obtener las tropas reales; pero viendo que la muerte, y la desercion de las tropas aceleraba el término de su ruina, se rindieron á su soberano, el cual, castigando rigorosamente á los gefes de la rebelion, perdonó á los pueblos su delito. Lo mismo hizo con el estado de Tepepolco, que tambien se habia rebelado.

Este espíritu de insubordinacion se iba propagando por todo el reino, á guisa de contagio; pues apenas se habia comprimido la de Tepepolco, se declararon rebeldes Huchuetoca, Mizquic, Totolapa y otras cuatro ciudades. Quiso el rey ir en persona, con un buen cuerpo de tropas contra Totolapa, y envió contra las otras seis ciudades, otros tantos cuerpos, bajo el mando de generales valerosos y fieles; y fué tanta su ventura, que dentro de poco tiempo, y sin pérdida considerable, volvió á colocar bajo su obediencia á las siete ciudades. Estas victorias se celebraron por ocho dias en la corte, con grandes regocijos, y se dieron premios á los caudillos y soldados que mas se habian distinguido. Como el mal ejemplo de algunos estados habia despertado en otros el espíritu de revuelta y desobediencia, así el mal éxito que aquellos tuvieron, sirvió para comprimir á los que maquinaban novedades, contra la debida sumision á su legítimo soberano; de modo que en el resto de su reinado, que segun dicen los escritores, duró sesenta años, gozó Quinatzin de una gran tranquilidad.

Quando murió este rey se hicieron con él algunas demostraciones que no se habian hecho con ninguno de sus predecesores. Se abrió su cadáver, y sacadas las entrañas,

lo prepararon con no se qué composición aromática, á fin de preservarlo algun tiempo de la corrupcion. Colocáronlo despues en una gran silla, vestido con los trages reales, armado de arco y flechas, y le pusieron á los piés un águila de madera, y detras un tigre, como símbolos de su intrepidez y valor. En esta disposicion lo tuvieron cuarenta dias al público: despues del llanto acostumbrado, lo quemaron, y depositaron sus cenizas en una caverna de los montes vecinos á Tezcoco.

Sucedió á Quinatzin su hijo Techotlalla; pero los acaecimientos de este y de los siguientes reyes chichimecas están ligados con los de los Mexicanos, los cuales, ya por aquel tiempo (siglo 14 de la era vulgar) habian fundado su famosa capital: por lo que los reservamos para otra ocasion, contentándonos ahora con presentar á los lectores la serie de todos sus reyes, en cuanto se sabe, y el año de la era vulgar que empezaron á reinar, dando despues algunas noticias acerca de las otras naciones que ocuparon aquellos paises ántes de los Mexicanos.

REYES CHICHIMECAS.

- Xolotl, en el siglo 12
- Nopaltzin, en el siglo 13
- Tlotzin, en el siglo 13
- Quinatzin, en el siglo 14
- Techotlalla, en el siglo 14
- Ixtlilxochitl, en el año de 1496.

Entre este y el rey siguiente ocuparon el trono de Acolhuacan los tiranos Tezozomoc y Maxtla.

- Nezahualcoyotl, en el año de 1426.
- Nezahualpilli, en el año de 1470.
- Cacamatzin, en el año de 1516.
- Cuicuitzcatzin, en el año de 1520.
- Coanacotzin, en el año de 1520.

No podemos saber en qué años empezaron los cinco primeros reyes, porque ignoramos cuánto tiempo reinaron Xolotl y Techotlalla. Es verosímil que lá monarquía chichimeca tuvo principio en Anáhuac hácia fines del siglo 12, y duró 330 años, has-

ta el de 1521, en que cayó con el reino de México. Ocuparon el trono once reyes legítimos á lo ménos, y dos tiranos (1).

Los Acolhuics, ó Acolhuis, llegaron al pais de Anáhuac, ya entrado el siglo 13. Por lo que respecta á las otras naciones, es increíble la diversidad de opiniones, y la confusion de los historiadores sobre su origen, su número, y sobre el tiempo de su llegada. El gran estudio que he hecho para averiguar la verdad, solo ha servido para aumentar mi incertidumbre, y hacerme perder la esperanza de saber lo que hasta ahora he ignorado. Dejando, pues, aparte las fábulas, diré tan solo lo cierto, ó á lo ménos lo probable.

LOS OLMECAS Y LOS OTOMITES.

Los Olmecas y los Xicalanques, ora se consideren como una sola nacion, ó como dos naciones, perpetuamente juntas y aliadas, fueron tan antiguas en el pais de Anáhuac, que algunos autores las creen anteriores á los Toltecas. Nada se sabe acerca de su origen (2): lo que únicamente se puede colegir de las pinturas antiguas de aquellos pueblos, es que habitaron el pais circunvecino á la gran montaña Matlalucuye, de donde, arrojados por los Teochichimecas ó Tlaxcaltecas, se trasladaron á las costas del golfo mexicano (3).

[1] No contamos entre los reyes chichimecas á Ixtlilxochitl II, porque mas bien que rey, fué gobernador de Tezcoco, nombrado por los españoles. Tambien podría dudarse si Cuicuitzcatzin deba contarse entre los reyes; pues á despecho, y contra el derecho de Coanacotzin, fué instalado en el reino de Acolhuacan por Moctezuma, y por las intrigas del conquistador Cortés; pero á lo ménos, Cuicuitzcatzin, fué aceptado por la nacion, cuando aun no estaba sometida al yugo español.

[2] Algunos autores, y entre ellos el Dr. Sigüenza, dicen que los Olmecas pasaron de la isla Atlántida, y que fueron los únicos que llegaron á Anáhuac, por la parte de Oriente, pues todos los demas entraron por el Norte; pero ignoro los fundamentos de esta opinion.

[3] Boturini conjetura que los Olmecas, arro-

Los Otomites, que eran una de las naciones mas numerosas, fueron probablemente de los mas antiguos en aquel país; pero se conservaron por muchos siglos en la barbarie, viviendo esparcidos en las cavernas de los montes, y sustentándose de la caza, en que eran diestrísimos. Ocuparon un territorio que se extendia á mas de trescientas millas de las montañas de Izmiquilpan, confinando por Levante y Poniente con otras naciones no ménos salvajes. En el siglo XV empezaron, como despues diremos, á vivir en sociedad, sometidos á la corona de Acolhuacan, ó por la fuerza, ó estimulados por el ejemplo de las otras naciones. Fundaron infinitos pueblos en el pais de Anáhuac, y aun en el mismo valle de México: la mayor parte de ellos, y especialmente los mas grandes, como los de Xilotepec, Huitzapan, en las inmediaciones del país que ántes ocupaban: otros esparcidos entre los Matlatzincas y los Tlaxcaltecas, y en otras provincias del reino, conservando hasta nuestros tiempos, sin alteracion, su lenguaje primitivo, aun en las colonias aisladas y rodeadas de otras naciones. No se crea, sin embargo, que toda la nacion estuviere entonces reducida á la vida civil; pues una parte de ella, y quizás la mayor, quedó en el estado salvaje con los Chichimecas. Los bárbaros de ambas naciones, confundidos por los españoles bajo esta última denominacion, se hicieron famosos por sus correrías, y hasta el siglo XVII no fueron enteramente sometidos por los conquistadores. Los Otomites han sido siempre reputados por la nacion mas tosca de Anáhuac, tanto por la dificultad que todos hallan en entender su idioma, como por su vida servil, pues aun en los tiempos de los reyes mexicanos eran tratados como esclavos. Su lenguaje es bastante difícil, lleno de aspiraciones guturales y nasales; pero no carece de abundancia ni de expresion. Antiguamente fueron

ajados de su país, se fueron á las islas Antillas, y á la América Meridional. Todo puede ser, mas no se sabe.

célebres por su destreza en la caza: hoy comercian, por lo comun, en telas toscas, de que se visten los otros indios.

LOS TARASCOS.

La nacion de los Tarascos ocupó el vasto, rico y ameno país de Michuacan, en que se multiplicaron considerablemente, y fundaron muchas ciudades é infinitos pueblos. Sus reyes fueron rivales de los Mexicanos, y tuvieron frecuentes guerras con ellos. Sus artistas rivalizaron con los de las otras naciones, y aun los escudieron: á lo ménos, despues de la conquista de México se hicieron en Michuacan las mejores obras de mosaico, y solo allí se conservó hasta nuestros tiempos aquel arte precioso. Los Tarascos eran idólatras, pero no tan crueles como los Mexicanos en su culto. Su lengua es abundante, dulce y sonora. Usan frecuentemente de la r suave; sus sílabas constan por lo comun de una consonante y de una vocal. Ademas de las ventajas naturales de su país, sirvió de mucho á los Tarascos tener por primer obispo á D. Vasco de Quiroga, uno de los mas insignes prelados que ha producido España, digno de compararse á los antiguos padres del cristianismo, y cuya memoria se ha conservado hasta nuestras dias, y se conservará eternamente entre aquellos pueblos. El país de Michuacan, uno de los mas hermosos del Nuevo-Mundo, fué agregado á la corona de España, por la libre y espontánea cesion de su legítimo soberano, sin que costase á los españoles una gota de sangre; aunque es de creer que el temor que le inspiraria la reciente destruccion del imperio mexicano, indujese á aquel monarca á ceder á la necesidad (1).

[1] Boturini dice que hallándose los Mexicanos sitiados por los españoles, enviaron una embajada al rey de Michuacan, para negociar una alianza con él: que este reunió cien mil Tarascos, y otros tantos Teochichimecas en la provincia de Avalos; pero amedrentado por una vision que tuvo una hermana suya, muerta y restituida á la vida, licenció las tropas y abandonó su primer designio de socorrer á los Me-

LOS MAZAHUAS, LOS MATLATZINCAS Y OTRAS NACIONES.

Los Mazahuas fueron algun tiempo parte de la nacion Otomite, pues aquellos dos idiomas no son mas que dialectos de uno mismo; mas esta diversidad entre naciones tan celosas de conservar incorrupta su lengua, es un argumento claro de la antigüedad de su separacion. Los principales lugares habitados por ellos, estaban en las montañas occidentales del valle de México, y componian la provincia de Mazahuacan, perteneciente á la corona de Tacuba.

Los Matlatzincas formaron un estado considerable en el fértil valle de Toluca; y por grande que fuese su antigua reputacion de valor, fueron sin embargo sometidos á la corona de México por el rey Axayacatl, como despues diremos.

Los Mixtecas y los Zopotecas poblaron los vastos paises, que despues tuvieron aquellos dos nombres, y que estaban al Sur oeste de Tezcoco. Los diferentes estados en que se dividieron aquellos territorios, estuvieron gran tiempo gobernados por otros tantos gefes y señores de las mismas naciones, hasta que los conquistaron los Mexicanos. Eran pueblos civilizados é industriosos; tenian leyes, practicaban las artes de los Mexicanos, y adoptaban el mismo método para computar el tiempo, y las mismas pinturas para perpetuar la memoria de los sucesos. En ellas representaban la creacion del mundo, el diluvio universal y la confusion de lenguas, aunque mezclado todo esto con fábulas absurdas (1). Despues

xicanos. Pero todas estas son fábulas. 1.º Ningun autor de aquel siglo hace mención de semejante suceso. 2.º ¿Dónde estaban esos cien mil hombres que tan pronto se reunieron? 3.º ¿Por qué reunió el ejército en la provincia más distante de México? ¿Quién ha visto que el rey de Francia reúna sus tropas en Flándes para socorrer á España? La resurreccion de aquella princesa es una fábula compuesta sobre el memorable suceso de la hermana de Moteuczoma, de que despues hablaremos.

(1) Véase sobre la mitología de los Mixtecas la

de la conquista, los Mixtecas y los Zopotecas eran de los pueblos mas industriosos de México. Miéntras duró el comercio de la seda, ellos fueron los que criaron los gusanos, y á sus fatigas se debe toda la cochinilla que de muchos años á esta parte se ha traído de México á Europa.

Los Chiapanecas, si hemos de dar crédito á sus tradiciones, fueron los primeros pobladores del Nuevo-Mundo. Decian que Votan, nieto de aquel respetable anciano que fabricó la barca grande para salvarse á sí mismo y á su familia del diluvio, y uno de los que emprendieron la obra del grande edificio que se hizo para subir al cielo, fué por espreso mandato del Señor á poblar aquella tierra. Decian tambien que los primeros pobladores habian venido de la parte del Norte; y que, cuando llegaron á Xocnocho, se separaron, yendo los unos á habitar el pais de Nicaragua, y permaneciendo los otros en el de Chiapan. Esta nacion, segun dicen los historiadores, no estaba gobernada por un rey, sino por dos gefes militares, nombrados por los sacerdotes. Así se mantuvieron hasta que los últimos reyes mexicanos los sometieron á aquella corona. Hacian el mismo uso de las pinturas que los Mexicanos, y tenian el mismo modo de computar el tiempo; pero empleaban diferentes figuras que aquellos para representar los años, los meses y los dias.

Con respecto á los Coahuixcos, á los Cuicatlaticos, á los Jopes, á los Mazatecos, á los Popolosos, á los Chinantecos y á los Totonacos, nada sabemos de su origen, ni del tiempo de su llegada al territorio de Anáhuac. De sus costumbres particulares diremos lo que pueda contribuir á ilustrar la historia de los Mexicanos.

LOS NAHUATLACAS.

Pero de todos los pueblos que residieron en el pais de Anáhuac, y en él se propagaron, los mas famosos, y los que mas papel obra de Fr. Gregorio García, dominicano, intitulada: *Origen de los Indios*, libro 5, cap. 4.

hacen en la historia de México, son los que vulgarmente se llaman *Nahuatlacas*. Fué dado principalmente este nombre, cuya etimología hemos espuesto al principio de esta historia, á las siete naciones, ó por mejor decir, á las siete tribus de la misma nacion, que llegaron á aquel pais despues de los Chichimecas, y poblaron las isletas, las orillas y los alrededores de los lagos mexicanos. Estas tribus fueron las de los Xochimilcos, Chalquesse, Tepanecas, Colhuas, Tlahuicos, Tlaxcaltecas y Mexicanos. El origen de todas estas gentes fué la provincia de Aztlan, de donde salieron los Mexicanos, ó quizás otra comrigna á ella, y poblada por la misma nacion. Todos los escritores las representan como originarias de un mismo pais: todos ellos hablaban el mismo idioma. Los diversos nombres con que son conocidas, se tomaron de los lugares que fundaron, ó de aquellos en que se establecieron.

Los Xochimilcos tomaron su nombre de la gran ciudad de Xochimilco, que fundaron en la orilla meridional del lago de agua dulce ó de Chalco. Los Chalquesses tomaron el suyo de la ciudad de Chalco, situada en la orilla oriental del mismo lago; los Cholhuas, de Colhuacan; los Mexicanos, de México; los Tlaxcaltecas, de Tlaxcala; y los Tlahuicos, de la tierra en que se establecieron, la cual, por ser abundante en cinabrio se llamó *Tlahuican* (1). El nombre de Tepanecas se deriva quizás de algun sitio llamado *Tepan* (2), donde residirian ántes de fundar su célebre ciudad de Azcapozalco.

Es indudable que estas tribus no llegaron

(1) *Tlahuic* es el nombre mexicano de cinabrio, y *Tlahuiclan* quiere decir lugar ó pais del cinabrio. Los autores los llaman comunmente *Tlahuicos*, y dicen que tomaron aquel nombre de un sitio de aquel pais llamado *Tlahuic*; pero además de que ignoramos la existencia de semejante lugar, el nombre parece poco conforme á la gramática mexicana.

(2) Algunos autores los llaman *Tecpanecas*: uno y otro son nombres mexicanos. *Tecpanecatli* quiere decir habitante de palacio; *Tecpanecatli*, habitante de lugar de piedras. Otros dan á este nombre una etimología muy violenta.

todas juntas á aquel pais, sino en diversos tiempos, y en el orden que hemos indicado; pero hay gran variedad de opiniones acerca del tiempo exacto de su llegada. Las razones que he espuesto en mis *Disertaciones* me hacen creer que las primeras seis tribus vinieron conducidas por aquellos seis caudillos que aparecieron en Anáhuac inmediatamente despues de los Chichimecas, y que no hubo el gran intervalo de tiempo que creó el P. Acosta, entre su llegada y la de los Mexicanos.

Los Colhuas, que la mayor parte de los historiadores confunden, por la afinidad del nombre con los Acolhuas, fundaron la pequeña monarquía de Colhuacan, la cual se agregó despues á la corona de México por el casamiento de una princesa, heredera de aquel estado, con un rey mexicano.

Los Tepanecas tuvieron igualmente sus gefes, el primero de los cuales fué el príncipe Acolhuatzin, despues de haberse casado con la hija de Xolatl. Sus descendientes usurparon, como despues diré, el reino de Acolhuacan, y dominaron toda aquella tierra, hasta que las armas de los Mexicanos, aliados con las del heredero legítimo de Acolhuacan, destruyeron con el tirano la manarquía Tepaneca.

LOS TLAXCALTECAS.

Los Tlaxcaltecas, llamados por Torquemada y por otros escritores *Tcochichimecas*, y considerados como una tribu de la nacion Chichimeca (1), se establecieron en Poxauh-

(1) Torquemada no solo dice que los Tlaxcaltecas eran *Tcochichimecas*, sino que afirma que estos *Tcochichimecas* eran Otomites. Si los Tlaxcaltecas eran de esta nacion ¿por qué no hablaban su lengua? Y si la hablaron, ¿por qué la dejaron por la mexicana? ¿Dónde se ha visto jamas una nacion libre abandonar su idioma para adoptar el de sus enemigos? No es ménos increíble la otra especie de que los Chichimecas eran Otomites, como supone el mismo autor, aunque en otra parte dice lo contrario. ¿Quién obligó á los Chichimecas á dejar su lengua nativa? Los que no conozcan el carácter de aquellas naciones, ni sepan cuan constantes son en conservar su lengua nacional, serán los únicos que crean que los Chichi-

tlán, lugar situado en la orilla oriental del lago de Tezcoco, entre aquella corte y el pueblo de Chimalhuacán. Allí vivieron algún tiempo con gran miseria, por no tener tierras que cultivar, y sosteniéndose con los productos de la caza; pero habiéndose multiplicado, y queriendo ampliar los términos de su territorio, se atraieron el enojo de las naciones circunvecinas. Los Xochimilcos, los Colhuas, los Tepanecas, y probablemente también los Chalqueses, que por ser más próximos eran los más perjudicados, se unieron y alzaron un ejército considerable, para arrojar del valle de México á tan peligrosos pobladores. Los Tlaxcaltecas, á quienes tenía siempre alerta la conciencia de sus usurpaciones, les salieron bien ordenados al encuentro. La batalla fué de las más sangrientas y memorables que se leen en la historia mexicana. Los Tlaxcaltecas, aunque inferiores en número, hicieron tanto estrago en sus enemigos, que dejaron el cam-

mecas, por su comunicacion y alianza con los Acolhuas, dejaron el otomite por el mexicano. Si los verdaderos Otomites no han abandonado en tantos siglos su idioma, ni bajo el dominio de los Mexicanos, ni bajo el de los españoles, ¿cómo puede creerse que los Chichimecas dejaron enteramente el suyo, siendo dueños de aquel país, y ocupando siempre el trono de Acolhuacán, desde Xolotl, fundador de aquel reino, hasta la conquista de los españoles? Yo no dudo que la lengua propia de los Chichimecas antiguos fuese la misma de los Acolhuas y los Nahuatlacas, esto es, la mexicana. Lo mismo me parece de los Toltecas, por más que digan otros autores; ni he podido convencirme de lo contrario; después del más diligente estudio de la historia. Sabemos que los nombres de los sitios de que salieron los Toltecas y Chichimecas, de los que fundaron en Anáhuac, de las personas de una y otra nación, y de los años de que se servían, eran mexicanos. Sabemos que desde los principios de la ocupacion, los Toltecas y Chichimecas, estos y los Acolhuas, se entendían y comunicaban recíprocamente sin intérprete. El hallarse la lengua mexicana difundida hasta Nicaragua, no puede atribuirse á otro motivo, sino á la dispersion de los Toltecas que la hablaban; pues no se sabe que los Nahuatlacas pasasen de Chiapan. Finalmente, no hallamos un solo argumento en que pueda apoyarse la opinion contraria, aunque tan común entre los autores.

po cubierto de cadáveres y teñina en sangre una parte del lago, cuyas orillas fueron la escena de la batalla. Aunque salieron victoriosos de ella, determinaron abandonar aquel sitio, convencidos de que mientras en él permaneciesen, no cesarian de ser molestado por sus vecinos; por lo que, después de haber reconocido el país por medio de los exploradores, y no hallando terreno en que poder establecerse todos juntos, convinieron en separarse, dirigiéndose unos hácia el Norte y otros hácia el Mediodía. Aquellos, después de un pequeño viaje, se establecieron, con permiso del rey de los Chichimecas, en Tolantzinco y en Cuauhchinanco: los otros, caminando en torno del volcan Popocatepec, por Tetela y Xochimilco, fundaron en las cercanías de Atlixco la ciudad de Cuauhquecholan; y pasando algunos adelante, fundaron la de Amaliuacan y otros pueblos, extendiéndose hasta el Poyautecatí, ó sea monte de Orizava, al que probablemente dieron aquel nombre en memoria del valle de México, de que habían salido.

Pero la mayor y más notable parte de la tribu se dirigió por Cholula á la falda del gran monte Matlalucueye, de donde arrojan á los Olmecas y á los Gicalancas, antiguos habitantes de aquel país, y dieron muerte á su rey Colopochtli. Allí se establecieron bajo las órdenes de un gefe llamado Colhuacateuctli, procuraban fortificarse, para poder resistir mejor á los pueblos vecinos, en caso de que estos quisiesen atacarlos. En efecto, poco tiempo después, los Huexotzingos y otros pueblos, sabedores de la valentía y de la fuerza de los nuevos huéspedes, temerosos de que con el tiempo llegasen á serles perjudiciales, levantaron un gran ejército con el designio de arrojarlos del país. El golpe fué tan violento, que los Tlaxcaltecas se vieron obligados á abandonar el terreno de que se habían apesionado, y retirarse hácia la cima de la gran montaña de que ya hemos hecho mencion. Hallándose allí en la mayor consternacion, imploraron, por medio de los embajadores, la proteccion del rey Chichimeca, y obtuvieron de él un gran

cuerpo de tropas. Los Huexotzingos, no teniendo bastantes fuerzas para hacer frente al ejército real, llamaron á su auxilio á los Tepanecas, creyendo que no desperdiciarian aquella ocasion de vengarse; mas estos, acordándose del trágico suceso de Poyautlan, aunque enviaron tropas, les dieron orden de no hacer daño á los Tlaxcaltecas, y pasaron aviso á estos á fin de que no los tuvieran por enemigos, y estuviesen seguros de que habían enviado aquellos refuerzos para engañar á los Huexotzingos, y para no turbar la buena armonía en que con ellos vivían. Con el socorro de los Texcoanos, y con el pérfido artificio de los Tepanecas, los Huexotzingos fueron completamente derrotados, y obligados á volver con ignominia á sus tierras. Los Tlaxcaltecas, libres de tan gran peligro, hicieron la paz con sus vecinos, y regresaron á sus establecimientos para continuar la comenzada poblacion.

Tal fué el origen de la famosa ciudad y república de Tlaxcala, eterna rival de México, y causa de su ruina. Al principio obedecía toda la nacion á un gefe; pero aumentada considerablemente la poblacion, quedó la ciudad dividida en cuatro cuarteles, que se llamaron *Tepeticpac*, *Ocoteloico*, *Quiahuitlan* y *Tizatlan*. Cada cuartel obedecía á un gefe, á quien prestaban tambien obediencia todos los lugares que de aquel cuartel dependían: así que, todo el estado se dividía en cuatro monarquías pequeñas; pero aquellos cuatro caudillos, juntamente con los otros nobles de la primera clase, formaban una especie de aristocracia con respecto al común del estado. Esta dieta ó senado decidía la paz y la guerra, y el número de tropas que debían armarse, nombrando el gefe que las debía mandar. En el estado, aunque pequeño, había muchas ciudades y villas populosas, en las cuales, por los años de 1520, se contaban más de ciento cincuenta mil casas, y más de quinientos mil habitantes. El distrito de la república, por la parte de Occidente, estaba fortificado con fosos y trincheras; por la de Oriente, con una muralla de seis millas de largo; por el Mediodía lo

defendía naturalmente el Matlalucueye, y otras altas montañas por el Norte.

Los Tlaxcaltecas eran guerreros, valerosos, muy celosos del honor y de la libertad. Conservaron mucho tiempo el esplendor de su república, á pesar de las luchas que tuvieron que sostener con sus enemigos, hasta que habiéndose confederado con los españoles contra los Mexicanos, sus antiguos rivales, quedaron envueltos en la común ruina. Eran idólatras, tan supersticiosos y crueles en su culto, como los Mexicanos. Su número principal era el que llamaban *Camaxtle*, el mismo que los Mexicanos reverenciaban con el nombre de *Huitzilopochtli*. Sus artes eran las mismas que las de las naciones vecinas. Su comercio consistía principalmente en cañiz y en cochinitilla. Por la abundancia de maíz se dió á su capital el nombre de *Tlaxcallan*, esto es, tierra de pan. Su cochinitilla era la más apreciada de todas, y después de la conquista producía anualmente á la capital un ingreso de doscientos mil pesos; pero las causas, de que hablo en otra parte, los obligaron á abandonar totalmente aquel comercio.

VIAJE DE LOS MEXICANOS AL PAÍS DE ANÁHUAC.

Los Aztecas ó Mexicanos, que fueron los últimos pobladores del país de Anáhuac, y son el asunto principal de esta Historia, vivieron hasta cerca del año 1160 de la era vulgar en Aztlan, país situado al Norte del golfo de California, según se infiere del viaje que hicieron en su peregrinacion, y de los datos que adquirieron después los españoles en sus expediciones á aquellos países [1]. La razon que tuvieron para abando-

[1] Hablo en mis Disertaciones de estos viajes hechos desde Nuevo-México hácia Occidente. Botancourt hace mencion de ellos en su *Teatro Mexicano*. Este autor dice que Aztlan distaba 2700 millas de México. Boturini dice que Aztlan era provincia de Asia; mas no sé en qué funda tan singular opinion. En algunos mapas geográficos, publicados el siglo XVI, se ve esta provincia situada al Norte del seno de California, y yo no dudo que estuviera

nar su patria, habrá quizás sido la misma que impulsó á las otras naciones; pero como quiera que sea, me parece oportuno someter al libre juicio del lector lo que los autores mexicanos cuentan del origen de aquella resolución.

Habia, dicen, entre los Aztecas un personaje de gran autoridad llamado *Huitziton*, cuya opinion era la que prevalecia en aquellas gentes. Este se empeñó, no sé por qué motivo, en inducir á sus compatriotas á mudar de país; y mientras se ocupaba en semejante proyecto, oyó acaso cantar en las ramas de un árbol á un pajarillo, cuya voz imitaba la palabra mexicana *Tihui*, que quiere decir *vamos*. Parecióle aquella una ocasion oportuna de realizar su designio. Llamando, pues, á otra persona de gerarquía, llamada *Tecpaltzin*, la condujo cerca del árbol donde el pájaro solía cantar, y le dijo: “¿No entendeis, amigo *Tecpaltzin*, lo que está diciendo esa avecilla? *Ese Tihui*, *Tihui*, que no cesa de repetir, ¿qué otra cosa significa sino que ya es tiempo de dejar este país, y buscar otro? Sin duda este es aviso de algun númen oculto que desea nuestro bien. Obedezcamos, pues, á su voz, y no nos atraigamos su cólera con nuestra desobediencia.” Convino plenamente *Tecpaltzin* en la interpretacion de *Huitziton*, ya por el gran concepto que tenía de su saber, ya por que él tenía los mismos deseos; y puestos de acuerdo aquellos dos personajes, que de tanto influjo gozaban en la nacion, no tuvieron gran dificultad en decidirla á ponerse en marcha.

Aunque yo no me fio mucho de esta narracion, no por esto me parece inverosímil; pues no es difícil á una persona que goza de la reputacion de sábia, el persuadir lo que quiera, por motivos de religion, á un pueblo ignorante y supersticioso. Mas duro me sería creer lo que comunmente dicen los autores españoles, á saber, que los Mé-

hacia aquella parte, pero á gran distancia del golfo; así que la distancia mencionada de Betancourt me parece verosímil.

xicanos emprendieron aquel viaje por espreso mandato del demonio. Los sencillos historiadores del siglo XVI, y los que los han copiado, suponen como cosa indudable el comercio continuo y familiar del demonio con todas las naciones idólatras del Nuevo-Mundo, y apenas refieren un suceso que no atribuyan á su influjo. Pero aunque sea cierto que la malignidad de aquel espíritu se esfuerza en hacer á los hombres todo el daño que puede, y que algunas veces se les ha aparecido en forma visible para seducirlos, especialmente á los que no han entrado por la regeneracion en el seno de la Iglesia, no puede creerse sin embargo, que las apariciones fuesen tan frecuentes, ni su comercio con aquellas naciones tan franco y libre, como dicen los autores citados; porque Dios, que cuida con amorosa providencia de sus criaturas, no concede tanta libertad á aquellos declarados enemigos del género humano. Los lectores que hayan visto en otras obras algunos sucesos de los que yo refiero en mi *Historia*, no deben estrañarme incredulidad en este punto. El testimonio de los historiadores mexicanos no me basta para atribuir ningun efecto al demonio, conociendo cuán fácil es que se engañasen, ya por las ideas supersticiosas que los obcecaban, ya por el artificio de sus sacerdotes, tan comun en las naciones idólatras.

El viaje de los Aztecas, sobre el cual no puede haber duda, cualquiera que fuese su motivo, se verificó, segun las conjeturas mas verosímiles, hácia el año 1160 de la era vulgar. Torquemada dice haber visto representado en todas las pinturas antiguas de este viaje, un brazo de mar ó gran rio [1]. Si en efecto hay en ellas la representa-

[1] Creo que este supuesto brazo de mar no es otra cosa que la imagen del diluvio universal, representado en las pinturas mexicanas, anteriores al viaje, como se ve en la copia publicada por Gemelli de una pintura que lo enseñó el célebre Dr. Sigüenza. Boturini cree que este brazo de mar era el golfo de California, suponiendo que los Mexicanos pasaron de Aztlan á esta provincia, y de ella, por el golfo, á Culiacan; pero habiéndose encontrado á orillas del

cion de un rio, no puede ser otro que el Colorado, que desagua en el golfo de California, á los 32½° de latitud, pues es el mas considerable de cuantos hallaron en el camino que siguieron. Despues de haberlo pasado, mas allá del 35°, caminaron hácia Sudeste hasta el rio Gila, donde se detuvieron algun tiempo; pues aun se ven las ruinas de los edificios que construyeron en sus márgenes. De allí volvieron á ponerse en camino, siguiendo casi la misma direccion, é hicieron alto en la latitud, poco mas ó ménos, de 29°, en un sitio distante mas de doscientas cincuenta millas de Chihuahua, hácia el Noroeste. Este lugar es conocido con el nombre de *Casas Grandes*, á causa de un vastísimo edificio, que aun subsiste, y que segun la tradicion general de aquellos pueblos, fué erigido por los Mexicanos durante su peregrinacion. Este edificio está construido bajo el mismo plan que los que se ven en el Nuevo-México, esto es, con tres pisos, sobre ellos una azotea, y sin puerta ni entrada en el piso inferior. La puerta está en el segundo, y por consiguiente se necesita de una escalera para entrar por ella. Así lo hacen los habitantes del Nuevo-México, para estar menos espuestos á los ataques de sus enemigos, valiéndose de una escala de mano, que franquean á los que quieren admitir en sus habitaciones. Igual motivo tuvieron sin duda los Aztecas para edificar sus moradas de aquella forma. En la *Casas Grandes* se notan los caracteres de una fortaleza, defendida de un lado por un monte altísimo, y rodeada en el resto por una muralla de cerca de siete piés de grueso, cuyos cimientos se conservan. Vense en esta construccion piedras tan grandes como las ordinarias de molino; las vigas son de pino, y bien trabajadas. En el centro de aquella vasta fábrica hay una elevacion hecha á propósito, segun se colige, para poner centinelas y observar

rio Gila, y en la Pimería, restos de los edificios construidos por aquel pueblo en su emigracion, no hay motivo para creer que pasase por mar al punto de su final establecimiento.

de léjos á los enemigos. Se han hecho algunas escavaciones en aquel sitio, y se han hallado varios utensilios, como platos, ollas, vasos, y espejos de la piedra llamada *Itztili* (1).

Desde este punto, atravesando los montes de Tarahumara, y dirigiéndose hácia Mediodía, llegaron á Hueicohuacan, llamado actualmente *Culiacan*, lugar situado sobre el golfo de California á los 24½°, donde permanecieron tres años (2). Es probable que fabricasen allí casas y cubiertas para su alojamiento, y que sembrasen para su sustento los granos que consigo llevaban, como hacian donde quiera que por algun motivo se detenian. Allí formaron una estatua de madera, que representaba á Huitzilopochtli, númen protector de la nacion, á fin de que los acompañase en su viaje. Hicieron tambien una silla de juncos y cañas para conducirlo, á la que dieron el nombre de *Teoicpalli* (silla de Dios), y eligieron los sacerdotes que debian llevarlo en hombros, que eran cuatro á la vez, y se llamaban *Teollamacazque* [siervos de Dios], y al acto de llevarlo llamaron *Neomama*, esto es, llevar en hombros á Dios.

De Hueicohuacan, caminando muchos dias hácia Levante, llegaron á Chicomoztoc, donde se detuvieron. Hasta allí habian viajado juntas las siete tribus de Nahuatlacas; mas en aquel punto se dividieron, y pasando adelante los Xochimilcos, los Tepanecas, los Colhuas, los Chalqueses, los Tlahuicas y los Tlaxcaltecas, quedaron allí los Mexi-

(1) Estos datos me han sido suministrados por dos personas que han vistos las *Casas Grandes*. Sería necesario tener un pormenor de su forma y dimensiones; pero esto es muy difícil en el día, por haberse despoblado aquel país, de resultas de las furiosas incursiones de los Apaches y otras naciones bárbaras.

(2) La mansion de los Aztecas en Hueicohuacan consta por el testimonio de todos sus historiadores, como tambien su separacion en Chicomoztoc. De su paso por la Tarahumara hay tradiciones entre aquellos pueblos setentrionales. Cerca del Nayarit, hay trincheras hechas por los Coras para defenderse de los Mexicanos, en el viaje que estos hicieron de Hueicohuacan á Chicomoztoc.

caños con su ídolo. Estos dicen que la separacion se hizo por espreso mandato de su dios; mas verosímil es sin embargo, que se originase de alguna discordia suscitada entre aquellas tribus. No es conocida la situacion de Chicomoztoc, donde los Mexicanos residieron nueve años: yo creo sin embargo que debia estar á veinte millas de Zacatecas, hácia Mediodía, en el sitio en que hoy se ven las ruinas de un gran edificio, que sin duda fué obra de los Mexicanos durante su viaje; porque ademas de la tradicion de los Zacatecas, antiguos habitantes de aquel país, siendo estos enteramente bárbaros, ni tenian casas, ni sabian hacerlas, ni puede atribuirse sino á los Aztecas aquella construccion descubierta por los españoles. La disminucion que allí esperimentó su número de resultas de la separacion, seria sin duda la causa de no haber fabricado otros edificios en el resto de su caminata.

Del país de los Zacatecas, andando hácia Mediodía, por Ameca, Cocula y Zayula, pasaron á la provincia marítima de Colima, y de esta á la de Zacatula; de donde, volviendo hácia Levante, subieron á Malinalco, lugar colocado en las montañas que rodean el valle de Toluca (1), y dirigiéndose al Norte, llegaron en 1196 á la célebre ciudad de Tula [2].

En el viaje de Chicomoztoc á Tula, se detuvieron un poco en Coatlicamac, donde la tribu se dividió en dos facciones, que fueron despues eternas rivales, y se hicieron mutuamente gravísimos perjuicios. Las

(1) Consta de los manuscritos del P. Juan Tobar, jesuita muy versado en las antigüedades de aquellas naciones, que los Mexicanos pasaron por poblaciones de Michuacan; y no pudieron ser otras que las de Colima y Zacatula, que entónces verosímilmente pertenecian á su reino, como hoy pertenecen á la misma diócesis. Si hubieran hecho por otro camino el viaje á Tula, no hubieran pasado por Malinalco.

(2) La época de la llegada de los Mexicanos á Tula, en 1196, está confirmada por una historia manuscrita, en lengua mexicana, citada por Boturini. En este punto de cronología están de acuerdo todos los autores.

causas de esta discordia fueron, segun dicen, dos bultos ó envoltorios que se aparecieron de un modo maravilloso en medio del campamento. Acercándose algunos de ellos á reconocer uno de aquellos objetos, encontraron una piedra preciosa, sobre cuya posesion hubo una gran contienda, pue cada uno queria apoderarse de ella, creyendo que era un don de su divinidad. Pasaron despues á ver lo que contenia el otro bulto, y solo hallaron en él dos leños. A primera vista los despreciaron como cosa vil; pero advertidos por el sabio Huitziton de la utilidad que de ellos podrian sacar para hacer fuego, los apreciaron mucho mas que la piedra. Los que se habian apoderado de esta, fueron los que despues de la fundacion de México se llamaron *Tlatelolcos*, del sitio en que se establecieron cerca de aquella ciudad: los otros que tomaron los leños, fueron los que se llamaron *Mexicanos* ó *Tenochcas*. Esta relacion no es una verdadera historia, sino un apólogo ideado para enseñar que se debe preferir lo útil á lo bello. A pesar de la enemistad, los dos partidos viajaron juntos por el imaginario interes de la proteccion de su númen (1).

No es de estrañar que los Aztecas diesen tantos rodeos, y caminasen mil millas mas de lo que necesitaban para llegar á Anáhuac; pues que no se habian propuesto término fijo, y solo andaban buscando un país en que pudiesen gozar ventajosamente todas las comodidades de la vida. Tampoco hay que maravillarse de que erigiesen en algunos puntos vastos edificios, creyendo sin duda que cada lugar en que se detenan era el término de su peregrinacion. Muchos les parecieron al principio oportunos para formar un establecimiento, y despues los abandonaron por la esperiencia de los inconvenientes que no habian previsto. Dondequiera que se detenian, alzaban un altar á su Dios, y al irse dejaban allí á los en-

(1) Es indudable que esta historia es un apólogo; pues los Aztecas sabian muchos siglos ántes el modo de hacer fuego con la frtacion de los leños.

fermos, probablemente otros que los cuidasen, y los que, cansados de tan larga romería, no querian esponerse á nuevos trabajos.

En Tula estuvieron nueve años, y despues once en otros sitios poco distantes de allí, hasta que en 1216 llegaron á Zumpanco, ciudad considerable del valle de México. Tochpanecat, señor de aquella ciudad, los acogió con estraordinaria benignidad; y no contento con darles cómodo alojamiento y regalarlos abundantemente, aficionándoseles cada vez mas con el trato y familiaridad, pidió á los gefes de la nacion alguna doncella noble, para muger de su hijo Ilhuicat. Los Mexicanos, agradecidos á tanta benevolencia, le dieron á Tlapacantzin, la cual se casó muy en breve con aquel jóven ilustre, y de este enlace descendien, como veremos despues, los reyes mexicanos.

Despues de una residencia de siete años en Zumpanco, se fueron con el jóven Ilhuicat á Tizayocan, ciudad poco distante de aquella. Allí dió á luz Tlapacantzin un niño, que se llamó *Huitzilahuítl*, y al mismo tiempo dieron otra doncella á Xoquiatzin, señor de Cusutitlan. De Tizayocan pasaron á Tolpetlac, y Tepeyacac, donde actualmente está el pueblo y el famosísimo santuario de la Virgen de Guadalupe. Todos estos sitios están en las orillas del lago de Tezcoco, y muy próximos al terreno en que despues estuvo México. Allí vivieron veintidos años.

Desde que se aparecieron en aquel país los Mexicanos, fueron reconocidos por orden de Xolotl, que á la razon reinaba, el cual, no teniendo que temer nada de ellos, les permitió establecerse donde pudiesen; pero hallándose en Tepeyacac muy molestados por Tenanacaltzin, caudillo de los Chichimecas, se refugiaron en Chapultepec, monte situado á la orilla occidental del lago, á dos millas escasas del sitio en que se fundó México. Ocurrió esta retirada por los años de 1245,

reinando Nopaltzin, y no Quinatzin (1), como dicen Torquemada y Boturini.

Las persecuciones que allí sufrieron de muchos caudillos, y especialmente del de Xaltocan, los obligó á retirarse, despues de una permanencia de diez y siete años, para buscar un asilo mas seguro en Acocolco, que era un grupo de islas, en la estremidad meridional del lago. Allí pasaron por espacio de cincuenta y dos años la vida mas miserable. Susténtabanse de peces, de insectos y de raices, y cubríanse con las hojas de una planta llamada *Amoztli*, que nace abundantemente en el lago, por haberse gustado enteramente sus ropas y no hallar medios de hacer otras nuevas. Sus habitaciones eran pobrísimas chozas, hechas de caña y juncos que el lago produce. Seria increíble que hubiesen podido vivir tantos años en un sitio tan incómodo y llevar una existencia tan desventurada, si no constase por el testimonio de sus historiadores, y por los sucesos ocurridos despues.

ESCLAVITUD DE LOS MEXICANOS EN COLHUACAN.

Allí á lo ménos, en medio de sus miserias, eran libres, y la libertad suavizaba algun tanto sus infortunios; pero en 1314 se agregó á todos ellos la esclavitud. Los historiadores no están de acuerdo acerca de aquel suceso. Unos dicen que el gefe ó rey de Colhuacan, ciudad poco distante del sitio en que vivian los Mexicanos, no pudiendo sufrir que se mantuviesen en su territorio sin pagarle tributo, les declaró la guerra, y habiéndolos vencido, los hizo esclavos. Otros cuentan que aquel caudillo les envió una embajada, diciéndoles: que compadecido de sus desgracias, y de los males que sufrían en aquellas islas, les concedia un sitio mas có-

(1) Si reinaba entónces Quinatzin, es necesario suponer que su reinado y el de su sucesor comprendieron un espacio de 161 años, y aun mas si se adopta la cronología de Torquemada, el cual supone que aquel monarca reinaba cuando los Mexicanos entraron en el valle.

modo donde pudiesen vivir con mas anchura: que los Mexicanos, desosos de mudar de condicion, aceptaron inmediatamente aquella gracia, y dejaron la morada en que hasta entónces habian residido; pero que apénas salieron de ella, fueron atacados por los Colhuas, y hechos prisioneros. Fuese de un modo ó de otro, lo cierto es que los Mexicanos pasaron en calidad de esclavos á Tizapan, lugar perteneciente entónces al estado de Colhuacan.

Despues de algunos años de esclavitud, se suscitó una guerra entre los Colhuas y los Xochimilcos sus vecinos, con tanta desventaja de los primeros, qua en todos los encuentros fueron vencidos. Afligidos por tantas pérdidas, echaron mano de sus prisioneros, á quienes mandaron disponer para la guerra; mas no les suministraron las armas necesarias, ó porque se habian consumido las que tenian en las batallas anteriores, ó por dejarlos en libertad de armarse á su modo. Los Mexicanos, viendo que aquella era una escelente ocasion de grangearse la gracia de sus señores, se determinaron á hacer en defensa de estos los últimos esfuerzos del valor. Armáronse todos con bastones largos y fuertes, cuya punta endurecieron al fuego, tanto para atacar con ellos á sus enemigos, como para saltar de un islote á otro, si llegaba el caso de combatir en el agua. Hicieron cuchillos de itztlí, y escudos de cañas. Convinieron en no detenerse, como solian hacerlo, en recoger prisioneros, sino contentarse con cortarles una oreja, y dejarlos ir sin hacerles mas daño. Con estas disposiciones salieron al campo, y miéntras combatian con los Colhuas y los Xochimilcos, ó por tierra en las orillas del lago, ó por agua en barcos, se arrojaron impetuosamente á los ehemigos, sirviéndose de sus bastones en el agua, y cortando á los prisioneros una oreja, que guardaban en las cestas que llevaban con este fin; pero matando al que se resistia. De este modo lograron los Colhuas una victoria tan completa, que los Xochimilcos no-solo abandonaron el campo, sino que no teniendo valor para

permanecer en su ciudad, huyeron á los montes.

Terminada aquella accion con tanta gloria, se presentaron los soldados Colhuas al general con los prisioneros que habian hecho; porqué no se estimaba entre ellos el valor de las tropas por el número de enemigos que dejaban muertos en el campo de batalla, sino por el de los qua traian, y presentaban vivos á su gefe. No puede negarse que esta práctica era conforme á la razon y á la humanidad. Si el príncipe puede vengar sus derechos, y renhazar sus enemigos sin matarlos, la humanidad exige que se les conserve la vida. Si se considera la utilidad, un enemigo muerto no puede hacer daño, pero tampoco puede servir, y de un prisionero se puede sacar mucha ventaja, sin recibir ningun perjuicio. Si se considera la gloria, mayor esfuerzo se necesita para privar á un enemigo de la libertad, que para quitarle la vida en el calor de la accion. Fueron llamados á su vez los Mexicanos para ver cuantos prisioneros habian hecho; pero no presentando ninguno (porque cuatro que tenian los habian escondido, con el fin que despues veremos), fueron tratados de cobardes por el general, y vilipendiados por los soldados Colhuas. Entónces ellos, sacando los canastos llenos de orejas, "inferid, dijeron, por el número de estos despojos, el de los prisioneros que hubiéramos podido hacer, si hubiéramos querido; pero no nos ha parecido bien perder el tiempo en matarlos, y hemes preferido acelerar la victoria." Con esta respuesta quedaron los Colhuas algo amedrentados, no ménos de la astucia, que del valor de sus esclavos.

Los Mexicanos, restituidos al lugar de su residencia, que segun parece, era entónces Huitzilopochco, erigieron un altar á su dios protector; pero queriendo en dedicacion ofrecerle algun objeto precioso, se lo pidieron á su señor. Este les mandó por desprecio un saco sucio de tela gruesa, y dentro un pájaro muerto con otras inmundicias, que los sacerdotes Colhuas llevaron al altar, y se retiraron sin hablar palabra. Por grande

que fuese el enojo de los Mexicanos, á vista de una burla tan indigna, reservando para otro tiempo la venganza, pusieron sobre el altar, en lugar de aquellas inmundicias, un cuchillo de itztlí y una yerba olorosa. Llegado el dia de la ceremonia, quisieron asistir á ella el gefe de la nacion, y la nobleza, no para honrar la fiesta, sino para burlarse de sus esclavos. Comenzaron la funcion los Mexicanos con un baile solemne, al que comparecieron con las mejores ropas que tenian; y cuando mas atentos estaban los circunstantes, sacaron á los cuatro prisioneros Xochimilcos, que hasta aquel tiempo habian tenido ocultos: despues de haberlos hecho bailar un rato, los sacrificaron sobre una piedra, rumpiéndoles el pecho con el cuchillo de itztlí, y sacándoles los corazones, que aun onlientes y palpitantes ofrecieron á su Dios.

Tan inhumano sacrificio, el primero de esta especie que sepamos se haya hecho en aquel pais, causó tantó horror á los Colhuas, que regresando inmediatamente á Colhuacan, determinaron deshacerse de aquellos crueles esclavos, que con el tiempo podrian serlos muy perjudiciales. En consecuencia, Coxcox, que así se llamaba el caudillo, les dió orden de salir de su territorio, y de ir á donde quisiesen. Salieron contentos los Mexicanos de su esclavitud, y encaminándose hácia el Norte, llegaron á Acatzintlan, lugar situado entre los dos lagos, llamado despues por ellos *Mexicaltzinco*, nombre que significa lo mismo que *México*, y se lo dieron por el mismo motivo que tuvieron en seguida para dárselo á la capital, como en otra parte veremos; pero no hallando allí la comodidad que bussaban, y queriendo alejarse mas de los Colhuas, pasaron á Iztocalco, aproximándose al sitio en que despues estuvo México. Allí hicieron un muntecillo de papel, en el que probablemente representaban á Colhuacan (1).

(1) Los Mexicanos representaban á Colhuacan en sus pinturas, bajo la imágen de un monte corcovado, que es lo que significa aquella palabra,

y pasaron una noche entera bailando en torno, cantando su victoria sobre los Xochimilcos, y dando gracias á su dios por haberlos libertado del dominio de los Colhuas.

Despues de haber vivido dos años en Iztocalco, pasaron finalmente á aquel sitio del lago donde debian fundar su ciudad. Hallaron allí un nopal, ó sea tuna, ú opuncia, nacida en una piedra, y sobre aquella planta un águila: por esto dieron á aquel pais, y despues á su ciudad el nombre de *Tenochtitlan* (1). Dicen todos, ó casi todos los historiadores de México, que aquellas eran precisamente las señas dadas por el oráculo para la fundacion de la ciudad: sobre lo cual añaden otros sucesos fuera del curso de la naturaleza, que yo omito, por parecerme fabulosos, ó inciertos á lo ménos.

FUNDACION DE MEXICO.

Luego que los Mexicanos tomaron posesion de aquel sitio, edificaron una cabaña á su dios Huitzilopochtli. La dedicacion de aquel santuario, aunque miserable, no se hizo sin efusion de sangre humana; porque habiendo salido un atrevido Mexicano á buscar un animal para inmolarlo en las aras de la divinidad, se encontró con un Colhua llamado *Xomimil*, y habiendo venido de las peñabras á las manos, por causa de la antigua enemistad de aquellos dos pueblos, lo venció el Mexicano, y la llevó atado á sus compatriotas, los cuales lo sacrificaron inmediatamente, y con gran júbilo presentaron sobre el altar el corazon que le habian arrancado del pecho, sirviendo aquella crueldad, no ménos de desahogo á su cólera contra los Colhuas, que de culto sanguinario de aquel falso númen. En torno del santuario fabricaron sus pobrísimas cabañas de cañas y juncos, por carecer entónces de otros materiales. Tal fué el principio de la gran

[1] Muchos autores españoles y de otras naciones, han alterado aquel nombre, por la ignorancia de la lengua mexicana; así que, en sus obras se lee *Tenochtitlan*, *Temistitan*, *Temihitlan*, &c.

ciudad de Tenochtitlan, que con el tiempo debia ser la corte de un vasto imperio, y la mayor y mas hermosa ciudad del Nuevo-Mundo. Llamóse tambien *México*, que es el nombre que conservó, cuya denominacion, tomada del nombre de su dios tutelar, significa *lugar de Mexitli* ó de *Huitzilopochtli*, pues de estos dos modos se llamaba (1).

La fundacion de México ocurrió en el año 2 de Calli, correspondiente al 1325 de la era vulgar, reinando en aquel pais el Chichimeca Quinatzin. Pero no por haber mudado de residencia los Mexicanos, cambió repentinamente de aspecto su fortuna; pues aislados en medio del lago, sin tierras que sembrar, sin ropas de que cubrirse, y en perpetua desconfianza de sus vecinos, llevaban una vida tan miserable, como en los otros puntos en que ántes habian habitado, sosteniéndose tan solo de animales y de vegetales acuáticos. Pero ¿de qué no es capaz la industria humana estimulada por la necesidad? La mayor que sentian los Mexicanos era de terreno para sus habitaciones, pues la isleta de Tenochtitlan no bastaba á toda la poblacion. Ocurrieron á esta exi-

(1) Hay una gran variedad de opiniones entre los autores sobre la etimología de la palabra *México*. Algunos dicen que vienen de *Metzli*, que significa luna, porque vieron la luna reflejada en el lago, ebrio el oráculo habia predicho. Otros dicen que *México* quiere decir fuente, por haber descubierto una de buen agua en aquel sitio. Mas estas dos etimologías son violentas, y la primera, ademas de violenta, ridícula. Yo creí algun tiempo que el nombre verdadero era *México*, que quiere decir en el centro del maguey ó pita, ó aloe mexicano; pero me desengañó el estudio de la historia, y ahora estoy seguro de que *México* es lo mismo que lugar de *Mexitli* ó *Huitzilopochtli*, es decir, el Marte de los Mexicanos, á causa del santuario que en aquel sitio se le erigió; de modo que México era para aquellos pueblos lo mismo que *Fanum Martis* para los romanos. Los Mexicanos quitan en la composicion de los nombres de aquella especie, la sílaba final *itli*: el *co* que les añaden es nuestra preposicion *en*. El nombre *Mexicaltzinco* significa sitio de la casa ó templo del dios *Mexitli*; de modo que lo mismo valen *Huitzilopochtco*, *Mexicaltzinco* y *México*; nombres de los tres puntos que sucesivamente habitaron los Mexicanos.

gencia haciendo estacadas en los sitios en que estaban mas bajas las aguas, terraplenándolas despues con piedras y ramazon, y uniendo á la isla principal algunas otras mas pequeñas que estaban poco distantes. Para proveerse despues de piedras, de leña, de pan, y de todo lo que necesitaban para sus habitaciones, su ropa y su sustento, se aplicaron con sumo esmero á la pesca, no solo del pez blanco, de que ya hemos hecho mencion, sino tambien de otros peces é insectos acuáticos, y á la caza de innumerables especies de aves, que acuden allí á buscar alimento. Con la venta de estos objetos que hacian en los pueblos situados en las orillas del lago, adquirian todo lo que les hacia falta.

Pero donde hizo el mayor esfuerzo su industria, fué en los huertos flotantes que hicieron con ramas, y con el fango del mismo lago, de cuya estructura hablaré despues; en los cuales sembraban maiz, pimienta, chia, judías y calabazas.

DIVISION DE LOS MEXICANOS.

Así pasaron los Mexicanos los trece primeros años de su establecimiento, arreglando, como mejor podian, su orden civil, y remediando sus miserias á fuerza de industria y trabajo. Hasta aquel tiempo se habia conservado siempre unida toda la tribu, á pesar de la discordia de las dos facciones que se habian formado en el tiempo de su peregrinacion. Esta discordia, que se habia trasmitido de padres á hijos, estalló al fin por los años de 1338. No pudiendo soportarse mutuamente las dos facciones, una de ellas tomó la resolucion de separarse; pero no pudiendo alejarse tanto como se lo sugería su encono, se detuvo en otra isla, poco distante de la primera, y situada al Norte de ella, la cual, por haberse encontrado allí un monton de arena, fué llamada *Xaltitlco*, y despues, por el terraplen que hicieron, *Tlatelolco*, nombre que hasta ahora ha conservado (1).

(1) Los antiguos representaban á Tlatelolco en sus pinturas, bajo la figura de un monton de arena.

Los que se establecieron en la nueva isla, que despues fué unida con la primera, se llamaron *Tlatelolcos*, y los que permanecieron en el primer sitio, *Tenochcos*; pero nosotros los llamaremos Mexicanos, como los llaman todos los escritores.

Poco ántes, ó poco despues de este acaecimiento, dividieron los Mexicanos su miserable ciudad en cuatro cuarteles, señalando á cada uno un dios tutelar, ademas del que protegía á toda la nacion. Esta division subsiste actualmente con los nombres de San Pablo, San Sebastian, San Juan y Santa María (1). En medio de los cuatro estaba el santuario de *Huitzilopochtli*, á quien tributaban los principales cultos.

SACRIFICIO INHUMANO.

En honor de esta funesta divinidad hicieron por aquel tiempo un horrendo sacrificio, que no se puede oír sin espanto. Mandaron al caudillo de Colhuacan una embajada, rogándole que les diese alguna de sus hijas, para consagrarla como madre de su dios protector, significándole ser esta una orden espresa de aquel númen, para exaltarla á tan sublime gerarquía. El caudillo envanecido con la esperanza de tener una hija deificada, ó quizás atemorizado con las desgracias que podrian sobrevenirle, si desobedecía á un dios, concedió á los Mexicanos lo que le pedian, tanto mas facilmente, cuanto que

Si hubieran sabido esto los que emprendieron la interpretacion de las pinturas mexicanas, que con las *Cartas de Cortés* se publicaron en México el año de 1770, no hubieran llamado á dicho sitio *Tlatilolco*, traduciendo este nombre por horno.

[1] El cuartel que hoy es de San Pablo fué llamado por los Mexicanos *Teopan* y *Xochimilco*; el de San Sebastian, *Atzacualco*; el de San Juan *Moyotla*; el de Santa María, *Cuepopan* y *Tlaquechiuhcan*.

no preveía lo que iba á suceder. Los Mexicanos condujeron con gran júbilo aquella noble doncella á su ciudad; pero apenas llegó, mandó el demonio, segun dicen los historiadores, que le fuese sacrificada, y desollada despues de muerta, y que con su pellejo se vistiese alguno de los principales jóvenes de la nacion. Fuese en efecto orden del demonio, ó lo que es mas verosímil, cruel invencion de aquellos bárbaros sacerdotes, lo cierto es que el plan se ejecutó puntualmente. Convidado el caudillo por los Mexicanos á la apoteosis de su hija, fué á ser espectador de aquella gran funcion, y uno de los adoradores de la nueva divinidad. Entró en el santuario, donde al lado del ídolo estaba en pié el joven, vestido con la sanguinosa piel de la víctima; pero la oscuridad no le permitió ver lo que pasaba. Pusiéronle en la mano un incensario, y un poco de copal, á fin de que hiciese las ceremonias del culto; pero habiendo visto á la luz de la llama que hizo el copal, aquel horrible espectáculo, se le conmovieron de dolor las entrañas, y arrebatado por violentos afectos, salió gritando como un loco, y mandando á su gente que tomase venganza de tan bárbaro atentado: mas no se atrevieron á obedecerle, sabiendo que inmediatamente hubieran sido oprimidos por la muchedumbre; con lo que el desconsolado padre se volvió á su casa, á llorar su infortunio todo el resto de su vida. Su infeliz hija fué diosa, y madre honoraria, no solo de *Huitzilopochtli*, sino de todos sus dioses, que es lo que significa el nombre de *Teteoinan*, con el cual fué desde entónces conocida y reverenciada. Tales fueron en aquella nueva ciudad los principios del bárbaro sistema de religion, cuyos pormenores daré en otro libro.

LIBRO TERCERO.

Fundacion de la monarquía mexicana; sucesos de los Mexicanos bajo sus cuatro primeros reyes, hasta la derrota de los Tepanecas y la conquista de Azcapozalco. Proezas y acciones ilustres de Moteuczoma Ilhuicamina. Gobierno y muerte de Techotlalla, quinto rey chichimeca. Revoluciones del reino de Acolhuacan. Muerte del rey Ixtlilxochitl y de los tiranos Tezozomoc y Maxtlaton.

ACAMAPITZIN, PRIMER REY DE MEXICO.

HASTA el año de 1352, el gobierno de los Mexicanos habia sido aristocrático, obedeciendo toda la nacion á un cuerpo compuesto de las personas mas notables por su nobleza y sabiduría. Los que la regian cuando se fundó México, eran veinte (1), y el principal de ellos *Tenoch*, como parece en sus pinturas. La suma humillacion en que se hallaban, el daño que les hacian sus vecinos, y el ejemplo de los Chichimecas, de los Tepanecas y de los Colhuas, los estimularon á erigir su pequeño estado en monarquía, no dudando que la autoridad régida daría mas esplendor al pueblo, y lisonjeándose con la esperanza de hallar en el nuevo

[1] Los veinte señores que entonces regian la nacion se llamaban *Tenoch, Atzin, Acacitli, Ahucxotl ó Ahueioll, Ocelopan, Xomimilt, Xiuhcac, Azolohua, Nanacatzin, Quentzin, Tlatala, Tzontliya-yauh, Cozcatt, Tezcatt, Tochpan, Mitnich, Tete-pan, Tezacatt, Acohuatl y Achitumecott.*

gefe un padre, que cuidaria del bien del estado, y un buen general que los defendería de los insultos de sus enemigos. Fué de comun consentimiento elegido *Acamapitzin*, ó por aclamacion del pueblo, ó por los sufragios de algunos electores, á cuya decision se sometieron todos, como despues se hizo.

Era *Acamapitzin* uno de los mas ilustres y prudentes personajes que entonces habia en la nacion. Su padre era *Opochtli*, Azteca de la primera nobleza (1), y su madre

[1] Algunos historiadores dicen que *Acamapitzin*, que suponen nacido en la esclavitud de Colhuacan, fué hijo de *Huitzilhuittl* el viejo; pero no es verosímil. *Huitzilhuittl*, nacido cuando los Mexicanos estaban en *Tizayuca*, no tenia ménos de noventa años cuando la esclavitud. Luego no pudo ser padre, sino abuelo de *Acamapitzin*. En esto seguimos al Dr. *Siguenza*, que averiguó con mas crítica que *Torquemada* la genealogía de los reyes mexicanos.

Atozotli, princesa de la casa real de Colhuacan (1). Por parte de padre, traía su origen de *Tochpanecatli*, aquel gefe de *Zumpanco*, que tan benignamente acogió á los Mexicanos cuando llegaron á su ciudad. Aun no se habia casado; por lo que se determinó buscarle una jóven de las primeras casas de *Anáhuac*. Pero ántes enviaron sucesivamente embajadas al gefe de *Tacuba* y al rey de *Azcapozalco*; mas de todos fueron desechadas sus proposiciones con desprecio. Entónces, sin desanimarse por tan ignominiosa acogida, hicieron la misma demanda á *Acolmiztli*, señor de *Coatlíchan*, y descendiente de uno de los tres príncipes *Acolhuas*, rogándole que les diese por reina alguna de sus hijas. Cedió aquel personaje á sus plegarias, y les dió á su hija *Ilancueitl*, la que llevaron en triunfo los Mexicanos, y celebraron con gran alegría las bodas.

CUACUAHPITZAHUAC, REY PRIMERO DE TLATLOLCO.

Los *Tlatelolcos*, que por ser vecinos y rivales de los Mexicanos, observaban siempre lo que pasaba en *Tenochtitlan*, ya para emular su gloria, ya para no verse con el tiempo oprimidos por su poder, crearon tambien un rey; pero no teniendo por conveniente que fuese de su nacion, sino de los *Tepanecas*, en cuyo territorio estaban *Tlatelolco* y *México*, pidieron al rey de *Azcapozalco* uno de sus hijos, á fin de que los rigiese como monarca, y ellos como vasallos lo obedeciesen. El rey les dió al príncipe *Cuacuauh-pitzahuac*, el cual fué inmediatamente coronado como primer rey de *Tlatelolco* el año de 1353.

Es de creer que los *Tlatelolcos*, al hacer esta demanda al rey, tanto por adularlo, como por irritarlo contra sus rivales los Mexi-

[1] Es de estrañar que *Opochtli* se casase con una dama tan ilustre, en la época del envilecimiento de su nacion; mas no dejan duda sobre aquel casamiento las pinturas de los Mexicanos y de los Colhuas, que vió el doctísimo *Siguenza*.

canos, le exageraron la insolencia de estos en crear un rey sin su permiso; pues el rey convocó á sus consejeros y les habló así: „¿Qué os parece, nobles *Tepanecas*, del atentado de los Mexicanos? Ellos se han introducido en nuestros dominios, y van aumentando considerablemente su ciudad y su comercio; y lo que es peor, han tenido la osadía de elegir un rey de su nacion, sin esperar nuestro consentimiento. Si esto hacen en el principio de su establecimiento, ¿qué puede esperarse que hagan cuando se hayan multiplicado y aumentado sus fuerzas? ¿No es de temer que en el porvenir, en lugar de pagarnos el tributo que les hemos impuesto, pretendan que nosotros se lo paguemos, y que el reyezuelo de los Mexicanos quiera ser tambien monarca de los *Tepanecas*? Yo creo necesario aumentar sus cargas, á fin de que fatigándose para pagarlas, se consuman, ó no pagándolas, sufran nuevos males, y se vean al fin obligados á salir de nuestros dominios.”

NUEVAS CARGAS IMPUESTAS A LOS MEXICANOS.

Aplaudieron todos esta resolucion, como debia esperarse; pues el príncipe, que al consultar á otros, descubre sus intenciones, mas bien busca panegiristas que lo ayuden, que consejeros que lo iluminen. Envió pues el rey á decir á los Mexicanos, que siendo tan reducido el tributo que hasta entonces le habian pagado, queria duplicarlo para en adelante: ademas de lo cual debian darle no sé cuántos millares de haces de sauces y abetos, para plantarlos en los caminos y en los jardines de *Azcapozalco*, y llevarle á su corte un gran huerto flotante en que estuviesen sembradas y nacidas todas las plantas de uso comun en *Anáhuac*.

Los Mexicanos, que hasta entonces no habian pagado otro tributo que cierta cantidad de peces, y cierto número de pájaros acuáticos, se afligieron al recibir esta noticia, temiendo que se aumentasen progresivamente sus cargas; pero hicieron cuanto se les habia prescrito, llevando en el tiempo

señalado, con las aves y los peces, las haces y el huerto. Los que no hayan visto los bellísimos jardines que hasta nuestros tiempos se han cultivado sobre el agua, y con la facilidad con que se trasportan á donde se quiere, no podrán sin dificultad persuadirse de la verdad de aquel hecho; pero los que los han visto, como yo, y todos los que han navegado en aquel lago, donde los sentidos hallan el mas suave recreo de cuantos pueden gozar, no vacilarán en darle asenso. Pagado aquel tributo, les mandó el rey que el año siguiente le llevasen otro huerto, y en él una ánade y una garza, empollando una y otra sus huevos; pero de tal modo, que al llegar á Anáhuac, empezasen á salir los pollos. Obedecieron los Mexicanos, y con tanto acierto tomaron sus medidas, que el insensato rey tuvo el gusto de ver salir á los pollos de los cascarones. Para el año siguiente ordenó que le llevasen otro huerto con un ciervo vivo. Este mandato era de difícil ejecución, pues para cazar al ciervo era necesario ir á los montes de tierra firme, con evidente peligro de hallar á sus contrarios; sin embargo, lo ejecutaron puntualmente, para evitar mayores perjuicios. Esta dura opresion de los Mexicanos no duró ménos de cincuenta años. Los historiadores de México aseguran que aquel pueblo imploraba en todas sus aflicciones la proteccion de sus dioses, y que estos le facilitaban la ejecución de aquellas órdenes tiránicas: yo sin embargo soy de distinta opinion.

El pobre rey Acamapitzin, tuvo ademas de estos disgustos, el de la esterilidad de la reina Ilancueitl; por lo que se casó con Tezcatlamiahuatl, hija del señor de Tetepanco, de la que nacieron muchos hijos, y entre ellos Huitzilihuitl y Quimalpopoca, sus sucesores en el trono. Tomó esta segunda muger sin dejar á la primera; ántes bien las dos vivian en tanta concordia, que Ilancueitl se encargó de la educacion de Huitzilihuitl. Tuvo ademas con el título de reina, otras mugeres, y entre ellas una esclava, de que nació Itzenatl, uno de los mejores y mas célebres reyes que hubo en Aná-

huac. Gobernó Acamapitzin pacíficamente su ciudad, á que se reducía entónces todo su reino, por espacio de treinta y siete años. En su tiempo se aumentó la poblacion, se fabricaron algunos edificios de piedra, y se empezaron los canales, que no sirvieron ménos á la hermosura de la ciudad, que á la utilidad de los habitantes. El traductor de la *Coleccion* de Mendoza atribuye á este rey la conquista de Mizquic, de Cuitlahuac, de Cuauhnahuac y de Xoquimilco. Pero ¿quién podrá creer que los Mexicanos emprendiesen la conquista de cuatro ciudades tan populosas, cuando apénas podian sostenerse en su propio establecimiento? La pintura de aquella *Coleccion* que representa las cuatro ciudades vencidas por los Mexicanos, debe entenderse como símbolo del auxilio que estos prestaron á otros estados, á la manera en que despues sirvieron al rey de Tezcoco contra los Xaltocanenses.

Poco ántes de morir convocó Acamapitzin á los magnates de la ciudad, y les hizo un breve discurso, recomendándoles sus mugeres, sus hijos y el celo por el bien público. Les dijo, que habiendo recibido la corona de sus manos, se la restituía para que la diesen al que estimasen mas capaz de ser útil á la nacion, y les espresó el sentimiento que tenia por dejarla tributaria de los Tepanecas. Su muerte acaecida en 1389, fué muy sensible á los Mexicanos, y sus exequias se celebraron con toda la solemnidad que permitia la miseria de la nacion.

Desde la muerte de Acamapitzin hasta la eleccion del nuevo rey, hubo, segun dice el Dr. Sigüenza, un interregno de cuatro meses: lo que no volvió á ocurrir en lo sucesivo, pues desde entónces, pocos dias despues de muerto el rey, se nombraba el sucesor. Aquella vez pudo retardarse la eleccion, por estar ocupada la nobleza en arreglar el número de electores, y establecer las ceremonias de la coronacion, que empezaron desde entónces á observarse.

Reunidos pues los electores escogidos por los nobles, el mas anciano les habló de este

modo: „Mi edad me da derecho de hablar el primero. Grande es, ¡ó nobles Mexicanos! la desgracia que hemos experimentado con la muerte de nuestro rey, y nadie debe llorarla mas que nosotros, que éramos las plumas de sus alas, y las pupilas de sus ojos. Tan gran desventura debe parecernos mayor, por el estado calamitoso en que nos hallamos, bajo el dominio de los Tepanecas, con oprobio del nombre mexicano. Vosotros, pues, á quienes tanto urge el remedio de las presentes calamidades, pensad en elegir un rey que cuide del honor de nuestro poderoso dios Huitzilopochtli, que vengue con su brazo las afrontas hechas á nuestra nacion, y que ponga bajo la sombra de su clemencia á los huérfanos, á las viudas y á los ancianos.”

HUITZILIHUITL, SEGUNDO REY DE MEXICO.

Acabada aquella breve arenga, dieron los nobles sus votos, y salió electo Huitzilihuitl, hijo del difunto Acamapitzin. Salieron los electores, y dirigiéndose á la casa del nuevo soberano, lo llevaron consigo al *tlatocacpalli*, ó sea trono, ó silla real; y haciéndole tomar asiento, lo ungieron del modo que despues explicaré: le pusieron en la cabeza el *copilli* ó corona, y uno á uno le prestaron obediencia. Entónces uno de los personajes de mas alta gerarquía alzó la voz, y habló al rey en estos términos: „No os desaniméis, generoso jóven, con el nuevo cargo que os hemos impuesto, de ser jefe de una nacion encerrada entre las cañas y juncos de este lago. Desventura es sin duda tener un pequeño estado, establecido en distrito ajeno, y regir una nacion, que siendo en su origen libre, ha llegado á ser tributaria de los Tepanecas. Pero consolans, sabiendo que estamos bajo la proteccion de nuestro gran dios Huitzilopochtli, cuya imágen sois, y cuyo lugar ocupais. La dignidad á que habeis sido elevado por él, no debe servir de pretexto para daros al ocio y á la holgura, sino mas bien de estímulo para el trabajo. Tened siempre á la vista los nobles ejemplos

de vuestro gran padre, el cual no ahorró fatiga alguna para promover el bien de su pueblo. Quisiéramos, ¡ó Señor! haceros regalos dignos de vuestra persona; mas pues no lo permite la condicion en que nos hallamos, dignaos recibir nuestros deseos y las promesas de nuestra constante fidelidad.”

Aun no estaba casado Huitzilihuitl cuando subió al trono: por lo que se pensó muy en breve darle muger, y quisieron los nobles que esta fuese alguna hija del mismo rey de Azcapozalco; pero por no esponerse á una respuesta tan ignominiosa como la que tuvieron en tiempo de Acamapitzin, resolvieron hacer esta vez la demanda con las mayores demostraciones de sumision y respeto. Fueron pues algunos nobles á Azcapozalco; y presentados al rey, puestos de rodillas en su presencia, espusieron en estos términos su pretension: „Ved aquí, gran señor, á vuestros piés á los pobres Mexicanos, esperando de vuestra benignidad una gracia har-to superior á sus merecimientos; pero ¿á quién debemos acudir sino á vos, que sois nuestro señor y padre? Vednos aquí pendientes de vuestra boca, y prontos á obedecer la menor de vuestras señales. Os rogamos, pues, con el mas profundo respeto, que os compadezcáis de nuestro amo y siervo vuestro, Huitzilihuitl, encerrado en las espesas cañas del lago. Está sin muger, y nosotros sin reina. Dignaos, señor, dejar escapar de vuestras manos alguna joya, ó alguna pluma de vuestras alas. Dadnos una de vuestras hijas, á fin de que venga á reinar en vuestra tierra.”

Estas espresiones, que son singularmente elegantes en la lengua mexicana, ablandaron de tal modo el ánimo de Tezozomoc, (que así se llamaba el rey), que inmediatamente entregó su hija *Ayauncuauatl* á los embajadores, con indecible júbilo de estos; los cuales la condujeron en pompa á México, donde se celebró el casamiento con la acostumbrada ceremonia de estar la estremidad de la ropa de los dos novios. De este enlace nació el primer año un hijo, á quien dieron el nombre de *Acolnahuacatl*; pero de-

seoso de ennoblecer su nacion con nuevas alianzas, pidió y obtuvo Huitzilihuitl, del señor de Cuauhnahuac una de sus hijas, llamada *Miahuaxochil*, de quien tuvo á Mo-teuzoma *Ilhuicamina*, el rey mas famoso de los Mexicanos.

TECHOTLALA, REY DE ACOLHUACAN.

Reinaba á la sazón en Acolhuacan Techotlala, hijo del rey Quinatzin. Los treinta años primeros de su reinado fueron bastante pacíficos; pero despues se rebeló contra la corona Tzompan, señor de Xaltocan, el cual viendo que no tenia bastantes fuerzas para hacer frente á su soberano, llamó en su ayuda á los estados de Otompan, Mez-titlan, Cuahuacan, Tecomic, Cuauhtitlan y Tepozotlan. El rey Techotlala les prometió el perdon, con tal que dejasen las armas y se sometiesen. Quizás usó de esta clemencia en consideracion á la ilustre sangre del gefe de la rebelion; pues era el último descendiente de Chiconcuauhtli, uno de los tres príncipes Acolhuas. Pero ensoberbecido este con el gran número de tropas que habia reunido, desechó con desprecio el perdon. Irritado entónces el monarca, envió contra los rebeldes un ejército, al que se unieron los Mexicanos y los Tepanecas llamados por él á su socorro. La guerra fué obstinada, y duró mas de dos meses; pero declarada finalmente la victoria por el rey, Tzompan y los otros gefes rebeldes fueron castigados con el último suplicio, terminando en aquel desacordado la clara estirpe de Chiconcuauhtli. Esta guerra, hecha por los Mexicanos, como auxiliares del rey de Acolhuacan contra Xaltocan y los otros estados confederados, es la representada en la tercera pintura de la *Coleccion* de Mendoza; pero el intérprete se engañó creyendo que aquellas ciudades habian sido conquistadas para la corona de México.

Acabada la guerra, los Mexicanos volvieron gloriosos á su ciudad, y el rey Techotlala, para evitar en el porvenir nuevas rebe-

liones, dividió su reino en sesenta y cinco estados, dando á cada uno un señor que lo rigiese, con subordinacion á la corona. De cada estado sacó alguna gente para establecerla en otro, quedando sin embargo sometida al señor de cuyo estado salia, queriendo de este modo someter á los pueblos por medio de los extranjeros que en ellos establecia: política en verdad útil para evitar revueltas; pero dañosa á los súbditos inocentes, é incómoda á los gefes que los gobernaban. Ademas de esto, honró á muchos nobles con cargos eminentes. Hizo á Tetlato, general de los ejércitos; á Yalqui, aposentador é introductor de embajadores; á Tlami, mayordomo de palacio; á Amechichi, inspector de la policía de las casas reales, y á Cohuatl, director de los plateros de Ocolco. Ninguno podia trabajar el oro y la plata para el servicio del rey, sino los hijos del mismo director, que para esto habian aprendido aquel arte. El aposentador de los embajadores tenia á sus órdenes cierto número de oficiales Colhuas; el mayordomo, los Chichimecas, y el inspector de la policía un número igual de Tepanecas. Con estas medidas aumentó el esplendor de la corte, y afianzó el trono de Acolhuacan, aunque no le fué dado evitar las revoluciones que despues veremos. Estos, y otros rasgos de política que se irán descubriendo en el curso de esta Historia, demuestran el agravio que hicieron á los americanos, los europeos que los creyeron animales de otra especie, y las que los juzgan incapaces de mejora.

La nueva alianza entre el rey de México y el de Azcapozalco, y la gloria que los Mexicanos adquirieron en la guerra de Xaltocan, contribuyeron no ménos á vigorizar su situacion política, que á mejorar su condicion privada; porque gozando de mas libertad y estension en su comercio, comenzaron en aquel tiempo á vestirse de algodón, del que en los tiempos de su miseria habian estado privados, sin vestirse de otra cosa que de telas groseras, hechas con hilo de maguey ó con palmas silvestres. Pero apenas empezaron á respirar, salió contra ellos, de

la misma familia real de Azcapozalco, un nuevo enemigo y sangriento perseguidor.

ENEMISTAD DE MAXTLATON CONTRA LOS MEXICANOS.

Maxtlaton, señor de Coyoacan, hijo del rey de Azcapozalco, hombre ambicioso, indómito y cruel, temido aun por su mismo padre, habia llevado muy á mal el casamiento de su hermana Ayauhcihuatl con el rey de México. Disimuló algun tiempo su disgusto, por respeto á su padre; pero en el décimo año del reinado de Huitzilihuitl, se trasladó á Azcapozalco, y convocó á la nobleza, para esponerle sus quejas contra los Mexicanos y contra su rey. Representóle el aumento de la poblacion de México; exageró el orgullo y la arrogancia de aquella nacion, y los fatales efectos que podrian temerse de sus disposiciones, y sobre todo, se lamentó del gravísimo perjuicio que le habia hecho el rey de México quitándole su propia muger. Es necesario saber que Maxtlaton y Ayauhcihuatl, aunque hijos de Tezozomoc, habian nacido de diversas madres, y quizás eran entónces lícitos estos enlaces entre los Tepanecas. Sea que en efecto quisiese Maxtlaton casarse con su hermana, sea que se sirviese de aquel pretexto para dar rienda suelta á sus crueles designios, en aquella reunion se tomó la resolucion de llamar á Huitzilihuitl, para echarle en cara su temeridad. Fué en efecto el rey de México á Azcapozalco; lo que no debe extrañarse, pues era costumbre entre los señores de aquella tierra, visitarse unos á otros en sus territorios respectivos: ademas de que en Huitzilihuitl concurría la circunstancia particular de ser feudatario de aquella corona; porque aunque desde el nacimiento de Acolnahuacatl, la reina de México obtuvo de su padre Tezozomoc que aliviase á los Mexicanos de las cargas á que por espacio de tantos años habian estado sujetos, siempre quedó México en la condicion de feudo de Azcapozalco, y los Mexicanos debian presentar cada año al rey te-

paneca dos ánales, en reconocimiento de su alto dominio.

Maxtlaton recibió á Huitzilihuitl en una sala de su palacio, y despues de haber comido con él en presencia de los cortesanos, que lisonjaban sus proyectos, le hizo una severísima reprension sobre la injuria que creia haber recibido por su matrimonio con Ayauhcihuatl. El rey mexicano protestó su inocencia con la mayor humildad, diciendo que jamas hubiera él pedido la mano de la princesa, ni el rey su padre se la hubiera concedido, si hubiese estado comprometida con otro. Pero á pesar de la sinceridad de sus excusas, y de la eficacia de sus razones, Maxtlaton le respondió con el mayor enojo: „Bien podria imponerte silencio, y darte muerte aquí mismo, y así quedaria castigada tu temeridad y vengado mi honor; pero no quiero que se diga que un príncipe tepaneca mata á traicion á un enemigo. Anda por ahora en paz, que el tiempo me ofrecerá la ocasion de tomar de tí venganza mas decorosa.”

Fuése el mexicano lleno de despecho y furor, y no tardó en conocer los efectos de la enemistad de su cruel cuñado. La verdadera causa de aquel odio fué el temor que tenia Maxtlaton de que recayese con el tiempo el señorío de los Tepanecas en su sobrino Acolnahuacatl, que habia nacido de una hija del rey Tezozomoc, de lo que resultaria la sumision de su nacion á la mexicana. Para libertarse de este temor, formó el bárbaro proyecto de dar muerte á su sobrino, como lo ejecutó, por medio de unos malvados, que se sirvieron de esta crueldad para grangearse el favor de su gefe; pues nunca faltan á los poderosos hombres perversos y venales, que sean ministros de sus pasiones (1). Tezozomoc no consintió en

[1] No hay autor que refiera las circunstancias de la trágica muerte del príncipe Acolnahuacatl, ni se puede entender cómo lograron los Tepanecas cometer aquel atentado en México; pero no podemos dudar del hecho, atestigüado por los autores nacionales, aunque entre los españoles no falta quien, como el

aquel atentado, pero no sabemos que lo desaprobase. En el curso de esta Historia veremos que el orgullo, la ambicion y la crueldad de Maxtlaton, toleradas y aun favorecidas por su indulgente padre, fueron la causa de su ruina, y del esterminio de su pueblo. Huitzilihuitl sufrió á su despecho un golpe tan doloroso; pero no se hullaba con bastantes fuerzas para vengarse.

TLACATEOTL, SEGUNDO REY DE TLATELOLCO.

En el mismo año en que sucedió en México la tragedia que acabo de referir (1399), murió en Tlatelolco, el primer rey Cuauauhpuhitzahuac, dejando la ciudad considerablemente aumentada con buenos edificios y hermosos jardines, y con cierto grado de civilizacion y policia. En su lugar fué elegido Tlacateotl, de cuyo origen hablan diversamente los historiadores; pues unos los creen Tepaneca, como su antecesor, y otros Acolhua, y dado á los Tlatelolcos por el rey de Acolhuacan. La rivalidad que existia entre los Mexicanos y Tlatelolcos, contribuyó en gran manera al engrandecimiento de los pueblos, pues cada uno aspiraba á superar en todo al otro. Los Mexicanos por su parte se habian emparentado con las naciones vecinas: habian estendido su agricultura, multiplicando los huertos flotantes del lago, y tenian ademas mayor número de barcos, con lo que habian aumentado su pesca y su comercio; así que, pudieron celebrar su año secular, primero Tochtli, correspondiente al 1402 de la era vulgar, con mayor aparato que los cuatro que habian transcurrido desde su salida del pais de Aztlan.

Reinaba aun por aquel tiempo en Acolhuacan, Techotlala, ya decrepito; el cual, previendo la cercanía de la muerte, llamó á su hijo y sucesor Ixtlilxochitl, y entre las instrucciones que les dió, le aconsejó que se granjeara los ánimos de los señores sus feudatarios, porque podria suceder que Tezozomoc, viejo astuto y ambicioso, que hasta en-

Padre Acosta, confunda aquella muerte con la de Quimalpopoca, tercer rey de México.

tónces no se habia atrevido á dar rienda suelta á sus planes, quisiese conspirar contra el imperio. No eran vanos los temores de Techotlala, como despues veremos. Murió por fin este rey en 1406, despues de un largo reinado, aunque no tanto como dicen algunos autores (1).

IXTLILXOCHITL, REY DE ACOLHUACAN.

Despues de celebradas las exequias reales con las acostumbradas ceremonias y asistencia de los señores feudatarios y gefes dependientes de aquella corona, se solemnizó la exaltacion de Ixtlilxochitl. Entre aquellos personajes se hallaba el señor de Azcapozalco, quien no tardó en descubrir cuan bien lo conocia el rey difunto; pues sin prestar obediencia á su sucesor, se fué á sus estados, para suscitar los ánimos de los feudatarios á la rebelion. Convocó á los reyes de México y de Tlatelolco, y les dijo, que habiendo muerto Techotlala, que por tantos años habia tiranizado aquel pais, queria poner en libertad á los señores feudatarios, á fin de que cada uno gobernase su territorio con absoluta independencian del rey de Acolhuacan: que para conseguir un fin tan glorioso, necesitaba de sus auxilios, y esperaba de su valor, ya conocido entre todas las naciones, que procurarian ser partícipes de la gloria á que él aspiraba; y á fin de que el golpe fuese mas seguro, él haria entrar en la confederacion á otros señores que no estaban animados por los mismos sentimientos. Los dos reyes, ó movidos por el miedo de la preponderancia de Tezozomoc, ó por el deseo de aumentar la gloria de sus armas, se ofrecieron á servirlo con sus tropas; y lo mismo respondieron los otros caudillos á quienes dirigió sus proposiciones.

Entre tanto procuraba Ixtlilxochitl arreglar los negocios de su corte, y conciliarse los

[1] Torquemada y Betancourt dan 104 años de reinado á Techotlala: lo que ciertamente no es imposible, pero es inverosímil, cuando no hay graves testimonios que lo acrediten, especialmente siendo tan desatinada la cronología de aquellos dos autores.

ánimos de sus súbditos; pero reconoció, no sin grave pesadumbre, que muchos de ellos se habian sustraído á su obediencia, y habian abrazado el partido del pérfido Tezozomoc: así, para impedir los progresos de sus enemigos, mandó á los señores de Coatlichan, de Huexotla y de otros estados próximos á su corte, que armasen sin tardanza cuantas tropas pudiesen. El mismo rey queria mandar en persona el ejército; pero lo disuadieron de esta idea sus cortesanos, creyendo mas necesaria su presencia en la corte; pues en medio de aquellas turbulencias, podrian algunos enemigos ocultos, ó de equívoca fidelidad, prevalerse de su ausencia para apoderarse de la capital, y precipitarlo del trono. Fué, pues, nombrado general del ejército, Tochtinteuctli, hijo del señor de Coatlichan; y para sustituirlo en caso de su muerte, ó de algun otro accidente, Cuauhxilol, señor de Iztapalcoan. Escogieron para teatro de la guerra la llanura de Cuauhtitlan, quince millas al Norte de Azcapozalco. Las tropas rebeldes eran mas numerosas que las del ejército real, pero estas eran mas disciplinadas. Este ejército, ántes de llegar á Cuauhtitlan, arrasó seis estados de los caudillos rebeldes, tanto por debilitar á sus enemigos, como por no dejar á retaguardia quien pudiese hacerles daño. La guerra fué de las mas obstinadas, equilibrándose la disciplina de los Tezococanos, con el número de los Tepanecas, los cuales en breve tiempo hubieran sido completamente vencidos, si no hubiesen reclutado continuamente nuevas tropas. Los aliados de los rebeldes no cesaban de destacar gruesos cuerpos contra los estados fieles, seguros de hallar en ellos poca resistencia, por estar congregadas en Cuauhtitlan casi todas las fuerzas de los Tezococanos. Entre los muchos males que ocasionaron, se cuenta la muerte de Cuauhxilol, señor de Iztapalcoan, el cual, vuelto del campo de Cuauhtitlan, murió con gloria, defendiendo intrépidamente su ciudad. Vióse por esto obligado el rey de Acolhuacan á dividir sus huestes, destinando para guarnicion de las ciudades

una buena parte de la gente que de muchos puntos remotos acudia á su defensa. Tezozomoc, viendo que en vez de las ventajas que aguardaba, cada dia se disminuian sus soldados, y que los que sobrevivian llevaban con impaciencia los peligros y fatigas de la guerra, despues de tres años de continua lucha, pidió la paz con intencion de terminar á traicion lo que habia empezado á viva fuerza. El rey de Acolhuacan, aunque no podia fiarse del Tepaneca, consintió en lo que se le pedia, sin exigir alguna condicion que lo asegurase para lo venidero, por hallarse sus tropas tan cansadas como las de sus enemigos.

QUIMALPOPOCA, TERCER REY DE MEXICO.

Terminada apénas aquella guerra, ó poco ántes de su conclusion, murió por los años de 1409, Huitzilihuitl, despues de veinte años de reinado, y despues de haber promulgado algunas leyes útiles á la nacion, dejando á la nobleza en posesion de su prerogativa de elegir sucesor. Fué elegido su hermano Quimalpopoca, y desde entónces, segun parece, quedó establecida la ley de elegir uno de los hermanos del rey difunto, ó un sobrino, por falta de hermanos. Esta práctica fué observada constantemente, como lo haremos ver, hasta la ruina del imperio mexicano.

Mientras Quimalpopoca procuraba afianzarse en el trono de México, Ixtlilxochitl vacilaba en el de Acolhuacan. La paz que Tezozomoc le habia pedido, era un pretexto para dejarlo adormecer, y promover entre tanto con mas eficacia sus negociaciones. Cada dia crecia su partido, y se aminoraba el de Ixtlilxochitl. Vióse en fin este desgraciado monarca reducido á tal estrechidad, que no creyéndose seguro en su corte, andaba errante en los montes vecinos, escoltado por un pequeño ejército, y acompañado de los señores de Huexotla y de Coatlichan, que le fueron constantemente fieles. Los Tepanecas, para mas apretarlo, interceptaban los víveres que se llevaban á

su campamento; por lo que tuvo que pedir que comer á sus propios enemigos. ¡Tan fácil es precipitarse de la cúspide de la felicidad humana al abismo de la miseria!

HECHO MEMORABLE DE CIHUACUECUENOTZIN.

Dió pues á un sobrino suyo, llamado *Cihuacuecuenotzin* el encargo de ir á Otompan, una de las ciudades rebeldes, y de rogar á sus habitantes que socorriesen á su monarca con víveres, de que tante necesitaba, y que abandonasen el partido de los traidores, recordando los antiguos juramentos de fidelidad que le habian prestado. Bien conoció aquel personaje el peligro de la empresa; pero siendo mas poderosas que su temor, la nobleza de sus sentimientos, la fortaleza de su ánimo, y la fidelidad á su soberano, se prestó sin dificultad á obedecer sus preceptos. „Voy, señor, le dijo, á poner en ejecucion vuestros mandatos, y á sacrificar mi vida á la obediencia que os debo. No ignorais cuanto se han alejado de vos los Otompanecas para unirse con vuestros enemigos. Todas estas tierras están ocupadas por Tepanecas, y sembradas de peligros: mi vuelta es demasiado incierta. Mas si perezco en vuestro servicio, y si el sacrificio que os hago de la vida es digno de alguna recompensa, os ruego que protejais á dos hijos tiernos que dejo sin apoyo.” Estas palabras, interrumpidas por el llanto de quien las proferia, enternecieron el corazón del rey, el cual le dijo al despedirlo: „Nuestro dios te acompañe y te restituya con vida. Quizás á tu vuelta habré yo cedido á esos males que para tí temes; pues ¿cómo podré escapar de los innumerables enemigos que buscan mi muerte?” Dirigióse inmediatamente *Cihuacuecuenotzin* á Otompan, y ántes de entrar en el pueblo, supo que habian llegado unos Tepanecas enviados por Tezozomoc á publicar un bando. No por esto se intimidó; ántes bien con ánimo intrépido llegó á la plaza, donde los Tepanecas habian congregado al pueblo para publicar el bando, y despues de haber saludado cortes-

mente á todos, espuso francamente el objeto de su embajada.

Los Otompanecas se burlaron de él, y respondieron con carcajadas de risa á sus proposiciones; mas ninguno de ellos osó pasar adelante, hasta que hubo un desalmado que le tiró una piedra, y escitó á los otros á que le diesen muerte. Los Tepanecas que se habian estado quietos, observando en silencio lo que harian los Otompanecas, viéndolos ya abiertamente declarados contra el rey de Acolhuacan y contra su embajador, gritaron: *Muera el traidor!* acompañando estos gritos con pedradas. *Cihuacuecuenotzin* hizo frente al principio á sus enemigos; pero viéndose oprimido por la muchedumbre, y queriendo salvar la vida con la fuga, fué muerto en medio de un diluvio de piedras. ¡Hombre verdaderamente digno de mejor fortuna! ¡Ejemplo memorable de fidelidad, que los poetas y los historiadores hubieran inmortalizado, si el héroe en vez de ser americano, hubiera nacido en Grecia ó en Roma!

Los Tepanecas se envanecieron con un hecho tan inhumano y tan contrario al derecho de gentes, y espresaron al pueblo el placer que tendrian en poder asegurar á su dueño, como testigos oculares, de la inviolable fidelidad de los Otompanecas. Dijeron tambien que venian enviados para intimarles la orden de no dar socorro de ninguna especie al rey de Tezcoco, y para exhortarlos á tomar las armas contra él y en defensa de su propia libertad. El señor de Otompan y los primeros personajes de la nobleza, respondieron que obedecian gustosos la orden del rey de Azcapozalco, y se dispusieron á coadyuvar á sus miras.

MUERTE TRAGICA DEL REY IXTLIXOCHITL, Y
TIRANIA DE TEZOZOMOC.

Dióse prontamente aviso de aquel suceso al señor de Acolman, y este, que era hijo de Tezozomoc, lo puso en noticia de su padre, el cual, creyendo que era llegado el tiempo de poner en ejecucion su pensamiento, llamó á los señores de Otompan y de Chalco,

en cuya fidelidad tenia mas confianza, y cuyos estados se hallaban en situacion favorable á su intento, y les encargó que armasen en el mayor secreto un ejército numeroso, y lo emboscasen en un monte vecino al campamento del rey de Tezcoco: que de allí le enviasen dos capitanes de los mas diestros y valerosos, los cuales, con pretesto de comunicar al rey un negocio de gran importancia, procurasen alejarlo cuanto les fuese posible de su gente, y le diesen muerte sin tardanza. Todo sucedió como el malvado príncipe habia pensado. Hallábase á la sazón el rey en las cercanías de Tlaxcala: no tuvo la menor sospecha de los dos capitanes que se le presentaron, y cayó incautamente en la accechanza que le habian apercibido. Ejecutóse el atemado á vista del ejército real, aunque á cierta distancia. Acudieron inmediatamente las tropas fieles á castigar aquellos perversos; pero sobrevino el ejército de los conjurados, que era numeroso, y los derrotó completamente. Apenas se pudo salvar el cadáver del rey para hacerle las debidas exequias, y el príncipe heredero, testigo del trágico fin de su padre, se vió obligado á esconderse entre unas malezas, para sustraerse al furor de sus enemigos. Así acabó sus dias el malaventurado rey *Ixtlixochitl*, despues de siete años de reinado, en el de 1410.

Dejó muchos hijos, y entre ellos á *Nezahualcoyotl*, heredero de la corona, cuya madre fué *Matlalcihuatzin*, hija de *Acumapitzin*, rey de México (1). Era este príncipe dotado de gran ingenio y de incomparable magnanimidad, y mas digno que ningun otro de ocupar el trono de

(1) Torquemada dice que *Matlalcihuatzin* era hija de *Huitzilhuittl*; pero ¿cómo puede ser esto? Añade que este rey, cuando subió al trono, no tenia mas que diez y siete años, que no estaba aun casado, y que reinó veintidos, ó cuando mas, veintiseis años. Por otra parte representa á *Nezahualcoyotl*, en la muerte de su supuesto abuelo, en edad de poder ir á la guerra, y de hacer negociaciones para asegurarse la corona: con que deberá decirse que *Huitzilhuittl*, ántes de cumplir 26 años de matrimonio, tenia nietos de 20 á lo ménos.

Acolhuacan; mas por la preponderancia de *Tezozomoc*, no pudo tomar posesion del trono que por tantos títulos se le debia, sino despues de algunos años, de infinitos peligros y contratiempos.

El pérfido *Tezozomoc* habia preparado gruesos cuerpos de tropas, á fin de que, dado el proyectado golpe en la persona del rey, invadiesen las ciudades de *Tezcoco*, *Huexotla*, *Coatlíchan*, *Coatepec* é *Iztapallocan*, que habian sido las mas fieles á su señor, y las entregasen á sus llamas. Los habitantes de aquellos pueblos, que pudieron huir, pasaron los montes, y se refugiaron entre los *Huexotzingos* y los *Tlascaltecas*: todos los otros murieron en defensa de su patria; pero vendieron muy caras sus vidas, pues fué infínita la sangre que se derramó por una y otra parte. Si se investiga la causa de estos desastres, se hallará que no fué otra que la ambicion de un príncipe. ¡Fuguese á Dios que fuesen ménos frecuentes y ménos violentos en el mundo los estragos de las pasiones! Cuendo no se ponen freno á las de un monarca ó á las de un ministro, bastan para inundar los campos de sangre humana, para arruinar las ciudades, para destruir los estados, y para trastornar toda la tierra.

Satisfecha finalmente la crueldad del tirano con la opresion de sus enemigos, se hizo proclamar rey de *Acolhuacan* en la ciudad de *Tezcoco*, concediendo á los que habian tomado las armas contra él, indulto general y permiso de volver á sus casas. Dió en feudo la ciudad de *Tezcoco* á *Quimalpopoca*, rey de México, y la de *Huexotla* á *Tlacatcelt*, rey de *Tlatelolco*, en premio de los grandes servicios que le habian prestado en aquella guerra. Puso gobernadores fieles á su partido en otros puntos, y declaró la ciudad de *Azcapozalco* corte y capital de todo el reino de *Acolhuacan*.

Halláronse presentes á aquella solemnidad, aunque disfrazados, algunos personajes del partido opuesto al tirano, y entre ellos el príncipe *Nezahualcoyotl*. El dolor y la rabia que estos sintieron en aquella oca-

sion, escitaron sus juveniles ardores; y ya iban á precipitarse, cometiendo una accion temeraria, contra sus enemigos, cuando los detuvo un confidente que los acompañaba, representándoles las fatales consecuencias de su arrojó, y haciéndoles ver cuanto mejor seria esperar del tiempo una ocasion mas oportuna para recobrar la corona, y tomar venganza de sus opresores: que siendo ya de edad muy avanzada el tirano, su muerte, que no podria tardar, mudaria enteramente el estado de las cosas: que los pueblos mismos se someterian entónces espontáneamente á sus señores legítimos, escitados per la crueldad y por la injusticia del usurpador. Al mismo tiempo un orador mexicano de alta graduacion (probablemente Itzcoatl, hermano del rey, y general de las armas mexicanas), ó por su propia autoridad, ó por órden del rey Quimalpopoca, subió al templo que en aquella corte tenia la nacion Tolteca, y habló en estos términos al inuenso pueblo que se habia reunido: „Oid, Chichimecas; oid, Acolhues, y todos los que presentes os hallais: ninguno se atreva á causar el menor daño á nuestro hijo Nezahualcoyotl: nadie permita que se le haga, si no quiere esponerse á un rigoroso castigo.” Este aviso sirvió de mucho á la seguridad del príncipe heredero, pues todos querian evitar el enojo de una nacion que ya empezaba á inspirar respeto.

Poco tiempo despues, muchos nobles de aquellos que por sustraerse al furor de las tropas tepanecas, se habian refugiado en Huexotzinco y en Tlaxcala, se reunieron en Papalotla, lugar próximo á Tezcoco, para deliberar sobre el partido que debian tomar en aquellas circunstancias; y todos convinieron en someterse á los nuevos señores nombrados por el usurpador, tanto por evitar nuevas persecuciones, como para poderse entregar tranquilamente al cuidado de sus casas y familias.

CARGAS IMPUESTAS POR EL TIRANO.

El tirano, despues de haber satisfecho su ambicion con la usurpacion del reino de

Acolhuacan, y su crueldad con los estragos que en aquel territorio habia hecho, quiso tambien satisfacer su codicia con el bienestar de sus súbditos. Impúsoles, además del tributo que en víveres y en ropas pagaban á su rey, otro de oro y de piedras preciosas, sin conocer cuanto se exasperarian de este modo los ánimos, que debería mas bien conciliarse con la moderacion y con la suavidad, para asegurar la posesion de un trono fundado en la crueldad y en la injusticia. Los nobles Toltecas y Chichimecas manifestaron deseos de presentarse al rey para habiárlo de este asunto. Parecióles escésiva la codicia del tirano, y harto diferente su conducta de la moderacion de los antiguos reyes, sus progenitores. Resolvieron, pues, enviarle dos eminentes oradores, uno Tolteca y otro Chichimeca, á fin de que cada uno de ellos, á nombre de su nacion respectiva, le espusiese enérgicamente el daño que les hacia con aquellas exacciones. Fueron en efecto á Azcapozalco, é introducidos á presencia del tirano, despues de una profundísima reverencia, habló primero el Tolteca, por ser mas antigua su nacion en aquel pais, y le representó los humildes principios de los Toltecas, los trabajos que habian pasado ántes de llegar al esplendor y gloria de que por algun tiempo gozaron, y la miseria á que habian quedado reducidos despues de su último venidamiento: describió la dispersion lamentable en que Xolotl los habia encontrado cuando llegó á aquella tierra; y recorriendo los anales de los dos siglos siguientes, hizo una patético enumeracion de las desastres que habian padecido, á fin de escitar la compasion del tirano, y evitar á sus compatriotas las nuevas cargas que este les imponia.

Apénas hubo terminado su arenga el Tolteca, tanó la palabra su compañero. „Yo, señor, dijo, puedo hablar con mas confianza y libertad. Soy Chichimeca, y hablo con un príncipe de la misma nacion, descendiente de los grandes reyes Xolotl, Nopaltzin y Tlotzin. No ignorais, que aquellos divinos Chichimecas, vuestros abuelos, desprecia-

ban el oro y las piedras preciosas. La corona que ceñian era una guirnalda de yerbas y flores del campo; el arco y la flecha eran sus adornos. Manteníanse al principio de carne cruda y de vegetales insípidos, y su ropa se componia de la piel de ciervos y fieras que mataban en la caza. Cuando aprendieron de los Toltecas la agricultura, los reyes mismos trabajaban la tierra, para estimular con su ejemplo á sus súbditos. La opulencia y la gloria, á que los alzó despues la fortuna, no ensobreció sus ánimos generosos. Servíanse, como reyes, de sus vasallos; pero los amaban como á hijos, y se contentaban con que reconociesen su superioridad, ofreciéndoles los humildes dones de la tierra. Yo, señor, no os traigo á la memoria estos claros ejemplos de vuestros antepasados, si no es para suplicaros humildísimamente, que no exijais mas de nosotros, que lo que ellos exigian de nuestros abuelos.” Escuchó el tirano los dos discursos; y aunque lo ofendió la comparacion que habia hecho el último orador entre él y los reyes antiguos, disimuló su enojo, y despidiendo á los diputados, confirmó la órden publicada sobre los nuevos tributos.

Entre tanto, Nezahualcoyotl recorria solícito muchas ciudades, á fin de conciliarse los ánimos, y adquirir medios de recuperar el trono. Pero aunque lo amaban sus súbditos, y deseaban verlo en posesion del reino, no se atrevian á favorecerlo abiertamente, por miedo del tirano. Abandonáronle muchos de sus deudos y amigos, y entre ellos su tio Chimulpam y Tecpancatl, hermano de su segunda muger, Nezahualxochitl, de la estirpe real de México. Continuando él sin embargo sus negociaciones, llegó una tarde á una villa de la provincia de Chalco, perteneciente á una señora viuda, llamada Tzilto-minah. Observó que habia allí una planta de maguey, de que la viuda sacaba vino, no solo para uso de su familia, sino tambien para venderlo; lo cual estaba severamente prohibido por las leyes de los Chichimecas. A vista de esto se inflamó de tal manera en celo por las leyes de sus padres, que sin que

lo contuviese la adversidad de su fortuna, ni ningun otro respeto, dió muerte con su propia mano á la viuda delincuente: accion inconsiderada y reprehensible, en que tuvo mas parte el ardor de la edad que la prudencia. Hizo gran ruido este suceso en la provincia, y el señor de Chalco, que era su enemigo, y habia sido cómplice en la muerte de su padre, procuró con el mayor empeño haberlo á las manos; mas el príncipe, previendo las consecuencias de su atentado, se habia ya puesto en salvo.

MUERTE DEL TIRANO TEZOZOMOC.

Ocho años habia estado Teozomoc poseyendo tranquilamente el reino de Coahuacan, pretendido en vano por Nezahualcoyotl, cuando tuvo unos sueños funestas que lo pusieron en gran consternacion. Soñó, pues, que Nezahualcoyotl, transformado en águila, le destrozaba el pecho, y le devoraba el corazon; y otra vez, que convertido aquel príncipe en leon, le lamia el cuerpo, y le chupaba la sangre. De tal modo lo amedrentaron estas trágicas visiones, obra de la conciencia de su injusticia y tiranía, que llorando á sus tres hijos Tayatzin, Teuctzintli y Maxtlaton, después de haberles espuesto sus sueños, les encargó que diesen muerte cuanto ántes á Nezahualcoyotl; pero con tanto secreto, que ninguno pudiese sospechar el autor de aquel delito. Apénas sobrevivió un año á este suceso. Era tan viejo, que no pudiendo calentarse, ni estar sentado, lo tenían cubierto de algodón, en una canasta á guisa de cuna; pero desde estar especie de sepultura, continuaba tiranizando á sus pueblos, y pronunciando oráculos de injusticia. Poco ántes de morir, nombró por sucesor á su hijo Teyatzin, y volvió á encargarle la muerte de su enemigo, conservando hasta el último aliento sus perversos designios. Así terminó su larga vida aquel monstruo de ambicion, de perfidia y de injusticia, por los años de 1422, despues de haber tiranizado nueve años el reino de Acolhuacan, y poseido mas largo tiempo el estado de Azcapozalco (1).

[1] Torquemada dice que Teozomoc fué hijo del

Aunque tocaba á Toyatzin, como á heredero del trono, dar las órdenes oportunas para las exequias de su padre, arrogóse aquella autoridad su hermano Maxtlaton, como mas atrevido y activo, y empezó desde entonces á mandar con tanta arrogancia, como si estuviese en posesion del trono á que aspiraba, creyendo que no le seria difícil oprimir á su hermano, que era en efecto tímido y poco práctico en el gobierno. Pasó Maxtlaton avisos á los reyes de México y de Tlatelolco, y á otros potentados, á fin de que honrasen con su presencia y con sus lágrimas las exequias de su monarca. Nezahualcoyotl, aunque no convidado, quiso hallarse presente para observar por sí mismo, segun se colige, la disposicion de los espíritus en la corte. Acudió, pues, acompañado de un íntimo confidente, y de alguna comitiva, y entrando en la sala de palacio, donde estaba espuesto el real cadáver, encontró en ella á los reyes de México y de Tlatelolco; á los tres príncipes, hijos del tirano, y á otros personajes. Saludólos uno á uno, segun el orden en que estaban sentados, empezando por el de México, y presentóles ramos de flores, segun el uso de aquel país. Terminados los cumplimientos, se sentó al lado del rey Quimalpopoca, su cuñado, para acompañarlo en su dolor. Teuctzintli, uno de los hijos de Tezozomoc, y heredero de su crueldad, juzgando aquella ocasion oportuna de ejecutar el encargo de su padre, se lo propuso á su hermano Maxtlaton; mas este, aunque con un corazón no ménos inhumano, tenia mas prudencia y disimulo. „Aparta, le dijo, de tu pensamiento ese designio. ¿Qué dirian los hombres

primer príncipe Acolhua, dándole por consiguiente un reinado de 160 á 180 años; pero de la aranga del orador chichimeca se infiere que Tozozomoc descendia de Xolotl, de Nopaltzin y de Tlotzin. La hermana de Nopaltzin se casó con el príncipe Acolhuatzin, y sus hijos eran por consiguiente primos de Tlotzin, hijo de Nopaltzin. En todo esto conviene Torquemada. ¿Cómo es posible que un hombre descienda de su primo? El que lea la genealogía de los reyes chichimecas en la obra de aquel autor, no podrá ménos de echar de ver las equivocaciones que ha padecido.

de nosotros, si nos viesen maquinár la muerte de otro, cuando solo debemos llorar la de nuestro padre. Dirian que no es grave el dolor que deja lugar á la ambicion y á la venganza. El tiempo nos ofrecerá la oportunidad de poner en ejecucion los mandatos de nuestro padre, sin atraernos el odio de nuestros súbditos. Nezahualcoyotl no es invisible: si no se esconde en el fuego, en el agua ó en las entrañas de la tierra, infaliblemente caerá en nuestras manos.” Esto acaeció el cuarto dia despues de la muerte del tirano, y el mismo dia fué quemado su cadáver, y enterradas sus cenizas con gran pompa y solemnidad.

El dia siguiente volvieron á sus ciudades los reyes de México y de Tlatelolco, y Maxtlaton empezó á descubrir con ménos reserva su ambicioso designio de apoderarse del reino, manifestando en su arrogancia y osadía, que estaba dispuesto á emplear la violencia, si no le bastaba la astucia. Tayatzin no tuvo valor para oponérsele, pues conocia su índole arrojada é impetuosa, y la ventaja que le llevaba en la costumbre que tenian los súbditos de obedecerlo. Tomó, pues, el partido de ir á México para conferir con el rey Quimalpopoca, á quien habia sido recomendado por su padre, sobre un asunto de tanta importancia. Fué acogido por aquel monarca con estrordinarias demostraciones de aprecio; y despues de los cumplimientos de estilo, le dijo Quimalpopoca: „¿Qué haceis, príncipe? no es vuestro el reino? no os lo dejó vuestro padre? ¿Por qué, pues, viéndoos injustamente despojados, no empleais vuestros mayores esfuerzos en recobrar lo que legítimamente os pertenece?” „Poco importan mis derechos, respondió Tayatzin, si no me ayudan mis súbditos. Mi hermano se ha hecho dueño del reino, y no hay quien lo contradiga. Seria temeridad oponerme á su poder, sin otra fuerza que mis deseos y la justicia de mi causa.” „Lo que no se logra con la fuerza, replicó Quimalpopoca, se logra con la maña. Yo os sugeriré un medio eficaz de libertaros de vuestro hermano, y poneros

sin peligro en posesion del trono. No habiteis el palacio de vuestro padre, y dad por pretesto que en él se renueva vuestro dolor con la memoria de sus acciones y del amor que os tenia. Decid que quereis edificar otro palacio para vuestra residencia. Cuando esté concluido, dad un espléndido banquete, y convidad á vuestro hermano: allí, en medio de la alegría general, os será fácil, con gente secretamente preparada, libertar á vuestro reino de un tirano, y á vos de un rival tan pernicioso y tan injusto; y para que logreis con mas seguridad vuestro intento, yo acudiré á vuestro auxilio con mi persona y con las fuerzas de mi nacion.” A este consejo no respondió Tayatzin sino con una mirada llena de dolor, ocasionada por el amor de su hermano, ó por la perversidad de la accion que se le proponia.

De este suceso fué testigo un criado de Tayatzin, que se habia ocultado en un rincón, desde donde pudo escuchar todo lo que dijeron aquellos dos personajes; y esperando hacer fortuna por medio de la delacion, partió en secreto aquella misma noche para Azcapozalco, fué en derochura á palacio, y obtenida audiencia de Maxtlaton, le reveló cuanto habia oido. Hallóse en aquel instante combatido su ánimo por la cólera, por el temor, y por la pesadumbre que en él produjo tan horrible descubrimiento; pero, como político y diestro en ocultar sus sentimientos, fingió despreciar el aviso, y reconvino ásperamente al delator por su temeridad en calumniar á dos personas tan elevadas: aparentó atribuir aquella accion á embriaguez del que se la descubria, y lo mandó á su casa á dormir la borrachera. Pasó toda la noche deliberanda sobre el partido que debia tomar, y determinó finalmente prevenir los designios que atribuia á su hermano, y hacerlo caer en sus redes.

MAXTLATON, TIRANO DE ACOLHUACAN.

En la mañana del dia siguiente convocó al pueblo de Azcapozalco, y le dijo: que no pudiendo permanecer en el alcázar de su padre, que pertenecia á Tayatzin, y necesi-

itando tener casa en aquella corte para alojarse en ella, cuando algun grave motivo lo llamase de sus estados de Coyohuacan, queria que le diesen una prueba de su amor, construyéndole, cuanto ántes, un edificio. Fué tal la diligencia de los Azcapozalqueses, y tanta la muchedumbre de operarios que acudió al llamamiento del príncipe, que á pesar de no haberse detenido Tayatzin mas que tres dias en México, á su regreso á la capital, halló empezada la fábrica. Maravillóse de aquella novedad; y preguntando el motivo á su hermano, le respondió este: que no queriendo perjudicar sus intereses, ocupando la casa real, habia pensado labrar otra, para residir en ella cuando viniese á la corte. Quedó satisfecho el buen Tayatzin con esta contestacion, y se persuadió fácilmente que Maxtlaton no pensaba ya en la usurpacion de la corona. Terminada en poco tiempo la obra, convidó Maxtlaton á comer en su nueva casa á sus hermanos, al rey de México, al de Tlatelolco, y á otros personajes. Tayatzin, ignorando la traicion de su criado, no sospechó el lazo en que iba á caer; pero Quimalpopoca, que era mas astuto y mas cauto, receló la perfidia, y se ausó cortesmente de asistir al convite. Llegado el dia del banquete, concurren los huéspedes á la nueva casa; y cuando estaban mas engolfados en la alegría, y quizás tambien en los excesos del vino, entró de improviso gente armada, y acometió con tal violencia al cuitado Tayatzin, que apenas fijó sus ojos en los asesinos, cuando se los cerró para siempre la muerte. Turbóse todo el concurso con tan inesperada tragedia: Maxtlaton tomó entonces la palabra, y espuso la traicion contra él proyectada, asegurando á los presentes que solo habia tratado de evitar el golpe que lo amenazaba. Con este y otros discursos cambió de tal modo los ánimos, que en vez de vengar la muerte de su legítimo señor, aclamaron rey al pérfido tirano; pero si la injusticia lo subió al trono, fué para precipitarlo desde mayor altura.

AGRAVIOS QUE HIZO EL TIRANO AL REY DE MEXICO.

Aun mayor era el enojo de Maxtlaton contra el rey de México; mas no le pareció conveniente atentar contra su vida, hasta hallarse bien seguro en el trono. Desfogó entre tanto su rabia en injurias contra su persona, y en ultrajes á su dignidad. Poco tiempo despues de haber usurpado el reino, le envió el rey de México el regalo que le solia hacer todos los años en reconocimiento de su alto dominio. Este presente, que consistia en tres canastas de peces, cangrejos y ranas, y en algunas legumbres, fué llevado por algunas personas notables de la corte de Quimalpopoca, las cuales pronunciaron un elocuente discurso, lleno de espresiones de sumision y de respeto. Maxtlaton manifestó recibirlo con agradecimiento; pero debiendo, segun la costumbre de aquellas naciones, responder con otro regalo, y queriendo aprovechar aquella ocasion para vengarse, despues de haber consultado con sus confidentes, hizo entregar á los embajadores mexicanos, para su rey, un cueitl, que era un traje mugeril, y una camisa de muger, significando de este modo que lo tenia por afeminado y cobarde: injuria la mas sensible que pudiera hacerse á aquellas gentes, las cuales nada estimaban en tanto como el valor y el atrevimiento. Fué grande el disgusto de Quimalpopoca al recibir esta afrenta; de la que hubiera querido vengarse, pero carecia por entónces de los medios de hacerlo.

A tan notable ofensa siguió otan mas dolorosa, porque atacaba mas directamente el honor. Supo el tirano que entre los naugares del rey de México habia una singularmente hermosa; é inflamado por esta sola noticia en perversos designios, determinó sacrificar á sus deseos la honestidad y la justicia. Para conseguir su intento, se valió de unas damas tepanecas, encargándoles que cuando visitasen, como solian hacerlo, á la mexicana, la convidasen á pasar algunos dias en Azcapozalco. Siendo entónces muy frecuentes estas visitas entre personas de la

primera clase y de diversas naciones, no fué difícil al protervo príncipe hallar la ocasion que tanto deseaba de satisfacer su pasion, sin que bastasen á contenerlo las lágrimas ni los esfuerzos con que aquella infeliz procuró oponerse á su osadía. Volvióse esta á México, llena de ignominia, y con el corazon penetrado de dolor se quejó á su marido de aquel atentado. Este rey malhadado, no queriendo sobrevivir á su deshonor, ó temeroso de morir á manos del tirano, resolvió poner término á su amarga existencia, sacrificándose á su dios Huitzilopochtli, como lo habian hecho algunos héroes de su nacion, creyendo que de este modo borraria la infamia recibida, y se libertaria del fin ignominioso que debia temer de su enemigo. Comunicó esta determinacion á sus cortesanos, los cuales obcecados por sus falsas ideas religiosas, no solo la aplaudieron, sino que muchos de ellos quisieron participar de la gloria de tan bárbaro sacrificio.

PRISION Y MUERTE DEL REY QUIMALPOPOCA.

Llegado el dia señalado para aquella religiosa tragedia, compareció el rey vestido como representaban á su dios Huitzilopochtli, y todos los otros que debian acompañarlo, llevaban las mejores rapas que tenían. Dióse principio á la fiesta con un solemne baile, durante el qual iban los sacerdotes sacrificando una á una aquellas desventuradas víatindas, reservando al rey para lo último. No era posible que el tirano ignorase una novedad tan extraordinaria. Súpola en efecto algunos dias ántes; y á fin de que su enemigo no se entrajese á su venganza por medio de una muerte espontánea, envió un cuerpo de tropas á sorprenderlo ántes del sacrificio. Llegaron en afecto cuando apenas quedaban dos víctimas; despues de las cuales debia ser inmolado el rey. Fué preso este infeliz príncipe por los Tepanecas, y conducido sin pérdida de tiempo á Azcapozalco, donde lo pusieron en una fuerte jaula de madera, que era la cárcel usada por aquellas gentes, como despues

veremos, y fué custodiado por una guardia numerosa. En toda ésta historia hay circunstancias harto inverosímiles; mas yo lo refiero como lo hallo en los historiadores de México. Es extraño que los Tepanecas se atreviesen á entrar en aquella ciudad, á cometer un atentado tan peligroso, y que los Mexicanos no se armasen en defensa de su rey; mas tambien es cierto que el gran poderío del tirano pudo guamar á los unos, é intimidar á los otros.

Con el cautiverio de Quimalpopoca se avivó en el ánimo de Maxtlaton el deseo de apoderarse tambien del príncipe Nezahualcoyotl; y para lograrlo mas fácilmente, lo mandó lanzar, prestando un convenio que con él queria celebrar acerca de la corona de Acolhuacan. El astuto príncipe conoció la intencion maligna de su perseguidor; pero el ardor de la edad, y el denuedo ó temeridad de su índole, lo hacian arrostrar intrépidamente las mas graves riesgos. En su tránsito por Tlatelolco visitó á un confidente suyo, llamado *Quiquincatl*, el cual le hizo saber que el tirano, no solo maquinaba contra su vida y contra la del rey de Tlatelolco, sino que deseaba aniquilar, si podia, toda la nacion Acolhua. Sin arrastrarse por esto, pasó aquella misma tarde á Azcapozalco, y se fué en derrechura á ensa de un amigo. Por la mañana temprano fué á buscar á Chachatón, favorito del rey, y que sin embargo habia dado al mismo Nezahualcoyotl grandes muestras de afecto, y se acercó á él, á fin de que disuadiese á Maxtlaton de intentar algo contra su persona. Pasaron los dos juntos á palacio, y se adelantó Chachatón para avisar á su señor la llegada del príncipe, y hablarle en su favor. Entró en seguida el príncipe, y despues de saludar al tirano, le habló en estos términos: „Sé que habeis aprisionado al rey de México, y no sé si habeis mandado darle muerte, ó si vive aun en su prision. He oído tambien que quereis quitarme la vida. Si así es, aquí estoy: meladme con vuestros mams, á fin de que se desahogue vuestra cólera con un príncipe no ménos inocente que desgracia-

do.” Al terminar estas palabras, la memoria de sus infortunios arrancó algunas lágrimas de sus ojos. „¿Qué te parece de esto?” preguntó entónces Maxtlaton á su favorito. „¿No es admirable que un jóven que apenas ha empezado á gozar de la vida, busque tan intrépidamente la muerte?” Volviéndose despues al príncipe, le aseguró que no era su intento privarlo de la vida: que el rey de México no habla tauerto, ni pensaba hacerlo morir; y procuró tambien justificarse del cautiverio en que tenia á aquel monarca. Terminada esta conversacion dió orden de que el príncipe fuese alojado como correspondia á su dignidad.

Noticioso Quimalpopoca de la llegada del príncipe su cuñado á la corte, le envió un recado, suplicándole que fuese á verlo en su prision. Condescendió Nezahualcoyotl con este deseo, obteniendo ántes licencia de Maxtlaton; y al verse aquellos dos infelices, se abrazaron, manifestando la mayor ternura en sus semblantes y en sus espresiones. Espuso Quimalpopoca á su cuñado la serie de sus desgracias; le hizo saber las malignas intenciones del tirano contra ellos dos, y le rogó que no volviese mas á la corte, porque si lo hacia, lo haria morir infaliblemente el comun enemigo, y quedaria la nacion Acolhua en la orfandad y en el abandono. „Finalmente, le dijo, pues mi muerte es inevitable, te ruego encarecidamente que cuides de mis pobres Mexicanos. Sé para ellos un verdadero amigo y un padre afectuoso; y en prenda de mi afecto, acepta este pendiente, que fué de mi hermano Huñmihuitl.” y quitándose del labio un pendiente de oro, y otros de las orejas, con otras joyas que conservaba en su prision, se las dió al príncipe, haciendo otros regalos á un sirviente que lo acompañaba. Separáronse en seguida con grandes muestras de dolor, no queriendo prolongar la entrevista, por no inspirar sospechas á los guardias. Nezahualcoyotl, tomando el consejo que su cuñado acababa de darle, salió inmediatamente de la corte, y no volvió mas á presentarse al tirano. Pasó á Tlatelolco, y tomando allí un barco con buci-

nos remeros, se dirigió apresuradamente á Tezcoco.

Quimalpopoca quedó en su amarga soledad, envuelto en las mas tristes consideraciones. Cada dia le era mas insoportable la prision, y ni tenia esperanza de recobrar la libertad, ni de ser útil á su nacion en el breve tiempo que le quedaba de vida. „Si debo morir, decia, ¡cuánto mejor y mas glorioso no será morir por mis manos, que á las de un pérfido y cruel opresor! Ya que no puedo vengarme de él de otro modo, á lo ménos no le dejaré el placer de escoger el tiempo, y el género de muerte con que debo acabar mis tristes dias. Quiero ser dueño de mi existencia, ponerle término cuando y como quiera, y ser el ejecutor de mi muerte, para que ella sea mnto ménos ignominiosa, cuanto ménos dependa de la voluntad de mi enemigo (1).” Con esta resolucio, tan propia de las ideas de aquella gente, se ahorcó de una de las vigas de su jaula, valiéndose, como es de creerse, del cinturón que usaba.

Con este trágico fin término su calamitosa vida el tercer rey de México. No tenemos datos mas circunstanciados que los que hemos espuesto, acerca de su carácter, ni de los progresos que hizo la nacion durante su reinado, el cual fué de cerca de trece años, habiendo finalizado en 1423, un año, poco mas ó ménos, despues de la muerte de Tezozomoc. Sábese de él ademas, que en el undécimo año de su reinado, hizo llevar á México una gran piedra, para que sirviese de altar en el sacrificio comun de los prisioneros, y otra mayor y redonda para el de los gladiadores, de que hablaré despues. En la cuarta pintura de la *Coleccion* de Mendoza se representaban las victorias que los Mexicanos consiguieron en tiempo de Quimalpopoca, y la batalla naval que tuvieron con los Chalqueses, con pérdida de alguna gente, y de algunos barcos que echaron á pi-

(1) Estas últimas palabras de Quimalpopoca, referidas por los historiadores mexicanos, no pudieron ser sabidas sino por la deposicion de los guardias que estaban al rededor de la jaula.

que los enemigos. El intérprete de aquella *Coleccion* añade, que Quimalpopoca dejó muchos hijos de sus concubinas.

PERSECUCION DEL PRÍNCIPE NEZAHUALCOYOTL.

Cuando Maxtlaton tuvo noticia de la muerte de su ilustre prisionero, encolerizado por ver frustrados sus proyectos, y temeroso de que Nezahualcoyotl se sustrajese tambien á su venganza, resolvió anticiparle de cualquier modo la muerte, que hasta entónces no le habia dado, ó por no haberlo podido ejecutar del modo conforme á las instrucciones de su padre, ó porque lo habian amedretado, como dicen algunos autores, ciertos agüeros de los sacerdotes: mas ya su cólera era tal, que no podian contenerla motivos de religion; así que, llamó á cuatro capitanes de los mas arrojados de su ejército, y les mando que buscasen por todas partes á aquel príncipe, y lo quitasen irremisiblemente la vida, donde quiera que lo hallasen. Salieron los capitanes tepanecas poca gente, para que con el ruido de su expedicion no se les escapase la presa, y se fueron en derecha á Tezcoco, donde á la sazón estaba el príncipe jugando al balón con un criado suyo llamado *Ocelotl*. Era su costumbre, cuando llegaba á un pueblo, con designio de reanimar á su partido, ocuparse en bailes, juegos y otras diversiones, para que los gobernadores, que por órden del tirano espian su conducta, y observaban sus pasos, viéndolo entregado á esos pasatiempos, se persuadiesen de que ya no pensaba en la corona, y no lo incomodasen con molestas investigaciones. Así era como lograba promover sus intereses sin excitar sospechas. En aquella ocasion, ántes que los capitanes llegasen á su casa, supo que habian llegado Tepanecas al pueblo, y que venian armados; con lo que, sospechando lo que podria ser, dejó el juego y se retiró á las estancias mas interiores de palacio. Avisado despues por el portero que los reciénvenidos querian verlo, mandó á *Ocelotl* que los recibiese, y les participase que se les bre-

sentaria cuando hubiesen comido y reposado. No creyeron los Tepanecas que perderian la ocasion, por diferir el golpe, ó quizás no se atrevieron á ejecutar su encargo, hasta estar seguros de que no habria en la casa quien pudiera hacerles resistencia: así que, despues de haber descansado, se pusieron á la mesa, y mientras comian, el príncipe se escapó por una salida secreta, y retirándose de la ciudad, caminó mas de una milla hasta Coatitlan, lugar compuesto de tejedores, gente que le era fiel y afecta, y allí se escondió por entónces (1). Los Tepanecas, habiendo aguardado un gran rato despues de comer, y viendo que no parecia el príncipe, ni su sirviente *Ocelotl*, los buscaron por toda la casa, sin hallar nadie que de ellos les diese noticia. Conociendo, en fin, que el príncipe habia huido, salieron á buscarlo por todas partes; y habiendo sabido por un campesino que encontraron en el camino de Coatitlan, que se habia refugiado en aquel lugar, entraron en él de mano armada, amenazando á los habitantes con la muerte, si no les entregaban al fugitivo; mas ellos, dando un raro ejemplo de fidelidad, guardaron obstinadamente el secreto, á pesar de que algunos murieron víctimas de su celo. Una de estas víctimas fué Tochmantzin, sobrestante de todos los telares del pueblo, y Matlalintzin, señora de noble gerarquía. No pudiendo los Tepanecas descubrir al príncipe, á pesar de todas sus diligencias, y de la crueldad con que trataron á los habitantes, salieron á buscarlo por el campo, y Nezahualcoyotl salió tambien por el lado opuesto al que habian tomado sus perseguidores; mas como estos no dejaban sitio alguno sin examinar, hubiera al fin caido en sus manos, á no haberlo ocultado unos labradores en unos montones de la yerba llamada *chian*, que tenian en la era.

(1) Torquemada dice que el príncipe salió de su casa por una especie de laberinto que habia mandado construir, y del que era imposible salir sin tener el secreto, que solo él y alguno de sus íntimos amigos poseian. No es increíble este hecho, pues fué hombre de ingenio extraordinario, y en todo mostró una inteligencia superior á la de sus compatriotas.

NEGOCIACIONES DE NEZAHUALCOYOTL PARA OBTENER LA CORONA.

Libre ya el príncipe de tantos riesgos, fué á pasar la noche á Tezcotzinco, casa de campo situada en una posicion amenísima, y que sus abuelos habian construido para su recreo. En ella osaban seis señores, que, despojados de sus dominios, andaban errantes por las ciudades del reino: Allí celebraron aquella noche un consejo secreto, y resolvieron solicitar los socorros de los Chalqueses, á pesar de que estos habian tenido parte en la muerte del rey Ixtlilxochitl. En la mañana siguiente, muy temprano, pasó el rey á Matlallan y á otros puntos, avisando á los de su partido que estuviesen prontos á tomar las armas para el tiempo de su regreso. Dos dias empleó en estas negociaciones, y en la noche del segundo dia bregó á Apan, donde lo encontraron los embajadores de los Cholultecas, que se ofrecieron á ayudarlo en la guerra contra el tirano. En el mismo sitio se le reunieron dos personajes de su partido, con la infausta nueva de la muerte de Huitziluhuitl, uno de sus favoritos, á quien dió tormento Maxtlaton para arrancarle un secreto, y que por no haber querido faltar á la fidelidad que debia á su dueño, perdió la vida en la tortura. Con este disgusto pasó de Apan á Huexotzinco, cuyo señor era su pariente, y este lo acogió con extraordinario afecto y compasion, prometiéndole auxiliarlo con todas sus fuerzas. De allí se dirigió á Tlaxcala, donde fué magníficamente recibido, y donde se determinó el tiempo y el lugar en que debian reunirse las tropas de Cholula, de Huexotzinco y de Tlaxcala. Cuando salió de esta última ciudad para Capolalpan, pueblo situado á mitad del camino de Tlaxcala á Tezcoco, estaba acompañado de tantos nobles, que mas parecia un rey viajando con su corte, que un príncipe fugitivo buscando auxilios para apoderarse de la corona que se le habia usurpado. En Capolalpan recibió la respuesta de los Chalqueses, que le manifestaban los mas vivos deseos de servir á su le-

gítimo monarca contra un inicuo usurpador. Es de creer que la crueldad y la insolencia del tirano obligaron á muchos pueblos á dejar su causa; además de que los Chalqueses eran demasiado inconstantes, y fáciles á seguir uno ú otro partido, como haré ver en la serie de esta Historia.

ITZCOATL, CUARTO REY DE MEXICO.

En tanto que el príncipe Nezahualcoyotl escitaba los pueblos á la guerra, los Mexicanos, viéndose sin rey, y afligidos por los Tepanecas, resolvieron poner á la cabeza de la nacion un hombre capaz de reprimir la insolencia del tirano, y de vengar las gravísimas injurias que de él habían recibido. Congregados, pues, para la eleccion del nuevo rey, un anciano que gozaba entre ellos de mucha autoridad, dirigió estas palabras á los electores: „Os ha faltado, nobles Mexicanos, con la muerte de vuestro rey, la lumbré de vuestros ojos; pero conservais los del entendimiento para elegirle un nuevo sucesor. No se acabó en Quimalpopoca la nobleza mexicana: quedan aun algunos príncipes excelentes, sus hermanos, entre los cuales podéis escoger un señor que os rija, y un padre que os favorezca. Figuraos que se ha eclipsado el sol y se ha oscurecido la tierra por algunos dias, y que ahora redace la luz con un nuevo rey. Lo que importa es, que sin detenernos en largas conferencias, eñjamos un monarca que restablezca el honor de nuestra nacion, que vengue las afrentas que ha recibido, y la restituya á su primitiva libertad.” Inmediatamente se procedió á la eleccion, y recayó esta, de comun acuerdo, en el príncipe Itzcoatl, hermano carnal de los dos reyes precedentes, é hijo natural de Acamapitzin y de una esclava. Quanto podia desmerecer por la desgraciada condicion de la madre, otro tanto merecia por la nobleza y celebridad de su padre; y mucho mas por sus propias virtudes, de que dió notables ejemplos en el cargo de general de los ejércitos mexicanos, que por espacio de mas de treinta años habia desempeñado. Gozaba la reputacion de ser el hombre mas pru-

dente, mas recto y mas honrado de todo su pueblo. Ocupó en seguida el *tlatocacpalli*, ó sillón real, y fué saludado como rey por toda la nobleza, con extraordinarias aclamaciones. Entónces uno de los oradores le dirigió el siguiente discurso sobre las obligaciones de un soberano: „Todos, gran rey, dependemos de vos de ahora en adelante. En vuestros hombros se apoyan los viejos, los huérfanos y las viudas: ¿tendreis ánimo para sostener esta carga? Permitireis que perecan á manos de nuestros enemigos los niños que se rastrean por la tierra? Vamos, señor, empezad á estender vuestro manto para llevar en hombros á los pobres Mexicanos, que se lisanjean con la esperanza de vivir seguros bajo la fresca sombra de vuestra benignidad.” Terminada la ceremonia, se celebró la exaltacion del nuevo monarca con bailes y juegos públicos. No fué ménos aplaudido aquel suceso por Nezahualcoyotl y todo su partido, porque todos creian que el nuevo rey seria aliado constante del príncipe su cuñado, y esperaban grandes ventajas de sus excelentes prendas, y de su pericia militar; pero á los Tepanecas, á sus aliados, y al tirano especialmente, fué muy desagradable aquella eleccion.

Itzcoatl, que pensaba seriamente en remediar los males que padecia su nacion bajo el duro dominio de los Tepanecas, envió una embajada al príncipe Nezahualcoyotl, para darle parte de su exaltacion, y para asegurarle su determinacion de unirse á él con todas sus fuerzas contra el tirano Maxtlaton. Esta embajada, que confió al rey á un sobrino suyo, fué recibida por Nezahualcoyotl poco despues de su salida de Capollalpan, y á ella respondió, dando la enhorabuena á su cuñado, aceptando y agradeciendo el socorro prometido.

El príncipe habia empleado todo el tiempo de su mansion en Capollalpan, en hacer los preparativos de la guerra. Cuando le pareció que era llegado el tiempo de poner en ejecucion sus grandas designios, salió con su gente, con las tropas auxiliares de Tlaxcala y de Huexotzinco, con el proyecto de tomar

AVENTURAS DE MOTEUCZOMA ILHUICAMINA.

por asalto la ciudad de Tezcoco, y de castigar á sus habitantes, por haberle sido infieles en su adversa fortuna. Hizo alto con todo su ejército á vista de la ciudad, en un sitio llamado *Oztopolco*. Allí pasó la noche, disponiendo su tropa, dando las órdenes necesarias para el asalto, y al rayar el día se puso en marcha; pero ántes de llegar á la ciudad, temerosos los Tezcocanos del rigoroso castigo que los aguardaba, salieron humillados á su encuentro, pidiendo perdon, y presentándole los ancianos enfermos, las mugeres embarazadas, y las madres con sus tiernos hijos en los brazos, las cuales, con amargo llanto y otras demostraciones de dolor, le decian: „Tened piedad, clementísimo señor, de estos vuestros siervos atribulados. ¿En qué os han ofendido estos miserables viejos, estas pobres mugeres y estas inocentes criaturas? No confundais con los culpados los que no tienen la menor parte en las ofensas que quereis vengar.” Enternecido el príncipe á vista de tantos desgraciados, concedió el perdon á toda la poblacion; pero al mismo tiempo envió á ella algunas tropas, y mandó á sus gefes que matasen á los gobernadores y demas representantes de la autoridad del tirano, y todos cuantos Tepanecas hubiese en aquellos muros. Mientras se ejecutaba este terrible castigo en Tezcoco, las tropas tlaxcaltecas y huexotzingas, destacadas del ejército, atacaron con indecible furor la ciudad de Acolman, matando á cuantos encontraron desde las puertas hasta la casa del caudillo, que era hermano del tirano; el cual, no teniendo bastantes fuerzas para defenderse, murió á manos de sus enemigos. El mismo día, los Chalqueses, auxiliares del príncipe, se apoderaron sin mucha resistencia de la ciudad de Coaltichan, dando muerte al gobernador, que se habia refugiado en el templo principal: así que, en un solo día redujo el príncipe á su obediencia, la capital y dos ciudades principales del reino de Acolhuacan.

El rey de México, noticioso de los progresos de su cuñado, le envió otra embajada, para darle la enhorabuena y ratificar su alianza. Dió este encargo á un sobrino suyo, hijo de Huitzilihuitl, llamado Moteuczoma, hombre de gran fuerza y de invencible valor, al que, por sus inmortales acciones, dieron además el nombre de *Tlacaele*, ó sea hombre de gran corazón, y el de *Ilhuicamina*, es decir, flechador del cielo; y para indicarlo en las antiguas pinturas representadas sobre su cabeza el cielo herido por una flecha, como se ve en las pinturas sétima y octava de la *Coleccion* de Mendoza, y como nosotros manifestamos en los retratos de los reyes de México. Este es aquel héroe mexicano, que bajo el nombre de *Tlacaellel*, ha sido tan celebrado por el P. Acosta, ó mas bien, por el P. Tobar, de quien aquel autor copió el elogio, aunque se haya equivocado en algunas acciones que le atribuye (1). Bien veian el rey y su sobrino cuan peligrosa era la empresa; pues el tirano, para impedir los progresos de su rival, y su comunicacion con los Mexicanos, ocupaba con sus tropas todos los caminos. Pero ni esta consideracion estorbó que el rey enviase la embajada, ni Moteuczoma dió la menor señal de cobardía; ántes bien, deseoso de ejecutar con prontitud la orden de su soberano, ni aun quiso detenerse en ir á su casa, y proveerse de lo que necesitaba para el viaje, contentándose con mandar á uno de los nobles de su comitiva que le llevase la ropa con que debia presentarse al príncipe.

Desempeñada felizmente su comision, pi-

(1) No solo se engañó el P. Acosta, ó sea el P. Tobar, en la historia de algunas acciones de nuestro héroe, sino tambien en la indicacion de su persona; pues creyó que Tlacaellel y Moteuczoma eran dos personas diversas, no siendo sino una sola con distintos nombres. Créo tambien que Tlacaellel era hijo de Itzcoatl, y tío de Moteuczoma: lo cual es evidentemente falso, pues se sabe que Moteuczoma era hijo de Huitzilihuitl, hermano de Itzcoatl; conque no podia ser sobrino del sobrino de Itzcoatl.

dió licencia á este para regresar á México; pero en el camino dió en una emboscada que le habian dispuesto sus enemigos: fué hecho prisionero con toda su comitiva, conducido á Chalco, y presentado á Toteotzin, señor de aquella ciudad, y enemigo capital de los Mexicanos. Este los hizo encerrar en una estrecha prision, y los confió á Cuateotzin, persona de alto carácter, mandándole que no suministrase á los prisioneros otro alimento que el prescrito por él mismo, hasta que se determinase el género de muerte con que debian terminar sus dias. Cuateotzin, no queriendo ejecutar tan cruel mandato, los proveia abundantemente á su costa. Pero el bárbaro Toteotzin, creyendo hacer un gran obsequio á los Huexotzingos, les envió los prisioneros, para que, si lo tenían á bien, los sacrificasen en Huexotzinco, con asistencia de los Chalqueses, ó en Chalco, con la de los Huexotzingos. Estos, que habian sido siempre mas humanos que los Chalqueses, desecharon con enojo la proposicion. “¿Qué motivo hay, decian, para privar de la vida á unos hombrás, cuyo delito no es otro sino ser fieles mensajeros de su señor? Y en caso de que deban morir, no consiente nuestro honor en que mueran á nuestras manos los que otros han hecho prisioneros. Andad en paz, y decid á vuestro señor, que la nobleza huexotzinga no se infama con tan alevés acciones.”

Con esta respuesta, y con los prisioneros, volvieron los Chalqueses á Toteotzin, el cual, resuelto á grangearse amigos por medio de aquellos infelices, dió parte de lo que ocurría al tirano Maxtlaton, pidiéndole que tomase una resolucion acerca de la muerte que debia dárselos; esperando, con este rasgo de lisonja, calmar el enojo que le habia causado con su perfidia y con su inconstancia, en abandonar el partido de los Toltecas por el de Nezahualcoyotl. Mientras llegaba la respuesta del tirano, los prisioneros fueron colocados en el mismo encierro, y confiados al mismo Cuateotzin. Este, con dolándose de la desgracia de un jóven tan ilustre y tan valiente, llamó en la noche an-

terior al día en que se aguardaba la respuesta de Maxtlaton, á un criado en quien tenia gran confianza, y le mandó poner en libertad aquella misma noche á los prisioneros, diciendo de su parte á Moteuczoma, que se habia decidido á salvarle la vida, con riesgo evidente de perder la suya propia: que si venia á morir por este motivo, como era de temerse, no se olvidase de mostrar su gratitud, protegiendo á los hijos que dejaba: finalmente, que no fuese por tierra á México, porque caería otra vez en manos de las tropas que estaban en el camino; sino que se encaminase por Iztapalcoan á Chimalhuacan, y de allí se embarcase para su ciudad.

Observó el criado la orden, y Moteuczoma el consejo de Cuateotzin. Salieron aquella noche los presos de su encierro, y se encaminaron cautamente á Chimalhuacan, donde estuvieron ocultos el siguiente día; y por no tener otra cosa que comer, se sustentaron con yerbas del campo. Embarcáronse por la noche, y con suma prontitud llegaron á México, donde los creian muertos, y donde fueron recibidos con extraordinarias demostraciones de júbilo.

Cuando el bárbaro Teotzin tuvo noticia de la fuga de los prisioneros, enojóse sobre manera; y no dudandó que Cuateotzin les hubiese dado libertad, mandó al punto quitarle la vida, y desentartarlo, juntamente con su muger y sus hijos, de los cuales se salvaron un hijo y una hija. Esta se refugió en México, donde fué muy honrada, por respeto á la memoria de su padre, que habia sacrificado la vida, por hacer tan importante servicio á la nacion Mexicana.

Despues de esta pesadumbre, tuvo Toteotzin otra no ménos amarga al recibir la respuesta del tirano Maxtlaton. Irritado este contra los Chalqueses, por el socorro que habian prestado á Nezahualcoyotl, y por los estragos que habian hecho en Coatlichan, envió á Toteotzin una severísima reprimenda, llamándolo hombre doble y traidor, y mandándole poner inmediatamente los prisioneros en libertad. ¿Premio digno de un pérfido adúlador! No tomó esta resolucio-

Maxtlaton para favorecer á los Mexicanos, á quienes odiaba mortalmente; sino para manifestar el desprecio que hacia del obsequio de Toteotzin, y para oponerse á su voluntad. Tan léjos estaba de favorecer á la nacion Mexicana, que nunca se habia mostrado tan empeñado como entónces en destruirla, y ya habia alistado tropas para dar un golpe decisivo contra México, y pasar desde allí á reconquistar todo lo que le habia quitado Nezahualcoyotl. Este príncipe, noticioso de los designios de Maxtlaton, pasó á México á tratar con su prudente monarca del plan que debian adoptar en aquella guerra, y de las medidas mas oportunas para desconcertar los designios del enemigo; y quedaron de acuerdo en unir las tropas Tezcocanas con las de México, para la defensa de esta ciudad, de cuya suerte parecia depender el éxito de la campaña.

Con el rumor de las próximas hostilidades se consternó de tal modo la plebe mexicana, por creerse incapaz de resistir á los Tepanecas, á quienes hasta aquel tiempo habian reconocido como superiores, que acudió en tropel á palacio, rogando con lágrimas y clamores al rey, que no emprendiese una lucha tan peligrosa, cuyo resultado seria la ruina de la ciudad, y el esterminio de la nacion. “¿Qué quereis que haga, respondió el monarca, para libertaros de tanta calamidad?” “Que pidamos la paz al rey de Azcapozalco, clamó el pueblo, y le ofrezcamos nuestros servicios; y para moverlo á compasion, que se lleve á su presencia nuestro dios en hombros de los sacerdotes.” Fueron tales los gritos y las amenazas de los Mexicanos, que el prudente rey, temiendo una sedicion popular, mas perniciosa que la guerra de los enemigos, se vió obligado á ceder á los deseos de sus súbditos. Hallábase presente á esta escena Moteuczoma; y no pudiendo sufrir que una nacion tan celosa de su honor, abrazase tan ignominioso partido, habló en estos términos á la muchedumbre: “¿Qué haceis Mexicanos? habeis perdido el juicio? ¿Cómo se ha introducido tamaña baja en vuestros corazones? ¿Olvidais

que sois Mexicanos, descendientes de aquellos héroes que fundaron nuestra ciudad, do aquellos hombres animosos que la han conservado á despecho de los esfuerzos de nuestros enemigos? O mudad de resolucio, ó renunciad á la gloria que habeis heredado de vuestros abuelos;” Y volviéndose al rey, “¿cómo permitís, le dijo, esta ignominia de vuestro pueblo? Habladle otra vez, y decidle que nos deje tomar otro partido, ántes de ponernos tan necia y tan infamemente en manos de nuestros verdugos.”

El rey, que nada deseaba tanto como poner en ejecucion aquellas ideas, habló otra vez al pueblo, recomendando el consejo de Moteuczoma, que al fin fué bien acogido y adoptado. Despues, dirigiéndose á la nobleza, “¿quien de vosotros, la dijo, que sois la flor de la nacion, tendrá valor para llevar una embajada al señor de los Tepanecas?” Empezaron los nobles á mirarse confusos unos á otros, sin que ninguno se decidiese á arrostrar tan gran peligro, hasta que Moteuczoma se presentó con gran intrepidez, y dijo: “Yo iré; porque si debo morir, poco importa que sea hoy ó mañana, y no puede ofrecerse una ocasion mas gloriosa de perder la vida, puesto que será sacrificarla en honor de mi nacion. Vedme aquí, señor, pronto á obedecer vuestro mandato: mandad lo que gustéis.” El rey, lleno de gozo al ver aquel rasgo de intrepidez, le ordenó que fuese á proponer la paz al tirano; pero sin admitir condiciones ignominiosas. Salió inmediatamente el animoso jóven, y encontrando á las guardias tepanecas, obtuvo de ellas que lo dejasen pasar, manifestándoles que llevaba á su gefe una embajada importante. Presentado al tirano, le pidió la paz en nombre de su rey y de su nacion, con cláusulas decorosas. El tirano respondió que necesitaba deliberar con sus consejeros, y que al dia siguiente daría una respuesta decisiva; y habiéndole Moteuczoma pedido un salvo conducto, no le dió otro que el que podría él mismo proporcionarse con su maña y diligencia: con lo que se restituyó á México, prometiendo volver al siguiente

dia. La poca confianza y seguridad que tenía en aquel pueblo, y la brevedad del viaje, que no era mas que de cuatro millas, serían sin duda las razones que lo indujeron á no aguardar allí la decision del tirano. Volvió pues á Azcapozalco al dia siguiente, como habia prometido, y habiendo recibido de boca del tirano la resolucian de la guerra, hizo con él las ceremonias acostumbradas entre los caudillos que se desafiaban. Le presentó ciertas armas defensivas, le untó la cabeza, y le puso en ella unas plumas, como se hacia con los muertos; protestándole ademas que, por no querer aceptar la paz que se le ofrecia, iba sin duda á ser esterminado él mismo, y toda la nacion de los Tepanecas. El tirano, sin manifestar enojo por aquellas ceremonias y amenazas, le dió tambien armas para que las presentase de su parte al rey de México, y aconsejó á Motecuzoma, que para seguridad de su persona, saliese disfrazado por una puerta falsa de palacio. No habria el tirano observado en aquella ocasion el derecho de gentes con tanta escrupulosidad, si hubiese previsto que aquel embajador, de cuya vida cuidaba, debia ser el principal instrumento de su ruina. Motecuzoma aprovechó el aviso; pero cuando se vió fuera de peligro, se puso á insultar á las guardias, echándoles en cara su descuido, y amenazándolas con su pronta perdicion. Los soldados lo acometieron; mas él se defendió con tanto valor, que mató uno ó dos hombres; y como acudiesen otros, se retiró precipitadamente á México, llevando la noticia de que estaba declarada la guerra, y desafiados los gefes de las dos naciones.

GUERRA CONTRA EL TIRANO.

Con esta noticia volvió á revolverse el pueblo, y acudió al rey para pedirle licencia de abandonar la ciudad, porque creia inevitable su ruina. El rey procuró animarlo con la esperanza de la victoria. “Pero ¿qué haremos, decia la muchedumbre, si somos vencidos?” “Si eso sucede, respondió el rey, desde ahora me obligo á ponerme en vues-

tras manos, para que me sacrifiqueis, si así lo juzgais oportuno.” “Así lo haremos, replicó el pueblo; pero si salís victorioso, desde ahora tambien nos obligamos por nosotros y por nuestros descendientes, á ser vuestros tributarios, á labrar vuestras tierras y las de los nobles, á fabricar vuestras casas, y á llevaros, siempre que salgais á campaña, vuestras armas y equipaje.” Hecho este convenio entre los nobles y los plebeyos, y conferido el mando de las tropas al valiente Motecuzoma, dió el rey prento aviso al príncipe Nezahualcoyotl, á fin de que viniese con su ejército á México, como en efecto lo hizo un dia ántes de la batalla.

No puede dudarse que en la época de que vamos hablando, los Mexicanos habian ya construido calzadas sobre el lago, para mayor comodidad en sus comunicaciones con el continente; pues de otro modo no pueden entenderse los movimientos y escaramuzas de ambos ejércitos. Sabemos por la historia que las calzadas estaban cortadas por medio de fosos, sobre los cuales tenian puentes levadizos; pero ningun historiador indica el tiempo de su construcción (1). Lo admirable es, que en medio de una vida tan llena de calamidades tuviesen ánimo aquellas gentes de emprender obras tan grandes y difíciles.

El dia siguiente al de la llegada del príncipe Nezahualcoyotl, se dejó ver en el campo el ejército de los Tepanecas, numeroso y brillante, no ménos por las placas de oro, con que las tropas se habian adornado, que por los hermosos penachos que llevaban en la cabeza, quizás con el designio de parecer de mas alta estatura. Acompañaban su marcha los gritos y aclamaciones, anuncio promaturó de la victoria. Mandaba aquellas tropas un famoso general llamado *Mazatl*. El tirano Maxtlaton, aunque aceptó el reto de su contrario, no quiso moverse de

(1) Yo creo que en la época de que vamos hablando, estaban construidas las calzadas de Tacubaya y de Tepeyacac; mas no la de Itztapallapan, que es la mayor, y en el sitio en que es mas profundo el lago.

su palacio, ó porque creia degradarse, midiendo sus armas con las del rey de México, ó, lo que es mas verosímil, porque temia las vicisitudes de la guerra. Cuando los Mexicanos tuvieron noticia de los movimientos de los Tepanecas, salieron bien ordenados á su encuentro; y dada por el rey Itzcoatl la señal del ataque, con un tamborcillo que llevaba al hombro, se acometieron con indecible furia las dos huestes contrarias, persuadidos unos y otros, que de aquella accion pendia el éxito final de la guerra. Durante la mayor parte del dia no se pudo conocer á qué parte se inclinaba la victoria; pues las ventajas que los Tepanecas ganaban, las perdian poco despues. Pero, ántes de ponerse el sol, viendo la plebe mexicana que las tropas enemigas se aumentaban con nuevos refuerzos, empezó á desanimarse, y á prorumpir en quejas contra sus caudillos. “¿Qué hacemos? decian. ¿Será preciso sacrificar nuestras vidas á la ambicion de nuestro rey y de nuestro general? ¿Cuánto mas saludable no seria rendirnos, confesando nuestra temeridad, para conseguir el perdon y la vida!”

Oyó el rey con sumo pesar estas voces; y viendo que con ellas se desalentaba mas y mas la gente, llamó á consejo al príncipe y al general, para pedirles parecer sobre lo que convendria hacer para escitar el valor de las tropas, que tan abatido parecia. “¿Qué! respondió Motecuzoma, combatir hasta la muerte. Si morimos con las armas en la mano, defendiendo nuestra libertad, haremos nuestro deber; si sobrevivimos vencidos, quedaremos cubiertos de eterna confusion. Vamos, pues: vamos á morir.” Ya empezaban á prevalecer los clamores de los casi vencidos Mexicanos, entre los cuales hubo algunos tan viles, que llamando á sus enemigos les decian: “¡O fuertes Tepanecas! dueños del continente! refrenad vuestro enojo; nosotros cedemos. Si quereis, aquí á vuestra vista daremos muerte á nuestros gefes, para merecer de vosotros el perdon de la temeridad á la que nos ha inducido su ambicion” Fué tanta la ira que produjeron

estos gritos en el rey, el príncipe, el general y los nobles, que en aquel momento hubieran castigado con la muerte la infamia de aquellos cobardes, á no haberlos detenido el temor de facilitar la victoria á sus enemigos; pero disimulando su disgusto, gritaron todos ellos de consuno: *Vamos á morir con gloria*; y al mismo tiempo arremetieron con tal impetu á sus enemigos, que los rechazaron de un foso que ocupaban, y los hicieron volver atras. En el ardor del conflicto se encontró Motecuzoma con el general tepaneca, que estaba envanecido con el terror que sus tropas habian inspirado á los contrarios, y le dió tan fiero golpe en la cabeza, que lo dejó á sus piés exánime. Esparecióse de súbito por el campo el rumor de la victoria, y con esto cobraron vigor los Mexicanos: los Tepanecas se consternaron de tal modo con la pérdida de su bravo general Mazatl, que muy en breve empezaron á desordenarse. La noche impidió á los Mexicanos continuar sus progresos, y unos y otros se retiraron á sus ciudades respectivas: los Mexicanos llenos de orgullo, é impacientes porquo la oscuridad les estorbaba consumir la victoria; los Tepanecas, desconsolados y tristes, aunque no enteramente destituidos de la esperanza de vengarse al dia siguiente.

Maxtlaton, harto affigido por la muerte de su general, y por la derrota de sus huestes, pasó aquella noche (la última de su vida) animando á sus capitanes, y representándoles, por una parte la gloria del triunfo, y por otra los males á que quedarían sujetos, si fuesen vencidos; pues los Mexicanos, que hasta entónces habian sido tributarios de los Tepanecas, obligarian á estos á pagarles tributo, si quedaban victoriosos (1).

CONQUISTA DE AZCAPOZALCO, Y MUERTE DEL TIRANO MAXTLATON.

Vino finalmente el dia que debia decidir la suerte de los tres monarcas, Salieron am-

(1) De estas expresiones se infiere, que cuando el tirano se apoderó de la corona de Azcapozalco, por muerte de su hermano Tayatzin, volvió á imponer á los Mexicanos el tributo que les habia exigido su padre Tezozomoc.

bos ejércitos al campo, y empezaron con extraordinario furor la batalla, que se mantuvo con mucho vigor hasta medio día. Los Mexicanos, animados por las ventajas del día precedente, y por la firme esperanza que tenían de lograr una victoria decisiva, hicieron tan gran estrago en sus enemigos, que cubrieron el campo de cadáveres: los derrotaron, los obligaron á huir, y los siguieron hasta dentro de los muros de Azcapozalco, esparciendo por todas partes el terror y la muerte. Viendo los Tepanecas que ni aun en sus casas podían sustraerse al furor de los vencedores, huyeron á los montes, distantes diez ó doce millas de su ciudad. El orgulloso Maxtlaton, que hasta entónces había despreciado á sus enemigos, y se creía superior á todos los golpes de la fortuna, viendo ya en su capital á los Mexicanos, oyendo los sollozos de los vencidos, careciendo de fuerzas para resistir, y temiendo que lo alcanzasen en su fuga, si la emprendía, tomó el partido de esconderse en un *temazcalli*, ó hipocausto, de que hablaré después; pero no tardaron en hallarlo los vencedores, que con gran diligencia lo buscaban, y no bastando á compadecerlos sus ruegos ni sus lágrimas, fué muerto á palos y pedradas, y su cadáver arrojado al campo, para que sirviese de pasto á las aves de rapiña. Tal fué el trágico fin de Maxtlaton, ántes de cumplir los tres años de su tiránico dominio. Así terminaron la injusticia, la crueldad, la ambición y la perfidia de aquel malvado, y los gravísimos daños hechos por él al legítimo heredero del reino de Acolhuacan, á su hermano Tayatzin y al rey de México. Su memoria es odiosa y execrable en los anales de aquellas naciones.

Este memorable suceso, que cambió enteramente el sistema de aquellos países, señaló el año de 1425 de la era vulgar, un siglo después de la fundación de México.

La noche siguiente se emplearon los vencedores en saquear la ciudad, en arruinar las casas y en quemar los templos, dejando en tal estado aquella célebre capital, que en muchos años no pudiese reparar sus desas-

tres. Mientras los Mexicanos y los Acolhuas recogían los frutos de su victoria, los Tlaxcaltecas y Huexotzingos destacados del ejército, tomaron por asalto la antigua corte de Tenayuca, y el día siguiente vinieron á unirse con ellos, para apoderarse de la ciudad de Cuetlachtepec.

Los fugitivos Tepanecas, hallándose en los montes reducidos á la mayor miseria, y temiendo que los alcanzasen allí los vencedores, pensaron en rendirse, y en implorar su clemencia; y para obtenerla, mandaron al rey de México un ilustre personaje, acompañado de otros nobles de diferentes pueblos de su nación. Este embajador pidió humildemente perdón al rey en nombre de sus compatriotas, le prestó obediencia, y le prometió que la nación entera de los Tepanecas lo reconocía por su legítimo señor, y que todos sus individuos lo servirían como vasallos. Felicitóse al mismo tiempo de la fortuna de los Tepanecas, en medio de tan gran desastre, por tener que someterse á un rey tan digno, y dotado de tan excelentes prendas; y finalmente, terminó su arenga rogándole encarecidamente que les concediese la vida, y la libertad de volver á sus casas. Itzcoatl acogió al embajador con gran benignidad, concedió cuanto le pedía, y prometió recibirlos, no ya como súbditos, sino como hijos, ofreciéndose á servirles de padre; pero también los amenazó con el último estermínio en caso que osasen infringir la fidelidad que le juraban. Volvieron en efecto los fugitivos para reedificar sus moradas, para cuidar de sus intereses y familias, y desde entónces quedaron siempre sujetos al rey de México, aumentando con su desgracia el catálogo de las vicisitudes que se observan cada día en la felicidad humana. Pero no todos los Tepanecas se rindieron á la obediencia del conquistador; pues que los de Coyohuacan, ciudad y estado considerables de la misma nación, se mantuvieron largo tiempo obstinados, como después veremos, en su primer partido.

El rey Itzcoatl, después de esta famosa conquista, hizo que el pueblo ratificase el

convenio propuesto con la nobleza, obligándose á servirla, como siempre lo hizo desde entónces en adelante; pero los que con sus lamentos y lágrimas habían desalentado á los otros en la pelea, fueron separados del cuerpo de la nación y del estado, y desterrados para siempre como infames y cobardes. A Moteuczoma, y á los otros que se habían señalado en la guerra, dió el rey la

propiedad de una parte de las tierras conquistadas, y otras á los sacerdotes para su subsistencia; y después de haber tomado las disposiciones necesarias para consolidar su dominio, volvió con su ejército á México, á fin de celebrar con públicos regocijos los triunfos de sus ejércitos, y dar gracias á los dioses por la protección con que se imaginaba que estos lo habían favorecido.



LIBRO CUARTO.

Restablecimiento de la familia real de los Chichimecas en el trono de Acolhuacan. Fundacion de la monarquía de Tacuba. Triple alianza de los reyes de México, de Tacuba y de Acolhuacan. Conquistas y muerte del rey Itzcoatl. Conquistas y sucesos de los Mexicanos en los reinados de Moteuczoma I y Axayacatl. Guerra entre México y Tlatelolco. Conquista de Tlatelolco, y muerte de su rey Moquihuíx. Gobierno, muerte y elogio de Nezahualcoyotl, y exaltacion al trono de su hijo Nezahualpilli.

RESTABLECIMIENTO DE LA FAMILIA REAL DE LOS CHICHIMECAS.

CUANDO Itzcoatl se vió afianzado en su trono, y en la pacífica posesion de Azcapozalco, para recompensar al príncipe Nezahualcoyotl por el socorro que le habia dado en la defensa de México y en la conquista de la capital de los Tepanecas, determinó suministrarle auxilios para recobrar los estados que le pertenecian. Si el rey de México hubiera querido sacrificar la fidelidad y la justicia á la ambicion, no le hubieran faltado pretestos para hacerse dueño de aquellas posesiones. El tirano Tezozomoc habia dado á Quimalpopoca el señorío de Tezcoco, y este habia mandado en aquella capital, como dominador absoluto. Itzcoatl, heredero de todos los derechos de su antecesor, podia considerar aquel estado como incorporado desde mucho tiempo á la corona de México. Habiendo ademas conquistado legítimamente

la ciudad de Azcapozalco, y sometido á los Tepanecas, parecia justo que se apoderase de los derechos de los vencidos; tanto mas, cuanto que tenia en su favor una posesion de doce años, y el consentimiento de los pueblos. Pero desechando estas consideraciones, pensó seriamente en poner á Nezahualcoyotl en posesion del trono, que por legítima sucesion le correspondia, y de que por tantos años lo habia privado la usurpacion de los Tepanecas.

Despues de la derrota de estos, habia muchas ciudades en el reino que no querian someterse al príncipe heredero, por miedo del castigo que merecian. Una de ellas era Huexotla, próxima á Tezcoco, y cuyo señor Huitznahuatl (1) se habia obstinado en

(1) La ciudad de Huexotla habia sido dada por

seguir el partido de los rebeldes. Salieron de México las tropas aliadas, y encaminándose por la llanura llamada hoy de Santa Marta, hicieron alto en Chimalhuacan, desde donde el rey y el príncipe ofrecieron perdón á los habitantes, si se rendian, y los amenazaron con incendiar el pueblo, si persistian en la rebelion; mas ellos, léjos de aceptar aquella oferta, salieron en orden de batalla contra el ejército real. Poco duró la pelea; porque habiendo el invicto Moteuczoma hecho prisionero al caudillo contrario, echaron á huir sus tropas, y pidieron perdón humildemente, presentando al vencedor, como solian hacerlo, las mugeres embarazadas, los niños y los viejos, á fin de moverlo á compasion. Allanado, en fin, el camino al trono de Acolhuacan, y restituido este al príncipe, fueron licenciadas las tropas auxiliares de Huexotzinco y Tlaxcala, con singulares demostraciones de agradecimiento, y con una buena parte del botín de Azcapozalco.

CONQUISTA DE COYOHUACAN Y DE OTROS PUEBLOS.

De allí pasó el ejército de los Mexicanos y de los Acolhuas contra los rebeldes de Coyohuacan, de Atlacuihuayan y de Huitzilopochco. Los Coyoacanenses habian procurado escitar los ánimos de todos los otros Tepanecas á sacudir el yugo de los Mexicanos. Cedieron á sus instigaciones aquellas ciudades y algunas vecinas; pero las otras, amedrentadas por el desastre de Azcapozalco, no quisieron esponerse á nuevos peligros. Antes de estallar los rebeldes, empezaron á insultar á las mugeres mexicanas que iban á su mercado, y aun á los hombres que pasaban por la ciudad; por lo que Itzcoatl mandó que ningun Mexicano fuese á Coyohuacan, á fin de no tener motivos de castigar la insolencia de sus habitantes. Terminada la expedicion de Huexotla, marchó contra ellos. En las tres primeras batallas

Tezozomoc al rey de Tlatelolco; por lo que se debe creer que el tirano Maxtlaton se la quitó para darla á Huitznahuatl.

que les dió, apenas consiguió otra ventaja que la de hacerlos retroceder algun poco; pero en la cuarta, mientras combatian furiosamente los dos ejércitos, Moteuczoma, con algunos valientes que habia puesto en emboscada, acometió con tal impetu á la retaguardia de los contrarios, que los desordenó, los obligó á dejar el campo, y á refugiarse en la ciudad. Siguiólos denodadamente; y conociendo que pensaban fortificarse en el templo principal, lo ocupó ántes que ellos llegasen, y quemó las torres de aquel edificio. Con este golpe se consternaron de tal modo los rebeldes, que abandonando el pueblo, huyeron á los montes, situados á Mediodía de Coyohuacan; pero hasta allí los siguieron las tropas reales por espacio de treinta millas, hasta que en un monte á Poniente de Quauhahuac, los fugitivos, cansados y privados de toda esperanza de salvarse, echaron las armas á tierra, en señal de rendirse, y se entregaron á discrecion.

Con esta victoria quedó Itzcoatl dueño de todo el estado de los Tepanecas, y Moteuczoma lleno de gloria. Es cosa admirable, dicen los historiadores, que la mayor parte de los prisioneros hechos en aquella guerra de Coyohuacan, lo fueron por manos de Moteuczoma y de tres valientes oficiales Acolhuas; pues habiendo convenido los cuatro, á ejemplo de los antiguos Mexicanos en la guerra contra los Kochimilcos, en cortar un tufo de cabellos á todos los que cogiesen, se encontró esta señal en la mayor parte de los prisioneros.

MONARQUÍA DE TACUBA, Y ALIANZA DE LOS TRES REYES.

Terminada tan felizmente aquella expedicion, arreglados los negocios de Coyohuacan y de las otras ciudades sometidas, volvieron los dos reyes á México. Pareció conveniente á Itzcoatl poner á la cabeza de los Tepanecas alguna persona de la familia de sus antiguos señores, á fin de que viviesen mas tranquilos y con menos disgusto, bajo el yugo de los Mexicanos. Escogió para esta dignidad á Totoquihuatzin, nieto

del tirano Tezozomoc. No se sabe que este príncipe hubiera tenido parte en la guerra contra los Mexicanos: quizás se abstuvo de ello por secreta inclinacion que les profesase, ó por aversion á su tío Maxtlaton. Itzcoatl lo mandó llamar á México, y lo creó rey de Tlacopan, ó Tacuba, ciudad considerable de los Tepanecas, y de todo el territorio que estaba á Poniente, incluso tambien el pais de Mazahuacan; pero Coyohuacan, Azcapozalco, Mixcoac y otras ciudades de los Tepanecas, quedaron inmediatamente dependientes de la corona de México. Diéronse aquellos estmos á Totoquihuatzin, con obligacion de servir con todas sus fuerzas al rey de México, siempre que este las requiriese, reservándole la quinta parte de los despojos que se tomasen á los enemigos. Igualmente fué puesto Nezahualcoyotl en posesion del trono de Acolhuacan, con la misma condicion de servir á los Mexicanos en la guerra, y derecho á la tercera parte del botin, despues de sacada la del rey de Tacuba, y quedando las otras dos terceras partes para el rey de México. Ademas de esto, los dos reyes fueron creados electores honorarios del rey de México (1): prerogativa que se reducía á ratificar la eleccion hecha por cuatro nobles Mexicanos, que eran los verdaderos electores. El rey de México, en cambio, se obligó á socorrer á cada uno de los otros dos, cuando lo necesitasen. Esta alianza de los tres reyes, que se mantuvo firme é inalterable por espacio de cerca de un siglo, fué la causa de las rápidas conquistas que despues hicieron los Mexicanos. No fué esta la única sábia combinacion de la política de Itzcoatl: premió tambien ventajosamente á todos los que se habian distinguido en la guerra, no haciendo tanto caso de la gerarquía y de las dignidades de los agraciados, cuanto del valor que habian mostrado, y de los servicios que habian hecho. Así es

(1) Muchos historiadores creen que los reyes de Tezcoco y de Tacuba eran verdaderos electores; pero de la misma historia consta lo contrario, ni se encuentra dato alguno para creer que se hallasen presentes á alguna eleccion.

como la esperanza del galardón los estimulaba á las mas heroicas empresas, estando seguros de que su gloria y sus ventajas no dependian de ciertos accidentes de fortuna, sino del mérito de sus propias acciones. Esta política fué generalmente adoptada por los reyes posteriores con gran utilidad del estado. Establecida esta famosa alianza, fué Itzcoatl con el rey Nezahualcoyotl á Tezcoco, para coronarlo por sus propias manos. Esta funcion se celebró con la mayor solemnidad en 1426. De allí volvió el rey de México á su corte, y el de Acolhuacan se aplicó con el mayor esmero al gobierno de sus estados.

REGLAMENTOS NOTABLES DEL REY NEZAHUALCOYOTL.

El reino de Acolhuacan no estaba tan bien arreglado como lo dejó Techotlala. La dominacion de los Tepanecas, y las revoluciones sobrevénidas en aquellos veinte años, habian alterado el gobierno de los pueblos, debilitado el vigor de las leyes, y corrompido en gran parte las costumbres. Nezahualcoyotl, que amaba entrañablemente á sus pueblos, que estaba dotado de singular prudencia y sabiduría, tomó tan acertadas medidas para la reforma del reino, que muy en breve se vió mas floreciente que nunca lo habia estado. Dió nueva forma á los consejos ya establecidos por su abuelo, y los compuso de las personas mas aptas y seguras. Habia un consejo para las causas civiles, al cual, ademas de los individuos natos, asistian cinco señores, que le habian sido constantemente fieles en sus mayores adversidades. Otro juzgaba las causas criminales, y lo presidian dos príncipes, hermanos del rey, hombres de suma integridad. El consejo de guerra se componia de los mas famosos capitanes, entre los cuales tenia el primer lugar el señor de Teotihuacan, yerno del rey, y uno de los trece magnates del reino. El consejo de hacienda constaba de los mayordomos de la casa real y de los primeros traficantes de la ciudad. Tres eran los principales mayordomos que cuidaban de

los tributos y de los otros ingresos de las arcas reales. Estableció juntas, á guisa de academias, para el cultivo de la poesia, de la astronomía, de la música, de la historia, de la pintura y del arte divinatória: llamó á la corte á los profesores mas acreditados del reino: les mandó que se reuniesen en dias señalados, para comunicarse mutuamente sus conocimientos é invenciones; y para cada una de aquellas ciencias y artes, aunque imperfectas, fundó escuelas en la capital. Con respecto á las artes mecánicas, señaló al ejército de cada una de ellas, con exclusion de las otras, uno de los treinta barrios en que dividió la ciudad de Tezcoco: así que, en uno estaban los plateros, en otro los carpinteros, en otro los tejedores, y así los demas. Para el fomento de la religion, edificó nuevos templos; creó ministros para el culto de los dioses, les dió casas, les señaló rentas para su sustento, y para los gastos de las fiestas y sacrificios. Con el objeto de aumentar el esplendor de su corte, construyó grandes edificios, dentro y fuera de la ciudad; plantó nuevos jardines y bosques, que en parte se conservaron muchos años despues de la conquista, y aun en el dia se ven algunos vestigios de aquella magnificencia.

CONQUISTA DE XOCHIMILCO, DE CUITLAHUAC Y DE OTRAS CIUDADES.

Mientras el rey de Acolhuacan se empleaba en el gobierno de sus pueblos, los Xochimilcos, temerosos de que los Mexicanos se apoderasen en el porvenir de su territorio, como habian hecho con el de los Tepanecas, se reunieron en consejo, para deliberar sobre los medios que deberian adoptar con el fin de evitar aquella desgracia. Algunos fueron de opinion de someterse voluntariamente al dominio de los Mexicanos, puesto que al fin habian de ceder á su imperio; pero dominó el parecer de los otros, que querian declararles la guerra, ántes que se hiciesen mas formidables con nuevas conquistas. Apenas supo su resolucion el rey de México, alistó un buen ejército, al mando de Moteuczoma, y avisó al rey de Tacuba

para que lo auxiliase con sus tropas. La batalla se dió en las inmediaciones de Xochimilco; y aunque era grande el número de los de esta nacion, no peleaban con el buen orden que los Mexicanos, de modo que fueron derrotados en breve, y se acogieron huyendo á su ciudad. Los Mexicanos, siguiéndoles el alcance, entraron en ella, y pegaron fuego á las torres de los templos y á otros edificios. No pudiendo los habitantes hacer frente á su ímpetu, huyeron á los montes, y habiendo sido alcanzados en ellos por sus enemigos, entregaron las armas y se les rindieron. Moteuczoma fué recibido por los sacerdotes xochimilcos con música de flautas y tambores, habiendo concluido tan importante expedicion en el breve espacio de once dias. Pasó en seguida el rey de México á tomar posesion de aquella ciudad, que, como ya he dicho, era la mayor del valle despues de las capitales: en ella fué reconocido y aclamado rey, recibiendo el homenaje de sus nuevos súbditos, y prometiéndoles amarlos como padre; y cuidar de sus intereses.

La derrota de los Xochimilcos no bastó á intimidar á los habitantes de Cuitlahuac; ántes bien la ventajosa situacion de su ciudad, colocada en una isla del lago de Chalco, los incitó á provocar á los Mexicanos á la guerra. Itzcoatl quiso acometerlos con todas las fuerza de México; pero Moteuczoma se ofreció á abatir su orgullo con menor número de tropas. Para ello armó algunas compañías de jóvenes, especialmente de los que se educaban en los seminarios de México; y habiéndolos ejercitado en el manejo de las armas, en el modo y orden que debian observar en aquella guerra, dispuso un número proporcionado de barcos, y se dirigió con aquel ejército á la ciudad rebelde. Ignóranse las circunstancias particulares de aquella expedicion; pero se sabe que la ciudad fué tomada despues de siete dias de asedio, y sometida á la obediencia del rey de México; que los jóvenes volvieron cargados de despojos, y condujeron un buen número de prisioneros para sacrificarlos al

dios de la guerra. No se sabe en qué tiempo ocurrieron estos sucesos y la guerra contra Cuauhnahuac, aunque esta pertenece probablemente á los últimos años del reinado de Itzcoatl.

El señor de Xiuhtepec, ciudad del país de los Tlahuicas, á mas de treinta millas al Mediodía de México, habia pedido al señor de Cuauhnahuac, su vecino, una hija suya para muger, y este se la habia prometido. Pretendióla despues el de Tlaltexcal, y á este la concedió inmediatamente, sin hacer caso de la palabra empeñada con el primero, ó por alguna ofensa que de él habia recibido, ó por otra causa que ignoramos. Gravemente resentido de tamaña ofensa el señor de Xiuhtepec, determinó tomar venganza; pero no pudiendo hacerlo por sí mismo, en razon de la inferioridad de sus fuerzas, imploró el favor del rey de México, prometiéndole perpetua amistad y alianza, y servirlo siempre que lo necesitase, con su persona y con su gente. Itzcoatl, creyendo que aquella guerra era justa, y oportuna la ocasion que se le presentaba de ensanchar sus dominios, armó sus tropas, y convocó las de Acolhuacan y Tacuba. Era en efecto necesario echar mano de fuerzas considerables, por ser muy poderoso el señor de Cuauhnahuac, y muy fuerte su ciudad, como lo experimentaron despues los españoles cuando la sitiaron. Mandó Itzcoatl que todo el ejército atacase al mismo tiempo la ciudad: los Mexicanos por Ocuilla, en la parte de Occidente; los Tepanecas por Tlatacapachco, en la del Norte; y los Tezcocanos unidos con los Xiuhtepequeses, por Tlalquitenanco, en la de Oriente y Mediodía. Los Cuauhnahuacqueses, fiados en la natural fortaleza de la plaza, quisieron esperar el asalto. Subieron desde luego los Tepanecas, y fueron vigorosamente rechazados; pero sobreviniendo al instante todas las otras tropas, los sitiados tuvieron que ceder, y rendirse al rey de México, al que desde entonces pagaron anualmente un tributo de algodón, papel y otros géneros, como veremos despues. Con la conquista de aquella grande, amena y

fuerte ciudad, que era la capital de los Tlahuicas, quedó gran parte del país bajo el dominio del rey de México, y de allí á poco se agregaron á estas conquistas las de Cuauhuitlan y Toltitlan, ciudades considerables, á quince millas de México hácia el Norte; pero se ignoran las circunstancias de aquellos sucesos.

Así fué como una ciudad, que poco ántes era tributaria de los Tepanecas, y no muy respetada de las otras naciones, se halló en ménos de doce años en estado de mandar á los mismos que la dominaban, y á los pueblos que se creian superiores á ella. ¡Tanto importan á la felicidad de las sociedades humanas, la sabiduría y el valor de los que las rigen! Murió por fin despues de tan glorioso reinado, y en edad muy avanzada, el gran Itzcoatl, el año 1436 de la era vulgar: rey justamente celebrado de los Mexicanos por sus singulares prendas, y por los incomparables servicios que les hizo. Sirvió á la nacion por espacio de treinta años en el empleo de general, y por el de trece la rigió como soberano. Libertóla del yugo de los Tepanecas; engrandeció sus dominios; repuso la familia real de los Chichimecas en el trono de Acolhuacan; enriqueció su corte con los despojos de las ciudades vencidas; echó, con la triple alianza, los fundamentos de su futura grandeza, y hermoseó su capital con bellos edificios, entre los cuales eran los mas notables el templo de la diosa Cihuacoatl, y el de Huitzilopochtli, que erigió despues de la conquista de Cuauhnahuac. Celebraron los Mexicanos sus exequias con extraordinaria solemnidad, con las mayores demostraciones de dolor, y depositaron sus cenizas en el sepulcro de sus antepasados.

MOTEUCZOMA I, QUINTO REY DE MEXICO.

No tuvieron que deliberar los cuatro electores acerca de la eleccion del nuevo rey; pues no existiendo ninguno de los hermanos del último, debia recaer en uno de sus sobrinos, y ninguno parecia mas digno de tan alta dignidad, que Moteuczoma Ilhuicamina, hijo de Huitzilhuicli, tanto por sus vir-

tudes, como por los grandes servicios que habia hecho á la nacion. Fué pues elegido con general aplauso, y dióse cuenta inmediatamente de su exaltacion á los reyes aliados, que no solo ratificaron la eleccion, sino que la celebraron con grandes elogios del nuevo monarca, enviándole regalos dignos de su grandeza, y del aprecio con que lo miraban. Despues de las acostumbradas ceremonias, y las arengas gratulatorias de los sacerdotes, de los nobles y de los militares, se hicieron grandes regocijos, banquetes, bailes é iluminaciones. Pero ántes de proceder á la coronacion, salió á campaña, sea por ley establecida en la nacion, sea por su propia voluntad, á fin de hacer prisioneros que fuesen sacrificados en aquella solemne ocasion. Determinó que estas víctimas fuesen Chalqueses, queriendo así vengarse de las afrentas que le habian hecho, y del trato indigno que le habian dado, cuando volviendo de Tezcoco, con el carácter de embajador, fué preso y conducido á la cárcel de Chalco. Salió pues en persona contra ellos; los derrotó, les hizo muchos prisioneros, y no quiso detenerse en someter aquel estado, por no diferir la coronacion. El dia señalado para aquella funcion, entraron en México los tributos y presentes que le hacian los pueblos vencidos. Iban delante los mayordomos del rey y los recaudadores de sus rentas: seguían los hombres que llevaban los regalos, divididos en tantas cuadrillas, cuantos eran los pueblos que los remitian; y tan bien ordenados, que causaron general satisfaccion á los espectadores. Llevaban oro, plata, hermosas plumas, una inmensa cantidad de aves y otros comestibles. Es de presumir, aunque no lo dicen los historiadores, que concurririan los reyes aliados, con otros muchos señores forasteros, y una gran muchedumbre de habitantes de los diversos pueblos del valle de México.

ATROCIDAD DE LOS CHALQUESES, Y SU CASTIGO.

La primera atencion de Moteuczoma cuando se vió en el trono, fué edificar un gran templo en la parte de la ciudad que llama-

ban Huitznahuac. Los reyes aliados, á quienes pidió su ayuda para esta obra, lo proveyeron de tantos materiales y operarios, que en breve se terminó y consagró aquel edificio. Durante esta obra parece que estalló la guerra contra Chalco. Los habitantes de aquella ciudad, ademas de las injurias que habian hecho á Moteuczoma, provocaron nuevamente su furor con un cruel y horrendo atentado, que ha merecido la execracion de la posteridad. Sucedió, pues, que yendo á caza dos príncipes reales de Tezcoco, en los montes que dominan las llanuras de Chalco, engolfados en su diversion, se alejaron de su comitiva con solos tres señores mexicanos, y dieron en manos de una cuadrilla de soldados chalqueses, los cuales, creyendo hacer un gran servicio á las crueles pasiones de su señor, los hicieron prisioneros y los condujeron á Chalco. El bárbaro dominador de aquella ciudad, que probablemente seria el mismo Toteotzin, de quien recibió tan mal trato Moteuczoma, sin respetar el carácter de sus prisioneros, y sin temer los funestos efectos de su inhumana resolucion, mandó dar muerte á los cinco: mas para que nunca careciesen sus ojos de un espectáculo tan grato á su índole sanguinaria, hizo secar y salar sus cadáveres; y cuando estuvieron bien secos, los puso en una sala de su casa, á fin de que sirviesen á sostener las rajadas de pino con que se alumbraban de noche aquellas gentes.

La fama de tan horrible suceso se esparció inmediatamente por todo el país. El rey de Tezcoco, á quien penetró el corazón de dolor aquella noticia, pidió socorro á los reyes aliados, para vengar la muerte de sus hijos. Determinó Moteuczoma que el ejército Tezcocano atacase por tierra la ciudad de Chalco, y mientras él y el rey de Tacuba, con sus tropas respectivas, la atacarían por agua; y para no errar el golpe, reunió un número increíble de barcos, en que poder trasportar su ejército, tomando él á su cargo el mando de la expedicion. Los Chalqueses, á pesar de la superioridad numérica de sus enemigos, les hicieron una vigorosa re-

sistencia; porque además de ser naturalmente belicosos, aquella vez el despecho aumentó sus bríos. El señor de aquel estado, aunque tan viejo que no podía hacer uso de sus piés, se hizo llevar en una litera al campo de batalla, para animar con su presencia y su voz á sus súbditos. Sin embargo, fueron vencidos, la ciudad saqueada, y el gefe castigado con la pena del último suplicio, por sus atroces crímenes. El botín, según el convenio hecho con el rey Itzcoatl, se dividió entre los tres monarcas; pero la ciudad con todo su territorio quedó desde entonces sometida al rey de México. Esta victoria, según dicen los historiadores, se debió en gran parte al valor de Axoquentzin, hijo de Nezahualcoyotl.

CASAMIENTO DEL REY DE ACOIHUACAN CON UNA PRINCESA DE TACUBA.

Este famoso rey, aunque desde su juventud se había casado con muchas mugeres, y de ellas tenía muchos hijos, no concedió á ninguna el título de reina, por ser todas hijas de sus súbditos, ó esclavas (1). Pero creyendo ya conveniente tomar una esposa digna de tan gran honor, y que diese un sucesor á la corona de Acolhuacan, se casó con Matlalcihuatzin, hija del rey de Tacuba, jóven hermosa y modesta, que fué conducida á Tezcoco por su padre y por el rey de México. Celebráronse estas bodas con grandes regocijos, que duraron ochenta días; y un año despues nació de este enlace un príncipe que se llamó Nezahualpilli, que, como despues veremos, heredó la corona. De allí á poco se hicieron otras grandes fiestas para celebrar la conclusion de la obra del Hueitcepan, ó gran palacio, de cuya magnificencia fueron testigos los españoles. Estas regocijos, á que concurrieron los reyes aliados, terminaron con un esplendidísimo ban-

[1] Nezahualcoyotl se casó en su juventud, como ya hemos dicho, con Nezahualxochitl, que siendo de la casa real de México, era digna de subir al trono; pero esta señora murió ántes que el príncipe su esposo recibiese la corona que los Tepanecas le habían usurpado.

quete, á que estuvo convidada la nobleza de las tres cortes. En esta ocasion hizo Nezahualcoyotl que sus músicos cantasen al son de los instrumentos, una oda compuesta por él mismo, y que empezaba por estas palabras: *Xochitl mamani in ahuehuetitlan*. El argumento de aquella composicion era recordar á los circunstantes la brevedad de la vida, y de todos los placeres de que gozan los mortales, semejantes á una flor hermosa que prontamente se marchita. Las patéticas imágenes de la cancion arrancaron lágrimas á todos los presentes, á quienes la memoria de la muerte hacia mas preciosa y mas cara la existencia.

MUERTE DE CUAUHTLATOA, REY DE TLATELOLCO.

Restituido Moteuczoma á su capital, se vió obligado á luchar con un enemigo, que, por ser vecino y casi doméstico, podria acarrear graves perjuicios al estado. Cuauhtlatoa, tercer rey de Tlatelolco, impulsado por el ambicioso deseo de estender sus dominios, ó quizás por la envidia que su vecino y rival le inspiraba, habia ya pensado quitar la vida al rey Itzcoatl, y apoderarse de México: para lograrlo, no teniendo bastante con sus fuerzas, se confederó con otros caudillos de los territorios inmediatos; pero todas sus diligencias fueron vanas, porque Itzcoatl, noticioso de aquel intento, se dispuso oportunamente á la defensa, y frustró completamente las miras de su enemigo. De aquí se originó tal desconfianza y enemistad entre los Mexicanos y los Tlatelolcos, que estuvieron muchos años sin comunicar entre sí, á escepcion de algunos plebeyos, que furtivamente asistian á los recíprocos mercados. En tiempo de Moteuczoma planteó de nuevo Cuauhtlatoa sus perversos designios; mas esta vez no quedaron impunes. Prevenido Moteuczoma del crimen meditado, se anticipó á su enemigo, dando un furioso asalto á la ciudad, y mandando quitar la vida á su inquieto dominador. Mas no queriendo someter por entonces aquel estado á la corona de México, hizo que los habi-

tales eligiesen por caudillo al benemérito Moquiuhix.

CONQUISTAS DE MOTEUCZOMA.

Desembarazado Moteuczoma de aquel peligroso vecino, pasó á la provincia de los Colhuixcos, al Sur de México, á vengar la muerte dada por aquellos pueblos á unos Mexicanos. En aquella gloriosa expedicion añadió á sus estados los territorios de Huaxtepec, Yauhtepec, Tepoztilan, Yacapichtla, Totolapan, Tlalcozauhtitlan, Quilapan ó Chilapan, á mas de ciento y cincuenta millas de la corte: Coixco, Oztomantla, Tlachmalac y otros muchos; y dirigiéndose hácia el Poniente, se apoderó de Tzompahuacan, dejando desde entonces sometidos al dominio de los reyes mexicanos, el gran pais de los Colhuixcos, que habian sido los autores de aquel atentado, y algunos otros circunvecinos, que quizás habian provocado su enojo con semejantes insultos. De vuelta á su capital, amplió el templo de Huitzilopochtli, y lo adornó con los despojos de los pueblos vencidos. Moteuczoma hizo todas estas conquistas en los nueve primeros años de su reinado.

INUNDACION DE MEXICO.

En el décimo año, que fué el 1446 de la era vulgar, hubo en México una gran inundacion ocasionada por las lluvias excesivas, las cuales aumentaron de tal modo el volumen de las aguas del lago, que no pudiendo contenerse en su lecho, inundaron la ciudad, en términos que arruinaron muchas casas, y no dejaron calle alguna en que se pudiera transitar de otro modo que por medio de barcos. Moteuczoma, afligidísimo con esta calamidad, recurrió al rey de Tezcoco, esperando de su sabiduría que le sugiriese algun remedio. Aquel prudente monarca fué de parecer que se construyese un gran dique para refrenar las aguas, prescribiendo al efecto sus dimensiones, y el sitio en que debia construirse. Agradó el consejo á Moteuczoma, y mandó que se pusiese en ejecucion con la mayor prontitud posible. Los habitan-

tes de Azcapozalco, de Coyohuacan y de Xochimilco, tuvieron orden de suministrar algunos millares de gruesas estacas, y á otros pueblos se encargó la conduccion de las piedras necesarias. Convocó además para la ejecucion de la empresa á los de Tacuba, Iztapalapan, Colhuacan y Tenayuca: los reyes mismos y magnates dieron á los otros el ejemplo del trabajo; con lo que se estimularon de tal manera los súbditos, que en poco tiempo se vió concluida aquella obra, que de otro modo no hubiera podido terminarse en muchas años. El dique tenia nueve millas de largo y once brazas de ancho. Componíase de dos estacadas paralelas, cuyo espacio medio estaba terraplenado de piedras y arena. La mayor dificultad era trabajar dentro del lago, y especialmente en algunos sitios en que las aguas eran muy profundas; pero todo lo superó el ingenio del director, ayudado por la constancia de los operarios. Fué ciertamente aquella construccion útilísima á la ciudad, aunque no bastó á preservarla enteramente de inundaciones: lo que no debe parecer extraño, si se tiene presente que los españoles, aun empleando ingenieros europeos, no consiguieron evitar aquel inconveniente, ni con dos siglos y medio de trabajo, ni con el gasto de algunos millones de pesos. Mientras los Mexicanos se empleaban en aquella obra, se rebelaron los Chalqueses; pero fueron prontamente comprimidos, aunque con pérdida de algunos capitanes del ejército real.

HAMBRE EN MEXICO.

A la calamidad de la inundacion siguió muy en breve la del hambre, por haber sido muy escasa la cosecha de maiz en los años de 1448 y 1449, de resultas de los yelos que sobrevinieron cuando estaban aun tiernas las mazorcas. En 1450 se perdió tambien la cosecha por falta de agua. En 1451, además de lo riguroso de la estacion, apenas se pudo sembrar grano, habiéndose consumido casi todo, por la escasez de las cosechas anteriores; de modo que en 1452 fué tan grande la necesidad de los pueblos, que no bas-

tando á socorrerla la liberalidad del rey y de los magnates, que abrieron sus graneros en bien de sus súbditos, se vieron estos reducidos á comprar su subsistencia á costa de la propia libertad. Moteuczoma, no pudiendo aliviarlos, les permitió trasladarse á otros países, para que no muriesen de hambre en el suyo; pero sabiendo que algunos se vendían por la subsistencia de dos ó tres días, publicó un bando en que mandaba que ninguna muger se vendiese por ménos de cuatrecientas, y ningun hombre por ménos de quinientas mazorcas de maiz. Pero nada bastó á evitar los perniciosos efectos de la carestía. Algunos de los que pasaban á buscar remedio en otros países, morían de necesidad en los caminos: otros no volvieron mas á su patria. La mayor parte de la plebe mexicana se mantuvo, como sus antepasados, con los pájaros, peces, insectos y yerbas del lago. El año siguiente no fué tan calamitoso; y al fin, en 1454, que era secular, hubo cosecha abundantísima, no solo de maiz, sino de legumbres y de toda clase de frutas.

NUEVAS CONQUISTAS, Y MUERTE DE MOTEUCZOMA.

Pero no pudieron los Mexicanos gozar tranquilamente de su abundancia; pues les fué preciso tomar las armas contra Atonaltzin, señor de la ciudad y del estado de Coaxtlahuacan, en el país de los Mixtecas. Era este un poderoso caudillo, el cual no sé por qué negaba el paso por sus tierras á los Mexicanos; y si alguno casualmente llegaba á ellas, le hacia todo el daño que estaba á su alcance. Gravemente resentido Moteuczoma de estas hostilidades, le envió una embajada para saber la causa de tan estraña conducta, amenazándolo con la guerra, si no le daba la debida satisfaccion. Atonaltzin recibió con desprecio aquel mensaje; y haciendo traer á presencia de los embajadores una parte de sus riquezas, "llevad, les dijo, este regalo á vuestro monarca, y decidle que por él conocerá cuánto me dan mis súbditos, y cuán grande es el amor que me profesan: que acepto gustoso la guerra, y que en ella

quedará decidido, si mis pueblos han de pagar tributo al rey de México, ó los Mexicanos á mí." Moteuczoma comunicó inmediatamente aquella arrogante respuesta á los dos reyes aliados, y mandó un ejército considerable contra su enemigo, el cual lo aguardaba bien apercebido en la frontera de sus estados. Las tropas al encontrarse vinieron á las manos; pero el empuje de los Mixtecas fué tan violento, que los Mexicanos quedaron destruidos, y tuvieron que abandonar la empresa.

Con la victoria creció el orgullo de Atonaltzin; mas previendo que los Mexicanos volverían con mas fuerzas, pidió auxilio á los Huexotzingos y á los Tlaxcaltecas, y estos lo enviaron sin tardanza, alegrándose de aquella ocasion de interrumpir la felicidad de las armas mexicanas. Moteuczoma, afligido por el éxito infausto de aquella campaña, pensó seriamente en restablecer el honor de su corona: armó en poco tiempo un ejército formidable, y quiso mandarlo en persona con los dos monarcas aliados; pero antes de marchar supo que los Tlaxcaltecas y los Huexotzingos habian atacado á Tlachiquiauhco, pueblo de Mixtecas, degollando á las tropas mexicanas que lo guarnecian, quitando á muchos habitantes la vida, y á otros la libertad (1). Dirigióse pues lleno de indignacion contra la Mixteca, y en aquella ocasion no valieron á Atonaltzin su poder, ni los socorros de sus amigos. En el primer encuentro quedó derrotado su ejército, y muertos muchos de sus combatientes, con casi todos los de sus aliados. Los pocos de estos que escaparon del furor de los Mexicanos, murieron á manos de los Mixtecas, los cuales vangaron en ellos el mal éxito de la batalla. Atonaltzin se rindió á Moteuczoma; el que no solo quedó dueño de la ciudad

(1) No sabemos en qué tiempo se agregó Tlachiquiauhco á la corona de México. En las pinturas de la Coleccion de Mendoza, donde se indican las principales conquistas de los Mexicanos, se hace mención de aquella en tiempo de Moteuczoma; mas yo creo que este recuperó aquella ciudad, no que la conquistó por primera vez.

dad y del territorio de Coaxtlahuacan, sino que pasando adelante, se apoderó de Tlachitpec, de Tzapotlan, de Tototlan y de Quinantla, y en los dos años siguientes, de Cozamaloapan y de Cuauhtochco. La causa de esta guerra fué la misma de muchas de las anteriores; es decir, el asesinato de algunos mercaderes y correos mexicanos, cometido en tiempo de paz por los habitantes de aquellos pueblos.

Mas difícil y mas famosa fué la expedicion emprendida el año de 1457, contra Cuatlachtlan, ó sea Cotasta. Esta provincia, situada, como ya hemos dicho, en la costa del seno mexicano, y fundada, ó habitada á lo ménos, por los Olmecas, arrojados por los Tlaxcaltecas, cocienia una poblacion muy considerable. Ignoramos la causa de esta guerra; sabemos sin embargo, que los Costateses, previendo la tormenta que los amenazaba, imploraron los socorros de los Tlaxcaltecas y de los Huexotzingos. Estos, que no habian olvidado la última derrota, y queriendo vengarla, no solo se prestaron á darles ayuda, sino que persuadieron á sus vecinos los Cholultecas á que entráren en la confederacion. Estas tres repúblicas enviaron tropas numerosas á Cotasta, para aguardar allí á los enemigos. Moteuczoma, por su parte, preparó un grande y brillante ejército, en que se alistaron los principales nobles Mexicanos, Acolhuas, Tlatelolcos y Tepanecas. Entre los personajes que se distinguian en las tropas, se hallaban Axayacatl, general, Tizoc y Ahuizotl, hermanos los tres, y de la familia real de México: las cuales ocuparon sucesivamente aquel trono, despues de Moteuczoma su sobrino. Habia ademas otros caudillos de Colhuacan y de Tenayuca; pero el principal de todos ellos por su dignidad, era Moquihuix, rey de Tlatelolco, sucesor del desventurado Cuauhtlaton. Cuando salió este ejército de México, aun no habia llegado allí la noticia de la confederacion de las tres repúblicas con los Costateses. Inmediatamente que la supo Moteuczoma, despachó correos á sus generales, con orden de no pa-

sar adelante, y de regresar sin pérdida de tiempo á la capital. Entraron en deliberacion los gefes: de los que unos opinaban que se obedeciesen sin réplica las órdenes del soberano; mientras los otros decian que no estaban obligados á someterse á un precepto tan injurioso á su honor, pues quedaria desacreditada y envilecida su nobleza, si desperdiciaban una ocasion tan oportuna de ostentar su intrepidez. Prevaleció, sin embargo, como mas seguro el primer dictámen; pero al volver á marchar hácia México, dijo á los suyos el rey Moquihuix: "Retrocédan los que tengan ánimo de volver la espalda al enemigo, que yo con mis Tlatelolcos conseguiré el honor de la victoria." Esta resolucion agüijoneó de tal manera á los otros generales, que todos de consuno determinaron afrontar el peligro: Dióse finalmente la batalla, en la cual, aunque los Costateses pelearon briosamente, fueron vencidos con sus aliados. De estos quedó la mayor parte en el campo de batalla, y de unos y otros se hicieron seis mil y doscientos prisioneros, que poco despues fueron sacrificados en México en la fiesta de la dedicacion del Cuauicalco, ó edificio religioso dedicado á conservar los huesos de las victimas. Quede entónces toda aquella provincia sometida á la corona de México, y el rey estableció en ella una guarnicion para mantener á los habitantes en su obediencia. Tan noble victoria se debió principalmente á la proteccion del rey Moquihuix, y hasta nuestros tiempos se ha conservado una oda ó cancion mexicana, compuesta en aquella ocasion (1). Moteuczoma, mas satisfecho con el éxito feliz de la guerra, que ofendido por la desobediencia con que habian sido recibidas sus órdenes, premió al rey de Tlatelolco, dándole por muger una prima suya; hermana de los tres príncipes ya mencionados.

Entre tanto los Chalqueses se hacían cada vez mas dignos de castigo, no solo por su re-

(1) De esta oda hace mención Boturini, que la tenia entre los MS y pinturas de su precioso Museo.

beldía, sino tambien por otros crímenes. En aquel tiempo tuvieron la temeridad de hacer prisionero á un hermano del mismo rey Moteuczoma, que era, segun creemos, señor de Ehecatepec, y con él cogieron á otros Mexicanos. Este atentado, cometido en una persona tan inmediata á su soberano, fué sin duda un medio de que se valieron para sustraerse al dominio de los Mexicanos, y hacer á la ciudad de Chalco émula de la de México; pues quisieron hacer rey de Chalco á aquel personaje, su prisionero, y muchas veces se lo propusieron, aunque en vano. Viéndolos él obstinados en su resolucion, les dijo al último que aceptaba la corona que le ofrecian; y á fin de que el acto de su exaltacion fuese mas solemne, queria que se plantase un árbol altísimo en la plaza del mercado, y sobre él se hiciese un tablado ó parapeto, desde donde pudieran verlo todos sus nuevos súbditos. Hízose todo como lo habia indicado; y reuniendo á los Mexicanos al rededor del árbol, subió al tablado con un ramo de flores en las manos, y desde aquella altura, habló así á los suyos: "Sabed, valientes Mexicanos, que los Chalqueses me quieren dar la corona de este estado; pero no permita nuestro dios que yo haga traicion á la patria, ántes bien con mi ejemplo os enseñaré á estimar en mas que la propia vida, la fidelidad que se le debe." Dicho esto, se precipitó de aquella elevacion. Accion ciertamente bárbara, pero conforme á las ideas que los antiguos tenian de la magnanimidad; y tanto ménos digna de censura, que la de Catón y la de otros héroes de la antigüedad, cuanto era mas noble el motivo, y mayor la grandeza de ánimo del Mexicano. Con esta accion, de tal modo se inflamó la cólera de los Chalqueses, que allí mismo atacaron á los otros Mexicanos, y á lanzadas les dieron muerte. La noche siguiente oyeron decaer el canto melancólico de un ave nocturna, y como hombres dados á la supersticion, lo creyeron triste agüero de su próxima ruina. No se engañaron en aquel presentimiento; pues Moteuczoma, gravemente irritado por su rebeldía, y por sus enormes delitos, de-

claró inmediatamente la guerra, y mandó encender hogueras en las cimas de los montes, en señal de la sentencia de esterminio que habia fulminado contra los rebeldes. Marchó en seguida contra aquella provincia, é hizo tan grandes estragos en ella, que la dejó casi despoblada. Los pocos de sus habitantes que sobrevivieron á tan formidable castigo, huyeron á las cuevas de los montes que dominan las llanuras de Chalco, y otros para alejarse mas del peligro, se refugiaron en Huexotzingo y Atlixco. La ciudad de Chalco fué entregada al saqueo. Al furor de la venganza, sucedió en Moteuczoma, como sucede en todos los corazones, la compasion de los desventurados. Publicó un indulto general en favor de los fugitivos, y especialmente de los viejos, de las mugeres y de los niños, convidándolos á volver sin recelo á su patria; y no satisfecho con este, dispuso que sus tropas recorriesen los montes, para buscar á los que, huyendo de los hombres, se habian refugiado entre las fieras. Volvieron en efecto muchos, y fueron distribuidos en Amaquemecan, Tlalmanalco y otros lugares; pero algunos, ó por desconfianza del perdon, ó por despecho, se abandonaron á la muerte en las montañas. Moteuczoma dividió una parte del territorio de Chalco entre los capitanes que se habian señalado en la guerra.

Despues de esta expedicion conquistaron los Mexicanos á Tamazollan, Piaztlan, Xihotepic, Acatlan y otros pueblos. Con tan rápidas adquisiciones, engrandeció de tal modo Moteuczoma sus dominios, que por Levante se estendian hasta el golfo mexicano; por Sudeste, hasta el centro del gran pais de los Mixtecas; por Mediodía, hasta Quilapan, y mas allá; por Sudoeste, hasta el centro del pais de los Otomites, y por el Norte, hasta la estremidad del valle.

Mas las atenciones de la guerra no estorbaron á aquel famoso rey cuidar de lo que pertenecia al gobierno civil y á la religion. Publicó nuevas leyes, aumentó el esplendor de su corte, é introdujo en ella cierto ceremonial desconocido de ses antepasados. Edi-

ficó un gran templo al dios de la guerra, instituyó muchos ritos, y aumentó el número de los sacerdotes. El intérprete de la *Coleccion de Mendoza* añade: que Moteuczoma fué sobrio y extraordinariamente severo en el castigo de la embriaguez; y que con su justicia, su prudencia, y el arreglo de sus costumbres, se hizo temer y respetar de sus súbditos. Finalmente, despues de un reinado glorioso de veintinueve años y algunos meses, murió, llorado de todos, en 1464. Sus exequias se celebraron con tanto mayor aparato, cuanto mayor era la manificencia de la corte y el poder de la nacion.

AXAYACATL, SESTO REY DE MEXICO.

Antes de morir Moteuczoma, habia convocado á los primeros personajes de la corte; y despues de haberlos exhortado á la concordia, encargó á los electores que dicesen el tronó al príncipe Axayacatl, por creerlo el mas capaz de prontover la gloria de los Mexicanos. Los electores, ó por deferencia al parecer de un rey tan benemérito de la nacion, ó porque realmente conocian el mérito de Axayacatl, lo prefirieron á su hermano mayor Tizoc, y le dieron la corona. Era Axayacatl hijo de Tezozomoc, el cual habia sido hermano de los tres reyes predecesores de Moteuczoma, y, como ellos, hijo del rey Acamapitzin.

Despues de las fiestas de la eleccion, salió el rey á la guerra, con el solo objeto, como habian hecho sus antecesoros, de tener prisioneros que sacrificar en la solemnidad de su coronacion. Hizo una expedicion contra la provincia de Tecuantepec, situada en la costa del mar Pacífico, cerca de cuatrocientas millas de México, hácia el Sudeste. Los Tecuantepequeses se habian preparado y aliado con sus vecinos, para resistir á las tentativas de los Mexicanos. En la batalla furiosa que se dió entre ambos ejércitos, Axayacatl, que mundaba en gafe, fingió retirarse para atraer los enemigos á una emboscada. Los Tecuantepequeses siguieron á los Mexicanos, cantando ya la victoria; cuando de repente se vieron atacados á retaguardia

por una parte del ejército contrario, que salió de la emboscada, al mismo tiempo que los que huian volvieron caras, y empezaron á pelear de nuevo: así que, estrechados por una y otra parte, fueron derrotados completamente. Los que pudieron salir del conflicto, fueron perseguidos por los Mexicanos hasta la misma ciudad de Tecuantepec, que entregaron á las llamas. Los vencedores, aprovechándose de la consternacion de aquellos pueblos, estendieron sus conquistas hasta Coatlulco, lugar marítimo, cuyo puerto fué frecuentado en el siglo siguiente por los buques españoles. De aquella expedicion volvió Axayacatl cargado de despojos, y fué coronado con aparato extraordinario de tributos y sacrificio de prisioneros. En los primeros años de su reinado solo pensó en hacer nuevas conquistas, segun el ejemplo de sus predecesores. En 1467 reconquistó á Cotasta y á Tochtepec, que se le habian rebelado. En 1468 ganó una completa victoria á los Huexotzingos y á los Atlixqueses, y restituido á México, emprendió la fábrica de un templo, que llamó *Coatlan*. Los Tlatelolcos hicieron á competencia otro, que llamaron *Coazolotl*; de lo que resultaron, entre los dos reyes, nuevas discordias, que terminaron, como despues veremos, en daño de los Tlatelolcos. En 1469 murió Totoquiuhatzin, primer rey de Tacuba, el cual, en los cuarenta años y mas que rigió aquel pequeño estado, fué constantemente fiel á los Mexicanos, y los sirvió con celo en casi todas las guerras que emprendieron contra sus enemigos. Le sucedió su hijo Quimalpopoca, que le fué muy semejante en valor y en fidelidad.

MUERTE Y ELOGIO DEL REY NEZAHUALCOYOTL.

Mucho mas deplorable fué la pérdida que sufrieron los Mexicanos, el año de 1470, con la muerte de Nezahualcoyotl. Este monarca fué una de los héroes mas famosos de la América antigua. Su gran valor, que en su juventud pasó á temeridad, fué una de las dotes ménos apreciables de su ánimo. Su fortaleza y su constancia en los trece años en

que estuvo privado de la corona, y perseguido por el usurpador, fueron ciertamente admirables. Mostróse inflexiblemente recto en la administracion de la justicia. Para perfeccionar la civilizacion de sus pueblos, y corregir los desórdenes introducidos en su reino en tiempo de los tiranos, promulgó ochenta leyes, que despues fueron compiladas por su noble descendiente D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl, en su Historia MS de los Chichimecas. Mandó que ninguna causa civil ni criminal pudiese prolongarse por mas de ochenta dias, ó cuatro meses maxicanos. Cada ochenta dias se celebraba una gran reunion en el palacio real, á la que concurrían todos los jueces y los reos. Entónces se juzgaban irremisiblemente todas las causas que no se habian terminado en el periodo anterior; y los reos, de cualquiera clase de delitos, sufrían allí mismo, y en presencia de aquella asamblea, la pena á que habian sido condenados. Señaló penas á los crímenes, manifestándose especialmente severo con el adulterio, la sodomía, el hurto, el homicidio, la embriaguez y la traicion á la patria. Si hemos de dar crédito á los historiadores tezcocanos, mandó dar muerte á cuatro de sus hijos por incestuosos.

Era sin embargo extraordinaria su clemencia con los desgraciados. En su reinado estaba prohibido, bajo pena de muerte, tomar algo del campo ajeno; y tan rigurosa era la ley, que bastaba robar cuatro mazoras de maiz, para incurrir en la pena. Nezahualcoyotl, para socorrer de algun modo á los caminantes pobres, sin detrimento de la ley, mandó que en los dos lados de los caminos se sembrasen maiz y otras plantas, de que pudiesen servirse los necesitados. Gastaba en limosnas una gran parte de sus ingresos, dándolas con preferencia á los viejos, á los enfermos y á las viudas. Para impedir la destruccion de los bosques, prescribió ciertos límites á los leñadores, y prohibió, bajo graves penas, su trasgresion. Queriendo saber si se observaba exactamente aquella disposicion, salió un dia disfrazado con un príncipe hermano suyo, y pasó á la

falda de un monte cercano, donde estaban los límites prescritos. Allí encontró un muchacho que estaba recogiendo leña menuda, de la que habian dejado los leñadores, y le preguntó por qué no iba al bosque á coger pedazos mas gruesos: „Porque el rey, contestó el muchacho, nos ha prohibido pasar de estos límites; y si no lo obedecemos, seremos rigorosamente castigados.” El rey no pudo conseguir, ni con promesas, ni con regalos, que el muchacho infringiese la ley. La compasion que le inspiró este suceso, lo movió á ampliar los límites determinados.

Miró siempre con gran celo la fiel administracion de la justicia; y á fin de que, con pretexto de necesidad, no se dejasen corromper los jueces por los litigantes, ordenó que de la casa real se les suministrasen víveres, ropa y todo lo necesario, segun la clase y calidad de la persona. Era tanto lo que anualmente se espendía en su familia y casa, en el mantenimiento de los ministros y magistrados, y en el alivio de los pobres, que seria increíble, y yo no osaria escribirlo, si no constara por las pinturas originales, vistas y examinadas por los primeros misioneros que se emplearon en la conversion de aquellos pueblos; y si no lo confirmara el testimonio de un descendiente de aquel monarca, convertido á la fe cristiana, y llamado, despues del bautismo, D. Antonio Pimentel (1). Era pues, el gasto de Nezahualcoyotl, reducido á medidas castellanas, el siguiente:—

De maiz	4,900,300 fanegas,
De cacao	2,744,000 id.
De chile y tomate.	3,200 id.
De chiltecpin, ó pimientopequeño muy fuerte, para salsas	240 id.
De sal	1,300 panes gruesos.
Pavos	8,000.

No tiene guarismo el consumo que se hacia de chia, habichuelas y otras legumbres; de ciervos, conejos, patos, codornices y to-

[1] Torquemada asegura haber tenido en sus manos aquellas pinturas.

da especie de aves. Bien puede calcularse el número exorbitante de gente que era necesaria para recoger tan gran cantidad de maiz y de cacao, especialmente cuando se tiene presente que este provenia del comercio con los países calientes, no habiendo en todo el reino de Anáhuac terreno propio para el cultivo de aquella planta. Catorce ciudades suministraban aquellas provisiones durante medio año, y otras quince, durante el otro medio (1). A los jóvenes tocaba la provision de leña, de la que se consumía en la casa real una cantidad inmensa.

Los progresos que hizo aquel célebre rey en las artes y en las ciencias, fueron todos los que podia hacer un gran ingenio, sin libros en que estudiar, y sin maestros de quienes aprender. Era diestro en la poesia nacional, y compuso muchas piezas poéticas, que fueron universalmente aplaudidas. En el siglo XVI eran célebres, aun entre los españoles, los sesenta himnos que compuso en loor del Criador del cielo. Dos de aquellas odas ó canciones, traducidas al castellano por su descendiente D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl, se han conservado hasta nuestros tiempos (2). Una de ellas fué compuesta poco despues de la ruina de Azcapozalco. Su argumento, semejante al de la otra de que ya hemos hecho mencion, era una lamentacion de la inestabilidad de las grandezas humanas en la persona del tirano, el cual, á guisa de un árbol grande y robusto, habia estendido sus raices, y ensanchado sus ramas, hasta dar sombra á todo el territorio del imperio; pero al fin, seco y podri-

(1) Las catorce ciudades primeras eran: Tezcoco, Huexotla, Coatlichan, Atenco, Chiautla, Tezonoyacan, Papalotla, Tepetlaoztoc, Acolman, Tepetlapan, Xaltocan, Chimalhuacan, Iztapalocan y Coatepec. Las otras quince: Otompan, Aztaquemecan, Teotihuacan, Cempoallan, Axapochco, Tlalacapan, Tepepolco, Tizayocan, Ahuatpec, Oztotiepac, Cuauhtlatzineco, Coyoac, Oztotlatlauacan, Achichilacachocan y Tetliztacac.

(2) Estas dos odas se hallaban entre las preciosidades de Boturini. Bien quisiera yo tenerlas para publicarlas en esta Historia.

do, cayó al suelo sin esperanza de recobrar el antiguo verdor.

Pero en nada se deleitaba tanto Nezahualcoyotl como en el estudio de la naturaleza. Adquirió muchos conocimientos astronómicos, con la frecuente observacion que hacia del curso de los astros. Aplicóse tambien al conocimiento de las plantas y de los animales; y por no poder tener en su corte los que eran propios de otros climas, mandó pinar en su palacio, al vivo, los que nacían en la tierra de Anáhuac. De estas pinturas habla el Dr. Hernandez, que las vió é hizo uso de ellas; y por cierto que son mas útiles y mas dignas de la mansion de un rey, que las que representan la perversa mitología de los griegos. Investigaba atentamente la causa de los fenómenos naturales, y esta continua observacion le hizo conocer la vanidad de la idolatría. Decía privadamente á sus hijos, que cuando adorasen con señales exteriores los ídolos, para conformarse con los usos del pueblo, detestasen en su interior aquel culto despreciable, dirigido á seres inanimados; que él no reconocía otra divinidad, sino el Criador del cielo, y que no prohibia en sus reinos la idolatría, como deseaba, porque no lo acusasen de contradecir la doctrina de sus mayores. Prohibió los sacrificios de víctimas humanas; pero viendo despues cuan difícil es apartar á los pueblos de las antiguas ideas en materias de religion, volvió á permitirlos, prohibiendo sin embargo otro sacrificio que el de prisioneros de guerra. Fabricó en honor del Criador del cielo, una alta torre de nueve pisos. El último era oscuro; su bóveda estaba pintada de azul, y adornada con cornisas de oro. Residían en ella hombres encargados de tocar en ciertas horas del dia, unas hojas de finísimo membrillo, á cuyo aviso se arrodillaba el rey para hacer oracion al Criador del cielo, y en su honor ayunaba una vez al año (1).

[1] Estas anécdotas han sido tomadas de los preciosos MS de D. Fernando de Alba, el cual, como cuarto nieto de aquel rey, pudo saber auténtica-

Su esclarecido ingenio, y el amor que tenía á sus súbditos, contribuyeron en gran manera á ilustrar aquella corte, la cual se consideró despues como la patria de las artes y el centro de la civilizacion. Tezcoco era la ciudad donde se hablaba con mayor pureza y perfeccion la lengua mexicana; donde se hallaban los mejores artífices, y donde mas abundaban los poetas, los oradores y los historiadores (1). De allí tomaron muchas leyes los Mexicanos y otros pueblos; de modo que puede decirse que Tezcoco fué la Aténas y Nezahualcoyotl el Solon de Anáhuac.

En su última enfermedad, habiendo convocado en torno de sí á todos sus hijos, declaró por heredero y sucesor á la corona de Acolhuacan, á Nezahualpilli; el cual, aunque mas jóven que los otros, les fué preferido, tanto por haber nacido de la reina Matlalcihuatzin, como por su notoria rectitud y superior ingenio. Encargó á su primogénito Acapipiltzin, que ayudase al nuevo rey con sus consejos, hasta que aprendiese el arte difícil de gobernar. A Nezahualpilli recomendó encarecidamente el amor de sus hermanos, la proteccion de sus súbditos, y el celo por la justicia. En fin, para evitar todo alboroto que pudiera ocasionar la noticia de su muerte, mandó que se ocultase del modo posible al pueblo, hasta que Nezahualpilli estuviese seguro en la pacífica posesion de la corona. Los príncipes recibieron con lágrimas los últimos consejos de su padre; y saliendo á la sala de audiencia, donde la nobleza los aguardaba, fué Nezahualpilli aclamado rey de Acolhuacan, habiendo ántes declarado su hermano mayor ser aquella la voluntad de su padre, el cual debiendo hacer un gran viaje, queria ántes nombrarse un sucesor. Todos prestaron obediencia al nuevo soberano, y en la maña-

mente muchas particularidades de boca de sus padres y abuelos.

[1] En la lista que daremos al fin de este tomo de los historiadores de aquel reino, se verá que algunos de ellos fueron de la familia real de Tezcoco.

na siguiente murió Nezahualcoyotl, á los cuarenta y cuatro años de reinado, y á cerca de los ochenta de edad. Sus hijos ocultaron su muerte, probablemente quemando en secreto su cadáver; y en vez de exequias fúnebres, celebraron juegos y regocijos extraordinarios, para solemnizar la coronacion del nuevo rey. Sin embargo, no tardó en saberse la verdad en despecho de sus precauciones, y vinieron á la corte muchos magnates á darle el pésame; pero el vulgo creyó siempre que aquel grande hombre habia sido trasferido á la mansion de los dioses, en premio de sus virtudes.

CONQUISTA DE TLATELOLCO, Y MUERTE DEL REY MOQUIHUIX.

Poco tiempo despues de la exaltacion de Nezahualpilli, ocurrió la memorable guerra de los Mexicanos con sus vecinos y rivales los Tlatelolcos. Su rey MoquihuiX, no pudiendo sobrellevar la gloria del de México, empleaba cuantos medios estaban á su alcance para oscurecerla. Estaba casado, como ya hemos visto, con una hermana de Axayacatl, habiéndosela dado Moteuczoma en premio de la famosa victoria que ganó á los Cotasteses. En esta desgraciada señora desfogaba comunmente su rabia contra el cuñado; y no satisfecho con aquellas demostraciones de odio, procuró aliarse con otros pueblos que llevaban con impaciencia el yugo mexicano. Tales fueron Chalco, Xilotepec, Toltitlan, Tenayuca, Mexicaltzinco, Huitzilopochco, Xochimilco, Cuiclahuac y Miscuic; los cuales convinieron en atacar por retaguardia á sus enemigos, despues que hubiesen empezado la accion los Tlatelolcos. Los Cuauhpanqueses, los Huetztingos y los Matlatzincas, cuyos auxilios habian tambien implorado, debian incorporar sus tropas á las de los Tlatelolcos, para la defensa de la ciudad. Supo la reina estas negociaciones, y ya por odio á su marido, ya por amor á su hermano y á su patria, avisó de todo al rey Axayacatl, á fin de que evitase un golpe que amenazaba la destruccion de su trono.

MoquihuiX, seguro de la ayuda de los confederados, convocó á los nobles de su corte para estimularlos á la empresa. Alzó la voz en la asamblea un sacerdote viejo, y que gozaba de mucha autoridad, llamado Poyahuitl, y en nombre de todos, se ofreció á pelear denodadamente contra los enemigos de la patria. En seguida hizo un sacrificio, y dió á beber al rey y á todos los caudillos, agua teñida con sangre humana; con lo que sintieron, segun decian, aumentarse su valor, y yo no dudo que sentirian nuevos ímpetus de odio y de crueldad. La reina, entre tanto, no pudiendo ya sufrir el mal trato que recibia, y atemorizada de los peligros de la guerra, dejó á su marido, y pasó á México con sus cuatro hijos, á ponerse bajo la proteccion de su hermano. La proximidad de las dos cortes pudo facilitar esta fuga. Tan extraordinaria novedad exasperó de tal modo el aborrecimiento de los dos pueblos, que donde quiera que se encontraban sus individuos, se maltrataban de palabras, venian á las manos, y peleaban hasta morir.

Accrecándose ya la época de empezar la guerra, hizo MoquihuiX, con sus capitanes y muchos de los confederados, un solemne sacrificio en el monte mas próximo á la ciudad, para grangearse la proteccion de los dioses, y allí se determinó el dia en que debian hacerse las primeras hostilidades. De allí á poco pasó aviso á los confederados, á fin de que estuviesen apercebidos á socorrerlo, cuando empezase el ataque. Xiloman, señor de Colhuacan, queria acometer desde luego á los Mexicanos, y disimulando despues una retirada, empeñarlos en ella, para que los Tlatelolcos los atacasen por retaguardia. El dia siguiente al de aquella embajada, hizo MoquihuiX la ceremonia de armar á sus tropas: pasó despues al templo de Huitzilopochtli, para invocar su auxilio: bebieron todos otra vez de aquella nefanda pocion que les habia dado el sacerdote en el primer congreso, y todos los soldados pasaron uno á uno delante del ídolo, haciéndole cada cual una profunda reverencia. Terminada apenas aquella ceremonia, entró en

la plaza del mercado una partida de Mexicanos, matando á cuantos encontraban; pero sobreviniendo de pronto las tropas de Tlatelolco, los arrojaron, haciendo algunos prisioneros, los cuales fueron inmediatamente sacrificados en un templo llamado *Tullan*. Aquel mismo dia, al ponerse el sol, tuvieron algunas mugeres tlatelolcas el arrojo de entrar en las calles de México, insultando á los habitantes, diciéndoles injurias y amenazándolos con su próxima ruina; pero ellos las trataron con el desprecio que merecian.

Los Tlatelolcos tomaron las armas aquella noche, y al romper el dia siguiente empezaron á atacar á los Mexicanos. En lo mas encendido de la refriega llegó Xiloman con sus tropas; pero viendo que el rey de Tlatelolco habia entrado en accion sin aguardarlo, ni hacer caso de sus consejos, se retiró indignado; mas queriendo hacer algun daño á los Mexicanos, hizo cerrar los canales por los que podrian recibir socorros de barcos: tentativa que le salió frustrada, pues Axayacatl los hizo reparar prontamente. Todo nquel dia se combatió con indecible ardor por una y otra parte, hasta que la noche obligó á los Tlatelolcos á retirarse. Los Mexicanos quemaron las casas próximas á Tlatelolco, porque quizás les estorbaban para pelear; mas al ponerles fuego, veinte de ellos fueron hechos prisioneros y sacrificados al punto.

Axayacatl pasó la noche distribuyendo su gente en los caminos que conducian á Tlatelolco, y al despuntar la aurora se pusieron en marcha hácia la plaza del mercado, que era el punto de su reunion. Los enemigos, viéndose cercados por todas partes, se iban retirando hácia aquella gran plaza, para congregarse sus fuerzas, y poder resistir con mejor éxito; pero al llegar á ella se encontraron aun mas embarazados por el escesoivo número de gente que se habia amontonado en su recinto. No bastaban ya las voces con que MoquihuiX procuraba alentar á los suyos desde lo alto del gran templo. Sus súbditos caian muertos ó heridos, y desfogaban en improprios su rabia contra el rey.

„Cobarde, le decían, baja y toma las armas: que no es de hombres de pro estar mirando tranquilamente á los que pelean, y pierden la vida en defensa de la patria." Mas estos lamentos, arrancados por el dolor de las heridas, ó por las agonías de la muerte, eran injustos; pues Moquihuix no faltaba á sus obligaciones de general y rey, procurando no esponer tanto su vida, como los soldados la suya, para serles mas útil con el consejo y con la voz. Entre tanto, los Mexicanos llegaron á la escalera del templo, y subiendo por ella, dieron con Moquihuix, que animaba á su gente, y se defendía como un desesperado; pero un capitán mexicano, llamado *Quetzalhua*, lo arrojó de un golpe por la escalera abajo, y unos soldados, cogiendo en brazos el cadáver, lo presentaron á Axayacatl, el cual abriéndole el pecho, le arrancó el corazón: acción horrible, pero á lo que ellos estaban acostumbrados en sus sacrificios (1). Así acabó el valiente Moquihuix, y con él la pequeña monarquía de los Tlatelolcos, gobernada por cuatro reyes en el espacio de cerca de ciento diez y ocho años. Los Tlatelolcos, viendo muerto á su monarca, se desordenaron, y procuraron salvar la vida con la fuga, pasando por medio de sus enemigos; pero quedaron muertos en la plaza cuatrocientos sesenta, y entre ellos algunos oficiales de alto grado. Después de aquella conquista, se unió perfectamente la ciudad de Tlatelolco á la de México, ó por mejor decir, no se consideró como una ciudad distinta, sino como parte ó arrabal de ella, como sucede en la actualidad. El rey de México puso allí un gobernador, y los Tlatelolcos, además del tributo que le pagaban en granos, ropas, armas y armaduras, estaban obligados á reedificar el templo de Huitzauhac, siempre que fuese necesario.

(1) El intérprete de la *Colección* de Mendoza dice que, habiendo Moquihuix perdido la batalla, se acogió á lo alto del templo, y desde allí se precipitó, por no poder sufrir los improperios de un sacerdote; pero la relación de los otros historiadores me parece mas conforme al carácter del rey.

No sabemos si los Cuauhpanqueses, los Huexotzingos y los Matlatzincas, que se habían confederado con los Tlatelolcos, se hallaron en efecto en aquella guerra. De los otros aliados, dicen los historiadores que habiendo llegado al socorro de los Tlatelolcos, cuando ya era muerto Moquihuix, se retiraron sin tomar parte en la lucha. Cuando Axayacatl se vió desembarazado de enemigos, mandó dar muerte á Poyaluitl, y á Ehecatzitzimil, que eran los que mas habían escitado á sus compatriotas contra los Mexicanos. La misma suerte tuvieron poco tiempo después los caudillos de Xochimilco, de Cuiclahuac, de Colhuacan, de Huitzilopochco y otros, por haber tomado parte en la guerra.

NUEVAS CONQUISTAS, Y MUERTE DE AXAYACATL.

Para vengarse después de los Matlatzincas, nación numerosa y fuerte, establecida en el valle de Toluca, y aun no sometida á los Mexicanos, les declaró la guerra; y saliendo de México, con los reyes aliados tomó de paso los pueblos de Atlapulco, y Xalatlauhco: después conquistó en el mismo valle á Toluca, Tetenanco, Metepec, Tzinacantepec, Calimaya, y otros lugares de la parte meridional, quedando desde entonces la nación tributaria de la corona de México. Pasado algun tiempo, volvió á la misma provincia, para ocupar la parte setentrional del valle, llamada en el día *valle de Ixtlahuacan*, y principalmente Xiquipilco, ciudad y estado considerable de los Otomites, cuyo señor Tlilcuezpalin era famoso por su valor. Axayacatl, que aun se jactaba del suyo, quiso pelear cuerpo á cuerpo con él en la batalla que presentó á los Xiquipilqueses; pero el éxito le fué funesto, pues habiendo recibido una gran herida en un muslo, sobreviniendo dos capitanes otomites, lo arrojaron al suelo, y lo hubieran hecho cautivo, á no haberse presentado unos jóvenes mexicanos, que viendo á su rey en tan gran peligro, combatieron en su defensa, salvándole la libertad y la vida. A pesar de esta desgracia, los Mexicanos consiguieron una

completa victoria, é hicieron, según dicen sus cronistas, once mil sesenta prisioneros, entre ellos al mismo Tlilcuezpalin, y á los dos capitanes que habían atacado al rey. Con este glorioso triunfo, agregó Axayacatl á su corona los estados de Xiquipilco, Xocotitlan, Atlacomolco, y todos los demas que no poseía antes en aquel atheno valle.

Cuando sanó Axayacatl de su herida, aunque siempre quedó estropeado de la pierna, dió un gran banquete á los reyes aliados y á los magnates de México, durante el cual mandó dar muerte á Tlilcuezpalin, y á los ya mencionados capitanes otomites. No parecia á aquellas gentes importuna esta ejecución en las delicias de un convite; porque acostumbrados á derramar sangre humana, el horror que esta debe inspirar, se había convertido en deleite. ¡Tan grande es la fuerza de lo costumbre, y tan fácil al hombre familiarizarse con los objetos mas esquivos!

En los últimos años de su reinado, pareciéndole demasiado estrechos por la parte de Occidente los límites de su imperio, salió de nuevo á campaña por el valle de Toluca, y pasando los montes, se apoderó de Toluca y de Tlaximaloyan, quedando desde entonces en aquel punto fijada la frontera del rio Michuacan. Volviendo desde allí hácia Oriente, se hizo dueño de Ocuilla y de Malacatepec. La muerte interrumpió el curso de sus victorias en el décimo año de su reinado, y en el 1477 de la era vulgar. Fué hombre belicoso, y severo en el castigo de las trasgresiones de las leyes promulgadas por sus abuelos. Dejó de muchas mugeres un gran número de hijos, y entre ellos el célebre Moteuczoma II, de quien en breve hablaremos.

TIZOC, SETIMO REY DE MEXICO.

Por muerte de Axayacatl, fué elegido Tizoc, su hermano mayor, el cual había servido el empleo de general de los ejércitos (1).

(1) El P. Acosta dice que Tizoc era hijo de Moteuczoma I, y el intérprete de la *Colección* de Mendoza lo

No sabemos los pormenores de la primera expedición que hizo, con el fin de tener prisioneros, para sacrificarlos en la solemnidad de su coronación. Su reinado fué breve y oscuro. Sin embargo, en la pintura décima de la *Colección* de Mendoza se representan catorce ciudades conquistadas por aquel monarca, entre las cuales se cuentan Toluca y Tecaxic, que se habían rebelado á su corona; Chullan y Yancuitlan, en el país de los Mixtecas; Tlapan y Tamupacheco. Torquemada hace mención de una victoria ganada por él á Tlacotepec.

GUERRA ENTRE LOS TEZCOCANOS Y LOS HUEXOTZINGOS.

En el tiempo de este rey ocurrió la guerra entre los Tezcocanos y Huexotzingos. Su origen fué la ambición de los príncipes, hermanos del rey Nezahualpilli; los cuales aunque se mostraron satisfechos al principio, de la exaltación de su hermano menor, habiéndose enfriado después la memoria de su difunto padre, y no pudiendo ya sufrir la autoridad del que ellos creían su inferior, tramaron contra él una conjuración secreta. Para la ejecución de sus perversos designios, convidaron desde luego á los Chalqueses, que siempre estaban prontos á semejantes atentados; pero frustrados los medios con que contaban, solicitaron con el mismo fin á los Huexotzingos. Nezahualpilli, informado de aquellos planes, aprestó sin tardanza un buen ejército, y marchó contra ellos. El general de los enemigos había indagado las señas del rey, para dirigir contra él sus ataques, y aun había prometido grandes premios al que se lo presentase muerto ó vivo. No faltó quien informase de todo esto al rey, el cual, antes de entrar en la acción, cambió de ropas y de insignias con uno de sus capitanes. Este desgraciado oficial fué muy en breve rodeado de la muchedumbre enemiga, y muerto á sus manos. Mientras saciaban en él su furor, Nezahualpilli acomete

hace hijo de Axayacatl; uno y otro se engañan. También se engaña el P. Acosta en el orden de los reyes, colocando á Tizoc antes de Axayacatl.

tió por retaguardia al general de los Huexotzingos, y lo mató, no sin gran peligro de ser víctima de los soldados que acudieron al socorro de su jefe. Los Tezcocanos, que estaban en el mismo error que los Huexotzingos, por no haber tenido noticia del cambio de la ropa, se desanimaron cuando creyeron ver muerto al rey; pero ya desengañados, cobraron nuevos bríos, corrieron á su defensa, y despues de haber derrotado á sus enemigos, saquearon la ciudad de Huexotzinco, y, cargados de despojos, volvieron á Tezcoco. Nada dicen los historiadores del fin que tuvieron los príncipes, autores de la conjuración: puede creerse que murieron en la batalla, ó que evitaron con la fuga el castigo que merecían. Nezahualpilli, que poco ántes habia mandado edificar un hermoso palacio, para dejar un monumento durable de su victoria, hizo construir un muro que encerraba tanto espacio de tierra, cuanto ocupaban los Huexotzingos, que acudieron á socorrer á su general, y dió á este edificio el nombre del día en que ganó su triunfo. Así procuraban inmortalizar sus nombres, los que, en seinir de algunos, no se curaban del porvenir.

BODAS DEL REY NEZAHUALPILLI CON DOS SEÑORAS MEXICANAS.

Tenia á la sazón Nezahualpilli muchas mugeres, todas de ilustre prosapia; pero ninguna tenia el título de reina, reservando aquel honor á la que pensaba tomar de la familia real de México. Pidióla al rey Tizoc, y este le dió una sobrina suya, hija de Tzotzocatzin. Celebráronse las bodas en Tezcoco, con gran concurso de la nobleza de ambas naciones. Tenia esta señora una hermana de singular belleza, llamada Xocotzin, y amábanse tanto las dos, que no pudiendo separarse, la reina obtuvo de su padre el permiso de llevar á su hermana consigo á Tezcoco. Con la frecuente vista y el trato diario, se enamoró el rey de tal modo de su cuñada, que determinó casarse con ella, y exaltarla también á la dignidad de reina. Estas segundas bodas fueron, según dicen

los autores, las mas solemnes y magníficas que se vieron jamás en aquel país. Poco tiempo despues tuvo el rey, de la primera reina, un hijo llamado *Cucamatzin*, que fué su sucesor á la corona, y hecho prisionero por los españoles, murió desgraciadamente. De la otra tuvo á *Huexotzincatzin* [1], de quien despues hablaremos; á *Coanacetzin*, que fué también rey de Acolhuacan, y poco tiempo despues de la conquista, murió ahorcado por orden de Hernán Cortés; y á *Ixtlilxochitl*, que se confederó con los españoles contra los Mexicanos, y convertido al cristianismo, tomó el nombre y el apellido de quel conquistador.

MUERTE TRAGICA DEL REY TIZOC.

Mientras Nezahualpilli procuraba multiplicar su descendencia, y vivir tranquilamente en sus estados, maquinaban la muerte del rey de México algunos de sus feudatarios. Techotlalla, señor de Iztapalapan, ó resentido por algun agravio que de él habia recibido, ó no queriendo permanecer mas tiempo bajo su yugo, concibió el perverso designio de atentar contra su vida, y no quiso descubrirlo sino á quienes le parecieran capaces de ponerlo en ejecución. El y Maxtlaton, señor de Tlachco, se pusieron de acuerdo sobre el modo de llevar al cabo un atentado tan peligroso. Los historiadores no convienen en este punto. Los unos dicen que se valieron de ciertas hechiceras, cuyas artes le quitaron la vida; mas esto me parece una fábula popular. Los otros aseguran que hallaron modo de darle veneno. Sea como fuere, lo cierto es que lograron su intento. Murió Tizoc en el quinto año de su reinado, y el 1482 de la era vulgar. Era hombre circunspecto, grave, y severo, como sus antecesores y sucesores, en el castigo de los delinquentes. Como en su tiempo eran ya tan grandes el poder y la opulencia de aquella comuna, proyectó erigir al dios protector de la nación un templo, que en dimen-

[1] Dióse á aquel príncipe el nombre de *Huexotzincatl* en memoria de la victoria ganada á los Huexotzingos.

siones y magnificencia, superase á todos los de aquel país, y con este fin habia preparado inmensidad de materiales, y aun empezado la obra, cuando vino la muerte á trastornar sus designios.

AHUITZOTL OCTAVO REY DE MEXICO.

Conociendo los Mexicanos que no habia sido natural la muerte de su monarca, determinaron vengarla ántes de proceder á nueva elección. Sus indagaciones fueron tan activas, que en breve descubrieron á los autores del atentado; los cuales fueron castigados con el último suplicio en la plaza mayor de México, en presencia de los reyes aliados y de la nobleza mexicana y tezcocana. Congregados despues los electores, nombraron á Ahuitzotl, general de los ejércitos y hermano de los dos reyes precedentes. Desde los tiempos del rey Quimalpopoca se habia introducido la costumbre de no dar la corona, sino al que hubiese ejercido aquella dignidad, creyendo oportuno que diese muestras de su valor el que debia ser jefe de una nación guerrera, y aprendiese en el mando de las tropas el arte de regir á los pueblos.

DEDICACION DEL TEMPLO MAYOR DE MEXICO.

El primer cuidado del nuevo rey fué la conclusión de la obra del magnífico templo, diseñado y comenzado por su antecesor. Continuaron con la mayor actividad los trabajos, y habiéndose empleado en ellos un número increíble de operarios, se concluyó en el término de cuatro años. Entre tanto salió el rey muchas veces á la guerra, y todos los prisioneros que caian en manos de sus tropas, se reservaban para la fiesta de la dedicación. Las guerras de aquellos cuatro años fueron dirigidas contra los Mazahuas, que habian sacudido el yugo de Tacuba; contra los Zapotecas, y contra otros muchos pueblos. Terminado el edificio, convidó el rey, para la ceremonia, á sus dos aliados, y á toda la nobleza de ambos pueblos. El concurso fué el mas numeroso que hasta entónces se habia visto en México [1],

[1] Algunos autores aseguran que el número de

pues acudieron gentes de los países mas remotos. La fiesta duró cuatro días, y en ellos se sacrificaron, en el atrio mayor del templo, todos los prisioneros hechos en los cuatro años anteriores. No están de acuerdo los autores acerca del número de las víctimas. Torquemada dice que fueron setenta y dos mil trescientos cuarenta y cuatro: otros afirman que fueron sesenta y cuatro mil sesenta. Para hacer con mayor aparato tan horrible matanza, se dispusieron aquellos infelices en dos filas, cada una de milla y media de largo, que empezaban en las calles de Tacuba y de Iztapalapan, y venian á terminar en el mismo templo (1), en donde se les daba muerte á medida que iban llegando. Acabada la fiesta, hizo regalos el rey á todos los convidados; lo que debió ocasionar un gasto inmenso. Sucedió todo esto el año de 1486.

El mismo año, Mozauhqui, señor de Xatlauhco, á imitación de su rey, á quien era muy aficionado, dedicó otro gran templo que habia edificado poco ántes, y sacrificó también un gran número de prisioneros. Tales eran los estragos que hacia la bárbara y cruel superstición de aquellos pueblos!

El año de 1487 solo fué memorable por un gran terremoto, y por la muerte de Quimalpopoca, rey de Tacuba, á quien sucedió Tototquiltatzin II.

CONQUISTAS DEL REY AHUITZOTL.

Ahuitzotl, cuyo genio belicoso no le permitia entregarse á las dulzuras de la paz, salió de nuevo á campaña, contra los habitantes de Cozcacuauhtenanco, y obtuvo una completa victoria; pero por haberle hecho

personas que concurrieron á aquella función, llegó á seis millones. Quizás será esta una exageración; mas no me lo parece, atendida la vasta población de aquellos países, la grandeza y novedad de la fiesta, y la facilidad con que pasaba la gente de unos puntos á otros, caminando á pié y sin el embarazo del equipaje.

[1] Betancourt dice que la fila de prisioneros dispuesta en el camino de Iztapalapan, empezaba en el sitio que hoy se llama *la Candelaria Malcuillapilco*, nombre que significa cola ó estremidad de prisioneros. Es conjetura verosímil, y no veo que pueda explicarse de otro modo aquella apelación.

gran resistencia, se mostró con ellos demasiado severo y cruel. Despues sometió á los de Cuapilotlan: en seguida pasó á pelear contra Quetzalcuitlapillan, provincia grande, y poblada de gente guerrera (1); y finalmente, contra Cuauhtla, lugar situado en la costa del seno mexicano, en cuya campaña se señaló Moteuczoma, hijo de Axayacatl, y sucesor de Ahuitzotl en el reino. De allí á poco, los Mexicanos, unidos con los Tezcocanos, se dirigieron contra los Huexotzincos; y en esta guerra se distinguieron, por su valor, Tezcatzin, hermano del mismo Moteuczoma, y Tliltototl, noble Mexicano, que despues llegó á ser general del ejército. No hallamos en los historiadores las causas, ni las circunstancias de estas guerras. Terminada la expedicion contra Hnuxotzinco, celebró Ahuitzotl la dedicacion de un nuevo templo, llamado *Tlacateco*, en la cual fueron sacrificados los prisioneros hechos en las guerras anteriores; pero el incendio de otro templo llamado *Tliltlan*, turbó la alegría que ocasionó aquella solemnidad.

Así vivió aquel monarca en continuas guerras, hasta el año de 1496, en que se hizo la de Atlixco. La entrada de los Mexicanos en este valle, fué tan repentina, que los habitantes no tuvieron otra noticia que el verlos invadir su territorio. Armáronse inmediatamente para la defensa; pero no hallándose con fuerzas suficientes para resistir largo tiempo, pidieron auxilio á los Huexotzincos sus vecinos. Cuando llegaron á Huexotzinco los embajadores Atlixqueses, estaba jugando al balon un famoso capitán llamado Toltecatl, cuyo valor no cedía á la fuerza extraordinaria de su brazo. Enterado de lo que pasaba, dejó el juego, para dirigirse á Atlixco con las tropas auxiliares; y entrando desarmado en la batalla, para hacer alarde de su intrepidez, y del desprecio que hacia de sus enemigos, abatió

(1) Torquemada dice que habiendo Ahuitzotl comprendido muchas veces la conquista de Quetzalcuitlapillan, no pudo conseguirla; mas esta provincia se halla entre las sometidas por aquel monarca en la pintura 9 de la *Coleccion de Mendoza*.

con las manos al primero que se le presentó, le quitó las armas, y con ellas hizo grandes estragos en las filas de los Mexicanos. No pudiendo estos superar la resistencia de sus enemigos, abandonaron el campo, y volvieron á México cubiertos de ignominia. Los Huexotzincos, para remunerar á Toltecatl, lo hicieron gefe de su república. Esta habia estado sometida á los Mexicanos, cuyo onajo habian provocado con sus insultos; mas como los conquistados no sufren el yugo del conquistador, si no es cuando no pueden sacudirlo, siempre que los Huexotzincos se hallaban con fuerzas suficientes para resistir, alzaban el estandarte de la rebelion, y lo mismo sucedia con la mayor parte de los pueblos sometidos por fuerza á la corona de México; de modo que el ejército mexicano estaba en continuo movimiento para reconquistar tantas y tan frecuentes pérdidas. Toltecatl aceptó el cargo que se le habia conferido; pero apenas pasó un año, se vió obligado á dejar el empleo y la patria. Los sacerdotes y otros ministros de los templos, abusando de su autoridad, entraban en las casas de los particulares, y se apoderaban de sus provisiones, cometiendo otros excesos impropios de su dignidad. Toltecatl quiso poner remedio á tanto desorden, y los sacerdotes se armaron contra él. El pueblo se dividió en facciones, y entre ellas se encendió una guerra, que, como todas las civiles, ocasionó gravísimos males. Toltecatl, cansado de regir un pueblo tan indócil, y temiendo perecer en la tempestad, se ausentó de la ciudad con otros nobles, y pasando los montes, llegó á Tlalmanalco. El gobernador de esta ciudad dió aviso al rey de México, el cual hizo morir á todos aquellos fugitivos, en pena de su rebeldía, y envió sus cadáveres á Huexotzinco para aterrar á los que habian abrazado la misma causa.

NUEVA INUNDACION DE MEXICO.

El año de 1498, pareciéndole al rey de México, que la navegacion del lago se habia hecho difícil por falta de agua, quiso aumentar su volúmen con la del manantial de Huitzilopocheo, de que se servian los Co-

yoacaneses. Mandó llamar con este objeto á Tzotzomatzin, señor de Coyoacan, y este le hizo ver que aquella fuente no era perpetua: que unas veces estaba seca, y otras solian sus aguas con tanta abundancia, que podria ocasionar graves daños á la capital. Ahuitzotl, creyendo que las razones de Tzotzomatzin eran pretestos que buscaba para no servirlo, insistió en su orden; y viendo que el otro insistia en sus dificultades, lo despidió enojado, y mandó darle muerte. Tal suele ser la recompensa de los buenos consejos, cuando los príncipes, obstinados en algun capricho, desoyen las sensatas advertencias de sus súbditos fieles. Ahuitzotl, no queriendo de ningun modo abandonar su proyecto, mandó hacer un vasto acueducto de Coyoacan á México (1), por el cual se condujo el agua con muchas ceremonias supersticiosas; pues algunos sacerdotes lo inensaban, otros sacrificaban codornices, otros untaban con su sangre las márgenes del canal, otros tocaban instrumentos, y todos solemnizaban la venida del agua. El sumo sacerdote llevaba el mismo vestido con que solian representar á Chalohuibitlicue, diosa que presidía aquel elemento (2).

Con este ceremonial llegó el agua á México; pero no tardó en convertirse en llanto la comun alegría, porque habiendo sido las lluvias de aquel año estraordinariamente copiosas, creció tanto el agua, que inundó la ciudad, en términos que muchas casas se arruinaron, y no se podia transitar por las calles sino en barcos. Hallándose un día el rey en un cuarto bajo de su palacio, entró de repente el agua, en tanta abundancia, que dándose prisa á salir por la puerta, la cual no era muy alta, se hizo en la cabeza tan terrible contusion, que poco despues le ac-

(1) Este acueducto fué enteramente deshecho por alguno de los sucesores de Ahuitzotl, pues no quedan trazas de él cuando llegaron á México los españoles.

(2) El P. Acosta dice que todos estos sucesos estaban representados en una pintura mexicana que existía en su tiempo, y quizás existe ahora en la biblioteca del Vaticano.

sionó la muerte. Afligido con los males de la inundacion, y con los clamores del pueblo, llamó en su ayuda al rey de Acolhuacan, el cual hizo sin tardanza reparar el dique hecho por consejo de su padre Nezahualcoyotl en el reinado de Moteuczoma.

Apénas libres los Mexicanos de aquella calamidad, tuvieron que sufrir el año siguiente la de la escasez de grano, por haberse perdido el maiz de resultas de la abundancia de agua; pero al mismo tiempo tuvieron la fortuna de descubrir en el valle de México una cantera de *tetzontli*, que fué despues un gran recurso para la construccion de los edificios de aquella gran ciudad. Empezó inmediatamente el rey á emplear aquella especie de piedra en los templos, y á su imitacion los particulares la emplearon en sus casas. Ademas de esto hizo reedificar todas las que se habian arruinado, dándoles mejor forma, y aumentando notablemente la hermosura y la magnificencia de su corte.

NUEVAS CONQUISTAS, Y MUERTE DEL REY AHUITZOTL.

Pasó este rey los dos últimos años de su vida en frecuentes guerras contra Izquizochitlan, Amatlan, Tlacuilollan, Xaltepec, Tecuantepec y Huexotla. Tliltototl, general mexicano, terminada la primera de estas campañas, llevó sus armas victoriosas hasta Cuahtemallan, ó Guatemala, á mas de novecientas millas al Sudeste de México, en cuya expedicion hizo, segun los historiadores, prodigios de valor; pero ninguno da pormenores sobre sus hazañas, ni sabemos tampoco que aquel territorio quedase sujeto á la corona de México.

Finalmente, el año de 1502, despues de cerca de veinte años de reinado, murió Ahuitzotl de la enfermedad que le ocasionó la contusion de que hemos hablado. Era aficionadísimo á la guerra, y fué uno de los monarcas que mas ampliaron los dominios de aquella corona. En la época de su muerte, los Mexicanos poseian casi todo lo que tenian á la llegada de los españoles. Ademas del valor, tuvo otras prendas reales, co-



LIBRO QUINTO.



Sucesos de Motecuzoma II, nono rey de México, hasta el año de 1519. Noticias de su vida, de su gobierno, y de la magnificencia de sus palacios, jardines y bosques. Guerra de Tlaxcala, y sucesos de Tlaluicole, capitán tlaxcalteca. Muerte y elogio de Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, y nuevas revoluciones de aquel reino. Presagios de la llegada y de la conquista de los españoles.



MOTEUCZOMA II, NONO REY DE MEXICO.

MUERTO Ahuitzotl, y celebradas sus exequias con extraordinaria magnificencia, se procedió á la eleccion del nuevo soberano. No existia ya ninguno de los hermanos de los últimos reyes, y segun las leyes del reino, debia suceder al rey difunto, alguno de sus sobrinos, hijo de sus antepasados. Estos eran muchos, porque de los hijos de Axayacatl, aun vivian Motecuzoma (1), Cuitlahuac, Matlatzincatl, Pinahuitzin, Cecepatzintzin; y de los de Tizoc, Imactlacuixatzin, Tepehuatzin, y otros cuyos nombres ignoramos. Fué preferido á los otros Motecuzoma; á quien, para distinguirlo del otro rey del mismo nombre, fué dado el título de

Xocoyotzin (1). Era generalmente estimado este príncipe, no solo por el valor que habia manifestado en las batallas, mientras fué gefe de los ejércitos, sino por el cargo que desempeñaba de sacerdote; por su gravedad, por su circunspeccion y por su celo religioso. Hablaba poco, y era notable su mesura en acciones y palabras, de modo que su opinion era oida con gran respeto en el consejo real. Dióse parte de la eleccion á los reyes aliados, y estos pasaron inmediatamente á la corte á darle la enhorabuena. Motecuzoma, noticioso de esto, se retiró al templo, dando á entender que se creia indigno de tan alto honor. Allí pasó la nobleza á darle cuenta de su eleccion, y lo condujo con gran acompañamiento á pala-

(1) El autor de las Anotaciones sobre las Cartas del conquistador Hernan Cortés, impresas en México el año de 1770, dice que Motecuzoma II era hijo del primer rey del mismo nombre: error desmentido por un gran número de autoridades.

(1) Los Mexicanos llamaron al primer Motecuzoma *Huehuc*, y al segundo *Xocoyotzin*; nombres equivalentes al *senior* y *junior* de los latinos.

cio, donde los electores le intimaron solemnemente el nombramiento que en él habían hecho para ocupar el trono de México. Volvió en seguida al templo para hacer las ceremonias acostumbradas; y terminadas estas, recibió en el trono los homenajes de los nobles, y escuchó las arengas gratulatorias de los oradores. La primera fué la de Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, que vamos á presentar á nuestros lectores, como la han conservado los Mexicanos.

„La gran ventura, dijo, de la monarquía mexicana se manifiesta en la concordia que ha reinado en esta elección, y en los grandes aplausos con que de todos ha sido celebrada. Justa es en verdad esta alegría; porque el reino de México ha llegado á tal engrandecimiento, que no bastaría á sustentar tan grave peso, ni menor fuerza que la de vuestro invencible corazón, ni menor sabiduría que la que en vos admiramos. Claramente veo cuan grande es el amor con que favorece á esta nación el Dios Omnipotente, pues la ha iluminado para escoger lo que mas puede convenirle. ¿Quién pondrá en duda que el que siendo particular supo penetrar los secretos del cielo, conocerá, siendo monarca, las cosas de la tierra, para emplearlas en bien de sus súbditos (1)? Quien tantas veces ha ostentado la grandeza de su ánimo ¿qué no hará ahora, cuando tanto necesita aquella eminente cualidad? ¿Quién puede creer que donde hay tanto valor y sabiduría, no se halle también el socorro de la viuda y del huérfano? El imperio mexicano ha llegado, sin duda, á la cúspide del poder; pues tanto os ha dado el Criador del cielo, que inspirais respeto á cuantos os miran. Alégrate, pues, nación venturosa, por haberte tocado en suerte un príncipe que será el apoyo de tu felicidad, y en quien los súbditos hallarán un padre y un hermano. Tienes en efecto un soberano que no se aprovechará de su autoridad para darse á la molición, y estarse en el

lecho, abandonado á los pasatiempos y á los deleites; ántes bien, en medio de su reposo, le inquietará el corazón, y lo despertará el cuidado que tendrá de tí, ni hallará sabor en el manjar mas delicado, por la inquietud que le ocasionará el deseo de tu bien. Y vos, nobilísimo príncipe y poderoso señor, tened ánimo, y confiad en que el Criador del cielo, que os ha exaltado á tan eminente dignidad, os dará fuerzas para desempeñar las obligaciones anexas á ella. Quien ha sido hasta ahora tan liberal con vos, no os negará sus preciosos dones, habiéndoos él mismo subido á esta altura, en que os anuncio muchos y muy felices años.”

Escuchó Moteuczoma atentamente este discurso, y tanto se enterneció, que tres veces quiso responder, y se lo estorbaron las lágrimas producidas por una dulce satisfacción, que tenia toda la apariencia de la humildad; pero al fin, habiendo podido reprimir el llanto, respondió en pocas palabras, reconociéndose indigno del honor á que lo habían exaltado sus compatriotas, y dando gracias al rey su aliado, por los elogios con que lo favorecía: habiendo escuchado las otras arengas, permaneció en el templo, para hacer el ayuno de cuatro días, y de allí fué con gran aparato reconducido á palacio.

Pensó despues en hacer la guerra para proporcionarse las víctimas que debían morir en la coronación. Tocó aquella desgracia á los Atlixqueses, que poco ántes se habían rebelado contra la corona. Salió pues el rey de su corte, con la flor de la nobleza, con sus hermanos y primos. En esta guerra perdieron los Mexicanos algunos valientes caudillos; pero sin embargo, volvieron á imponer á los rebeldes el antiguo yugo, y Moteuczoma regresó victorioso, conduciendo consigo los desventurados prisioneros que iban á ser sacrificados. Celebróse la función con tal aparato de juegos, bailes, representaciones teatrales é iluminaciones, y con tal abundancia de tributos enviados por las provincias, que acudieron á presentarla habitantes de pueblos remotísimos, que nunca se habían visto en México: aun

(1) Estas expresiones dan á entender que Moteuczoma se había dedicado al estudio de la astronomía.

los Tlaxcaltecas y Michuacanos se disfrazaron para confundirse entre los espectadores; mas habiéndolos descubierto Moteuczoma, los hizo alojar y regular con real magnificencia, mandando disponer unos tableros de donde pudiesen ver mas cómodamente los festejos y ceremonias.

CONDUCTA Y CEREMONIAL DE MOTEUCZOMA.

El primer hecho notable de Moteuczoma, despues de su coronación, fué recompensar con el estado de Tlachauheo los grandes servicios que había hecho á sus antecesores, en muchas campañas, un célebre capitán llamado Tlixochitl: principio verdaderamente feliz, si á él hubieran correspondido los actos que le siguieron. Pero apenas comenzó á usar de su autoridad, empezó á descubrir el orgullo que hasta entónces había ocultado en su corazón bajo las apariencias de la modestia. Todos sus antecesores habían acostumbrado conferir los empleos á los hombres de mas mérito, ó á los que les parecían mas capaces de desempeñarlos, sin distinción de nobles y plebeyos, no obstante el convenio celebrado entre la nobleza y el pueblo en tiempo de Itzcoatl. Cuando Moteuczoma tomó las riendas del gobierno, se mostró de otra opinión, y desaprobó la conducta de los otros reyes, bajo el pretexto de que los plebeyos obraban segun su clase, manifestando en todas sus acciones la bajeza de su origen y de su educación. Animado por estos principios, los despojó de los puestos que ocupaban en su palacio y corte, declarándolos incapaces de obtenerlos en lo sucesivo. Un prudente anciano que había sido su ayo, le hizo ver que esta providencia podría atraerle el odio de una gran parte de sus súbditos; mas nada bastó á disuadirlo.

Toda la servidumbre de su palacio se componía de personas principales. Además de las que lo habitaban, que eran muchas, cada mañana entraban en él seiscientos señores feudatarios y nobles para hacerle la corte. Estos pasaban todo el día en las an-

tecámaras, donde no podían entrar los de la servidumbre, hablando bajo, y aguardando las órdenes del rey. Los criados que acompañaban á estos personajes eran tantos, que llenaban los tres patios de palacio, y muchos quedaban en la calle. No era menor el número de las mugeres que había en la casa real, entre señoras, criadas y esclavas. Toda esta muchedumbre vivía encerrada en una especie de serrallo, bajo la custodia de algunas nobles matronas, que velaban sobre su conducta; pues aquellos reyes eran muy celosos, y cualquier exceso que notaban en palacio, lo castigaban con el mayor rigor, por pequeño que fuese. De estas mugeres tomaba el rey para sí las que mas le agradaban, y con las otras recompensaba los servicios de sus súbditos (1). Todos los feudatarios de la corona debían residir algunos meses del año en la corte, y al volver á sus estados dejaban en ella á sus hijos ó hermanos, como rehenes exigidos por el rey, para asegurarse de su fidelidad; por lo que les era preciso tener casa en México.

Otro rasgo del despotismo de Moteuczoma fué el ceremonial que introdujo en la corte. Nadie podía entrar en palacio para servir al rey, ó para tratar con él de algun asunto, sin descalzarse ántes á la puerta. A nadie era lícito parecer en su presencia con trages de lucimiento, porque se creía que esto era falta de respeto á su dignidad; así que, los magnates mas distinguidos, excepto los parientes del monarca, se despojaban de sus galas, ó á lo ménos las cubrían con un ropaje ordinario, en señal de humildad. Todos al entrar en la sala de audiencia, y ántes de hablar al rey, hacían tres inclinaciones, diciendo en la primera *señor*, en la segunda *señor mio*, y en la tercera *gran señor* (2). Hablaban en voz baja y con la cabeza inclinada, recibiendo la respuesta del

(1) Algunos historiadores dicen que Moteuczoma tuvo al mismo tiempo ciento y cincuenta mugeres embarazadas; mas esto parece increíble.

(2) Las palabras mexicanas son *Tlatoní*, *Nolatlatoní* y *Hucitlatoní*.

rey por medio de un secretario, con tanta humillacion y respeto, como si fuera la de un oráculo. Al despedirse, no podian volver la espalda al trono.

Comia Moteuczoma en la misma sala en que daba audiencia. Servíale de mesa un gran almohadon, y de silla un banco bajo. La vajilla era del barro fino de Cholollan: la mantelería era de algodón; pero muy fina, blanca y limpiísima. Ninguno de los utensilios que usaba para comer, le servia mas de una vez; pues los daba inmediatamente á alguno de los nobles. Las copas en que le presentaban el chocolate y las otras bebidas hechas con cacao, eran de oro ó de conchas hermosas del mar, ó ciertos vasos naturales, curiosamente barnizados, de que despues hablaremos. Tenia tambien platos de oro; pero solo los usaba en el templo y en ciertas solemnidades. Los manjares eran tantos y tan varios, que los españoles que los vieron quedaron admirados. Cortés dice que llenaban el pavimento de una gran sala, y que se presentaban á Moteuczoma fuentes de toda especie de volatería, peces, frutas y legumbres. Llevaban la comida trescientos ó cuatrocientos jóvenes nobles, en bien ordenadas filas. Ponian los platos en la mesa ántes que el rey se sentase, é inmediatamente se retiraban, y á fin de que no se enfriase la comida, cada plato tenia un brasero debajo. El rey señalaba con una vara que tenia en la mano, los platos de que queria comer, y lo demas se distribuia entre los nobles que estaban en las antecámaras. Antes de sentarse, le ofrecian agua para lavarse las manos, cuatro de sus mugeres, las mas hermosas del serrallo, las cuales permanecian en pié todo el tiempo de la comida, juntamente con los principales ministros y el mayordomo.

Inmediatamente que el rey se ponía á la mesa, cerraba el mayordomo la puerta de la sala, á fin de que ninguna de los otros nobles lo viese comer. Los ministros se mantenian á cierta distancia y sin hablar, excepto cuando respondian á lo que el rey les preguntaba. El mayordomo y las cuatro mu-

geres le servian los platos, y otras dos el pan de maiz, amasado con huevos. Muchas veces se tocaban instrumentos durante la comida: otras se divertia el rey con los dichos hurlescos de ciertos hombres disformes que mantenía por ostentacion. Tenia gran placer en oírlos, y decia que entre las burlas solian darle avisos importantes. Despues de la comida, fumaba tabaco mezclado con ámbar, en una pipa ó caña preciosamente barnizada, y con el humo conciliaba el sueño.

Despues de haber dormido un poco, daba audiencia á sus súbditos, oyendo atentamente cuanto le decian, animando á los que no se atrevian á hablar, y respondiendo por medio de sus ministros ó secretarios. A la audiencia seguia un rato de música; pues una de las cosas que mas lo deleitaban, era oír cantar las acciones ilustres de sus antepasados. Otras veces se divertia en ver ciertos juegos, de que hablaremos despues. Cuando salia de casa, lo llevaban en hombros los nobles, en una litera abierta, y bajo un espléndido dosel. Acompañabalo un séquito numeroso de cortesanos, y por donde pasaba, todos se detenian y cerraban los ojos, como si temiesen que los deslumbrase el esplendor de la magestad. Cuando bajaba de la litera para andar, se estendian alfombras, á fin de que sus piés no tocasen la tierra.

MAGNIFICENCIA DE LOS PALACIOS Y CASAS REALES.

Correspondian á todo este pomposo aparato la grandeza y magnificencia de las casas reales, de las quintas, bosques y jardines. El palacio de su ordinaria residencia era un vasto edificio de piedra y cal, con veinte puertas, que daban á la plaza y á las calles; tres grandes patios, y en uno de ellos una hermosa fuente; muchas salas, y mas de cien piezas pequeñas. Algunas de las cámaras tenian los muros cubiertos de mármol é de otra hermosa piedra. Los techos eran de cedro, de ciprés ó de otra excelente madera, bien trabajada y adornada. Entre

las salas habia una tan grande, que, segun un testigo de vista, cabian en ella tres mil hombres (1). Ademas de aquel palacio, tenia otros dentro y fuera de la ciudad. En México, ademas del serrallo para sus mugeres, tenia habitaciones para sus consejeros y ministros, para todos los empleados de su servidumbre y de su corte, y aun para alojar á los estrangeros ilustres, especialmente á los dos reyes aliados.

Tenia dos casas en México para animales: una para las aves que no eran de rapiña; otra para estas, para los cuadrúpedos y reptiles. En la primera habia muchas cámaras y corredores, con columnas de mármol de una pieza. Estos corredores daban á un jardín, donde entre la frondosidad de los árboles, se veian diez estanques: los unos de agua dulce, para las aves acuáticas de río, y los otros de agua salada, para las de mar. En lo demas de la casa habia tantas especies de pájaros, que los españoles que los vieron, quedaron maravillados, y no creian que faltaba ninguna de las especies que hay en la tierra. A cada una se suministraba el mismo alimento de que usaba en estado de libertad, ora de granos, de frutas, ó de insectos. Solo para los pájaros que vivian de peces, se consumian diez canastas de estos diarias, como dice Cortés en sus Cartas á Carlos V. Trescientos hombres, segun dice él mismo, se empleaban en cuidar de aquellas aves, ademas de los médicos que observaban sus enfermedades, y aplicaban los remedios oportunos. De aquellos trescientos empleados, unos buscaban lo que debia servir de alimento á las aves, otros lo distribuian, otros cuidaban de los huevos, y otros las desplumaban en la estacion oportuna; pues ademas del placer que el rey tenia en ver allí reunida tanta multitud de animales, se empleaban las plumas en los famosos mosaicos de que despues hablaremos, y en otros trabajos y adornos. Las sa-

(1) El conquistador anónimo en su apreciable relacion: y añade, que habiendo estado cuatro veces en el palacio, y andado por él hasta cansarse, no pudo verlo todo.

las y cuartos de aquellas casas eran tan grandes, que, como dice el mismo conquistador hubieran podido alojarse en ellas dos príncipes con sus comitivas. Una de ellas estaba situada en el lugar que hoy ocupa el convento grande de San Francisco.

La otra casa destinada para las fieras, tenia un grande y hermoso patio, y estaba dividida en muchos departamentos. En uno de ellos estaban todas las aves de presa, desde la águila real hasta el cernicabo, y de cada especie habia muchos individuos. Estos estaban distribuidos, segun sus especies, en estancias subterráneas, de mas de siete piés de profundidad, y mas de diez y siete de ancho y largo. La mitad de cada pieza estaba cubierta de losas, y ademas tenian estacas fijas en la pared, para que pudieran dormir y defenderse de la lluvia: la otra mitad estaba cubierta de una celosía, con otras estacas, para que pudiesen gozar del sol. Para mantener á estas aves, se mataban cada día quinientos pavos. En el mismo edificio habia muchas salas bajas, con gran número de jaulas fuertes de madera, donde estaban encerrados los leones, los tigres, los lobos, los coyotes, los gatos monteses y todas las otras fieras, á las que se daban de comer ciervos, conejos, liebres, *techichis*, y los intestinos de los hombres sacrificados.

No solamente mantenía el rey de México todas aquellas especies de animales, que los otros príncipes mantenian por ostentacion; sino tambien los que por su naturaleza parecen exentos de la esclavitud, como los cocodrilos y las culebras. Estas, que eran de muchas especies, estaban en grandes vasijas, y los cocodrilos en estanques circundados de paredes. Habia tambien otros muchos estanques para peces, de los cuales aun se conservan dos hermosos, uno de los cuales he visto yo en el palacio de Chapultepec, á dos millas de México.

No contento Moteuczoma con tener en su palacio toda clase de animales, habia reunido tambien todos los hombres, que ó por el color del cabello, ó por el del pellejo, ó por

alguna otra deformidad, podian mirarse como rarezas de su especie. Vanidad ciertamente provechosa, pues aseguraba la subsistencia de tantos miserables, y los preservaba de los crueles insultos de los otros hombres.

En todos sus palacios tenia hermosísimos jardines, donde crecian las flores mas preciosas, las yerbas mas fragantes, y las plantas de que se hacia uso en la medicina. Tambien tenia bosques, rodeados de tapias y llenos de animales, en cuya caza se solia divertir. Uno de estos bosques era una isla del lago, conocida actualmente por los españoles con el nombre de *Peñon*.

De todas estas preciosidades no queda mas que el bosque de Chapoltepec, que los vireyes españoles han conservado para su recreo; todo lo demás fué destruido por los conquistadores. Arruinaron los magníficos edificios de la antigüedad mexicana, ya por un celo indiscreto de religion, ya por venganza, ya en fin para servirse de los materiales. Abandonaron el cultivo de los jardines reales, abntieron los bosques, y redujeron á tal estado aquel pais, que hoy no se podria creer la opulencia de sus reyes, si no constase por el testimonio de los mismos que la aniquilaron.

Tanto los palacios como los otros sitios de recreo, se tenian siempre con la mayor limpieza, aun aquellos á los que nunca iba Moteuczoma; pues no habia cosa en que tanto se esmerase, como en el aseo de su persona, y de todo lo que le pertenecia. Bañábase cada dia, y para esto tenia baños en todos sus palacios. Cada dia se mudaba cuatro veces de ropa, y la que una vez le servia no volvía, á servirle mas, sino que la regalaba á los nobles y á los soldados que se distinguian en la guerra. Empleaba diariamente, segun dicen los historiadores, mas de mil hombres en barrer las calles de la ciudad. En una de las casas reales habia una gran armería, donde se guardaban toda especie de armas ofensivas y defensivas, las insignias y adornos militares usades en aquellos pueblos. En la construccion de estos

objetos empleaba un número increíble de operarios. Para otros trabajos tenia plateeros, artifices de mosaico, escultores, pintores y otros. Habia un distrito entero habitado por bailarines destinados á su diversion.

LO BUENO Y LO MALO DE MOTEUCZOMA.

Su celo por la religion no era inferior á su lujo y magnificencia. Edificó muchos templos á sus dioses, y les mandaba hacer frecuentes sacrificios, observando escrupulosamente los ritos y las ceremonias establecidas. Cuidaba mucho de que los templos, y especialmente el principal de México, estuviesen bien servidos, y sumamente aseados; pero envilecia su ánimo el vano temor de los agüeros, y de los supuestos oráculos de aquellas falsas divinidades. Celaba con esmero la observancia de sus mandatos, y la ejecucion de las leyes del reino, y era inexorable en el castigo de los trasgresores. Tentaba á veces, por medio de otra persona y con regalos, la codicia de los jueces; y si hallaba á alguno culpable, lo castigaba irremisiblemente, aunque fuese de la mas alta nobleza.

Era implacable enemigo del ocio; y para estirparlo, en cuanto fuese posible en sus estados, procuraba tener siempre ocupados á sus súbditos: á los militares, en contiauos ejercicios de guerra; á los otros en el cultivo de los campos, en las construccion de nuevos edificios y de otras obras públicas: aun á los mendigos, á fin de darles ocupacion, les impuso el deber de contribuir con cierta cantidad de aquellos inmundas insectos, que son los productos del desaseo, y los compañeros de la miseria. Esta opresion en que tenia á los pueblos, los inmensos tributos que les habia impuesto, su altanería, su orgullo, y su extraordinaria severidad en castigar las mas pequeñas faltas, producian general descontento en toda clase de habitantes; mas por otro lado sabia atraerse su afecto, socorriendo generosamente sus necesidades, y recompensando con profusion á los que lo servian. Un rasgo, que merece los mayo-

res elogios, y que debería ser imitado por todos los príncipes, fué el destino que dió á la ciudad de Colhuacan, convirtiéndola en hospital de inválidos, para todos aquellos que, despues de haber servido fielmente á la corona en las empleos militares y políticos, necesitaban asistencia y esmero, sea por su edad, sea por sus achaques. Allí, á espensas del real erario, eran curados y asistidos. Tales eran las cualidades buenas y malas del célebre Moteuczoma, y de ellas me ha parecido oportuno dar alguna idea al lector, ántes de presentarle la serie de sus sucesos.

Al principio de su reinado mandó dar muerte á Malinalli, señor de Tlachquiahco; por haberse rebelado contra la corona de México: volvió á someter aquel estado, y conquistó el de Achiotlan. De allí á poco estalló otra guerra mas grave y mas peligrosa, cuyo éxito no fué tan feliz para sus armas.

GUERRA DE TLAXCALA.

En medio de tantas provincias sometidas á los Mexicanos, por la fuerza de las armas las unas, y las otras por miedo de su poderío, la república de Tlaxcala se habia conservado firme, sin doblar el cuello á su yugo, á pesar de estar tan poco distante de la capital de aquel imperio. Los Huexotzingos, los Cholultecas, y otros estados vecinos, que habian sido aliados de aquella república, envidiosos de su prosperidad, habian irritado contra ella á los Mexicanos, bajo el pretesto de que los Tlaxcaltecas querian apoderarse de las provincias marítimas del seno, y de que por medio de su comercio con ellas, aumentaban continuamente su poder y su riqueza, procurando seducir á los habitantes, para ponerlos bajo su dominio. Este comercio, de que se quejaban los descontentos, estaba justificado por la necesidad; pues ademas de ser los pobladores de aquellas provincias originarios de Tlaxcala, y reputarse parientes de los Tlaxcaltecas, estos no podian proveerse en otros puntos del algodón, del cacao, y de la sal de que carecian. Sin embargo, de tal manera exasperaron el ánimo de los Mexicanos las representaciones

de los Huexotzingos y de los otros rivales de Tlaxcala, que empezando por Moteuczoma I, todos los reyes de México trataron á los Tlaxcaltecas como á los mayores enemigos de su corona, y pusieron fuertes guarniciones en la frontera de aquella república, para impedir su comercio con las provincias.

Los Tlaxcaltecas, viéndose privados de la libertad del tráfico, y por consiguiente de las cosas necesarias á la vida, determinaron enviar una embajada á la nobleza mexicana (probablemente en el tiempo de Axayacatl), quejándose del daño que les hacian las sinistras noticias de sus rivales. Los Mexicanos, ensoberbecidos con su prosperidad, respondieron que el rey de México era señor universal del mundo, y todos los mortales eran sus vasallos, y como tales, los Tlaxcaltecas debian prestarle obediencia, y pagarle tributo á ejemplo de las otras naciones; pero que si se rehusaban á someterse, perecerian sin remision, sus ciudades serian arruinadas, y su pais habitado por otras gentes. A respuesta tan arrogante y tan insensata, contestaron los embajadores con estas animosas palabras: "Poderosísimos señores, los Tlaxcaltecas no os deben tributo alguno, ni lo han pagado jamas á ningun príncipe, desde que sus antepasados salieron de los países setentrionales para habitar estas regiones. Siempre han vivido en el goce de su libertad; y no estando acostumbrados á esa esclavitud á que pretendéis reducirlos, léjos de ceder á vuestro poderío, derramarán mas sangre que la que vertieron sus mayores en la famosa batalla de Poyauhtlan."

Los Tlaxcaltecas, afligidos por las ambiciosas pretensiones de los Mexicanos, y perdida toda esperanza de reducirlos á aceptar condiciones moderadas, pensaron en fortificar mas sus fronteras para impedir una invasion. Ya habian circundado las tierras de la república con grandes fosos, y colocado fuertes guarniciones en la raya; pero con las nuevas amenazas de los Mexicanos, aumentaron el número de las fortalezas, doblaron el de las tropas que las guarnecian, y fabricaron aquella famosa muralla de seis mi-

llas de largo, que impedía la entrada á su territorio por parte de Oriente, donde era mayor el peligro. Muchas veces fueron atacados por los Huexotzingos, por los Cholultecas, por los Iztocaneses, por los Tecamachalcos, y por otros estados vecinos, ó poco distantes de Tlaxcala; mas todos ellos no pudieron conquistar un palmo de tierra de la república: tal era la vigilancia de los Tlaxcaltecas, y el valor con que hacían frente á los invasores.

Habíanse entre tanto acogido á su territorio muchos vasallos de la corona de México, especialmente Chalqueses y Otomites de Xaltocan, que se salvaron de las ruinas de sus ciudades en las guerras anteriores. Estos aborrecían de muerte á los Mexicanos, por los males que de ellos habían recibido; por lo que los Tlaxcaltecas vieron en ellos los hombres mas aptos para oponerse á las tentativas de sus enemigos. No se engañaron; pues en efecto, la mayor resistencia que hallaron los Mexicanos, fué la que les hicieron apuellos prófugos, especialmente los Otomites, que eran los que guarnecían las fronteras, y que por los grandes servicios que hacían á la república, fueron por ella magníficamente recompensados.

Durante los reinados de Axayacatl y de sus sucesores, los Tlaxcaltecas estuvieron privados de todo comercio con las provincias marítimas; de lo que resultó tal escasez de sal, que los habitantes se acostumbraron á comer los manjares sin aquel condimento, y no volvieron á usarlo hasta muchos años despues de la conquista de los españoles. Pero los nobles, ó á lo ménos algunos de ellos, tenían correspondencia secreta con los Mexicanos, y por su medio se proveían de todo lo necesario, sin que llegase esto á noticia de la plebe de una ni otra ciudad. Nadie ignora que en las calamidades generales, los pobres son los que soportan todo el peso de la tribulacion, mientras los ricos saben hallar medios de evitarla, ó cuando ménos de mitigar su rigor.

Moteczuma entre tanto, no pudiendo

sufrir que la pequeña república de Tlaxcala le negase la obediencia y la adoracion, que le tributaban tantos pueblos, aun de los mas remotos de su capital, mandó al principio de su reinado que los estados vecinos á los Tlaxcaltecas alistasen tropas, y atacasen por todas partes aquella república. Los Huexotzingos, confederados con los Cholultecas, pusieron sus fuerzas bajo el mando de Tecayahuatzin, gefe del estado de Huexotzingo; y este, prefiriendo por entónces la astucia á la fuerza, procuró con dones y promesas, atraer á su partido á los habitantes de Hueyetlipan, ciudad de la república, situada en la frontera del reino de Acollhuacan, y á los Otomites, que guardaban los otros puntos de la raya. Ni unos ni otros cedieron á sus halagos, ántes bien protestaron que estaban dispuestos á morir en defensa de la república. Los Huexotzingos, viéndose ya en el caso de echar mano de la fuerza, entraron con tanto ímpetu en las tierras de Tlaxcala, que no bastando á detenerlos las guarniciones de la frontera, llegaron, haciendo grandes estragos, hasta Xiloxochitla, pueblo distante solo tres millas de la capital. Allí les hizo gran resistencia Tizaltlacatzin, célebre caudillo tlaxcalteca; mas al fin murió, oprimido por la muchedumbre de sus enemigos, los cuales, á pesar de hallarse tan cerca de la capital, tuvieron miedo de la venganza de los Tlaxcaltecas, y volvieron precipitadamente á sus territorios. Este fué el origen de las continuas batallas y hostilidades que hubo entre aquellos pueblos, hasta la llegada de los españoles. La historia no dice si en la ocasion de que vamos hablando, tomaron parte en la guerra los otros estados vecinos á Tlaxcala: quizás los Huexotzingos y los Cholultecas no les permitieron participar de su gloria.

Los Tlaxcaltecas quedaron tan exasperados contra los Huexotzingos, que no queriendo ya limitarse á la defensa del estado, pasaron muchas veces las fronteras, y atacaron á los enemigos en su propio territorio. Una vez los acometieron por las

faldas de los montes que están al Occidente de Huexotzingo (1), y de tal modo los apretaron, que no pudiendo resistirles los Huexotzingos, pidieron socorro á Moteczuma, el cual les envió un numeroso ejército, al mando de su hijo primogénito. Estas tropas marcharon por la faldada meridional del volcan de Popocatepec, donde se les agregaron las de Chieltan y de Itzocan, y de allí por Cuauhquecholan entraron en el valle de Atliteco. Los Tlaxcaltecas, enterados del camino que habían tomado sus enemigos, determinaron hacerles una diversion, y atacarlos por retaguardia ántes que se uniesen con los Huexotzingos. Fué tan impetuosa su arremetida, que los Mexicanos sufrieron una derrota completa, y aprovechándose de su desorden los Tlaxcaltecas, hicieron en ellos sangrientísimo estrago. Cayó entre los muertos el príncipe general en gefe, á quien se había conferido aquel cargo mas bien en consideracion á su alto carácter, que por su pericia en el arte de la guerra. Los restos del ejército huyeron, y los vencedores, cargados de despojos, regresaron á Tlaxcala. Es de estrañar que no se dirigiesen inmediatamente á Huexotzingo, pues debían esperar que no fuese larga su resistencia; pero quizás no fué tan completa la victoria, que no experimentasen tambien ellos una pérdida considerable, y tendrían por mas conveniente ir á gozar los frutos de su triunfo, para entrar despues con mayores fuerzas en campaña. Volvieron en efecto; pero fueron rechazados por los Huexotzingos, que se habían fortificado, y regresaron á Tlaxcala sin otra ventaja, que la de haber hecho grandes daños en los campos de los enemigos; lo que les ocasionó tan gran escasez de víveres, que les fué preciso pedir socorros á los Mexicanos y á otros pueblos.

Moteczuma se apesadumbró, como debia, por la muerte de su hijo, y por la pérdida de sus tropas: deseoso pues de tomar ven-

ganza, hizo apereibir otro ejército en las provincias vecinas á Tlaxcala, para bloquear toda la república; pero los Tlaxcaltecas, previendo lo que iba á suceder, se habían fortificado estraordinariamente, y aumentado las guarniciones. Combatióse vigorosamente por una y otra parte; pero al fin las tropas reales fueron rechazadas, dejando considerables riquezas en manos de sus enemigos. La república celebró con grandes regocijos estas prosperidades, y remuneró á los Otomites, á quienes principalmente se debían, confiriendo á los mas distinguidos de entre ellos la dignidad de Texctli, que era la mas alta del estado, y dando á los gefes de aquella nacion las hijas de los mas nobles Tlaxcaltecas.

No hay duda que si el rey de México se hubiera empeñado seriamente en aquella lucha, hubiera al cabo sometido los Tlaxcaltecas á su corona; porque nunca la república tenía grandes fuerzas, tropas aguerridas, y fronteras bien guardadas, su poder era muy inferior al de los Mexicanos. Por lo que me parece verosímil lo que dicen los historiadores, á saber: que los reyes de México dejaron con toda intencion subsistir aquel estado rival, distante apenas sesenta millas de su capital, tanto para tener frecuentes ocasiones de ejercitar sus tropas, como tambien, y principalmente, para proporcionarse los prisioneros necesarios á sus sacrificios. Uno y otro objeto conseguían en los frecuentes ataques que daban á los pueblos de Tlaxcala.

TLAHUICOLE, FAMOSO GENERAL DE LOS TLAXCALTECAS.

Entre las víctimas tlaxcaltecas, es memorable en las historias de aquel pais un famosísimo general llamado *Tlahuicole* (1), en quien no se sabia si era mas admirable el denuedo de su ánimo, que la fuerza estraordinaria de su cuerpo. El *macuahuitl*,

(1) La ciudad de Huexotzingo no estaba entónces donde hoy se halla la del mismo nombre, sino mas á Poniente.

(1) El suceso de Tlahuicole ocurrió verosímilmente en los últimos años del reinado de Moteczuma; pero me ha parecido conveniente anticiparlo por la relacion que tiene con la guerra de Tlaxcala.

ó espada mexicana con que combatia, era tan pesada, que apenas podía alzarla del suelo un hombre de fuerzas ordinarias. Su nombre era el terror de los enemigos de la república, y todos huían, donde quiera que lo veían parecer con su formidable armamento. Este, pues, en un asalto que dieron los Huexotzingos á una guarnición de Otomites, se empeñó incautamente, en el calor de la acción, en un sitio pantanoso, de donde no pudiendo salir con la prontitud que quería, fué hecho prisionero, encerrado en una fuerte jaula, y de allí llevado á México y presentado á Moteuczoma. Este monarca, que sabia apreciar el mérito, aun en sus enemigos, en vez de darle muerte, le concedió generosamente la libertad de volver á su patria; pero el arrogante Tlaxcalteca no quiso aceptar aquella gracia, bajo el pretexto de no osar presentarse ante sus compatriotas cubierto de ignominia. Dijo que quería morir, como los otros prisioneros, en honor de sus dioses. Moteuczoma, viéndolo tan resuelto á no volver á su patria, y no queriendo privar al mundo de un hombre tan célebre, lo tuvo entretenido en su corte, con la esperanza de hacerlo amigo de los Mexicanos, y de emplear sus servicios en bien de la corona. Entre tanto se encendió la guerra con los de Michuacan, cuyas causas y pormenores ignoramos enteramente, y el rey encargó á Tlahuicole el mando de las tropas que envió á Tlaximaloyan, frontera, como ya he dicho, de aquel reino. Tlahuicole correspondió á la confianza que habia merecido; y no habiendo podido desalojar á los Michuacanos del sitio en que se habian fortificado, hizo muchos prisioneros, y les tomó gran cantidad de oro y plata. Moteuczoma apreció sus servicios, y volvió á concederle la libertad; pero rehusándola él, como ántes habia hecho, le ofreció el rey el alto empleo de Tlacatecatl, ó sea general de los ejércitos mexicanos. A esto respondió el valiente republicano que no quería ser traidor á su patria, y que quería absolutamente morir, con tal que fuese en el sacrificio gladiatorio, que, como destinado á los pri-

sioneros de mas nota, le seria mucho mas honroso que el ordinario. Tres años vivió aquel general en México, con una de sus mugeres que habia ido á Tlaxcala á reunirse, y es de creer que los Mexicanos proporcionasen esta union, á fin de que les dejase una gloriosa posteridad, que ennobleciese con sus hazañas la corte y el reino de México. Finalmente, viendo el rey la obstinacion con que rehusaba todos los partidos que se le ofrecian, condescendió con su bárbaro deseo, y señaló el dia del sacrificio. Ocho dias ántes empezaron los Mexicanos á edificarlo con bailes: cumplido aquel término, en presencia del rey, de la nobleza y de una gran muchedumbre del pueblo, pusieron al prisionero tlaxcalteca ajado por un pié en el *temalacatl*, que era una piedra grande y redonda en que se hacian aquellos sacrificios. Salieron uno á uno para combatir con él, muchos hombres animosos, de los que mató, segun dicen ocho, é hirió á veinte; hasta que cayendo medio muerto en tierra de un golpe que recibió en la cabeza, fué llevado ante el ídolo Huitzilopochtli, y allí le abrieron el pecho, le sacaron el corazón los sacerdotes, y precipitaron el cadáver por las escaleras del templo segun el rito establecido. Así terminó sus dias aquel valiente general, cuyo valor y fidelidad á su patria, lo hubieran elevado á la clase de héroe, si lo hubieran dirigido las luces de la religion.

HAMBRE EN LAS PROVINCIAS DEL IMPERIO,
Y OBRAS PUBLICAS EN LA CORTE.

Miéntas se hacia la guerra con los Tlaxcaltecas, se padeció hambre en algunas provincias del imperio, ocasionada por la sequedad de los años anteriores. Consumido todo el grano que tenían los particulares, tuvo ocasion Moteuczoma de ejercer su liberalidad: abrió sus graneros, y distribuyó entre sus súbditos todo el maiz que contenian; mas no bastando este á remediar su necesidad, permitió, á imitacion de Moteuczoma I, que fuesen á otros países á proporcionarse lo necesario para vivir. El año siguiente, que era el de 1505, habiendo habido una

cosecha abundante, salieron los Mexicanos á la guerra contra Cuauhtemallan, provincia distante mas de novecientas millas de México hácia el Sudeste. Miéntas se hacia esta guerra, ocasionada probablemente por alguna hostilidad cometida por los Cuauhtemaltecos contra los súbditos de la corona, se terminó en México la fábrica de un templo erigido en honor de la diosa Centeotl, cuya solemne dedicacion fué celebrada con el sacrificio de los prisioneros hechos en la guerra.

Habian por aquel tiempo los Mexicanos ensanchado el camino que iba sobre el lago de Chapultepec á México, y reconstruido el acueducto que en el mismo camino habia; pero la alegría que ocasionó la terminacion de aquellas obras, se turbó con el incendio de la torre de un alto templo llamado *somolli*, de resultas de un rayo que cayó en ella. Los habitantes de la parte de la ciudad remota del templo, y particularmente los Tlatelolcos, no habiendo tenido noticia del rayo, se persuadieron que el incendio habia sido escitado por algunos enemigos que habian llegado repentinamente á la ciudad; por lo que se armaron para defenderla, y acudieron en tropel al templo. Tanto indignó á Moteuczoma aquella inquietud, atribuyéndola á un mero pretexto de los Tlatelolcos para promover una sedicion, (pues siempre estaba desconfiando de ellos), que los privó de los empleos públicos que servian, y aun les prohibió que se presentasen en la corte, no bastando á disuadirlo de aquella resolucion, ni las protestas que hicieron de su inocencia, ni los ruegos con que imploraban la clemencia real; pero cuando se apaciguó áquel primer ímpetu de su cólera, los restituyó á sus empleos y á su gracia.

NUEVAS REVUELTAS.

Entre tanto se rebelaron contra la corona los Mixtecas y los Zapotecas. Los principales gefes de la rebelion, en que tomaron parte los nobles de ambas naciones, fueron Cetecepatl, señor de Coaxtlahuacan y Nahuixochitl, señor de Tzotzollan. Antes de

todo mataron á traicion á todos los Mexicanos que estaban en las guarniciones de Huagyaacac y de otros puntos. Cuando Moteuczoma tuvo noticia de estos sucesos, mandó contra ellos un grueso ejército, compuesto de Mexicanos, Texcocanos y Tepanecas, bajo las órdenes del príncipe Cuitlahuac, su hermano, y sucesor á la corona. Los rebeldes fueron prontamente vencidos, muchísimos de ellos hechos prisioneros con sus gefes, y saqueada su ciudad. El ejército volvió á México cargado de despojos: los cautivos fueron sacrificados, y el estado de Tzotzollan fué dado á Cozcacuauhtli, hermano de Nahuixochitl, por haber sido fiel al rey, anteponiendo la obligacion de súbdito á los vínculos de la sangre; pero se diferió el sacrificio de Cetecepatl, hasta que hubo descubierto los cómplices de su crimen, y los designios de los rebeldes.

DISENSION ENTRE HUEXOTZINGOS Y CHOLULTECAS.

Poco tiempo despues de esta expedicion, se suscitó una reyerta entre los Huexotzingos y los Cholultecas, sus amigos y vecinos, no sé por qué causa, y remitiendo la decision á las armas, se dieron una batalla campal. Los Cholultecas, como mas prácticos en el ejercicio de la religion, del comercio y de las artes, que en el de la guerra, fueron vencidos y obligados á retirarse á su ciudad, á donde sus enemigos los persiguieron, matándoles mucha gente, y quemándoles algunas casas. Apenas consiguieron este triunfo los Huexotzingos, cuando se arrepintieron amargamente, temerosos del castigo que les amenazaba. Para evitarlo, enviaron á Moteuczoma dos personas de carácter, llamadas *Tolimpanecatl* y *Tzoncoztlí*, procurando justificarse, é inculpar á los Cholultecas. Los embajadores, ó por exaltar el valor de sus compatriotas, ó por otro motivo que ignoro, exageraron de tal modo la pérdida de los Cholultecas, que hicieron creer al rey que todos habian perecido, y que los pocos que se habian salvado habian abandonado

la ciudad. Moteuczoma, al oír estos portenores, se afligió extraordinariamente, y temió la venganza del dios Quetzalcoatl, cuyo santuario, que era de los mas célebres y reverenciado de todo aquel país, creía profanado por los Huexotzingos. Habiéndose aconsejado con los dos reyes aliados, mandó á Cholullan algunos personajes de su corte, para informarse exactamente de todo lo que habia ocurrido: noticioso de que los embajadores le habian exagerado la verdad, se encolerizó de tal modo por este engaño, que sin detenerse, despachó á Huexotzinco un ejército, mandando al general que castigase severamente á los habitantes, si no le daban la debida satisfaccion. Los Huexotzingos, previendo la tempestad que iba á descargar sobre ellos, salieron ordenados en forma de batalla á recibir á los Mexicanos, cuyo general se adelantó y les espuso en estos términos la comision que llevaba: "Nuestro señor Moteuczoma, que tiene su corte en medio de las aguas, Nezahualpilli, que manda en las orillas del lago, y Totoquihuatzin, que reina al pié de los montes, me mandan decirnos que han sabido por vuestros embajadores la ruina de Cholullan, y la muerte de sus habitantes; que esta noticia los ha penetrado de dolor, y que se creen obligados á vengar tamaño atentado contra el venerable santuario de Quetzalcoatl." Los Huexotzingos respondieron que aquella noticia habia sido muy exagerada; pero que la ciudad no tenia la culpa de la propagacion de la mentira, y en prueba de ello se ofrecieron á satisfacer á los tres reyes con el castigo de los culpables. Hicieron conducir en seguida á los embajadores, y los entregaron al general, despues de haberles cortado las orejas y las narices, que era la pena de los que propagaban falsedades contrarias al bien público. Así terminaron los males de la guerra, que de otro modo hubieran sido inevitables.

EXPEDICION CONTRA ATLIXCO Y OTROS PUEBLOS.

Harto diferente fué la suerte de los Atlix-

queses, que se habian rebelado contra la corona; pues fueron derrotados por los Mexicanos, que les hicieron un gran número de prisioneros. Ocurrió esto el mes de febrero de 1506, cuando por haber terminado el siglo, se celebraba la fiesta de la renovacion del fuego, con mucho mas aparato y solemnidad, que en tiempo de Moteuczoma I, y en los otros años seculares. Aquella fué la mas magnífica, y la última que celebraron los Mexicanos. En ella fueron sacrificados muchos prisioneros, reservando otros para la dedicacion de Tzompantli, que, como despues diremos, era un edificio inmediato al templo mayor, donde se guardaban las calaveras de las víctimas.

PRESAGIOS DE LA GUERRA DE LOS ESPAÑOLES.

Parece que no hubo guerra alguna en aquel año secular; pero en el de 1507, los Mexicanos hicieron una expedicion contra Tzolan y Miatlan, pueblos mixtecas, cuyos habitantes huyeron á los montes, sin dejar otras ventajas á los Mexicanos, que algunos prisioneros que hicieron de los pocos que se habian quedado en sus casas. De allí pasaron á subyugar á los de Cuauhquechollan, que se habian rebelado, en cuya ocasion ostentó su valor el príncipe Cuiclahuac, general del ejército. Murieron algunos valientes caudillos mexicanos; pero volvieron á imponer el yugo á los rebeldes, y les hicieron tres mil y doscientos prisioneros, que fueron sacrificados, parte en la fiesta de Tlacaxipehualiztli, que se hacia en el segundo mes mexicano, y parte en la dedicacion del santuario Zomolli, el cual, despues del ya mencionado incendio, habia sido magníficamente reconstruido.

El año siguiente salió el ejército real, compuesto de Mexicanos, Texcocanos y Tepanecas, contra la remota provincia de Amatlan. Al pasar por una altísima montaña, sobrevino una gran tempestad de nieve, que ocasionó terrible estrago en el ejército; pues los unos, que viajaban casi desnudos, y estaban acostumbrados á un clima suave, mu-

rieron de frio, y otros de la caída de los árboles que arrancaba el viento. Del resto de las tropas, que continuaron muy disminuidas su viaje, murió la mayor parte en las acciones.

Esta y otras calamidades, unidas á la aparicion de un cometa, pasieron en gran consternacion á aquellos pueblos. Moteuczoma, que era demasiado supersticioso para ver con indiferencia aquel fenómeno, consultó á los astrólogos; y no habiendo podido estos darle una respuesta satisfactoria, hizo la misma pregunta al rey de Acolhuacan, que era muy dado á la astrología y á la adivinacion. Estos reyes, aunque parientes, y perpetuamente aliados, no vivian en muy buena armonía, desde que el de Acolhuacan habia mandado dar muerto á su hijo Huexotzincatzin, sin dar oídos á los ruegos de Moteuczoma, que como tio de este príncipe, habia implorado su perdon. Habia ya mucho tiempo que no se trataban con la frecuencia y confianza que ántes; pero en aquella época, el vano terror que se apoderó del ánimo de Moteuczoma, le escitó á valerse del saber de Nezahualpilli: así que, le rogó que pasase á México, para tratar de aquel asunto, que á uno y otro era tan interesante. Condescendió con sus ruegos el rey de Acolhuacan; y despues de haber discurrido largo tiempo con Moteuczoma, fué de opinion, segun dicen los historiadores, que el cometa anunciaba las futuras desgracias de aquel reino, de resultas de la llegada de gentes estrañas. Pero no agradando tampoco esta interpretacion á Moteuczoma, Nezahualpilli lo desafió á jugar al balon, que era diversion muy común entre aquellas gentes, y aun entre los mismos monarcas: ademas, convinieron en que si el rey de México ganaba, el de Acolhuacan renunciaria á su interpretacion, y la creeria falsa; y si ganaba este, aquel la adoptaria como verdadera. Insensatez verdaderamente ridícula de aquellos hombres, como si el éxito de una prediccion dependiese de la destreza del jugador ó de la suerte del juego; pero ménos pernicioso que la de los antiguos europeos, que ha-

cian depender de la barbarie del duelo, y de la incertidumbre de las armas, el honor, la inocencia y la verdad. Quedó Nezahualpilli vencedor en el juego, y desconsolado Moteuczoma por la pérdida, y por la confirmacion de tan triste vaticinio. Sin embargo, quiso tomar otras medidas, esperando hallar una explicacion mas favorable, que contrapesase la del rey de Acolhuacan. Hizo, pues, consultar á un famosísimo astrólogo muy versado en las supersticiones de la adivinacion, con las que habia adquirido tanta celebridad y tanto influjo, que sin salir de su casa daba respuestas como un oráculo á los potentados y á los reyes. Este hombre, sabiendo lo que habia ocurrido entre los dos monarcas, en lugar de dar una respuesta favorable á su soberano, ó equívoca á lo ménos, como hacen comunmente los que viven de semejantes patrañas, confirmó plenamente los funestos anuncios del rey de Acolhuacan; con lo que se indignó de tal manera Moteuczoma, que en recompensa mandó destruir la casa del pobre astrólogo, quedando él sepultado en las ruinas.

Estos y otros vaticinios de la ruina de aquel imperio, se ven en las pinturas mexicanas y en las obras de los españoles. Estoy muy léjos de pensar que todo lo que hallamos escrito sobre este asunto, sea digno de crédito; pero tampoco puedo dudar de las tradiciones que existian entre los Mexicanos, acerca de la próxima ruina de aquel imperio, de resultas de la venida de gentes estrañas, que se apoderarian de toda la tierra. No ha habido en todo el país de Anáhuac una sola nacion, culta ó inculta, que no haya admitido aquella creencia, como lo prueban las tradiciones verbales de las unas, y las historias de las otras. Es imposible adivinar el primer origen de una opinion tan general; pero desde que en los siglos XV y XVI, los navegantes, ayudados por la invencion de la brújula, empezaron á perder el miedo á la alta mar, y los europeos, estimulados por la ambicion y por la sed insaciable del oro, se habian familiarizado con los peligros del Océano, aquel maligno espíritu,

enemigo capital del género humano, que no cesa de espiar en toda la tierra las acciones de los mortales, pudo fácilmente conjeturar los progresos marítimos de los pueblos de Oriente, el descubrimiento del Nuevo-Mundo, y una parte de los grandes sucesos que allí debían ocurrir: y no es inverosímil que los predijese á la nacion consagrada á su culto, para confirmar, con la misma prediccion del porvenir, la errónea persuasion de su pretendida divinidad. Pero si el demonio pronosticaba futuras calamidades para engañar á aquellos miserables pueblos, el pindosísimo autor de la verdad las anunciaba tambien para disponer sus espíritus á la admision del Evangelio. El suceso que voy á referir en confirmacion de esta verdad, fué público y estrepitoso, ocurrido en presencia de dos reyes y de toda la nobleza mexicana. Hallábase ademas representado en algunas pinturas de aquella nacion, y de él se envió un testimonio jurídico á la corte de España.

SUCESO MEMORABLE DE UNA PRINCESA MEXICANA.

Papantzin, princesa mexicana, y hermana de Moteuczoma, se habia casado con el gobernador de Tlatelolco: muerto este, permaneció en su palacio hasta el año de 1509, en que murió tambien de enfermedad natural. Celebráronse sus exequias con la magnificencia correspondiente al esplendor de su nacimiento, con asistencia del rey su hermano, y de toda la nobleza de ambas naciones. Su cadáver fué sepultado en una cueva ó gruta subterránea, que estaba en los jardines del mismo palacio, próxima á un estanque en que aquella señora solia bañarse, y la entrada se cerró con una piedra de poco peso. El dia siguiente, una muchacha de cinco á seis años, que vivía en el palacio, tuvo el capricho de ir desde la habitacion de su madre á la del mayordomo de la difunta, que estaba mas allá del jardin: al pasar por el estanque, vió á la princesa sentada en los escalones de este, y oyó que la llamaba con la palabra *cocoton*, de la que se sirven en aquel pais para llamar y acariciar á los ni-

ños. La muchacha, que por su edad no era capaz de reflexionar en la muerte de la princesa, y pareciéndole que esta iba á bañarse, como lo tenia de costumbre, se acercó sin recelo, y la princesa le dijo que fuese á llamar á la muger del mayordomo. Obedeció en efecto; mas esta muger, sonriendo y haciéndole cariños, le dijo: “Hija mia, Papantzin ha muerto, y ayer la hemos enterrado.” Mas como la muchacha insistia, y aun la tiraba del traje, que allí llaman *huepilli*, ella, mas por complacerla que por creer lo que le decia, la siguió al sitio á que la condujo; y apénas llegó á presencia de aquella señora, cayó al suelo horrorizada y sin conocimiento. La muchacha avisó á su madre, y esta con otras dos mugeres, acudieron á socorrer á la del mayordomo; mas al ver á la princesa, quedaron tan despavoridas, que tambien se hubieran desmayado, si ella misma no les hubiera dado ánimo, asegurándoles que estaba viva. Mandó por ellas llamar al mayordomo, y le encargó que fuese á dar noticia de lo ocurrido al rey su hermano; pero él no se atrevió á obedecerla, porque temió que el rey no diese crédito á su noticia, y sin examinarla, lo castigase con su acostumbrada severidad. “Id, pues, á Tezcoco, le dijo la princesa, y rogad en mi nombre al rey Nezahualpilli que venga á verme.” Obedeció el mayordomo, y el rey no tardó en presentarse. A la sazón, la reina habia entrado en uno de los aposentos de palacio. Saludóla el rey lleno de temor, y ella le rogó que pasase á México, y dijese al rey su hermano que estaba viva, y que necesitaba verlo para descubrirle algunas cosas de suma importancia. Desempeñó Nezahualpilli su comision, y Moteuczoma apénas podia creer lo que estaba oyendo. Sin embargo, por no faltar al respeto debido á su aliado, fué con él, y con muchos nobles mexicanos á Tlatelolco, y entrando en la sala donde estaba la princesa, le preguntó si era su hermana. “Yo soy, Señor, respondió ella, vuestra hermana Papantzin, la misma que habeis enterrado ayer: estoy viva en verdad, y quiero manifestaros lo que he visto, porque os importa.”

Dicho esto, se sentaron los dos reyes, quedando todos los demas en pié, maravillados de lo que veian.

Entónces la princesa volvió á tomar la palabra, y dijo: “Despues que perdí la vida, ó si esto os parece imposible, despues que quedé privada de sentido y movimiento, me hallé de pronto en una vasta llanura, á la cual por ninguna parte se descubria término. En medio observé un camino, que se dividía en varios senderos, y por un lado corria un gran río, cuyas aguas hacian un ruido espantoso. Queriendo echarme á él, para pasar á nado á la orilla opuesta, se presentó á mis ojos un hermoso jóven, de gallarda estatura, vestido con un ropaje largo, blanco como la nieve, y resplandeciente como el sol. Tenia dos alas de hermosas plumas, y llevaba esta señal en la frente (al decir esto la princesa, hizo con los dedos la señal de la cruz), y tomándome por la mano, me dijo: “Detente: aun no es tiempo de pasar este río. Dios te ama, aunque tú no lo conoces.”—De allí me condujo por las orillas del río, en las que vi muchos cráneos y huesos humanos, y oí gemidos tan lastimeros, que me movieron á compasion. Volviendo despues los ojos al río, vi en él unos barcos grandes, y en ellos muchos hombres, diferentes de los de estos paises en traje y color. Eran blancos y barbudos; tenian estandartes en las manos, y yelmos en la cabeza. “Dios, me dijo entónces el jóven, quiero que vivas, á fin de que des testimonio de las revoluciones que van á sobrevenir en estos paises. Los clamores que has oido en estas márgenes, son de las almas de tus antepasados, que viven, y vivirán siempre atormentadas, en castigo de sus culpas. Esos hombres que ves venir en los barcos, son los que con las armas se harán dueños de estas regiones, y con ellos vendrá tambien la noticia del verdadero Dios, Criador del cielo y de la tierra. Cuando se haya acabado la guerra, y promulgado el baño que lava los pecados, tú serás la primera que lo reciba, y guie con su ejemplo á todos los habitantes de estos paises.”—Dicho esto, desapareció

el jóven, y yo me encontré restituida á la vida: me alcé del sitio en que yacia, levanté la lápida del sepulcro, y salí al jardin, donde me encontraron mis domésticos.”

Atónito quedó Moteuczoma al oír estos pormenores: turbada su mente con los mas tristes pensamientos, se levantó y se dirigió á un palacio que tenia para los tiempos de lujo, sin hablar á su hermana, ni al rey de Tezcoco, ni á ningun otro de los que lo acompañaban, aunque algunos adaladores, para tranquilizarlo, procuraron persuadirle que la enfermedad que habia padecido la princesa, le habia trastornado el sentido. No quiso volver á verla, por no afligirse de nuevo con los melancólicos presagios de la ruina de su imperio. La princesa vivió muchos años despues, enteramente consagrada al retiro y á la abstinencia. Fué la primera que en el año de 1524 recibió en Tlatelolco el sagrado bautismo, y se llamó desde entónces *Doña María Papantzin*. En los años que sobrevivió á su regeneracion, fué un perfecto modelo de virtudes cristianas, y su muerte correspondió á su vida, y á su maravillosa vocacion al cristianismo.

FENÓMENOS NOTABLES.

Ademas de este memorable suceso, ocurrió en 1510 el repentino y violento incendio de las torres del templo mayor de México, en una noche serena, sin haberse podido jamas averiguar su causa: y el año anterior se habian agitado de pronto, y con tanta violencia las aguas del lago, que arruinaron las casas de la ciudad, sin haber habido viento, terremoto, ni vera causa natural á que se pudiera atribuir aquel extraño acaecimiento. Tambien se dice que en 1511 se vieron en el aire hombres armados, que combatian entre sí, y se mataban. Estos y otros fenómenos referidos por Acosta, Torquemada y otros escritores, se hallan exactamente descritos en las historias mexicanas y acolhuas. No es inverosímil que habiendo Dios anunciado con varios prodigios la pérdida de algunas ciudades, como consta por la Sagrada Escritura, y por el testimonio de Josefo, de Euse-

bio de Cesarea, de Orosio y de otros escritores, quisiese tambien usar de la misma providencia con respecto al trastorno general de un mundo entero, que es sin duda el suceso mas grande y extraordinario de cuantos en tierra la historia profana.

ERECION DE UN NUEVO ALTAR PARA LOS SACRIFICIOS, Y NUEVAS ESPEDICIONES DE LOS MEXICANOS.

La consternacion que estos presagios inspiraron á Motecuzoma, no lo distrajo de sus proyectos belicosos. Muchas fueron las espediciones emprendidas por sus ejércitos en el año de 1508, especialmente contra los Tlaxcaltecas, los Huexotzingos, los Atlixqueses, y los habitantes de Xepatepec y de Malinaltepec. En ellas lucieron mas de cinco mil prisioneros, que despues fueron sacrificados en la capital. En 1509 hizo el rey la guerra á los de Xochitepec, que se le habian rebelado. El año siguiente, pareciendo á Motecuzoma demasiado pequeño el altar de los sacrificios, y poco correspondiente á la magnificencia del templo, mandó buscar una piedra de desmesurada grandeza, la cual fué hallada en las inmediaciones de Coyoacan. Despues de haberla hecho pulir y labrar primorosamente, mandó que se llevase con gran solemnidad á México. Concurrió un gentío inmenso á tirar de ella; pero al pasar por un puente de madera, que habia sobre un canal, á la entrada de la ciudad, con el enorme peso de la piedra se rompieron las vigas y cayó al agua, arrastrando consigo algunas personas, y entre ellas el sumo sacerdote que la iba incensando. Mucho sentimiento causó al rey y al pueblo esta desgracia; pero sin abandonar la empresa, sacaron la piedra del agua con extraordinaria fatiga, y la llevaron al templo, donde fué dedicada con el sacrificio de todos los prisioneros que se habian reservado para aquella gran fiesta, la cual fué una de las mas solemnes celebradas por los Mexicanos. Para ella convocó el rey á los principales individuos de la nobleza de todo el reino, y gastó grandes tesoros en los regalos que hizo á nobles

y plebeyos. Aquel mismo año se celebró tambien la dedicacion del templo *Tlamatzinco*, y del de Cuaxicalco, de que despues hablaremos. Las víctimas sacrificadas en estas dos ceremonias, fueron, segun los historiadores, doce mil dascientas diez.

Para suministrar tan gran número de infelices, era necesario hacer continuamente la guerra. En 1511 se rebelaron los Xopes, y quisieron asesinar á toda la guarnicion mexicana de Tlaxotepec; pero descubierto prematuramente su designio, fueron castigados, y dascientos de ellos conducidos prisioneros á la capital. En 1512 marchó un ejército de Mexicanos hácia el Norte, contra los Quetzalapanecas, y con pérdida de solo noventa y cinco hombres, hicieron mil trescientos treinta y dos prisioneros, que fueron tambien llevados á México. Con estas, y otras conquistas hechas en los tres años siguientes, llegó el imperio mexicano á su mayor amplitud, cinco ó seis años ántes de su ruina, á la que contribuyeron en gran parte aquellos rápidos triunfos. Cada provincia, cada pueblo conquistado era un nuevo enemigo, que sufriendo con impaciencia el yugo á que no estaba acostumbrado, e irritado contra la violencia de los conquistadores, solo esperaba una buena ocasion para vengarse, y recobrar la libertad perdida. La felicidad de un reino no consiste en la estension de dominios, ni en la multitud de vasallos; ántes bien nunca se aproxima tanto á su ruina, como cuando por su desmesurada estension, no puede mantener la union necesaria entre sus partes, ni aquel vigor que se necesita para resistir á la muchedumbre de sus enemigos.

MUERTE Y ELOGIO DEL REY NEZAHUALPILLI.

No contribuyeron ménos á la ruina del imperio mexicano las revoluciones que en aquel mismo tiempo ocurrieron en el reino de Acolhuacan, ocasionadas por la muerte de Nezahualpilli. Aquel célebre monarca, despues de haber ocupado el trono cuarenta y cinco años, ó cansado del gobierno, ó consternado por los funestos presagios de que

habia sido testigo, dejó el mando á dos príncipes reales, y se retiró á su casa de campo en Tezcotzinco, llevando consigo á su favorita Xocotzin, y á unos pocos servidores; dando órden á sus hijos que no saliesen de la corte, sino que en ella aguardasen sus ulteriores disposiciones. En los seis meses que pasó en aquel retiro, se divertía frecuentemente en el ejercicio de la caza, y empleaba la noche en la observacion de las estrellas, para lo que habia mandado construir en la azotea de su palacio un pequeño observatorio, que se conservó hasta el siglo siguiente, y fué visto por algunos historiadores españoles que de él hacen mencion. Allí, no solo observaba el movimiento y el curso de los astros, sino que conferenciaba con algunos inteligentes en astronomía; estudio muy apreciado siempre en aquellos pueblos, y al cual se dedicaron muchos, estimulados por el ejemplo de aquel gran rey y de su sucesor.

Despues de seis meses de esta vida privada, volvió á la corte, mandó á su querida Xocotzin que se retirase con sus hijos al palacio llamado Teopilpan, y él se encerró en el de su ordinaria residencia, sin dejarse ver sino de alguno de sus confidentes, con designio de ocultar su muerte, á imitacion de su padre. En efecto, nunca se supo nada acerca de la época, ni de las otras circunstancias de aquel suceso solo que ocurrió en 1516, y que poco ántes de morir, mandó á sus confidentes que quemasen secretamente su cadáver. De sus resultados, el vulgo, y no pocos de la nobleza creyeron que no habia muerto, sino que habia ido al reino de Amaquemecan, donde tuvieron origen sus antepasados, como muchas veces lo habia anunciado.

Las opiniones religiosas de aquel monarca, fueron en todo conformes á las de su padre. Despreciaba interiormente el culto de los ídolos, aunque en lo exterior seguía las prácticas comunes. Imitó tambien á su padre en el celo por las leyes, y en la severidad de su justicia; de lo que dió un raro ejemplo en los últimos años de su vida. Habia una ley que prohibia bajo la pena de

muerte decir palabras indecentes en el real palacio. Violó esta ley uno de los príncipes sus hijos, llamado Huexotzintzin, que era justamente el que mas amaba, tanto por su índole y por las virtudes que descubria en su juventud, como por ser el mayor de los que tuvo de su favorita Xocotzin; pero las palabras del príncipe habian sido mas bien efecto de inconsideracion juvenil, que de perverso designio. Súpolo el rey por una de sus concubinas, á quien se habian repetido aquellas espresiones. Preguntóle si habia ocurrido el lance en presencia de otras personas; y sabiendo que habia sido en presencia de los ayos del príncipe, se retiró á un aposento de palacio, destinado para las épocas de luto. Hizo comparecer allí á los ayos, para examinarlos. Ellos, temerosos de ser severamente castigados, si ocultaban la verdad, la confesaron claramente; mas al mismo tiempo procuraron escusar al príncipe, diciendo que ni sabia con quien habia, ni las espresiones habian sido obscenas. Pero en despecho de sus representaciones, mandó inmediatamente que se prendiese al príncipe, y el mismo dia pronunció su sentencia de muerte. Consternóse toda la corte al saber tan rigorosa disposicion: la nobleza intercedió con lágrimas y ruegos: la madre del príncipe, confiada en el gran amor que el rey lo profesaba, se le presentó llorosa, y para moverlo mas á compasion, llevó consigo á sus otros hijos; pero ni razones, ni plegarias, ni sollozos bastaron á disuadir al monarca. "Mi hijo, decia, ha violado la ley: si lo perdono, se dirá que las leyes no son para todos. Sepan, pues, mis súbditos que á ninguno de ellos será perdonada la trasgresion, puesto que la castigo en el hijo que mas amo." La reina, traspasada de dolor, y perdida toda esperanza de ablandar al rey, "ya que por tan ligera causa, le dijo, arrojaís de vuestro corazon todos los sentimientos de padre y de esposo, y quereis ser el verdugo de vuestro hijo, consumad la obra: dadme la muerte, y á estos príncipes que os he dado." El rey entonces con grave aspecto le mandó que se retirase, puesto que

ya no habia remedio. Fuése la reina desconsolada á su aposento, y allí, en compañía de algunas señoras que fueron á visitarla, se abandonó á todo el exceso de su dolor. Entre tanto los que estaban encargados del suplicio del príncipe, lo iban difiriendo, para dar tiempo á que entibiado el celo por la justicia, diese lugar al amor paterno y á la clemencia; pero penetrando su intencion el rey, mandó que se ejecumse la sentencia sin pérdida de tiempo, como se verificó, con general descontento de los pueblos, y con gravísimo disgusto del rey Moteuczoma, no solo por su parentesco con el príncipe, sino tambien por el desprecio con que el rey habia mirado su interposicion. Muerto el príncipe, se encerró su padre por espacio de cuarenta dias en una sala, sin dejarse ver de nadie, para entregarse sin estorbo á su pesadumbre, y mandó tapiar las puertas de la habitacion del príncipe, para apartar de sus ojos cuanto fuese parte á recordarle tamaña desventura.

Esta severidad en el castigo de los culpables, estaba contrapesada por la compasion que le inspiraban los males de sus súbditos. Habia en su palacio una ventana que daba á la plaza del mercado, y estaba cubierta con una celosía, desde la cual miraba, sin que nadie lo observase, todo lo que allí ocurría: cuando notaba alguna muger mal vestida, la mandaba llamar, se informaba de su vida y de sus necesidades, y la proveia de todo lo necesario, para ella y para sus hijos, si los tenia. Daba todos los dias limosnas en su palacio á los huérfanos y á los enfermos. Habia en Tezcoco un hospital para todos los que se habian inutilizado en la guerra: allí, á espensas del rey se mantenian, segun la condicion de cada cual, y muchas veces él mismo los visitaba. De este modo gastaba gran parte de sus rentas.

Su ingenio ha sido muy celebrado por los historiadores de aquel pais. Propúsose imitar en sus estudios y en su conducta, el ejemplo de su padre, y en efecto lo fué muy semejante. Con él se puede decir que acabó la gloria de los reyes chichimecas; pues la

discordia que estalló entre sus hijos, disminuyó el esplendor de la corte, debilitó las fuerzas del estado, y lo dispuso á su última ruina. No declaró Nezahualpilli quién debia suceder en la corona, como habian hecho sus antecesores: mas ignoramos el motivo de este descuido, que fué tan pernicioso al reino de Acolhuacan.

REVOLUCIONES DEL REINO DE ACOLHUACAN.

Cuando el consejo supremo del rey estuvo seguro de su muerte, se creyó obligado á elegir un sucesor, á ejemplo de los Mexicanos. Reuniéronse, pues, sus miembros para deliberar sobre un asunto de tanta importancia; y corpezando á discurrir el mas anciano y condecorado, representó los gravísimos perjuicios que podrian sobrevenir al estado, si se diferia la eleccion: que su opinion era que la corona pertonecia al príncipe Cacamatzin; pues ademas de su prudencia y valor, era el primogénito de la princesa mexicana, con quien se habia casado el rey. Todos los otros consejeros se adhirieron á aquel dictámen, que parecia tan justo, y provenia de persona tan respetable. Los príncipes, que aguardaban en una sala inmediata la resolucion del consejo, recibieron la invitacion de entrar para tener noticia de su resultado. Cuando hubieron entrado, se dió el principal asiento á Cacamatzin, jóven de veinte años, y á sus lados se sahtaron sus hermanos Coanacotzin, de veinte, é Ixtlilxochitl, de diez y nueve. Levantóse el anciano que habia tomado la palabra, y declaró la decision del consejo, á la cual se habia sometido de antemano toda la nacion. Ixtlilxochitl, que era un jóven ambicioso y empronador, se opuso, diciendo, que si el rey hubiese muerto en verdad, hubiera nombrado sucesor: que el no haberlo hecho, era señal segura de estar aun en vida; y estando vivo el soberano, era tan atentando en los súbditos el nombrar quien le sucediese. Los consejeros, conociendo la fúndole de aquel príncipe, no osaron por entónces contradecirlo, sino que rogaron á Coanacotzin dijese su parecer. Este alabó y confirmó la determinacion del consejo, ma-

nifestando los inconvenientes que se seguirian de diferir su ejecucion. Ixtlilxochitl se le opuso, tachándole de ligero y de inconsiderado; puesto que abrazando aquel partido, favorecia los designios de Moteuczoma, que era muy amigo de Cacamatzin, y procuraba colocarlo en el trono, esperando tener en él un rey de cera, á quien podria amoldar á su arbitrio. “No es prudente, dijo Coanacotzin, hermano mio, oponerse á una resolucion tan sabia y tan justa. ¿No celais de ver que aun cuando no fuese rey Cacamatzin, la corona me perteneceria á mí, y no á vos?” “Es cierto, respondió Ixtlilxochitl, que si no se considera otro derecho que la edad, la corona se debe á Cacamatzin, y á vos por su falta; pero si se prefiere, como es justo, el valor, corresponde á mí solo.” Los consejeros, viendo que se iba encendiendo cada vez mas la cólera de los príncipes, les impusieron silencio, y levantaron la sesion.

Los dos príncipes fueron entónces á su madre, la reina Xocotzin, para continuar en su presencia el debate: Cacamatzin, acompañado de muchos nobles pasó inmediatamente á México, y dió cuenta á Moteuczoma de todo lo que habia pasado. Moteuczoma, que adamas del amor que le tenia, conocia la legitimidad de sus derechos, sancionados ademas por el consentimiento de la nacion, le aconsejó ántes de todo poner en salvo el real tesoro, y le prometió interponer su mediacion con el hermano, ó emplear las armas mexicanas en su favor, dado caso de que nada se consiguiera con las negociaciones.

Ixtlilxochitl, cuando supo la salida de Cacamatzin, y previó las consecuencias de su visita á Moteuczoma, dejó la corte con todos sus partidarios, y se fué á los estados que sus ayos poseian en los montes de Meztitlan. Coanacotzin dió pronto aviso de esta novedad á Cacamatzin, á fin de que sin tardanza volviese á Texcoco, y se aprovechase de tan oportuna ocasion para coronarse. Tomó Cacamatzin al saludable consejo de su hermano, y pasó á la capital, en compañía de Cuitlahuazin, hermano de Mo-

teuczoma, y de muchos nobles Mexicanos. Cuitlahuazin, sin perder tiempo, convocó á la nobleza texcocana, en el Hueiteopan, ó sea gran palacio de los reyes de Acolhuacan, y le presentó al príncipe electo, para que lo reconociese como á legítimo soberano. Aceptáronlo todos, y quedó señalado el dia para la solemnidad de la coronacion; mas fué preciso suspenderla, por la noticia que llegó á la corte, de que el príncipe Ixtlilxochitl bajaba de las sierras de Meztitlan, á la cabeza de un ejército numeroso.

Este inquieto jóven, al llegar á Meztitlan, convocó á todos los señores de los pueblos de aquellas grandes montañas, y les hizo saber su designio de oponerse á su hermano Cacamatzin, pretestando su celo por el honor y por la libertad de las naciones Chichimeca y Acolhua: que era cosa indigna y peligrosa someterse á un rey tan flexible á la voluntad del de México: que los Mexicanos, olvidados de cuanto debian á los Acolhuas, querian aumentar sus inicuas usurpaciones con la del reino de Acolhuacan: que él por su parte estaba resuelto á emplear todo el valor que Dios le habia dado, en defender á su patria de la tiranía de Moteuczoma. Con estas razones, sugeridas probablemente por sus ayos, enardeció en tal manera los ánimos de aquellos señores, que todos ellos se ofrecieron á ayudarlo con sus fuerzas; y en efecto, tantas tropas alzaron, que cuando el príncipe bajó de los montes, su ejército llegaba, segun dicen, á mas de cien mil hombres. En todos los sitios por donde pasaba era bien recibido, ya por miedo de su poder, ya por inclinacion á favorecer sus designios. Desde Tepepolco mandó una embajada á los Otompanecas, previniéndoles que lo obedeciesen, como á su propio rey; mas ellos respondieron, que por muerte de Nezahualpilli, no reconocian otro monarca que su hijo Cacamatzin, el cual habia sido aceptado pacíficamente por la corte, y se hallaba en posesion del reino de Acolhuacan. Irritado el príncipe con esta respuesta, marchó contra aquella ciudad. Los Otompanecas le salieron al encuentro en órden de batalla;

mas, aunque hicieron alguna resistencia, fueron vencidos, y la ciudad cayó en manos del vencedor. Entre los muertos se hallaba el mismo señor de Otompan, y esta circunstancia facilitó al príncipe su triunfo.

- Este suceso puso en gran inquietud á Cacamatzin y á toda su corte. Fortificóse en la capital, temiendo que el enemigo quisiese atacarla; mas el príncipe, viéndose temido y respetado, no se movió por entonces de Otompan. Puso guardias en los caminos, con orden de no molestar á ninguno, de no impedir el paso á los particulares que saliesen de la capital á cualquier otro punto, y aun de obsequiar á las personas de distincion que por allí transitasen. Cacamatzin, viendo las fuerzas y la resolucion de su hermano; conociendo que era ménos malo sacrificar una parte, aunque grande del reino, que perderlo todo, envió una embajada á su enemigo, con el consentimiento de Coñacotzin, haciéndole proposiciones de convenio. Mandó á decirle que conservase, si queria, todos los dominios de los montes, pues él se contentaba con la capital y con los estados de la llanura: que tambien queria dividir con Coanacotzin las rentas de la corona; pero que le rogaba abandonase toda otra pretension, y no continuase turbando la tranquilidad del reino. Los embajadores fueron dos personajes de la sangre real de Acolhuacan, á quienes Ixtlilxochitl miraba con gran respeto. Este respondió que sus hermanos podrian hacer cuanto les agradasen: que él deseaba que Cacamatzin quedase en posesion de Acolhuacan: que nada maquinaba contra él ni contra el estado: que si mantenía aquel ejército, era con el designio de oponerse á los planes ambiciosos de los Mexicanos, los cuales habian acarreado muchos disgustos, é inspirado graves sospechas al rey su padre: que si entonces se dividía el reino, por el comun interes de la nacion, esperaba verlo reunido dentro de poco; y que sobre todo, se guardasen de caer en los lazos que les habia armado el astuto Moteuczoma.

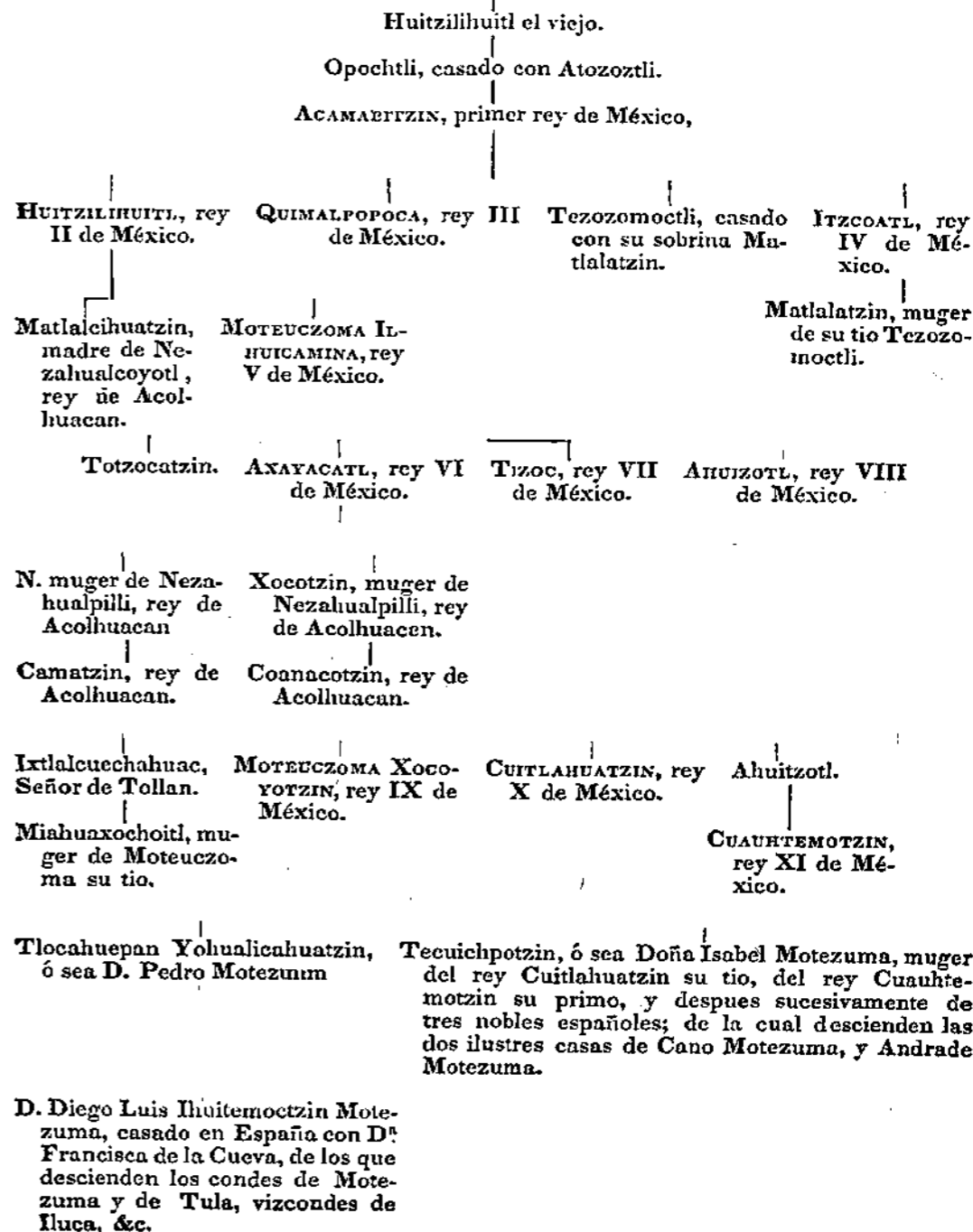
No se engañaba Ixtlilxochitl en esta desconfianza; pues en efecto, aquel rey fué quien puso al infeliz Cacamatzin en manos de los españoles, á pesar del amor que le profesaba, como despues veremos.

Despues de un convenio entre ambos hermanos, quedó Cacamatzin en pacífica posesion del reino de Acolhuacan; pero con gran disminucion en sus dominios, pues lo que habia cedido era una parte muy considerable de sus posesiones. Ixtlilxochitl mantuvo siempre sus huestes en movimiento, y muchas veces se dejó ver con ellas en las cercanías de México, desafiando á Moteuczoma á pelear cuerpo á cuerpo. Mas este monarca no se hallaba ya en estado de aceptar aquel desafio: el fuego de su primera juventud se habia apagado con los años, y las delicias domésticas habian debilitado notablemente sus bríos: ni hubiera sido prudentia esponerse á aquel combate con un jóven tan resuelto, que con secretas negociaciones habia atraído á su faccion una gran parte de las provincias mexicanas. Sin embargo, muchas veces midieron los Mexicanos sus fuerzas con aquel ejército, quedando unas veces vencido, y otras vencedor. En una de estas acciones quedó prisionero un pariente del rey de México, que habia salido á la campaña con la resolucion de coger á Ixtlilxochitl, y conducirlo atado á México: así lo habia prometido á Moteuczoma. Supo el príncipe aquella arrogante promesa, y para vengarse lo mandó atar sobre un monton de cañas secas, y quemar vivo en presencia de todo su ejército.

En el curso de esta Historia haré ver cuánta parte tuvo aquel inquieto príncipe en la ventura de los españoles, los cuales empezaron á dejarse ver por aquel tiempo, en las costas del golfo mexicano; pero ántes de emprender la relacion de una guerra que trastornó completamente aquellas regiones, conviene dar alguna idea de la religion, del gobierno, de las artes y de las costumbres de los Mexicanos.

GENEALOGIA DE LOS REYES MEXICANOS DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO XIII.

Ihuicatl, casado con Tlacapantzin, hácia el año de 1220



LIBRO SESTO.

Religion de los Mexicanos, esto es, sus dioses, templos, sacerdotes, sacrificios y oblacones; sus ayunos, y su austeridad; su cronología, calendario y fiestas; sus ritos en el nacimiento, en el casamiento y en las exequias.

DOGMAS RELIGIOSOS.

La religion, la política y la economía, son los tres elementos que forman principalmente el carácter de una nacion; de modo que sin conocerlos, es imposible tener una idea exacta del genio, de las inclinaciones y de la ilustracion que la distinguen. La religion de los Mexicanos, de que voy á tratar en este libro, era un tejido de errores, de ritos supersticiosos y crueles. Semejantes flaquezas del espíritu humano son inseparables de un sistema religioso que tiene su origen en el capricho ó en el miedo, como lo vemos aun en las naciones mas cultas de la antigüedad. Si se compara, como yo lo haré en otra ocasion, la religion de los Mexicanos con la de los griegos y romanos, se hallará que esta es mas supersticiosa y ridícula; aquella, mas bárbara y sanguinaria. Aquellas célebres naciones de la antigua Europa multiplicaban escesivamente sus dioses á causa

de la desventajosa idea que tenían de su poder; reducian á estrechos límites su imperio; les atribuian los crímenes mas atroces, y solemnizaban su culto con execrables impurezas, que con justa razon censuraron los padres del cristianismo. Los númenes de los Mexicanos eran ménos imperfectos, y en su culto, aunque supersticioso, no intervenia ninguna accion contraria á la honestidad.

Tenian alguna idea, aunque imperfecta, de un Ser Supremo, absoluto, independiente, á quien creian debía tributarse adoracion y temor. No tenían figura para representarlo, porque lo creian invisible, ni le daban otro nombre que el genérico de *Dios*, que en su lengua es *Teotl*, algo mas semejante en el sentido que en la pronunciacion, al *Theos* de los griegos; pero usaban de epítetos sumamente espresivos para significar la grandeza y el poder de que lo creian dotado. Llamá-

banlo *Ipalnemoani*, esto es, aquel por quien se vive; y *Tloque Nahuáque*, esto es, aquel que tiene todo en sí. Pero el conocimiento y el culto de esta Suma Esencia, estaban oscurecidos por la multitud de númenes que inventó su supersticion.

Creian que había un espíritu maligno, enemigo del género humano, al que daban el nombre de *Tlacatecolotl*, ó ave nocturna racional, y decian muchas veces que se dejaba ver de los hombres, para hacerles daño, ó espantarlos.

Acerca del alma, los bárbaros Otomites creian, segun dicen, que se extinguia con el cuerpo; pero los Mexicanos y las otras naciones de Anáhuac, que habian salido del estado de barbarie, la creian inmortal; aunque atribuian este mismo don al alma de las bestias, como veremos cuando tratemos de sus ritos fúnebres.

Tres lugares distinguian para las almas separadas de los cuerpos. Creian que las de los soldados que morian en la guerra, las de los que caian en manos de los enemigos, y las de las mugeres que morian de parto, iban á la casa del sol, que llamaban señor de la gloria, y allí tenían una vida llena de delicias: que cada dia al salir el sol, lo festejaban con himnos, bailes y música, y lo acompañaban hasta el zenit, donde le salian al encuentro las almas de las mugeres, y con las mismas demostraciones de alegría, lo conducian al Ocaso. Si la religion no tuviese otro objeto que el servir á la política, como se lo imaginan neciamente algunos incrédulos de nuestro siglo, no podian aquellas naciones haber inventado un dogma mas oportuno para dar brio á los soldados, que el que les aseguraba tan relevante galardón despues de la muerte. Añadian que despues de cuatro años de aquella vida gloriosa, pasaban los espíritus á animar las nubes, los pájaros de hermoso plumaje y canto dulce, quedando desde entónces en libertad de subir al ciclo y bajar á la tierra, á cantar y á elupar flores. Los Tlaxcaltecas creian que todas las almas de los nobles animaban despues pájaros hermosos y canoros, y cua-

drápedos generosos; que las de los plebeyos pasaban á los escarabajos y á otros animales viles. Así pues, el insensato sistema de la trasmigracion pitagórica, que tanto se propagó y arraigó en los países de Oriente, tuvo tambien sus partidarios en el Nuevo-Mundo (1). Las almas de los que morian heridos por un rayo, ó ahogados, ó de hidropesía, tumores, llagas, y otras dolencias de esta especie; como tambien las de los niños, ó al ménos, las de los sacrificados á *Tlaloc*, dios del agua, iban, segun los Mexicanos, á un sitio fresco y ameno, llamado *Tlalocan*, donde residia aquel númen, y donde tenían á su disposicion toda especie de placeres y de manjares delicados. En el recinto del templo mayor de México había un sitio donde creian que en cierto dia del año asistian invisibles todos aquellos niños. Los Mixtecas estaban persuadidos de que una gran cueva que había en una montaña altísima de su provincia, era la puerta del paraíso; por lo que todos los señores y nobles se hacian sepultar en aquellas inmediaciones, á fin de estar mas cerca del sitio de las delicias eternas. Finalmente, el lugar destinado para los que morian de otra cualquiera manera, se llamaba *Mictlan*, ó infierno, lugar oscurísimo, donde reinaba un dios llamado *Mictlantecuelli*, ó señor del infierno, y una diosa llamada *Mictlancihuatl*. Segun mis conjeturas, colocaban este infierno en el centro de la tierra (2); pero no creian que las almas sufriesen allí otro castigo, sino el de la oscuridad.

(1) ¿Quién creeria que una opinion tan añeja y tan absurda, fuese promovida por un filósofo cristiano, en el centro del cristianismo, y en el ilustrado siglo XVIII? Sin embargo, no hace mucho que la ha sacado á relucir un frances, en un libro publicado en Paris, con el título estravagante del *Año de 2440*. A tales escesos conduce la libertad de pensar en materia de religion.

(2) El Dr. Sigüenza creyó que los Mexicanos situaban el infierno en la parte setentrional del globo, porque la palabra *mictlampa* quiere decir *hacia el Norte*, como si dijeran hacia el infierno; pero mi opinion es que lo situaban en el centro de nuestro planeta, aunque quizás habia entre ellos diversos pareceres acerca de la situacion de aquel lugar.

Tenian los Mexicanos, como todas las naciones cultas, noticias claras, aunque alteradas con fábulas, de la creacion del mundo, del diluvio universal, de la confusion de las lenguas, de la dispersion de las gentes, y todos estos sucesos se hallan representados en sus pinturas (1). Decian que habiéndose ahogado el género humano en el diluvio, solo se salvaron en una barca un hombre llamado *Coxcox* (á quien otros dan el nombre de *Teocipactli*) y una muger llamada *Xochiquetzal*; los cuales, habiendo desembarcado cerca de una montaña, á que dan el nombre de *Colhuacan*, tuvieron muchos hijos, pero todos mudos, hasta que una paloma les comunicó los idiomas desde las ramas de un árbol, tan diversos, que no podian entenderse entre sí. Los Tlaxcaltecas decian que los hombres que escaparon del diluvio, quedaron convertidos en monas; pero poco á poco fueron recobrando el habla y la razon (2).

Entre los dioses particulares adorados por los Mexicanos, que eran muchos, aunque no tantos como los de los romanos, los principales eran trece, en cuyo honor consagraron este número. Espondré, acerca de estas divinidades y de las otras de su creencia, lo que he encontrado en la mitología mexicana, sin hacer caso de las magníficas conjeturas, ni del fantástico sistema de Boturini.

DIOS DE LA PROVIDENCIA Y DEL CIELO.

Tezcatlipoca. Este era el dios mayor, que en aquellos países se adoraba despues del dios invisible, ó Supremo Ser, de quien ya he hablado. Su nombre significa *espejo reluciente*, y su ídolo tenia uno en la mano. Era el dios de la providencia, el alma del mundo, el criador del cielo y de la tierra, y el señor

(1) Lo que decian del diluvio está representado en una figura que daré despues, copia de una pintura original mexicana.

(2) Los que deseen conocer las creencias de los Mixtecos y de otras naciones americanas, acerca de la creacion del mundo, lean lo que escribe el P. Gregorio García, dominicano, en su obra intitulada: *Origen de los Indios*.

de todas las cosas. Representábanlo joven, para dar á entender que no envejecia nunca, ni se debilitaba con los años. Creian que premiaba con muchos bienes á los justos, y castigaba á los viciosos con enfermedades y otros males. En las esquinas de las calles habia asientos de piedra, para que este dios descansase cuando quisiese, y á ninguno era lícito sentarse en ellos. Decian algunos que habia bajado del cielo por una cuerda hecha de telarañas; que habia perseguido y arrojado de aquel país á Quetzalcoatl, gran sacerdote de Tula, que despues fué colocado tambien en el número de los dioses.

Su principal ídolo era de *teotl* (piedra divina), que es una piedra oscura y reluciente, semejante al mármol negro, y estaba vestido de gala. Tenia en las orejas pendientes de oro, y del labio inferior le colgaba un cañoncillo de cristal, dentro del cual habia una plumilla verde ó azul, que á primera vista parecia una joya. Sus cabellos estaban atados con un cordón de oro, del que pendia una oreja del mismo metal con ciertos vapores ó humos pintados, y estos, segun su interpretacion, eran los ruegos de los afligidos. El pecho estaba cubierto de oro macizo. En ambos brazos tenia brazaletes de oro; en el ombligo una esmeralda, y en la mano izquierda un abanico, tambien de oro y de hermosas plumas, tan brillante que parecia un espejo, con lo que denotaban que aquel dios veia todo lo que pasaba en el mundo. Otras veces, para simbolizar su justicia, lo representaban sentado en un banco, circundado de un paño rojo, donde estaban figurados cráneos y huesos humanos, teniendo en la mano izquierda un escudo con cuatro flechas, y la diestra levantada en actitud de lanzar un dardo; el cuerpo pintado de negro, y la cabeza coronada de plumas de codorniz.

Ometeuctli y *Omecihuatl* [1]. Esta era una diosa y aqual un dios, que segun ellos, habitaban en el cielo, en una ciudad glo-

(1) Daban tambien á estos dioses los nombres de *Citlallatonac* y *Citlalicue*, á causa de las estrellas.

riosa y abundante de placcres, desde donde velaban sobre el mundo, y daban á los mortales sus respectivas inclinaciones: *Ometeuctli* á los hombres, y *Omecihuatl* á las mugeres. Contaban que habiendo tenido esta diosa muchos hijos en el cielo, dió á luz en un parto un cuchillo de pedernal: con lo que indignados los hijos, lo echaron á la tierra, y al caer, nocieron de él mil y seiscientos héroes, que, noticiosos de su noble origen, y viéndose sin nadie que les sirviese, por haber perecido todo el género humano en una gran calamidad (1), convinieron en enviar una embajada á su madre, pidiéndole el don de crear hombres para su servicio. La madre respondió que si tuviesen pensamientos mas nobles y mas elevados, procurarian hacerse dignos de vivir eternamente con ella en el cielo: mas pues gustaban de vivir en la tierra, acudiesen á *Mictlanteuctli*, dios del infierno, y lepidiesen algun hueso de muerto, del cual, regándolo con su propia sangre, sacarian un hombre y una muger, que despues se multiplicarian; pero que se guardasen de *Mictlanteuctli*, pues podria arrepentirse despues de haberles dado el hueso. En virtud de las instrucciones de su madre, fué *Xolotl*, uno de aquellos héroes, al infierno, y habiendo obtenido lo que deseaba, se echó á correr hácia la superficie de la tierra: con lo que indignado el númen infernal, corrió tras de él; pero no pudiendo darle alcance, se volvió al infierno. *Xolotl* tropezó en su precipitada fuga, dió una caída, y el hueso se rompió en pedazos desiguales. Recogiólos, y siguió corriendo hasta el punto en que lo aguardaban sus hermanos, los cuales pusieron aquellos fragmentos en una vasija, y los regaron con la sangre que sacaron de diferentes partes de sus cuerpos. Al cuarto dia se formó un niño, y continuando los riegos de sangre por otros tres dias, al fin de ellos se formó una niña. Los dos fueron entregados al mismo *Xolotl*.

(1) Aquellos pueblos creian que la tierra habia padecido tres calamidades universales, en las que habian perecido todos los hombres.

quien los crió con leche de cardo. De este modo creian que se habia hecho aquella vez la reparacion del género humano. De aquí tuvo origen, segun ellos afirman, el uso de sacarse sangre de varias partes del cuerpo, que era tan comun en aquellas naciones; y la desigualdad de los pedazos del hueso, era, en su opinion, la causa de las diferentes estaturas en los hombres.

Cihuacohuatl, ó muger sierpe, llamada tambien *Quilaztli*. Creian que esta era la primera muger que habia tenido hijos, y que paria siempre mellizos. Gozaba de alta gerarquía en la clase de diosa, y decian que se dejaba ver muchas veces llevando en los hombros un niño en una cuna.

APOTEÓISIS DEL SOL Y DE LA LUNA.

Tonatiuh y *Meztli*, nombres del sol y de la luna, divinizados por aquellas naciones. Decian que reparado y multiplicado el género humano, cada uno de los mencionados héroes ó semidioses, tenia sus servidores y partidarios: que habiéndose estinguido el sol, se reunieron todos ellos en *Tactinhuacan*, en rededor de un gran fuego, y dijeron á los hombres, que el primero de ellos que se echase á las llamas, tendria la gloria de ser convertido en sol. Arrojóse inmediatamente á la hoguera un hombre mas intrépido que los otros, llamado *Nanahuatzin*, y bajó al infierno. Quedaron todos en espectacion del éxito, y entre tanto los héroes hicieron una apuesta con las codornices, con las langostas y con otros animales, sobre el sitio por donde debia salir el nuevo sol; y no habiendo podido adivinarlo aquellos animales, fueron sacrificados. Nació finalmente el astro por la parte que despues se llamó *Levante*, pero se detuvo á poco rato de haberse alzado sobre el horizonte; lo que observado por los héroes, mandaron decirle que continuase su carrera. El sol respondió que no lo haria, hasta verlos á todos muertos; noticia que les ocasionó tanto miedo, como pesadumbre: por lo que uno de ellos, llamado *Citli*, tomó el arco y tres flechas, de que le tiró una; pero el sol, incli-

nándose, la evitó. Disparó las otras dos, pero no llegó ninguna. El sol entónces irritado, rechazó la última flecha contra Citli, y se la clavó en la frente, de cuya herida murió de allí á poco. Consternados los otros con la desgracia de su hermano, y no pudiendo hacer frente al sol, se determinaron á morir por manos de Xolotl, el cual, despues de haber abierto el pecho á todos, se mató á sí mismo. Los héroes, ántes de morir, dejaron sus ropas á sus servidores, y aun despues de la conquista de los españoles se hallaron unas mantas viejas, que los indios tenían en gran veneracion, por creer que las habían heredado de aquellos famosos personajes. Los hombres quedaron muy tristes por la pérdida de sus señores. El dios Tezcatlipoca mandó á uno de ellos que fuese á la casa del sol, y de allí trajese música para celebrar sus propias fiestas, y le dijese que para cierto viaje que el sol debía hacer por mar, se le dispondria un puente de ballenas y tortugas, y al hombre encargó que fuese entonando una cancion que él mismo le enseñó. Decían los Mexicanos que aquel había sido el origen de la música y de los bailes con que celebraban las fiestas de los dioses: que del sacrificio que hicieron á los héroes con las codornices, se derivó el que ellos hacian diariamente de estos pájaros al sol; y del que hizo Xolotl con sus hermanos, los bárbaros holocaustos de víctimas humanas, tan comunes despues en aquellas tierras. Semejante á esta fábula era la que contaban sobre el origen de la luna, á saber: que otro de los hombres que concurren en Teotihuacan, imitando el ejemplo de *Nanahuatzin*, se echó tambien al fuego; pero habiéndose disminuido las llamas, no quedó tan luminoso, y fué transformado en luna. A estos dos númenes consagraron los dos famosos templos erigidos en la llanura de Teotihuacan.

EL DIOS DEL AIRE.

Quetzalcoatl, sierpe armada de plumas. Este era en todas las naciones de Anáhuac

el dios del aire. Decían que había sido gran sacerdote de Tula, y que era hombre blanco, alto, corpulento, de frente ancha, de ojos grandes, de cabellos negros y largos, de barba poblada; que por honestidad llevaba siempre la ropa larga; que era tan rico, que tenia palacios de plata y de piedras preciosas; que era muy industrioso, pues había inventado el arte de fundir los metales y de labrar las piedras: que era muy sabio y prudente, como lo daban á entender las leyes que había dado á los hombres, y sobre todo, su vida era austera y ejemplar; que cuando quería publicar alguna ley, mandaba al monte Tzatzitepec (monte de clamores), cerca de Tula, un pregonero cuya voz se oía á trescientas millas de distancia; que en su tiempo crecía el maiz tan abundante, que con una mazorca había bastante para la carga de un hombre; que las calabazas eran tan largas como el cuerpo humano; que no era necesario teñir el algodón, pues nacía de todos colores, y que todos los demas frutos y granos eran de correspondiente grandeza y abundancia; que en la misma época había una muchedumbre increíble de aves bellísimas y canoras; que todos sus súbditos eran ricos: en una palabra, los Mexicanos creían que el pontificado de Quetzalcoatl, había sido tan feliz, como los griegos fingian el reino de Saturno, al que tambien fué semejante en el destierro; pues hallándose rodeado de tanta prosperidad, y queriendo Tezcatlipoca, no se porqué razon, arrojarlo de aquel pais, se le apareció en figura de un viejo, y le dijo que la voluntad de los dioses era que pasase al reino de Tlapalla, y al mismo tiempo le presentó una bebida, de la que Quetzalcoatl bebió con esperanza de adquirir por su medio la inmortalidad á que aspiraba; pero apénas la hubo tomado, sintió tan vivos deseos de ir á Tlapalla, que se puso inmediatamente en camino, acompañado de muchos súbditos, los cuales lo fueron obsequiando con músicas durante el viaje. Decían que cerca de la ciudad de Cuauhtitlan, arrojó piedras á un arbol, quedando todas ellas clavadas en el tronco; y que cerca de

Tlalnepantla estampó su mano en una piedra, la cual enseñaban los Mexicanos á los españoles despues de la conquista. Cuando llegó á Cholula, lo detuvieron aquellos habitantes, y le confiaron las riendas del gobierno. Contribuyó mucho á la estimacion que de él hacian los Cholultecas, ademas de la integridad de su vida y de la suavidad de sus modales, la aversion que mostraba á toda especie de crueldad, tanto que no podia oír hablar de guerra. A él debían los Cholultecas, segun sus tradiciones, el arte de la fundicion, on que tanto se distinguieron despues; las leyes con que desde entónces se gobernaron los ritos y las ceremonias de su religion, y segun otros, el arreglo del tiempo y el calendario.

Despues de haber estado veinte años en Cholula, determinó continuar su viaje al reino imaginario de Tlapallan, conduciendo consigo cuatro nobles y virtuosos jóvenes. En la provincia marítima de Coatzacoalco los despidió, y por su medio mandó decir á los Cholultecas que estuviesen seguros de que dentro de algun tiempo volveria á regirlos y consolarlos. Los Cholultecas dieron á aquellos jóvenes el gobierno, en consideracion al cariño que les profesaba Quetzalcoatl, de los cuales unos contaban que habían desaparecido, otros que había muerto en la costa: Como quiera que sea, aquel personaje fué consagrado dios por los Toltecas de Cholula, y constituido protector principal de su ciudad, en cuyo centro le construyeron un alto monte, y sobre él un santuario. Otro monte con su templo le fué despues erigido en Tula. De Cholula se propagó su culto por todos aquellos paises, donde era venerado como dios del aire. Tenia templos en México y en otros lugares: aun algunas naciones enemigas de Cholula tenían en aquella ciudad templos y sacerdotes dedicados á su culto, y de todas partes acudían allí gentes en romería, á hacerle oracion, y á cumplir votos. Los Cholultecas conservaban con suma veneracion unas piedrecillas verdes, bien labradas, que decían habían pertenecido á su númen favorito. Los Yucate-

cos se gloriaban de que sus señores desecundian de Quetzalcoatl. Las mugeres estériles se encomendaban á él para obtener la fecundidad. Eran grandes y célebres las fiestas que se le hacian, especialmente en Cholula en el *Tcozihuilitl*, ó año divino, á las que precedía un rigoroso ayuno de ochenta dias, y espantosas austeridades de los sacerdotes consagrados á su culto. Decían que Quetzalcoatl barría el camino al dios de las aguas, porque en aquellos paises precede siempre el viento á la lluvia.

El Dr. Sigüenza creyó que Quetzalcoatl era el apóstol Santo Tomas, que predicó el Evangelio en aquellos paises. Publicó esta opinion con erudicion exquisita en una obra que, como otras muchas suyas, todas apreciables, se perdió por descuido de sus herederos (1). En ella comparaba los dos nombres *Didymos* y *Quetzalcoatl* (2), los hábitos de aquellos dos personajes, sus doctrinas, sus predicciones; examinaba los sitios por donde transitaron, las trazas que dejaron en ellos, y los portentos que publicaron sus discípulos. Como no he tenido ocasion de examinar aquellos manuscritos, me abstengo de hablar de semejante opinion, á la cual diré sin embargo, que no puedo conformarme, á pesar del respeto con que miro á su autor, tanto por su sublime ingenio, como por su vasta literatura.

Muchos escritores de las cosas de México han creído que algunos siglos ántes de la llegada de los españoles, había sido predicado el Evangelio en América. Fúndanse en las cruces que se han hallado en diversos

(1) De esta obra de Sigüenza hacen mención Betancourt en su *Teatro Mexicano*, y el Dr. Eguara en su *Biblioteca Mexicana*.

(2) Botancourt, comparando los dos nombres de *Didymos* y *Quetzalcoatl*, dice que este se compone de *Coatl*, gemelo, y de *Quetzalli*, piedra preciosa, y que significa *gemelo precioso*. Pero Torquemada, que sabía perfectamente el mexicano, y que había recibido de los antiguos la interpretacion de aquellos nombres, dice que *Quetzalcoatl* quiere decir sierpe armada de plumas. En efecto, *Coatl* significa propriamente sierpe, y *Quetzalli*, pluma verde; así que, solo se aplican metafóricamente al gemelo y á la joya.

sitios y tiempos, en aquellos países, y que parecen hechas antes de la llegada de los conquistadores (1); en el ayuno de cuarenta días que observaban muchos pueblos del Nuevo-Mundo (2); en la tradición de la futura llegada de gente estrangera y barbuda (3), y en las pisadas humanas, impresas en algunas piedras, que se atribuyen al apóstol Santo Tomas (4). Yo no he sido nunca de semejante opinion; pero el exámen de este punto exige una obra muy distinta de la presente.

DIOSES DE LOS MONTES, DEL AGUA, DEL FUEGO, DE LA TIERRA, DE LA NOCHE Y DEL INFIERNO.

Tlaloc, ó *Tlalocateuctli*, señor del paraíso,

(1) Son célebres entre otras las cruces de Yucatan, de la Mixteca, de Querétaro, de Tepic y de Tlanquiztepec. De la de Yucatan habla el P. Coggollado, franciscano, en el libro II, cap. XII de su *Historia*. De la de la Mixteca, el P. Burgoa, dominicano, en su *Crónica*, y Boturini en su obra. De la de Querétaro escribió un religioso franciscano del colegio de *Propaganda* de aquella ciudad, y de la de Tepic, el docto jesuita Sigismundo Tarabal, cuyos manuscritos se conservan en el colegio de jesuitas de Guadalajara. La de Tlanquiztepec fué descubierta por Boturini, que habla de ella en su obra. Las cruces de Yucatan eran adoradas por aquellos habitantes, en virtud, segun dicen, de las doctrinas de su profeta Chilam Cambal, el cual les dijo que cuando viniesen de Levante ojerosos hombres barbudos, y los vieses adorar aquel leño, abrazarian su doctrina. De todos estos monumentos hablaré en la *Historia Eclesiástica de México*, si Dios favorece mis designios.

(2) El ayuno de cuarenta días no prueba nada; pues igualmente se observaba el de tres, cuatro, cinco, veinte, ochenta, ciento sesenta días, y aun el de cuatro años, como despues veremos: el de cuarenta días no era el mas comun.

(3) En el libro V he dicho mi opinion sobre los presagios de la llegada de los españoles. Si se han realizado las profecías de Chilam Cambal, pudo, sin ser cristiano, estar iluminado por Dios, para anunciar el cristianismo, como Balaam lo fué para anunciar el nacimiento del Redentor.

(4) Tambien se encuentran impresas en la piedra pisadas de animales. No se sabe qué objeto se propusieron los que se dedicaron á esculpir estas representaciones.

era el dios del agua. Llamábanlo fecundador de la tierra, y protector de los bienes temporales, y creian que residia en las mas altas montañas, donde se forman las nubes, como las de Tlaloc, Tlaxcala y Toluca; por lo cual muchas veces iban á aquellos sitios á implorar su proteccion. Cuentan los historiadores nacionales que habiendo llegado á aquel país los Acolhuas, en el tiempo del primer rey chichimeca Xolotl, hallaron en la cima del monte Tlaloc, un ídolo de este dios, hecho de piedra blanca bastante ligera, que tenia la forma de un hombre sentado sobre una piedra cuadrada, con una vasija delante, llena de resina elástica y de toda especie de semillas, y todos los años repetian esta oblation, en accion de gracias por las cosechas que habian recogido. Este ídolo se creia el mas antiguo de todos los de aquella tierra, pues fué colocado por los antiguos Toltecas, y allí estuvo hasta fines del siglo XV, ó principios del XVI: en cuyo tiempo Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, para conciliarse la benevolencia de sus súbditos, lo quitó de aquel sitio, y colocó en él otro ídolo de piedra negra muy dura; pero habiendo sido desfigurado por un rayo, y diciendo los sacerdotes que era castigo del cielo, fué vuelta á colocar la estatua antigua, y allí se conservó, en posesion de su culto, hasta que, promulgado el Evangelio, se hizo pedazos por órden del primer obispo de México.

Creian tambien los antiguos que en todos los montes habia otros dioses, subalternos de Tlaloc. Todos ellos tenian el mismo nombre, y eran venerados, no solo como dioses de los montes, sino tambien como del agua. El ídolo de Tlaloc estaba pintado de azul y de verde, para significar los diversos colores que se ven en el agua. Tenia en la mano una vara de oro, espiral y aguda, con la que significaban el rayo. Tenia un templo en México, dentro del recinto del mayor, y los Mexicanos le hacian muchas fiestas al año.

Chalchiuhqueye, ó *Chalchihuitlicue*, diosa de las aguas, y compañera de Tlaloc. Era

conocida con otros nombres espresivos (1), que ó significaban los diversos efectos que causan las aguas, ó los colores que forman con su movimiento. Los Tlaxcaltecas la llamaban *Matlacueye*, es decir, vestida de azul, y el mismo nombre daban á la altísima montaña de Tlaxcala, en cuya cima se forman nubes tempestuosas, que por lo comun van á descargar hácia la Puebla de los Angeles. A aquellas alturas iban los Tlaxcaltecas para hacer sacrificios y oraciones. Esta es la misma diosa del agua, á la que da Torquemada el nombre de *Xochiquetzal*, y Boturini el de *Macuilxochiquetzalli*.

Giuhuectli, señor del año y de la yerba, era en aquellas naciones el númen del fuego, al que daban tambien el nombre de *Icozauhqui*, que espresa el color de la llama. Era muy reverenciado en el imperio mexicano. En la comida le ofracion el primer bocado de cada manjar, y el primer sorbo de la bebida, echando uno y otro al fuego, y en ciertas horas del día quemaban incienso en su honor. Le hacian cada año dos fiestas fijas muy solemnes: una en el sétimo, y otra en el decimosétimo mes; ademas una fiesta movable, en que se nombraban los magistrados ordinarios, y se renovaba la investidura de los feudos del reino. Tenia templo en México y en otras muchas partes.

Centeotl, diosa de la tierra y del maíz. Llamábanla tambien *Tonacayohua* (2), es decir, la que nos sustenta. En México tenia cinco templos, y se le hacian tres fiestas en los meses tercero, octavo y undécimo; pero ninguna nacion la reverenció tanto como los Totonacas que la veneraban como su principal protectora, y le edificaron un templo en la cima de un alto monte, servido por muchos

[1] *Apozotlotl* y *Acuecueyotl*, espresan la hinchazon y vacilacion de las olas: *Atlacamani*, las tempestades excitadas en el agua: *Ahuic* y *Ayah*, sus movimientos hácia una á otra parte: *Xixiquipilihui*, el ascenso y descenso de sus olas &c.

[2] Dábanlo tambien los nombres de *Tzinleotl* (diosa original), y los de *Xilonen*, *Ixtacacenteotl* y *Tlatlahuicenteotl*, mudando el nombre segun el estado del maíz.

sacerdotes esclusivamente consagrados á su culto. La miraban con gran afecto, porque creian que no gustaba de víctimas humanas, sino que se contentaba con el sacrificio de tórtolas, codornices, conejos y otros animales, que le inmolaban en gran cantidad. Esperaban que ella los libertaria finalmente del tiránico yugo de los otros dioses, los cuales los obligaban á sacrificarle tantos hombres. Pero los Mexicanos eran de distinta opinion, y en sus fiestas derramaban mucha sangre humana. En el referido templo de los Totonacas habia un oráculo de los mas famosos de aquel país.

Mictlantecutli, dios del infierno, y *Mictlancthuall* su compañera, eran muy célebres entre los Mexicanos. Creian, como ya hemos dicho, que estos númenes residian en un sitio oscurísimo que habia en las entrañas de la tierra. Tenian templo en México, y su fiesta se celebraba en el mes decimosétimo. Hacíanles sacrificios y oblationes nocturnas, y el ministro principal de su culto era un sacerdote llamado *Tliltliltlenamacac*, el cual se pintaba de negro para desempeñar las funciones de su empleo.

Xoaltencutli, dios de la noche, era, segun creo, el mismo *Mezli*, ó la luna. Otros dicen que era el *Tonatinuh*, ó sol, y otros que era un númen diferente de aquellos dos. A esta divinidad encomendaban sus hijos para que les diese sueño.

Xoalticilli, médico nocturno, diosa de las cunas, á quien tambien encomendaban los niños, para que cuidase de ellos durante la noche.

DIOSES DE LA GUERRA.

Huitzilopochtli, ó *Mezilli*, dios de la guerra, era el númen mas célebre de los Mexicanos, y su principal protector (1). De este

[1] *Huitzilopochtli* es un nombre compuesto de dos, á saber: *Huitzilin*, nombre del hermoso pajarillo llamado *chupañor*, y *opochtli*, que significa *sinistro*. Llamóse así, porque su ídolo tenia en el pié izquierdo unas plumas de aquella ave. Boturini, que no era muy instruido en la lengua mexicana, deduce aquel nombre de *Huitziton*, conductor de Mexicanos en sus peregrinaciones, y afirma que aquel conductor no

númen decían algunos que era puro espíritu, y otros que había nacido de muger, pero sin cooperación de varón, y contaban de este modo el suceso: vivía en Coatepec, pueblo inmediato á la antigua ciudad de Tula, una muger inclinadísima al culto de los dioses, llamada Coatlicue, madre de Centzonhuiznahui. Un día en que, según su costumbre, se ocupaba en barrer el templo, vió bajar del cielo una bola formada de plumas: tomóla y guardóla en el seno, queriendo servirse de las plumas para adorno del altar; pero cuando la buscó después de haber barrido, no pudo dar con ella, de lo que se maravilló mucho, y más cuando se sintió embarazada. Continuó el embarazo, hasta que lo conocieron sus hijos, los cuales, aunque no sospechaban de su virtud, temiendo la afrenta que les resultaría del parto, determinaron evitarlo dando muerte á su madre. Ella tuvo noticias de su proyecto, y quedó sumamente afligida; pero de repente oyó una voz que salía de su seno, y que decía: "No tengáis miedo, madre, que yo os salvaré con honor vuestro y gloria mía." Iban ya los desapiadados hijos á consumir el crimen, conducidos y alentados por su hermana Coyolxauhqui, que había sido la más empeñada en la empresa, cuando nació Huitzilopochtli, con un escudo en la mano izquierda, un dardo en la derecha y un penacho de plumas verdes en la cabeza; la cara listada de azul, la pierna izquierda adornada de plumas, y listados también los muslos y los brazos. Inmediatamente que salió á luz, hizo aparecer una serpiente de pino, y mandó á un soldado suyo, llamado Tochancalqui, que con ella matase á Coyolxauhqui, por haber sido la más culpable, y él se arrojó á los otros hermanos con tanto ímpetu, que á pesar de sus esfuerzos, sus armas y sus ruegos,

era otro que aquella divinidad; pero además de que la etimología es muy violenta, esta supuesta identidad es desconocida por los Mexicanos, los cuales, cuando empezaron su romería, conducidos por Huitziton, adoraban ya de tiempo inmemorial aquel númen guerrero. Los españoles, no pudiendo pronunciar el nombre de Huitzilopochtli, decían *Huitzilobos*.

todos fueron muertos, y sus casas saqueadas, quedando los despojos en poder de la madre. Este suceso consternó á todos los hombres, que desde entonces lo llamaron *Tetzahuitl* (espanto), y *Tetzauhcoatl*, dios espantoso.

Encargado de la protección de los Mexicanos aquel númen, según ellos decían, los condujo en su peregrinación, y los estableció en el sitio en que después se fundó la gran ciudad de México. Allí erigieron aquel soberbio templo, que fué tan celebrado aun por los mismos españoles, en el cual cada año hacían tres solemnísimas fiestas, en los meses nono, quinto y decimoquinto, además de las que celebraban de cuatro en cuatro, de trece en trece años, y al principio de cada siglo. Su estatua era gigantesca, y representaba un hombre sentado en un banco azul, con cuatro ángulos, de cada uno de los cuales salía una gran serpiente. Su frente era también azul, y la cara estaba cubierta de una máscara de oro, igual á otra que le cubría la nuca. Sobre la cabeza tenía un hermoso penacho de la forma de un pico de pájaro; en el cuello una gargantilla compuesta de diez figuras de corazones humanos; en la mano derecha un bastón espiral y azul, y en la izquierda un escudo, en que había cinco bolas de plumas, dispuestas en forma de cruz. De la parte superior del escudo se alzaba una banderola de oro con cuatro flechas, que según los Mexicanos, le habían sido enviadas del cielo, para ejecutar aquellas gloriosas acciones que hemos visto en la historia. Tenía al cuerpo rodeado de una gran serpiente de oro, y salpicado de muchas figurillas de animales, hechas de oro y piedras preciosas. Cada uno de aquellos adornos ó insignias tenía su significación particular. Cuando determinaban los Mexicanos hacer la guerra, imploraban la protección de aquella divinidad con oraciones y sacrificios. Era el dios á que se sacrificaba mayor número de víctimas humanas.

Tlacahuepan-Cuexcoztin, otro dios de la guerra, hermano menor y compañero de Huitzilopochtli. Su ídolo era venerado con

el de este en el principal santuario de México; pero en ninguna parte se le daba más culto que en la capital de Texcoco.

Painallon, veloz ó apresurado. Dios de la guerra, y teniente de Huitzilopochtli. Invocabánclo en los casos repentinos de guerra, como al otro después de declarada en virtud de una séria deliberación. En semejantes ocasiones iban los sacerdotes corriendo por todas las calles de la ciudad, con la imagen del dios, que se veneraba con las de los otros dioses guerreros. Llamábanlo á gritos, y le hacían sacrificios de codornices y de otros animales. Todos los militares estaban entonces obligados á tomar las armas en defensa de la ciudad.

DIOS DEL COMERCIO, DE LA CAZA, DE LA PESCA & C.

Xacateuelli, el señor que guta. Dios del comercio, á quien hacían los Mexicanos dos grandes fiestas anuales, en el templo que tenía en la capital: una en el mes nono, y otra en el decimoséptimo, con muchos sacrificios de víctimas humanas y magníficos banquetes.

Mixcoatl, diosa de la caza, y númen principal de los Otomites, los cuales por vivir en los montes, eran casi todos cazadores. Honrábanclo también con culto especial los Matlatzincas. En México tenía dos templos, y en uno de ellos, llamado *Teollalpan*, le hacían, en el mes decimocuarto, una gran fiesta y sacrificios de animales montaraces.

Opochtli, dios de la pesca. Creíanlo inventor de la red y de los otros instrumentos de pesca, por lo que los pescadores lo veneraban como á protector. En Cuicuilauac, ciudad situada en una islilla del lago de Chalco, habla un dios de la pesca, llamado *Aminitl*, que quizás era el mismo *Opochtli* con distinto nombre.

Huitlocihuatl, dios de la sal, célebre entre los Mexicanos, por las salinas que tenían á poca distancia de la capital. Hacíanle una fiesta en el sétimo mes

Tzapotlatenan, diosa de la medicina. La creían inventora del aceite llamado *Oxill*, y de

los otros remedios. Honrábanclo anualmente con sacrificios de víctimas humanas, y con himnos compuestos en su honor.

Tezcatzoncall, dios del vino, á quien daban otros nombres análogos á los efectos del vino, como *Tequechmecaniani*, el que ahorca, y *Teatlahuiani*, el que anega. Tenía templo en México, en que había cuatrocientos sacerdotes consagrados á su culto, y donde cada año hacían en el mes decimotercero, una fiesta á él y á los otros dioses sus compañeros.

Ixtlilton, el que tiene la cara negra, parece haber sido también dios de la medicina; por que llevaban á su templo niños enfermos, á fin de que los curase. Presentábanlos los padres, y los hacían bailar delante del ídolo, si se hallaban en estado de hacerlo, dictándoles las oraciones que debían decir para pedir la salud: después les hacían beber un agua que los sacerdotes bendecían.

Coatlicue, ó *Coatlantona*, diosa de las flores. Tenía en la capital un templo llamado *Topico*, donde le hacían fiesta los Xochimiquescos, ó mercaderes de flores, en el mes tercero, que caía justamente en la primavera. Entre otras cosas le ofrecían ramos de flores primorosamente entretejidos. No sabemos si estadiosa era la misma que algunos creían madre de Huitzilopochtli.

Tlazoteotl, era el dios que invocaban los Mexicanos para obtener el perdón de sus culpas, y evitar la infamia que de ellas resultaba. Los principales devotos de esta divinidad eran los hombres lascivos, que con oblações y sacrificios imploraban su protección. Boturini dice que este númen era la Venus impudica y plebeya, y *Macuilxochiquetzalli*, la Venus prouba; pero lo cierto es que los Mexicanos no atribuyeron nunca á sus divinidades los vergonzosos efectos con que los griegos y los romanos infamaron á su Venus.

Xipe es el nombre que dan los historiadores al dios de los plateros (1), el cual esta-

[1] Xipe no significa nada. Creo que los escritores españoles, ignorando el nombre mexicano de es-

ha en gran veneracion en México; porque creian que todos los que descuidaban su culto, debian ser castigados con sarna, postemas, y otras enfermedades en la cabeza y en los ojos. Eran muy crueles los sacrificios que le hacian en su fiesta, la cual se celebraba en el segundo mes.

Nappatcuclli, cuatro veces señor, era el dios de los alfareros. Decian que era benigno, fácil en perdonar las injurias que se le hacian, y muy liberal para con todos. Tenia dos templos en México, donde le hacian una fiesta en el mes decimotercio.

Omaccall era el dios de los regocijos. Cuando los señores Mexicanos daban algun convite, ó celebraban alguna fiesta, sacaban del templo la imágen de este dios, y la ponian en el sitio de la reunion, creyendo que se esponian á una desgracia, si dejaban de hacerlo.

Tonantzin, nuestra madre, era, segun creo, la misma diosa Centeotl, de que ya he hablado. Su templo estaba en un monte, á tres millas de México, hácia el Norte, y á él acudian de tropel los pueblos á venerarla con un número estraordinario de sacrificios. En el dia está al pié del mismo monte el mas famoso santuario del Nuevo-Mundo, dedicado al verdadero Dios, á donde van gentes de los países mas remotos, á venerar la celebrísima y prodigiosa imágen de la Virgen Santísima de Guadalupe, trasformándose en propiciatorio aquel lugar de abominacion, y difundiendo abundantemente sus gracias el Señor en favor de los hombres, en el sitio bañado con la sangre de sus abuelos.

Tetcoinan era la madre de los dioses, como su nombre lo indica; pero como los Mexicanos se creian hijos de los dioses, la llamaban tambien *Tocitzin*, que quiere decir nuestra abuela. Del origen y del apoteosis de este falso númen he hablado ya en otra parte, á propósito de la trágica muerte de la princesa de Acolhuacan. Tenia un templo en México, y su fiesta se celebraba solemnísimamente en el mes undécimo. Los Tlax-

te dios, le dieron el de su fiesta Xipchualiztli, tomando tan solo las dos primeras sílabas.

caltecas le daban un culto particular, y las lavanderas la miraban como á su protectora. Casi todos los escritores españoles confunden á Tetcoinan con Tonantzin; pero son realmente distintas.

Ilamateuclli, á quien hacian fiesta el dia tercero del mes decimoséptimo, parece haber sido la diosa de las viejas. Su nombre significa *señora vieja*.

Tepitoton, pequeñitos, era el nombre que daban á los Penates, ó dioses domésticos, y á los ídolos que los representaban. De estos debian tener seis en sus casas los reyes y los caudillos; cuatro los nobles, y dos los plebeyos. En los caminos y calles los habia con profusion.

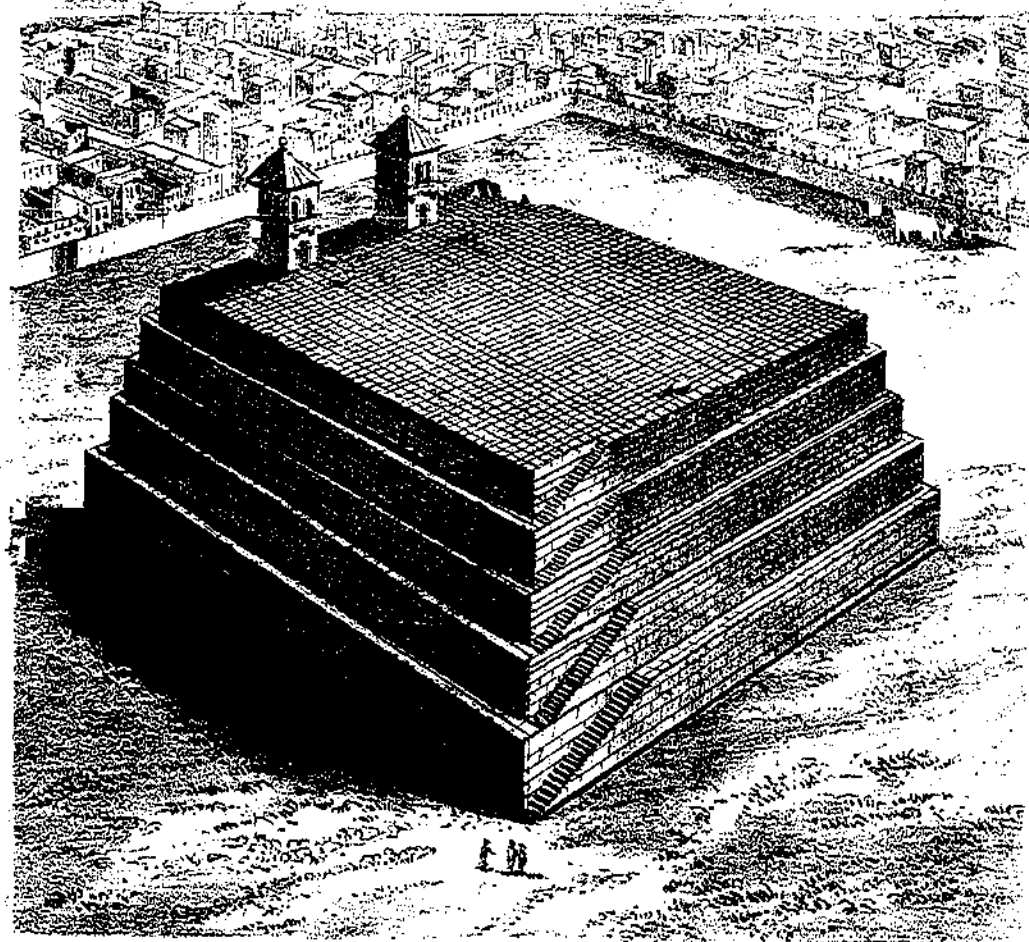
Ademas de estos dioses, que eran los mas notables, y otros que omito, por no cansar á los lectores, tenian doscientos y sesenta, á los que se consagraban otros tantos dias del año, dando á cada dia su nombre correspondiente. Estos nombres son los que se ven en los primeros trece meses del calendario.

Las otras naciones de Anáhuac tenian casi los mismos dioses que los Mexicanos: solo variaban en las solemnidades, en los ritos y en los nombres. El númen mas celebrado en México era Huitzilopochtli; en Cholula y en Huexotzincó, Quetzalcoatl; entre los Totonacas, Centeotl, y entre los Otomites, Mixcoatl. Los Tlaxcaltecas, aunque rivales eternos de los Mexicanos, adoraban las mismas divinidades que ellos: su dios favorito era tambien Huitzilopochtli, pero con el nombre de *Camaxtle*. Los texcocanos, como amigos, confederados y vecinos de los Mexicanos, se conformaban con ellos en todo lo relativo al culto.

ÍDOLOS, Y MODO DE REVERENCIAR A LOS DIOS.

Las representaciones ó ídolos de aquellas divinidades, que se veneraban en los templos, en las casas, en los caminos y en los bosques, eran infinitos. El señor Zumarraga, primer obispo de México, asegura que los religiosos franciscanos habian hecho pedazos, en el espacio de ocho años, mas de





EL TEMPLO MAYOR DE MEXICO.

veinte mil ídolos; pero este número es pequeño con respecto á los que habia tan solo en la capital. Las materias de que ordinariamente se hacían, eran barro, algunas especies de piedra y madera; pero los formaban tambien de oro y otros metales, y aun algunos de piedras preciosas. Benedicto Fernandez, célebre misionero dominicano, halló en un altísimo monte de Achiuulala, en Mixteca, un ídolo llamado por aquellos pueblos *Corazon del pueblo*. Era una preciosísima esmeralda, de cuatro dedos de largo y dos de ancho, en que estaba esculpida la figura de un pajarillo, rodeado de una serpiente. Los españoles que lo vieron, ofrecieron por él mil y quinientos pesos; pero el celoso misionero lo redujo á polvo, con grande aparato, y en presencia de todo el pueblo. El ídolo mas extraordinario de los Mexicanos era el de Huitzilopochtli, que hacían con algunos granos, amasados con sangre de las víctimas. La mayor parte de los ídolos eran feos y monstruosos, por las partes extravagantes de que se componian, para representar los atributos y funciones de los dioses simbolizados en ellos.

Reconocian la falsa divinidad de aquellos nùmenes, con ruegos, genuflexiones y posturas, con ayunos y otras austeridades, con sacrificios y oraciones, y con otros rites, en parte comunes á otros pueblos, y en parte propios esclusivamente de su religion. Les rezaban comunmente de rodillas, y con el rostro vuelto á Levante, y por esto edificaban la mayor parte de sus santuarios con la puerta á Poniente. Les hacían votos para sí mismos y para sus hijos, y uno de ellos solia ser el de consagrar estos al servicio de los dioses en algun templo ó monasterio. Los que peligraban en algun viaje, ofrecían ir á visitar el templo de Omacatl, y ofrecerle sacrificios de incienso y papel. Valíanse del nombre de algun dios para asegurar la verdad. La fórmula de sus juramentos era esta: „¿*Quix amo nechilla in Tolcolzin?*” „¿Por ventura no me está viendo nuestro dios?” Cuando nombraban al dios principal ó á otro cualquiera de su especial devo-

cion, se besaban la mano, despues de haber tocado con ella la tierra. Este juramento era de gran valor en los tribunales, para justificarse de haber cometido algun delito; pues creían que no habia hombre tan temerario que se atreviese á abusar del nombre de dios, sin evidente peligro de ser gravísimamente castigado por el cielo.

TRASFORMACIONES.

No faltaban en aquella mitología metamorfosis ó trasformaciones. Entre otras contaban que habiendo emprendido un hombre llamado *Napan* hacer penitencia en un monte, tentado por una mujer, cometió adulterio; por lo cual lo decapitó inmediatamente Xaotl, á quien los dioses habian dado el encargo de velar sobre la conducta de *Napan*. Este fué trasformado en escorpion negro. No contento Xaotl con aquel castigo, persiguió tambien á su mujer *Tlahuitzin*, la cual fué trasformada en escorpion rubio, y el mismo Xaotl, por haber traspasado los límites de su encargo, quedó convertido en langosta. A la vergüenza de aquel delito atribuyen la propiedad del escorpion de huir de la luz, y de esconderse entre las piedras.

EL TEMPLO MAYOR DE MEXICO.

Tenian los Mexicanos y los otros pueblos de Anáhuac, como todas las naciones cultas del mundo, templos, ó lugares destinados al ejercicio de su religion, donde se reunían para tributar culto á sus dioses, ó implorar su proteccion. Llamaban al templo *Teocalli*, es decir, casa de dios, y *Teopan*, lugar de dios; cuyos nombres, despues que abrazaron el cristianismo, dieron con mayor propiedad á los templos erigidos en honor del verdadero Dios.

La ciudad y el reino de México empezaron por la fábrica del templo de Huitzilopochtli, ó sea *Mexitli*, de donde tomó su nombre la ciudad. Este edificio fué desde luego una pobre cabaña. Amplióla Itzcoatl, primer rey conquistador de aquella nacion, despues de la toma de Azcapozalco. Su sucesor, Motuczoma I, fabricó un nuevo

templo, en que habia algunos indicios de magnificencia. Finalmente, Ahuitzotl construyó y dedicó aquel vasto edificio que habia sido planteado por su antecesor Tizoc. Este fué el santuario que tanto celebraron los españoles despues de haberlo arruinado. Quisiera que hubiera sido tanta la exactitud que nos dejaron de sus medidas, como su celo en echar por tierra aquel soberbio monumento de la supersticion; pero escribieron con tanta variedad, que despues de haberme fatigado en comparar sus descripciones, no he podido adquirir datos seguros sobre sus medidas: ni hubiera podido formarme idea de la arquitectura de aquella obra, si no fuera por la imágen que nos presenta á la vista el conquistador anónimo, cuya copia doy á mis lectores, aunque en las medidas me conformo mas con su descripcion que con su dibujo. Daré lo mas verosímil que he podido sacar de la confrontacion de cuatro testigos oculares, omitiendo lo dudoso, para no sobrecargar la imaginacion con datos inútiles (1).

[1] Los cuatro testigos oculares, cuyas descripciones he comparado, son el conquistador Cortés, Bernal Diaz, el conquistador anónimo y Sahagun. Los tres primeros vivieron muchos meses en el palacio del rey Axayacatl, cerca del templo, y á cada instante lo veian. Sahagun, aunque no lo alcanzó entero, vió una parte de él, y pudo reconocer el sitio que ocupaba. Gomara, aunque no estuvo en México, recogió noticias de los que se habian hallado en la conquista. Acosta, cuya descripcion copiaron Herrera y Solís, en lugar de hablar del templo mayor, habla de otro muy diferente. Este autor, aunque digno de fe en muchas cosas, no estuvo en México, sino sesenta años despues de la conquista, cuando ya no existia el templo. En una edicion holandesa de Solís, se publicó un dibujo del templo mayor, sumamente inexacto, el cual sin embargo copiaron despues los autores de la *Historia General de los Viajes*, y se halla tambien en una edicion de las *Cartas de Cortés*, hecha en México en 1770; pero para que se vea el descuido de los editores, compárese la relacion de este caudillo con el dibujo. Cortés dice en su primera carta (aunque hiperbólicamente) que el templo mayor de México era mas alto que la torre de la catedral de Sevilla, y en el dibujo apenas tiene seis ú ocho toesas de altura. Cortés dice que en el atrio superior del templo se fortificaron quinientos nobles Mexica-

Ocupaba este gran templo el centro de la ciudad, y comprendia, con otros templos y edificios anexos, todo el sitio que hoy ocupa la iglesia catedral, parte de la plaza mayor, parte de las calles y casas de las inmediaciones. El muro que rodeaba aquel lugar, formando un cuadro, era tan grande, que dentro de su recinto cabia, segun el mismo Cortés, un pueblo de quinientos hogares (1). Este muro, fabricado de piedra y cal, era bastante grueso, tenia ocho piés de alto, y lo coronaban unos merlones, con adornos de figuras de piedra á modo de serpientes. Tenia cuatro puertas, que miraban á los cuatro puntos cardinales. En la del lado de Oriente empezaba un ancho camino que conducia al lago de Texcoco: las otras tres miraban á las tres principales calles de la ciudad, las mas largas y derechas; las cuales comunicaban con las calzadas del lago, por las que se iba á Iztapalapan, Tacuba y Tepeyacanc. Sobre cada puerta habia una armería, abundantemente provista de toda clase de armas ofensivas y defensivas, á donde, en caso de necesidad, acudian á armarse las tropas.

El patio, que estaba dentro del recinto exterior del muro, estaba curiosamente empedrado de piedras tan lisas y bruñidas, que no podian dar un paso en ellos los caballos de los españoles, sin resbalar y caer. En medio del patio se alzaba un vasto edificio cua-

nos, y en el espacio que representa el dibujo apenas podrian caber sesenta ú ochenta hombres. En fin; y dejando otras muchas contradicciones, Cortés dice que el templo tenia de tres á cuatro cuerpos, con sus corredores ó terrados, y en el dibujo no se ve mas que un cuerpo sin corredores.

[1] El conquistador anónimo dice que lo que habia en el recinto del templo parecia una ciudad. Gomara dice que el largo de cada costado era como un grandísimo tiro de ballista. Torquemada, despues de haber repetido lo mismo, dice que el circuito del muro, era de tres mil pasos; lo que evidentemente es falso. El Dr. Hernandez en su prolija relacion de aquel templo, que se conserva MS. en la biblioteca del Escorial, y de la cual se sirvió Nieremberg en su *Historia Natural*, da á cada lado del muro doscientas brazas toledanas, que son cerca de ochenta y seis toesas.

drilongo (1), todo macizo, revestido de ladrillos cuadrados ó iguales, y compuesto de cinco cuerpos, casi iguales en la altura, pero desiguales en longitud y latitud, pues los mas altos eran menores que los inferiores. El primero, ó base del edificio, tenia, de Levante á Poniente, mas de cincuenta toesas, y cerca de cuarenta y tres de Norte á Mediodía (2). El segundo era de una toesa menos largo que el inferior, y de otra ménos de ancho: los otros iban disminuyendo en las mismas proporciones; de modo que sobre cada cuerpo habia un espacio ó corredor abierto, por el cual podian andar tres y aun cuatro hombres de frente, girando en torno del cuerpo superior.

Las escaleras, que estaban hácia Mediodía, eran de piedras grandes, bien trabajadas, y constaban de ciento catórec escalones, cada uno del alto de un pié. No era una sola escalera continuada, como la representan los autores de la *Historia General de los Viajes*, y los editores mexicanos de las *Cartas de Cortés*; sino que habia tantas escaleras, cuantos eran los cuerpos del edificio, como se ve en este grabado: así que, subida la primera escalera, no se podia subir á la segunda, sin dar una vuelta por el primer corredor, en torno del segundo cuerpo; ni subida la segunda, se podia llegar á la tercera, sin dar la vuelta por el segundo corredor, en rededor del tercer cuerpo, y así de los demas. Esto se entenderá mejor viendo la estampa adjunta, copiada del dibujo del conquistador anónimo, aunque enmendada,

[1] Sahagun dice que el edificio era un cuadro perfecto; pero el anónimo, tanto en la descripcion como en el dibujo, lo representa cuadrilongo, y así eran los templos de Teotihuacan, que sirvieron de modelos á todos los otros.

[2] Sahagun da trececientos sesenta piés toledanos á cada uno de los costados del primer cuerpo; pero esta medida solo se debe aplicar al largo. Gomara le da cincuenta brazas, y esta es la medida del ancho. Trececientos sesenta piés toledanos hacen trececientos ocho de París, ó poco mas de cincuenta toesas. Cincuenta brazas hacen doscientos cincuenta y siete piés de París, ó casi cuarenta y dos toesas.

por lo que hace á las medidas, con los datos de él mismo y de otros escritores (1).

Sobre el quinto y último cuerpo habia una plataforma, mejor llamada atrio superior, de cuarenta toesas de largo (2) y treinta y cuatro de ancho, la cual estaba tan bien empedrada como el patio ó atrio inferior. En la estremidad oriental de aquel espacio se alzaban dos torres á la altura de cincuenta y seis piés, ó poco mas de nueve toesas. Cada una estaba dividida en tres cuerpos; el inferior de piedra y cal, y los otros dos de madera, bien trabajada y pintada. El cuerpo inferior, ó base, era propiamente el santuario donde, sobre un altar de piedra de cinco piés de alto, estaban colocados los ídolos tutelares. Uno de estos santuarios estaba consagrado á Huitzilopochtli y á los otros dioses de la guerra, y el otro á Tezontlipoca. Los otros cuerpos servian para guardar los utensilios necesarios al culto de los ídolos, y las cenizas de algunos reyes y señores, que por devocion particular lo hubian dejado dispuesto así. Los dos santuarios tenian la puerta á Poniente, y las dos torres terminaban en hermosas cúpulas de madera; pero ningun autor habla del adorno y disposicion interior de los santuarios, como tampoco del grueso de las torres. El representado en la estampa es el que yo conjeturo mas probable. Lo que puedo asegurar, sin temor de errar, es que la altura del edificio no era menos de diez y nueve toesas, y con la de las torres pasaba de veintiocho. Desde aquella elevacion se alcanzaba á ver el lago, las ciudades que lo rodeaban, y una gran parte del

[1] Una copia del dibujo del anónimo se halla en la coleccion de Juan Ramusio, y otra en la obra del P. Kirker, *Oedipus Aegyptiacus*.

[2] Sahagun, cuyas medidas adoptó Torquemada, no da al atrio superior mas de setenta piés toledanos en cuadro, que son diez toesas; mas no es posible que en tan estrecho espacio combatesen contra los españoles quinientos nobles Mexicanos, como afirma Cortés, y mucho ménos si damos fe á Bernal Diaz, que dice que los Mexicanos fortificados en aquel punto eran cuatro mil, ademas de algunas compañías que estaban abajo cuando subieron los nobles.

valle; lo que formaba, según los testigos oculares, un golpe de vista de incomparable hermosura.

En el atrio superior estaba el altar de los sacrificios ordinarios, y en el inferior el de los sacrificios gladiatorios. Delante de los dos santuarios habia dos hogares de piedra, de la altura de un hombre, y de la figura de las piscinas de nuestras iglesias, en los cuales de día y de noche se mantenía fuego perpetuo, que atizaban y conservaban con la mayor vigilancia, porque creían que si llegaba á extinguirse, sobrevendrían grandes castigos del cielo. En los otros templos y edificios religiosos, comprendidos en el recinto del muro exterior, habia hasta seiscientos hogares del mismo tamaño y forma, y en las noches en que todos se encendían, formaban un vistoso espectáculo.

EDIFICIOS ANEXOS AL TEMPLO MAYOR.

En el espacio que mediaba entre el muro exterior y el templo, además de una plaza para los bailes religiosos, habia más de cuarenta templos menores, consagrados á los otros dioses, algunos colegios de sacerdotes, seminarios de jóvenes de ambos sexos, y otros varios edificios, de los que, por su singularidad, daré aquí alguna noticia.

Entre los templos, los más considerables eran los tres de Tezcatlipoca, Tlaloc y Quetzalcoatl. Todos, aunque diferentes en el tamaño, eran semejantes en la forma, y tenían la fachada vuelta hacia el templo mayor, siendo así que en los demás templos, contruidos fuera de aquel circuito, la fachada daba siempre á Poniente. Solo el templo de Quetzalcoatl se diferenciaba en la forma de los otros, porque estos eran cuadrilongos, y aquel era circular. La puerta de este santuario era la boca de una enorme serpiente de piedra, con sus dientes. Muchos españoles que por curiosidad entraron en aquel diabólico edificio, confesaron que se habían llenado de horror. Entre los otros templos habia uno llamado *Ihuicatlilan*, dedicado al planeta Venus, y dentro

una gran columna en que estaba pintada ó esculpida la imagen de aquel astro. Cerca de la columna se sacrificaban prisioneros al planeta, en el tiempo de su aparición.

Habia varios colegios de sacerdotes y seminarios contenidos en el recinto de dicho templo; en particular sabemos de cinco colegios ó monasterios de sacerdotes, y de tres seminarios de jóvenes; mas estos sin duda, no eran todos, pues era excesivo el número de personas que allí vivían, todas consagradas al servicio de los dioses.

Entre los edificios notables comprendidos en aquel circuito, además de las cuatro armerías colocadas sobre las puertas, habia otra, cerca del templo *Tezcacalli* ó casa de espejos. Habia otro pequeño templo llamado *Teccizcalli*, todo cubierto de conchas, con una casa inmediata, á la que se retiraba el rey de México, para hacer sus oraciones y ayunos. Otra casa de retiro habia para el gran sacerdote, llamada *Poyanhulan*, y otras para los particulares; un buen hospicio para alojar á los forasteros de distinción, que iban por devoción á visitar el templo, ó por curiosidad á ver las grandezas de la corte; estanques para el baño de los sacerdotes, y fuentes para suministrarles el agua de su uso. En el estanque llamado *Tezcapan*, se bañaban muchos por voto particular que hacían á los dioses. Entre las fuentes habia una llamada *Toxpalatl*, cuya agua creían que era santa: bebíanla tan solo en las fiestas solemnes, y fuera de ellas á nadie era lícito tomarla (1). Habia sitios para la cria de pájaros que sacrificaban, jardines en que se cultivaban flores y plantas olorosas para el ornato de los altares; por último, tenían también entre los muros un bosquillo, con representaciones artificiales de montes, lagos y peñas, y allí se hacía la caza general, de que hablaré á su tiempo.

[1] La fuente *Toxpalatl*, cuya agua era bastante buena, se cegó cuando los españoles arruinaron el templo. Volvióse á abrir en el año de 1582, en la plazuela del Marques, que hoy se llama el *Empedradillo*, próximo á la catedral; mas no sé por qué causa la volvieron á cegar despues.



En el templo habia piezas destinadas á guardar los ídolos, los ornamentos, y todo lo perteneciente al culto de los dioses; entre ellas dos salas tan grandes, que los españoles quedaron maravillados al verlas. Pero los edificios mas notables por su singularidad, eran una gran cárcel, á manera de jaula, en que encerraban los ídolos de las naciones vencidas, y otros en que se conservaban las calaveras de las víctimas. Estas últimas construcciones eran de dos especies: las unas no eran mas que montones de huesos; en las otras, las calaveras estaban curiosamente embutidas en el muro, ó enfiladas en palos, formando dibujos simétricos, no tan curiosos cuanto horribles. El mayor de estos espantosos monumentos, aunque no estaba comprendido en el recinto de los muros, distaba poco de su puerta principal. Era un vasto terraplen cuadrilongo y medio piramidal. En la parte mas baja tenia ciento cincuenta y cuatro piés de largo. Subíase á la parte superior por una escalera de treinta escalones, y encima estaban erigidas mas de sesenta vigas altísimas, con muchos agujeros practicados en toda su longitud, y colocadas á cuatro piés de distancia una de otra. De los agujeros de una viga á los de otra, habia bastones atravesados, y en cada uno de ellos cierto número de cráneos enfilados por las sienas. En los escalones habia tambien un cráneo entre piedra y piedra. Además se alzaban en dos estremidades de aquel edificio dos torres construidas tan solo, segun dicen, de cráneos y cal. Cuando algun cráneo se deterioraba, los sacerdotes lo reemplazaban con otro nuevo, para que no faltase el número ni la simetría. Los cráneos de las víctimas comunes se conservaban despojados de tegumentos; pero si el sacrificado era persona de distincion, se procuraba guardar la cabeza entera, lo que hacia mas horrorosos aquellos trofeos de su bárbara supersticion. Eran tantos los cráneos conservados en aquellos edificios, que algunos de los conquistadores españoles, que se tomaron el trabajo de contar solo los que habia en los escalones y entre las vigas,

hallaron ciento treinta y seis mil (1). Si el lector desea tener mas pormenores acerca de todo lo que contenian los muros del templo, lea la relacion de Sahagun en la obra de Torquemada, y la descripción que hizo el Dr. Hernandez de sus setenta y ocho edificios, que se halla en la Historia Natural de Nierenberg.

OTROS TEMPLOS.

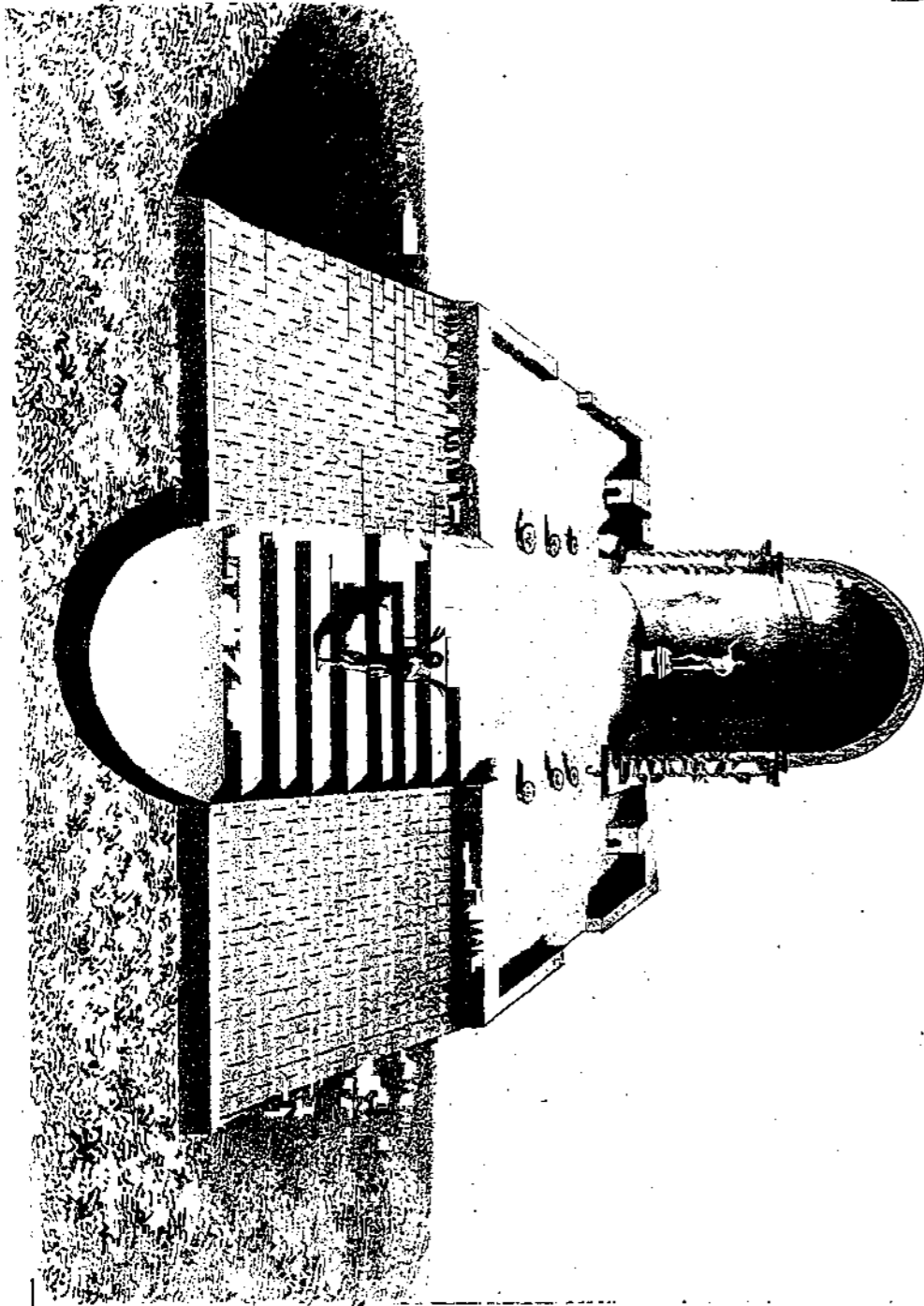
Ademas de los templos de que acabamos de hablar, habia otros esparcidos en diversos puntos de la ciudad. Segun algunos autores, el número de los de la capital, comprendidos sin duda los mas pequeños, no bajaba de dos mil, y las torres eran trecientas sesenta; mas no consta que alguno las haya contado por sí mismo. No se puede dudar sin embargo que eran muchos, entre los cuales siete ó ocho eran los mayores; pero sobre todos se alzaba el de Tlatelolco, consagrado tambien al dios Huitzilopochtli.

Fuera de México, los templos mas célebres eran los de Texcoco, Cholula y Teotihuacan. Bernal Diaz, que tuvo la curiosidad de contar sus escalones, dice que el de Texcoco tenia ciento diez y siete, y el de Cholula ciento veinte. No sabemos si aquel famoso templo de Texcoco era el mismo de Tezcutzinco, tan celebrado por Valadés en su *Retórica Cristiana*, ó el de aquella célebre torre de nueve cuerpos, consagrada por Nezahualcoyotl al Criador del cielo. El templo mayor de Cholula, como otros muchos de aquella ciudad, estaba dedicado á su protector Quetzalcoatl. Todos los historiadores antiguos hablan con admiracion del número de templos que habia en Cholula. Cortés aseguró al emperador Carlos V, que desde lo alto de un templo habia contado mas de cuatrocientas torres, todas pertenecientes á edificios religiosos (2). Subsiste

(1) Andres de Tapia, uno de los capitanes de Cortés, y uno de los que contaron los cráneos, dió estas noticias al historiador Gomara.

(2) "Certifico á V. A. que yo conté desde una meza quatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad

OTRA FORMA DE TEMPLO.



allí aun la altísima pirámide construida por los Toltecas, donde ántes hubo un templo consagrado á aquella falsa divinidad, y hoy existe en el mismo sitio un devoto santuario de la Madre del verdadero Dios; pero por causa de su antigüedad se ha cubierto de tal modo la pirámide de tierra y maleza, que mas parece un monte natural que un edificio. Ignoro cuales eran sus dimensiones, pero su circunferencia en su parte inferior no bajaba de media milla (1). Se sube á la cima por un camino espiral en rededor de la pirámide, por el cual subí yo á caballo en 1744. Este es aquel famoso monte que Boturini creyó construido por los Toltecas, para en caso de sobrevenir otro diluvio como el de Noé, y sobre el cual se refieren tantas fábulas.

Subsisten todavía los famosos templos de Teotihuacan, á tres millas al Norte de aquel pueblo, y á mas de veinte de México. Estos vastos edificios, que sirvieron de modelo á los demas templos de aquel país, estaban consagrados uno al sol, y otro á la luna, representados en dos ídolos de enorme tamaño, hechos de piedra, y cubiertos de oro. El del sol tenia una gran concavidad en el pecho, y en ella la imagen de aquel planeta, de oro finísimo. Los conquistadores se aprovecharon del metal, y los ídolos fueron hechos pedazos por orden del primer obispo de México; pero los fragmentos se conservaron hasta fines del siglo pasado, y aun quizás hay algunos todavía. La base ó cuerpo inferior del templo del sol, tiene ciento veinte toesas de largo, ochenta y seis de ancho, y

de Cholula, y todas son de mezquitas." Carta á Carlos V, del 30 de octubre de 1520. El conquistador anónimo contó, segun afirma, ciento noventa torres, entre palacios y templos. Bernal Diaz dice que pasaban de ciento, pero probablemente contaria las mas notables por su altura. Algunos escritores posteriores dijeron que estas torres eran tantas, cuantos los dias del año.

[1] Botancourt dice que la altura de la pirámide de Cholula era de mas de cuarenta estadas, es decir, mas de doscientos cinco pies de Paris; pero esta medida no es exacta, pues indudablemente aquella elevacion no bajaba de quinientos pies.

la altura de todo el edificio corresponde á su mole (1). El de la luna tiene en su base ochenta y seis toesas de largo, y sesenta y tres de ancho. Cada uno de estos edificios está dividido en cuatro cuerpos, y con otras tantas escaleras, dispuestas como las del templo mayor de México; mas ahora no se descubren por estar en parte arruinadas, y enteramente cubiertas de tierra. En rededor de aquellas construcciones se veian muchos montecillos, que segun dicen, eran otros tantos templos, consagrados á diferentes planetas y estrellas; y por estar todo aquel sitio cubierto de monumentos religiosos, fué llamado por los antiguos Teotihuacan.

El número de los templos que habia en todo el imperio mexicano era muy considerable. Torquemada dice que eran mas de cuarenta mil; pero creo que pasaban de este número, si se cuentan los pequeños, pues no habia lugar habitado, sin su templo, ni pueblo de alguna estension que no tuviese muchos.

La estructura de los templos grandes era, por lo comun, como la del templo mayor de México; pero habia otros muchos de diversa arquitectura. Algunos constaban de un solo cuerpo piramidal y de una escalera; otros de un cuerpo y de varias escaleras, como se verá en la estampa adjunta, copiada de otra que publicó Diego Valadés en su *Retórica Cristiana* (2).

(1) Gemelli midió aquellos templos en largo y ancho; mas no pudo medir la altura por falta de instrumentos. Boturini midió la altura; pero cuando escribió la obra, no tenia consigo las medidas, aunque le pareció haber hallado en el templo del sol doscientas brazas castellanas de alto, esto es, ochenta y seis toesas. Este autor dice que aquellos edificios estaban vacíos en su interior; pero se olvidó de su figura, cuando dijo que eran exactamente cuadrados. El Dr. Sigüenza observó curiosa y diligentemente aquellos célebres monumentos de la antigüedad americana; mas se perdieron sus preciosos manuscritos.

[2] Diego Valadés, franciscano, despues de haberse empleado muchos años en la conversion de los Mexicanos, puso á Roma, donde fué nombrado procurador general de su orden. De allí á poco publicó en Perugia su erudita y apreciable obra latina, intitulada

No contenta la supersticion de aquellos pueblos con tan gran número de templos construidos en sus ciudades y villas, habia muchos altares en las cimas de los montes, en los bosques y en los caminos, para escitar donde quiera la idólatra devocion de los viandantes, y para celebrar sacrificios á los dioses de los montes, y á los otros números campestres.

RENTAS DE LOS TEMPLOS.

Las rentas del templo mayor de México, como las de los otros de la corte y del imperio, eran cuantiosas. Cada uno tenia sus posesiones y tierras propias, y aun labradores para trabajarlas. De estos bienes salia todo lo necesario para la manutencion de los sacerdotes, y la leña que en gran cantidad se consumia en los templos. Los sacerdotes, que hacian de mayordomos, iban frecuentemente á aquellas haciendas, y los que en ellas trabajaban se creian muy felices por contribuir con sus fatigas al culto de los dioses, y á la manutencion de sus ministros. En el reino de Acolhuacan, las veintinueve ciudades que suministraban las provisiones al real palacio, las daban tambien á los templos. Es de creer que el distrito llamado *Teotlalpan* (tierra de los dioses), tendria este nombre por ser una posesion religiosa. A esto se añadian las infinitas oblaciones que espontáneamente hacian los pueblos, y que se componian, por lo comun, de víveres; las primicias que ofrecian por las lluvias oportunas y por los otros beneficios del cielo. Cerca de los templos habia almacenes en que guardaban los comestibles para el mantenimiento de los sacerdotes, y anualmente se distribuia lo que sobraba entre los pobres, para los cuales habia hospitales en los pueblos grandes.

NUMERO Y GERARQUIAS DE LOS SACERDOTES.

A la muchedumbre de los dioses y de los templos mexicanos, correspondia el número

de los sacerdotes, y la veneracion con que se miraban, no era inferior al culto supersticioso de las divinidades. El número prodigioso de sacerdotes que habia en el imperio, se puede calcular por el de los que residian en el templo mayor, pues sabia, segun los historiadores, á cinco mil. No debe extrañarse, pues solo los consagrados al dios Tezcatzoncatl en aquel sitio, eran cuatrocientos. Cada templo tenia un cierto número de ministros, por lo que no seria temeridad asegurar que no habia menos de un millon en todo el imperio. Contribuian á su multiplicacion el sumo respeto con que eran tratados, y el alto honor anexo al servicio de las divinidades. Los señores consagraban sus hijos á porfia por algun tiempo al servicio de los santuarios: la nobleza inferior empleaba los suyos en las funciones exteriores, como llevar leña, atizar y conservar el fuego, y otras análogas; persuadidos unos y otros de que era la mayor distincion con que podian condecorar á sus familias.

Habia muchos grados ó gerarquías entre los sacerdotes. Los gefes supremos de todos eran los dos sumos sacerdotes, á quienes llamaban *Teoteuelli*, señor divino, y *Huiteopixqui*, gran sacerdote. Aquella alta dignidad no se conferia sino á las personas mas ilustres, por su nacimiento, por su probidad, y por su inteligencia en las ceremonias religiosas. Los sumos sacerdotes eran los oráculos que los reyes consultaban en los mas graves negocios del estado, y nunca se emprendia la guerra sin su consentimiento. Ellos eran los que ungian á los reyes despues de su eleccion; los que abrían el pecho, y arrancaban el corazon á las víctimas humanas en los mas solemnnes sacrificios. El sumo sacerdote era siempre en el reino de Acolhuacan el hijo segundo del rey. El de los Totonacas era ungido con sangre de niños, y esta ceremonia se llamaba *uncion divina* (1); lo mismo dicen algunos autores del de México.

[1] El P. Acosta confunde la uncion divina del

De lo referido podrá inferirse que los sumos sacerdotes de México eran jefes de la religión en aquel estado, y no en las otras naciones conquistadas, las cuales aun después de haber sido agregadas á la corona, conservaban sus sacerdotes independientes.

El sumo sacerdocio se confería por elección; pero ignoro si los electores eran los mismos sacerdotes, ó los que elegían el jefe político del estado. La insignia de los sumos sacerdotes de México era una borla de algodón pendiente del pecho, y en las fiestas grandes usaban trages muy adornados, en que se veían las insignias del número, cuya fiesta celebraban. El sumo sacerdote de los Mixtecas se ponía en semejantes ocasiones una túnica, en que estaban representados los principales sucesos de su mitología; sobre ella un roquete blanco, y sobre todo una gran capa. En la cabeza llevaba un penacho de plumas verdes curiosamente tejidas, y adornadas con algunas figurillas de dioses. De los hombros le pendía un lienzo, y otro del brazo.

Después de esta suprema dignidad sacerdotal, la mas elevada era la del *Mexicoteohuatzin*, que el mismo gran sacerdote confería. Su obligación era velar sobre la observancia de los ritos y ceremonias, y sobre la conducta de los sacerdotes que estaban á la cabeza de los seminarios, y castigar á los ministros delincuentes. Para desempeñar tan vastas funciones tenía dos ayudantes ó vicarios, cuyos títulos eran *Huitznahuatohuatzin* y *Tepanteohuatzin*. Este último era el superior general de los seminarios. La insignia principal del *Mexicoteohuatzin* era un saquillo de copal que llevaba siempre consigo.

El *Tlatquimilolteuctli* era el economo de los santuarios; el *Ometochli*, el primer compositor de los himnos que se cantaban en las fiestas; el *Epoacuilitzin* (1), el maestro de

sumo sacerdote con la del rey; pero eran enteramente diferentes. La unción del rey se hacía con cierta tinta.

(1) Torquemada llama á este sacerdote *Epuacuilizli*, y el Dr. Hernandez, *Epoacuacuilizli*; pero los dos se engañan.

ceremonias; el *Tlapixcatzin*, el maestro de capilla, el cual no solo disponía la música, sino que dirigía el canto, y corregía á los cantores. Había otros superiores inmediatos de los colegios de los sacerdotes consagrados á diversos dioses, cuyos nombres omito por no parecer difuso (1). A los sacerdotes daban, como hoy dan á los del verdadero Dios, el nombre de *Teopixqui*, es decir, custodio ó ministro de Dios.

En cada barrio de la capital, y lo mismo puede creerse de las otras ciudades, había un sacerdote preeminente, que era como el párroco de aquel distrito, á quien tocaba dirigir allí las fiestas y los otros actos religiosos. Todos estos ministros dependían del *Mexicoteohuatzin*.

FUNCIONES, TRAGE Y VIDA DE LOS SACERDOTES.

Todos los ministerios relativos al culto se dividían entre los sacerdotes. Los unos eran sacrificadores, y los otros adivinos; unos compositores, y otros cantores de himnos. Entre estos, unos cantaban de día, y otros de noche. Los había para cuidar de la limpieza de los templos y del ornato de los altares. A los sacerdotes tocaba la instrucción de la juventud; el arreglo del calendario, de las fiestas y de las pinturas mitológicas.

Cuatro veces al día incensaban á los ídolos, esto es, al amanecer, á medio día, al anochecer y á media noche. Esta última ceremonia se hacía por el sacerdote á quien tocaba el turno, pero con asistencia de los ministros mas condecorados del templo. Al sol incensaban nueve veces, cuatro de día y cinco de noche. El perfume de que usaban era copal, ó alguna otra resina olorosa; pero en ciertas fiestas se servían de chapopotli ó betun judaico. Los incensarios eran ordinariamente de barro, pero había algunos de oro. Los sacerdotes, ó al menos algunos de ellos, se teñían diariamente el cuerpo con

[1] Quien desee saber los otros empleos y nombres de los sacerdotes, podrá leer el libro 8 de Torquemada, y la relación de Hernandez, que insertó Nieberberg en su Historia Natural.

tinta hecha del hollín de ocotl, que era una especie de pino bastante aromático: sobre aquella costra se ponían ocre ó cinabrio, y todas las noches se bañaban en los estanques del recinto del templo.

El hábito de los sacerdotes mexicanos no era otro que el comun del pueblo, con la sola diferencia de una especie de gorra negra de algodón; pero los que en los monasterios profesaban una vida mas austera, iban enteramente vestidos de negro, como los sacerdotes comunes de las otras naciones del imperio. Se dejaban crecer los cabellos, y á veces les llegaban á los piés. Los trenzaban con gruesos cordones de algodón, y los untaban con tinta; resultando un grueso volumen, no ménos incómodo para ellos, que horrible y asqueroso á la vista.

Ademas de la unción ordinaria de tinta, usaban otra extraordinaria y mas abominable, siempre que hacían sacrificios en las cimas de los montes y en las cavernas tenebrosas de la tierra. Tomaban una buena cantidad de insectos venenosos, como escorpiones, arañas y gusanos, y aun de culebras pequeñas; quemábanlos en uno de los hogares del templo, y amasaban sus cenizas en un mortero con hollín de ocotl, con tabaco, con la yerba ololiahqui, y con algunos insectos vivos. Presentaban en vasos pequeños esta diabólica confecion á sus dioses, y después se ungián con ella todo el cuerpo. Después arrostraban con denuedo los mayores peligros, persuadidos de que no podrían hacerles ningun mal, ni las fieras de los bosques, ni los insectos mas maléficós. Llamaban á aquella untura *teopatli*, es decir, medicamento divino, y la creían eficaz contra toda especie de enfermedades; por lo que, solían darla á los enfermos y á los niños. Los muchachos de los seminarios eran los encargados de recoger los bichos necesarios para su composicion; por lo que, acostumbrados desde pequeños á aquel oficio, perdían el miedo á los animales venenosos, y los manejaban sin escrúpulo. Servíanse tambien del *teopatli* para los encantos, y de otras ceremonias supersticiosas y ridículas, juntamente

con cierta agua que bendecían á su modo, particularmente los sacerdotes del dios *Ixlilou*. De esta agua daban á los enfermos. Los sacerdotes practicaban muchos ayunos y austeridades; no se embriagaban jamas, ántes bien raras veces bebían vino. Los de *Tezcatzoncatl*, después de terminado el canto con que celebraban á sus dioses, echaban cada día al suelo trescientas tres cañas, número correspondiente al de los cantores; entre ellas había una agujereada: cada uno tomaba la suya; y aquel á quien tocaba la agujereada, era el único que podía beber vino. Durante el tiempo que empleaban en el servicio del templo, se abstenerían de tocar á otra muger que á la legítima, afectando tanta modestia y compostura, que cuando encontraban casualmente á otra cualquiera, bajaban los ojos para no mirarla. Cualquier exceso de incontinencia era severamente castigado en los sacerdotes. El sacerdote que en *Teotihuacan* estaba convicto de haber faltado á la castidad, era entregado al pueblo, que lo mataba de noche á palos. En *Icheatlan* el sumo sacerdote estaba obligado á vivir siempre en el templo, y á abstenerse de toda comunicacion con mugeres. Si por su desgracia faltaba á este deber, moría irremisiblemente, y se presentaban sus miembros sangrientos á su sucesor, para que le sirviesen de ejemplo. A los que por pereza no se levantaban para los ejercicios nocturnos de la religión, bañaban la cabeza con agua hirviendo, ó les perforaban los labios ó las orejas; y los que reincidían en esta ó en otra culpa, morían ahogados en el lago, después de haber sido arrojados del templo, en la fiesta que hacían al dios de las aguas en el sexto mes del año. Los sacerdotes vivían ordinariamente en comunidad, bajo la vigilancia de algunos superiores.

LAS SACERDOTISAS.

El sacerdocio no era perpetuo entre los Mexicanos: sin embargo, había algunos que se consagraban por toda la vida al servicio de los altares; pero otros lo hacían por algún tiempo, ó para cumplir un voto de sus

padres, ó por su propia devoción. Tampoco era el sacerdocio propiedad exclusiva del sexo masculino, pues habia mugeres que ejercian aquellas funciones. Incensaban los ídolos, cuidaban del fuego sagrado, barrían el templo, preparaban la oblacion de comestibles que se hacia diariamente, y la presentaban en el altar; pero no podian hacer sacrificios, y estaban escluidas de las primeras dignidades sacerdotales. Entre ellas habia algunas consagradas desde la niñez por sus padres; otras, en virtud de algun voto que hacian por enfermedad, ó para obtener un buen casamiento, ó para implorar de los dioses la prosperidad de sus familias, servian en el templo por espacio de uno ó dos años. La consagracion de las primeras se hacia del modo siguiente: cuando nacia la niña, la ofrecian sus padres á alguna divinidad, y avisaban al sacerdote del barrio, y este al Tepanteohuatzin, que era, como ya hemos dicho, el superior general de los seminarios. Despues de dos meses la llevaban al templo, y le ponian en las manos una granadilla y un pequeño incensario, con un poco de copal, para significar su futuro destino. Cada mes reiteraba la visita al templo, y la oblacion, juntamente con la de algunas cortezas de árbol, para el fuego sagrado. Cuando la niña llegaba á la edad de cinco años, la entregaban sus padres al Tepanteohuatzin, y este la ponía en un seminario, donde la instruian en la religion, en las buenas costumbres, y en las ocupaciones propias de su sexo. Con las que entraban á servir por algun voto particular, lo primero que hacian era cortarles los cabellos. Las unas y las otras vivian con mucho recogimiento, silencio y retiro, bajo la vigilancia de sus superiores, y sin tratar con hombres. Algunas se levantaban dos horas ántes de media noche, otras á media noche, y otras al rayar el día, para atizar y avivar el fuego, y para incensar á los ídolos; y aunque asistian algunos sacerdotes á la misma ceremonia, habia una separacion entre ellos, formando los hombres un ala, y las mugeres otra, aquellos y estas á vista de sus superiores, para que no hu-

biese el menor desórden. Todas las mañanas preparaban las oblaciones de comestibles, y barrían el atrio inferior del templo. Los ratos que les dejaban libres sus ocupaciones religiosas, los empleaban en hilar y tejer hermosas telas, para vestir á los ídolos y adornar los altares. La continencia de estas doncellas era el objeto del esmero particular de sus superiores. Cualquier delito de este género era imperdonable. Si quedaba oculto, la delincuente procuraba aplacar la cólera de los dioses con ayunos y austeridades, pues temia que en castigo de su culpa se le pudriesen las carnes. Cuando la doncella consagrada desde su infancia al culto de los dioses llegaba á la edad de diez y siete años, que era, en la que por lo comun se casaban, sus padres le buscaban marido, y estando ya de acuerdo con él, presentaban al Tepanteohuatzin, en platos curiosamente labrados, un cierto número de codornices, y cierta cantidad de copal, de flores y de comestibles, con un discurso en que le daban gracias por el esmero que habia puesto en la educacion de su hija, y le pedia licencia de llevarla consigo. Aquel personaje respondia con otra arenga, concediendo el permiso que se le pedia, y exhortando á la jóven á la perseverancia en la virtud, y al cumplimiento de las obligaciones del matrimonio.

DIFERENTES ORDENES RELIGIOSAS.

Entre las diferentes órdenes ó congregaciones religiosas de hombres y de mugeres, merece particular mencion la de Quetzalcoatl. En los colegios ó monasterios de uno y otro sexo, dedicados á este imaginario númen, se observaba una vida estraordinariamente rígida y austera. El hábito de que usaban era muy honesto: bañábanse todos á media noche, y velaban hasta dos horas ántes del día, cantando himnos á su dios, y ejercitándose en varias penitencias. Tenian libertad de ir á los montes, á cualquier hora del día y de la noche, á derramar su propia sangre: privilegio de que gozaban, en virtud de su gran reputacion de santidad. Los superiores de los monasterios tomaban



tambien el nombre de Quetzalcoatl, y tenían tanta autoridad, que á nadie visitaban si no es al rey, en casos extraordinarios. Estos religiosos se consagraban en la infancia. El padre del niño convidaba á comer al superior, el cual enviaba en su lugar á uno de sus súbditos. Este le presentaba el niño, y él tomándolo en brazos, lo ofrecía, pronunciando una oracion á Quetzalcoatl, y le ponía al cuello un collar, que debía llevar hasta la edad de siete años. Cuando cumplía dos años, le hacia el superior una incision en el pecho, la cual, como el collar, era la señal de su consagracion. Cumplidos los siete años, entraba en el monasterio, despues de haber oido de sus padres un largo discurso, en que le recordaban el voto hecho por ellos á Quetzalcoatl, y lo exhortaban á cumplirlo, á observar las buenas costumbres, á obedecer á sus superiores, y á rogar á los dioses por los autores de su vida y por toda la nacion. Esta órden se llamaba *Tlamacaxcayotl*, y sus individuos *Tlamacazques*.

Otra órden habia consagrada á Tezeatlipoca, que llamaban *Telpochtiliztli*, ó coleccion de jóvenes, por componerse de jóvenes y niños. Consagrábase tambien desde la infancia, casi con las mismas ceremonias que acabamos de describir; pero no vivían en comunidad, sino cada uno en su casa. Tenian en cada barrio de la ciudad un superior que los dirigía, y una casa en que al ponerse el sol se reunían á bailar, y á cantar los elogios de su dios. Concurrían á esta ceremonia ambos sexos; pero sin cometer el menor desórden, pues los observaban con el mayor cuidado los superiores, y castigaban rigorosamente á quien faltaba á las reglas establecidas.

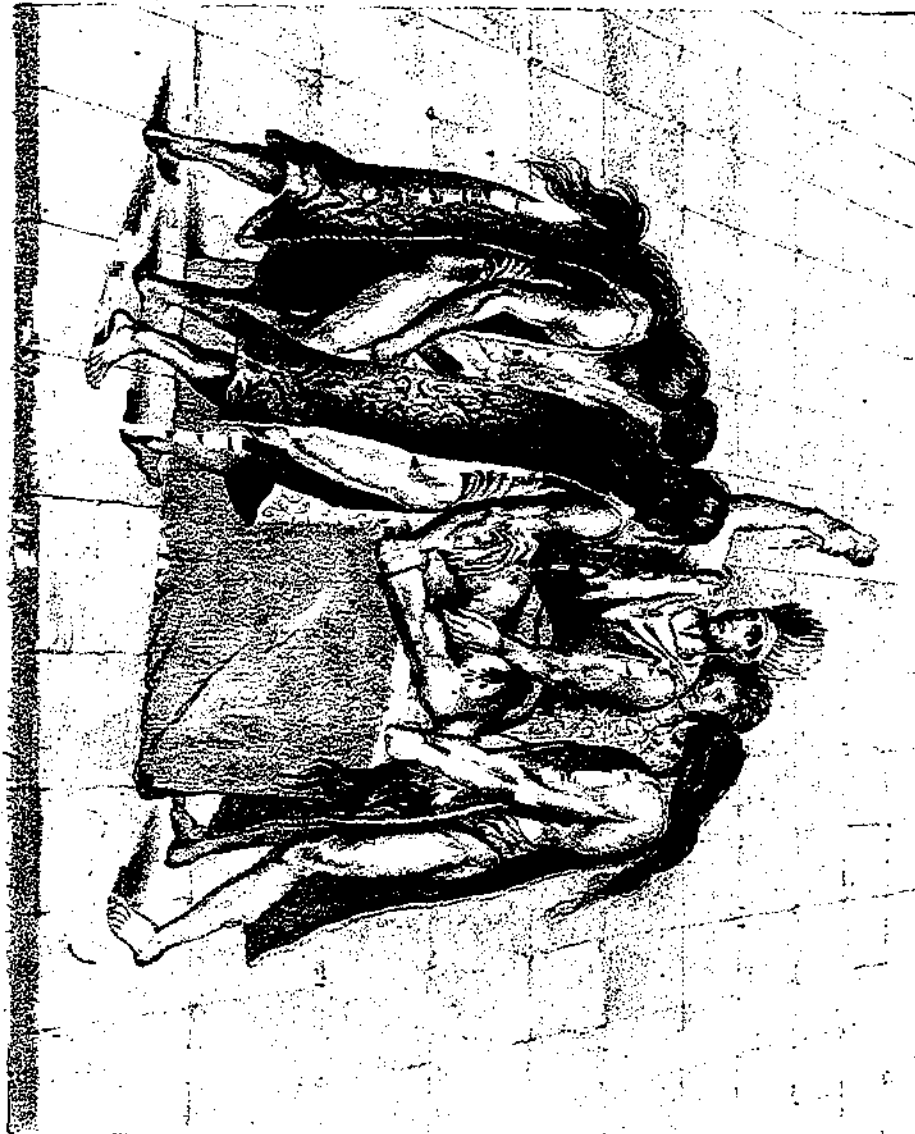
En los Totonacas habia una órden de monges, dedicados al culto de la diosa Centootl. Vivían en gran retiro y austeridad, y su conducta, dejando aparte la supersticion y la vanidad, era realmente irrepreensible. En este monasterio no entraban sino hombres de mas de sesenta años, viudos, de buenas costumbres, y sobre todo, castos y ho-

nestos. Habia un número fijo de monges, y cuando moria uno, le sustituían otro. Eran tan estimados, que no solo los consultaban las gentes humildes, sino los personajes mas encumbrados, y el mismo gran sacerdote. Escuchaban las consultas sentados en un banco, fijos los ojos en el suelo, y sus respuestas eran recibidas como oráculos hasta por los mismos reyes de México. Empleábanse en hacer pinturas históricas, las que se entregaban al sumo sacerdote, para que las enseñase al pueblo.

SACRIFICIOS COMUNES DE VICTIMAS HUMANAS.

Pero el empleo mas importante del sacerdocio, la principal funcion del culto de los Mexicanos, eran los sacrificios que hacían, ya para obtener alguna gracia del cielo, ya para darle gracias por los beneficios recibidos. Omitiria de buena gana el tratar de este asunto, si las leyes de la historia me lo permitiesen, para evitar al lector el disgusto que debe producirle la relacion de tanta abominacion y crueldad; pues aunque apenas hay nacion en el mundo que no haya practicado aquella clase de sacrificios, dificilmente se hallará una que los haya llevado al esceso que los Mexicanos.

No sabemos cuales eran los sacrificios que usaban los antiguos Toltecas. Los Chichimecas estuvieron mucho tiempo sin practicarlos; pues al principio no tenían ídolos, templos ni sacerdotes, ni ofrecían otra cosa á sus dioses, el sol y la luna, sino yerbas, frutas, flores y copal. No se ocurrió á aquellos pueblos la inhumanidad de sacrificar víctimas humanas, hasta que dieron el ejemplo los Mexicanos, borrando entre las naciones vecinas, las primeras ideas inspiradas por la naturaleza. Ya hemos indicado lo que ellos decían acerca del origen de tan bárbara práctica, y lo que se halla en sus historias sobre el primer sacrificio de los prisioneros Xochimilcos, cuando los Mexicanos se hallaban en Colhuacan. Mientras estos se hallaban encerrados en el lago, y sometidos al yugo de los Tepalcecas, es de creer que no serian muy comunes aque-



SACRIFICIO ORDINARIO

llos sangrientos holocaustos; pues ni tenían prisioneros, ni podían adquirir esclavos. Pero desde que extendieron sus dominios, y multiplicaron sus victorias, empezaron á repetirse con frecuencia los sacrificios, y en algunas fiestas eran muchas las víctimas.

Los sacrificios variaban con respecto al número, al lugar y al modo, según las circunstancias de la fiesta. Por lo común abrían el pecho á las víctimas; pero algunas otras eran ahogadas en el lago, otras morían de hambre, encerradas en las cavernas en que enterraban á los muertos, y otras finalmente en el sacrificio gladiatorio. El lugar en que más comunmente se consumaban aquellas atrocidades, era el templo, en cuyo atrio superior estaba el altar destinado á los sacrificios ordinarios. El del templo mayor de México, era de una piedra verde, jaspe probablemente, convexa en la parte superior, de cerca de tres pies de alto, de otro tanto de ancho y de cinco pies de largo. Los ministros ordinarios del sacrificio eran seis sacerdotes, el principal de los cuales era el Topiltzin, cuya dignidad era preeminente y hereditaria; mas en cada sacrificio tomaba el nombre de la divinidad en cuyo honor se hacía. Vestíase para aquella función con un traje rojo, de hechura de escapulario, y adornado con flecos de algodón: en la cabeza llevaba una corona de plumas verdes y amarillas; en las orejas pendientes de oro y piedras verdes, (quizás esmeraldas), y en el labio superior otro pendiente de una piedra azul. Los otros cinco ministros estaban vestidos de trajes blancos, de la misma forma, y bordados de negro: tenían los cabellos sueltos; la frente ceñida de correas, y adornada con ruedas de papel de varios colores, y todo el cuerpo pintado de negro. Estos desapiadados ministros se apoderaban de la víctima, la llevaban desnuda al atrio superior del templo, y después de haber indicado á los circunstantes el ídolo á quien se hacía el sacrificio, para que lo adorasen, la extendían sobre el altar. Cuatro sacerdotes aseguraban al infeliz prisionero por los pies y los brazos, y

otro le afirmaba la cabeza con un instrumento de madera, hecho en figura de sierpe enroscada, el cual le entraba hasta el cuello; y como el altar era convexo, según hemos dicho, quedaba el cuerpo arqueado, levantado el pecho y el vientre, é incapaz de hacer la menor resistencia. Acercábase entonces el inhumano Topiltzin, y con un cuchillo agudo de pedernal, le abría prestísimamente el pecho, le arrancaba el corazón, y todavía palpitante, lo ofrecía al sol, y lo arrojaba á los pies del ídolo: lo ofrecía después al mismo ídolo, y lo quemaba, mirando con veneración las cenizas. Si el ídolo era gigantesco y cóncavo, solían introducirle el corazón en la boca con una especie de cucharita de oro. También solían untar con sangre de las víctimas los labios del ídolo, y la cornisa de la entrada del templo. Si la víctima era prisionero de guerra, le cortaban la cabeza, para conservarla, como ya hemos dicho, y precipitaban el cuerpo por las escaleras al atrio inferior, donde lo tomaba el oficial ó soldado que lo había hecho prisionero, y lo llevaba á su casa, para cocerlo y condimentarlo, y dar con él un banquete á sus amigos. Si no era prisionero de guerra, sino esclavo comprado para el sacrificio, su amo tomaba el cadáver del altar, y se lo llevaba para el mismo objeto. Comían tan solo las piernas, los muslos y los brazos, y quemaban lo demás, ó lo reservaban para mantener las fieras de las casas reales. Los Otomites hacían á la víctima pedazos, y vendían estos en el mercado público. Los Zapotecas sacrificaban los hombres á los dioses, las mugeres á las diosas, y los niños á ciertos númenes pequeños.

Tal era el modo más ordinario de sacrificar, con algunas circunstancias más bárbaras, como veremos después; pero tenían otras especies de sacrificios, que solo se celebraban en ciertas ocasiones. En la fiesta de Teteoinan, la muger que representaba esta diosa era decapitada, mientras otra muger la sostenía en sus hombros. En la de la llegada de los dioses, las víctimas morían en las llamas. En una de las fiestas

que hacian á Tlaloc, le sacrificaban dos niños de ambos sexos, ahogándolos en el lago. En otra fiesta del mismo dios, compraban tres muchachos de seis ó siete años, y encerrándolos con abominable inhumanidad en una caverna, los dejaban morir de hambre y horror.

SACRIFICIO GLADIATORIO.

Pero el mas célebre sacrificio de los Mexicanos era el que los españoles llamaron con razon *gladiatorio*. Este era sumamente honroso, y solo se destinaban á él los prisioneros mas afanados por su valor. Habia cerca del templo mayor de las ciudades grandes, en un sitio capaz de contener una inmensa muchedumbre de gente, un terraplen redondo, de ocho pies de alto, y sobre él una gran piedra redonda, semejante á las de molino, pero mucho mayor, de casi tres piés de alto, lisa y adornada con algunas figuras (1). Sobre esta piedra, que ellos llamaban *Temalacall*, ponian al prisionero, arnuado de rodela y espada corta, y atado al suelo por un pié. Con él subia á pelear un oficial ó soldado mexicano, á quien daban mejores armas que las del prisionero. Cada cual puede figurarse los esfuerzos que haria aquel infeliz para evitar la muerte, y los que emplearia su contrario, para no perder su reputacion militar, delante de tan gran número de testigos. Si el prisionero quedaba vencido, acudia inmediatamente el sacerdote llamado *Chalchintepetla*, y muerto ó vivo, lo llevaba al altar de los sacrificios comunes, donde le abria el pecho, y le arrancaba el corazon. El vencedor era aplaudido de la muchedumbre, y recompensado por el rey con alguna insignia militar. Pero si el prisionero vencía á aquel y á otros seis, que segun el conquistador auónimo, subian á pelear sucesivamente con él, se le concedia la vida, la libertad y todo cuanto

(1) Los edificios representados en la estampa han sido dibujados caprichosamente por el artista, aunque las azotenas y merlones son como los que los Mexicanos construian.

le habian quitado, y se volvía lleno de gloria á su patria (1). El mismo autor refiere que en una batalla que dieron los Cholutecas á sus vecinos los Huexotzingos, el principal señor de Cholula se empeñó de tal modo en la refriega, que habiéndose alejado de los suyos, fué hecho prisionero y conducido á Huexotzínco: que puesto sobre la piedra del sacrificio, venció á los siete combatientes, que se requerian allí para declarar la victoria; pero los Huexotzingos, previendo el daño que podria hacerles un enemigo tan animoso, si le concedian la libertad, le dieron muerte, contra la costumbre universal, y desde entónces quedaron infames á los ojos de todas aquellas naciones.

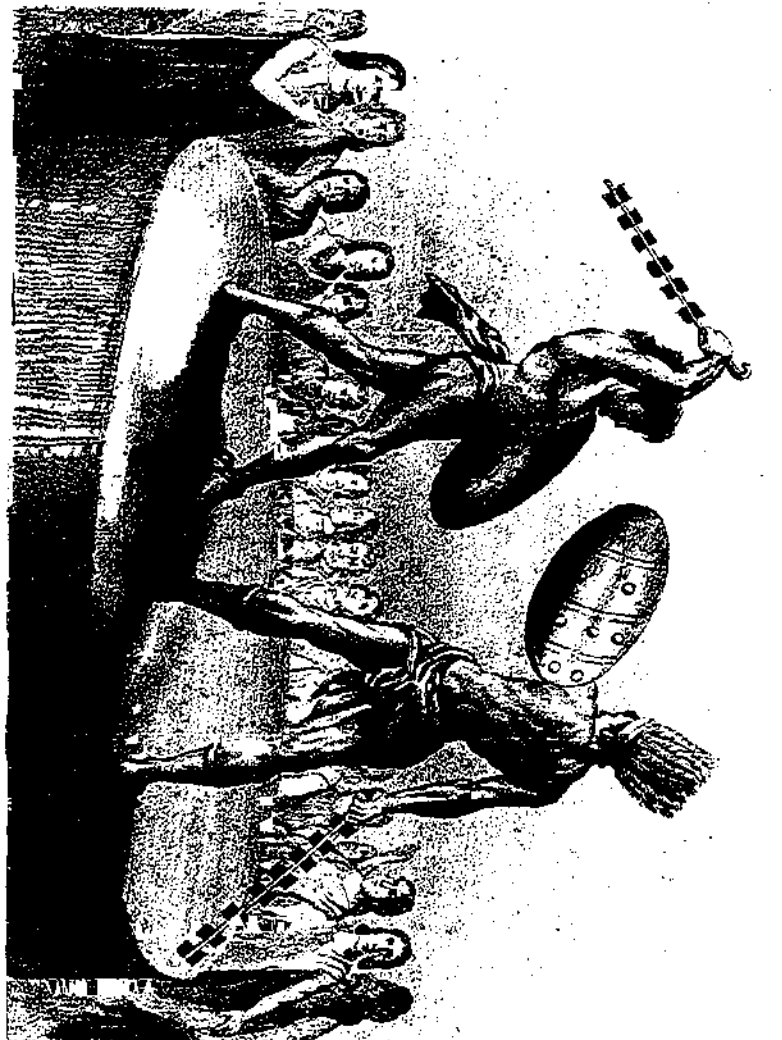
NUMERO INCIERTO DE LOS SACRIFICIOS.

Acerca del número de víctimas que se sacrificaban anualmente, nada podemos asegurar, por ser muy diversas las opiniones de los historiadores (2). El número de veinte mil, que es el que parece acercarse mas á la verdad, comprende todos los hombres sacrificados en el imperio, y no me parece exa-

(1) Algunos escritores dicen que vencido el primer combatiente, quedaba libre el prisionero; pero yo doy mas crédito al conquistador, pues no parece probable que á tan poca costa diosen libertad á un prisionero que podria serles tan perjudicial por su valor, y privasen á los dioses de una víctima tan grata á su crueldad.

(2) El Sr. Zumarraga, primer obispo de México, en su carta de 12 de junio de 1531, escrita al capítulo general de su orden, congregado en Tolosa, dice que en aquella sola capital se sacrificaban anualmente veinte mil víctimas humanas. Otros, citados por Gomara, afirman que el número de los sacrificios llegaba á cincuenta mil. Acosta escribe que habia dias en que en diversos puntos del imperio mexicano se sacrificaban cinco mil, y en alguno tambien veinte mil. Otros creyeron que solo en el monte Tepeyacac se sacrificaban veinte mil á la diosa Tonantzin. Torquemada, citando, aunque infelizmente, la carta del Sr. Zumarraga, dice que se sacrificaban anualmente veinte mil niños. Por el contrario, el Sr. Las Casas en su impugnacion del sangriento libro del Dr. Sepúlveda, limita estos sacrificios á tan pequeño número, que apenas da lugar á creer que fuesen diez, ó cuando mas ciento. No dudo que todos estos escritores exageran: Las Casas por defecto, y los demas por exceso.

SACRIFICIO GLADIATORIO.



gerado; pero si se limita á los niños, ó á las víctimas sacrificadas tan solo en el monte Tepeyacac, ó en la capital, como quieren algunos, lo creo enteramente inverosímil. Es cierto que no habia número fijo de sacrificios, sino proporcionado al de prisioneros que se hacian en la guerra, á las necesidades del estado, y á la calidad de las fiestas, como se vió en la dedicacion del templo mayor de México, quo fué cuando la crueldad de los Mexicanos traspasó los límites de la verosimilitud. Lo cierto es que eran muchos, porque las conquistas de los Mexicanos fueron rapidísimas, y en sus frecuentes guerras no procuraban tanto matar enemigos, cuanto hacerlos prisioneros para los sacrificios. Si á estas víctimas se añaden los esclavos que compraban con el mismo objeto, y los delincuentes destinados á expiar de aquel modo sus crímenes, hallaremos un número algo mayor que el que señala el Sr. Las Casas, demasiado propenso á escusar á los americanos de los excesos de que los acusaban los españoles (1). Los sacrificios se multiplicaban en los años divinos, y mucho mas en los seculares.

Acostumbraban los Mexicanos en sus fiestas vestir á la víctima con el mismo ropaje, y adornarla con las mismas insignias que se atribuian al dios en cuyo honor se sacrificaba. Así paseaba toda la ciudad, pidiendo limosna para el templo, en medio de una guardia de soldados, para que no se escapase. Si se escapaba, sacrificaban en su lugar al cabo de la guardia, en pena de su descuido. Cebaban á estos desventurados, como nosotros hacemos con algunos animales.

No se limitaba á esta clase de víctimas la religion mexicana: hacíase tambien de varias especies de animales. Sacrificaban á Huitzilopochtli codornices y esparavanes; á Mixcoatl, liebres, conejos, ciervos y coyotes. Al sol inmolaban todos los dias codor-

(1) No sé por qué el Sr. Las Casas, que en sus escritos se vale, contra los conquistadores, del testimonio del Sr. Zumarraga, y de los primeros religiosos, los contradice cuando trata del número de sacrificios.

nices. Cada dia, al salir aquel astro, estaban en pié muchos sacerdotes, con el rostro vuelto hácia Levante, cada uno con una codorniz en la mano; y al despuntar el disco del planeta, lo saludaban con música, cortaban la cabeza á los pájaros, y se los ofrecian. Despues incensaban al sol, con gran estrépito de instrumentos músicos.

Ofrecian tambien á sus dioses, en reconocimiento de su dominio, varias especies de plantas, flores, joyas, resinas y otros objetos inanimados. A Tlaloc y á Coatlicue presentaban las primicias de las flores, y á Centeotl las del maiz. Las oblaciones de pan, de masas y de otros manjares, eran tan cuantiosas, que bastaban á saciar á todos los ministros del templo. Cada mañana se veian al pié de los altares innumerables platos, y escudillas, calientes todavia, á fin de que su vapor llegase á las narices del ídolo, y fuese alimento de los dioses inmortales.

Pero la oblacion mas frecuente era de copal. Todos incensaban diariamente á sus ídolos; así que, el incensario era mueble indispensable en la casa. Usaban incensar hácia los cuatro puntos cardinales, los sacerdotes en los templos, los padres de familia en sus moradas, y los jueces en los tribunales, cuando iban á fallar una causa grave, civil ó criminal. Esta ceremonia no era en aquellos pueblos un acto puramente religioso, sino tambien un obsequio civil que hacian á los magnates y á los embajadores.

La crueldad y la supersticion de los Mexicanos sirvieron de ejemplo á todas las naciones que conquistaron, y á las inmediatas á sus dominios, sin otra diferencia que la de ser menor entre ellas el número de aquellos abominables sacrificios, y de practicarlos con algunas ceremonias particulares. Los Tlaxcaltecas, en una de sus fiestas, ataban un prisionero á una cruz alta, y lo mataban á flechazos; en otras ocasiones ataban la víctima á una cruz baja, y la mataban á palos.

SACRIFICIOS INHUMANOS EN CUAUHITLAN.

Eran célebres los inhumanos y espanto-

ses sacrificios que de cuatro en cuatro años celebraban los Cuauhtilhuemes al dios del fuego. El dia ántes de la fiesta plantaban seis árboles altísimos en el atrio inferior del templo, sacrificaban dos esclavas, les arrancaban el pellejo, y les sacaban los huesos de los muslos. Al dia siguiente se vestian dos sacerdotes, de los de mas dignidad, con aquellos sangrientos despojos, y con los huesos en la mano, bajaban á paso lento, y profiriendo agudos gritos, por las escaleras del templo. El pueblo, agolpado al pié del templo, repetía en alta voz: "Hé aquí á nuestros dioses que se acercan." Cuando llegaban los sacerdotes al atrio inferior, comenzaban al son de instrumentos un baile que duraba casi todo el dia. Entre tanto el pueblo sacrificaba tan gran número de codornices, que á veces llegaban á ocho mil. Terminadas estas ceremonias, los sacerdotes llevaban seis prisioneros á lo alto de los árboles, y atándolos á ellos, bajaban; pero apenas habian llegado al suelo, ya habian perecido aquellos desgraciados, con la muchedumbre de flechas que les tiraba el pueblo. Los sacerdotes subian de nuevo á los árboles, para desatar á los cadáveres, y los precipitaban desde aquella altura. Al punto les abrian el pecho, y les sacaban el corazon, segun el uso general de aquellos pueblos. Así estas víctimas humanas, como las codornices, se distribuian entre los sacerdotes y los nobles de la ciudad, para que sirviesen en los banquetes, con que daban fin á tan detestable solemnidad.

AUSTERIDAD Y AYUNOS DE LOS MEXICANOS.

No eran aquellos habitantes ménos desapiadados consigo mismos que con los otros. Acostumbrados á los sacrificios sangrientos de sus prisioneros, se hicieron tambien prodigos de su misma sangre, pareciéndoles poca la que derramaban sus víctimas para aplacar la sed infernal de sus dioses. No se pueden oír sin espanto las penitencias que hacian, ó en expiacion de sus culpas, ó para disponerse dignamente á celebrar las fiestas religiosas. Maltrataban sus carnes

como si fueran insensibles, y vertian su sangre, como si fuera un líquido superfluo.

Algunos sacerdotes llamados *Tlamacazqui*, se sacaban sangre casi diariamente. Clavábanse las agudísimas espinas del maguey, y se perforaban algunas partes del cuerpo, especialmente las orejas, los labios, la lengua, los brazos y las pantorrillas. En los agujeros que se hacian con aquellas espinas, introducian pedazos de caña, agudísimos al principio, y cuyo volúmen aumentaban progresivamente. La sangre que salia, la guardaban cuidadosamente en ramos de la planta llamada *Axoyatl* (1). Clavaban despues las espinas ensangrentadas en unas bolas de heno, que esponian en los mueriones del templo, á fin de que constase la penitencia que hacian por el pueblo. Los que se daban á estas prácticas en el recinto del templo, se bañaban en un estanque, el cual por tener siempre las aguas teñidas de sangre, se llamaba *Ezapan*. Habia un cierto número señalado de cañas para esta penitencia, las cuales se guardaban para memoria.

Ademas de estas y otras austeridades, de que despues hablaremos, eran frecuentísimos entre los Mexicanos los ayunos y las vigiliias. Apenas habia fiesta á la que no se preparasen con ayunos de mas ó ménos dias, segun lo prescrito en su ritual. El ayuno se reducía, segun puedo colegir de la historia, á abstenerse de carne y vino, y á comer una sola vez al dia; lo que algunos hacian á medio dia, otros despues, y muchos estaban sin probar bocado hasta la noche. Acompañaban por lo comun el ayuno con vigilia y con efusion de sangre, y entre tanto no les era permitido acercarse á ninguna muger, ni aun á la legítima.

Entre los ayunos habia algunos generales, á los cuales estaba obligado todo el pueblo, como el de los cinco dias, que precedía á la fiesta de Tezcatlipoca, y el que se hacia

(1) *Axoyatl* era la planta de muchos tallos derechos, de hojas largas y fuertes, y dispuestas con simetría. De estas plantas hacian, y hacen actualmente buenas cecobas.

en honor del sol (1). En semejantes casos, el rey se retiraba á cierto sitio del templo, donde velaba y se sacaba sangre, segun el uso de la nacion. Otros no eran obligatorios sino para algunos particulares, como el que hacian los dueños de las víctimas el dia ántes del sacrificio. Veinte dias ayunaban los dueños de los prisioneros de guerra, que se inmolaban al dios Xipe. Los nobles tenían, como el rey, una casa dentro del recinto del templo, con muchas piezas, á las que se retiraban á hacer penitencia. En una de las fiestas, todos los que servian empleos públicos, despues de haber pasado el dia en el ejercicio de sus funciones, empleaban la noche en aquel retiro. Durante el mes tercero, velaban todas las noches los Tlamacazques ó penitentes, y durante el cuarto mes, ellos y los nobles.

En la Mixteca, donde habia muchos monasterios, ántes de tomar posesion de sus estados los primogénitos de los señores, se sometian por espacio de un año á una rigurosa penitencia. Conducian al primogénito en pompa á uno de los monasterios, donde, despojado de sus ropas, le vestian otras impregnadas en goma elástica; le untaban con ciertas yerbas fétidas el rostro, el vientre y la espalda, y le entregaban una lanceta de itztlí, para que se sacase sangre. Obligábalo á una rigurosa abstinencia, le imponian las mas duras fatigas, y castigábalo severamente por la menor falta que cometia. Cumplido el año, lo conducian á su casa con gran aparato y música, despues de haberlo lavado cuatro doncellas con aguas olorosas.

En el templo principal de Teohuacan habitaban cuatro sacerdotes célebres por la austeridad de su vida. Vestíanse como la gente pobre; su comida se reducía á un pan de maiz de dos onzas, y su bebida á un vaso de *atollí*, que era un brebaje hecho con el

mismo grano. Cada noche velaban dos de ellos, y pasaban el tiempo cantando himnos á sus dioses, incensando los ídolos cuatro veces en la noche, y derramando su propia sangre en los hogares del templo. El ayuno era continuo en los cuatro años que duraba aquella vida, escepto en un dia de fiesta, que habia cada mes, y en el cual les era licito comer cuanto querian; mas para cada fiesta se preparaban con la acostumbrada penitencia, perforándose las orejas con espigas de maguey, y pasándose por los agujeros hasta sesenta pedazos de cañas de diferentes tamaños. Pasados los cuatro años, entraban otros cuatro sacerdotes á ejercer la misma vida; y si ántes de espirar el término, moria uno de ellos, lo sustituía otro, á fin de que nunca faltase el número. Era tan grande la fama de aquellos sacerdotes, que hasta los mismos reyes de México los veneraban; pero, ¡desgraciado del que faltaba á la continencia! pues si despues de una menuda indagacion se hallaba ser cierto el delito, era muerto á palos, quemado su cadáver, y las cenizas esparcidas al viento.

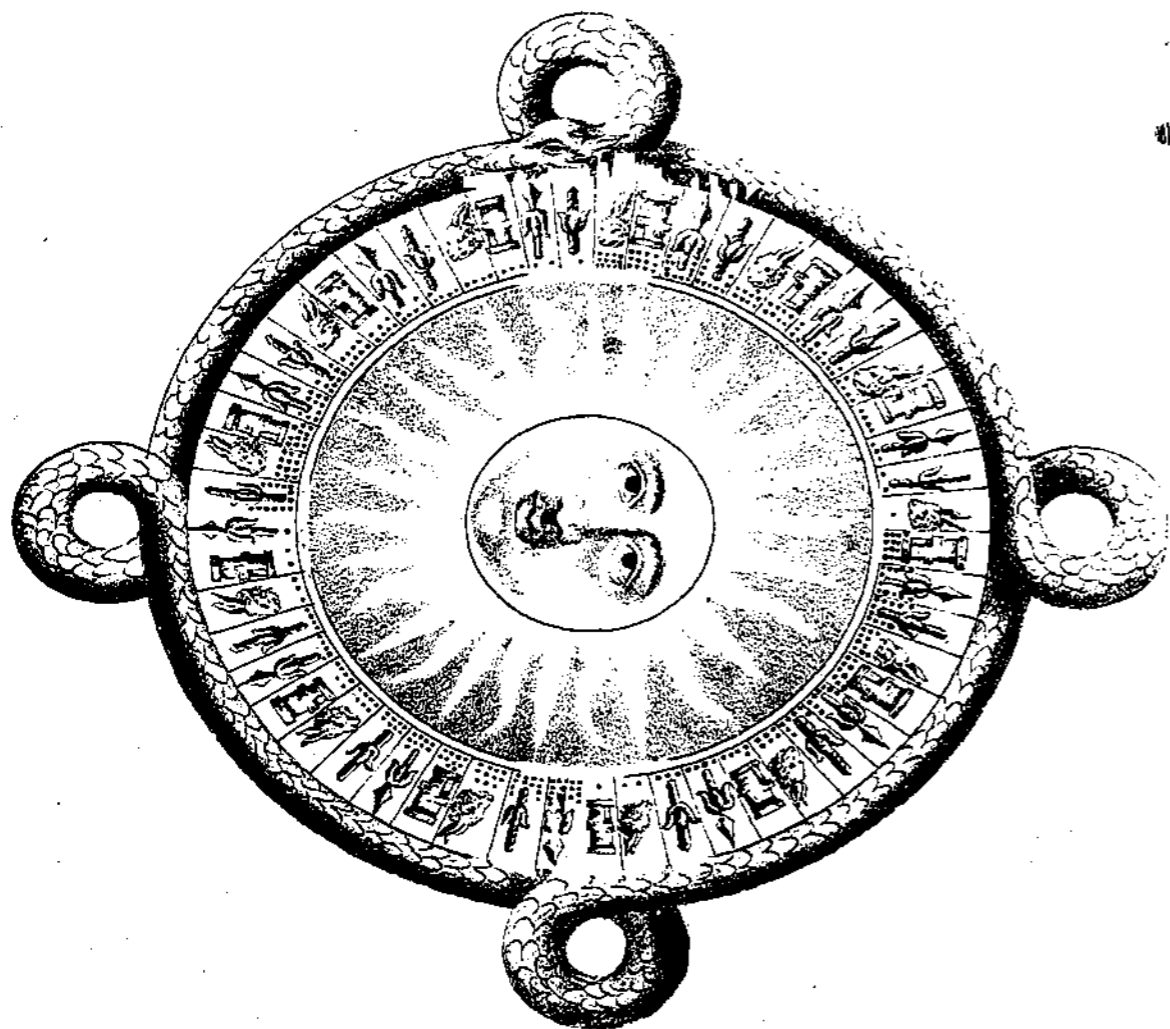
En ocasiones de alguna calamidad pública, los sumos sacerdotes de México hacian un ayuno extraordinario. Retirábanse á un bosque, donde se construía una cabaña, cubierta de ramos siempre verdes, pues cuando uno se secaba, se ponía en su lugar otro nuevo. Encerrado en aquella morada, privado de toda comunicacion, y sin otro alimento que maiz crudo y agua, pasaba el sumo sacerdote nueve ó diez meses, y á veces un año, en continua oracion y frecuente efusion de sangre.

PENITENCIA CELEBRE DE LOS TLAXCALTECAS.

Era tambien famoso en aquel pais el ayuno que los Tlaxcaltecas hacian en el año divino, en el cual celebraban una fiesta solemnísimá á su dios Camaxtle. Llegado el tiempo de empezarlo, convocaba á todos los Tlamacazques ó penitentes, su gefe llamado *Achcauhli*, y los exhortaba á la penitencia, advirtiéndoles que si alguno no se hallaba con las fuerzas necesarias para practicar-

[1] El ayuno que se hacia en honor del sol, se llamaba *Netonatiuhzahualo*, ó *Natonatiuhzahualiztli*. El Dr. Hernandez dice que se hacia despues de cada periodo de doscientos ó de trescientos años. Creo que seria en el dia 1 *olin*, que caia cada doscientos sesenta dias.

8.



EL SIGLO MEXICANO.

la, se lo hiciese saber en el término de cinco días; pues si pasado aquel plazo faltase al ayuno, ó lo infringiese una vez empezado, sería calificado de indigno de la compañía de los dioses, despojado del sacerdocio y de todo cuanto poseía. Después de los cinco días concedidos para tomar una resolución, subía aquel parsonaje con todos los que tenían ánimo de hacer la penitencia, que solían ser mas de doscientos, al altísimo monte Matlalucueye, en cuya cima había un santuario dedicado á la diosa del agua. El Acheauhli llegaba solo á la mayor altura, para hacer una oblacion de piedras preciosas y copal; los otros quedaban á medio monte, rogando á la diosa les diese fuerza y valor para aquella austeridad. Bajaban entonces del monte, y mandaban hacer navajas de itzli, y unas varillas de diferentes tamaños y grueso. Los operarios de aquellos instrumentos ayunaban cinco días ántes de hacerlos, y si rompian un cuchillo ó vara, se tenía á mal agüero, pues indicaba que el operario había roto el ayuno. En seguida empezaba el de los Tlamacazques, que no duraba ménos de ciento sesenta días. El primer día se hacian un agujero en la lengua para introducir las varas; y á pesar del grave dolor que sentian, y de la mucha sangre que derramaban, se esforzaban en cantar á sus dioses. De veinte en veinte días repetian aquella cruel operacion. Pasados los primeros ochenta días de ayuno de los sacerdotes, empezaba el del pueblo, de que ninguno se eximia, ni aun los gefes de la república. A nadie era lícito en aquel tiempo bañarse, ni comer la pimienta con que condimentaban sus manjares. Tales son los excesos de crueldad que el fanatismo inspiraba á las desgraciadas naciones de Anáhuac.

EDADES, SIGLO Y AÑO DE LOS MEXICANOS

Todo lo que hemos dicho hasta ahora no da tanto á conocer la religion de los Mexicanos, ni los excesos de su execrable supersticion, como el catálogo de las fiestas que hacian á sus dioses, y de los ritos que en

ellas practicaban; pero ántes de tratar de este asunto, conviene dar cuenta de la distribucion que hacian del tiempo, y del método que tenian en contar los días, los meses, los años y los siglos; Lo que vamos á decir sobre este asunto, ha sido escrupulosamente investigado por hombres inteligentes, y dignos, bajo todos aspectos, de la mayor confianza, los cuales se aplicaron con el mayor empeño á este estudio, examinando atentamente las pinturas antiguas, y consultando á los Mexicanos y Acolhuas mas instruidos. Soy particularmente deudor de estos datos á los religiosos apostólicos Motolinia y Sahagun (de los que sacó Torquemada cuanto hay de bueno en su obra), y al doctísimo mexicano D. Carlos Sigüenza, la verdad de cuyas opiniones he confirmado despues por el exámen que he hecho de muchas pinturas mexicanas, en que están claramente representadas, con sus propias figuras, todas las divisiones cronológicas de aquella nacion.

Distinguan los Mexicanos, los Acolhuas, y todas las naciones mexicanas, cuatro edades diferentes, con otros tantos soles. La primera llamada *Atonatiuh*, esto es, sol ó edad de agua, empezó en la creacion del mundo, y continuó hasta la época en que perecieron el sol y casi todos los hombres en una inundacion general. La segunda *Tlalonatiuh*, edad de tierra, duró desde aquella catástrofe hasta la ruina de los gigantes, y los grandes terremotos, que dieron fin del segundo sol. La tercera *Ehecatonatiuh*, edad de aire, empezó en la caída de los gigantes, y acabó con los grandes torbellinos que exterminaron el tercer sol y todos los hombres. La cuarta *Tletonatiuh*, edad del fuego, comprende desde la última restauracion del género humano, segun hemos dicho en la mitología, hasta que el cuarto sol y la tierra sean consumidos por el fuego. Creian que esta última edad debía terminar al fin de uno de sus siglos, y tal era el motivo de las estrepitosas fiestas que al principio de cada uno hacian al dios del fuego, como en accion de gracias de haber escapa-

do de su voracidad, y prorogado el término del mundo.

En el cómputo de los siglos, de los años y de los meses, los Mexicanos y las otras naciones cultas del Anáhuac seguían el método de los antiguos Toltecas. Su siglo constaba de cincuenta y dos años, distribuidos en cuatro periodos, cada uno de ellos de trece años; y de dos siglos se componía una edad, llamada *Huehuetiliztli*, es decir vieja, de ciento y cuatro años (1). Daban al fin del siglo el nombre de *Toxihuanolyia*, que quiere decir, *ligadura de nuestros años*, porque en él se unían los dos siglos para formar una edad. Los años tenían cuatro nombres, á saber: *Tochtli*, conejo, *Acatl*, caña, *Tecpatl*, pedernal, y *Calli*, casa, y con ellos, y diferentes números se componía el siglo. El primer año del siglo era *primer conejo*; el segundo, *segunda caña*; el tercero, *tercer pedernal*; el cuarto, *cuarta casa*; el quinto, *quinto conejo*, y así continuaba hasta el año decimotercio, que era *decimotercio conejo*, con el cual terminaba el primer periodo. Comenzaba el segundo con *primera caña*, y seguía *segundo pedernal*, *tercera casa*, *cuarto conejo*, hasta acabar con *decimatercia caña*. El tercer periodo empezaba con *primer pedernal*, y terminaba en *decimotercio pedernal*; el cuarto empezaba en *primera casa*, y acababa con *decimatercia casa*: así que, siendo seis los nombres, y trece los números, no había un año que pudiera confundirse con otro (2). Se entenderá mas fácilmente todo esto con la ayuda de la ta-

(1) Algunos autores dan á la edad el nombre de siglo, y á este el de medio siglo; mas esto poco importa, pues esta denominacion no altera el cálculo cronológico.

[2] Boturini asegura, contra el dictámen comun de los autores, que no empezaban todos los siglos por el *primer conejo*, sino por alguno de los otros primeros; pero se engaña, pues todo lo contrario consta en los buenos autores antiguos y en las pinturas. Dico además que nunca entraba en cuatro siglos el mismo nombre, con el mismo número; pero ¿cómo puede ser esto, cuando no había mas que cuatro nombres ó caracteres, y trece números?

bla que se hallará al fin de este volumen.

El año mexicano, constaba, como el nuestro, de trescientos sesenta y cinco dias; porque aunque los meses eran diez y ocho, cada uno de veinte dias, lo que forma tan solo trescientos sesenta, añadian al último mes cinco dias, que llamaban *Nemontémi*, es decir inútiles, porque en ellos no hacían mas que visitarse unos á otros. El año *primer conejo*, primero del siglo, empezaba en 26 de febrero; pero cada cuatro años se anticipaba un dia el año mexicano, por causa del dia intercalar de nuestro año bisiestro, de modo que los últimos años empezaban el 14 de febrero, por causa de los trece dias que interponían en el curso de cincuenta y dos años. Terminado el siglo, volvía á principiar el año en 26 de febrero, como se verá despues(1).

Los nombres que daban á sus meses, se tomaban de las fiestas, de las operaciones que en ellos se hacían, y de los accidentes ó particularidades de sus respectivas operaciones. Estos nombres se leen con alguna variedad en los autores, porque variaban en efecto, no solo entre los diversos pueblos, sino tambien entre los mismos Mexicanos. Los mas comunes eran los siguientes:—

- | | |
|------------------------|------------------|
| 1. Atlacahualco (2). | 10. Xocohuezi |
| 2. Tlacaxipehualiztli. | 11. Ochpaniztli |
| 3. Tozoztontli. | 12. Teotleco. |
| 4. Hueitzoztli. | 13. Tepeilhuitl. |
| 5. Toxcatl. | 14. Quecholli. |

(1) Son diversos los pareceres de los autores acerca del dia en que empezaba el año mexicano. La causa de esta variedad, fué la que resulta de nuestros años bisiestros. Quizás alguno de aquellos escritores habló del año astronómico mexicano, y no ya del religioso, que es el asunto de este artículo.

[2] Gomara, Valadés y otros autores, dicen que el primer mes del año mexicano era el Tlacaxipehualiztli, que es el segundo de la tabla anterior. Los editores mexicanos de las Cartas de Cortés, dicen que era el Atemoztli, que es el decimosesto de la misma tabla. Pero Motolinia, cuyo autoridad es de gran peso, señala por primero el Atlacahualco, y lo mismo piensan otros autores graves é inteligentes.

- | | |
|----------------------|---------------------|
| 6. Etzalcualiztli. | 15. Panquetzaliztli |
| 7. Tecuillhuitontli. | 16. Atemoztli. |
| 8. Hueitecuilhuitl. | 17. Tititl. |
| 9. Tlaxochimaco. | 18. Izcalli. |

MESES MEXICANOS.

Los meses se componían, como ya hemos dicho, de veinte dias, que se llamaban:

- | | |
|-----------------|---------------------------|
| 1. Cipactli. | 11. Ozomatli. |
| 2. Ehecatl. | 12. Malinalli. |
| 3. Calli. | 13. Acatl. |
| 4. Cuetzpallin. | 14. Ocelotl. |
| 5. Coatl. | 15. Cuauhtli. |
| 6. Miquiztli. | 16. Cozacuauhtli (1). |
| 7. Mazatl. | 17. Olintonatiuh, ú Olin. |
| 8. Tochtli. | 18. Tecpatl. |
| 9. Atl. | 19. Quiahuitl. |
| 10. Itzcuintli. | 20. Xochitli. |

Aunque los signos y caracteres significados por estos nombres, estaban distribuidos en los veinte dias segun el orden citado, sin embargo al contarlos no se hacia caso de la division de los meses, sino á ciertos periodos de trece dias, semejantes á los trece años del siglo, que corrían sin interrupcion, aun despues de terminado el mes y el año. El primer dia del siglo era el *primero Cipactli*; el segundo, *segundo Ehecatl*, ó viento; el tercero, *tercero Calli*, ó casa, y así hasta el decimotercio, que era *decimotercio Acatl*, ó caña. El día decimocuarto empezaba otro periodo, contando *primero Ocelotl*, ó tigre, *segundo Cuauhtli*, ó aguilá, hasta concluir el mes con *sétimo Xochitl*, flor; y en el segundo mes continuaban *octavo Cipactli*, *nono Ehecatl*, &c. Veinte de estos periodos hacían en trece meses un ciclo de doscientos sesenta dias, y en todo aquel tiempo no se repetía el mismo signo ó caracter con el mismo número, como puede verse en el calendario al fin de este volumen. En el primer dia del mes decimocuarto, empezaba otro ciclo con el mismo orden de caracteres, y

[1] Esto es el nombre de un pájaro que he descrito en el primer libro. Boturini pone en su lugar Temetlatl, que significa piedra para machacar el maíz y el cacao.

con el mismo número de periodos que el primero. Si el año no tuviese, además de los diez y ocho meses, los cinco dias *Nemontémi*, ó si en estos dias no se continuasen los periodos, el primer dia del segundo año del siglo, sería como en el anterior, *primero Cipactli*, y así mismo el último dia de todos los años sería siempre *Xochitl*; pero como en aquellos dias intercalares seguía el periodo de los trece dias, los signos ó caracteres mudaban de lugar, y el signo *Miquiztli*, que en todos los meses del primer año ocupaba el sexto lugar, ocupa el primero en el segundo año, y por el contrario, el signo *Cipactli*, que en el primer año ocupaba el primer lugar, tiene el decimosesto en el segundo. Para conocer el signo del primer dia de cualquier dia del año, había una regla general, que es la siguiente:—

Año *Tochtli* empieza por *Cipactli*.

Año *Acatl* empieza por *Miquiztli*.

Año *Tecpatl* empieza por *Ozomatli*.

Año *Calli* empieza por *Cozacuauhtli*.

dando siempre al signo del dia: el mismo número del año; de modo que el año *primero Tochtli* empieza por *primero Cipactli*; año *segundo Acatl*, empieza por *segundo Miquiztli*, &c (1).

De lo dicho se infiere cuanto precio daban los Mexicanos al número trece. De trece años eran los cuatro periodos de que se componía el siglo; de trece meses, el ciclo de doscientos sesenta dias, y de trece dias, los periodos de que hemos hecho mencion. La causa de esta predileccion, segun el Dr. Sigüenza, fué el haber sido aquel número el de los dioses mayores. Poco ménos valor tenía á sus ojos el número cuatro. Como contaban en el siglo cuatro periodos de trece años, así contaban trece periodos de cuatro años, y al fin de cada uno de ellos hacían fiestas extraordinarias. Ya he ha-

(1) Boturini dice que el año del conejo empezaba siempre con el dia del conejo; el año de la caña con el dia de la caña, &c.; pero yo doy mas fe á Sigüenza por su mayor conocimiento en la antigüedad Mexicana. El sistema de Boturini está lleno de contradicciones.

blado del ayuno de cuatro meses, y del *Napapohuallatolli*, ó audiencia general que se hacia en el mismo término periódico.

Por lo que respecta al gobierno civil, dividian el mes en cuatro periodos de cinco dias, y en un dia fijo de cualquiera de ellos se hacia la feria, ó mercado general; pero como la religion gobernaba tambien la política, se hacia esta feria en la capital en los dias del conejo, de la caña, del pederal y de la casa, que eran sus signos favoritos.

El año mexicano constaba de setenta y tres periodos de trece dias, y el siglo de setenta y tres periodos de trece meses, ó ciclos de doscientos sesenta dias.

DIAS INTERCALARES.

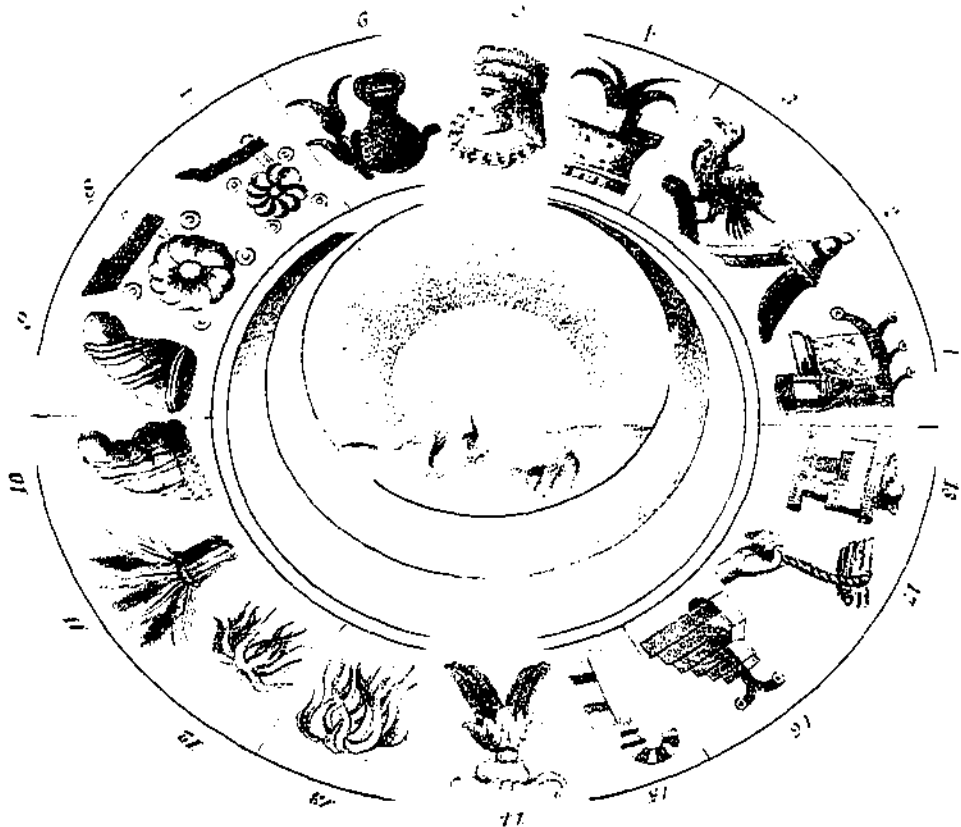
El sistema mexicano ó tolteca de la distribucion del tiempo, aunque complicado á primera vista, era, sin duda alguna, ingenioso y bien entendido; de lo que se infiere que no pudo ser obra de gentes bárbaras é ignorantes. Pero lo mas maravilloso de su cómputo, y lo que ciertamente no parecerá verosímil á los lectores poco iniciados en las antigüedades mexicanas, es que conociendo ellos el exceso de algunas horas que habia del año solar con respecto al civil, se sirvieron de dias intercalares para igualarlos; pero con esta diferencia del método de Julio César en el calendario romano, que no intercalaban un dia de cuatro en cuatro años, sino trece dias, para no descuidar su número privilegiado, de cincuenta y dos en cincuenta y dos años, lo que vale lo mismo para el arreglo del tiempo. Al terminar el siglo, rompian, como despues diremos, toda la vajilla de su uso, temiendo que terminase con él la cuarta edad, el sol y el mundo; y la última noche hacian la famosa ceremonia de la renovacion del fuego. Cuando se habian asegurado con el nuevo fuego, segun creian, de que los dioses habian concedido otro siglo á la tierra, pasaban los trece dias siguientes en proveerse de nueva vajilla, hacerse ropa nueva, componer los templos y las casas, y hacer todos los preparativos pa-

ra la gran fiesta del siglo nuevo. Estos trece dias eran los intercalares, señalados en sus pinturas con puntos azules. No los contaban en el siglo último, ni en el siguiente, ni continuaban en ellos los periodos de los dias, que numeraban siempre desde el primero hasta el último dia del siglo. Pasados los dias intercalares, empezaba el siglo con año *primero Tochli*, y dia *primero Cipacli*, que era el 26 de febrero, así como lo habian hecho al principio del siglo precedente. No me atreveria á publicar estos datos, si no se apoyasen en el respetable testimonio del Dr. Sigüenza, el cual, ademas de su vasta erudicion, crítica y sinceridad, fué el hombre que mas diligencia empleó en aclarar aquellos puntos, ya consultando á los Mexicanos y á los Texcocanos mas instruidos, ya estudiando las historias y las pinturas de aquellos países.

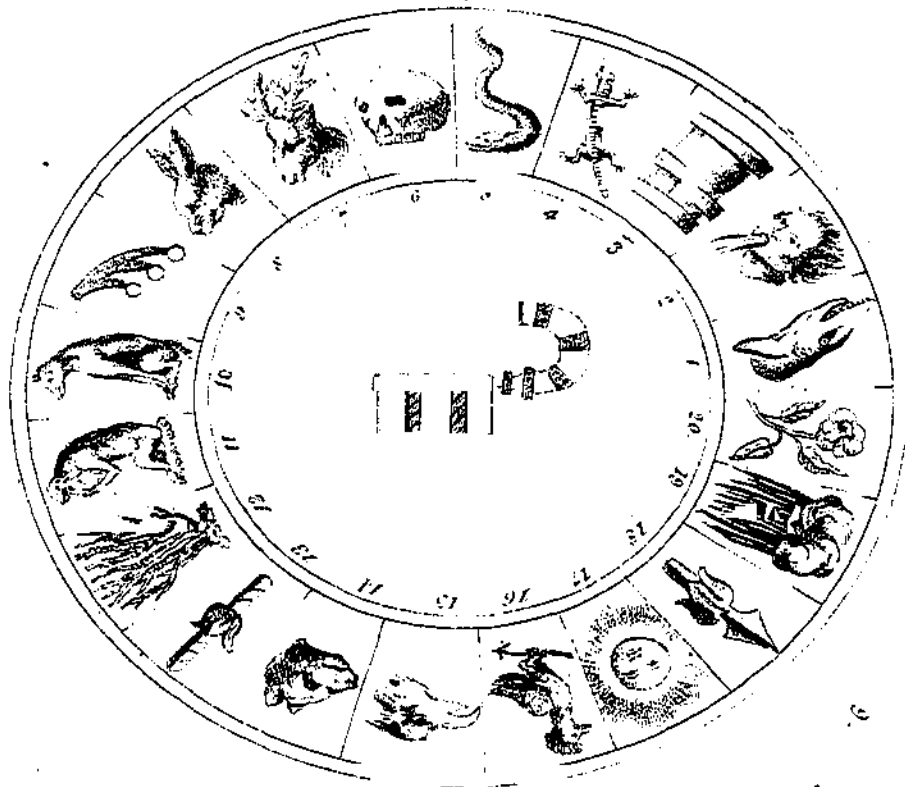
Boturini asegura que mas de cien años antes de la era cristiana, corrigieron los Toltecas su calendario, añadiendo, como nosotros hacemos, un dia de cuatro en cuatro años; y que así se practicó por algunos siglos, hasta que los Mexicanos establecieron el método que acabo de describir: que la causa de esta novedad fué el haber caido en un mismo dia dos fiestas religiosas, la una movable de Tezcatlipoca, y la otra fija de Huitzilopochtli, y el haber los Colhuas celebrado esta, transfiriendo aquella; por lo que, indignado Tezcatlipoca, predijo la destruccion de la monarquía de Colhuacan y del culto de los dioses antiguos, juntamente con la sumision de aquel pueblo al culto de una sola divinidad, jamas vista ni oida, y al dominio de ciertos extranjeros venidos de países remotos: que noticioso de esta prediccion el rey de México, mandó que cuando concurriesen en un mismo dia dos fiestas, se celebrase en aquel dia la principal, y la otra en el siguiente, y que se omitiese el dia que se solia añadir de cuatro en cuatro años, y terminado el siglo se introdujesen los trece dias atrasados. Pero yo no tengo suficientes motivos para dar fe á estos pormenores.

Dos cosas parecerán estrañas en el siste-

AÑO MEXICANO.



MESES MEXICANO.



ma de los Mexicanos: la una, el no tener meses arreglados por el curso de la luna; la otra, el carecer de signos particulares para distinguir un siglo de otro. Por lo que hace á lo primero, yo no dudo que sus meses astronómicos se arreglasen á los periodos lunares, como lo prueba el nombre *Metzli*, que significa igualmente luna y mes. El mes de que he hablado hasta ahora es el religioso, que era el que les servia para las fiestas y adivinaciones; pero nó el astronómico, del cual solo sabemos que lo dividian en dos partes, llamadas sueño y vigilia de la luna. Tambien estoy persuadido de que tenian algun carácter para distinguir un siglo de otro, lo que seguramente les era tan fácil como necesario; pero ningun autor habla de este punto.

ADIVINACION.

La distribucion de los signos ó caracteres, tanto de los dias como de los años, servia á los Mexicanos para sus pronósticos supersticiosos. Predecian la buena ó mala suerte de los niños segun el signo del dia de su nacimiento; mas la felicidad de los casamientos, de las guerras, y de cualquier otro negocio, por el signo del dia en que se emprendian y empezaban. No solo consultaban el carácter propio del dia y del año, sino el dominante en cada periodo de unos y otros, que era el primero de cada uno de ellos. Cuando los mercaderes se ponian en viaje, procuraban hacerlo en un dia en que dominase el signo *Coatl*, serpiente, prometiéndose buen éxito en su expedicion. Los que nacian bajo el signo *Cuauhli*, águila, debian ser, en la creencia de aquellos pueblos, burlescos y mordaces, si eran niños; y si niñas, locuaces y descaradas. La coincidencia del año y del dia del conejo, se creia la mas venturosa.

FIGURAS DEL SIGLO, DEL AÑO Y DEL MES.

Para significar el mes, pintaban un círculo ó rueda, dividida en veinte figuras, que representaban los veinte dias, como se ve en la adjunta estampa, copia de la publica-

da por Valadés en su Retórica Cristiana, que es la única conocida. La representacion del año era otra rueda dividida en las diez y ocho figuras de los meses, y algunas veces ponian en medio la imágen de la luna. La de nuestra estampa se ha tomado de la que publicó Gemelli, copiándola de una pintura antigua del Dr. Sigüenza (1). El siglo se simbolizaba en otra rueda dividida en cincuenta y dos figuras, ó mas bien en cuatro figuras repetidas trece veces. Solian pintar una sierpe enroscada en torno, indicando en cuatro pliegues de su cuerpo, los cuatro puntos cardinales, y los principios de los cuatro periodos de trece años cada uno. La rueda de mi estampa es copia de otras dos, una publicada por Valadés, y otra por Gemelli, dentro de la cual se ha representado el sol, como hacian frecuentemente los Mexicanos. En otra parte explicaré las figuras para satisfaccion del lector.

AÑOS Y MESES CHIAPANECAS.

El método adoptado por los Mexicanos para el cómputo de los meses, años y siglos, era, como ya hemos visto, comun á todas las naciones de Anáhuac, sin otra diferencia que en los nombres y en las figuras (2). Los Chiapanecas, que de los tributarios de la corona de México eran los mas distantes de la capital, usaban, en lugar de las cuatro figuras y nombres del conejo, la caña, el podernal y la casa, las palabras *votan*, *lambat*, *been* y *chinax*: para los dias empicaban los nombres de veinte hombres ilustres de su nacion, entre los cuales, los cuatro referidos observaban el mismo orden que

[1] Tres copias distintas se han publicado del año mexicano: la de Valadés, la de Sigüenza, dada á luz por Gemelli, y la de Boturini. En la de Sigüenza se ve la rueda del año dentro de la del siglo, y en la de Valadés, la del mes dentro del año. En mis estampas las tres están divididas para mayor claridad.

[2] Boturini dice que los indios de la diócesis de Oaxaca tenian sus años de trece meses: probablemente seria el año astronómico ó civil, pero nó el religioso.

los cuatro mexicanos que acabamos de citar. Los nombres chiapanecas de los veinte días del mes eran:—

- | | |
|-----------------|-------------|
| 1. Mox. | 11. Batz. |
| 2. Igh. | 12. Enoh. |
| 3. Votan. | 13. Been. |
| 4. Ghanan. | 14. Hix. |
| 5. Abagh. | 15. Tziqin. |
| 6. Tox. | 16. Chabin. |
| 7. Moxic. | 17. Chix. |
| 8. Lambat. | 18. Chinax. |
| 9. Molo ó mula. | 19. Cabogh. |
| 10. Elah. | 20. Aghual. |

No habia mes en que los Mexicanos no celebrasen algunas fiestas, ó fijas, ó establecidas para un día cualquiera del mes, ó móviles, por estar anexas á algunos signos, que no correspondian á los mismos días todos los años. Las principales fiestas móviles, segun Boturini, eran diez y seis, la cuarta de las cuales era la del dios del vino, y la decimatercia la del dios del fuego. En cuanto á las fijas, diré brevemente lo que baste á dar una idea completa de la religion y del genio supersticioso de aquellas gentes.

FIESTAS DE LOS CUATRO MESES PRIMEROS.

El segundo día del primer mes hacian una gran fiesta á Tlaloc, con sacrificio de niños que se compraban con aquel objeto, y con el gladiatorio. No se sacrificaban de una vez todos los niños comprados, sino en ciertos periodos de los meses correspondientes á marzo y abril, para impetrar de aquel dios la lluvia necesaria al maiz. El primer día del segundo mes, que correspondia al 18 de Marzo (1), en el primer año de su siglo, hacian fiesta solemnísima al dios Xipe, con sacrificios extraordinariamente crueles. Conducian á las víctimas, tirándolas por los cabellos al atrio superior del templo, y allí despues de haberles dado muerte, del modo acostumbrado, las desollaban, y los sacerdotes se vestian con sus pellejos, ostentando muchos días aquellos sangrientos des-

(1) Cuando establecimos la correspondencia de los meses mexicanos con los nuestros, se debe entender de los del primer año de su siglo.

pojos. Los dueños de los prisioneros sacrificados debian ayunar veinte días, y despues hacian grandes banquetes con la carne de las víctimas. Ademas de los prisioneros sacrificaban á los que habian robado plata ú oro, los cuales por las leyes del reino estaban condenados á aquel suplicio. La circunstancia de desollar las víctimas, fué la causa de dar á este mes el nombre de *Tlacaxipchualiztli*, es decir, desolladura de hombres. En esta fiesta hacian los militares ejercicios de armas y simulacros de guerra, y los nobles celebraban con canciones los hechos ilustres de sus antepasados. En Tlaxcala habia bailes de nobles y plebeyos, vestidos todos de pieles de animales, con adornos de oro y plata. Por causa de estos bailes, comunes á toda clase de personas, daban al mes y á la fiesta el nombre de *Coailhuill*, ó sea fiesta general.

En el mes tercero, que empezaba el 7 de abril, se celebraba la segunda fiesta de Tlaloc, con el sacrificio de algunos niños. Las pieles de las víctimas sacrificadas á Xipe en el mes anterior, se llevaban entónces procesionalmente á un templo llamado Xopico, que estaba dentro del recinto del templo mayor, y se depositaban en una caverna que habia en él. En el mismo mes, los Xochimanquenses ó mercaderes de flores, celebraban la fiesta de su diosa Coatlicue, y le presentaban rarailletes primorosos. Antes que se hiciese la oblation, á nadie era lícito oler aquellas flores. Todas las noches de este mes velaban los ministros de los templos, y hacian grandes hogueras; por lo que se llamó *Tozontli*, ó pequeña vigilia.

El cuarto mes se llamaba *Hucäoztli*, ó vigilia grande; por que no velaban solo los sacerdotes, sino tambien la nobleza y la plebe. Sacábanse sangre de las orejas, de los párpados, de la nariz, de la lengua, de los brazos y de los muslos, para expiar las culpas cometidas con todos sus sentidos, y con la sangre teñian unas ramas que colocaban á las puertas de sus casas, sin otro objeto probable que hacer ostentacion de su penitencia. De este modo se preparaban á la

fiesta de la diosa Centeotl, que celebraban con sacrificios de hombres y animales, especialmente de codornices, y con simulacros de guerra que hacian delante del templo de la diosa. Las muchachas llevaban al templo mazorcas de maiz, y despues de haberlas ofrecido á la divinidad, las llevaban á los graneros, á fin de que, santificadas con aquella ceremonia, preservasen de insectos á todo el grano. Este mes empezaba el 27 de abril.

FIESTA GRANDE DEL DIOS TEZCATLIPOCA.

El quinto mes, que principiaba el 17 de mayo, era casi todo festivo. La primera fiesta, una de las cuatro principales de los Mexicanos, era la que hacian á su gran dios Tezcatlipoca. Diez días ántes se vestia y adornaba un sacerdote como estaba representado aquel númen, y salia del templo con un ramo de flores en la mano, y una flautilla de barro, que daba un son agudísimo. Despues de haber vuelto el rostro, primero á Levante, y despues á los otros tres puntos cardinales, tocaba con fuerza aquel instrumento, y tomando del suelo un poco de polvo, lo llevaba á la boca, y lo tragaba. Al oír el son del instrumento, todos se arrodillaban. Los que habian cometido algun crimen, llenos de espanto y consternacion, rogaban llorando al dios, que les perdonase su culpa, y que no permitiese fuese descubierta por los hombres: los militares le pedian valor y fuerza, para combatir con los enemigos de la nacion, grandes victorias y muchos prisioneros para los sacrificios; y todo el pueblo, repitiendo la ceremonia de tragar el polvo, imploraba con amargo llanto la clemencia de los dioses. Repetíase el toque de la flauta todos los otros días que precedian á la fiesta. El día ántes, los nobles llevaban un nuevo traje al ídolo, del cual lo vestian inmediatamente los sacerdotes, guardando el viejo como reliquia en un arca del templo: despues lo adornaban de ciertas insignias particulares de oro y plata, y plumas hermosas, y alzaban el portalon que cerraba siempre el ingreso del templo,

á fin de que todos los circunstantes viesen y adorasen la imágen. Llegado el día de la fiesta, el pueblo concurría al atrio inferior del templo. Algunos sacerdotes, pintados de negro, y vestidos como el ídolo, lo llevaban sobre una litera, que los jóvenes y doncellas ceñian con cuerdas gruesas, hechas de hileras de granos de maiz tostado, y de ellas se le hacia un collar y una guirnalda. Esta cuerda, símbolo de la sequedad, que era muy temida entre aquellas gentes, se llamaba *Toxcatl*, nombre que por aquella razon se dió al mes. Todos los jóvenes y doncellas del templo, y los nobles, llevaban literas semejantes al cuello y á las manos. De allí salian en procesion por el atrio inferior, cuyo pavimento estaba cubierto de flores y yerbas fragantes: dos sacerdotes incensaban al ídolo, que otros llevaban en hombros. En tanto el pueblo estaba de rodillas, azotándose las espaldas con cuerdas gruesas y anudadas. Terminada la procesion, y con ella la disciplina, volvian á colocar el ídolo en el altar, y hacíanle copiosas oblaciones de oro, joyas, flores, plumas, animales y manjares, que preparaban las doncellas y otras mugeres, dedicadas por vicio particular á servir el templo en aquellos días. Las doncellas llevaban en procesion aquellos platos, conducidas por un sacerdote de alta gerarquía, vestido de un modo estravagante, y los jóvenes los distribuian en las habitaciones de los otros sacerdotes, á quienes estaban destinados.

Hacíase despues el sacrificio de la víctima que representaba al dios Tezcatlipoca. Este era el joven mejor parecido y mas bien conformado de todos los prisioneros. Escogíanlo un año ántes, y durante todo aquel tiempo iba vestido con ropa igual á la del ídolo. Pascaba libremente por la ciudad, aunque escoltado por una buena guardia, y era generalmente adorado como imágen viva de aquella divinidad suprema. Veinte días ántes de la fiesta, aquel desgraciado se casaba con cuatro hermosas doncellas, y en los cinco últimos le daban comidas opíparas, prodigándole ademas toda clase de placeres.

El día de la fiesta lo conducían con gran acompañamiento al templo; pero ántes de llegar, despedían á sus mugeres. Acompañaba al ídolo en la procesion, y á la hora del sacrificio lo estendían en el altar, y el gran sacerdote le abría con gran reverencia el pecho, y le sacaba el corazon. Su cadáver no era arrojado por las escaleras como el de las otras víctimas, sino llevado en brazos de los sacerdotes al pié del templo, y allí decapitado. El cráneo se ensartaba en el Tzompantli, donde se conservaban todos los de las víctimas sacrificadas á Tezcatlipoca; mas las piernas y brazos, cocidos y condimentados, se enviaban á las mesas de los señores. Despues del sacrificio habia un gran baile de los colegiales y nobles que habian asistido á la fiesta. Al ponerse el sol, las doncellas del templo hacían otra oblacion de pan amasado con miel. Este pan, con no sé que otra cosa, se ponía delante del altar, y servía de premio á los jóvenes que, en la carrera que hacían por las escaleras del templo, salían victoriosos. Tambien se les galardonaba con ropas, y eran muy festejados por los sacerdotes y por el pueblo. Dábase fin á la fiesta, licenciando de los seminarios á los jóvenes y doncellas que estaban en edad de casarse. Los que se quedaban, los ultrajaban con espresiones satíricas y burlescas, y les tiraban haces de juncos y otras yerbas, echándoles en cara el abandonar el servicio de los dioses por los placeres del matrimonio. Los sacerdotes les permitían estos excesos, como desahogos propios de la edad.

FIESTA GRANDE DE HUITZILOPOCHTLI.

En el mismo quinto mes se celebraba la primera fiesta de Huitzilopochtli. Fabricaban ántes los sacerdotes la estatua de aquel dios, de la altura regular de un hombre. Hacíanle las carnes de la masa de *Tzohuatli*, que era un grano de que solían hacer uso en sus comidas; los huesos, de madera de mizquitl, ó acacia. Vestíanlo con ropas de algodón, de maguey, y con un manto de plumas. Le ponían sobre la cabeza un para-

sol de papel, adornado de plumas hermosas, y sobre él un cuchillo de pedernal ensangrentado. En el pecho le fijaban una plancha de oro: en el vestido se veían muchas figurillas que representaban huesos y hombres descuartizados, con lo que significaban el poder de aquel dios en las batallas, ó la terrible venganza, que, segun su mitología, tomó de los que conspiraron contra el honor y la vida de su madre. Colocaban la imágen en una litera dispuesta sobre cuatro sierpes de madera, que llevaban los cuatro oficiales mas distinguidos del ejército, desde el sitio en que se habia hecho la estatua, hasta el altar. Muchos jóvenes, formando círculo con unas flechas que agarraban, los unos por la punta, y los otros por el mango, precedían á la litera, llevando un gran pedazo de papel, en que probablemente irían representadas las acciones gloriosas del dios, las que ellos cantaban al mismo tiempo, al son de instrumentos músicos.

Llegado el día de la fiesta, se hacia por la mañana un gran sacrificio de codornices, que echaban al pié del altar, despues de cortarles las cabezas. El primero que sacrificaba era el rey, despues los sacerdotes, y en seguida el pueblo. De tan gran muchedumbre de aves, una parte se condimentaba para la mesa del rey, otra para los sacerdotes, y el resto se guardaba para otra ocasion. Todos los que asistian á la solemnidad llevaban incensarios de barro y cierta cantidad de resina, para quemarla, é incensar á su dios; y todas las brasas que servían en aquella ceremonia, se ponían despues en un gran caldero llamado *Tlexicli*. Por esta circunstancia daban á la fiesta el nombre de *incensar á Huitzilopochtli*. Seguía inmediatamente el baile de las doncellas y de los sacerdotes. Las doncellas se teñían el rostro, y llevaban plumas encarnadas en los brazos; en la cabeza, guirnaldas de granos de maiz tostados, y en las manos unos cañas con banderolas de algodón y papel. Los sacerdotes se teñían el rostro de negro; en la frente se ponían unas ruedas de papel, y se untaban con miel los labios; cubríanse las

partes obscenas con papel, y cada uno llevaba en la mano un cetro que terminaba en una flor y en un globo de plumas. Sobre el borde del hogar del fuego sagrado, bailaban dos hombres, cargados con una jaula de pino. Durante el baile, los sacerdotes tocaban de cuando en cuando el suelo con los cetros, en actitud de apoyarse en ellos. Todas estas ceremonias tenían su particular significacion, y el baile, por causa de la fiesta en que se hacia, se llamaba *Toxcochocholla*. En otro sitio separado bailaban los cortesanos y los militares. Los instrumentos músicos, que en los otros bailes ocupaban el centro, en aquel estaban fuera del círculo, de modo que se oyese el son, sin ver á los que lo hacían.

Un año ántes se escogía, con la víctima de Tezcatlipoca, el prisionero que debia ser sacrificado á Huitzilopochtli, y le daban el nombre de *Ixtoccale*, que quiere decir, sabio señor del cielo. Los dos se paseaban juntos todo el año, con esta diferencia, que adoraban al de Tezcatlipoca, y nó al de Huitzilopochtli. En el día de la fiesta vestían al prisionero con un primoroso ropaje de papel pintado, y le ponían en la cabeza una mitra de plumas de águila, con un penacho en la punta. En la espalda llevaba una red, y sobre ella una bolsa, y con este atavío tomaba parte en el baile de los cortesanos. Lo mas singular de este prisionero era que él mismo debia señalar la hora de su muerte. Cuando le parecia, se presentaba á los sacerdotes, en cuyos brazos, y no en el altar, le rompía el sacrificador el pecho, y le sacaba el corazon. Terminado el sacrificio, empezaban los sacerdotes el baile, que duraba todo el resto del día, interrumpiéndolo tan solo para incensar al ídolo. En esta misma fiesta hacían los sacerdotes una pequeña incision en el pecho y en el vientre á todos los niños nacidos un año ántes. Este era el carácter ó distintivo con que la nacion mexicana se reconocía especialmente consagrada al culto de su dios protector, y esta es la razon que tuvieron algunos escri-

tores para creer que la circuncision estaba en uso entre aquellas gentes (1). Pero si acaso practicaban esta ceremonia los Yucatecos y los Totonacas, no así los Mexicanos, ni ninguna otra nacion del imperio.

[1] El P. Acosta dice que "los Mexicanos sacrificaban en sus hijos las orejas y el miembro genital, en lo que de algun modo imitaban la circuncision de los Judíos." Pero si este autor habla de los descendientes de los antiguos Aztecas, que fundaron la ciudad de México y cuya historia escribimos, la noticia es enteramente falsa; porque despues de la mas diligente observacion, no se ha podido hallar en ellos el menor vestigio de semejante rito. Si habla de los Totonacas, que por haber sido súbditos del rey de México son llamados Mexicanos por algunos autores, es cierto que hacían á los niños aquella mutilacion. El insípido y mordaz autor de la obra francesa *Recherches philosophiques sur les Américains*, adopta la relacion del P. Acosta, y hace una larga disertacion sobre el origen de la circuncision, que crée inventada por los egipcios, ó por los etíopes, para preservarse, segun dice, de los gusanos que crian los incircuncisos en la zona tórrida. Afirma que de los egipcios pasó á los hebreos, y que no siendo al principio sino un remedio físico, el fanatismo la convirtió despues en ceremonia religiosa. Quiere hacernos creer que el calor de la zona tórrida es la causa de aquella enfermedad, y que para librarse de ella, adoptaron la circuncision los Mexicanos y los otros pueblos de América. Pero dejando aparte la falsedad de sus principios, su falta de respeto á los libros santos, su aficion á apurar todos los asuntos obscenos, y reduciéndome á lo que tiene relacion con mi historia, protesto que no he hallado jamas entre los Mexicanos, ni entre las naciones sometidas á ellos, el menor vestigio de circuncision, excepto entre los Totonacas; ni haber tenido noticia de esa enfermedad de gusanos en aquellas paices, aunque todos están situados en la zona tórrida, y aunque he pasado en ellos trece años, continuamente visitando enfermos. Además de que si el calor es la causa de la tal dolencia, mas comun deberia ser esta en el país nativo del autor, que en las regiones mediterráneas de México, donde el calor es moderadísimo. Tambien se engañó Mr. Maller, citado por él mismo, el cual en su diatriba sobre la circuncision, inserta en la Enciclopedia, creyó, por no haber entendido las espresiones de Acosta, que los Mexicanos cortaban realmente á todos los niños las orejas y las partes genitales, y pregunta maravillado si podían quedar muchos vivos despues de tan cruel operacion. Pero si yo creyese lo que el tal Mr. Maller, preguntaria con mas razon ¿cómo es posible que

FIESTAS DE LOS MESES SESTO, SEPTIMO,
OCTAVO Y NONO.

En el sexto mes, que empezaba á 6 de junio, se celebraba la tercera fiesta de Tlaloc. Adornaban curiosamente el templo con juncos del lago de Citlaltepec. Los sacerdotes que iban á tomarlos, hacian impunemente cuanto daño querian á las gentes que hallaban en el camino, despojándolas de cuanto llevaban, hasta dejarlas algunas veces enteramente desnudas, y dándoles de golpes si hacian la menor resistencia. Era tal la osadía de aquellos hombres, que no solo atacaban á la plebe, sino que quitaban los tributos reales á los recaudadores, si acaso daban con ellos, sin que los particulares osasen quejarse de tales excesos, ni el rey imponerles el debido castigo. En el día de la fiesta comían todos cierto manjar llamado *Etzalli*, de donde el mes tomó el nombre de *Etzalcualiztli*. Llevaban al templo una gran cantidad de papel de color y de resina elástica, y con esta untaban el papel y la garganta de los ídolos. Despues de tan ridícula ceremonia, sacrificaban algunos prisioneros vestidos como Tlaloc y sus compañeros; y para consumir su crueldad, iban embarrados los sacerdotes, con gran muchedumbre de pueblo, á un sitio del lago, donde habia un remolino ó sumidero, y allí sacrificaban dos niños de ambos sexos, ahogándolos en las aguas, á las que arrojaban tambien los corazones de los prisioneros sacrificados en aquella fiesta, con el objeto de impetrar de los dioses la lluvia necesaria á los campos. En aquella misma ocasion privaban del sacerdocio á los ministros del templo, que en el curso del año se habían

hubiese habido Mexicanos en el mundo? A fin de que no haya equivocaciones en la lectura de los antiguos historiadores españoles de América, conviene saber, que cuando ellos dicen que los Mexicanos ú otros pueblos de aquel continente sacrificaban la lengua, las orejas ó otro miembro, no quieren decir sino que se hacian una incision en él, y se sacaban sangre.

manifestado negligentes en el desempeño de sus funciones, ó habían sido sorprendidos en un gran delito, que sin embargo no era de pena capital: el modo que tenían de castigarlos era semejante á la burla que hacen los marineros con el que por primera vez pasa la línea; con esta diferencia, que las inmersiones eran tan repetidas y largas, que el pobre reo tenia que irse á su casa á curarse de una grave enfermedad.

En el sétimo mes, que empezaba á 26 de junio, se celebraba la fiesta de Huixtocihuatl, diosa de la sal. Un día ántes de la fiesta habia un gran baile de mugeres, que bailaban en círculo, agarrándose á una cuerda hecha de ciertas flores, y con guirnaldas de agenjo en la cabeza. En el centro del círculo, habia una muger prisionera vestida como la diosa. Acompañaban el baile con canto, bajo la direccion, uno y otro, de dos sacerdotes viejos y de alta dignidad. El baile duraba toda la noche, y en la mañana siguiente empezaba el de los sacerdotes, que duraba todo el día, interrumpiéndolo algunas veces con los sacrificios de los prisioneros. Los sacerdotes iban vestidos con mucha decencia, y llevaban en las manos aquellas hermosas flores llamadas en México *compalxochitl*, y en Europa claveles de Indias. Al ponerse el sol se hacia el sacrificio de la prisionera, y terminaba la funcion con grandes banquetes.

Todo aquel mes era de gran alegría para los Mexicanos. En él se ponian la mejor ropa, daban frecuentes bailes, y tenían grandes diversiones en los jardines. Las poesías que cantaban eran de amores ó de otros asuntos agradables. Los plebeyos iban á cazar á los montes, y los nobles hacian juegos y ejercicios militares, ó en el campo, ó con barcos en el lago. Estas alegrías de la nobleza dieron al mes el nombre de *Tecuilhuitl*, fiesta de los señores, y de *Tecuilhuiontli*, fiesta pequeña de los señores, porque en efecto era pequeña comparada con la del mes siguiente.

Este empezaba el 16 de julio, y en él hacian una gran fiesta á la diosa Centeotl, ba-

FIESTAS DE LOS MESES DECIMO, UNDECIMO,
DUODECIMO Y DECIMOTERCIO.

En el décimo mes, que empezaba en 25 de agosto, se hacia la fiesta de Xiuhteuctli, dios del fuego. En el mes anterior traian del bosque los sacerdotes un gran árbol, y lo fijaban de pié en el atrio inferior del templo. El día ántes de la fiesta le quitaban las ramas y la corteza, lo adornaban con papel de varios colores, y desde entónces era reverenciado como la imagen del dios. Los dueños de las víctimas se teñian el cuerpo de ocre, para imitar de algun modo el color del fuego, y se ponian sus mejores vestidos. Iban de este modo al templo con sus prisioneros, y allí pasaban bailando y cantando toda la noche. Llegado el día de la fiesta, y la hora del sacrificio, ataban á las víctimas de piés y manos, y les cubrian el rostro con polvo del *xauhtli* (1), á fin de que aturdidos con sus emanaciones, les fuese ménos sensible la muerte. Despues volvian á bailar, cada uno con su prisionero á cuestas, y los iban echando uno á uno en un gran fuego encendido en el atrio, de donde los sacaban inmediatamente con instrumentos de madera, para consumir el sacrificio sobre el altar, y en el modo acostumbrado. Los Mexicanos daban al mes el nombre de *Xocohuetzi*, que viene á ser madurez de frutos. Los Tlaxcaltecas llamaban al mes nono, *Miccaihuitl*, ó fiesta de muertos, porque en él hacian oblaciones por las almas de los difuntos; y al décimo, *Huicimiccaihuitl*, es decir, fiesta grande de los muertos, porque en él se vestian de luto, y lloraban la muerte de sus antepasados.

Cinco días ántes de empezar el mes undécimo, que principiaba en 14 de setiembre, cesaban todas las fiestas. Los ocho prime-

[1] El *Xauhtli* es una planta cuyo tallo tiene un codo de largo; sus hojas son semejantes á las del sauce, pero dentadas; las flores amarillas, y las raíces sutiles. Las flores y las hojas tienen el mismo olor y sabor que el aniz. Es útil en la medicina, y los médicos mexicanos la aplicaban á muchas dolencias; pero tambien la empleaban en usos supersticiosos.

jo el nombre de *Xilonen*; pues como ya hemos dicho, le mudaban el nombre segun los progresos del maiz en su crecimiento. En esta ocasion llamábanla *Xilonen*, porque la mazorca, cuando aun está tierno el grano, se llama *Xilol*. Duraba la fiesta ocho días, en los cuales era casi continuo el baile en el templo de la diosa. El rey y los señores daban de comer y beber al pueblo en aquellos días. Los que participaban de aquella generosidad, se ponian en filas en el atrio inferior del templo, y allí se traia la *chiampinolli*, que era cierta bebida, de las mas comunes entre ellos; el *tamalli*, ó pasta de maiz, hecha á modo de rabioles, y otros manjares de que hablaré despues. Enviábanse regalos á los sacerdotes: los señores se convidaban mutuamente á comer, y se daban unos á otros, oro, plata, plumas hermosas y animales raros. Cantaban los hechos gloriosos de sus abuelos, la nobleza y la antigüedad de sus casas. Al ponerse el sol, y despues de la comida del pueblo, bailaban los sacerdotes por espacio de cuatro horas, y entre tanto habia una gran iluminacion en el templo. El último día era el baile de los nobles y de los militares, en el cual tomaba parte una muger prisionera, que representaba á la diosa, y que era sacrificada despues con las otras víctimas. Así la fiesta como el mes, se llamaban *Huuitecuilhuil*, es decir, la gran fiesta de los señores.

En el nono mes, que empezaba en 5 de agosto, se celebraba la segunda fiesta de Huitzilopochtli, en la cual, ademas de las ceremonias ordinarias, adornaban con flores, no solo los ídolos de los templos, sino tambien los de las casas; por lo cual se llamó el mes *Tlazochimaco*. La noche ántes de la fiesta, se empleaba en preparar las viandas, que al día siguiente comían con gran algazara y regocijo. Los nobles de ambos sexos bailaban poniéndose las manos en los hombros recíprocamente. Este baile, que duraba todo el día, terminaba con el sacrificio de algunos prisioneros. Tambien se celebraba con sacrificios, en el mismo mes, la fiesta de *Xacatcucilli*, dios del comercio.

ros dias del mes habia baile; pero sin música ni canto, haciendo cada cual los movimientos y contorsiones que le sugeria su capricho. Pasado aquel tiempo, vestian á una prisionera con el mismo traje de Teteonnan, ó madre de los dioses, cuya fiesta celebraban, y la acompañaban muchas mugeres, especialmente las parteras, que durante cuatro dias continuos procuraban divertirla y distraerla. El día principal de la fiesta, conducian aquella infeliz al atrio superior del templo de la diosa, y allí la sacrificaban, no sobre el altar comun de las otras víctimas, sino decapitándola en brazos de otra muger. Un jóven, seguido de gran acompañamiento, llevaba el pellejo de la víctima á presentarlo al ídolo de Huitzilopochtli, en memoria del inhumano sacrificio que hicieron sus antepasados con la princesa de Colhuacan; pero ántes inmolaban, de la inmanera acostumbrada, cuatro prisioneros, para significar, segun creo, los cuatro Xochimilcos sacrificados en Colhuacan, durante su cautiverio. En el mismo mes se hacia la revista de las tropas, y se enganchaban los jóvenes que se destinaban á la profesion de las armas, los cuales, desde entónces, quedaban obligados á ir á la guerra, siempre que fuese necesario. Todos los nobles y plebeyos barrian el templo, que es lo que significa el nombre del mes *Ochpaniztli*. Al mismo tiempo se limpiaban y componian las calles, se reparaban los acueductos y las casas, en cuyas operaciones intervenian muchos ritos supersticiosos.

En el mes duodécimo, que entraba á 4 de octubre, se celebraba la fiesta de la llegada de los dioses, que es lo que significa *Teotleco*, nombre del mes y de la fiesta. El 16 de este mes mexicano, engalanaban los templos y las esquinas de las calles de la ciudad. El 18 empezaban á llegar los dioses, segun ellos decian, y el primero era el gran dios *Tezcatlipoca*. Estendian delante de la puerta de su santuario una estera de palma, y esparcian sobre ella harina de maiz. El sumo sacerdote velaba toda la noche anterior, yendo de cuando en cuando á observar

la estera, y cuando descubria en ella algunas pisadas, que sin duda habria estampado algun sacerdote, empezaba á gritar: *Ya ha llegado nuestro gran dios*. Entónces los sacerdotes y el pueblo iban á adorarlo, y á celebrar su llegada con himnos y bailes, que duraban toda la noche. En los dias siguientes iban sucesivamente llegando los otros dioses, y el día vigésimo y último del mes, cuando se creia que habian llegado todos, bailaban en derredor de un gran fuego muchos jóvenes vestidos á guisa de monstruos; en tanto se arrojaban los prisioneros á las llamas, en que morian. Al ponerse el sol se hacian grandes banquetes, en que bebian mas de lo acostumbrado, creyendo que el vino que usaban en aquella ocasion, servia para lavar los piés á los dioses. ¡A tales excesos llegó el bárbaro fanatismo de aquellos pueblos! No era ménos supersticiosa la ceremonia que hacian con los niños, para preservarlos del mal que temian les hiciese uno de los dioses; pues les pegaban con trementina muchas plumas á los hombros, á los brazos y á las piernas.

En el mes decimotercero, que empezaba en 24 de octubre, se celebraba la cuarta fiesta de los dioses del agua y de los montes. El nombre *Tepeilhuitl*, que daban á este mes, no significa otra cosa que fiesta de los montes. Hacian unos montecillos de papel, sobre los cuales ponian sierpes de madera, raices de arboles, y unos idolillos ó juguetes, cubiertos con una masa particular, llamados *Ehecatotontin*. Ponian todas estas cosas sobre los altares, y las adoraban como imágenes de los dioses de los montes, cantándoles himnos, ofreciéndoles copal y manjares. Los prisioneros que se sacrificaban en esta fiesta eran cinco, un hombre y cuatro mugeres, y á cada víctima se daba un nombre particular, alusivo á ciertos misterios que ignoramos. Vestíanlas de papel de color, cubierto de resina elástica, y las llevaban en andas procesionalmente, sacrificándolas despues del modo ordinario.

FIESTAS DE LOS CINCO MESES ULTIMOS.

En el decimoquarto mes, que empezaba á 13 de noviembre, se hacia la fiesta de *Mixcoatl*, diosa de la caza. Precedian cuatro dias de ayuno rigoroso y general, con efusion de sangre, durante los cuales se hacian las flechas y dardos, para provision de las armaduras, y unas saetillas, que con cierta cantidad de leña de pino y algunas viandas, colocaban sobre los sepulcros de sus parientes, y despues las quemaban. Terminado el ayuno, salian los Mexicanos y Tlatolescos á una caza general que se hacia en uno de los montes inmediatos, y todos los animales que cogian se llevaban, con grandes demostraciones de júbilo, á México, donde se sacrificaban á *Mixcoatl*. El rey asistia, no solo al sacrificio, sino á la caza. Dieron á este mes el nombre de *Quecholli*, porque era la estacion en que parecia en las orillas del lago, el hermoso pájaro llamado así por ellos, y por muchos europeos *flamenco*.

En el mes decimoquinto, que empezaba el 3 de diciembre, se celebraba la tercera y principal fiesta de *Huitzilopochtli* y de su hermano, en la que parece que el demonio (llamado por algunos padres *mano de Dios*) se propuso remedar en cierto modo los augustos misterios de la religion cristiana. El primer día del mes fabricaban los sacerdotes dos estatuas de aquellos dos dioses, con ciertos granos, amasados con sangre de niños sacrificados, y en lugar de huesos, les ponian ramas de acacia. Colocabánelos en el altar principal del templo, y toda aquella noche velaban los sacerdotes. Al día siguiente bendecian los ídolos, y cierta cantidad de agua, que se guardaba en el templo, para rociar con ella el rostro al nuevo rey de México, y al general de las armas, despues de su eleccion; pero el general, despues de rociado, tenia que beberla. Acabada la consagracion de las estatuas, empezaba el baile de ambos sexos, que en todo aquel mes duraba tres ó cuatro horas cada día. Durante el mes habia gran efusion de sangre, y los cuatro dias anteriores á la fiesta, ayu-

naban los dueños de los prisioneros que iban á ser sacrificados, los cuales se escogian algun tiempo ántes, y se les pintaba el cuerpo de varios colores. En la mañana del día vigésimo, en que se celebraba la fiesta, hacian una grande y solemne procesion. Precedia un sacerdote, alzando en las manos una sierpe de madera, que llamaban *expañil*, y era la insignia de los dioses de la guerra; otro, llevando uno de los estandartes de que se servian en la guerra. Detras iba otro sacerdote con la estatua del dios *Painalton*, vicario de *Huitzilopochtli*; seguian despues las víctimas, los otros sacerdotes y el pueblo. Encaminábase la procesion desde el templo mayor al barrio de *Teotlachco*, donde se detenian para sacrificar dos prisioneros de guerra, y algunos esclavos comprados; seguian á *Tlatoleco*, á *Popotla*, á *Chapoltepec*; de donde volviau á la ciudad, y despues de haber girado por algunos barrios, se restituian al templo.

En este viaje de nueve ó diez millas pasaban la mayor parte del día, y donde quiera que se paraban, hacian sacrificios de codornices, y tal vez de víctimas humanas. Cuando llegaban al templo, ponian la estatua de *Painalton* y el estandarte sobre el altar de *Huitzilopochtli*. El rey incensaba la estatua hecha de los granos que hemos dicho, y despues habia otra procesion en torno del templo, la que concluia con el sacrificio de los prisioneros y esclavos que quedaban. Estos sacrificios se hacian al anochecer. Aquella noche velaban los sacerdotes, y en la mañana siguiente llevaban la estatua de masa de *Huitzilopochtli* á una gran sala que habia en el recinto del templo; allí, sin mas testigos que el rey, los cuatro sacerdotes principales y los cuatro superiores de los seminarios, el sacerdote *Quezalcoatl*, que era el jefe de los *Tlamacazques* ó penitentes, tiraba un dardo á la estatua, con la que le atravesaba de parte á parte. Decian entónces que habia muerto su dios, y uno de los sacerdotes sacaba el corazon á la estatua, y lo daba á comer al rey. El cuerpo se dividia en dos partes, una para

los Tlatelolcos y otra para los Mexicanos. Esta volvía á dividirse en cuatro partes para los cuatro barrios de la ciudad, y cada una de ellas en tantos pedacillos, cuantos hombres habia en el barrio. Esta ceremonia se llamaba *Teocualo*, que vale tanto como *dios comido*. Las mugeres no probaban aquella pasta, quizás por estar escluidas del ejercicio de las armas. No sabemos si hacian el mismo uso de la estatua del hermano del dios. Daban á este mes los Mexicanos el nombre de *Panquetzaliztli*, que significa enarbolar el estandarte, con alusion al que llevaban en la procesion que hemos descrito. En este mes se ocupaban en reparar los lindes y vallados de los campos.

En el mes decimosesto, que empezaba á 23 de diciembre, se hacia la quinta y última fiesta de los dioses del agua y de los montes. Preparábanse á ella con las acostumbradas penitencias, con oblaciones de copal y de otras resinas aromáticas. Hacian por voto ciertas figurillas de montes, que consagraban á aquellos númenes, y unos idolillos de masa de varias semillas, á los cuales, despues de haberlos dorado, abrian el pecho, sacaban el corazon y cortaban la cabeza, imitando las ceremonias de los sacrificios. El cuerpo se dividia por cada cabeza de familia entre sus domésticos, á fin de que omiéndolo se preservasen de ciertas enfermedades, á que creian que estaban espuestos los negligentes en el culto de los ídolos. Quemaban las ropas que habian puesto á los idolillos, y guardaban las cenizas en los oratorios, como tambien las vasijas en que los habian amasado. Ademas de estos ritos que se hacian en las casas, inmolaban víctimas humanas en los templos. En los cuatro dias que precedian á la fiesta, habia un rigoroso ayuno, con efusion de sangre. Llamaban á este mes *Atemoztli*, que significa descenso de las aguas, por lo que despues veremos (1).

(1) El dominicano Martin de Leon dice que *Atemoztli* significa el altar de los dioses; pero su verdadero nombre es *Teomomoztli*. Boturini dice que

En el mes decimoséptimo, que empezaba el 12 de enero, se celebraba la fiesta de la diosa *Ilamateuctli*. Escogian una prisionera que la representase, y la vestian como el ídolo. Hacíanla bailar sola, al compas de una canción que entonaban unos sacerdotes, y permitíanle afligirse por su próxima muerte, lo que en los otros prisioneros se creia ser de mal agüero. El dia de la fiesta, al ponerse el sol, los sacerdotes, adornados con las insignias de varios dioses, la sacrificaban del modo ordinario: cortábanle la cabeza, y tomándola en las manos uno de ellos, empezaba á bailar, y los otros lo seguian. Los sacerdotes corrian por las escaleras del templo, y al dia siguiente se divertia el pueblo en un juego algo parecido á los lupercales de los romanos; pues corria por las calles y golpeaba con sacos de heno á todas las mugeres que encontraba. El mismo mes se celebraba la fiesta de *Mictlanteuctli*, dios del infierno, con el sacrificio nocturno de un prisionero, y la segunda de *Xacateuctli*, dios de los mercaderes. El nombre *Tititl* (1), que daban á este mes, significa el espeluzno que por aquel tiempo ocasiona el frio.

En el decimoctavo y último mes, que empezaba á 1º de febrero, se hacia la segunda fiesta del dios del fuego. El dia 10 salia toda la juventud á caza de fieras en los bosques, y de pájaros en el lago. El 16 se apagaba el fuego del templo y de las casas, y hacian el nuevo delante del ídolo, que estaba adornado para esta solemnidad con plumas y joyas. Los cazadores presentaban á los sacerdotes todo cuanto habian cogido, y de aquello se ofrecia una parte en holocausto á los dioses, la otra se sacrificaba y con-

aquel nombre es síncopa de *Ateomomoztli*; pero estas síncopas no estaban en uso entre los Mexicanos; ademas de que la figura de este mes, que es la imagen de las aguas, atravesada en la escalera de un gran edificio, espresa claramente el descenso de las aguas, significado por la voz *Atemoztli*.

(1) Leon dice que *Tititl* significa nuestro vientre: los que saben la lengua mexicana echarán de ver que este nombre seria un gran solecismo.

dimentaba para la nobleza y los sacerdotes. Las mugeres hacian oblaciones de tamalii, que se distribuian entre los cazadores. Una de las ceremonias de esta fiesta era perforar las orejas á los niños de uno y otro sexo, para ponerles pendientes; pero lo mas singular era que no se hacia sacrificio de víctimas humanas.

Celebrábase ademas en el mismo mes la fiesta segunda de la madre de los dioses, de la que nada se sabe sino la práctica ridícula de levantar en el aire por las orejas á los muchachos, creyendo que de este modo llegarían á una alta estatura. Tampoco puedo decir nada acerca del nombre *Izcalli* que daban á este mes. *Izcalli* quiere decir, hé aquí la casa; pero la interpretacion que le dan Torquemada y Leon, me parece demasiado violenta.

Cumplidos el 20 de febrero los diez y ocho meses del año mexicano, empezaban en el 21 los cinco dias *Nemontémi*, en los cuales no se celebraba ninguna fiesta, no se emprendia ningun negocio ni pleito, porque se creian infaustos. El que nacia en estos dias, si era varon se llamaba *Nemoquichli*, es decir, hombre inútil; y si muger, *Nemihuatl*, muger inútil.

Las fiestas anuales eran mas solemnes en el *Teorihuill*, ó año divino, que era el que tenia por carácter el conejo. Entónces eran mas numerosos los sacrificios, mas abundantes las oblaciones, y mas soleranes los bailes, especialmente en *Tlaxcala*, *Huexotzinco* y *Cholula*. Igualmente era mas solemne la celebracion de las fiestas en el principio de cada periodo de trece años, esto es, en los años primer conejo, primera caña, primer pedernal y primera casa.

FIESTA SECULAR.

Pero la mayor y mas solemne de las fiestas, no solo entre los Mexicanos, sino en todas las naciones de aquel imperio, y en las vecinas á él, era la secular que se hacia de cincuenta y dos en cincuenta y dos años. La última noche del siglo apagaban el fuego en los templos y en las casas, y rompian

los vasos, las ollas y toda su vajilla. Así se preparaban al fin del mundo, que temian debía de llegar al fin de cada siglo. Salian del templo y de la ciudad los sacerdotes, vestidos y adornados como los diferentes dioses, y acompañados de un tropel inmenso, se encaminaban al monte *Huixachtla*, cerca de la ciudad de *Iztapalapan*, á mas de seis millas de la capital. Arreglaban de tal modo su viaje, por la observacion de las estrellas, que pudiesen llegar al monte un poco antes de media noche, en cuya cima debía hacerse la renovacion del fuego. Entre tanto el pueblo estaba en gran sobresalto, esperando por un lado la seguridad de un nuevo siglo, con el nuevo fuego, y temiendo por otro la ruina del mundo, si por disposicion de los dioses no se hubiera encendido. Los maridos cubrian el rostro á las mugeres preñadas con hojas de maguey, y las encerraban en los graneros, temerosos de que se convirtiesen en fieras, y los devorasen. Tambien cubrian el rostro á los niños, y no los dejaban dormir, para evitar que se transformasen en ratones. Los que no habian ido con los sacerdotes, subian á las azoteas, para observar el éxito de la ceremonia. El oficio de sacar el fuego tocaba esclusivamente á un sacerdote de *Copulco*, que era uno de los barrios de la ciudad. Los instrumentos con que se sacaba, eran, como despues diremos, dos pedazos de leña, y la operacion se hacia sobre el pecho de un prisionero de alta gerarquía, que despues sacrificaban. Cuando se encendía el fuego, todos prorumpian en exclamaciones de gozo. Hacíase una gran hoguera en el mismo monte, para que se viese de léjos, y en ella quemaban á la víctima sacrificada. Todos iban con anhelo á tomar de aquel fuego sagrado, para llevarlo con la mayor prontitud posible á sus casas. Los sacerdotes lo llevaban al templo mayor de México, de donde se proveian todos los habitantes de aquella capital. Los trece dias siguientes á la renovacion del fuego, que eran los intercalares, que se introducian entre uno y otro siglo, para ajustar el año al curso solar, se ocupaban en

componer y blanquear los edificios públicos y privados, y en comprar nueva vajilla y nueva ropa, para que todo fuese, ó pareciese nuevo, al principio del nuevo siglo. El primer día de aquel año y de aquel siglo, que era, como hemos dicho, el 26 de febrero, á nadie era lícito beber agua antes de medio día. A la misma hora empezaban los sacrificios, cuyo número correspondía á la solemnidad de la fiesta. Resonaban por todas partes las voces de júbilo, y las mutuas enhorabuena por el nuevo siglo que el cielo les concedía. Las iluminaciones de las primeras noches eran magníficas, y no ménos espléndidos y suntuosos los convites, los bailes, las galas y los juegos públicos. Entre ellos se hacía, en medio de un gran concurso, y con las mayores demostraciones de alegría, el juego de los voladores, de que despues hablaremos, en el cual habia cuatro voladores, y cada uno daba trece vueltas, para significar los cuatro periodos de trece años de que se componia el siglo.

Lo que hemos dicho hasta ahora acerca de las fiestas de los Mexicanos, muestra claramente cuan supersticiosos eran los pueblos antiguos de Anáhuac; y todavia se hará mas patente en los pormenores que vamos á ofrecer al lector sobre los ritos que observaban en el nacimiento de sus hijos, en sus matrimonios y en sus exequias fúnebres.

RITOS DE LOS MEXICANOS EN EL NACIMIENTO DE SUS HIJOS.

Cuando salia á luz el niño, la partera, despues de haberle cortado el cordón umbilical, y enterrado la secundina, le lavaba el cuerpo, diciéndole estas palabras: "Recibe el agua, pues tu madre es la diosa Chalchiuqueye. Este baño te lavará las manchas que sacaste del vientre de tu madre, te limpiará el corazón, y te dará una vida buena y perfecta." Despues, volviéndose á la diosa, le pedia la misma gracia; tomando otra vez el agua con la mano derecha, y soplando en ella, humedecía la boca, la cabeza y el pecho del niño. Seguia á esto un baño general, durante el cual decia la par-

tera: "Descienda el dios invisible á esta agua, y te borra todos los pecados y todas las inmundicias, y te libre de la mala fortuna;" y dirigiendo la palabra al niño, continuaba: "Niño gracioso, los dioses Omec-teuctli y Omecihuatl te criaron en el lugar mas alto del cielo, para enviarte al mundo; pero ten presente que la vida que empiezas es triste, dolorosa, llena de males y de miserias: no podrás comer pan sin trabajar. Dios te ayude en las muchas adversidades que te aguardan;" y acababa la ceremonia dando la enhorabuena á los padres y parientes del recién nacido. Si este era hijo de rey ó de algun señor, visitaban al padre sus principales súbditos, para felicitarlos, y vaticinar buena suerte al niño (1).

Dado aquel primer baño, consultaban á los adivinos sobre la buena ó mala dicha del niño, informándolos antes, del día y de la hora de su nacimiento. Los adivinos consideraban la calidad del signo propio de aquel día, y del signo dominante en aquel periodo de trece años, y si habia nacido á media noche, comparaban el del día que acababa, y el del que empezaba: hechas estas observaciones, declaraban la buena ó mala fortuna del infante. Si era infansta, y lo era tambien el quinto día despues del nacimiento, que era cuando se daba el segundo baño, se prorrogaba esta ceremonia para otro día mas favorable. A esta ceremonia, que era mas solemne que la primera, convidaban á todos los parientes y ami-

[1] En Guatemala y otras provincias vecinas se celebraba el nacimiento de los hijos con mas solemnidad y supersticion. Inmediatamente despues de aquel suceso, se sacrificaba un pavo. El baño se verificaba en algun río ó fuente, donde hacian oblaciones de copal, y sacrificios de papagayos. El cordón umbilical se cortaba sobre una mazorca de maiz, y con un cuchillo nuevo, el cual se arrojaba inmediatamente al río. Sembraban el grano de aquella mazorca, y la cuidaban con el mayor esmero, como una cosa sagrada. La cosecha que de él provenia, se dividia en tres partes: una para el adivino, otra para que sirviese de alimento al niño, y guardaban la tercera, para que este la sembrase cuando estuviese en edad de hacerlo.

gos, y á muchos niños; y si eran gentes acomodadas, daban un gran banquete, y regalaban vestidos á todos los convidados. Si el padre era militar, preparaba para aquel día un pequeño arco, cuatro flechas del mismo tamaño, y un traje acomodado al cuerpo del niño, de la misma hechura que el que habia de usar siendo adulto. Si era artesano ó labrador, preparaba algunos instrumentos pequeños, análogos á su oficio ó profesion. Si era niña, le apercebían un traje correspondiente á su sexo, un huso pequeño, ó algun otro utensilio para tejer. Encendian muchas luces, y la partera, tomando al niño en brazos, lo llevaba por todo el patio de la casa, y lo colocaba sobre un monton de hojas, junto á una vasija llena de agua, y puesta en medio del patio. Allí lo desnudaba diciendo: "Hijo mio, los dioses Omec-teuctli y Omecihuatl, señores del cielo, te han mandado á este triste y calamitoso mundo. Recibe esta agua, que ha de darte la vida." Despues de haberle limpiado la boca, la cabeza y el pecho, con fórmulas semejantes á las del primer baño, le lavaba todo el cuerpo, y frotándole cada uno de sus miembros, le decia: "¿Dónde estás, mala fortuna? anda fuera de este niño." Dicho esto, lo alzaba para ofrecerlo á los dioses, rogándoles que lo adornasen con todas las virtudes. La primera oracion se hacia á las dos divinidades mencionadas; la segunda, á la diosa de las aguas; la tercera, á todos los dioses, y la cuarta al sol y á la tierra. "Tú, sol, decia la partera, padre de todos los vivientes, y tú, tierra, nuestra madre, acoged á este niño, y protejedlo como á hijo vuestro; y pues nació para la guerra (si su padre era militar), muera en ella defendiendo el honor de los dioses, á fin de que pueda gozar en el cielo las delicias destinadas á todos los hombres valientes, que por tan buena causa sacrifican sus vidas." Poniéndole en seguida en las manitas los instrumentos del arte que debia ejercer, con una oracion dirigida al dios tutelar de aquella profesion. Si el niño era hijo de militar, las pequeñas armas que servian en aquella ce-

remonia se enterraban en un campo, donde se sospechaba que podría pelear en el porvenir; y los utensilios mugeriles, si era hembra, en la misma casa, debajo del metlatl, ó piedra para moler el maiz. En aquella misma ocasion se hacia, segun Boturini, la ceremonia de pasar cuatro veces al niño por sobre las llamas.

Antes de poner los instrumentos en las manos del recién nacido, rogaba la partera á los niños convidados, que le pusiesen nombre, y ellos le daban el que les habian sugerido los padres. Despues lo vestía la partera, y lo ponía en la cuna, rogando á Xoalticatl, diosa de las cunas, que lo calentase y guardase en su seno, y á Xoalteuctli, dios de la noche, que lo adormeciese.

El nombre que se daba al niño se tomaba á veces del signo del día de su nacimiento (lo que sucedia mas frecuentemente entre los Mixtecas) como *Macuilcoatl*, ó quinta sierpe, *Omecalli*, ó segunda casa. Otras veces de las circunstancias ocurridas en el nacimiento, como sucedió á uno de los cuatro gefes que regian la república de Tlaxcala cuando llegaron los españoles, pues se le llamó *Citlalpopoca*, ó estrella humeante, por haber nacido en tiempo de un cometa. Al que nacia el día de la renovacion del fuego si era varon, se le llamaba *Molpilli*, y si era hembra, *Guhucenil*, aludiendo ambos nombres á las particularidades de aquella fiesta. Tambien se daban frecuentemente á los varones nombres de animales, y á las hembras de flores, en lo que probablemente seguirian los sueños de los padres, ó los consejos de los adivinos. Por lo comun no se daba mas que un nombre; pero los varones solian adquirir un sobrenombre con sus proezas, como sucedió á Motecuzoma I, que por sus hazañas se llamó *Ihuicamina*, y *Tlacaele*.

Terminadas las solemnidades del baño, se daba el convite, en el cual cada uno procuraba lucir segun sus facultades. En estos casos solian beber mas de lo acostumbrado; pero no salia de casa el desaconcierto de la embriaguez. Las luces se tenian encendidas hasta consumirse, y se tenia particular

esmero en conservar el fuego, durante los cuatro días que mediaban entre el primero y el segundo baño; porque si se apagaba, creían que era mal agüero para el niño. Esta misma celebración se repetía cuando lo destetaban, que era á la edad de tres años (1).

RITOS NUPCIALES.

En los casamientos, aunque había ritos supersticiosos, como en todas las operaciones de aquellas gentes, nada se hacía sin embargo contraria á las leyes del pudor. Estaba severamente prohibido, como despues veremos, tanto por las leyes de México, como por las de Michuacan, todo enlace matrimonial entre parientes en primer grado de consanguinidad ó de afinidad, excepto entre cuñados (2). Los padres eran los que contrataban el matrimonio, y jamas se celebraba sin su consentimiento. Cuando el hijo llegaba á la edad de poder sostener las cargas del estado, que en los hombres era de veinte á veintidos años, y en las mugeres á los diez y siete ó diez y ocho, buscaban sus padres una esposa que le conviniere; pero ántes consultaban á los adivinos, y estos, despues de haber considerado los

[1] En Guatemala se hacían las mismas fiestas cuando el niño empezaba á andar, y por siete años continuos se celebraba el aniversario de su nacimiento.

[2] En el libro IV, tít. 2, del tercer concilio provincial de México, se supone que los gentiles de aquel Nuevo-Mundo se casaban con sus hermanas; pero es necesario saber que el celo de aquellos padres no se limitaba al imperio mexicano, en que no se permitían aquellos consorcios, sino que se extendía á los bárbaros Chichimecas y Panuquecos, y á otras naciones mas desarregladas en sus costumbres. No hay duda que el concilio habla de aquellos bárbaros que á la sazón (en 1585) se iban reduciendo al cristianismo, no ya de los Mexicanos, ni de los otros pueblos sometidos á ellos, que se habían convertido muchos años ántes. Ademas que en el intervalo de los cuatro años que mediaron entre la conquista y la publicacion del Evangelio, se introdujeron en aquellas naciones muchos abusos que no habían sido tolerados en tiempo de sus reyes, como lo testifican los misioneros apostólicos que se emplearon en su conversión.

días del nacimiento de los novios, decidían de la felicidad ó la desgracia del consorcio. Si por la combinacion de los signos declaraban infausta la alianza, se dejaba aquella doncella y se buscaba otra. Si el pronóstico era feliz, se pedía la doncella á sus padres, por medio de unas mugeres, que se llamaban *cihuacollanque*, ó solicitadoras, que eran las mas respetables de la familia del novio. Estas iban por primera vez á media noche á casa de la futura, llevaban un regalo á sus padres, y la pedían con palabras humildes y discretas. La primera demanda era infaliblemente desechada, por ventajoso que fuese el casamiento, y por mucho que gustase á los padres, los cuales pretestaban de cualquier modo su repugnancia. Pasados algunos días volvían aquellas mugeres á hacer la misma peticion, usando de ruegos y razones para apoyarla, y dando cuenta de las prendas y bienes del jóven, de lo que podía dar en dote á la doncella, y preguntando en fin lo que esta poseía. Esta segunda vez respondían los padres que ántes de resolverse era necesario consultar la voluntad de su hija, y la opinion de los parientes. Las mugeres no volvían mas, y los padres enviaban la respuesta decisiva por medio de otras de su familia.

Obtenida finalmente una respuesta favorable, y señalado el día de la boda, despues de haber los padres de la doncella exhortádola á la fidelidad y á la obediencia á su marido, y á observar una conducta honrosa á su familia, la conducían con gran acompañamiento y música á casa del suegro, y si era noble la llevaban en una litera. El novio y los suegros la recibían á la puerta de su casa, precedidos por cuatro mugeres que llevaban luces en las manos. Al llegar se incensaban mutuamente los novios. El jóven tomaba por la mano á la doncella, y la conducía á la sala destinada á celebrar la boda. Poníanse los dos en una estera nueva, y curiosamente labrada, que estaba colocada en medio de la pieza, y junto al fuego que se había preparado para aquella ocasion. Entónces un sacerdote ataba una punta del

huepilli, ó camisa de la doncella, con otra del *tilmatli*, ó capa del jóven, y en esto consistía esencialmente el contrato matrimonial. Daba despues ella siete vueltas en torno del fuego, y vuelta á la estera, ofrecía con el novio un poco de copal á los dioses, y ambos se hacían algunos mutuos regalos. Seguía el banquete. Los esposos comían en la estera, sirviéndose uno á otro, y los convidados en sus sitios. Cuando estos se habían animado con el vino, que no se escaseaba en aquellas ocasiones, salían á bailar al patio, quedando los esposos en aquella estancia durante los cuatro días siguientes, sin salir de ella, sino á media noche para incensar á los ídolos y hacerles oblacones de diversas especies de manjares. Aquel tiempo lo pasaban en oracion y ayuno, vestidos con trages nuevos y adornados con las insignias de los dioses de su devocion, sin abandonarse al menor exceso indecente, porque creían que sería inevitable el castigo del cielo, si cometiesen tal debilidad. En aquellas noches sus camas eran dos esteras nuevas de junco, cubiertas con unos lienzos pequeños, teniendo en medio unas plumas y una piedra preciosa llamada *chalchihuitl*. En los cuatro ángulos ponían cañas verdes, y espinas de maguey, para sacarse sangre de la lengua y de las orejas, en honor de sus dioses. Los sacerdotes eran los que hacían las camas para santificar el matrimonio; pero ignoro el misterio de la joya, de las plumas y de las cañas. Hasta la cuarta noche no se consumaba el matrimonio, creyendo que sería infausto, si se anticipaba la consumacion. En la mañana siguiente se lavaban, se vestían de nuevo, y los convidados se adornaban la cabeza con plumas blancas, las manos y los piés con plumas rojas. Concluía la funcion con regalar trages á los convidados, segun las facultades de los esposos, y con llevar al templo las esteras, los lienzos, las cañas y los manjares presentados á los ídolos.

Estos usos no eran tan generales en el imperio que no hubiese algunas particularidades en ciertos países. En Ichcatlan, el que

quería casarse, se presentaba á los sacerdotes, y estos lo conducían al templo, donde delante de los ídolos que en él se adoraban, le cortaban algunos cabellos, y enseñándolo al pueblo, gritaban: "Este quiere casarse." De allí lo hacían bajar, y tomar la primer muger libre que encontraba, como si aquella fuese la que le destinase los dioses. La que no lo quería por marido evitaba acercarse al templo en aquella ocasion, á fin de no verse obligada á casarse con él. Por lo demas se conformaban á los ritos nupciales de los Mexicanos.

A los Otomites era lícito abusar de cualquiera soltera, ántes de casarse. Cuando alguno de ellos se casaba, si en la primera noche hallaba en la muger algo que le desagradase, podía repudiarla el día siguiente; pero si se mostraba contento aquella vez, ya no le era permitido dejarla. Ratificado de este modo el matrimonio, se retiraban los esposos á hacer penitencia de los antiguos deslices, por veinte ó treinta días, durante los cuales se abstentaban de los placeres sensuales, se sacaban sangre, y se bañaban frecuentemente.

Entre los Mixtecas, ademas de la ceremonia de anudar los trages de los esposos, les cortaban parte de los cabellos, y el novio llevaba en hombros á la novia.

La poligamia era permitida en el imperio mexicano. Los reyes y los señores tenían gran número de mugeres; pero es de creer que solo con las principales observasen todas aquellas ceremonias, limitándose con las otras al acto de anudar los vestidos.

Los teólogos y los canonistas españoles que pasaron á México inmediatamente despues de la conquista, como no estaban instruidos en los usos de aquellos pueblos, tuvieron dudas acerca de sus matrimonios; pero habiendo aprendido despues la lengua, y examinado diligentemente este y otros puntos importantes, reconocieron sus casamientos por verdaderos y legítimos. El papa Paulo III, y los concilios provinciales de México, mandaron, segun los cánones, que todos aquellos que abrazasen la fe cristiana,

conservasen la primera muger con quien se habian casado, y se separasen de las otras.

EXEQUIAS.

En nada eran tan supersticiosos los Mexicanos como en sus ritos fúnebres. Cuando alguno moria, se llamaba á ciertos maestros de ceremonias mortuorias, que eran por lo comun hombres de cierta consideracion. Estos, habiendo cortado muchos pedazos de papel, cubrian con ellos el cadáver, y tomando un vaso de agua, se la esparcian por la cabeza, diciendo que aquella era el agua que se formaba durante la vida del hombre. Vestíanlo despues de un modo correspondiente á su condicion, á sus facultades y á las circunstancias de su muerte. Si el muerto habia sido militar, lo vestian como el ídolo de Huitzilopochtli; si mercader, como el de Xacateuctli; si artesano, como el del protector de su oficio. El que moria ahogado, se vestia como el de Tlaloc; el que era ajusticiado por adúltero, como el de Tlazoteotl, y el borracho, como el de Tezcatzoncatl, dios del vino. Así que, como dice Gomara, mas ropa se ponian despues de muertos, que cuando estaban en vida.

Poníanle despues entre los vestidos un jarro de agua, que debia servirle para el viaje al otro mundo, y dábanle sucesivamente algunos pedazos de papel, explicándole el uso de cada uno de ellos. En el primero decian al muerto: "Con este pasarás sin peligro entre los dos montes que están peleando." Al segundo: "Con este caminarás sin estorbo por el camino defendido por la gran serpiente." "Al tercero: "Con este irás seguro por el sitio en que está el gran cocodrilo Xochitonal." El cuarto era un salvoconducto para los ocho desiertos; el quinto para los ocho collados; y el sexto para el viento agudo, pues fingian que debian pasar por un sitio llamado *Itzhecayan*, donde reinaba un viento tan fuerte que levantaba las piedras, y tan sutil que cortaba como un cuchillo. Por lo mismo quemaban los vestidos del muerto, sus armas y algunas provisiones, para que el calor de aquel fuego lo

preservase del frio de aquel viento terrible.

Una de las principales y mas ridiculas ceremonias era la de matar un *techichi*, cuadrúpedo doméstico, como ya hemos dicho, semejante á nuestros perros, con el objeto de que acompañase al difunto en su viaje. Atábanle una cuerda al cuello, para que pasase el profundo rio de *Chiuahnahuapan*, ó de las nueve aguas. Enterraban al *techichi*, ó lo quemaban con su amo, segun el género de muerte que este habia tenido. Mientras los maestros de ceremonias encendian el fuego en que debia quemarse el cadáver, los otros sacerdotes entonaban un himno fúnebre. Despues de haberlo quemado, recogian en una olla todas las cenizas, y entre ellas ponian una joya de poco ó mucho precio, segun las facultades del muerto, la cual decian que debia servirle de corazon en el otro mundo. La olla se enterraba en una huesa profunda, y durante cuatro dias hacian sobre ella oblacones de pan y vino.

Tales eran los ritos fúnebres de la gente ordinaria; pero, en las exequias de los reyes, y respectivamente en las de los señores y otras personas de alta gerarquía, intervenian otras particularidades dignas de notarse. Cuando el rey enfermaba, dice Gomara, se ponian máscaras á los ídolos de Huitzilopochtli y Tezcatlipoca, y no se las quitaban, hasta que sanaba ó moria; pero lo cierto es que el ídolo de Huitzilopochtli tenia siempre dos máscaras. Al punto que el rey de México espiraba, se publicaba la noticia con gran aparato, y se avisaba á todos los señores, ora estuviesen en la corte, ora fuera de ella, para que asistiesen á las exequias. Entre tanto colocaban el cadáver real en primorosas esteras, y le hacian la guardia sus domésticos. Al cuarto ó quinto dia, cuando ya habian llegado los señores con sus trages de gala, hermosas plumas, y los esclavos que debian acompañarlos en la ceremonia, ponian al cadáver quince ó mas vestidos finísimos de algodón de varios colores; adornábanlo con joyas de oro, plata y piedras preciosas; le suspendian del labio inferior una esmeralda, que debia servirle de

corazon; cubríanle el rostro con una máscara, y sobre los trages le ponian las insignias del dios en cuyo templo ó atrio debian enterrarse las cenizas. Cortábanle una parte del cabello, y con otra que le habian cortado en su infancia, la guardaban en una cajita para perpetuar, como ellos decian, la memoria del difunto. Sobre esta cajita colocaban su retrato, de madera ó de piedra. Despues mataban al esclavo que le habia servido de capellan, ó cuidado de su oratorio, y de todo lo correspondiente al culto privado de sus dioses, á fin de que tuviese el mismo empleo en el otro mundo.

Hacian despues la procesion fúnebre, llevando el cadáver, acompañado de los parientes, de toda la nobleza, y de las mugeres del muerto, las cuales expresaban su dolor con llantos y otras demostraciones. La nobleza llevaba un gran estandarte de papel, y las armas é insignias reales. Los sacerdotes cantaban sin acompañamiento instrumental. Al llegar al atrio inferior del templo, salian los sumos sacerdotes, con sus ministros, á recibir el cadáver, y sin detenerse lo colocaban en la pira, que estaba dispuesta en el mismo atrio, y se componia de leña olorosa y resinosa, con una gran cantidad de copal y otros aromas. Mientras ardia el real cadáver, con todas sus ropas, insignias y armas, sacrificaban al pié de la escalera del templo un gran número de esclavos, tanto de los del rey muerto, como de los que habian presentado para aquella solemnidad los señores. Tambien se sacrificaban algunos hombres irregulares y monstruosos de los que tenia en sus palacios, para que lo divirtiesen en el otro mundo, y por la misma razon mataban algunas de sus mugeres (1). El número de víctimas correspon-

(1) El P. Acosta dice que en las exequias de los señores se sacrificaban todas las personas que estaban en su casa. Pero esto es absolutamente falso é increíble, pues si así hubiera sido, en poco tiempo se hubiera estinguído toda la nobleza mexicana. No hay memoria de haberse sacrificado en las exequias del rey ninguno de sus hermanos, como afirma aquel autor. ¿Cómo es posible que existiese tal uso cuando entre

dia á la grandeza del funeral, y segun algunos autores, llegaban á veces á doscientas. No faltaba entre tantos infelices el *techichi*, pues creian que sin aquel conductor, no era posible salir de algunos senderos tortuosos que se hallaban en el camino del otro mundo.

Al dia siguiente recogian las cenizas, los dientes que habian quedado enteros y la esmeralda que le habian puesto en el labio, y todo junto se guardaba en la cajita que contenia los cabellos, y esta se depositaba en el sitio destinado para sepulcro. En los cuatro dias siguientes hacian sobre él oblacones de manjares. A los cinco dias sacrificaban algunos esclavos, y el mismo sacrificio se repetia á los veinte, á los cuarenta, á los sesenta y á los ochenta. Desde entónces ya no se sacrificaban mas víctimas humanas; sino que cada año se celebraba un aniversario con sacrificios de conejos, de mariposas, de codornices y otros pájaros, y con oblacones de pan, vino, copal, flores y unas cañas llenas de materias aromáticas, que llamaban *acayoll*. Este aniversario se celebraba cuatro años seguidos.

La mayor parte de los cadáveres se quemaban: solo se enterraban enteros los de aquellos que morian ahogados ó de hidropesía, ó de no sé que otra enfermedad; pero ignoro la causa de esta diferencia.

LOS SEPULCROS.

No habia sitios determinados para enterrar los cadáveres. Algunas veces se enterraban las cenizas cerca de algun templo ó altar; otras en el campo, otras en los lugares sagrados de los montes donde solian hacer los sacrificios. Las cenizas de los reyes y de los otros señores se depositaban por lo comun en las torres de los templos, especialmente en las del templo mayor (1). Junto

los hermanos del rey muerto se debia escoger su sucesor segun las leyes del reino?

[1] Solís, en su Historia de la conquista de México, afirma que las cenizas de los reyes se depositaban en Chapultepec; mas esto es falso y contrario á la deposicion de Cortés, cuyo panegrico escribió, de Bernal Diaz y de otros testigos oculares.

á Teotihuacan, ciudad célebre por los muchos templos que contenia, habia innumerables sepulcros. Los de los que se enterraban enteros, eran, segun el conquistador anónimo, que los vió, unas huesas profundas, revestidas por dentro de piedra y cal, y el cadáver estaba sentado sobre un *icpalli* ó silla baja, con los instrumentos de su arte ó profesion. El militar se enterraba con un escudo y una espada; la muger, con un huso, una escoba y un *xicalli*, cierto vaso natural de que despues hablamos; los ricos con oro y joyas, y todos con gran provision de comestibles para el largo viaje que iban á emprender. Los conquistadores españoles, noticiosos del oro que contenian los sepulcros de los señores mexicanos, escavaron algunos, y encontraron grandes cantidades de aquel precioso metal. Cortés dice en sus Cartas, que en una entrada que hizo en la capital, cuando estaba sitiada por su ejército, los soldados hallaron mil y quinientos castellanos, ó doscientas cuarenta onzas de oro, en un sepulcro que habia en la torre del templo. El conquistador anónimo asegura haber presenciado la escavacion de un sepulcro, del cual se sacaron cerca de tres mil castellanos.

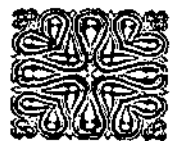
Los Chichimecas enterraban los cadáveres en las cuevas de los montes; pero cuando se civilizaron algun tanto, adoptaron en este y en otros usos, los ritos y costumbres de los Acolhuas, que eran casi las mismas que las de los Mexicanos.

Los Mixtecas conservaron en parte los usos antiguos de los Chichimecas, pero en algunas cosas se singularizaron. Cuando enfermaba alguno de sus señores, se hacian oraciones públicas, votos y sacrificios por

su salud. Si sanaba, habia grandes regocijos; si moria, continuaban hablando de él, como si aun estuviese vivo: ponian delante del cadáver á uno de sus esclavos, lo vestian con la ropa de su señor, le cubrian el rostro con una máscara, y por espacio de un dia le hacian los mismos honores que solian al difunto. A media noche, se apoderaban cuatro señores del cadáver, para sepultarlo en algun bosque ó cueva, especialmente la que se creia ser la puerta del paraiso; y al volver, sacrificaban al esclavo y lo ponian en una huesa, con los adornos é insignias de su efímera autoridad, pero sin cubrirlo de tierra. Cada año se hacia una fiesta del último señor que habia muerto, en la cual se celebraba su nacimiento; pero de su muerte no se hablaba jamas.

Los Zapotecas embalsumaban el cadáver del señor principal de su nacion. Ya en los tiempos de los primeros reyes chichimecas, estaban en uso en aquellas naciones los compuestos aromáticos para preservar algun tiempo los cadáveres de la corrupcion; pero no sabemos que lo hiciesen con frecuencia.

Lo que he dicho hasta ahora, es cuanto sé acerca de la religion de los Mexicanos. La vanidad de su culto, la supersticion de sus ritos, la crueldad de sus sacrificios, y los rigores de su austeridad, harán mas manifiestas á sus descendientes las incomparables ventajas que les ha traído la dulce, pura y santa doctrina de Jesucristo; y los escitarán á dar gracias al Padre de las misericordias, por haberlos llamado á la luz maravillosa del Evangelio, habiendo dejado perecer á sus antepasados en las tinieblas del error.

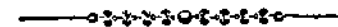


LIBRO SETIMO.



Gobierno político, militar y económico de los Mexicanos, esto es, el rey, los señores, los electores, los embajadores, las dignidades y los magistrados; los jueces, leyes, juicios y penas; milicia, agricultura, caza, pesca y comercio; juegos, trages, alimentos y muebles; idioma, poesia, música y baile; medicina, historia y pintura; escultura, fundicion y mosaicos; arquitectura, y otras artes de aquella nacion.

EDUCACION DE LA JUVENTUD MEXICANA.



En el gobierno público, y en el doméstico de los Mexicanos, se notan rasgos tan superiores de discernimiento político, de celo por la justicia, y de amor al bien general, que parecerian de un todo inverosímiles, si no constasen por sus mismas pinturas, y por la deposicion de muchos autores diligentes é imparciales, que fueron testigos oculares de una gran parte de lo que escribieron. Los que insensatamente creen conocer á los antiguos Mexicanos en sus descendientes, ó en las naciones del Canadá y de la Luisiana, atribuirian á fábulas inventadas por los españoles, cuanto vamos á decir acerca de su civilizacion, de sus leyes y de sus artes. Por no violar, sin embargo, las leyes de la historia, ni la fidelidad debida al público, espondré sinceramente cuanto me ha parecido cierto, sin temor de la censura de los críticos.

La educacion de la juventud, que es el principal apoyo de un estado, y lo que mejor da á conocer el carácter de cualquiera nacion, era tal entre los Mexicanos, que bastaria por sí sola á confundir el orgulloso desprecio de los que creen limitado á las regiones europeas el imperio de la razon. En lo que voy á decir sobre este asunto, tendré por guías las pinturas de los Mexicanos, y los escritores mas dignos de crédito.

“Nada, dice el P. Acosta, me ha maravillado tanto, ni me ha parecido tan digno de alabanza y de memoria, como el orden que observaban los Mexicanos en la educacion de sus hijos.” En efecto es difícil hallar una nacion que haya puesto mayor diligencia en un artículo tan importante á la felicidad del estado. Es cierto que viciaban la enseñanza con la supersticion; pero el celo con que se aplicaban á educar á sus hijos,

debe llenar de confusión á muchos padres de familia de Europa, y muchos de los documentos que daban á su juventud, podrian servir de lección á la nuestra. Todas las madres, sin escluir las reinas, criaban los hijos á sus pechos. Si alguna enfermedad se lo estorbaba, no se confiaba tan fácilmente el niño á una nodriza, sino que se tomaban menudos informes acerca de su condicion, y de la calidad de la leche. Acostumbrábanlo desde su infancia á tolerar el hambre, el calor y el frio. Cuando cumplian cinco años, ó se entregaban á los sacerdotes para que los educasen en los seminarios, como se hacia con casi todos los hijos de los nobles, y con los de los reyes, ó si debian educarse en casa, empezaban los padres á doctrinarlos en el culto de los dioses, y á enseñarles las fórmulas que empleaban para implorar su proteccion, conduciéndolos frecuentemente á los templos para que se aficionasen á la religion. Inspirábanles horror al vicio, modestia en sus acciones, respeto á sus mayeres, y amor al trabajo. Los hacian dormir en una estera: no les daban mas alimento que el necesario para la conservacion de la vida, ni otra ropa que la que bastaba para la decencia y la honestidad. Cuando llegaban á cierta edad, les enseñaban el manejo de las armas; y si los padres eran militares, los conducian consigo á la guerra, á fin de que se instruyesen en el arte militar, se acostumbrasen á los peligros, y les perdiesen el miedo. Si los padres eran labradores ó artesanos, les enseñaban su profesion. Las madres enseñaban á las hijas á hilar y tejer, las obligaban á bañarse con frecuencia para que estuviesen siempre limpias, y en general procuraban que los niños de ambos sexos estuviesen siempre ocupados.

Una de las cosas que mas encarecidamente recomendaban á sus hijos, era la verdad en sus palabras; y si los cogian en una mentira, les punzaban los labios con espinas de maguey. Ataban los piés á las niñas que gustaban salir mucho á la calle. El hijo desobediente y díscolo era azotado con

ortigas, y castigado con otras penas, correspondientes en su opinion á la culpa.

ESPLICACION DE SIETE PINTURAS MEXICANAS RELATIVAS A LA EDUCACION.

El sistema de educacion que daban los Mexicanos á sus hijos, y el esmero con que cuidaban de la regularidad de sus acciones, pueden inferirse de las siete pinturas que existen en la *Coleccion* de Mendoza, desde la cuadragésima nona hasta la quincuagésima sesta. En ellas se espresan la cantidad y la calidad de los alimentos que le daban, las faenas en que los ocupaban, y las penas con que los corregian. En la última, se figura un niño de cuatro años, empleado por orden de sus padres en algunas manipulaciones fáciles, para irse acostumbrando al trabajo; otro de cinco años, que cargado con un pequeño fardo, acompaña á su padre al mercado; una niña de la misma edad que empieza á hilar, y otro niño de seis años, que ayuda á su padre recogiendo del suelo granos de maíz y otras frioleras en la plaza del mercado.

En la pintura quincuagésima primera se muestra un padre que enseña á pescar á un hijo de siete años, y una madre que enseña á hilar á su hija de la misma edad; algunos muchachos de ocho años, á quienes amenazan con el castigo, si no hacen su deber; otro de nueve años, á quien su padre pellizca en varias partes del cuerpo, para corregir su indocilidad, y una muchacha de la misma edad, á quien su madre pellizca solo en las manos; un muchacho y una muchacha de diez años, á quienes sus padres azotan con una vara, porque no hacian lo que se les habia mandado.

En la pintura quincuagésima segunda, se representan dos muchachos de once años, á los que, por no haberse enmendado con otros castigos, obligan sus padres á recibir por la nariz el humo del chile ó pimienta; otro de doce años, que en pena de sus yerros ha sido atado un dia entero por sus padres á un leño, y una muchacha de la mis-

ma edad, á quien su madre obliga á barrer por la noche toda la casa y parte de la calle; un muchacho de trece años que conduce una barquilla cargada de juncos, y una muchacha de la misma edad que está moliendo maíz por orden de su madre; un jóven de catorce años empleado en la pesca, y una jóven en tejer.

En la pintura siguiente se figuran dos jóvenes de quince años: uno, entregado por sus padres á un sacerdote, á fin de que le enseñe los ritos religiosos; y otro, entregado al *achcaulli*, ú oficial de la milicia, para que lo instruya en el arte militar. La quincuagésima cuarta hace ver á los jóvenes del seminario empleados por los sacerdotes en barrer el templo; en llevar ramas de árboles y yerbas para adorno de los santuarios, leña para los hogares, junco para las esteras, y piedra y cal para reparar los muros. En la misma y en la siguiente se ven diferentes castigos impuestos á los jóvenes de los seminarios por sus superiores. Uno de ellos pincha á un alumno con espinas de maguey, por haber descuidado su obligacion; dos sacerdotes echan ascuas encendidas en la cabeza de otro, por haberlo sorprendido en conversacion familiar con una muchacha; á otro por el mismo delito, hieren el cuerpo con pedazos de pino, y á otro queman los cabellos por desobediente. En la última pintura se ve un jóven que lleva el equipaje de un sacerdote, el cual iba á la guerra á exhortar á los soldados, y á practicar ciertas ceremonias supersticiosas.

Educábanse los hijos con tanto respeto á sus padres, que aun ya grandes y casados, apenas osaban hablar en su presencia. Las instrucciones que les daban eran tales, que no puedo ménos de copiar aquí una de las exhortaciones que les dirigian, y que ha sido conservada por los primeros misioneros apostólicos, que se emplearon en su conversion, especialmente per Motolinia, Olmos y Sahagun, los cuales aprendieron perfectamente su lengua, y se aplicaron con suma diligencia á investigar sus usos y costumbres.

EXHORTACION DE UN MEXICANO A SU HIJO.

“Hijo mio, le decia el padre, has salido á luz del vientre de tu madre, como el pollo del huevo, y creciendo como él, te preparas á volar por el mundo, sin que nos sea dado saber por cuanto tiempo nos concederá el cielo el goce de la piedra preciosa que en tí poseemos; pero sea el que fuere, procura tí vivir rectamente rogando continuamente á Dios que te ayude. El te crió, y él te posee. El es tu padre, y te ama mas que yo; pon en él tus pensamientos, y dirígele dia y noche tus suspiros. Reverencia y saluda á tus mayores, y nunca les des señales de desprecio. No estés mudo para con los pobres y atribulados; antes bien date prisa á consolarlos con buenas palabras. Honra á todos, especialmente á tus padres, á quienes debes obediencia, temor y servicio. Guárdate de imitar el ejemplo de aquellos malos hijos, que á guisa de brutos, privados de razon, no reverencian á los que les han dado el ser, ni escuchan su doctrina, ni quieren someterse á sus correcciones; porque quien sigue sus huellas tendrá un fin desgraciado, y morirá lleno de despecho, ó lanzado en un precipicio, ó entre las garras de las fieras.

“No te burles, hijo mio, de los ancianos, y de los que tienen alguna imperfeccion en su cuerpo. No te mofes del que veas cometer alguna culpa ó flaqueza, ni se la echés en cara: confúndete, al contrario, y teme que te suceda lo mismo que te ofende en los otros. No vayas á donde no te llaman, ni te ingieras en lo que no te importa. En todas tus palabras y acciones procura demostrar tu buena crianza. Cuando converses con alguno, no lo molestes con tus manos, ni hables demasiado, ni interrumpas ó perturbes á los otros con tus discursos. Si oyes hablar á alguno desacertadamente, y no te toca corregirlo, calla: si te toca, considera ántes lo que vas á decirle, y no le hables con arrogancia, á fin de que sea mas agradecida tu correccion.

“Cuando alguno hable contigo, óyelo atentamente y en actitud comedida, no ju-

gando con los piés, ni mordiendo la capa, ni escupiendo demasiado, ni alzándote á cada instante si estás sentado; pues estas acciones son indicios de ligereza y de mala crianza.

“Cuando te pongas á la mesa, no comas aprisa, ni des señal de disgusto, si algo no te agrada. Si á la hora de comer viene alguno, parte con él lo que tienes, y cuando alguno coma contigo, no fijes en él tus miradas.

“Cuando andes, mira por donde vas, para que no te tropieces con los que pasan. Si ves venir á alguno por el mismo camino, desviate un poco para hacerle lugar. No pases nunca por delante de tus mayores, sino cuando sea absolutamente necesario, ó cuando ellos te lo ordenen. Cuando comas en su compañía, no bebas ántes que ellos, y sírveles lo que necesiten para granjearse su favor.

“Cuando te den alguna cosa, acéptala con demostraciones de gratitud. Si es grande, no te envanzezas: si es pequeña, no la desprecies, no te indignes, ni ocasiones disgusto á quien te favorece. Si te curriqueces, no te insolentes con los pobres, ni los humilles; pues los dioses que negaron á otros las riquezas para dártelas á tí, disgustados de tu orgullo, pueden quitártelas para darlas á otros. Vive del fruto de tu trabajo, porque así te será mas agradable el sustento. Yo, hijo mio, te he sustentado hasta ahora con mis sudores, y en nada he faltado contigo á las obligaciones de padre; te he dado lo necesario sin quitárselo á otros: haz tú lo mismo.

“No mientas jamas, que es gran pecado mentir. Cuando referas á alguno lo que otro te ha contado, di la verdad pura, sin añadir nada. No hables mal de nadie. Calla lo malo que observes en otro, si no te toca corregirlo. No seas noticiero, ni amigo de sembrar discordias. Cuando lleves algun recado, si el sugeto á quien lo llevas se enfada y habla mal de quien lo envia, no vuelvas á él con esta respuesta; sino procura suavizarla, y disimula cuanto puedas lo que

hayas oido, á fin de que no se susciten disgustos y escándalos, de que tengas que arrepentirte.

“No te entretengas en el mercado mas del tiempo necesario; pues en estos sitios abundan las ocasiones de cometer excesos.

“Cuando te ofrezcan algun empleo, haz cuenta que lo hacen para probarte: así que, no lo aceptes de pronto, aunque te reconozcas mas apto que otro para ejercerlo; sino escúsate hasta que te obligen á aceptarlo, pues así serás mas estimado.

“No seas disoluto, porque se indignarán contra tí los dioses, y te cubrirán de infamia. Reprime tus apetitos, hijo mio, pues aun eres jóven, y aguarda á que llegue á edad oportuna la doncella que los dioses te han destinado para muger. Déjalo á su cuidado, pues ellos sabrán disponer lo que mas te convenga. Cuando llegue el tiempo de casarte, no te atrevas á hacerlo sin el consentimiento de tus padres, porque tendrás un éxito infeliz.

“No hurtes, ni te des al robo; pues serás el oprobio de tus padres, debiendo mas bien servirles de honra, con galardón de la educacion que te han dado. Si eres bueno, tu ejemplo confundirá á los malos. No mas, hijo mio: esto basta para cumplir las obligaciones de padre. Con estos consejos quiero fortificar tu corazon. No los desprecies ni los olvides, pues de ellos depende tu vida y toda tu felicidad.”

Tales eran las instrucciones que los Mexicanos inculcaban en el ánimo de sus hijos. Los labradores y los mercaderes les daban otros avisos particulares, relativos á su profesion, que omito por no fastidiar á los lectores; pero no quiero omitir los documentos que las madres dirigian á sus hijas, pues los creo oportunos para dar á conocer su educacion y sus usos.

EXHORTACION DE UNA MEXICANA A SU HIJA.

“Hija mia, decia la madre, nacida de mi sustancia, paride con mis dolores, y alimentada con mi leche, he procurado criarte con el mayor esmero, y tu padre te ha elaborado y

pulido á guisa de esmeralda, para que te presentes á los ojos de los hombres, como una joya de virtud. Esfuérzate en ser siempre buena: porque si no lo eres, ¿quién te querrá por muger? Todos te despreciarán. La vida es trabajosa, y es necesario echar mano de todas nuestras fuerzas, para obtener los bienes que los dioses nos quieren enviar; pero conviene no ser perezosa ni descuidada, sino diligente en todo. Sé ascada, y ten tu casa en buen orden. Da agua á tu marido para que se lave las manos, y haz el pan para tu familia. Donde quiera que vayas, preséntate con modestia y compostura, sin apresurar el paso, sin reirte de las personas que encuentres, sin fijar las miradas en niñas, sin volver ligeramente los ojos á una parte y otra, á fin de que no padezca tu reputacion. Responde cortesmente á quien te salude ó pregunte algo.

“Entpléate diligentemente en hilar, en tejer, en coser y en bordar; porque así serás estimada, y tendrás lo necesario para comer y vestirte. No te des al sueño, ni descanses á la sombra, ni vayas á tomar el fresco, ni te abandones al reposo; pues la inaccion trae consigo la pereza y otros vicios.

“Cuando trabajes, no pienses mas que en el servicio de los dioses, y en el alivio de tus padres. Si te llaman ellos, no aguardes á la segunda vez, sino acude pronto para saber lo que quieren, y á fin de que tu tardanza no les cause disgusto. No respondas con arrogancia, ni muestres repugnancia á lo que te ordenan: si no puedes hacerlo, escúsate con humildad. Si llaman á otra, y no acude, responde tú: oye lo que mandan, y hazlo bien. No te ofrezcas nunca á lo que no puedes hacer. No engañes á nadie, pues los dioses te miran. Vive en paz con todos: ama á todos honesta y discretamente, á fin de que todos te amen.

“No seas avara de los bienes que los dioses te han concedido. Si ves que á otras se dan, no sospeches mal en ello; porque los dioses, de quienes son todos los bienes, los dan como y á quien les agrada. Si quieres que los

otros no te disgusten, no los disgustes tú á ellos.

“Evita la familiaridad indecente con los hombres, y no te abandones á los perversos apetitos de tu corazon; porque serás el oprobio de tus padres, y ensuciarás tu alma, como el agua con el fango. No te acompañes con mugeres disolutas, ni con las embusteras, ni con las perezosas; porque infaliblemente inficionarán tu corazon con su ejemplo. Cuida de tu familia, y no salgas á menudo de casa, ni te vean vagar por las calles y por la plaza del mercado, pues allí encontrarás tu ruina. Considera que el vicio, como yerba venenosa, da muerte al que lo adquiere, y una vez que se introduce en el alma, difícil es arrojarlo de ella. Si encuentras en la calle algun jóven atrevido, y te insulta, no le respondas, y pasa adelante. No hagas caso de lo que te diga: no des oídos á sus palabras: si te sigue, no vuelvas el rostro á mirarlo, para que no se inflamen mas sus pasiones. Si así lo haces, se detendrá, y te dejará ir en paz.

“No entres en casa ajena sin urgente motivo, porque no se diga ó se piense algo contra tu honor; pero si entras en casa de tus parientes, salúdalos con respeto, y no estés ociosa, sino toma inmediatamente el huso, ó empleate en lo que sea necesario.

“Cuando te cases, respeta á tu marido, y obedécelo diligentemente en lo que te mande. No le occasions disgusto, ni te muestres con él desdeñosa ni airada: acógelo amorosamente en tu seno, aunque sea pobre y viva á tus espensas. Si en algo te apesadumbra, no le des á conocer tu desazon cuando te mande algo: disimula por entonces, y despues le espondrás con mansedumbre lo que sientes, á fin de que con tu suavidad, se tranquilice, y no te aflija mas. No lo denuestes en presencia de otro, porque tú serás la deshonorada. Si alguno entrase en tu casa para visitar á tu marido, muéstrate agradecida, y obséquialo como puedas. Si tu marido es desacordado, sé tú discreta. Si no maneja bien tus bienes, dale buenos consejos; pero si absolutamente es inútil para

aquel encargo, tómallo tú por tu cuenta, cuidando esmeradamente de tus posesiones, y pagando exactamente á los operarios. Guárdate de perder algo por tu descuido.

“Sigue, hija mía, los consejos que te doy. Tengo muchos años y bastante práctica del mundo. Soy tu madre, y quiero que vivas bien. Fija estos avisos en tu corazón, pues así vivirás alegre. Si por no querer escucharme, ó por descuidar mis instrucciones, te sobrevienen desgracias, culpa tuya será, y tú serás quien lo sufra. No mas, hija mía: los dioses te amparen.”

ESCUELAS PUBLICAS Y SEMINARIOS.

No contentos los Mexicanos con estas instrucciones, propias de la educación, todos enviaban sus hijos á las escuelas públicas, que estaban cerca de los templos, en las cuales, durante tres años, se instruían en la religión y en las buenas costumbres. Además de esto, casi todos, y especialmente los nobles, procuraban que sus hijos fuesen educados en los seminarios anexos á los mismos templos. Había muchos de estos establecimientos en las ciudades del imperio mexicano, tanto para los niños, como para los jóvenes de ambos sexos. Los de niños y jóvenes del sexo masculino, estaban á cargo de los sacerdotes, únicamente consagrados á su educación: los de muchachas dependían de matronas, respetables por su edad y por sus costumbres. No había comunicación entre los seminarios de personas de sexo diferente, y cualquier descuido en esta parte era severamente castigado. Había seminarios distintos para nobles y para plebeyos. Los jóvenes nobles se empleaban en los ministerios interiores y mas inmediatos al santuario, como barrer el atrio superior, atizar y mantener el fuego sagrado: los plebeyos llevaban la leña necesaria, piedra y cal para la reparación de los edificios sagrados. Los unos y los otros tenían superiores que los instruían en la religión, en la historia, en la pintura, en la música, y en las otras artes convenientes á su clase.

Las muchachas barrían el atrio inferior del templo, se levantaban tres veces en la noche para ofrecer copal á los ídolos, preparaban las viandas que serían en las oblacones, y tejían toda clase de telas. Aprendían además las ocupaciones propias de su sexo; con lo que, además de evitar la ociosidad, tan perjudicial en la edad juvenil, se acostumbraban insensiblemente á las fatigas domésticas. Dormían en grandes salas á vista de las matronas, las cuales de nada cuidaban tanto como de la modestia de las alumnas, y de la compostura de sus acciones. Cuando algun alumno ó alumna del seminario iba á visitar á sus padres, lo que sucedía raras veces, siempre lo acompañaban algunos condiscípulos suyos y un superior. Después de haber escuchado con humildad y silencio las instrucciones y consejos que le daba su padre, volvía prontamente al seminario. Allí permanecía hasta la época del matrimonio, que, como ya hemos dicho, era en los jóvenes, de veinte á veintidos años, y en las doncellas, de diez y siete á diez y ocho. Cuando llegaba aquella época, ó el mismo joven pedía permiso al superior para ir á casarse, ó, lo que era mas comun, el padre hacia la petición con el mismo objeto, dando ántes las debidas gracias al superior por el cuidado que habia tenido de su hijo. El superior, al licenciar en la fiesta grande de Tezcatlipoca todos los jóvenes de ambos sexos que iban á casarse, pronunciaba un discurso, exhortándolos á la perseverancia en la virtud, y al cumplimiento de las obligaciones del nuevo estado. Eran muy apreciadas para esposas las jóvenes educadas en los seminarios, tanto por sus arregladas costumbres, cuanto por su destreza en todas las labores peculiares de su sexo. El joven que á la edad de veintidos años no se casaba, se reputaba perpetuamente consagrado al servicio de los dioses; y si después de aquella consagración, se arrepentía del celibato, y queria tomar mujer, se hacia infame para siempre, y no habia mujer que lo quisiera por marido. En Tlaxcala se cortaba el cabello á los que, llegada la edad con-

veniente, no se casaban, y aquella señal era entre ellos deshonrosa.

Los hijos aprendían, por lo comun, el oficio de sus padres, y abrazaban su profesión: así se perpetuaban las artes en las familias, con beneficio del estado. Los jóvenes destinados á la magistratura eran conducidos por sus padres á los tribunales, donde aprendían las leyes del reino, las prácticas y fórmulas de los juicios. En una de las pinturas de la Colección de Mendoza, se representan cuatro magistrados examinando una causa, y detras á sus cuatro jóvenes *tetcutin*, ó caballeros, que escuchan sus deliberaciones. A los hijos de los reyes, de los nobles y de los señores principales, se daban ayas que velasen sobre su conducta, y mucho ántes que pudiesen entrar en posesión del reino ó del estado, se les conferia comunmente el gobierno de alguna ciudad ó distrito, para que se acostumbrasen al arte difícil de regir á los hombres. Esta práctica tuvo origen en tiempo de los primeros reyes chichimecas; pues que Nopaltzin, desde que fué coronado rey de Acolhuacan, puso á su primogénito Tlotzin en posesión de la ciudad de Texcoco. Cuitlahuac, penúltimo rey de México, obtuvo el estado de Iztapalapan, y su hermano Moteuczoma, el de Ehecatepec, ántes de subir al trono de México. Sobre este fundamento de la educación alzaron los Mexicanos el sistema político de su reino, que voy á esponer.

ELECCION DEL REY.

Desde el tiempo en que los Mexicanos, á ejemplo de todas las naciones circunvecinas, pusieron á Acamapichtzin á la cabeza de su nacion, revistiéndolo del nombre, de los honores y de la autoridad de monarca, quedó establecido que la corona seria electiva. Algun tiempo después crearon cuatro electores, en cuya opinion se comprometían todos los votos de la nacion. Eran aquellos funcionarios, magnates y señores de la primera nobleza, comunmente de sangre real, y de tanta prudencia y probidad, cuanta se necesitaba para un cargo tan importante. No era

empleo perpetuo; su voto electoral terminaba en la primera elección que hacían, é inmediatamente se nombraban otros, ó los mismos, si así lo decretaba el consentimiento general de la nobleza. Si ántes de morir el rey, faltaba uno de los electores, se nombraba otro que lo reemplazase. Desde el tiempo del rey Izcóatl hubo otros dos electores mas, que eran los reyes de Acolhuacan y de Tacuba; pero estos empleos eran puramente honorarios. Ratificaban aquellos monarcas la elección hecha por los cuatro verdaderos electores; pero no sabemos que interviniesen en el acto de la elección.

Para no dejar demasiada amplitud á los electores, y para evitar, en cuanto fuese posible, los inconvenientes de los partidos y de las facciones, fijaron la corona en la casa de Acamapichtzin, y después establecieron por ley que al rey muerto debia suceder uno de sus hermanos: faltando estos, uno de sus sobrinos; y si no hubiese sobrinos, uno de sus primos, quedando al arbitrio de los electores el nombramiento del que mas digno les pareciese. Esta ley se observó inviolablemente desde el segundo hasta el último. A Huitzilhuítl, hijo de Acamapichtzin, cedieron sus dos hermanos Quimalpopocá y Itzcóatl; á esto, su sobrino Moteuczoma huicamina; á Moteuczoma, Axayacatl primo; á Axayacatl, sus dos hermanos Tizoc y Ahuitzotl; á este, su sobrino Moteuczoma II; á Moteuczoma, su hermano Cuitlahuatzin, y á este, finalmente, su sobrino Cuauhtemotzin. Esto se verá mas claro en la genealogía de los reyes mexicanos que se halla en esta obra.

No se consideraba en la elección el derecho de primogenitura: así se vió en la muerte de Moteuczoma I, en cuyo lugar fué elegido Axayacatl, preferido por los electores á sus dos hermanos mayores, Tizoc y Ahuitzotl.

POMPA Y CEREMONIAL EN LA PROCLAMACION Y UNCIÓN DEL REY.

No se procedia á la elección del nuevo rey, hasta después de haber sido celebradas



con la debida pompa y magnificencia las exequias de su antecesor. Hecha la eleccion, se daba cuenta de ella á los reyes de Acolhuacan y de Tacuba, á fin de que la confirmasen, y á los señores feudatarios que habian asistido al funeral. Los dos reyes, acompañados por toda la nobleza, conducian el nuevo soberano al templo mayor. Abrian la procesion los señores feudatarios con las insignias propias de sus estados, y despues los nobles de la corte con las de sus dignidades y empleos: seguian los dos reyes aliados, y detras de ellos el rey electo, desnudo, y sin otro vestido que el maxtlatl, ó cintura ancha, con que se cubria las partes obscenas. Subia al templo apoyado en los hombros de los dos principales señores de la corte, y allí lo aguardaba uno de los sumos sacerdotes, con las personas mas condecoradas del servicio del templo. Adoraba al ídolo de Huitzilopochtli, tocando con la mano el suelo, y llevándola á la boca. El sumo sacerdote teñia despues todo el cuerpo del monarca con una especie de tinta, y lo rociaba cuatro veces con aguá bendita, segun su rito, en la gran fiesta de la misma divinidad, valiéndose para aquella aspersion de ramas de cedro, de sauce y de maiz. Vestíale un manto en que se veian pintados cráneos y huesos de muerto, y le cubria la cabeza con dos velos ó mantillas, uno azul y otro negro, que tenian las mismas figuras. Le colgaba al cuello una calabacilla, llena de ciertos granos que se creian eficaces preservativos contra ciertos males, contra los hechizos y contra los engaños. ¡Feliz por cierto seria el pueblo cuyo rey poseyese tan precioso talisman! Despues le ponía en las manos un incensario y un saquillo de copal, para que incensase á los ídolos. Terminado este acto religioso, durante el cual el rey estaba de rodillas, el sumo sacerdote se sentaba, y pronunciaba un discurso, en que, despues de haberlo felicitado por su exaltacion, le advertia las obligaciones que habia contraido con sus súbditos, por haberlo estos elevado al trono, y le recomendaba eficazmente el celo por la religion y por la justicia, la

proteccion de los pobres, la defensa de la patria y del reino. Seguian las arengas de los reyes aliados y de la nobleza, dirigidas al mismo fin; á las cuales respondia el monarca manifestando su gratitud, y ofreciéndose á emplearse con todas sus fuerzas en la ventura del estado. Gomara, y otros autores que lo han copiado, afirman que el sumo sacerdote le tomaba el juramento de mantener la antigua religion, de observar las leyes de sus antepasados, de hacer andar al sol, traer la lluvia, dar aguas á los rios y frutos á la tierra. Si es cierto que los reyes de México hacian aquel juramento tan estravagante, no podia significar otra cosa, sino la obligacion de no desmerecer con su conducta la proteccion del cielo.

Despues de las arengas bajaba el rey con todo su acompañamiento al atrio inferior, donde lo aguardaba el resto de la nobleza, para tributarle obediencia, y hacerle regalos de joyas y vestidos. De allí pasaba á una sala que habia en el recinto del mismo templo, llamada Tlacatecco, donde lo dejaban solo por espacio de cuatro dias, en los cuales comia una sola vez al dia; pero podia comer carne, ó cualquier otro manjar. Bañábase diariamente dos veces: despues se sacaba sangre de las orejas, y la ofrecia á Huitzilopochtli con algun copal, quemando ambas cosas en su honor, haciendo entre tanto ardientes y continuas plegarias á los dioses para impetrar las luces de que necesitaba á fin de regir sabiamente la monarquía. El quinto dia volvía al templo la nobleza para conducir al nuevo rey á su palacio, donde acudian los feudatarios á recibir la confirmacion de sus investiduras. Seguian los regocijos del pueblo, los convites, los bailes y las iluminaciones.

CORONACION, CORONA, TRAGE E INSIGNIAS DEL REY.

Para proceder á la coronacion, era necesario, segun las leyes del reino, ó la práctica introducida por Moteuczoma I, que el rey electo saliese á la guerra, á fin de tener víctimas que sacrificar en aquella gran fun-

cion. No faltaban nunca enemigos con quienes combatir, ya por haberse rebelado alguna provincia del reino, ya por haber sido muertos en un pueblo algunos mercaderes mexicanos, de lo que se hallan muchos ejemplos en la historia. Las armas y las insignias con que el rey iba á la guerra, el aparato con que eran conducidos sus prisioneros á la corte, y las circunstancias que intervenian en sus sacrificios, se hallarán en otra parte de esta obra: por lo demas, se ignoran las ceremonias particulares de la coronacion. El rey de Acolhuacan era el que le ponía la corona. Esta, que se llamaba *copilli*, era una especie de mitra pequeña, cuya parte anterior se alzaba y terminaba en punta, y la posterior colgaba sobre el cuello, del modo que se ve representada en nuestra estampa. Era de diferentes materias, segun el gusto del rey: ya de hojas sutiles de oro, ya de hilos del mismo metal, y siempre la adornaban hermosas plumas. El trage que ordinariamente usaba en palacio, era el *xihuitimalli*, esto es, un manto tejido de blanco y azul. Cuando iba al templo, llevaba vestido blanco. Las ropas con que asistia al consejo y á las otras funciones públicas, variaban segun las circunstancias: tenia una para las causas civiles, otra para las criminales; una para los actos de justicia, y otra para las fiestas públicas. En todas estas ocusiones usaba la corona. Siempre que salia de palacio lo acompañaba parte de la nobleza, y lo precedía un noble, que llevaba en las manos unas varas hechas, en parte de oro y en parte de madera aromática, con lo que anunciaba al pueblo la presencia del monarca.

DERECHOS DEL REY.

El poder y la autoridad de los reyes de México, variaban segun las circunstancias. Al principio de la monarquía fué muy restringido su mando, y puramente paternal; humana su conducta, y moderados los derechos que exigía á sus súbditos. Con la estension de sus conquistas se aumentaron sus riquezas, su magnificencia y su lujo, y

á proporcion crecieron, como suele suceder, las cargas de los pueblos. Su orgullo los indujo á traspasar los límites fijados á su autoridad por el consentimiento de la nacion, hasta degenerar en el odioso despotismo que ya hemos visto en el reinado de Moteuczoma II; pero en despecho de su tiranía, los Mexicanos conservaron siempre el respeto debido al carácter real, escepto en el último año de la monarquía, cuando no pudiendo ya sufrir el envilecimiento de aquel rey, su cobardía, y su excesiva condescendencia con sus enemigos, lo vilipendiaron, asatearon y apedrearon, como despues veremos. El esplendor á que llegaron los reyes de México se puede inferir de lo que hemos dicho hablando del reinado de Moteuczoma, y lo que diremos en la historia de la conquista.

Los reyes de México fueron émulos de los de Acolhuacan en la magnificencia, como estos de aquellos en la política. El gobierno de los Acolhuas sirvió de modelo al de los Mexicanos; pero variaron considerablemente los dos con respecto al derecho de sucesion á la corona, pues en Acolhuacan, y lo mismo en Tacuba, los hijos sucedían á los padres, no ya en el orden del nacimiento, sino segun su calidad, siendo siempre antepuestos los que nacían de reina ó muger principal. Así se observó desde el primer rey chichimeca, Xulotl, hasta Cacamatzin, á quien sucedió su hermano Cuicuitzcatzin, por las intrigas de Moteuczoma y del conquistador Cortés.

CONSEJOS REALES, Y EMPLEADOS DE LA CORTE.

Tenia el rey de México, así como el de Acolhuacan, tres consejos supremos, compuestos de hombres de la primera nobleza, en los cuales se trataban todos los negocios pertenecientes al gobierno de las provincias, á los ingresos de las arcas reales y á la guerra; y el rey, por lo comun, no tomaba ninguna medida importante, sin la aprobacion de los consejeros. En la historia de la conquista veremos á Moteuczoma deliberar muchas veces con ellos sobre las pretensiones

de los españoles. No sabemos el número de individuos de que se componía cada consejo, ni se halla en los historiadores dato alguno que pueda ilustrar aquel punto: solo nos han conservado los nombres de algunos consejeros, especialmente de los de Moteuczoma II. En una de las pinturas de la *Coleccion de Mendoza* se presenta la sala del consejo, con alguno de los nobles que lo componían.

Entre los muchos empleados de la corte habia un tesorero general que llamaban *hucicalpixqui*, ó gran mayordomo, que recibía todos los tributos que los recaudadores sacaban de las provincias, y llevaba cuenta, por medio de ciertas figuras, de la entrada y salida, como lo testifica Bernal Diaz que las vió. Habia otro tesorero para las joyas y alhajas de oro, el cual era tambien director de los artífices que las trabajaban, y otro para los trabajos de plumas, cuyos operarios tenian sus laboratorios en la casa real de los pájaros. El proveedor general de animales, que se llamaba *huxaminqui*, cuidaba de los bosques reales, y de que nunca faltase caza en ellos. Por lo que respecta á los otros empleados, bastante he dicho hablando de la magnificencia de Moteuczoma II, y del gobierno de los reyes de Acolhuacan, Techtolala y Nezahualcoyotl.

EMBAJADORES.

Para las embajadas se buscaban siempre personas nobles y elocuentes. Componíanse aquellas comisiones, de tres, cuatro ó mas individuos; y para hacer respetar su carácter, llevaban ciertas insignias, con las que eran desde luego conocidos por todos, especialmente un traje verde, hecho á guisa de escapulario, con unos flecos de algodón. Usaban sombreros adornados con hermosas plumas, y flecos de diversos colores; en la mano derecha una flecha con la punta hácia arriba; en la izquierda una rodela, y pendiente del mismo brazo una red con sus provisiones. Por donde quiera que pasaban eran bien recibidos, y tratados con la consideracion debida á su carácter, con tal de

que no dejasen el camino principal que conducia al punto á que iban enviados. Cuando llegaban al término de su embajada, se detenian ántes de entrar: allí aguardaban hasta que saliese la nobleza de aquella ciudad á recibirlos, y conducirlos á la casa pública, donde eran alojados y bien tratados. Los nobles los incensaban, y les presentaban ramos de flores: despues que habian repasado, los conducian á la casa del rey ó señor, y los introducian en la sala de audiencia, donde los aguardaban aquel personaje y sus consejeros, todos sentados. Allí, despues de haber hecho una profunda reverencia, se sentaban en el suelo en medio del salon, y sin alzar los ojos ni proferir una palabra, esperaban que hiciesen señal de hablar. Entónces el principal de los embajadores, despues de otra reverencia, esponia en voz baja su embajada, con un discurso bien hablado, que escuchaban atentamente el señor y sus consejeros, con las cabezas inclinadas hasta las rodillas. Concluida la arenga, voivian los embajadores á su alojamiento. Entre tanto consultaba el señor con sus consejeros, y hacia saber su resolucion á los embajadores por medio de sus ministros; proveíalos abundantemente de víveres para el viaje, les hacia además algunos regalos, y salian á despedirlos los mismos que los habian recibido. Si el señor á quien se hacia la embajada era amigo de los Mexicanos, se tenia á gran afrenta no aceptar los regalos; pero si era onemigo, no podian admitirlos sin el espreso consentimiento de su monarca. No siempre se observaban aquellas ceremonias, ni siempre se enviaba la embajada al gefe de la nacion ó del estado; pues á veces iba dirigida al cuerpo de la nobleza, ó al pueblo.

CORREOS Y POSTAS.

Los correos de que se servian los Mexicanos con mucha frecuencia, usaban diferentes insignias, segun la noticia ó el negocio de que eran portadores. Si la noticia era de haber perdido los Mexicanos una batalla, llevaba el correo los cabellos sueltos, y al

llegar á la capital, se iba en derechura á palacio, donde puesto de rodillas delante del rey, daba cuenta del suceso. Si era por el contrario, alguna batalla ganada, llevaba los cabellos atados con una cuerda de color, y el cuerpo ceñido con un paño blanco de algodón, en la mano izquierda una rodela, y en la derecha una espada, que manejaba como en actitud de combatir, demostrando de este modo su júbilo, y cantando los hechos gloriosos de los antiguos Mexicanos.

El pueblo, regocijado al verlo, lo conducia con iguales demostraciones al palacio real. A fin de que los mensajes llegasen prontamente, habia en los caminos principales del reino unas torrecillas, distantes seis millas una de otra, donde estaban los correos, dispuestos siempre á ponerse en camino. Cuando se despachaba el primer correo, andaba con toda la celeridad posible hasta la primera posta ó torrecilla, donde comunicaba á otro el mensaje, ó le entregaba, si las traía consigo, las pinturas que representaban la noticia ó el negocio, y de que se servian en lugar de cartas: el segundo corria del mismo modo hasta la posta inmediata; y así continuaban por grande que fuera la distancia. Hay autores que dicen que de aquel modo atravesaba un mensaje la distancia de trescientos millas en un dia. Moteuczoma se servia del mismo medio para proveerse diariamente de pescado fresco, del seno Mexicano, que por la parte mas corta distaba de la capital mas de doscientas millas. Estos correos se ejercitaban desde niños en su oficio, y para estimularlos, los sacerdotes que los educaban, daban premios á los vencedores.

NOBLEZA, Y DERECHO DE SUCESION.

La nobleza de México y de todo el Imperio, estaba dividida en muchas clases, que fueron confundidas por los españoles bajo el nombre general de *caciques* (1). Cada

(1) El nombre *cacique*, que quiere decir señor ó príncipe, se tomó de la lengua haitiana, que se hablaba en la isla Española, ó de Santo Domingo. Los Mexicanos llamaban al señor *Tlatoani*, y al noble *Pilli* ó *Teuctli*.

clase tenia privilegios ó insignias particulares; de modo que aunque el traje de aquellas gentes era muy sencillo, desde luego se conocia el carácter de la persona. Solo los nobles podian llevar en la ropa alornos de oro y de piedras preciosas, y á ellos pertenecian esclusivamente hasta principios del reinado de Moteuczoma II, las principales cargas de la casa real, de la magistratura y de la milicia.

El primer grado de nobleza en Tlaxcala, en Huexotzinco y en Cholula, era el de *Teuctli*. Para obtenerlo era necesario ser de sangre noble, haber dado pruebas de valor en muchos encuentros, tener cierta edad, y sobre todo, grandes riquezas, para sufrir los grandes gastos que aquella dignidad atraía. Debía además el candidato hacer un año de rigurosa penitencia, que consistía en ayuno perpetuo, en frecuentes efusiones de sangre, en la privacion de todo trato con mugeres, y en sufrir resignadamente los insultos, los oprobios y los malos tratamientos, con que ponian á prueba su constancia. Perforábanles los cartilagos de la nariz, para colgarles unos granos de oro, que eran la principal insignia de su clase. El dia en que tomaba posesion de ella, le quitaban el traje de penitencia, y le ponian brillantes galas; atábanles los cabellos con una correa de cuero, teñida de escarlata, de la que pendian hermosas plumas, y le suspendian de la nariz los granos de oro. Esta ceremonia se hacia por un sacerdote en el atrio superior del templo mayor, y despues de haberle conferido la dignidad, le dirigian una arenga gratulatoria. De allí bajaba al atrio inferior, donde asistía con la nobleza á un gran baile, al que seguía un espléndido banquete, que daba á sus espensas á todos los señores del estado. Regulaba á estos innumerables vestidos, y tal era la abundancia de manjares que se consumian en aquella ocasion, que segun algunos autores, se servian mil y cuatrocientos, y aun mil y seiscientos pavos; otros tantos ciervos, conejos y otros animales; una increíble cantidad de cacao en muchas bebidas, y las frutas

mas esquisitas y delicadas de aquella tierra. El título de *teuctli* se añadía, como apellido, al nombre propio de la persona que gozaba aquella dignidad, como *Chichimeco-teuctli*, *Pit-teuctli*, y otros. Los *teuctlis* precedían á todos los otros en el senado, tanto en los asientos como en la votacion, y podían llevar detras un criado con un banquillo, lo cual se consideraba como privilegio altamente honroso.

La nobleza mexicana era por lo comun hereditaria. Conserváronse hasta la ruina del imperio con grande esplendor, muchas familias descendientes de aquellos ilustres Aztecas, fundadores de México, y aun ahora existen ramas de aquellas casas antiquísimas, aunque envilecidas por la miseria, y confundidas entre las plebe mas oscura (1). No hay duda que hubiera sido mas sabia la política de los españoles, si en vez de conducir á México mugeres de Europa y esclavos de Africa, se hubiesen empeñado en formar de ellos mismos y de los Mexicanos, una sola nacion, por medio de enlaces matrimoniales. Si la naturaleza de esta obra lo permitiera, haria aquí una demostracion de las ventajas que de aquella medida se hubieran seguido á las dos naciones, y de los perjuicios que del sistema opuesto han resultado.

En México y en casi todo el imperio, los hijos sucedían á los padres en todos sus derechos; escepto en la casa real, como ya he dicho. Por falta de hijos sucedían los hermanos, y por falta de estos los sobrinos.

[1] No puede verse sin dolor el envilecimiento á que se hallan reducidas muchas familias de las mas ilustres de aquel reino. Poco tiempo ha murió en el patíbulo un descendiente de los antiguos reyes de Michuacan. Yo conocí en México un pobre sastre descendiente de una nobilísima casa de Coyacan, á quien se quitaron las posesiones que habia heredado de sus claros abuelos. Estos ejemplos no son raros, y aun los hay en las familias reales de México, de Acolhuacan y de Tacuba, no bastando á preservarlas de la comun ruina, las reiteradas órdenes dadas en su favor por la clemencia y equidad de los reyes católicos.

DIVISION DE LAS TIERRAS; TITULOS DE POSESION Y PROPIEDAD.

Las tierras del imperio mexicano estaban divididas entre la corona, la nobleza, el comun de vecinos y los templos, y habia pinturas que representaban distintamente lo que á cada cual pertenecía. Las tierras de la corona estaban indicadas con color de púrpura; las de los nobles, con grana, y las de los plebeyos, con amarillo claro. En aquellos dibujos se distinguían á primera vista la estension y los límites de cada posesion. Los magistrados españoles se sirvieron de estas representaciones para decidir algunos pleitos entre indios, sobre la propiedad y la posesion de las tierras.

En las de la corona, llamadas por ellos *tecpantlalli*, reservado siempre el dominio del rey, gozaban el usufructo ciertos señores, llamados *tecpanpouhque* y *tecpantlaca*, estos, gente de palacio. Estos no pagaban tributo alguno, ni daban otra cosa al rey, que unos ramos de flores y ciertos pajarillos, en señal de vasallaje. Hacían esto siempre que lo visitaban; pero tenían la obligacion de componer y reparar los palacios reales, cuando fuese necesario, y de cultivar los jardines del rey, corriendo ellos con la direccion de la obra, y los plebeyos de su distrito con el trabajo. Debían tambien hacer la corte al rey, y acompañarlo siempre que salía en público; lo cual les atraía muchas honras y obsequios. Cuando moría uno de aquellos señores, entraba el primogénito en posesion de las tierras, con todas las obligaciones de su padre; pero si se establecía en otro punto del imperio, perdía aquellos derechos, y el rey los trasmitía á otro usufructuario, ó dejaba la eleccion de este á cargo del comun de habitantes del distrito en que se hallaban las tierras.

Las llamadas *pillalli*, es decir, tierras de nobles, eran posesiones antiguas de estos, trasmitidas por herencia de padres á hijos, ó concedidas por el rey en galardón de los servicios hechos á la corona. Los unos y los otros podían enagenar sus posesiones,

pero no podían darlas ni venderlas á los plebeyos. Había sin embargo tierras de concesion real; pero con la cláusula de no enagenarlas, sino dejarlas en herencia á los hijos.

En la herencia de los estados se observaba el orden de la primogenitura; pero si el primogénito era inepto, é incapaz de administrar sus bienes, el padre podia instituir por heredero á otro cualquiera de sus hijos, con tal que este asegurase alimentos á su hermano mayor. Las hijas, á lo ménos en Tlaxcala, no podían heredar, para que no pasasen los bienes á un extranjero. Eran tan celosos los Tlaxcaltecas, aun despues de la conquista por los españoles, de conservar los bienes de las familias, que rehusaron dar la investidura de uno de los cuatro principados de la república, á D. Francisco Pimentel, nieto de Coanacotzin, rey de Acolhuacan (1), casado con Doña María Maxicatzin, nieta del príncipe del mismo nombre, el cual, como despues veremos, era el principal de los cuatro señores que regían aquella república cuando llegaron los españoles.

Los feudos empezaron en aquel reino cuando el rey Xolotl dividió la tierra de Anáhuac entre los señores Chichimecas y los Acolhuas, con la condicion feudal de una fidelidad inviolable, de un cierto reconocimiento del supremo dominio, y la obligacion de ayudar al señor, cuando fuese necesario, con su persona, con sus bienes y con sus vasallos. En el imperio mexicano eran pocos, segun creo, los feudos propios, y ninguno, si queremos hablar con rigor jurídico; pues no eran en su institucion perpetuos, sino que cada año se necesitaba una nueva renovacion ó investidura, ni los vasallos de los feudatarios estaban exentos de los tribu-

(1) Coanacotzin, rey de Acolhuacan, fué padre de D. Fernando Pimentel, y esto tuvo á D. Francisco, de una señora Tlaxcalteca. Es de advertir que muchos Mexicanos, y especialmente los nobles, tomaron en el bautismo, con el nombre cristiano, algun apellido español.

tos que pagaban al rey los otros vasallos de la corona.

Las tierras que se llamaban *altepetlalli*, esto es, de los comunes de las ciudades y villas, se dividían en tantas partes, cuantos eran los barrios de aquella poblacion, y cada barrio poseía su parte con entera exclusion é independencia de los otros. Estas tierras no se podían enagenar bajo ningun pretesto. Entre ellas habia algunas destinadas á suministrar víveres al ejército en tiempo de guerra, las cuales se llamaban *milchimalli*, ó *cacalomilli*, segun la especie de víveres que daban. Los reyes católicos han asignado tierras á los pueblos de Mexicanos (1), y dado las órdenes convenientes para asegurar la perpetuidad de aquellas posesiones; pero estas providencias se han frustrado en gran parte por la prepotencia de algunos particulares, y la iniquidad de algunos jueces.

TRIBUTOS E IMPUESTOS DE LOS SUBDITOS DE LA CORONA.

Todas las provincias conquistadas por los Mexicanos eran tributarias de la corona, y le pagaban frutos, animales ó minerales de los respectivos países, segun la tarifa establecida. Ademas los mercaderes contribuían con una parte de sus géneros, y los artesanos con otra de los productos de sus trabajos. En la capital de cada provincia habia un almacen para custodiar los granos, las ropas, y todos los efectos que percibían los recaudadores en el término de su distrito. Estos hombres eran generalmente odiados por los males que ocasionaban á los pueblos. Sus insignias eran una vara que llevaban en una mano, y un abanico en la otra. Los tesoreros del rey tenían pinturas en que estaban especificados los pueblos tributarios, la cantidad y la calidad de los tributos. En la *Coleccion* de Mendoza hay treinta y seis pinturas de esta clase (2), y en cada una se

[1] Las leyes reales conceden á cada pueblo de indios el terreno de los alrededores, hasta la distancia de seiscientas brazas castellanas.

(2) Las treinta y seis pinturas son desde la XIII

ven representados los principales pueblos de una ó varias provincias del imperio. Además de un número excesivo de ropas de algodón, y cierta cantidad de granos y plumas, que eran pagos comunes á todos los pueblos tributarios, daban otros diferentes objetos segun la naturaleza del país. Para dar alguna idea á los lectores, espondremos algunos tributos de los contenidos en aquellas pinturas.

Xoconochco, Huebuetlan, Mazatlan y otras ciudades de aquella costa, daban anualmente á la corona, además de las ropas de algodón, cuatro mil manojos de hermosas plumas de diversos colores, doscientos sacos de cacao, cuarenta pieles de tigre, y ciento sesenta pájaros de cierta y determinada especie. Huaxyacan, Coyolapan, Atlacuechahuacan y otros lugares de los Zapotecas, cuarenta pedazos de oro de ciertas dimensiones, y veinte sacos de cochinitilla. Tlachquiahco, Axotlan y Teotzapotlan, veinte vasos de cierta medida llenos de polvo de oro. Tochtepec, Otlatitlan, Cozamallopán, Michapan y otros lugares de la costa del golfo Mexicano, además de las ropas de algodón, del oro y el cacao, veinticuatro mil manojos de bellísimas plumas de diversos colores y calidades; seis collares, dos de esmeraldas finísimas, y cuatro de ordinarias; veinte pendientes de ámbar engarzados en oro, y otros tantos de cristal; cien bores de liquidámbar, y diez y seis mil cargas de hule ó resina elástica. Tepeyacac, Quécholac, Tecamachalco, Acatzincó y otros lugares de aquel país, cuatro mil sacos de cal, cuatro mil cargas de *otalli*, ó cañas sólidas para los edificios; otras tantas de las mismas cañas mas pequeñas para dardos, y ocho mil cargas de *acaxtli*, ó sea cañas llenas de

materias aromáticas. Malinaltepec, Tlacozaulitlan, Olinatlan, Ichcatlan, Cualac, y otros lugares meridionales de los países cálidos, seiscientas medidas de miel, cuarenta cántaros grandes de *tecozahuitl*, ó sea ocre amarillo para la pintura, ciento sesenta bacias de cobre, cuarenta hojas redondas de oro de ciertas dimensiones, diez pequeñas medidas de turquesas finas, y una carga de las ordinarias. Cuauinahuac, Panchimalco, Atlacholoxan, Xiuhtepec, Huitzilac y otros pueblos de los Tlahuicas, diez y seis mil hojas grandes de papel, y cuatro mil *xicallis* (vasos naturales de que hablaré á su tiempo), de diferentes tamaños. Cuauh-titlan, Tehuilo-xocan y otros pueblos vecinos, ocho mil esteras y otros tantos banquillos. Otros pueblos contribuían con leña, piedras y vigas para los edificios; otros con copal. Había algunos obligados á enviar á los bosques y casas reales, cierto número de pájaros y de cuadrúpedos, como Xilotepec, Michmaloxan, y otros de los Otomites, los cuales debían mandar cada año al rey cuarenta águilas vivas. De los Matlatzincas sabemos, que habiendo sido sometidos á la corona de México por el rey Axayacatl, se les impuso, además del tributo representado en la pintura vigésimasetima de la *Coleccion* de Mendoza, la obligacion de cultivar, para suministrar víveres al ejército real, un campo de setecientas toesas de largo, y de la mitad de ancho. Finalmente, al rey de México se pagaba tributo de todas las producciones útiles, naturales y artificiales de sus estados.

Estas excesivas contribuciones, unidas á los grandes regalos que hacían al rey los gobernadores de las provincias, y los señores feudatarios, y á los despojos de la guerra, formaban aquella gran riqueza de la corte, que ocasionó tanta admiracion á los conquistadores españoles, y tanta miseria á los desventurados súbditos. Los tributos, que al principio eran muy ligeros, llegaron á ser exorbitantes, pues con las conquistas crecieron el orgullo y el fasto de los reyes. Es cierto que una gran parte, y quizás la ma-

hasta la XLVIII. En la copia publicada por Thevenot, faltan la XXI y la XXII, y la mayor parte de las ciudades tributarias. La copia publicada en México en 1770 está mas mutilada, pues faltan seis pinturas de la *Coleccion* de Mendoza, además de los muchos errores que contiene la interpretacion; pero tiene sobre la de Thevenot la ventaja de contener las figuras de las ciudades, y estar grabada en cobre.

yor, de estas rentas, se espendian en bien de los mismos súbditos, ora sustentando un gran número de ministros y magistrados para la administración de la justicia; ora premiando á los beneméritos del estado; ora socorriendo á los desvalidos, especialmente á las viudas, á los huérfanos y á los ancianos, que eran las tres clases que mas compasion escitaban á los Mexicanos; ora, en fin, abriendo al pueblo en tiempo de carestía los graneros reales. Pero ¡cuántos infelices, que podían apenas pagar su tributo, no habrían cedido al peso de su miseria, sin que les alcanzase una parte de la munificencia de los soberanos! A lo pesado de estas cargas se añadía la dureza con que se exigían. El que no pagaba el tributo, era vendido como esclavo, para que pagase su libertad, lo que no había podido su industria.

MAGISTRADOS DE MEXICO Y DE ACOLHUACAN.

Los Mexicanos tenían varios tribunales y gefes para la administración de la justicia. En la corte y en las principales ciudades había un supremo magistrado, llamado Cihuacoatl, cuya autoridad era tan grande, que de las sentencias que pronunciaba en materia civil ó criminal, no se podía apelar á ningun tribunal, ni aun al mismo rey. A él pertenecía el nombramiento de los jueces subalternos, y tomar cuenta á los recaudadores de las rentas de su distrito. Era reo de muerte el que usurpaba sus funciones, ó usaba sus insignias.

Inferior á este, aunque muy preeminente sin embargo, era el tribunal de *tlacatecatl*, que se componía de tres jueces: á saber, el *tlacatecatl*, que era el principal, y de quien tomaba su nombre aquel cuerpo, y otros dos llamados *cuauhmoctli* y *tlailollac*. Conocían de las causas civiles y criminales, en primera y segunda instancia, aunque la sentencia solo se pronunciaba en nombre del *tlacatecatl*. Reuníanse diariamente en una sala de la casa pública, á la que daban el nombre de *ilatxontecocoxan*, esto es, lugar donde se juzga, y tenían á sus órdenes un cierto número de porteros y alguaciles. Allí escu-

chaban con gran paciencia á los litigantes, examinaban diligentemente la causa, y fallaban segun la ley. Si la causa era civil, no había apelacion; pero si era criminal, podía apelarse al *cihuacoatl*. La sentencia se pronunciaba por el *tepozotl*, ó pregonero, y se ponía en ejecución por el *cuauhmoctli*, que, como ya he dicho, era uno de los tres jueces. Tanto el pregonero como el executor de la justicia, estaban en alto aprecio entre los Mexicanos, pues se miraban como imágenes del rey.

En cada barrio de la ciudad había un *teuctli* ó lugar teniente de aquel tribunal, que se elegía anualmente por los vecinos de aquella demarcacion. Conocía en primera instancia de las causas de su distrito, y diariamente se presentaba al *cihuacoatl* ó al *tlacatecatl*, para darles cuenta de lo que ocurría, y recibir sus órdenes. Además de los *teuctlis*, había en cada barrio ciertos comisarios, elegidos tambien por los vecinos, y llamados *centecclapixques*, los cuales, segun parece, no podían juzgar, sino que tenían á su cargo observar un cierto número de familias, confiadas á su vigilancia, y dar cuenta á los magistrados de lo que en ellas ocurría. Bajo las órdenes de los *teuctlis* estaban los *tequitlatoquis* ó correos, que llevaban las notificaciones de los magistrados, y citaban á los reos; los *topillis* ó alguaciles, que hacían los arrestos.

En el reino de Acolhuacan, la jurisdiccion estaba dividida entre seis ciudades principales. Los jueces estaban en los tribunales desde al rayar el día hasta el anochecer. Se les llevaba la comida á la misma sala de audiencia; y á fin de que no se distrajesen de sus funciones para cuidar de la manutencion de sus familias, ni tuviesen pretexto alguno para dejarse seducir, tenían (y lo mismo en el reino de México) posesiones señaladas, y esclavos que las cultivasen. Estos bienes eran anexos al empleo, no ya á la persona, y no pasaban á los herederos, sino á los sucesores en la magistratura. En las causas graves no podían sentenciar, á lo ménos en la capital, sin der

cuenta al rey. Cada veinte días se reunían los jueces de la corte, bajo la presidencia del rey, para terminar las causas pendientes. Si por ser demasiado oscuras ó intrincadas, no podían fallarse entónces, se reservaban para otra reunion general y mas solemne, que se celebraba de ochenta en ochenta dias, por lo cual se llamaba *nappapoallalli*, es decir, conferencia de los ochenta, en la cual todas las causas quedaban decididas, y allí delante de los vocales, se aplicaba la pena á los reos sentenciados. El rey pronunciaba la sentencia, haciendo con la punta de una flecha una raya en la cabeza del reo pintada en el proceso.

En los juicios de los Mexicanos las partes eran las que hacían sus defensas y alegatos: al ménos, se ignora si habia entre ellos abogados. En las causas criminales no se permitía al actor otra prueba que la de testigos; pero el reo podia hacer uso del juramento en su defensa. En los pleitos sobre términos de las posesiones, se consultaban las pinturas de las tierras, como escrituras auténticas.

Todos los magistrados debían juzgar segun las leyes del reino, como las espresaban las pinturas. De estas he visto muchas, y de ellas he sacado una parte de lo que voy á decir sobre el asunto. La potestad legislativa en Texcoco residia siempre en el rey, el cual hacia observar rigorosamente las leyes que publicaba. Entre los Mexicanos, las primeras leyes salieron, segun parece, del cuerpo de la nobleza; pero despues los reyes fueron los legisladores de la nacion; y miéntras su autoridad se mantuvo en sus justos límites, eclaron con esmero la ejecucion de las leyes publicadas por ellos y por sus antepasados. En los últimos años de la monarquía, el despotismo las alteró segun su capricho. Citaré aquí las que estaban en vigor cuando entraron en México los españoles. En algunas se verán rasgos de prudencia y humanidad, y un gran celo por las buenas costumbres; en otras, un rigor extraordinario, que degenera en crueldad.

LEYES PENALES.

El traidor al rey ó al estado era descuartizado, y los parientes, que noticiosos de la traicion, no la habian descubierto, perdían la libertad.

Habia pena de muerte y de confiscacion de bienes, para el que se atreviese á usar en la guerra ó en alguna festividad pública, las insignias del rey de México, de Acolhuacan y de Tacuba, y aun las del cihuacoatl.

El que maltrataba á un embajador, ó ministro, ó correo del rey, perdía la vida; pero los embajadores y correos no debían separarse del camino señalado, so pena de perder la inmunidad.

Eran tambien reos de muerte los que suscitaban alguna sedicion en el pueblo, los que destruían y mudaban los límites puestos en los campos con autoridad pública, los jueces que daban una sentencia injusta ó contraria á las leyes, y los que hacían al rey ó al magistrado superior una relacion infiel de un negocio, ó se dejaban corromper con regalos.

El que en la guerra hacia alguna hostilidad al enemigo sin órden del gefe, ó lo atacaba ántes de darse la señal, ó abandonaba la bandera, ó infringía la órden general, era decapitado sin remision.

El que en el mercado alteraba las medidas establecidas por los magistrados, era reo de muerte, cuya sentencia se ejecutaba sin tardanza en la plaza misma.

El homicida pagaba con la vida, aunque el muerto fuese su esclavo. El que mataba á la muger propia, aunque sorprendida en adulterio, era reo de muerte; porque decían que usurpaba la autoridad de los magistrados, á quienes pertenecia juzgar y castigar los delitos. El adulterio se castigaba con el último suplicio. Los adúlteros eran apedreados, ó se les aplastaba la cabeza entre dos piedras. Esta ley de lapidacion contra aquel crimen es una de las que he visto representadas en las antiguas pinturas que se conservan en la biblioteca del colegio Máximo de Jesuitas en México. Tambien se ve en la última de la *Coleccion* de Mendoza, y

de ella hace mencion Gomara, Torquemada y otros autores. Pero no se reputaba adulterio, ó á lo ménos, no se castigaba como tal, con alguna muger soltera; así que, no se exigia tanta fidelidad del marido como de la muger. En todo el imperio se castigaba el delito de que vamos hablando, pero en algunos pueblos con mas rigor que en otros. En Icheatlan, la adúltera comparecía ante los jueces; y si las pruebas del delito eran convincentes, allí mismo se la descuartizaba, y se dividían los cuartos entre los testigos. En Itztepec, los magistrados mandaban al marido que cortase la nariz y las orejas á la muger infiel. En algunas partes del imperio se daba muerte al marido que cohabitaba con su muger, constándole su infidelidad.

No era lícito el repudio sin autorizacion de los magistrados. El que queria repudiar á su muger, se presentaba en juicio, y espone sus razones. Los jueces lo exhortaban á la concordia, y procuraban disuadirlo; pero si persistia en su pretension, y parecían justas sus razones, le decían que hiciese lo que le pareciese mas oportuno, sin autorizar el repudio con una sentencia formal. Si, finalmente, la repudiaba, no podía volver á juntarse con ella.

El reo de incesto en el primer grado de consanguinidad ó de afinidad, tenia pena de horca, y todo casamiento entre personas de aquellos grados de parentesco, era severamente prohibido por las leyes; escepto el de cuñados, porque entre los Mexicanos, como entre los hebreos, era costumbre que los hermanos del marido difunto se casasen con sus cuñadas viudas; pero habia esta diferencia, que entre los hebreos, solo se verificaba este enlace cuando el primer marido habia muerto sin sucesion, y entre los Mexicanos era indispensable que el difunto dejase hijos, de cuya educacion se encargase su hermano, adquiriendo todos los derechos de padre. En algunos pueblos distantes de la capital, solían los nobles casarse con las madrastras viudas, cuando no habian tenido hijos de los padres de ellos; pero en las cor-

tes de México y de Texcoco, y en los pueblos inmediatos á ellas, se miraban estos enlaces como incestuosos, y como tales se castigaban.

El reo de pecado nefando era ahorcado, ó quemado vivo, si era sacerdote. En todos los pueblos de Anáhuac, escepto entre los Panuqueses, se miraba con abominacion aquel crimen, y en todos se castigaba con rigor. Sin embargo, algunos hombres malignos, para justificar sus propios excesos, infamaron con tan horrendo vicio á todas las naciones americanas; pero la falsedad de esta calumnia, que con culpable facilidad adoptaron muchos escritores europeos; está demostrada por el testimonio de otros mas imparciales, y mejor instruidos.

El sacerdote que, en la época en que estaba dedicado al servicio del templo, abusaba de alguna soltera, era desterrado, y privado del sacerdocio.

Si alguno de los jóvenes de ambos sexos, que se educaban en los seminarios, incurria en algun exceso contra la continencia que profesaban, sufría un castigo rigoroso, y aun la muerte, segun algunos autores. Pero no habia pena establecida para la simple fornicacion, aunque conocían la malicia de aquel pecado, y aunque los padres exhortaban á los hijos á evitarlo.

A la muger pública quemaban los cabellos en la plaza, con haces de pino, y le cubrían la cabeza de resina del mismo árbol. Quanto mas notables eran las personas con quienes se abandonaban á sus excesos, tanto mas rigoroso era el castigo que se le imponía.

La ley condenaba á la pena de horca al hombre que se vestía de muger, y á la muger que se vestía de hombre.

El ladron de objetos de poco valor, no tenia otra pena sino la restitucion de la cosa robada. Si el hurto era de consideracion, el ladron quedaba esclavo del robado: si el objeto robado no existía, y el ladron no tenia bienes con que satisfacerlo, moría apedreado: si lo robado era oro ó joyas, el ladron, despues de haber sido paseado por todas las calles de la ciudad, era sacrificado en

la fiesta que los plateros y joyistas hacian á su dios Xipe. El que robaba un cierto número de mazorecas de maiz, ó quitaba del campo ageno algunas plantas útiles, era esclavo del dueño del campo (1); pero los caminantes pobres podian tomar del maiz ó de los árboles plantados al borde del camino, los granos ó las frutas necesarias á su manutencion. El que robaba en el mercado, era apalcado allí mismo. El robo de armas ó de insignias militares en el ejército, tenia pena de muerte.

El que, hallando un muchacho perdido lo hacia esclavo, vendiéndolo como si fuera su hijo, perdía, en pena de su delito, la libertad y los bienes; de los cuales se aplicaba la mitad al muchacho para sus alimentos, y de la otra se satisfacía al comprador el precio que habia dado. Si eran muchos los delincuentes, todos sufrían la misma pena.

Tambien perdía la libertad y los bienes el que vendía los agenos, que habia tomado en arrendamiento.

Los tutores que no daban cuenta exacta de los bienes de sus pupilos, eran irremisiblemente ahorcados. La misma pena tenían los hijos que gastaban en vicios la herencia paterna; porque decían que era gran delito hacer tan poco caso de las fatigas de los padres.

El que usaba de hechizos era sacrificado á los dioses. La embriaguez en los jóvenes era delito capital. El joven que cometía aquel exceso moría á palos en la cárcel, y la joven era apedreada. En los hombres hechos se castigaba con rigor, aunque no con la muerte. Si era noble, lo privaban de su empleo y de la nobleza, y quedaba infame; si era plebeyo, le cortaban el pelo (que era para ellos una gran pena), y le arruinaban la casa, diciendo que no era digno de habitar entre los hombres el que espontáneamente se privaba de juicio. Esta ley no prohibía

[1] El conquistador anónimo dice que el que robaba tres ó cuatro mazorecas, incurria en la misma pena. Torquemada añade que tenia pena de muerte; mas esto era en el reino de Acolhuacan, y no en el de México.

la embriaguez en las bodas y en otras festividades, en que era lícito beber dentro de casa mas de lo acostumbrado; ni comprendía á los que pasaban de sesenta años, que en razon de su edad podian beber cuanto quisiesen, como consta por una pintura de la *Coleccion de Mendoza*.

Al que decía una mentira que acarrease grave perjuicio, cortaban una parte de los labios, y á veces las orejas.

LEYES SOBRE LOS ESCLAVOS.

Habia entre ellos tres clases de esclavos: los prisioneros de guerra, los que se vendían, y ciertos malhechores, que en castigo de sus delitos quedaban privados de su libertad. La mayor parte de los primeros eran sacrificados á los dioses. El que en la guerra quitaba á otro su prisionero, ó lo ponía en libertad, era reo de muerte.

La venta de un esclavo no era válida, si no se hacia delante de cuatro testigos de edad madura. Comunmente acudían en mayor número, y esta clase de contrato se celebraba con gran solemnidad. El esclavo podia tener bienes, adquirir posesiones, y aun comprar otros esclavos que lo sirviesen, sin que el amo pudiera impedirlo, ni servirse de ellos; pues la esclavitud no era mas que una obligacion de servicio personal, limitada á ciertos términos. Tampoco era hereditaria. Todos nacían libres, aun los hijos de las esclavas. Si un hombre libre tenia comercio ilícito con la esclava agena, y esta quedaba preñada y moría en la preñez, aquel quedaba esclavo del dueño de esta; pero si la esclava paría felizmente, el hijo y el padre eran libres.

Los pobres podían vender alguno de sus hijos para remediar sus miserias, y á cualquier hombre libre era lícito venderse con el mismo objeto; pero los amos no podían vender un esclavo sin su consentimiento. Los esclavos fugitivos, contumaces y viciosos, eran amonestados dos ó tres veces por sus amos, los cuales, para su mayor justificacion, hacían llamar testigos en aquellas ocasiones. Si el esclavo no se enmendaba, le ponían un collar de madera, y entónces

podían venderlo en el mercado sin su consentimiento. Si despues de haber mudado de amo dos ó tres veces, persistían en su indocilidad, se vendían para los sacrificios; pero esto ocurría muy pocas veces. El esclavo de collar que se escapaba del encierro en que su amo lo tenía, y se acogía al palacio del rey, era libre, y todo el que le impedía tomar este asilo, quedaba privado de su libertad; excepto su amo y los hijos de este, que estaban autorizados á estorbárselo.

Las personas que mas comunmente se vendían, eran los jugadores, para satisfacer con el precio su pasión dominante; los que, por su pereza ó sus infortunios, se hallaban reducidos á la miseria, y las mugeres públicas, para comprar trages de lucimiento, pues las de aquel país no buscaban otro interes en sus desórdenes, que la satisfaccion de sus perversos apetitos. No era tan dolorosa á los Mexicanos la esclavitud como á otros pueblos, por no ser allí tan dura la condicion de esclavo. El trabajo que hacían era moderado, y benigno el trato que les daban los dueños, los cuales, comunmente les concedían libertad cuando morían. El precio ordinario de un esclavo era una carga de ropa.

Habia ademas en México una especie de esclavitud que se llamaba *huchuellacalli*, y era cuando una ó dos familias se obligaban por su pobreza á suministrar perpetuamente un esclavo á cualquier señor. Para esto le daban uno de sus hijos; y despues de haberle servido cierto número de años, lo retiraban para casarlo, ó con cualquier otro objeto, y ponían á otro en su lugar. Hacíase esto sin repugnancia del amo; ántes bien solía dar espontáneamente otro precio por el nuevo esclavo. Muchas familias hicieron este contrato el año de 1596, de resultas de la carestía que afligió aquellos países; pero Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, las puso á todas en libertad, por los inconvenientes que se esperimentaron, y á su ejemplo, Moteuczoma II hizo lo mismo en sus estados.

Los conquistadores, que se creían poseedores de todos los derechos de los antiguos

señores Mexicanos, tuvieron muchos esclavos de aquellas naciones; pero los reyes católicos, informados por personas doctas, eclesíasticas del bien público, y bien instruidas en los usos de aquellos países, los declararon libres á todos, prohibieron bajo las mas graves penas atentar contra su libertad, y recomendaron enérgicamente tan importante negocio á la conciencia de los virreyes, de los tribunales superiores y de los gobernadores. Ley justísima, y digna del celo cristiano de aquellos monarcas; por que los primeros que se emplearon en la conversion de los Mexicanos, entre los cuales habia hombres de gran doctrina, declararon despues de un diligente exámen, no haberse hallado entre tantos esclavos uno solo que hubiera sido privado de su libertad por medios legítimos.

Lo que heamos dicho hasta ahora es cuanto sabemos de la legislacion de los Mexicanos; quisieramos dar razon mas estensa de un punto tan importante, sobre todo, en lo relativo á contratos, á juicios y á testamentos; pero la pérdida deplorable de la mayor parte de las pinturas mexicanas, y de algunos manuscritos de los primeros españoles, nos ha privado de las luces con que pudieran aclararse estas materias.

LEYES DE LOS OTROS PAISES DE ANAHUAC.

Las leyes de la capital no habian sido tan generalmente recibidas en las provincias conquistadas, que no hubiese entre ellas gran variedad de instituciones; porque como los Mexicanos no obligaban á los vencidos á hablar su idioma, tampoco los forzaban á aceptar su legislacion. La de Acolhuacan era algo análoga á la de México, aunque con alguna diferencia, y mucha mas severidad.

Segun las leyes publicadas por el célebre rey Nezahualcoyotl, el ladrón era arrastrado por las calles, y ahorcado despues. El homicida era decapitado. El sodomita activo moría ahogado en un monton de ceniza: al pasivo arrancaban las entrañas, se llenaba el vientre de cenizas, y se quemaba el cadáver. El que suscitaba discordia entre dos estados, era atado á un árbol, y quemado vi-

vo. El que se embriagaba hasta perder la razón, si era noble, moría ahorcado, y su cadáver se arrojaba al lago ó á un río; si plebeyo, por la primera vez perdía la libertad, y por la segunda, la vida: y habiendo uno preguntado al legislador por qué era mas rigoroso con el noble que con el plebeyo, respondió que el delito del primero era tanto mas grave, cuanto mayor era su obligación de dar buen ejemplo. El mismo rey Nezahualcoyotl prescribió pena de muerte á los historiadores que espresasen hechos falsos en sus pinturas. También condenó al último suplicio á los ladrones del campo, declarandó que incurria en la pena el que robase siete mazorecas de maiz.

Los Tlaxcaltecas adoptaron la mayor parte de las leyes de Acolhuacan. Los hijos que faltaban gravemente al respeto debido á sus padres, morían por orden del senado. Los que hacían algun daño de importancia al público, eran condenados á muerte ó á destierro. Hablando en general, todas las naciones civilizadas de Anáhuac, castigaban con rigor el homicidio, el hurto, la mentira, el adulterio, y todos los delitos contra la continencia. En todo se verifica la observacion que hemos hecho hablando de su carácter: á saber, que eran naturalmente inclinados, como lo son en el día, al rigor, y mas propensos al castigo del vicio, que al premio de la virtud.

PENAS Y CARCELES.

De las penas impuestas por los legisladores mexicanos á los malhechores, una de las mas infames parece haber sido la horca. El destierro traía tambien infamia, pues suponía en el reo un vicio contagioso. El azote no estaba prescrito por las leyes, ni sabemos que lo usasen sino los padres con los hijos, y los maestros con los discípulos.

Tenían dos géneros de cárceles: la una, semejante á las nuestras, que se llamaba *teipiloyan*, para los deudores que se rehusaban á pagar sus deudas, y para los reos que no eran de muerte; y otra mas estrecha, llamada *cuauhcalli*, hecha á modo de jaula, para los prisioneros destinados al sacrificio,

y para los reos de pena capital. Todas ellas estaban siempre bien custodiadas. A los reos de muerte se daba poco alimento, á fin de que gustasen anticipadamente las amarguras del suplicio. Los prisioneros, por el contrario, recibían abundantes provisiones, para que se presentasen robustos al sacrificio. Si por descuido de la guardia se escapaba algun prisionero, los habitantes del barrio á quienes tocaba la custodia de aquellos infelices, pagaban al amo del prófugo una esclava, cierto número de trages de algodón, y una rodela.

OFICIALES DE GUERRA, Y ORDENES MILITARES.

Habiendo hablado ya del gobierno político de los Mexicanos, conviene decir algo de sus instituciones militares. No había en aquellos países profesion mas estimada que la de las armas. El número que mas reverenciaban, era el de la guerra, como principal protector de la nacion. Ningun príncipe era elegido rey, si antes no había dado pruebas de valor y pericia militar en muchas batallas, hasta merecer el alto empleo de general del ejército; y el rey no podía ser coronado, si no hacía por sí mismo los prisioneros que habían de ser inmolados en su coronacion.

Todos los reyes mexicanos, desde Itzcoatl hasta Cuauhtemotzin, que fué el último, pasaron del mando del ejército al trono. Aun en la otra vida, segun su creencia, las almas mas felices eran las de aquellos que morían con las armas en la mano, en defensa de su patria. Por la gran estima en que tenían á la carrera militar, procuraban inspirar valor á sus hijos, y endurecerlos desde su niñez en las fatigas de la guerra. Este ventajoso concepto de la gloria de las armas, fué el que formó aquellos héroes, cuyas ilustres acciones hemos referido; el que les hizo sacudir el yugo de los Tepanecas, y elevar de tan humildes principios tan clara y tan famosa monarquía; el que amplió, finalmente, su dominio desde las márgenes del lago, hasta las costas de uno y otro océano.

La suprema dignidad militar era la de general del ejército; pero había cuatro grados diferentes de generales, y cada grado tenía sus insignias particulares. El mas alto era el de *tlacochcalcatl*, palabra que, segun algunos autores, significa príncipe de los dardos, aunque significa realmente habitante de la armería ó de la casa de los dardos. No sabemos si los otros tres grados estaban de algun modo subordinados al primero: ni tampoco es fácil señalar sus nombres, por la variedad con que se leen en los autores (1). Despues de los generales venían los capitanes, cada uno de los cuales mandaba un cierto número de hombres.

Para recompensar los servicios de los militares, y para darles estímulo, inventaron los Mexicanos tres órdenes militares llamadas *Achcauhlin*, *Cuauhlin* y *Ocoto*, esto es, príncipes, águilas y tigres. Los mas estimados eran los que en la orden de príncipes se llamaban *cuachiclin*. Estos llevaban los cabellos atados en la parte superior de la cabeza con una cuerda roja, de la que pendían tantas borlas de algodón, cuantas habían sido sus acciones gloriosas. Era de tanto honor este distintivo, que aun los reyes, no solo los generales, se jactaban de usarlo. A esta orden perteneció Moctezoma II, como dice el P. Acosta, y aun el rey Tizoc, como se ve en sus retratos. Los tigres se distinguían por cierta armadura manchada como la de aquella fiera. Estos trages solo se usaban en la guerra: en la corte, todos los oficiales del ejército usaban una ropa tejida de varios colores, que llamaban *tlachcuauhzo*. Los que iban por primera vez á la guerra, no llevaban ninguna insignia, sino un reponcosco y blanco de tela de maguey. Observábase esta regla

(1) El intérprete de la Coleccion de Mendoza dice que los cuatro grados de generales se llamaban *tlacochcalcatl*, *atempnecatl*, *ezhuacatecatl* y *tlillancalqui*. El P. Acosta en vez de *atempnecatl*, dice *tlacatecatl*, y en vez de *ezhuacatecatl*, *ezhuahuacatl*, añadiendo que estos eran los nombres de los cuatro electores. Torquemada adopta el nombre *tlacatecatl*, pero confunde todos los grados.

con tanto rigor, que aun los príncipes reales debían dar muestras de valor, ántes de cambiar aquel vestido por otro mas honroso que se llamaba *tencaliuhqui*. No solo se distinguían las órdenes militares en sus insignias, sino en las estancias que ocupaban en el palacio real cuando estaban de guardia. Podían tener utensilios de oro, vestirse de la tela mas fina, y usar de fajas mas ligeras que la plebe; lo que no se permitía á los soldados, hasta haber merecido algun adelanto por sus acciones. Había un traje particular llamado *tlacatzuhqui*, destinado á premiar al militar que, cuando se desanimaba el ejército, lo incitaba á continuar vigorosamente en la accion.

TRAGE MILITAR DEL REY.

Cuando el rey salía á la guerra, ademas de su armadura, llevaba ciertas insignias particulares: en las piernas unas medias botas cubiertas de planchuelas de oro; en los brazos, otros adornos del mismo metal, y pulseras de piedras preciosas; en el labio inferior, una esmeralda engarzada en oro; en las orejas, pendientes de lo mismo; al cuello una cadena de oro y piedras, y en la cabeza un penacho de hermosas plumas, que caían sobre la espalda (1). Generalmente los Mexicanos cuidaban mucho de distinguir las personas por sus insignias, y sobre todo en la guerra.

ARMAS DE LOS MEXICANOS.

Eran varias las armas ofensivas y defensivas de que se servían los Mexicanos y otras naciones de Anáhuac. Las defensivas, comunes á nobles y plebeyos, á oficiales y soldados, eran los escudos, que ellos llamaban *chimalli* (1), los cuales eran de diversas for-

(1) Cada una de estas reales insignias tenía sus nombres particulares. Las botas se llamaban *cozehuati*; los brazaletes, *matemecatl*; las pulseras, *matzopezilli*; la esmeralda del labio, *tentelli*; los pendientes, *nacochilli*; el collar, *cozcapellatl*, y la principal insignia de plumas, *cuachicilli*.

[1] Solís dice que solo los señores se servían de escudo; pero el conquistador anónimo, que vió mu-

mas y materias. Algunos eran perfectamente redondos, y otros solo en la parte inferior. Los habia de *otalli*, ó cañas sólidas y flexibles, sujetas con gruesos hilos de algodón, y cubiertas de plumas, y los de los nobles, de hojas delgadas de oro; otros eran de conchas grandes de tortugas, guarnecidos de cobre, de plata ó de oro, segun el grado militar y las facultades del dueño. Unos eran de tamaño regular; otros tan grandes que cubrian todo el cuerpo cuando era necesario, y cuando nó, los doblaban y ponian bajo del brazo, á guisa de nuestros paraguas. Probablemente serian de cuero, ó de tela cubierta de hule, ó resina elástica (1). Los habia tambien muy pequeños, ménos fuertes que vistosos, y adornados de plumas; pero estos no servian en la guerra, sino en los bailes que hacian imitando una batalla.

Las armas defensivas propias de los oficiales eran unas corazas de algodón, de uno y aun dos dedos de grueso, que resistian bastante bien á las flechas, y por esto las adoptaron los españoles en sus guerras contra los Mexicanos. El nombre *ichcahucpilli*, que estos les daban, fué cambiado por aquellos en el de *escaupil*. Sobre esta coraza, que solo cubria el tronco del cuerpo, se ponian otra armadura, que cubria ademas los muslos y la mitad de los brazos, como se ve en la adjunta estampa. Los señores solian llevar una gruesa sobrevesta de plumas, sobre una coraza compuesta de pedazos de oro y de plata dorada, con la que no solo se preservaban de las flechas, sino de los dardos y de las espadas españolas, como lo asegura el conquistador anónimo. Ademas de estos arneses, que servian de defensa al cuerpo, á los brazos, á los muslos y aun á las piernas, metian la cabeza en una de tigre ó de

chas veces á los Mexicanos armados, y se halló en muchas batallas contra ellos, dice espresamente que aquella armadura era común á todos. Este escritor es el que mas exactamente describe las armas de los Mexicanos.

(1) Hacen mencion de estos escudos grandes el conquistador anónimo, Diego Godoy y Bernal Diaz, los tres testigos oculares.

serpiente, hecha de madera, con la boca abierta, y enseñando los dientes, para inspirar miedo al contrario. Todos los nobles y oficiales se adornaban la cabeza con hermosos penachos, procurando por estos medios dar mayor realce á su estatura. Los simples soldados iban desnudos, sin otro vestuario que la cintura que usaban por decencia; pero fingian el vestido que les faltaba, por medio de los diversos colores con que se pintaban el cuerpo. Los historiadores europeos, que tanto se maravillan de este y otros usos estravagantes de los americanos, no saben que los mismos eran comunísimos en las antiguas naciones de Europa.

Las armas ofensivas de los Mexicanos eran la flecha, la honda, la maza, la lanza, la pica, la espada y el dardo. El arco era de una madera elástica, y difícil de romperse; la cuerda, de nervios de animales y de pelo de ciervo hilado. Habia arcos tan grandes (y aun los hay todavía en algunas naciones de aquel continente), que la cuerda tenia cinco piés de largo. Las flechas eran varas duras armadas de un hueso afilado, ó de una gruesa espina de pez, de puntas de pedernal, ó de itztli. Eran agilísimos en el manejo de esta arma, á cuyo ejercicio se acostumbraban desde la niñez, estimulados por los premios que les daban sus padres y maestros. Los Tehuacaneses principalmente eran famosos por su destreza en tirar tres ó cuatro flechas al mismo tiempo. Las cosas maravillosas que se han visto hacer en nuestros tiempos á los Tarmauros, á los Hiaqueses y á otros pueblos de aquellas regiones, que conservan el arco y la flecha, nos hacen conocer lo que hacian antiguamente los Mexicanos (1). Ninguno de los pue-

[1] La destreza de aquellos pueblos en tirar la flecha, no seria creíble, si no constara por la deposicion de millares de testigos oculares. Rounidos muchos flecheros en círculo, echan al aire una mazorca de maiz, y disparan con tanta prontitud y tino, que no la dejan caer en el suelo hasta que no le queda un solo grano. Echan tambien una moneda del tamaño de medio peso, y con los tiros la mantienen en el aire cuanto tiempo quisieron.



ARMADURAS MEXICANAS.

blos de Anáhuac se sirvió jamás de flechas envenenadas, quizás porque deseaban coger vivos á los prisioneros para sacrificarlos.

El *micuahuilt*, llamado por los españoles espada, porque era el arma que entre los Mexicanos equivalía á la espada del antiguo continente, era una especie de baston, de tres piés y medio de largo, y de cuatro dedos de ancho, armado por una y otra parte de pedazos agudos de piedra iztli, fijos en el baston, y tenazmente pegados á él con goma laca (1). Estos pedazos tenian tres dedos de largo, uno ó dos de ancho, y el grueso de las antiguas espadas españolas. Eran tan cortantes, que, segun el testimonio del P. Acosta, se ha visto con una de aquellas armas cortar la cabeza á un caballo de un solo golpe; pero solo el primero era terrible, porque las piedras se embotaban muy pronto. Llevaban esta arma atada al brazo con una cuerda, para que no se escapase al dar los golpes. La forma del *macuahuilt* se halla en las obras de muchos escritores, y se ve en nuestras estampas (2).

Las picas de los Mexicanos tenian en vez de hierro una gran punta de piedra ó de cobre. Los Chinantecas y algunos pueblos de Chiapan usaban picas tan desmesuradas, que tenian diez y ocho piés de largo, y de ellas se sirvió Cortés contra la caballería de su rival Pánfilo Narvaez.

El *tlacochlli*, ó dardo mexicano, era de *etatli* ó de otra madera fuerte, con la punta endurecida al fuego, ó armada de cobre, de iztli ó de hueso, y muchos tenian tres puntas, para hacer tres heridas á la vez. Lan-

[1] Herrera dice que pegaban los pedernales á las espadas con el jugo de la raíz *carotte*, mezclado con estiercol de murciélago; pero ni se servían de pedernal en las espadas, ni pegaban el iztli sino con laca, que, como ya he dicho, se llamaba entre ellos estiercol de murciélago.

[2] Hernandez dice que con un golpe de *macuahuilt* se podia partir un hombre por medio, y el conquistador anónimo asegura que en una accion vió á un Mexicano sacar de un golpe los intestinos á un caballo, y á otro que, de un golpe dado á un caballo en la cabeza, lo dejó muerto á sus piés.

zaban los dardos con una cuerda (1), para arrancarlos despues de haber herido. Esta es el arma que mas temian los españoles, pues solian arrojarla con tanta fuerza, que pasaba de parte á parte á un hombre. Los soldados iban por lo comun armados de espada, arco, flechas, dardo y honda. No sabemos si se servían tambien en la guerra de las seguras, de que hablaremos despues.

ESTANDARTES Y MUSICA MILITAR.

Usaban en la guerra estandartes y música militar. Los estandartes, mas semejantes al *signum* de los romanos, que á las banderas de Europa, eran unas hastas de ocho á diez piés de largo, sobre las cuales se ponian las armas ó la insignia del estado, hecha de oro, de plumas ó de otra materia preciosa. La insignia del imperio mexicano era un águila en actitud de arrojar á un tigre: la de la república de los Tlaxcaltecas, un águila con alas estendidas (2); pero cada uno de los cuatro señoríos que componian la república, tenia una insignia diferente. La de Ocotelolco era un pájaro verde sobre una roca; la de Tizatlan, una garza blanca sobre una peña elevada; la de Tepetiepac, un lobo feroz con algunas flechas en la garra, y la de Quauhuitzlan, un parasol de plumas verdes. El estandarte que tomó Cortés en la famosa batalla de Otompan, era una red de oro, que probablemente seria la insignia de alguna ciudad del lago. Ademas del estandarte comun y principal del ejército, cada compañía, compuesta de doscientos ó trescientos soldados, llevaba su estandarte particular, distinguiéndose no solo en las plumas que lo adornaban, sino tambien en la armadura de los nobles y oficiales que á ella pertenecian. La obligacion de

[1] El dardo mexicano era de la especie de los que los romanos llamaban *hastile*, *jaculum*, ó *telum amentatum*, y el nombre español *amento* ó *amicento*, de que se sirven los historiadores de México, significa lo mismo que el *amentum* de los latinos.

[2] Gomara dice que la insignia de la república tlaxcalteca era una grulla; pero otros historiadores, mejor informados, desmienten esta opinion.



llevar el estandarte del ejército, tocaba, á lo ménos, en los últimos años del imperio, al general, y el de las compañías, según conjeturo, á sus gefes respectivos. Llevaban el hasta del estandarte atada tan estrechamente á la espalda, que era imposible apoderarse de ella, sin hacer pedazos al que la llevaba. Los Mexicanos la ponían siempre en el centro del ejército: los Tlaxcaltecas la colocaban en las marchas á vanguardia, y á retaguardia en las acciones.

La música militar, en la cual había mas rumor que armonía, se componía de tambores, cornetas y ciertos caracoles marítimos que daban un sonido agudísimo.

MODO DE DECLARAR Y DE HACER LA GUERRA.

Para declarar la guerra se examinaba ántes en el consejo la causa de emprenderla, que era por lo comun la rebelion de alguna ciudad ó provincia, la muerte dada á un correo, ó mercader mexicano, Acolhua ó Tepaneca, ó algun insulto hecho á sus embajadores. Si la rebelion era solo de algunos gefes, y nó de los pueblos, se hacían conducir los culpables á la capital para castigarlos. Si el pueblo era tambien culpable, se le pedía satisfaccion en nombre del rey. Si se humillaba, ó manifestaba un verdadero arrepentimiento, se le perdonaba su culpa, y se le exhortaba á la enmienda; pero si en vez de humillarse, respondía con arrogancia, y se obstinaba en negar la satisfaccion pedida, ó cometía nuevos insultos contra los mensajeros que se le enviaban, se ventilaba el negocio en el consejo, y tomada la resolucíon de la guerra, se daban las órdenes oportunas á los generales. A veces el rey, para justificar mas su conducta, ántes de emprender la guerra con algun estado, le enviaba tres embajadas consecutivas: la primera al señor del estado culpable, pidiéndole una satisfaccion conveniente, y prescribiéndole el tiempo en que debía darla, so pena de ser tratado como enemigo; la segunda, á la nobleza, invitándola á que persuadiese al señor evitase con la sumisión el castigo que le aguardaba, y la ter-

cera al pueblo, para hacerle saber las causas de la guerra. A veces, según dice un historiador, eran tan eficaces las razones propuestas por los embajadores, y se ponderaban de tal modo las ventajas de la paz, y los males de la guerra, que se lograba prontamente una conciliación. Solían tambien mandar con los embajadores al ídolo de Huitzilopochtli, exigiendo de los que ocasionaban la guerra, que le diesen lugar entre sus divinidades. Si estos se hallaban con fuerzas suficientes para resistir, rechazaban la proposición, y despedían al dios extranjero; pero si no se reconocían en estado de sostener la guerra, acogían al ídolo, y lo colocaban entre los dioses provinciales, respondiendo á la embajada con un buen regalo de oro y piedras, ó de hermosas plumas, y repitiendo las seguridades de su sumisión al soberano.

En caso de decidirse á emprender la guerra, ántes de todo se daba aviso á los enemigos, para que se apercebiesen á la defensa, creyendo que era bajeza indigna de hombres de valor atacar á los desprevenidos. Tambien se les enviaban algunos escudos, en señal de desconfianza, y vestidos de algodón. Si un rey desafiaba á otro, se añadía la ceremonia de ungirlo, y pegarle plumas á la cabeza, por medio del embajador, como sucedió en el reto de Itzcoatl al tirano Maztlaton. Despues enviaban espías, á quienes se daba el nombre de *quimichtin*, ó ratones, para que fuesen disfrazados al país enemigo, y observasen los movimientos de los contrarios, el número y la calidad de las tropas que alistaban. Si los espías desempeñaban bien su comision, tenían una buena recompensa.

Finalmente, despues de haber hecho algunos sacrificios al dios de la guerra, y á los númenes protectores del estado ó de la ciudad, contra la cual se iba á combatir, para merecer su proteccion, marchaba el ejército, no formado en alas ni en filas, sino dividido en compañías, cada una con su gefe y estandarte. Cuando el ejército era numeroso se dividía en *xiquipillis*, y cada xiquipi-

lli constaba de ocho mil hombres. Es verosímil que cada uno de estos cuerpos fuese mandado por un tlacatecatl, ú otro general. El lugar en que se daba comunmente la primera batalla, era un campo destinado á aquel objeto, en cada provincia, y llamado *xaotlalli*, esto es, tierra ó campo de batalla. Dábase principio á la acción con un rumor espantoso (como se hacia antiguamente en Europa, y como hacían los romanos), y para ello se valían de instrumentos militares, de clamores, y de silbidos tan fuertes, que causaban terror á quien no estaba acostumbrado á oírlos, como refiere por experiencia el conquistador anónimo. En el ejército texcocano, y quizás en el de alguna otra nacion, el rey ó el general daba la señal del ataque con un tamborcillo que llevaba á la espalda. El primer ímpetu era furioso; pero no se empeñaban todos desde luego en la acción, como dicen algunos autores, pues de su historia consta que tenían cuerpos de reserva para los lances apurados. A veces empezaban la batalla con flechas ó con dardos, ó con piedras, y cuando se habían agotado las armas arrojadizas, echaban mano de las picas, de las mazas y de las espadas. Procuraban con particular esmero conservar la union de sus huestes, defender el estandarte, retirar los heridos y los muertos de la vista de sus enemigos. Había en el ejército cierto número de hombres que se empleaba en apartar estos objetos, á fin de evitar que el contrario los echase de ver, y cobrase nuevos bríos. Usaban de cuando en cuando de emboscadas, ocultándose entre las malezas, ó en zanjás hechas apropósito, como lo experimentaron mas de una vez los españoles; y frecuentemente fingían una retirada, para atraer al enemigo que se empeñaba en seguirlos, á un sitio peligroso, donde les era fácil atacarlo con nuevas tropas por retaguardia. Su mayor empeño en la guerra no era tanto matar, cuanto hacer prisioneros para los sacrificios; ni el valor del soldado se calculaba por el número de muertos que dejaba en el campo de batalla, sino por el de prisioneros que pre-

sentaba al general despues de la acción. Esta fué una de las principales causas de la conservacion de los españoles en medio de tantos peligros, y especialmente en la horrible noche en que salieron vencidos de la capital. Cuando algun enemigo vencido procuraba escapar, lo desjarretaban á fin de que no pudiera correr. Cuando perdían el general ó el estandarte, echaban á huir, y entonces no había fuerza humana que bastase á detenerlos.

Terminada la batalla, los vencedores celebraban con gran júbilo su triunfo, y el general premiaba á los oficiales y soldados que habían hecho algunos prisioneros. Cuando el rey de México hacia algun prisionero, le enviaban embajadas y regalos todas las provincias del reino, para darle la enhorabuena. Vestían á aquel malaventurado con las mejores ropas, lo cubrían de preciosos adornos, y lo llevaban en una litera á la capital, de donde salían á recibirlo los habitantes con música y grandes aclamaciones. Llegado el día de su sacrificio, despues de haber ayunado el rey el día anterior, como hacían los dueños de las víctimas, llevaban al real prisionero, con las insignias del sol, al altar comun de los sacrificios, y moría á manos del gran sacerdote. Este hacia con la sangre de la víctima una aspersion á los cuatro puntos cardinales, y mandaba un vaso de ella al rey, para rociar todos los ídolos que estaban en el recinto del templo, en acción de gracias por la victoria conseguida contra los enemigos del estado. Enfilaban la cabeza en un palo altísimo, y cuando se había secado el pellejo, lo llenaban de algodón, y lo colgaban en algun sitio del palacio, para recuerdo de un hecho tan glorioso, en lo que no tenía poca parte la adulación.

En los asedios de las ciudades, la primera precaucion de los sitiados era poner en seguro sus hijos, sus mugeres y los enfermos, enviándolos en tiempo oportuno á otra ciudad, ó á los montes. Así los salvaban del furor de los enemigos, y evitaban el consumo inútil de los víveres de la guarnicion.

FORTIFICACIONES.

Para la defensa de los pueblos usaban diferentes clases de fortificaciones, como muros y baluartes, con sus parapetos, estacadas, fosos y trincheras. De la ciudad de Cuauhquechollan sabemos que estaba fortificada con una buena muralla de piedra y cal, de veinte piés de alto y doce de grueso.

Los conquistadores que describen las fortificaciones de aquella ciudad, hacen mencion de otras muchas, entre las cuales es muy notable la que construyeron los Tlaxcaltecas en los confines orientales de su república, para defenderse de las invasiones de las tropas mexicanas, que estaban de guarnicion en Iztacmaxtitlan, Xocotlan y otros puntos. Esta muralla, que se extendia de una montaña á otra, tenia seis millas de largo, ocho piés de alto, sin el parapeto, y diez y ocho de grueso. Era de piedra, y de una mezcla tenaz y fuerte (1). No tenia mas que una salida estrecha, de ocho piés de ancho, y de cuarenta pasos de largo, que era el espacio que mediaba entre las estremidades del muro, encorvada una en torno de otra, y formando, como la de Cuauhquechollan, dos semicírculos concéntricos. Esto se entenderá mejor por medio de la estampa. Aun se ven en el dia algunos restos de esta construccion.

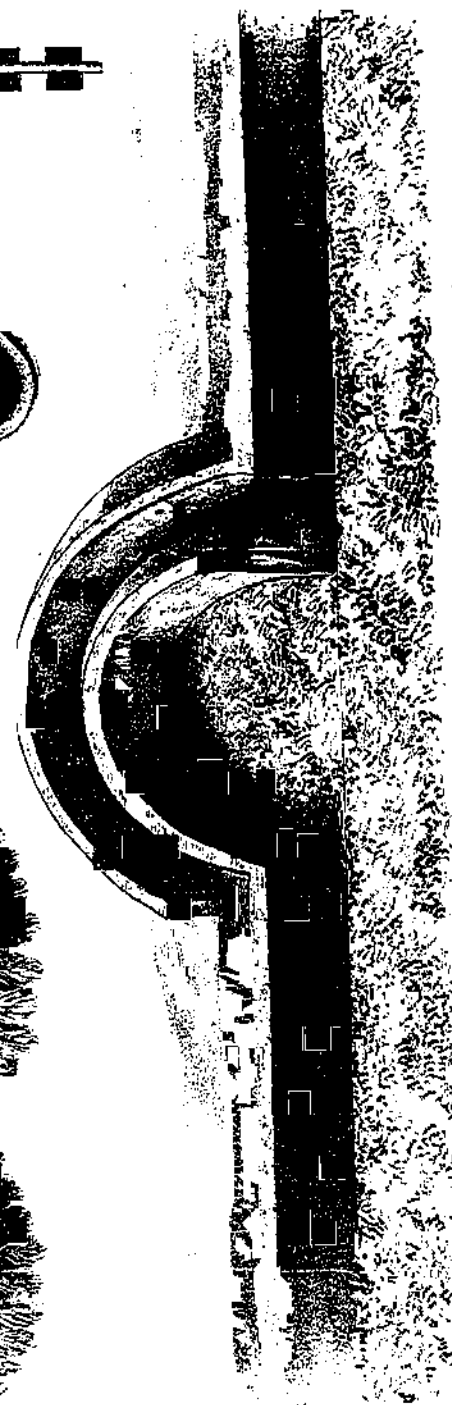
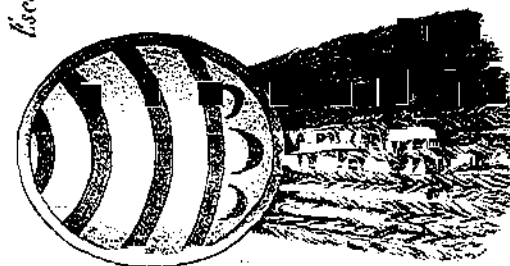
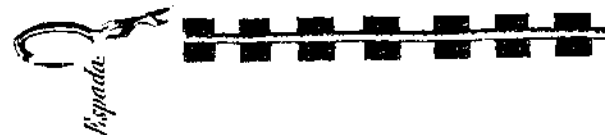
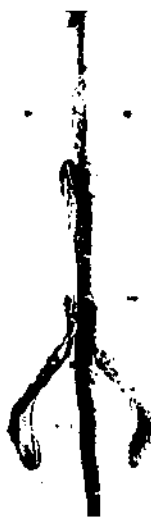
Subsiste tambien una fortaleza antigua, fabricada sobre la cima de un monte, á poca distancia del pueblo de Molcaxac. Está circundada de cuatro muros, separados unos de otros, desde el pié del monte hasta la cima. En las inmediaciones se ven muchos baluartes pequeños de piedra y cal, y sobre una colina, á dos millas de aquel monte, los restos de una antigua y populosa ciudad, de que no han dejado memoria los historiadores. A veinticinco millas de distan-

(1) Bernal Díaz dice que la muralla de Tlaxcala era de piedra y cal, y de un betun tan fuerte, que era necesario usar de picas de hierro para deshacerlo. Cortés afirma que era de piedra seca; pero debe darse mas crédito al primero, que observó por sí mismo aquella obra.

cia de Córdoba, existe aun la antigua fortaleza de Cuauhcocheo, ó Guatusco, rodeada de altos muros de piedra durísima, y en la cual no se puede entrar sino es por unas escaleras altas y estrechas. Así era la entrada comun de las fortalezas de aquellas naciones. De este antiguo edificio, cubierto hoy de maleza, por el descuido de los habitantes de las cercanías, sacó, hace pocos años, un caballero cordobés algunas estatuas bien labradas, con que adornó su residencia. Cerca de la antigua corte de Texcoco se conserva una parte de la alta muralla que circundaba la ciudad de Coatlichan. Quisiera que mis compatriotas preservasen aquellos pocos restos de la arquitectura militar de los Mexicanos, ya que han dejado parecer tantos vestigios preciosos de su antigüedad (1).

La corte de México, fuerte ya en aquellos tiempos por su posicion, se hizo inexpugnable á sus enemigos, por la industria de sus habitantes. No se podia entrar en la ciudad, sino por los caminos construidos sobre el lago; y para que fuera mas difícil en tiempo de guerra, habian construido muchos baluartes en el mismo camino, y abierto muchos fosos profundos, con puentes levadizos y trincheras, para su defensa. Estos fueron los sepulcros de tantos españoles y Tlaxcaltecas en la terrible noche del primero de julio, de que despues hablaremos, y los que tanto retardaron la reduccion de aquella gran ciudad, á un ejército tan numeroso y tan bien armado como el que Cortés empleó en su asedio. Mayor hubiera sido la tardanza, y mas caro le hubiera costado el triunfo, si los bergantines no hubieran favorecido tan eficazmente sus operaciones. Para defender por agua la ciudad necesitaban de millares de barcas, y muchas

(1) Estas escasas noticias de aquellos restos de la antigüedad mexicana, recogidas de testigos oculares, y dignos de toda fe, me hacen creer que hay otros muchos, de los cuales no se tiene noticia, por la negligencia de mis compatriotas. Véase lo que digo acerca de este punto en mis Disertaciones, combatiendo la opinion del Dr. Robertson.



SALIDA DE LOS MUROS DE LA CIUDAD.

veces se ejercitaban en aquel género de combates.

Pero las fortificaciones mas extraordinarias de México eran los templos de sus dioses, y particularmente el mayor, que parecia una ciudadela. La muralla que circundaba todo el recinto, las cinco armerías, provistas siempre de toda clase de armas ofensivas y defensivas, y la misma arquitectura del templo que hacia tan difícil la subida, dan claramente á entender, que en aquella fábrica no tenia ménos interes la política, que la religion; y que al construirla, no se pensaba tanto en el culto de los dioses, como en la defensa de los hogares. Nos consta por la historia que se fortificaban en los templos, cuando no podian impedir á los enemigos la entrada en las ciudades, y desde allí los molestaban con flechas, con dardos y con piedras. En el libro último de esta Historia veremos cuánto costó á los españoles la toma del templo mayor, donde se habian fortificado quinientos nobles Mexicanos.

CAMPOS Y HUERTOS FLOTANTES EN EL LAGO DE MEXICO.

El alto aprecio en que aquellos pueblos tenian la profesion de las armas, no los distraia del ejercicio de las artes útiles. La agricultura, que es una de las principales ocupaciones de la vida civil, fué practicada de tiempo inmemorial por los Mexicanos, y por casi todas las naciones de Anáhuac. Los Toltecas se aplicaron á ella con el mayor esmero, y la enseñaron á los Chichimecas, que eran cazadores. En cuanto á los Mexicanos, sabemos que en toda la larga romería que hicieron desde su patria Aztlan hasta el lago, donde fundaron á México, labraron la tierra en todos los puntos donde se detenia, y vivian de sus cosechas. Vencidos despues por los Colhuas y por los Tepanecas, y reducidos á las miserables islillas del lago, cesaron por algunos años de cultivar la tierra, porque no la tenian, hasta que doctrinados por la necesidad, é impulsados por la industria, formaron campos y huertos flotantes sobre las mismas aguas del lago. El

modo que tuvieron entónces de hacerlo, y que aun en el día conservan, es bastante sencillo. Hacen un tejido de varas y raices de algunas plantas acuáticas y de otras materias leves, pero capaces de sostener unida la tierra del huerto. Sobre este fundamento colocan ramas ligeras de aquellas mismas plantas, y encima el fango que sacan del fondo del lago. La figura ordinaria es cuadrilonga: las dimensiones varian; pero por lo comun son, si no me engaño, ocho toesas, poco mas ó ménos de largo, tres de ancho, y ménos de un pié de elevacion sobre la superficie del agua. Estos fueron los primeros campos que tuvieron los Mexicanos despues de la fundacion de su ciudad, y en ellos cultivaban el maiz, el chile y todas las otras plantas necesarias á su sustento. Habándose despues multiplicado escesivamente aquellos campos movibles, los hubo tambien para jardines de flores y de yerbas aromáticas, que se empleaban en el culto de los dioses, y en el recreo de los magnates. Ahora solo se cultivan en ellos flores y toda clase de hortalizas. Todos los días del año, al salir el sol, se ven llegar por el canal á la gran plaza de aquella capital, innumerables barcos cargados de muchas especies de flores y otros vegetales, criados en aquellos huertos. En ellos prosperan todas las plantas maravillosamente, porque el fango del lago es fertilísimo, y no necesita del agua del cielo. En los huertos mayores suele haber arbustos, y aun una cabaña para preservarse el dueño, del sol y de la lluvia. Cuando el amo de un huerto, ó como ellos dicen, de una *chinampa*, quiere pasar á otro sitio, ó por alejarse de un vecino perjudicial, ó para aproximarse á su familia, se pone en su barca, y con ella sola, si el huerto es pequeño, ó con el auxilio de otras si es grande, lo tira á remolque y lo conduce á donde quiere. La parte del lago donde están estos jardines, es un sitio de recreo, donde los sentidos gozan del mas suave de los placeres.

MODO DE CULTIVAR LA TIERRA.

Despues que los Mexicanos sacudieron



el yugo de los Tepanecas, empezaron con sus conquistas á adquirir tierras de labor, y se aplicaron con extraordinaria diligencia á la agricultura. No teniendo ni arados, ni bucyes, ni otros animales que emplear en el cultivo de la tierra, suplían su falta con la fatiga, y con algunos sencillos instrumentos. Para cavar ó menear la tierra, se servían del *coatl*, ó *coa*, instrumento de cobre con el mango de madera; pero muy diferente de la azada y del azadon. Para cortar los árboles empleaban una hoz ó segur, tambien de cobre, de la misma forma que la nuestra, con un ojo ó anillo del mismo metal en que se encajaba el mango de madera. Tenían sin duda otros instrumentos rurales; pero el descuido de los escritores antiguos nos ha privado de los datos necesarios para describirlos.

Para regar los campos se servían de las aguas de los rios, y de acequias que bajaban de los montes, con diques para detener el agua, y conductos para dirigirla. En los sitios altos, y en las pendientes de los montes no sembraban todos los años, sino que dejaban reposar la tierra, hasta que se cubriese de yerbas, para quemarlas y reemplazar con sus cenizas las sales arrebatadas por las lluvias. Cercaban los campos con tapias de piedra, ó con vallados de maguey, que son excelentes para aquel objeto, y en el mes de *Panquetzalizili*, que empezaba, como hemos dicho, en 3 de diciembre, los reparaban, si era necesario.

El modo que entónces tenían, y aun conservan ahora en algunas partes, de sembrar el maiz, era como sigue: hace el sembrador un pequeño agujero en la tierra con la punta de un baston endurecida al fuego, y echa en él uno ó dos granos de maiz, de una espuela que le cuelga al hombro, y lo cubre con un poco de tierra, sirviéndose de sus piés para esta operacion. Pasa adelante, y á cierta distancia, que varia segun el terreno, abre otro agujero, y así continúa en línea recta hasta el término del campo, y de allí vuelve, formando otra línea paralela á la primera. Estas líneas son tan derechas

como si se hubieran hecho á cuerda, y la distancia de una á otra planta tan igual, como si se hubiera empleado un compas ó medida. Este modo de sembrar, apénas usado en el dia por algunos indios, aunque lento, es muy ventajoso (1), porque proporciona con exactitud la cantidad de grano á las fuerzas del terreno, y no ocasiona ademas el menor desperdicio de semilla. En efecto, los campos cultivados de aquel modo, dan cosechas abundantes. Cuando la planta llega á cierta elevacion, le cubren el pié con un monton de tierra, para que tenga mas jugos y pueda resistir al viento.

Las mugeres ayudaban á los hombres en las fatigas del campo. A los hombres tocaba cavar y preparar la tierra, sembrar y cubrir las plantas, y segar: á las mugeres deshojar las mazorcas y limpiar el grano. Aquellos y estas se empleaban igualmente en escardar y desgranar.

ERAS Y GRANEROS.

Tenían eras para deshojar y desgranar las mazorcas, y graneros para guardar el grano. Estos eran cuadrados, y por lo comun de madera. Servíanse para esto del *oyamell*, árbol altísimo de pocas ramas, y estas muy delgadas, de corteza tenue y lisa, y de contestura flexible, pero difícil de romperse y rajarse. Formaban el granero, disponiendo en cuadro, unos sobre otros, los troncos redondos é iguales del *oyamell*, sin otra trabazon que una especie de horquilla en su estremidad, para ajustarlos y unirlos tan perfectamente, que no dejaron paso á la luz. Cuando llegaban á cierta altura, los cubrían con otra trabazon de pinos, y sobre ella construían el techo, para defender el grano de la lluvia. Estos graneros no tenían otra salida que dos solas ventanas: una pequeña en la parte inferior, y otra grande en la superior. Los había tan espacuosos, que podían contener cinco ó seis mil, y aun mas fanegas de maiz. Hay todavía de

(1) La lentitud no es tanta como parece; pues los labradores acostumbrados á aquel ejercicio, lo hacen con admirable velocidad.

estos graneros en algunos puntos distantes de la capital, y entre ellos algunos tan antiguos, que parecen contruidos ántes de la conquista, y segun me ha dicho un agricultor inteligente, en ellos se conserva mucho mejor el grano, que en los que se acostumbra hacer al uso de Europa.

Cerca de los sembrados solían hacer unas torrecillas de madera, ramas y esteras, en las que un hombre, al abrigo del sol y de la lluvia, estaba de guardia, y echaba con la honda á los pájaros que acudían á comer el grano. Aun se usan estos sombrajos en los campos de los españoles, por causa de la abundancia de pájaros que hay en aquellos países.

HUERTOS, JARDINES Y BOSQUES.

Los Mexicanos eran muy dados á la cultura de los huertos y jardines, en los que plantaban con buen orden árboles frutales, plantas medicinales y flores, de que hacían gran uso, no solo por la gran afición que les tenían, sino por la costumbre nacional de presentar ramilletes á los reyes, señores y embajadores, ademas de la excesiva cantidad de ellas que se consumía, tanto en los templos, como en los oratorios privados. Entre los huertos y jardines antiguos, de que se conserva memoria, eran muy célebres los jardines reales de México y Texcoco, de que ya hemos hecho mencion, y los de los señores de Iztapulapan y Huaxtepec. Uno de los pertenecientes al señor de Iztapulapan llenó de admiracion á los conquistadores españoles, por su grandeza, su disposicion y su hermosura. Estos jardines estaban divididos en cuadros, y en ellos se sembraban diferentes especies de plantas, dando no ménos placer al olfato que á la vista. Entre los cuadros había calles formadas, las unas de árboles frutales, las otras de espaleras de flores y plantas aromáticas. El terreno estaba cortado de canales, cuya agua venía del lago, y en uno de los cuales podían navegar canoas. En el centro del jardin había un estanque cuadrado, tan grande, que tenía mil y seiscientos piés de circuito, ó sea

cuatrocientos de cada lado, donde vivían innumerables pájaros acuáticos, y en los lados había escalones para bajar al fondo. Este jardin, de que hacen mencion, como testigos oculares, Cortés y Diaz, fué plantado, ó mejorado á lo ménos, por Cuitlahuatzin, hermano y sucesor de Moteuczoma II. En él hizo plantar muchos árboles exóticos, como lo testifica el Dr. Hernandez que los vió.

Mayor y mas célebre que el de Iztapulapan fué el jardin de Huaxtepec. Tenía seis millas de circuito, y por en medio de él pasaba un rio que le regaba. Había plantadas con buen orden y simetría, innumerables especies de árboles y plantas deliciosas, y de trecho en trecho muchas casas llenas de primores y preciosidades. Entre las plantas se veían muchas que se habían traído de países remotísimos. Conservaron por muchos años los españoles esta bella hacienda, y en ella cultivaron toda especie de yerbas medicinales convenientes al clima, para el uso del hospital que en ella habían fundado, y en que sirvió muchos años el admirable anacoreta Gregorio Lopez (1).

Ni cuidaban con menor celo de la conservacion de los bosques, que suministraban leña para quemar, madera de construccion y caza para el recreo del monarca. Ya he hablado de los bosques de Moteuczoma, y de las ordenanzas de montes de Nezahualcoyotl. ¡Ojalá subsistiesen aquellas leyes, ó á lo menos, ojalá no hubiera tanta libertad de cortar árboles, sin necesidad de reponer-

(1) Cortés en su carta á Carlos V, del 15 de mayo de 1522, lo dice que el jardin de Huaxtepec era el mayor, el mas bello, y el mas delicioso que había visto en su vida. Bernal Diaz asegura que era maravilloso, y digno de un príncipe. Hernandez lo menciona muchas veces en su Historia Natural, y nombra algunas plantas que en él se criaban, especialmente el árbol del bálsamo. El mismo Cortés, en otra carta, refiere que habiendo rogado á Moteuczoma mandase hacer en Malinaltepec una casa de campo para Carlos V, apénas pasaron dos meses, cuando ya se habían contruido en aquel punto cuatro buenas casas; sembrado sesenta fanegas de maiz, y diez de judías; plantado dos mil piés de cacao, y abierto un gran estanque, donde se criaban quinientos patos, así como en las casas mil y quinientos pavas.

los! porque muchos, prefiriendo su utilidad privada al bien público, destruyen sin necesidad el arbolado, para ensanchar sus tierras de labor (1).

PLANTAS CULTIVADAS POR LOS MEXICANOS.

Las plantas que mas comunmente cultivaban los Mexicanos, ademas del maiz, oran el algodón, el cacao, el *mell* ó magüey, la chia y el pimientón, todas las cuales les daban grandes utilidades. El magüey suministraba por sí solo casi todo lo necesario para la vida de los pobres. Ademas de servir de excelente cercado para las sementeras, su tronco se empleaba en los techos de las chozas, como vigas, y sus hojas como tejidos. De estas hojas sacaban papel, hilo, agujas, vestido, calzado y cuerdas; y de su abundantísimo jugo hacían vino, miel, azúcar y vinagre. Del tronco y de la parte mas gruesa de las hojas, cocidos debajo de tierra, sacaban un manjar agradable. En aquella planta tenían, finalmente, un eficaz remedio para muchos males, y especialmente para los de la orina. Aun en el día es uno de los productos mas apreciados, y mas ventajosos á los españoles, como despues veremos.

CRÍA DE ANIMALES.

Aunque los Mexicanos no conocían el ramo del pastoreo, accesorio de la agricultura, por carecer enteramente de rebaños, criaban en sus casas innumerables especies de animales desconocidos en Europa. Los sujetos particulares tenían *techichis*, cuadrúpedos semejantes, como ya hemos dicho, á los perros de Europa; pavos, codornices, ánades, patos y otras especies de pájaros: los ricos y señores, ademas de las aves, peces, ciervos y conejos; y en las casas reales se veían casi todos los cuadrúpedos y animales volátiles de aquellos países, y muchos de los

(1) En muchos pueblos se deploran ya los perniciosos efectos de la libertad de cortar árboles. La ciudad de Querétaro se proveía antes de la madera necesaria, en el bosque inmediato al monte *Cimatario*: hoy es menester ir mucho mas lejos, por estar aquel monte enteramente desnudo.

acuáticos y reptiles. Puede decirse que Moteuczoma II sobrepusó en esta clase de magnificencia á todos los reyes del mundo, y que no ha habido nacion comparable á la mexicana en la destreza con que sus individuos sabían cuidar tantos animales diferentes, y en el conocimiento de sus inclinaciones, del alimento que á cada uno convenia, y de los medios mas oportunos de mantenerlos y propagarlos.

Entre los animales que los Mexicanos criaban, ninguno es mas digno de atención que el *nochistli*, ó cochinilla mexicana, descrita en el primer libro de esta obra. Este insecto, tan apreciado en Europa por su uso en los tintes, siendo por una parte tan delicado, y por otra tan espuesto á los ataques de muchas clases de enemigos, requiere en su crianza mucho mayor cuidado que la de los gusanos de seda. Hácenle igualmente daño la lluvia, el frío y el viento. Los pájaros, los ratones, los gusanos y otros animales lo persiguen con furia, y lo devoran: de modo que es necesario tener siempre limpias las plantas de opamía ó nopal en que los insectos se crían, alejar continuamente á los pájaros dañinos, hacer nidos de heno en las hojas de la planta, de cuyo jugo se nutre la cochinilla, y quitarla de ella, juntamente con las hojas, cuando viene la estación de las lluvias, para anostodiaria en las habitaciones. Las hembras ántes de parir, mudan de piel, y para quitarles este despojo es preciso valerse de la cola del conejo, manejándola con mucha delicadeza, á fin de no quitar al insecto de la hoja, ni hacerle daño. En cada hoja hacen tres nidos, y en cada uno ponen quince cochinillas. Cada año hacen tres cosechas, reservando en cada una cierto número de insectos para la generación futura. La última cosecha es la ménos estimada, porque la cochinilla es mas pequeña, y va mezclada con raspaduras de nopal. Matan comunmente al insecto en agua caliente, pero la calidad del color depende del modo de secarlo. La mejor es la que se seca al sol. Algunos la secan en el *comalli*, ó tortera en

que cuecen el pan de maiz, y otros en el *temazcalli*, ó hipocausto, de que despues hablaremos.

CAZA DE LOS MEXICANOS.

No hubieran podido los Mexicanos reunir tantas especies de animales, á no haber sido diestrisimos en el ejercicio de la caza. Servíanse del arco y flechas, de dardos, de redes, de lazos y de cerbatanas. Las cerbatanas que usaban los reyes y los magnates, estaban curiosamente labradas y pintadas, y aun guarnecidas de oro y plata. Ademas de la caza que hacían los particulares, para proveerse de víveres, ó para su diversion, hacían otras generales y extraordinarias, ó prescritas por los reyes, ó establecidas por costumbre, para proporcionarse las víctimas que imbian de sacrificarse. Para esta se escogía un gran bosque, y por lo comun era el de Zacatepec, que estaba poco distante de la capital, y en él se señalaba el sitio mas oportuno para tender los lazos y las redes. Hacían entre muchos millares de cazadores, un gran cerco al bosque, á lo ménos de seis ú ocho millas de circunferencia, segun el número de animales que deseaban coger; pegaban fuego por diferentes puntos al bosque, y hacían al mismo tiempo un rumor espantoso de tamboriles, cornetas, gritos y silbidos. Los animales espantados del fuego y del ruido, huían hácia el centro del bosque, donde estaban preparados los lazos. Los cazadores se encaminaban al mismo sitio, y continuando siempre el rumor, estrechaban el círculo, hasta dejar un pequeñísimo espacio á los animales. Entónces los atacaban todos con las armas que llevaban apercibidas. De los animales unos morían y otros caían vivos en las redes y lazos, ó en las manos de los cazadores. Tan grande era la muchedumbre y variedad de animales que se cazaban, que habiéndole oído decir el primer virey de México, y no pareciéndole creíble, quiso hacer por sí mismo la esperiencia. Señalóse para la caza la llanura que está en el país de los Otomites, entre los pueblos de Xilotepec y San Juan del

Río, y se dispuso que los indios la hiciesen del mismo modo que en el tiempo de su gentilismo. El mismo virey pasó á la llanura con gran séquito de españoles, para cuyo alojamiento se habían dispuesto algunas casas de madera. Once mil Otomites formaron un cerco de mas de quince millas de circunferencia; y hechas todas las operaciones que hemos descrito, resultó tanta caza en la llanura, que maravillado el virey, mandó dar libertad á una gran parte de los animales que se habían cogido, y sin embargo, fueron tantos los que quedaron, que parecería inverosímil su número, si no hubiera sido un hecho público, y probado por el dicho de muchos testigos, y entre ellos uno digno de todo crédito (1). Se mataron mas de seiscientas piezas entre ciervos y cabras monteses, mas de cien coyotes, y un número extraordinario de liebres, conejos y otros cuadrúpedos. Hasta ahora conserva aquel sitio el nombre español del *Cazadero* que entónces se le dió.

Ademas del modo ordinario de cazar, tenían otros particulares, y proporcionados á la naturaleza de los animales. Para cazar monos, hacían fuego en el bosque, y ponían entre las brasas una piedra llamada por ellos *cacalotell*; (piedra negra, ó del muervo), la cual tiene la propiedad de estallar con gran estrépito, cuando está bien inflamada. Cubrían el fuego con tierra, y esparcían en torno un poco de maiz. Acudían atraídas por el grano las monas, con sus hijos en brazos, y mientras estaban tranquilamente comiendo, estallaba la piedra. Entónces echaban á correr despavoridas, dejando á sus hijos en el peligro, y los cazadores que estaban en asecho, los tomaban ántes que volviesen por ellos las madres.

Tambien es curioso el modo que tenían, y aun tienen de cazar patos. Hay en los lagos del valle y en otros del reino, una multitud prodigiosa de patos, ánades y otros pájaros acuáticos. Dejaban los Mexicanos nadar en las aguas, á que ellos acudían, algu-

(1) El P. Toribio de Benavente, ó sea Motolinia.

nas calabazas vacías, para que acostumbrándose á su vista, se acercasen á ellas sin temor. Entraba el cazador en el agua, ocultando todo el cuerpo debajo de ella, y cubierta la cabeza con otra calabaza vacía; el pato se acercaba para picarla, y él lo cogía por los piés, y lo ahogaba. De este modo cazaba cuantos podía llevar.

Cogían vivas á las culebras, ó atrayéndolas con gran destreza, ó atacándolas intrépidamente, cogiéndolas por el cuello con una mano, y cosiéndoles la boca con otra. Todavía se sirven de este género de caza, y continuamente se ven en las boticas de las ciudades, muchas culebras vivas, cogidas de aquel modo.

Mas nada es tan maravilloso como su tino en seguir las fieras por la huella. Aunque no dejen traza ninguna en la tierra por estar esta cubierta de yerba, ó de las hojas secas que caen de los árboles, pueden sin embargo seguir las, especialmente si están heridas, observando atentísimamente ó las gotas de sangre que dejan en las hojas, ó la yerba que han pisado y abatido (1).

PESCA.

Mas que á la caza eran aficionados los Mexicanos á la pesca, de resultas de la situación de su capital, y de la proximidad del lago de Chalco, tan abundante en peces. En este ejercicio se emplearon desde su llegada al país, y con la pesca se proveían de todo cuanto necesitaban. Los instrumentos de que mas frecuentemente se servían, eran la red, el anzuelo, la nasa y otros.

Cogían los cocodrilos de dos diferentes modos. El uno era enlazándolos por el cuello; y este era el mas comun segun dice el Dr. Hernandez, aunque no explica la manera de ejecutar una acción tan arrojada contra tan terrible animal. El otro modo, que

[1] Aun es mas maravilloso lo que se ve en los Tarumaras, en los Opatas y en otros pueblos de mas allá del trópico; pues por la observacion de las pisadas de sus enemigos los Apaches, conocen el tiempo de su tránsito. Lo mismo se refiere de los Yaacoccos.

nun está en práctica, es el mismo de que se servían los egipcios, contra los célebres cocodrilos del Nilo. Presentábase el pescador, llevando en la mano un baston fuerte, cuyas dos puntas eran agudísimas. Cuando la bestia abría la boca para devorarlo, le metía el baston en la boca, y yendo á cerrarla el cocodrilo, quedaba clavado por las dos puntas. El pescador agarrábase á una de ellas, y se debilitaba con la pérdida de sangre, y le daba muerte.

COMERCIO.

La pesca, la caza, la agricultura y las artes, suministraban á los Mexicanos otros tantos ramos de comercio. Empezaron á practicarlo en el país de Anáhuac, desde su establecimiento en las islas del lago de Texcoco. Con el pescado, y con las esteras que hacían de los juncos del lago, compraban el maiz, el algodón, la piedra, la cal y la madera de que necesitaban para su subsistencia, ropa y habitaciones. A medida que se engrandecían con las armas, aumentaban y ampliaban el comercio: así que, limitado este al principio á los alrededores de la ciudad, se extendió despues á las provincias mas remotas. Había infinitos traficantes mexicanos que iban continuamente de ciudad en ciudad, comprando géneros en una, y vendiéndolos en otra.

En todos los pueblos del imperio mexicano, y del vasto país de Anáhuac, había mercado diario; pero de cinco en cinco dias tenían uno general. Los pueblos paco distantes entre sí, celebraban este gran mercado en diferentes dias, para no perjudicarse unos á otros; pero en la capital se tenía en los dias de la casa, del conejo, de la caña y del pedernal, que en el primer año del siglo, eran el tercero, el octavo, el decimotercio y el decimoctavo de cada mes.

Para dar una idea de estos mercados, ó ferias tan célebres en los escritos de los historiadores mexicanos, bastará decir algo del de la capital. Este, hasta los tiempos de Axayacatl, se había hecho en la plaza que estaba delante del palacio del rey; pero des-

pues de la conquista de Tlatelolco, se trasportó á este barrio. La plaza de Tlatelolco, era, segun dice Cortés, dos veces mayor que la de Salamanca, una de las mas hermosas de España (1), cuadrada y rodeada de pórticos, para comodidad de los traficantes. Cada especie de mercancía se vendía en un sitio señalado por los jueces del comercio. En uno estaban las pedrerías, y las alhajas de oro y plata, en otro los tejidos de algodón, en otro las labores de plumas, y así los demas; no siendo lícito vender unos géneros en los puestos destinados á otros. Como en la plaza, aunque grande, no podían colocarse todas las mercancías, sin estorbar el paso y la circulación, se dejaban en el canal ó en las calles inmediatas, las mas voluminosas, como las piedras, las vigas y otras semejantes. El número de mercañeros que concurría diariamente al mercado, pasaba, segun Cortés, de cincuenta mil (2). Los renglones que allí se vendían y permutaban, eran tantos y tan varios, que los historiadores que los vieron, despues de haber hecho de ellos una larga y prolija enumeracion, concluyen diciendo que era imposible comprenderlos todos. Yo, sin apertarme de su relacion, procuraré abrazarlos en pocas palabras, á fin de no causar molestia á los lectores. Iban á venderse ó cambiarse en aquella plaza todas las producciones del imperio mexicano, y de los países vecinos que podían servir á las necesidades de la vida, y á la comodidad, al deleite, á la curiosidad y á la vanidad del hombre; innumerables especies de animales muertos y vivos; todas las clases de comestibles de que usaban; todos los metales y piedras preciosas que cono-

[1] En tres ediciones de las Cartas de Cortés que he visto, se lee que la plaza de Tlatelolco era dos veces mayor que la ciudad de Salamanca, debiendo decir, que la de la ciudad de Salamanca.

[2] Aunque Cortés afirma que concurrían diariamente á la plaza de Tlatelolco mas de 50,000 personas, parece que debía entenderse del gran mercado de cada cinco dias; pues el conquistador anónimo, que escribe con mas individualidad, dice que la concurrencia diaria era de 20 á 25,000, y la del gran mercado de 40 á 50,000, como dice Cortés.

cion; todos los simples medicinales, yerbas, gomas, resinas y tierras minerales; todos los medicamentos que sabían preparar, como bebidas, confecciones, aceites, emplastos y unguentos; todo género de manufactura y trabajo de hilo de maguey, de palma silvestre, de algodón, de plumas, de pelo de animales, de madera, de piedra, de oro, de plata y de cobre. Vendíanse tambien esclavos, y bareas enteras de estiércol humano para preparar las pieles de los animales. En fin, al mercado se llevaba todo lo que se vendía en la ciudad, pues no había tiendas ni se compraba nada fuera de aquel sitio, si no es los comestibles. Allí concurrían los alfareros y los joyistas de Cholula, los plateros de Azeapozalco, los pintores de Texcoco, los zapateros de Tenayocan, los cazadores de Xilotepec, los pescadores de Cuicahuac, los fruteros de los países calientes, los fabricantes de esteras y bancos de Cuauh-titlan, y los floristas de Xochimilco.

MONEDA.

El comercio, no solo se hacia por medio de cambios, como dicen algunos autores, sino tambien por compra y venta. Tenían cinco clases de moneda corriente, aunque ninguna acuñada, que les servían de precio para comprar lo que querían. La primera era una especie de cacao, diferente del que les servía para sus bebidas, y que giraba sin cesar entre las manos de los traficantes, como la moneda de cobre ó la plata menuda entre nosotros. Contaban el cacao por xichipilli, que, como ya he dicho, valía ocho mil; y para ahorrarse el trabajo de contar, cuando la mercancía era de gran valor, calculaban por sacos, estimado cada uno de ellos en valor de tres xichipillis, ó veinticuatro mil almendras. La segunda especie de moneda consistía en unos pedacillos de tela de algodón, que llamaban patolcuacitli, y que casi únicamente servían para comprar los renglones de primera necesidad. La tercera era el oro en grano, contenido en plumas de ánade, las cuales por su transparencia dejaban ver el precioso metal que

contenían, y según su grueso, eran de mayor ó menor precio. La cuarta, que más se aproximaba á la moneda acuñada, consistía en unos pedazos de cobre, cortados en figura de T, y solo servían para los objetos de poco valor. La quinta, de que hace mención Cortés en sus Cartas, eran unos pedazos de estaño.

Vendíase y permutábase las mercancías por número y por medida: pero no sabemos que se sirviesen de peso, ó porque lo creyesen espuesto á fraudes, como dicen algunos escritores, ó porque no lo juzgasen necesario, como dicen otros, ó porque si lo usaron en efecto, no llegó á noticia de los españoles (1).

ORDEN EN LOS MERCADOS.

Para impedir los fraudes en los contratos, y el desorden en los negocios, había ciertos comisarios que giraban continuamente por el mercado, observando cuante en él pasaba; y un tribunal de comercio, compuesto de doce jueces, que tenían sus sesiones en una casa de la plaza, y se encargaban de decidir las disputas entre los traficantes, y de entender en todos los delitos cometidos en el mercado. De todos los efectos que se introducían en él, se pagaban derechos al rey, el cual por su parte se obligaba á que los mercaderes tuvieran la imparcial administración de la justicia, y la seguridad de sus bienes y personas. Raras veces se veía un robo en el mercado: tal era la vigilancia de los empleados, y tan pronto y riguroso el castigo que se les imponía. Pero ¿qué extraño es que se castigase el hurto, cuando ni aun se toleraban desórdenes mucho menores? El laborioso y sincero Motolinia, cuenta como testigo ocular, que habiendo te-

[1] Gomara dice que los Mexicanos no conocían la invención del peso; pero no es verosímil que una nación tan laboriosa y traficante, ignorase la utilidad de pesar los géneros de comercio, cuando de otras mucho menos cultas del continente americano, consta, según el mismo autor, que se servían de balanzas para pesar el oro. ¿Cuántas cosas se ignoran de la antigüedad americana por falta de investigaciones diligentes y oportunas!

nido dos mugeres, una disputa en el mercado de Texcoco, y habiéndose atrevido una de ellas á poner las manos en la otra y hacerle sangre, con horror del pueblo que no estaba acostumbrado á semejantes excesos en aquel lugar, la culpable fué inmediatamente condenada á muerte. Todos los españoles que concurrieron á aquellos mercados, los celebran con singulares elogios, y no hallan palabras con que describir su bella disposición, y el orden admirable que reinaba en tan gran muchedumbre de traficantes y mercancías.

Los mercados de Texcoco, Tlaxcala, Cholula, Huexotzinco y otros pueblos, se celebraban del mismo modo que el de México. Del de Tlaxcala afirma Cortés que concurrían á él diariamente más de treinta mil vendedores, aunque quizás deberá entenderse esto del mercado grande. Del de Tepayacac, que no era ciudad muy considerable, dice el mismo Motolinia, que veinte y cuatro años después de la conquista, cuando ya estaba muy decaído el comercio de aquellos pueblos, no se vendían en el mercado de cada cinco días, ménos de ocho mil gallinas europeas, y que otras tantas se vendían en Acapulco.

USOS DE LOS TRAFICANTES EN SUS VIAJES.

Cuando un traficante ó mercader quería emprender un largo viaje, convidaba á comer á los principales de su profesión que, por su edad, no salían á las mismas expediciones; les declaraba su intento, y los motivos que tenía para trasladarse á otros países. Los convidados alababan su resolución, lo estimulaban á seguir las huellas de sus abuelos, especialmente si aquel era el primer viaje, y le daban consejos saludables para su manejo y conducta. Viajaban por lo común muchos juntos, para mayor seguridad. Cada uno llevaba en la mano un bastón negro y liso, que decían ser la imagen de su dios Tacateuctli, y con él se creían seguros de toda clase de peligros. Cuando llegaban á una posada, reunían y ataban todos los bastones, les tributaban culto, á

por la noche se sacaban sangre dos ó tres veces, en honor de aquella divinidad. Durante el tiempo de la ausencia del mercader, su muger y sus hijos no se lavaban la cabeza, (aunque podían bañarse), sino de ochenta en ochenta días, tanto en señal de penitencia la protección de los dioses. Si el mercader moría en la expedición, se enviaba la noticia á los mercaderes más ancianos de su país, y estos la comunicaban á sus parientes, los cuales inmediatamente hacían una estatua de pino, que representaba al difunto, y celebraban con ella todas las ceremonias fúnebres, como si fuera el cadáver verdadero.

CAMINOS, POSADAS, BARCAS, PUENTES, &c.

Para comodidad de los traficantes y otros viajeros, había caminos públicos, que se componían todos los años, pasada la estación de las lluvias. En los montes y en los sitios desiertos había casas labradas á propósito para albergar á los caminantes; y en los ríos, barcas, puentes y otras máquinas en que podían fácilmente pasarse. Las barcas eran cuadradas, chatas, sin quilla ni palos, ni velas, ni otro artificio que los remos para manejarlas. Eran varias sus dimensiones. Las más pequeñas apenas llevaban dos ó tres personas, pero las había para veinte ó treinta. Algunas eran hechas de un tronco de árbol hueco. El número de las que navegaban continuamente en el lago mexicano, pasaba de cincuenta mil, según los antiguos historiadores. Además de las barcas, se servían para el paso de los ríos, de un amaño particular, llamado *balsa* por los españoles. Era un tablazo cuadrado, y de cerca de cinco piés de largo, compuesto de otatli ó cañas sólidas, atadas sobre algunas calabazas grandes, duras y vacías. Sentábase en ella cuatro ó cinco pasajeros á la vez, y eran conducidos de una orilla á otra, por uno, dos ó cuatro nadadores, que tomaban un ángulo de la balsa con una mano, y nadaban con la otra. Todavía se usa de es-

te artificio lejos de la capital, y yo pasé así un río de la Mixteca el año de 1739. Es un modo seguro de atravesar los ríos, cuando la corriente es igual ó tranquila; pero arriesgado en las impetuosas y rápidas.

Sus puentes eran de piedra ó de madera; pero los primeros no eran muy comunes. El puente más singular de los usados en aquellos países, era el que los españoles llamaron *hamaca*. Era un tejido de cuerdas naturales de cierto árbol, más flexible que el mimbre, pero más grueso y fuerte, llamado en América *bejuco*, cuyas estremidades colgaban de dos árboles de las orillas opuestas, quedando el tejido colgando en medio, á guisa de columpio (1). Todavía se ven puentes de esta especie en algunos ríos. Los españoles no se atreven á pasarlos; pero los indios lo hacen con tanta intrepidez, como si pasasen el más sólido puente de piedra, sin curarse de las oscilaciones del tejido, ni de la profundidad de la corriente. En general puede decirse, que siendo todos los antiguos Mexicanos buenos nadadores, no tenían necesidad de puente, sino cuando por la rapidez del agua, ó por el peso que llevaban al hombro, no podían pasar á nado.

Nada nos dicen los historiadores del comercio marítimo de los Mexicanos. Probablemente no sería de mucha importancia; y sus barcas, que apenas se alejaban de la costa, en uno y otro mar, serían principalmente empleados en la pesca. Donde se hacía mayor tráfico por agua, era en el lago mexicano. Toda la piedra, la leña, la madera, el pescado; la mayor parte del maíz, de las legumbres, de las flores y de las frutas, se trasportaban por agua: el comercio de la capital con Texcoco, con Xochimilco, con Chalco, con Cuicahuac y con las otras ciudades del lago, se hacía también por agua; por lo que no es extraño que hubiese el gran número de barcos de que ya se ha hecho mención.

[1] Algunos puentes tienen las cuerdas tan tirantes que no vacilan, y todos están atados á los árboles con las mismas cuerdas de que se componen.

HOMBRES DE CARGA.

Lo que no se trasportaba por agua, se llevaba al hombro; y para esto habia una infinidad de hombres de carga, llamados *Tlamama*, ó *Tlameme*. Acostumbrábanse desde niños á aquel ejercicio, en que habian de emplearse toda su vida. La carga regular era de cerca de sesenta libras, y el camino diario que hacian, quince millas; pero hacian viajes de doscientas y trescientas millas, atravesando á veces escabrosas malezas y montes empinados. A tan insostenibles fatigas los conducia la falta de bestias de carga, y aun hoy dia, á pesar de abundar estas en aquellos paises, se ve frecuentemente á los Mexicanos emprender grandes caminatas con una buena carga al hombro. Transportaban el algodón, el maíz y otros efectos en los *petlacallis*, que eran unas cajas hechas de cierta especie de cañas, y cubiertas de cuero, las cuales eran ligeras y preservaban al mismo tiempo las mercancías de las injurias del sol y del agua. Usanlas los españoles en sus viajes, y les dan el nombre de *petacas*.

LENGUA MEXICANA.

No perjudicaban al comercio mexicano las muchas y diferentes lenguas que se hablaban en aquellos paises; porque en todos se aprendia y hablaba la mexicana, que era la dominante. Esta era la lengua propia y natural de los Acolhuas y de los Aztecas (1), y segun he dicho en otra parte, la de los Chichimecas y Toltecas.

La lengua mexicana, de que voy á dar alguna idea á los lectores, carece enteramente de las consonantes b, d, f, g, r y s. Abun-

(1) Boturini dice que la excelencia de la lengua mexicana fué causa de que la adoptasen los Chichimecas, los Mexicanos y los Teochichimecas, dejando sus idiomas nativos; pero ademas de que esta opinion es opuesta á la de todos los historiadores, y á la de los indios, no se halla en la historia la menor traza de semejante cambio. ¿Cuándo se ha visto una nacion dejar su lengua por otra mejor, y especialmente una nacion como la mexicana, y todas las otras de aquellos paises, tan adictas á sus respectivos idiomas?

dan en ella la l, la x, la r, la z, y los sonidos compuestos *tl* y *tz*; pero con hacer tanto uso de la l, no hay una sola palabra que empiece con aquella letra. Tampoco hay voces agudas, sino tal cual vocativo. Casi todas las palabras tienen la penúltima sílaba larga. Sus aspiraciones son suaves, y ninguna de ellas es nasal.

A pesar de la falta de aquellas seis consonantes, es idioma rico, culto y sumamente expresivo: por lo que la han elogiado extraordinariamente todos los europeos que la han aprendido, y muchos la han creído superior á la griega y á la latina; pero aunque yo conozco sus singulares ventajas, nunca osaré compararla á la primera de aquellas dos lenguas clásicas (1).

De su abundancia tenemos una buena prueba en la Historia Natural del Dr. Hernandez; pues describiendo en ella mil y doscientas plantas del pais de Anáhuac, doscientas y mas especies de pájaros, y un gran número de cuadrúpedos, reptiles, insectos y metales, apenas hay un objeto de estos al que no dé su nombre propio. Pero ¿qué extraño es que abunde en voces significativas de objetos materiales, cuando ninguna le falta de las que se necesitan para expresar las cosas espirituales? Los mas altos misterios de nuestra religion se hallan bien esplicados en lengua mexicana, sin necesidad de emplear voces estrangeras. El P. Acosta se maravilla de que teniendo idea los Mexicanos de la existencia de un Ser Supremo, Criador del cielo y de la tierra, carezcan de una voz correspondiente al *Dios* de los españoles, al *Deus* de los latinos, al *Theos* de los griegos, al *El* de los hebreos y al *Alah* de los árabes; por lo que los predicadores se han visto obligados á servirse del nombre español. Pero si este autor hubiese tenido alguna noticia de la lengua mexicana, hubiera sabido que lo mismo significa el *Teotl* de aquel idioma, que el *Theos* de los griegos; y que la

(1) Entre los encomiadores de la lengua mexicana, se hallan algunos franceses y flamencos, y muchos alemanes, italianos y españoles.

razon que tuvieron los predicadores para servirse de la voz *Dios*, no fué otra que su excesivo escrúpulo, pues así como quemaron las pinturas históricas de los Mexicanos, sospechando en ellas alguna supersticion, de lo que se queja con razon el mismo Acosta, así tambien desecharon el nombre *Teotl*, porque habia servido para significar los falsos númenes que aquellos pueblos adoraban. Pero ¿no hubiera sido mejor adoptar el ejemplo de San Pablo, el cual hallando en Grecia adoptado el nombre *Theos*, para expresar unos dioses mucho mas abominables que los de los Mexicanos, no solo se abstuvo de obligar á los griegos á adorar el *El*, ó el *Adonai* de los hebreos, sino que se sirvió de la voz nacional, haciendo que desde entónces en adelante se entendiese por ella un Ser infinitamente perfecto, supremo y eterno? En efecto, muchos hombres sabios que han escrito despues en lengua mexicana, se han valido sin inconveniente del nombre *Teotl*, así como se sirven de *Ipaluemoani*, *Tloque*, *Nahuoque* y otros que significan Ser Supremo, y que los Mexicanos aplicaban á su Dios invisible. En una de mis Disertaciones daré una lista de los autores que han escrito en mexicano sobre la religion y sobre la moral cristiana; otra de los nombres numerales de aquella lengua, y otra de las voces significativas de las cosas metafísicas y morales, para confundir la ignorancia y la insolencia de un autor francés (1), que se atrevió á publicar que los Mexicanos no podian contar mas allá del número tres, ni expresar ideas morales y metafísicas, y que por la dureza de aquella lengua no ha habido español que haya podido pronunciarla. Daré sus voces numerales con que podian contar hasta cuarenta y ocho millones, á lo ménos, y haré ver cuan comun ha sido entre los españoles aquella lengua, y cuan bien la han sabida los que en ella han escrito.

Faltan á la lengua mexicana, como á la

(1) El autor de la obra intitulada *Recherches Philosophiques sur les Américains*.

hebrea y á la francesa, los nombres superlativos, y, como á la hebrea y á la mayor parte de las vivas de Europa, los comparativos; pero los suplen con ciertas partículas equivalentes á las que en aquellas lenguas se adoptan con el mismo fin. Es mas abundante que la italiana en diminutivos y aumentativos, y mas que la inglesa y todas las conocidas, en nombres verbales y abstractos, pues apenas hay verbo de que no se formen verbales, y apenas hay sustantivo y adjetivo, de que no se formen abstractos. Ni es ménos fecunda en verbos que en nombres, pues de cada verbo salen otros muchos de diferente significacion. *Chihua* es hacer; *chichihua*, hacer aprisa; *chihuilia*, hacer á otro; *chihualtia*, mandar hacer; *chihuatiuh*, ir á hacer; *chihuaco*, venir á hacer; *chihuitiuh*, ir haciendo &c. Mas pudiera decir sobre este asunto, si me fuera lícito traspasar los límites de la historia.

El modo de conversar en mexicano varía segun la condicion de la persona de quien se habla, ó con quien se habla; para lo cual sirven ciertas partículas que denotan respeto, y que se añaden á los nombres, á los verbos, á las proposiciones y á los adverbios. *Talli* quiere decir padre; *amota*, vuestro padre; *amotatzin*, vuestro señor padre. *Tleco* es subir; pero usado como mandato á una persona inferior, es *xilleco*: si como ruega á un superior ó persona respetable, *ximoltecahui*; y si aun se quiere manifestar todavía mas sumision, *maximoltecahuitzino*. Esta variedad, que tanta urbanidad y cultura da al idioma, no lo hace por eso mas difícil, porque depende de reglas fijas y fáciles, en términos que no creo que exista uno que lo esceda en método y regularidad.

Los Mexicanos tienen, como los griegos y otras naciones, la ventaja de componer una palabra de dos, tres, y cuatro simples; pero lo hacen con mas economía que los griegos, porque estos adoptan las voces casi enteras en la composicion, y los Mexicanos las cortan, quitándoles sílabas, ó á lo ménos letras. *Tlazotli* quiere decir apreciado ó amado; *mahuiztic*, honrado y reveren-

ciado; *teopizqui*, sacerdote; voz compuesta también de *Teoll*, Dios, y del verbo *pia* que significa guardar; *talli* es padre, como ya hemos dicho. Para formar de estas cinco palabras una sola, quitan ocho consonantes y cuatro vocales, y dicen, por ejemplo, *no-laxomahuisteopizcalatzin*, que quiere decir, mi apreciable señor padre y reverenciado sacerdote, añadiendo el *no*, que corresponde al pronombre *mio*, é igualmente el *zin*, que es partícula reverencial. Esta palabra es familiarísima á los indios cuando hablan con los sacerdotes, y especialmente cuando se confiesan; y aunque se compone de tantas letras, no es de las mayores que tienen, pues hay algunas que por causa de las muchas voces de que se componen, tienen hasta quince ó diez y seis sílabas.

De estas composiciones se valen para dar en una sola voz la definición ó la descripción de un objeto. Así se ve en los nombres de animales y plantas, que se hallan en la Historia Natural de Hernandez, y en los de los pueblos, que tan frecuentemente ocurren en la historia. Casi todos los nombres que impusieron á las ciudades y villas del imperio mexicano, son compuestos, y expresan la situación ó localidad de aquel punto, ó alguna acción memorable de que fué teatro. Hay muchas locuciones expresivas, que son otras tantas hipotiposis de los objetos, y particularmente en asunto de amor. En fin, todos los que aprenden aquella lengua, y ven su abundancia, su regularidad y sus hermosísimas expresiones, son de parecer que semejante idioma no puede haber sido el de un pueblo bárbaro.

ORATORIA Y POESÍA.

En una nación que poseía tan hermoso idioma no podían faltar oradores y poetas. Cultivaron en efecto los Mexicanos aquellas dos artes, aunque estuvieron muy lejos de conocer sus ventajas. Los que se destinaban á la oratoria, se acostumbraban desde niños á hablar con elegancia, y aprendían de memoria las mas famosas arengas de sus mayores, que la tradición conservaba, tras-

mitiéndolas de padres á hijos. Su elocuencia lucía especialmente en las embajadas, en los consejos, y en las arengas gratulatorias que se dirigían á los nuevos reyes. Aunque sus mas célebres arengadores no pueden compararse con los oradores de las naciones cultas de Europa, es preciso confesar que sabían emplear graves raciocinios, y argumentos sólidos y elegantes, como se echa de ver en los trozos que se conservan de su elocuencia. Aun hoy, reducidos á tanta humillación, y privados de sus antiguas instituciones, hacen en sus juntas razonamientos tan justos y bien coordinados, que causan maravilla á quien los oye.

Los poetas eran aun mas numerosos que los arengadores. Sus versos observaban el metro y la cadencia. En los fragmentos que aun existen, hay versos que, en medio de las voces significativas, tienen ciertas interjecciones, ó sílabas privadas de significación, que solo sirven para ajustarse al metro; mas quizás este era un abuso de que solo echaban mano los poetastros. Su lenguaje poético era puro, ameno, brillante, figurado, y lleno de comparaciones con los objetos mas agradables de la naturaleza, como las flores, los árboles, los arroyos &c. En la poesía era donde con mas frecuencia se servían de las voces compuestas, y solían ser tan largas que con una sola se formaba un verso de los mayores.

Los argumentos de sus composiciones eran muy variados. Componían himnos en honor de sus dioses, ó para implorar los bienes de que necesitaban, y los cantaban en los templos y en los bailes sacros; poemas históricos en que se referían los sucesos de la nación y las acciones gloriosas de sus héroes, y estos se cantaban [en los bailes profanos; odas que contenían alguna moralidad ó documento útil; finalmente, piezas amatorias, ó descriptivas de la caza ó de algun otro asunto agradable, para cantarlas en los regocijos públicos del sétimo mes. Los compositores eran por lo comun los sacerdotes, y enseñaban las poesías á los niños, á fin de que las cantasen cuando llegasen á ma-

yor edad. En otra parte he hecho mención de las composiciones poéticas del célebre rey Nezahualcoyotl. El aprecio que aquel monarca hacia de la poesía, impulsó á sus súbditos á cultivarla, y multiplicó los poetas en su corte. De uno de estos se cuenta en los anales de aquel reino, que habiendo sido condenado á muerte por no sé qué delito, hizo en la cárcel unos versos, en los cuales se despedía del mundo de un modo tan tierno y tan patético, que los músicos de palacio, sus amigos, formaron el proyecto de cantarlos al rey, y este se enterneció de tal manera, que concedió la vida al reo: suceso extraordinario en la historia de Acolhuacan, en que solo se hallan ejemplos de la mayor severidad. Quisiera tener á las manos algunos fragmentos de los que he visto de la poesía de aquellas naciones, para satisfacer la curiosidad del público (1).

TEATRO MEXICANO.

No solamente apreciaban los Mexicanos la poesía lírica, sino también la dramática. El teatro en que representaban sus dramas era un terraplen cuadrado, descubierto, situado en la plaza del mercado, ó en el atrio inferior de algun templo, y bastante alto para poder ser visto por todos los espectadores. El que habia en la plaza de Tlatelolco, era de piedra y cal, segun afirma Cortés: tenía trece piés de alto, y de largo, por cada lado, treinta pasos.

Boturini dice que las comedias mexicanas eran excelentes, y que entre las antigüedades que poseía en su curioso museo, habia dos composiciones dramáticas sobre las célebres apariciones de la madre de Dios al neófito Mexicano Juan {Diego, en las que se notaba singular delicadeza, y dulzura en la expresión. Yo no he visto ninguna obra de esta especie, y aunque no dudo de la suavidad del lenguaje usado en ellas, jamas podré creer que observasen las reglas del drama, ni que mereciesen los pomposos elogios

(1) El P. Horacio Carocho, docto jesuita milanés, publicó algunos versos elegantes de los antiguos Mexicanos, en su excelente Gramática mexicana, impresa en México á mitad del siglo pasado.

que les da aquel escritor. Algo mas digna de crédito, y mas conforme al carácter de aquellos pueblos, es la descripción de su teatro y de sus representaciones, dada por el P. Acosta, en la que hace mención de las que se daban en Cholula, con motivo de la fiesta del dios Quetzalcoatl. "Había, dice, en el atrio del templo de aquel dios, un pequeño teatro de treinta piés en cuadro, curiosamente blanqueado, que adornaban con ramos, y aseaban con el mayor esmero, guarneciéndolo con arcos de plumas y flores, y suspendiendo en ellos pájaros, conejos y otros objetos curiosos (1). Allí se reunía el pueblo despues de comer. Presentábanse los actores, y hacían sus representaciones burlescas, fingiéndose sordos, resfriados, cojos, ciegos y tullidos, los cuales figuraban ir á pedir la salud al ídolo. Los sordos respondían despropósitos; los resfriados, tosiendo; los cojos, cojeando, y todos referían sus males y miserias, con lo que escitaban la risa del auditorio. Seguían otros actores que hacían el papel de diferentes animales: unos vestidos á guisa de escarabajos, otros de sapos, otros de lagartijas, y se esplicaban unos á otros sus respectivas funciones, cada uno ponderando las suyas. Eran muy aplaudidos, porque sabían desempeñar sus papeles con sumo ingenio. Venían despues unos muchachos del templo con alas de mariposa y de pájaros de diferentes colores, y subiendo á los árboles, dispuestos al efecto, les tiraban los sacerdotes bolas de barro con las cerbatanas, añadiendo expresiones ridículas en favor de unos, y en contra de otros. Por fin se hacia un gran baile compuesto de todos los actores, y así terminaba la función. Esto se hacia en las fiestas mas solemnes (2)." Esta des-

(1) Los indios usan todavía los mismos adornos de arcos, hechos con diferentes especies de frutas, flores y animales. Los que yo vi dispuestos para la procesion del Corpus en el pueblo de Xamitopeec, capital de la provincia de Xicayan, eran de las cosas mas bellas y curiosas que se puede imaginar.

(2) Acosta, Historia natural y moral de los indios, lib. V, cap. 29.

cripcion del P. Acosta recuerda las primeras escenas de los griegos, y no dudamos que si el imperio mexicano hubiera durado un siglo mas, su teatro se hubiera reformado, como el de los griegos se fué mejorando poco á poco.

Los primeros religiosos que anunciaron el Evangelio á aquellas gentes, viéndolas tan inclinadas al canto y á la poesía, y notando que en todas las composiciones del tiempo de su gentilismo habia muchas ideas supersticiosas, compusieron cánticos en lengua mexicana, en loor del verdadero Dios. El laborioso franciscano Bernardino Sahagun, compuso en puro y elegante mexicano, é imprimió en México, trescientos sesenta y cinco cánticos, uno para cada día del año, llenos de los mas devotos y tiernos sentimientos religiosos, y aun hubo indios que escribieron muchos sobre los mismos asuntos (1). Boturini cita las composiciones de D. Francisco Plácido, gobernador de Azcapozalco, en loor de la Madre de Dios, y cantadas por él en los bailes sacros que, con otros nobles Mexicanos, hacia delante de la famosa imagen de la Virgen de Guadalupe. Los celosos franciscanos de aquel pais hicieron tambien composiciones dramáticas en mexicano, sobre los misterios de nuestra religion. Entre otras fué muy celebrada la del juicio final, que compuso el infatigable misionero Andres de Olmos, y fué representada en la iglesia de Tlatelolco, en presencia del primer virey y del primer arzobispo de México, con gran concurso de nobleza y pueblo.

MUSICA.

Mas imperfecta aun que su poesia era su música. No conocian los instrumentos de cuerda. Todos los que usaban se reducian al *huehuatl*, al *teponaztli*, á las cornetas, á los

(1) La obra de Sahagun se imprimió, segun me parece, en 1540. El Dr. Eguíara se queja en su Biblioteca Mexicana de no haber podido tener á las manos un solo ejemplar de ella. Yo he visto uno en la librería del colegio de jesuitas de la Puebla de los Angeles.

caracoles marítimos y á unas flautillas que despedian un son agudísimo. El *huehuatl* ó tambor mexicano, era un cilindro de madera de tres piés de alto, curiosamente labrado, pintado por la parte exterior, y cubierto en la superior de una piel de ciervo, bien preparada y estendida, que aflojaban ó apretaban de cuando en cuando, para que el sonido fuese mas grave ó mas agudo. Tocábase con los dedos, y requería gran destreza en el tocador. El *teponaztli*, que aun usan los indios, es tambien cilíndrico y hueco; pero todo de madera y sin piel, y sin otra abertura que dos rayas largas en el medio, paralelas y poco distantes una de otra. Se toca golpeando en el intervalo que media entre las dos rayas, con dos palos semejantes á los de nuestros tambores; pero cubiertos comunmente en su estremidad, de hule ó resina elástica, para que sea mas suave el sonido. El tamaño de este instrumento varia considerablemente; los hay pequeños, que se suspenden al cuello, medianos, y otros de cinco piés de largo. El son que despiden es melancólico, y el de los mayores tan fuerte, que se oye á distancia de mas de dos millas. Este era todo el instrumental con que acompañaban sus himnos. Su canto era duro, y fastidioso á oidos europeos; mas á ellos daba tanto placer, que solian estarse cantando en sus fiestas un dia entero. Este fué el arte en que menos sobresalieron los Mexicanos.

BAILE.

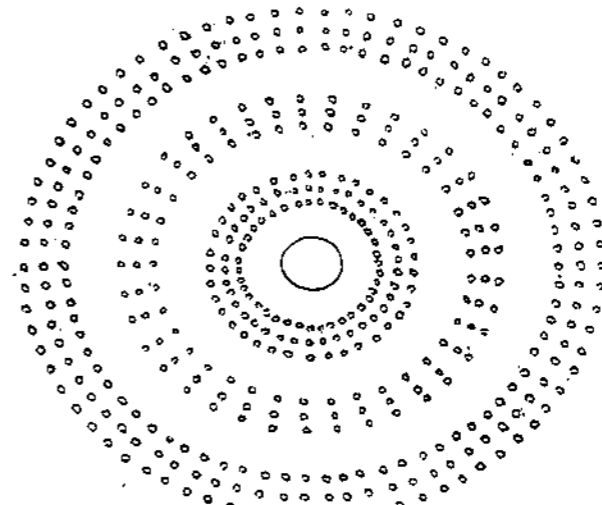
Mas aunque su música era imperfecta, tenían hermosísimos bailes, en que se ejercitaban desde niños, bajo la direccion de los sacerdotes. Eran de varias especies, y tenían otros tantos nombres que significaban, ó la calidad del baile, ó las circunstancias de la fiesta en que se hacian. Bailaban unas veces en círculo y otras en fila; en ciertas ocasiones hombres solos, y en otras hombres y mugeres. Los nobles se vestian para el baile con sus trajes de gala: poníanse brazaletes, pendientes y otros adornos de oro, joyas y plumas: llevaban en una mano un escudo,



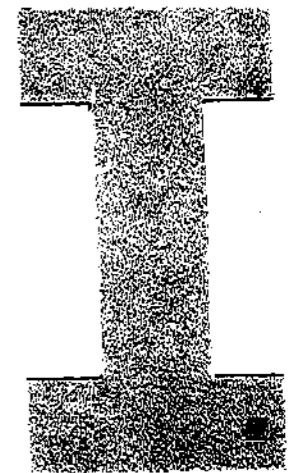
Huehuatl.

Teponaztli.

Ayacacastli.



Baile grande



Plan del juego del balon.

INSTRUMENTOS DE MUSICOS.

cubierto tambien de bellas plumas, y en otra el *ayacaztli*, que era una cierta vasija, de que despues hablaré, semejante á una calabacilla, redonda ú ovalada, con muchos agujeros y llena de piedrecillas que sacudian, y con cuyo sonido, que no era desagradable, acompañaban el de los instrumentos. Los plebeyos se disfrazaban á guisa de animales, con vestidos de papel, de plumas ó de pieles.

El baile pequeño, que se hacia en los palacios para diversion de los señores, ó en los templos por devocion particular, ó en las casas cuando habia boda ó alguna funcion doméstica, se componia de pocos bailarines, que formando dos líneas derechas y paralelas, bailaban, ó con el rostro vuelto hácia una de las estremidades de su línea, ó mirando cada uno al que tenia en frente, ó cruzándose los de una línea con los de la otra, ó separándose uno de cada línea, y bailando en el espacio intermedio, manteniéndose entre tanto quietos los otros.

El baile grande, que se hacia en las plazas principales, ó en el atrio inferior del templo mayor, era diferente del pequeño en el orden, en la forma, y en el número de los que lo componian. Este era tan considerable, que solian bailar juntos muchos centenares de personas. La música ocupaba el centro del atrio ó de la plaza: junto á ella bailaban los señores, formando dos ó tres círculos concéntricos, segun el número de ellos que concurría. A poca distancia de ellos se formaban otros círculos de personas de clase inferior, y despues de otro pequeño intervalo, otros mayores compuestos de jóvenes. Todos estos círculos tenian por centro el huehuatl y el teponaztli. En el dibujo que damos del orden y de la disposicion de este baile, se representa una especie de rueda, en la cual los puntos denotan los bailarines, y los círculos las figuras que hacian bailando. Los rayos de la rueda son tautos, cuantos son los que bailan en el círculo menor, próximo á la música. Todos describian un círculo bailando, y ninguno salia de su rayo ó línea. Los que bailaban junto á la

música se movian con lentitud y gravedad, por ser menor el giro que debian hacer, y por esto era aquel el sitio de los señores y de los nobles mas provechosos en edad; pero los que formaban el círculo exterior, ó mas léjos de la música, se movian velocísimamente, para no perder la línea recta, ni faltar al compas que hacian y dirigian los señores.

El baile se hacia casi siempre con acompañamiento de canto; pero tanto este, cuanto los movimientos de los que bailaban, se sujetaban al compas de los instrumentos. En el canto cantaban dos un verso, y les respondian todos. Comunmente empezaba la música en tono grave, y los cantores en voz baja. Progresivamente apresuraban el compas, y levantaban la voz, y al mismo tiempo era mas vivo el movimiento de los bailarines, y mas alegre el argumento de la cancion. En el intervalo que dejaban las líneas de bailarines, solian bailar algunos bufones, imitando á otros pueblos en el traje, ó con disfraces de fieras y otros animales, y procurando hacer reir al pueblo con sus bufonadas. Cuando una comparsa ó cuadrilla de bailarines se cansaba, la reemplazaba otra, y así continuaba el baile seis y ocho horas.

Tales eran las formas de la danza ordinaria; pero habia otras muy diferentes, en que ó representaban algun misterio de su religion, ó algun suceso de su historia, ó alguna escena alusiva á la guerra, á la caza ó á la agricultura.

No solo bailaban los señores, los sacerdotes y las muchachas de los seminarios, sino tambien el rey en el templo, por ceremonia de su religion, ó para recreo en su palacio, teniendo en ambas circunstancias un puesto señalado, por respeto á su carácter.

Habia, entre otros, un baile muy curioso, que aun usan los Yucatecos. Plantaban en el suelo un árbol de quince á veinte piés de alto, de cuya punta suspendian veinte ó mas cordones (segun el número de bailarines) largos, y de colores diversos. Cada cual tomaba la estremidad inferior de un cordón, y empezaban á bailar al son de los instru-

mentos, cruzándose con mucha destreza, hasta formar en torno del árbol un tejido con los cordones, observando en la distribución de sus colores, cierto dibujo y simetría. Cuando á fuerza de vueltas se habian acordado tanto los cordones que apénas podian sujetarlos, aun alzando mucho los brazos, deshacian lo hecho con otras figuras y pasos. Tambien usan los indios de Mexico un baile antiguo, llamado vulgarmente *tocotín*, tan bello, honesto y grave, que se practica en las fiestas de los templos oristianos.

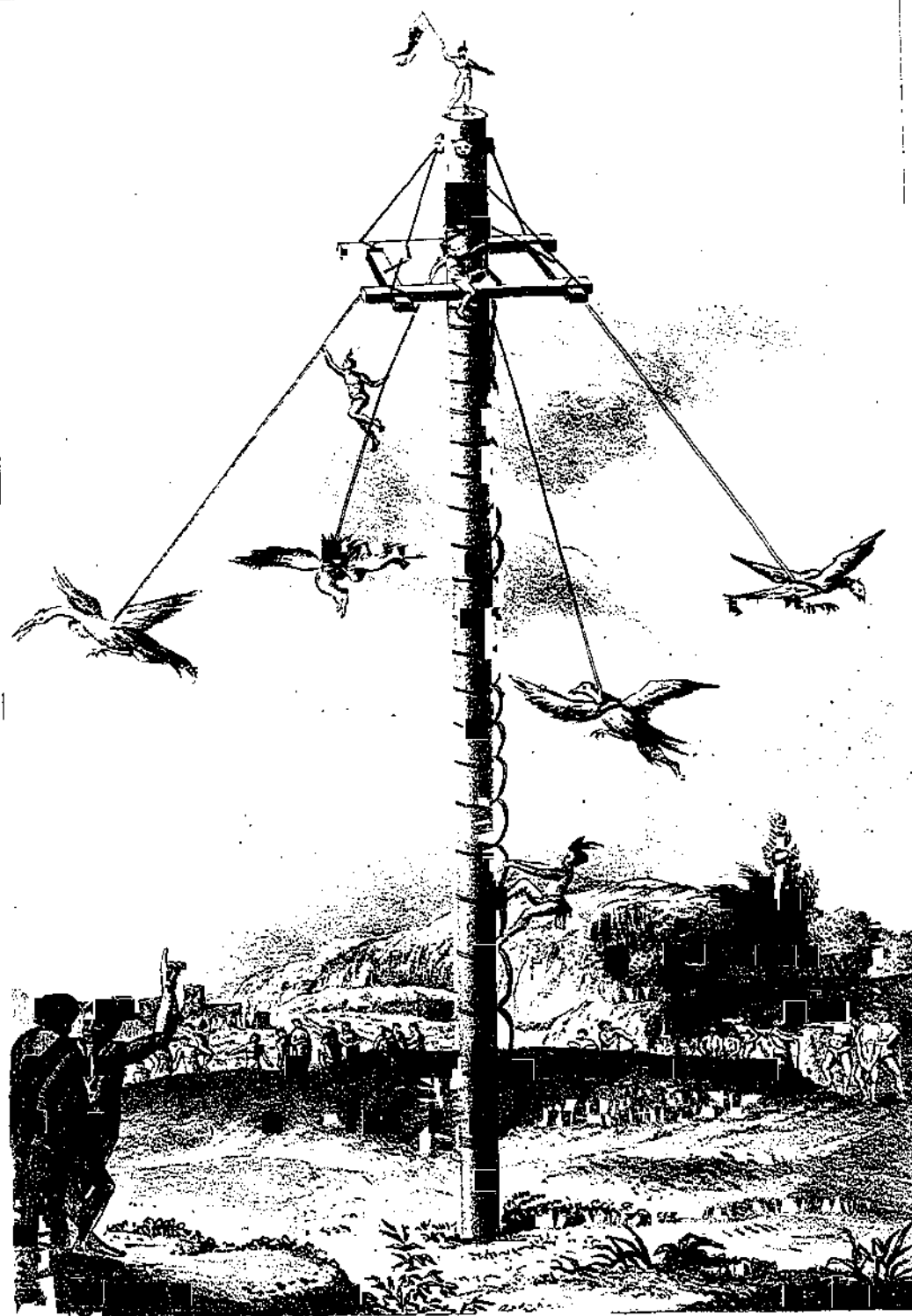
JUEGOS.

El teatro y el baile no eran las únicas diversiones de los Mexicanos. Tenian tambien juegos públicos para ciertas solemnidades, y privados para recreo doméstico. A la primera clase pertenecia la carrera, en que empezaban á adiestrarse desde niños. En el segundo mes, y quizás en otros del año, habia juegos militares, en que las tropas representaban al pueblo una batalla campal: recreos ciertamente útiles al estado; pues ademas del inocente placer que daban á los espectadores, ofrecian á los defensores de la patria los medios mas oportunos de agilitarse y acostumbrarse á los peligros que los aguardaban.

Ménos útil, pero mucho mas célebre que los otros, era el juego de los voladores, que se hacia en algunas grandes fiestas, y particularmente en las seculares. Buscaban en los bosques un árbol altísimo, fuerte y derecho, y despues de haberle quitado las ramas y la corteza, lo llevaban á la ciudad, y lo fijaban en medio de una gran plaza. En la estremidad superior metian un gran cilindro de madera, que los españoles llamaron *mortero*, por su semejanza con este utensilio. De esta pieza pendian cuatro cuerdas fuertes, que servian para sostener un bastidor cuadrado, tambien de madera. En el intervalo entre el cilindro y el bastidor, ataban otras cuatro cuerdas, y les daban tantas vueltas al redeñr del árbol, cuantas debian dar los voladores. Estas cuerdas se enfilaban por cuatro agujeros hechos en el medio

de los cuatro pedazos de que constaba el bastidor. Los cuatro principales voladores, vestidos de águilas ó de otra clase de pájaros, subian con extraordinaria agilidad al árbol, por una cuerda que lo rodeaba hasta el bastidor. De este subian uno á uno sobre el cilindro, y despues de haber bailado un poco, divirtiendo á la muchedumbre de espectadores, se ataban con la estremidad de las cuerdas enfiladas en el bastidor, y arrojándose con ímpetu, empezaban su vuelo con las alas estendidas. El impulso de sus cuerpos ponía en movimiento al bastidor y al cilindro: el primero con sus giros desenvolvía las cuerdas de que pendian los voladores; así que, miéntras mas se alargaban, mayores eran los círculos que ellos describian. Miéntras estos cuairo giraban, otro bailaba sobre el cilindro, tocando un tamboril, ó tremolando una bandera, sin que lo amedrentase el peligro en que estaba de precipitarse desde tan gran altura. Los otras que estaban en el bastidor, pues solian subir diez ó doce, cuando veian que los voladores daban la última vuelta, se lanzaban agarrados á las cuerdas, para llegar al mismo tiempo que ellos al suelo, entre los aplausos de la muchedumbre. Los que bajaban por las cuerdas, solian, para dar mayor muestra de habilidad, pasar de una á otra, en aquella parte en que por estar mas próximas podian hacerlo con seguridad.

Lo esencial de este juego consistia en proporcionar de tal modo la elevacion del árbol, y la longitud de las cuerdas, que con trece vueltas exactas llegasen á tierra los cuatro voladores, para representar con aquel número el siglo de cincuenta y dos años, compuesto, segun he dicho, de cuatro periodos de trece años cada uno. Todavía se usa esta diversion en aquellos países; pero sin atencion al número de vueltas, y sin arreglarse en otras circunstancias á la forma antigua, pues el bastidor suele tener seis ú ocho ángulos, segun el número de los voladores. En algunos pueblos ponen ciertos resguardos en el bastidor, para avitar las desgracias que han ocurrido con frecuencia



JUEGO DE LOS VOLADORES.

después de la conquista; porque siendo tan común en los indios la embriaguez, subían privados de razón al árbol y perdían fácilmente el equilibrio en aquella altura, que, por lo común, es de sesenta pies.

Entre los juegos peculiares de los Mexicanos, el más común y el que más los divertía, era el del balón. El sitio en que se jugaba, que se llamaba *tluchco*, era, según la descripción de Torquemada, un espacio llano y cuadrilongo, de cerca de diez y ocho toesas de largo, y una anchura proporcionada, encerrado entre cuatro muros, más gruesos en la parte inferior que en la superior, y más bajos los laterales que los dos de los frentes. Estos muros estaban blanqueados, y eran muy lisos. Su coronación se componía de merlones, y sobre los dos bajos había dos ídolos, que se colocaban á media noche, en la que precedía á la inauguración del juego, con muchas ceremonias supersticiosas, mientras los sacerdotes bendecían el edificio con otras del mismo género.

Así lo describe Torquemada; pero en algunas pinturas mexicanas que he visto, se representa la planta del juego del modo que se ve en la estampa adjunta, que es muy diferente de la que indica aquel autor. Quizás habría diversas formas de edificios para jugarlos. Los ídolos colocados sobre los muros eran los de los dioses protectores del juego, cuyos nombres ignoro; pero sospecho que uno de ellos sería Omacatl, dios de la alegría. El balón era de hule, ó resina elástica, de tres ó cuatro puñadas de diámetro, y aunque pesado, botaba más que el de aire, que se usa en Europa. Jugaban partidas de dos contra dos, y tres contra tres. Los jugadores estaban desnudos, y solo llevaban la cintura ó maxtlatl que la decencia requería. Era condición esencial del juego no tocar el balón sino con la rodilla, con la coyuntura de la muñeca, ó con el codo; y el que lo tocaba con la mano, con el pie ó con otra parte del cuerpo, perdía un punto. El jugador que lanzaba el balón al muro opuesto, ó lo hacía botar en él, ganaba otro punto. Los pobres jugaban mazorecas de maíz, y

aun á veces la libertad; otros jugaban cierto número de trages de algodón, y los ricos alhajas de oro, joyas y plumas preciosas. En el espacio que mediaba entre los jugadores había dos grandes piedras, como las de nuestros molinos, cada una con un agujero en medio, algo mayor que el balón. El que hacía pasar el balón por el agujero, lo que raras veces sucedía, no solamente ganaba la partida, sino que por ley del juego se apoderaba de los vestidos de todos los presentes, y aquel golpe se celebraba como proeza inmortal.

Este juego era muy apreciado por los Mexicanos, y por todos los pueblos de aquel país; y tan común, cuanto se puede inferir del número extraordinario de balones que pagaban anualmente, como tributo á la corona de México, Tlaxtepec, Otatitlan y otros pueblos, que solían enviar hasta diez y seis mil. Los reyes jugaban con frecuencia, y se desafiaban unos á otros, como hicieron Motenczoma II y Nezahualpilli. Hoy no está en práctica en las naciones del imperio mexicano; pero lo han conservado los Nayaritas, los Apatas, los Tlaxtepecos y otros pueblos del Norte. Cuantos españoles han visto este juego en aquellas regiones, se han maravillado de la prodigiosa agilidad con que lo ejecutaban.

Delicítábanse los Mexicanos en otro, que nuestros escritores han llamado *patolli*, aunque es voz genérica que significa toda clase de juego. Describían sobre una estera fina de palma, un cuadro, dentro del cual trazaban dos líneas diagonales y dos transversales. Echaban, en vez de dados, unas judías grandes, señaladas con puntos. Según el punto que resultaba, quitaban ó ponían unas piedrecillas en los ángulos de las líneas, y el primero que tenía tres de ellas en fila, ganaba el juego.

Bernal Díaz habla de otro juego en que solía divertirse el rey Motenczoma, durante su prisión con el conquistador Cortés, y que, según él dice, se llamaba totoloque. Tiraba desde lejos aquel rey ciertas pelotillas de oro muy lisas, á unos pedazos del



mismo metal que se ponian por blanco, y el primero que hacia cinco puntos, ganaba algunas joyas, que era lo que se atravesaba.

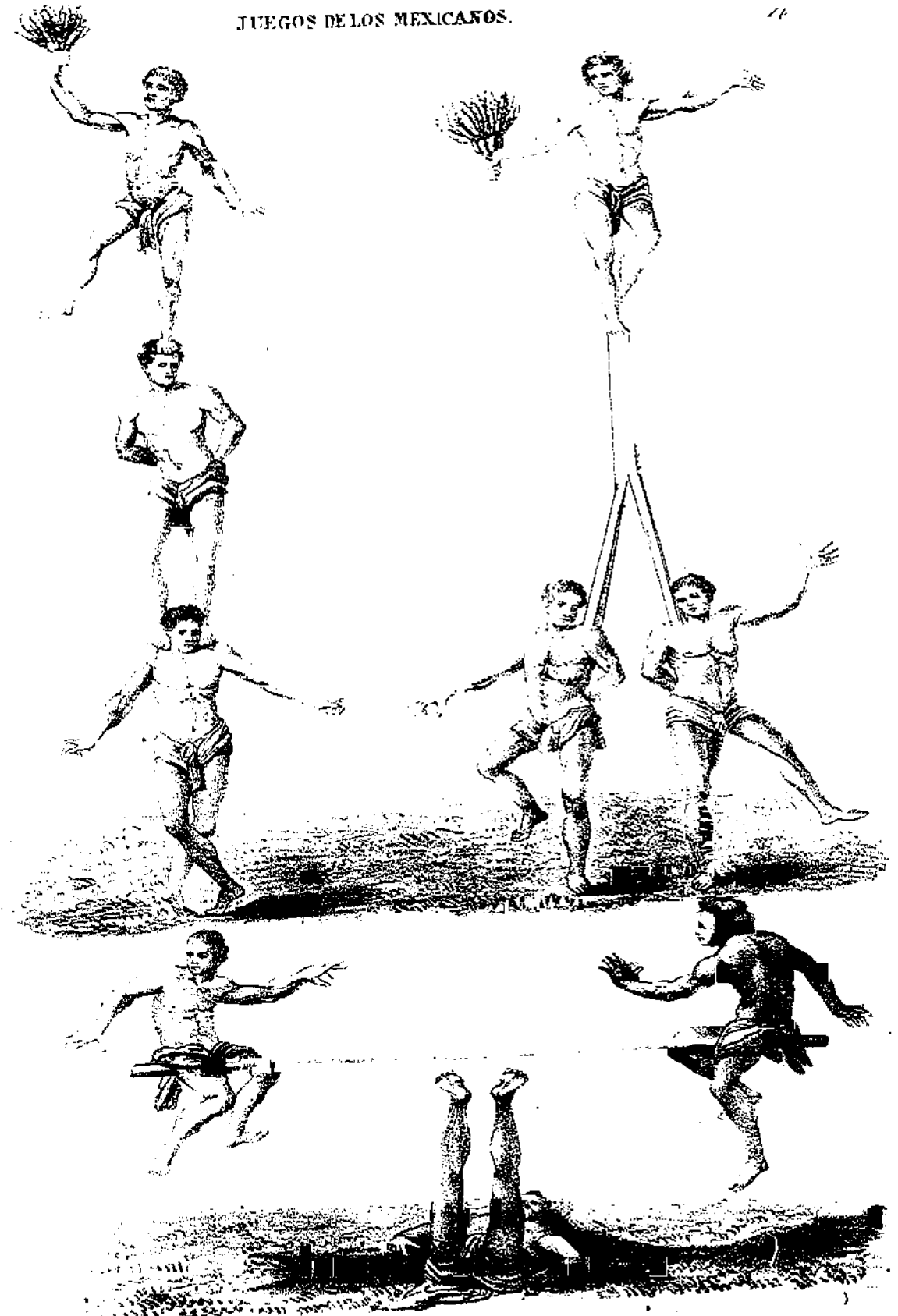
Habia entre los Mexicanos hombres diestrisimos en juegos de manos y piés. Echábase uno de espaldas en tierra, y alzando los piés, sostenia en ellos una gruesa viga redonda, y de ocho piés de largo. Arrojábala á cierta altura, y volvía á recibirla y sostenerla en los piés: despues la tomaba entre los dos, y la hacia girar violentísimamente, y lo mas extraño es, que solian ponerse dos hombres á horeajadas en las dos estremidades, como yo lo he visto hacer muchas veces. Hicieron este ejercicio en Roma dos Mexicanos enviados por Cortés, á presencia del papa Clemente VII y de muchos príncipes romanos, con singular satisfaccion de aquellos ilustres espectadores. Era tambien muy comun entre ellos otro juego llamado en algunos países *las fuerzas de Hércules*. Poníase un hombre á halar; otro en pié sobre sus hombros, lo acompañaba con algunos movimientos, y otro en pié sobre la cabeza del segundo, bailaba y daba otras pruebas de agilidad. Otro ejercicio practicaban alzando una viga sobre los hombros de dos bailarinas, y otro se ponía en pié y bailaba sobre su estremidad. Los primeros españoles que vieron estos y otros juegos de los Mexicanos, se maravillaron tanto de su agilidad, que sospecharon la intervencion del demonio, sin hacerse cargo de lo que puede el ingenio humano, ayudado por la constancia y la aplicacion.

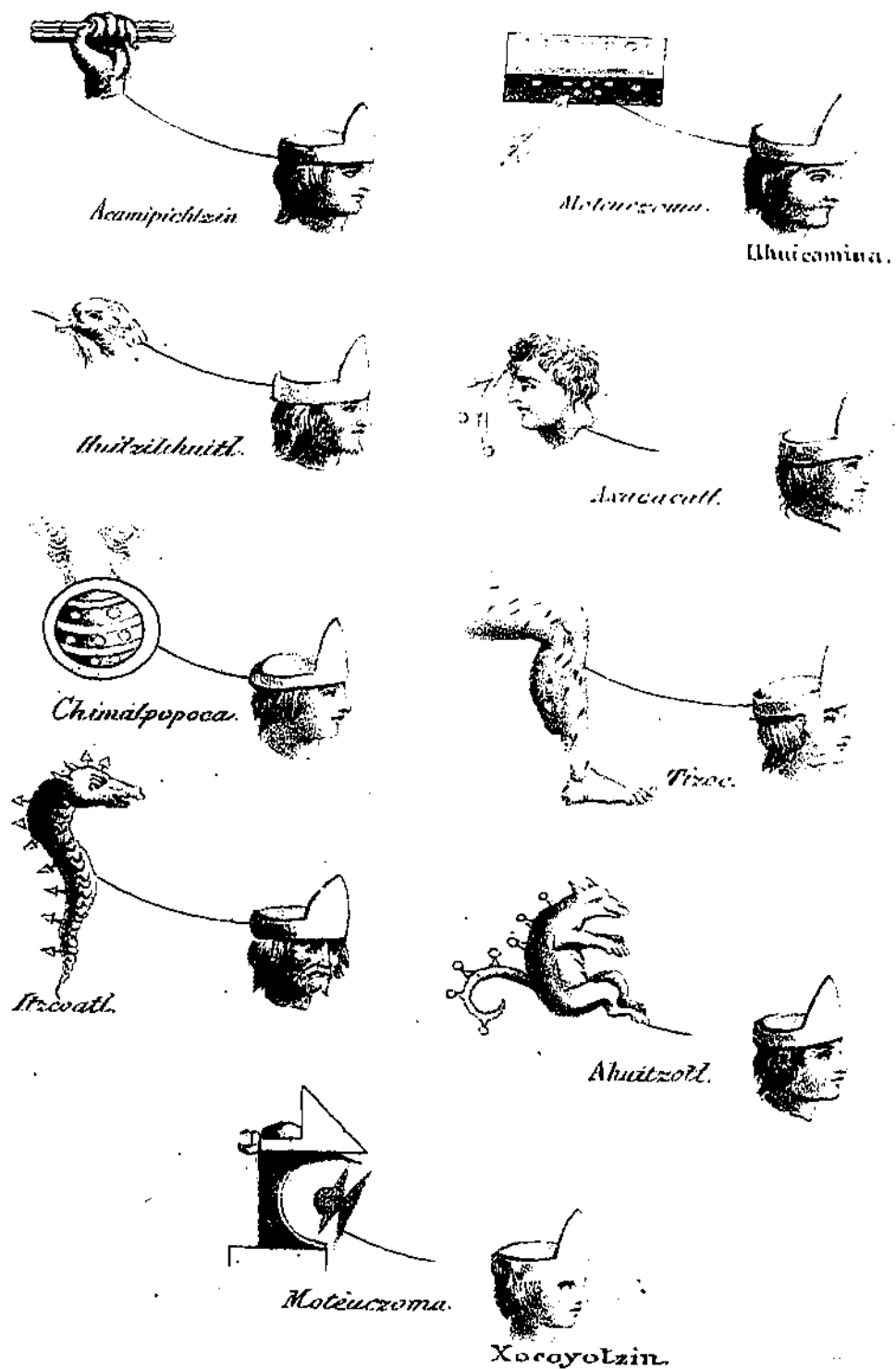
PINTURA.

Pero los juegos, los bailes y la música, servian mas al placer que á la utilidad; no así la historia y la pintura, artes que no deben separarse en la historia de México, puesto que no tenian aquellos pueblos otros historiadores que sus pintores, ni otros escritos que las pinturas en que conservaban la memoria de sus sucesos. Los Toltecas fueron en el Nuevo-Mundo los primeros que se sirvieron de la pintura para la historia: al ménos no sabemos que otra nacion los ha-

ya precedido. Tambien la usaron de tiempo inmemorial los Acolhuas, las siete tribus de Aztecas, y todas las naciones de Anáhuac que habian salido del estado de barbarie. De los Acolhuas y de los Toltecas la aprendieron los Chichimecas y los Otomites, que abandonaron la vida salvaje.

Entre las pinturas de los Mexicanos y de todas aquellas naciones, habia muchas que no eran otra cosa que imágenes ó retratos de sus dioses, de sus reyes y de sus hombres ilustres, ó de los animales y plantas de que estaban llenos los palacios reales de México y de Texcoco. Otras eran históricas, que espresaban sucesos memorables, como las trece primeras de la *Coleccion de Mendoza*, y la del viaje de los Aztecas, que se halla en la obra del viajero Gemelli. Otras mitológicas, en que se representaban los misterios de su religion, y á esta clase pertenecen las del volúmen que se conserva en la gran biblioteca del Instituto de Boloña. Otras eran códigos, en que estaban compiladas sus leyes, sus ritos, sus costumbres, y los tributos que los pueblos pagaban, como son todas las de la *Coleccion de Mendoza*, desde la decimacuarta hasta la sexagesimatercia. Las habia oronológicas, astronómicas y astrológicas, en que se figuraban su calendario, la posicion de los astros, los aspectos de la luna, los eclipses y los pronósticos metereológicos. Esta especie de pintura se llamaba *Tonalamatl*. El Dr. Síguenza en su *Libra Astronómica*, impresa en México, hace mencion de una pintura de pronósticos de este especie, que insertó despues en su *Ciclografía Mexicana*. El P. Acosta cuenta que en la provincia de Yucatan habia ciertos volúmenes, plegados á uso de aquellos pueblos, en que los indios tenian señalada la distribucion del tiempo; el conocimiento de los planetas, de los animales, y de otras producciones de la naturaleza, y las antigüedades nacionales: cosas todas muy curiosas, y escritas con mucha diligencia. Las cuales, segun dice el mismo autor, perecieron por el celo indiscreto de un párroco, que creyéndolas llenas de errores supersti-





NOMBRES DE LOS REYES MEXICANOS.

... las quemó en despecho del llanto de los españoles, y de la opinión de los españoles europeos. Otras pinturas eran topográficas y geográficas, las cuales servían, no solo para determinar la estension y lindes de sus posesiones, sino la situacion de los pueblos, la direccion de las costas y el curso de los rios. Cortés dice en su primera carta á Carlos V, que queriendo saber si habia en el golfo mexicano algun puerto seguro para los buques, el rey Motenczoma le presentó un mapa en que estaba figurada toda la costa, desde el puerto de Chalchiuhtecan, donde hoy está Veracruz, hasta el rio de Coatzacoahuaco. Bernal Diaz cuenta que el mismo Cortés se sirvió, en el largo y penoso viaje que hizo á la provincia de Honduras, de un mapa que le presentaron los señores de Coatzacoahuaco, en que estaban indicados todos los pueblos y rios de la costa, desde aquella ciudad hasta Hueyacallan.

De todas estas clases de pinturas estaba lleno el imperio mexicano; pues eran innumerables los pintores, y no habia objeto alguno que no representasen. Si se hubieran conservado, nada se ignoraria de la historia de México; mas los primeros predicadores del Evangelio, sospechando que hubiese en ellas figuras supersticiosas, las persiguieron con furor. De todas las que pudieron haber á las manos en Texcoco, donde estaba la principal escuela de pintura, hicieron en la plaza del mercado, tan crecido rimerero, que parecia un monte, y le pegaron fuego, quedando sepultada entre aquellas cenizas, la memoria de muchos importantes sucesos. La pérdida de tantos preciosos monumentos de su antigüedad, fué amargamente deplorada por los indios, y aun los mismos autores del incendio se arrepintieron, cuando echaron de ver el desacierto que habian cometido: pero procuraron remediar el daño, ora informándose verbalmente de los mismos habitantes, ora buscando las pinturas que se habian escapado de las primeras investigaciones; y aunque recogieron muchas, no fueron tantas cuantas se necesitaban, porque los que las poseian, las ocultaban con empeño,

de los españoles, y no se deshacian de ellas tan fácilmente.

Pintaban comunmente sobre papel ó pieles adobadas, ó telas de hilo de maguey, ó de la palma llamada Ixotl (1). Hacian el papel con hojas de cierta especie de maguey, macerándola ántes como cáñamo, y despues lavándola, estendiéndola y puliéndola. Tambien lo fabricaban con la palma ixotl; con la corteza sutil de ciertos árboles, preparada con goma; con seda, con algodón y con otras materias, aunque ignoramos las manipulaciones que empleaban en este género de manufactura. He tenido en mis manos muchos pliegos de este papel mexicano. Es bastante semejante al carton de Europa, aunque mucho mas blando y liso, y se puede escribir en él cómodamente.

Los pliegos de su papel eran grandísimos, y los conservaban en rollos, como los antiguos MS. europeos, ó doblados en la misma forma que los biombos comunes. El volumen de pinturas mexicanas que se conserva en la biblioteca del Instituto de Bolonia, es una piel gruesa y mal curtida, hecha de muchas piezas, pintada en toda su estension, y plegada como acabo de decir.

Los hermosísimos colores que empleaban en sus pinturas y en sus tintes, se formaban con madera, con hojas y con flores de muchas plantas, y con diversas producciones minerales. Para el blanco se servían de la piedra *chimaltizatl*, que despues de calcinada, se parece mucho al yeso fino; ó de la tierra mineral *tizatlalli*, que despues de amasada como el barro, y reducida á bolas, es semejantísima á la sustancia llamada comunmente en Europa *blanco de España*. Hacian el negro de otra tierra mineral y fétida, á la que por esta razon daban el nombre de *tlahixac*, ó del hollín del *ocotl*, cierta especie de pino oloroso, recogiendo su humo en vasijas de tierra; el azul turquí y el celeste, con la flor del *mallaixhuill*, y del *xuhquilitzahuac*, que es la planta del

[1] La toscana tela sobre que está pintada la famosa imagen de la Virgen de Guadalupe, es de palma de Ixotl.

añil (1), aunque el modo de prepararla entonces se diferenciaba mucho del moderno. Ponian las hojas de la planta una á una, en vasijas de agua caliente, ó mas bien tibia, y despues de haberlas meneado con una pala, pasaban el agua teñida á unas orzas ó peroles, donde la dejaban reposar, hasta que se precipitaban al fondo las partes sólidas de la tintura, y entonces vaciaban el agua poco á poco. Este sedimento se secaba al sol, y despues se ponía entre dos platos al fuego, para que se endureciese. Tenian los Mexicanos otra planta del mismo nombre, de que sacaban el azul, pero de inferior calidad. Para el rojo se servian de la semilla del achiote, que los franceses llaman *rocou*, cocida en agua; para el morado y el púrpura, de la cochinilla. El amarillo se hacia con *tecozahuilt*, ó sea ocre, y con el *zochipalli*, planta cuyas hojas se parecen á las de la artemisa. Las hermosas flores de la misma planta, cocidas en agua con nitro, les suministraban un bello color de naranja. Como se servian del nitro para aquel color, para otros empleaban el alumbre. Despues de haber macerado y desleido en agua la tierra aluminosa llamada *tlaxocoll*, la cocian al fuego en vasijas de tierra; sacaban por destilacion el alumbre puro, blanco y diáfano, y ántes de que se endureciese de un todo, lo hacian pedazos para

(1) La descripcion de la planta del añil se halla en muchos autores, y especialmente en la obra del Dr. Hernandez, la cual es enteramente diversa de la que da Raynal en su *Historia filosófica y política*. Este asegura que aquella planta fué trasportada de la India Oriental al Nuevo-Mundo, y que habiéndose experimentado en muchos paises, se estableció su cultura en la Carolina, en Santo Domingo y en México. Mas! en esto se engañó aquel filósofo, como en otras muchas cosas. Consta por el testimonio de D. Fernando Colon, en el capítulo LXI, de la vida de su famoso padre Cristóval Colon, que una de las plantas, propias de la isla Española, era el añil. Sabemos tambien por los historiadores de México, y particularmente por el Dr. Hernandez, que los antiguos Mexicanos sabian hacer uso de aquel precioso vegetal. De todos los escritores sobre cosas de América, que he habido á las manos, no he hallado uno solo que pueda servir de apoyo á la opinion de Raynal.

venderlo mas cómodamente en el mercado. Para dar mas consistencia á los colores, los mezclaban con el jugo glutinoso del *tzauhtli* (1), ó con el excelente aceite de chia (2).

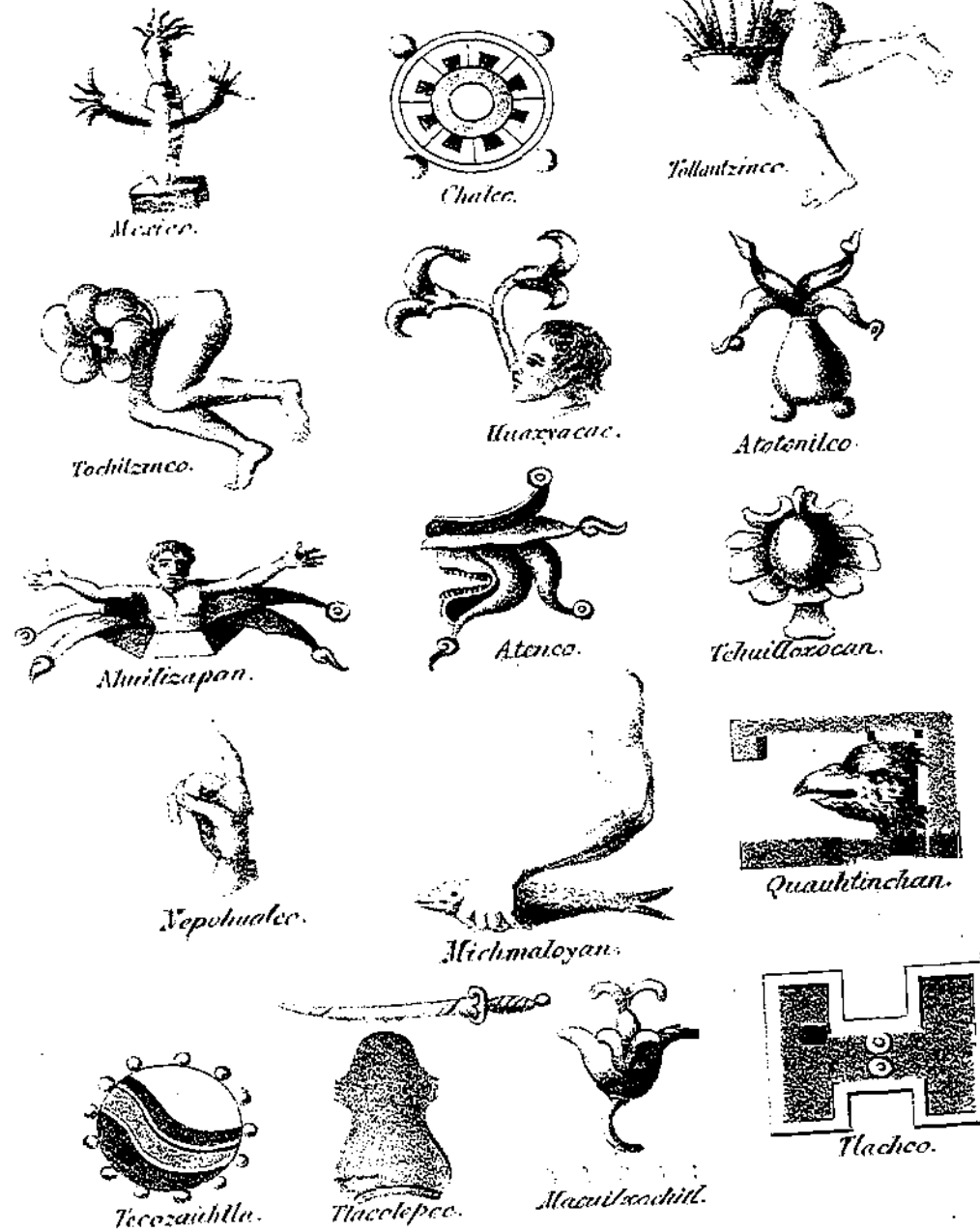
CARACTER GENERAL DE LA PINTURA, Y MODO DE PINTAR LOS OBJETOS.

Las figuras de montes, rios, edificios, plantas, animales, y sobre todo, las de hombres, que se ven en las pinturas mexicanas antiguas, son, por lo comun, desproporcionadas y disformes: lo que, segun me parece, debe atribuirse, no tanto á su ignorancia de las reglas de proporcion, ó á su falta de habilidad, cuanto á la prisa que se deban en pintar, de la que fueron testigos los conquistadores españoles; así que, pensando tan solo en representar los objetos, no cuidaban de la perfeccion de la imágen, y muchas veces se contentaban con los contornos. Sin embargo, he visto entre muchas pinturas antiguas, algunos retratos de reyes de México, en los que, ademas de la belleza singular del colorido, se notaba una observancia exacta de las proporciones; pero no niego, hablando en general, que distaban mucho aquellos pintores de la perfeccion del dibujo, y de la inteligencia del claro oscuro.

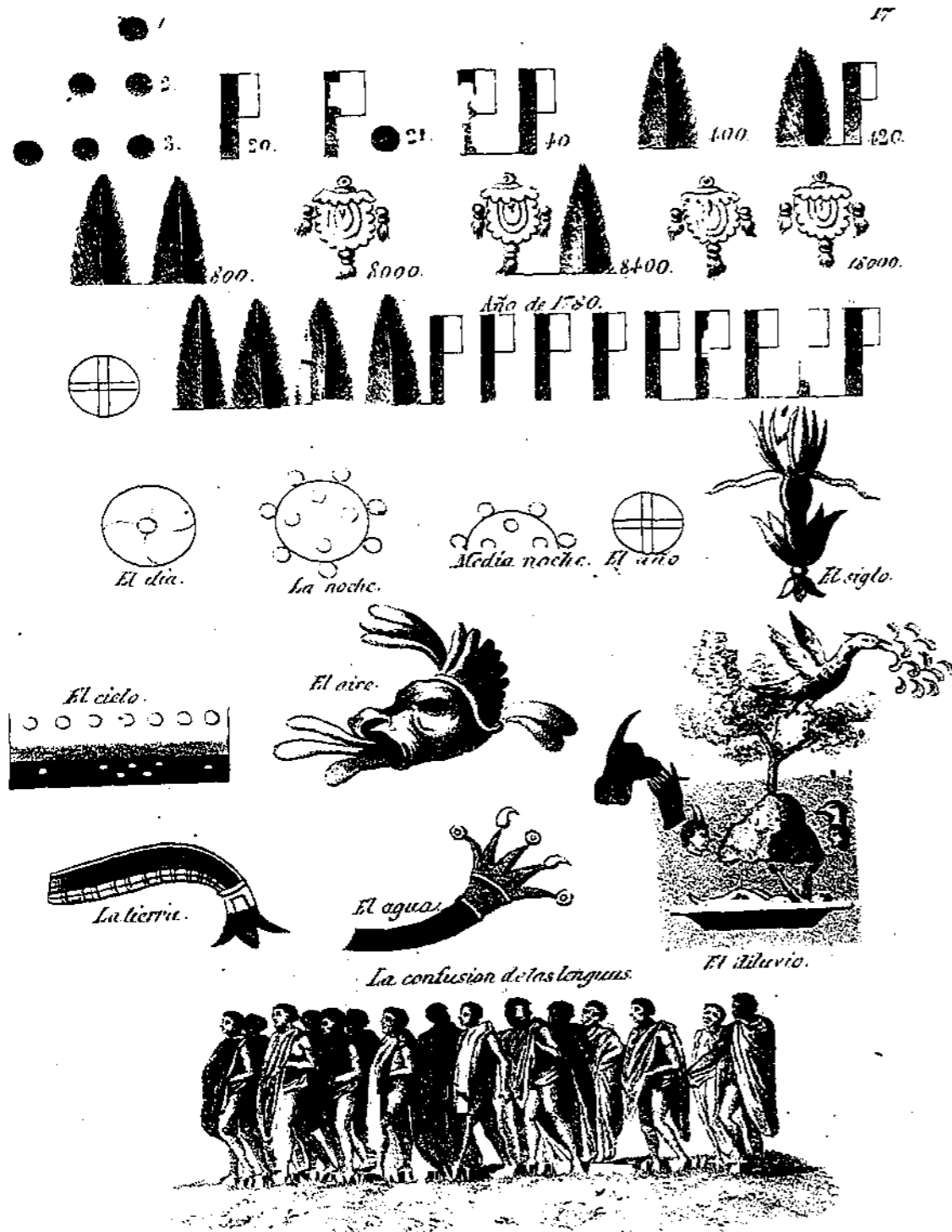
Servíanse, no solo de las simples imágenes de los objetos, como han dicho algunos escritores, sino de geroglíficos y caracteres. Representaban las cosas materiales con sus propias figuras; aunque para ahorrar tiempo, trabajo, colores y papel, se contentaban con una parte del objeto, que bastaba para darlo á conocer á los inteligentes; pues así como nosotros no podemos entender lo escrito sin

(1) El *tzauhtli* es una planta bastante comun en aquel pais. Tiene las hojas largas, el tallo derecho y nudoso, las flores de un amarillo vivo, la raiz blanca y fibrosa. Para sacar el jugo, la hacian pedazos, y la secaban al sol.

(2) Creyendo yo hacer un gran servicio á los pintores italianos, cultivé con sumo esmero tres plantas de chia, de semilla que me habian enviado de México. Prosperaron, y tuve el gusto de verlas cargadas de flores en setiembre de 1777; pero vinieron temprano los yelos aquel año, y se perdieron las plantas.



FIGURAS DE CIUDADES.



CARACTERES NUMÉRICOS Y FIGURAS SIMBÓLICAS.

aprender ántes á leer, así aquellos americanos debían instruírse ántes en el modo de figurar los objetos, para comprender el sentido de las pinturas, con que suplían el lenguaje escrito. Para los objetos que carecen de forma material, ó cuya imitación sería muy difícil, se valían de ciertos caracteres, no ya verbales, esto es, destinados á formar palabras, como nuestras letras, sino reales, ó significaciones inmediatas de las cosas, como los caracteres algebraicos y astronómicos. A fin de que mis lectores puedan formar idea de este sistema, les presento en una estampa los caracteres numerales de los Mexicanos, y las imágenes que usaban para indicar el tiempo, el cielo, la tierra, el agua y el aire.

Con respecto á los caracteres numerales, debe observarse, que ponían tantos puntos, cuantas eran las unidades hasta veinte. Este número tiene su carácter ó figura especial. Doblaban este signo hasta veinte veces veinte, esto es, cuatrocientos.

El signo de cuatrocientos se repetía hasta veinte veces, ú ocho mil, y este se repetía también. Con estos cuatro caracteres y los puntos, espresaban todas las cantidades, á lo ménos, hasta veinte veces ocho mil, ó ciento sesenta mil. Es de creer, aunque no lo sabemos, que tuviesen otro signo para este número.

Para representar una persona determinada, pintaban un hombre ó una cabeza humana, y sobre ella una figura que espresaba la significación de su nombre, como se ve en el catálogo de los reyes mexicanos. Para espresar una ciudad ó villa, pintaban otra figura significativa del sentido de su nombre. Para formar sus anales ó historia, pintaban en la orla de la tela ó del papel, las figuras de los años, en otros tantos cuadros, y junto á cada uno de ellos los sucesos correspondientes á aquel año; y si por ser muchos los años cuya historia referían, no podían caber todos en la misma tela, continuaban en otra. Por lo que respecta al orden de representar los años y los sucesos, el pintor podía empezar por el ángulo que

se le autojase; pero con esta regla observada constantemente en cuantas pinturas he visto: esto es, que si empezaba por el ángulo superior á mano derecha, continuaba hácia la izquierda: si empezaba, como era mas comun, por el ángulo superior de la izquierda, seguía perpendicular hácia abajo: si pintaba el primer año en el ángulo inferior á mano izquierda, continuaba hácia la derecha, y si en el ángulo inferior de la derecha, seguía perpendicularmente hácia arriba; de modo que en la parte superior de la tela, no pintaban nunca de izquierda á derecha, ni en la inferior de derecha á izquierda, ni subían por la izquierda, ni bajaban por el lado opuesto. Sabido este método, es fácil conocer á primera vista donde empezaba la serie de los años en una pintura histórica.

No puedo negarse que este modo de representar las cosas, era imperfecto, embrollado y equívoco; mas no por esto deja de ser digno de alabanza el conato de aquellos pueblos en perpetuar la memoria de sus nacimientos, y su industria en suplir, aunque imperfectamente, la falta de letras, á cuyo descubrimiento hubieran llegado quizás, atendidos los progresos de su civilización, si no hubiera sido de tan breve duración su imperio, ó á lo ménos, habrían abreviado considerablemente, y facilitado su escritura, con la multiplicación de caracteres.

Sus pinturas no deben considerarse como una historia ordenada y completa, sino como monumentos ó apoyos de la tradición. No se puede elogiar dignamente el cuidado que tenían los padres y maestros en instruir á sus hijos y discípulos en la historia nacional. Les hacían aprender las arengas y discursos que no podían espresar con el pincel; ponían en verso los sucesos de sus antepasados, y les enseñaban á cantarlos. Esta tradición aclaraba las dudas, y evitaba las equivocaciones que podrían ocasionar las pinturas; y ayudada al mismo tiempo con estos monumentos, eternizaba la memoria de sus héroes, los ejemplos de virtud, su mitología, sus ritos, sus leyes y sus costumbres.

Ni solamente se servian aquellos pueblos de la tradicion, de las pinturas y de los cánticos, para conservar la memoria de los sucesos; sino tambien de hilos de diversos colores, y diferentemente anudados, llamados *zuiyu* por los peruanos, y por los Mexicanos *nepohualtzitzin*. Este extraño modo de representar las cosas, tan usado en el Perú, no parece que haya sido adoptado en los países de Anáhuac, sino en los siglos mas remotos, pues no se encuentran vestigios de aquellos remotos monumentos. Boturini dice que despues de la mas diligente investigacion, apénas pudo hallar uno en un pueblo de Tlaxcala; pero los hilos estaban gastados, y casi consumidos por el tiempo. Si los pobladores de la América Meridional pasaron á Anáhuac, como algunos opinan, pudieron haber dejado allí aquel arte, que poco á poco fué abandonado, por la pintura que introdujeron los Toltecas, ó quizás otra nacion mas antigua.

Despues que aprendieron de los españoles el uso de las letras, muchos hábiles Mexicanos, Texcocanos y Tlaxcaltecas, escribieron sus historias, parte en español, y parte en elegante estilo mexicano, cuyos escritos se conservan aun en algunas bibliotecas de México, como ya he dicho.

ESCU LTURA.

Mas felices que en la pintura fueron los Mexicanos en la escultura, en la fundicion y en el mosaico; y mejor espresaban en la piedra, en la madera, en el oro, en la plata y con las plumas, las imágenes de sus héroes, ó las obras de la naturaleza, que en el lienzo ó en el papel: bien fuese porque la mayor dificultad de aquellos trabajos escitaba mas su aplicacion y su diligencia, ó porque el sumo aprecio que de ellos hacian los pueblos, despertaba su ingenio, y aguijoneaba su industria.

La escultura fué una de las artes conocidas y practicadas por los antiguos Toltecas. Hasta el tiempo de los españoles se conservaron algunas estatuas de piedra, trabajadas por los artistas de aquella nacion, como

el ídolo de Tlaloc, colocado en el monte del mismo nombre, que tanto reverenciaban los Chichimecas y los Acolhuas, y las estatuas gigantescas erigidas en los dos célebres templos de Teotihuacan. Los Mexicanos tenian ya escultores cuando salieron de su patria Aztlan; pues sabemos que en aquella época hicieron el ídolo de Huitzilopochtli, que llevaron consigo en su larga peregrinacion.

Sus estatuas eran por lo comun de piedra ó de madera. Trabajaban la primera sin hierro ni acero, ni otro instrumento que uno de piedra dura. Toda su incomparable paciencia y constancia se necesitaba para superar tantas dificultades, y sufrir la lentitud de aquella clase de trabajos; pero lo conseguian en despecho de la imperfeccion de los medios que empleaban. Sabian espresar en sus estatuas todas las actitudes y posturas de que es enpaz el cuerpo humano, observando exactamente las proporciones, y haciendo, cuando era preciso, las labores mas menudas y delicadas. No solo hacian estatuas enteras, sino que esculpian en la piedra figuras de bajo relieve, como los retratos de Motenczoma II y de un hijo suyo, que se veian en una piedra del monte Chapultepec, citados y celebrados por el P. Acosta. Formaban tambien estatuas de barro y madera, sirviéndose para estas de un utensilio de cobre. El número increíble de sus estatuas se puede inferir por el de los ídolos, de que ya hablé en el libro precedente. Aun en esto tenemos que deplorar el celo del primer obispo de México, y de los primeros predicadores del Evangelio; pues por no dejar á los neófitos ningun incentivo de idolatría, nos privaron de muchos preciosos monumentos de la escultura de los Mexicanos. Los cimientos de la primera iglesia que se construyó en México, se componian de fragmentos de ídolos; y tantas fueron las estatuas que se destrozaron con aquel objeto, que habiendo abundado tanto en aquel país, apénas se hallan algunas pocas en el día, aun despues de la mas laboriosa investigacion. La conducta de aquellos buenos religiosos fué sumante loa-

ble, ora se considere el motivo, ora los efectos que produjo: mejor hubiera sido, sin embargo, preservar las estatuas inocentes, de la ruina total de los simulacros gentílicos, y aun poner en reserva algunas de estas, en sitios en que no hubieran podido servir de tropiezo á la conciencia de los recién convertidos.

FUNDICION.

Los Mexicanos tenian en mas precio los trabajos de fundicion, que todas las otras obras de escultura, tanto por el mayor valor de la materia, cuanto por la escelencia del trabajo mismo. No serian verosímiles las maravillas que hacian en aquel arte, si ademas del testimonio de los que las vieron, no se hubieran enviado como curiosidades á muchas partes de Europa. Los trabajos de oro y plata enviados de regalo á Carlos V por Cortés, llenaron de admiracion á los artifices europeos, los cuales, como aseguran muchos escritores de aquel tiempo (1), declararon que eran realmente inimitables. Hacian los fundidores mexicanos, con plata y oro, las imágenes mas perfectas de los objetos naturales. Fundian de una vez un pez, que tenia las escamas alternativamente de plata y oro; un papagayo, con la cabeza, la lengua y las alas movibles; un mono con la cabeza y con los piés movibles, y con un huso en la mano en actitud de hilar. Engarzaban las piedras preciosas en oro y plata, y hacian joyas curiosísimas y de gran valor. Finalmente, tan preciosas eran aquellas alhajas, que aun los mismos soldados españoles, á pesar de la sed de oro que los devoraba, preferian en ellas el trabajo á la materia. Esta arte maravillosa, ejercitada ya por los Toltecas, que atribuian su invencion ó su perfeccion al dios Quetzalcoatl, se ha perdido enteramente por el envilecimiento de los indios, y por descuido de los españoles. No sé que queden restos de

[1] Véase particularmente lo que de estos trabajos dice el historiador Gomara, el cual los tuvo en sus manos, y oyó lo que de ellos opinaban los plateros sevillanos.

aquellas preciosas labores: á lo ménos mas fácil será hallarlas en algun gabinete de Europa, que en toda la Nueva-España. La curiosidad cedió á la codicia, y la belleza de la ejecucion fué sacrificada al valor de la materia.

Tambien se servian del martillo para la elaboracion de los metales; pero no sobresalian en esta clase de obras como en las fundidas, ni podian compararse con las de los artifices de Europa, por no tener otro instrumento que la piedra. Con todo, se sabe que trabajaban bien el cobre, y que los españoles elogiaron sus escudos y sus picas. Los fundidores y los plateros de México formaban un cuerpo respetable. Tributaban un culto particular á Xipe, su dios protector, y en su honor hacian una gran fiesta el segundo mes, con sacrificios inhumanos.

MOSAICO.

Pero nada tenian en tan alta estima los Mexicanos como los trabajos de mosaico, que hacian con las plumas mas delicadas y hermosas de los pájaros. Para nada criaban muchas especies de las aves bellísimas que abundan en aquellas regiones, no solo en los palacios de los reyes, donde mantenian, como ya hemos dicho, toda clase de animales, sino tambien en las casas de los particulares, y en cierto tiempo del año les quitaban las plumas, para servirse de ellas con aquel fin, ó para venderlas en el mercado. Preferian las de aquellos maravillosos pajarillos, que ellos llaman *huitzitzilin*, y les españoles *picaflores*, tanto por su sutileza, como por la finura y variedad de colores. En estos y otros lindos animales, les habia suministrado la naturaleza cuantos colores puede emplear el arte, y otros que él no puede imitar. Reuníanse para cada obra de mosaico muchos artifices, y despues de haber hecho el dibujo, tomado las medidas y las proporciones, cada uno se encargaba de una parte de la obra, y se esmeraba en ella con tanta aplicacion y paciencia, que solia estarse un día entero para colocar una pluma, poniendo sucesivamente mu-

chas, y observando cual de ellas se acomodaba mejor á su intento. Terminada la parte que á cada uno tocaba, se reunían todos para juntarlas, y formar el cuadro entero. Si se hallaba alguna imperfección, se volvía á trabajar hasta hacerla desaparecer. Tomaban las plumas con cierta sustancia blanda para no maltratarlas, y las pegaban á la tela con *tzahulli*, ó con otra sustancia glutinosa: despues unían todas las partes sobre una tabla, ó sobre una lámina de cobre, y las pulían suavemente hasta dejar la superficie tan igual y tan lisa, que parecía hecha á pincel.

Tales eran las representaciones ó imágenes que tanto celebraron los españoles y otras naciones de Europa, sin saber si en ellas era mas admirable la viveza del colorido, ó la destreza del artífice, ó la ingeniosa disposición del arte. "Obras, dice el P. Acosta, justamente encomiadas: siendo cosa maravillosa, cómo podían hacerse con plumas de pájaros, dibujos tan finos y delicados, que parecían hechos con pincel; bien que ni el pincel ni la pintura artificial pueden imitar la viveza y el esplendor que en ellos se veía. Algunos indios, sobresalientes en este arte, imitan con tanta exactitud, por medio de las plumas, las obras del pincel, que no ceden á los mejores pintores de España. Al príncipe de España, D. Felipe, regaló su maestro tres pequeñísimas imágenes, para que le sirvieran de registro en su Diurno: su alteza las enseñó al rey D. Felipe II de este nombre, su padre; y habiéndolas considerado su magestad, dijo que jamas había visto en tan pequeñas figuras, trabajo mas excelente. Habiéndose tambien presentado al papa Sisto V otro cuadro mayor de San Francisco, y díchole que era obra hecha de plumas por los indios, quiso Su Santidad tocarlo, para asegurarse que no era pintura, pareciéndole cosa maravillosa que estuviese tan bien ajustada y lisa, que los ojos no sabían distinguir si los colores eran artificialmente dados con el pincel, ó naturales de las plumas con que estaba construida. La union que hace el verde con

el naranjado ó dorado, y otros varios colores, es hermosísima, y mirada la imagen á otra luz, los mismos colores parecen amortiguados." Los Mexicanos gustaban tanto de estas obras de pluma, que las estimaban en mas que el oro. Cortés, Bernal Díaz, Gomara, Torquemada y todos los otros historiadores que las vieron, no hallan expresiones con que encomiar bastantemente sus perfecciones (1). Poco tiempo ha vivía en Pátzcuaro, capital del reino de Michuacan, donde mas que en ninguna otra parte floreció el arte de que vamos hablando, el último artífice de mosaico que quedaba, y con él habrá acabado, ó estará para acabar un ramo tan precioso, aunque hace dos siglos no se cultiva con la perfección que supieron darle los antiguos. Consérvanse hasta ahora algunos restos en los muscos de Europa, y muchos en México; pero pocos, segun orea, del siglo XVI, y ninguno, que yo sepa, anterior á la conquista. Tambien hacían un mosaico de conchillas, que hasta nuestros dias se ha conservado en Guatemala.

A imitación de aquellos eminentes artistas, había otros que con diversas flores y hojas formaban para las fiestas hermosos dibujos, sobre esteras de diferentes clases. Despues de la propagación del Evangelio, los hacían para adornos de los templos cristianos, y eran muy estimadas de la nobleza española, por la singular belleza de su artificio. En la actualidad hay muchas personas en aquel reino, que se emplean en imitar los mosaicos de pluma del modo que he dicho; pero sus obras no pueden compararse de ningun modo á las de los antiguos.

[1] Juan Lorenzo de Anagnia, docto italiano del siglo XV, hablando en su *Cosmografía* de estas imágenes de los Mexicanos, dice: "Entre otras me ha causado gran admiración un San Gerónimo con su cracifijo y un leon, que me enseñó la señora Diana Loreda, tan notable por la hermosura y viveza de los colores, y por el arte con que estaban distribuidos, que creo no haber visto cosa semejante, no diré mejor, en los antiguos ni en los mejores pintores modernos."

ARQUITECTURA DOMESTICA.

Un pueblo tan industrioso en los trabajos de curiosidad y lujo, no podía carecer de los que son necesarios á la vida. La arquitectura, que es una de las artes inspiradas por la necesidad desde el principio de las sociedades, fué conocida y practicada por los habitantes del país de Anáhuac, á lo ménos desde la época de los Toltecas. Los Chichimecas, sus sucesores, los Acolhuas, y todas las otras naciones de los reinos de Acolhuacan, de México, de Michuacan, de la república de Tlaxcala, y de las otras provincias, escepto los Otomites, fabricaron casas, y formaron ciudades desde tiempo inmemorial. Cuando los Mexicanos llegaron á aquellos países, los encontraron cubiertos de grandes y bellas poblaciones. Ellos, que antes de salir de su patria, eran ya muy inteligentes en arquitectura, y estaban acostumbrados á la vida social, construyeron durante su larga romería, muchos edificios, en los puntos donde se detenían algunos años. Consérvanse restos de ellos, como ya he dicho, á las orillas del río Gila, en la Pimería, y cerca de la ciudad de Zacatecas. Reducidos despues á la mayor miseria en las orillas del lago texcocano, construyeron humildes cabañas de cañas y fango, hasta que con el comercio de la pesca pudieron adquirir mejores materiales. A medida que crecían su poder y su riqueza, se aumentaban y mejoraban sus edificios: hasta que llegaron los conquistadores, y hallaron mucho que admirar, y no ménos que destruir.

Las casas de los pobres eran de cañas y de ladrillos crudos, ó de piedra y fango, y el techo de un heno largo y grueso, que es muy comun en aquellos campos, particularmente en las tierras calientes; ó de hojas de maguey, puestas unas sobre otras, á guisa de tejas, á las que se parecen además en el grueso y en la figura. Una de las columnas ó apoyos de estos edificios solía ser un árbol de proporcionadas dimensiones, el cual, además del recreo que les proporcionaba su frondosidad, solía ahorrarles algun gasto y

trabajo. Ordinariamente estas casas no tenían mas que un piso, donde estaban el hogar y los muebles, y en que residían la familia y los animales. Si la familia no era tan pobre, había otras dos ó tres piezas, un *ayauhcalli*, ú oratorio, un *temazcalli*, ó baño, y un pequeño granero.

Las casas de los señores y de la gente acomodada, eran de piedra y cal: tenían dos pisos, con sus salas y cámaras bien distribuidas, y sus patios; el techo llano, de buena madera, bien labrado, y con azotea; los muros tan blancos, bruñidos y relucientes, que los primeros españoles que los vieron de lejos, los creyeron de plata; el pavimento de una mezcla igual y lisa.

Muchas de estas estaban coronadas de almenas; tenían torres, y á veces un jardín con estanque, y calles trazadas con simetría. Las casas grandes de la capital tenían por lo comun dos entradas: la principal que daba á la calle, y otra al canal. En ellas no tenían puertas de madera, creyendo sin duda que sus habitaciones no necesitaban de otra custodia que la severidad de las leyes; mas para evitar la vista de los pasajeros, cubrían la entrada con cortinas, y junto á ellas suspendían algunos pedazos de vasija, ú otra cosa capaz de avisar con su ruido á los de casa, cuando alguno alzaba la cortina para entrar. A ninguno era licito entrar sin el beneplácito del dueño. Cuando la necesidad, ó la urbanidad, ó el parentesco, no justificaban la entrada del que llegaba á la puerta, allí se le escuchaba, y prontamente se le despedía.

Supieron los Mexicanos fabricar arcos y bóvedas (1), como consta por las pinturas, y como se ve en sus baños, en las ruinas del pa-

[1] Torquemada dice que cuando los españoles construyeron una bóveda en la primera iglesia de México, los Mexicanos, asombrados, no querían entrar en ella, temerosos de que se desplomase; pero si en realidad tuvieron algun temor, no fué seguramente de la bóveda, de que, como ya hemos dicho, usaban en sus edificios, sino de alguna otra circunstancia que intervino en su construcción, y que probablemente sería nueva para ellos.

lacio real de Texcoco, y en los otros edificios que se preservaron del furor de los conquistadores. También hacían uso de las cornisas y de otros adornos de arquitectura. Gustaban de otros que labraban en la piedra, y en torno de las puertas y ventanas, á manera de lazos, y en algunos edificios había una gran sierpe de piedra, en actitud de morderse la cola, después de haber girado el cuerpo, en torno de todas las ventanas de la casa. Los muros eran derechos y perpendiculares, aunque no sabemos de qué instrumento se servían para su construcción, porque el descuido de los historiadores nos ha privado de datos sobre este y otros puntos curiosos, relativos á sus artes. Algunos creen que los albañiles de aquellos países, cuando alzaban un muro, amontonaban tierra por uno y otro lado, aumentando estos montones. Á medida que el muro se alzaba, de modo que cuando se concluía, se hallaba como enterrado y cubierto por la tierra que se había amontonado; con lo que no necesitaban de andamios. Pero si bien es cierto que este modo de fabricar haya estado en uso entre los Mixtecos y otras naciones de aquellos países, no creo que lo practicasen los Mexicanos, atendida la suma prontitud con que terminaban sus edificios. Sus columnas eran cilíndricas ó cuadradas, pero no sabemos que tuviesen bases ni chapiteles. Ponían particular empeño en tenerlas de una sola pieza, y tal vez las adornaban con figuras de bajo relieve. Los cimientos de las casas grandes de la capital, se echaban, por causa de la poca solidez de aquel terreno, sobre un plano de gruesas estacas de cedro, clavadas en tierra, como después han seguido haciendo los españoles. El techo de estas casas era de cedro, de abeto, de ciprés, de pino ó de oyametl; las columnas, de piedra ordinaria, y en los palacios, de mármol y aun de alabastro, que algunos españoles creyeron jaspe. Antes del reinado de Ahuizotl, los muros eran de piedra común; pero habiéndose descubierto en su tiempo las canteras de *tetzontli*, á orillas del lago mexicano, se adoptó esta como la mas

idónea para los edificios de la capital, porque es dura, ligera y porosa, como una esponja, y la cal se une á ella fortísimamente. Por esta razón, y por su color, que es un rojo oscuro, se prefiere aun en la época presente. Los empedrados de los patios y de los templos eran por lo común de piedra de Tenayocan; pero había otros hechos con pedazos de mármol y de otras piedras finas.

Por lo demás, aunque los Mexicanos no hayan tenido un gusto arquitectónico, comparable al de los europeos, no es ménos cierto que los españoles quedaron tan sorprendidos y admirados al ver los palacios reales de México, que Cortés, en sus Cartas á Carlos V, no hallando expresiones con que encajearlos, le decía: "Tenia (*Moteuczoma*) dentro de la capital, casas tan grandes y maravillosas, que no puedo dar á entender de otro modo su excelencia y grandeza, sino es diciendo que no las hay iguales en España." Las mismas expresiones usa Cortés en otros lugares de sus Cartas, el conquistador anónimo en su apreciable relación, y Bernal Diaz en su sincerísima historia. Los tres eran testigos oculares.

ACUEDUCTOS Y CAMINOS SOBRE EL LAGO.
RUINAS.

Construyeron también los Mexicanos, para comodidad de las poblaciones, muchos y buenos acueductos. Los que conducían el agua á la capital desde Chapultepec, que distaba dos millas, eran dos, hechos de piedra y mezcla, de cinco piés de alto, y de dos pasos de anchura, construidos sobre un camino abierto á propósito, por los cuales llegaba el agua hasta la entrada de la ciudad, y de allí se distribuía por conductos menores en muchas fuentes, y particularmente en las de los palacios reales. Aunque los acueductos eran dos, el agua solo pasaba por uno á la vez, y entre tanto componían el otro, para que el agua estuviese siempre limpia. Aun se ve en Tezcutcainco, antiguo sitio de recreo de los reyes de Texcoco, el acueducto por donde pasaba el agua á los jardines reales.

El mencionado camino de Chapultepec, como los otros construidos sobre el lago, y de que he hablado anteriormente, son monumentos innegables de la industria de los Mexicanos; pero mas luce en el suelo mismo de su capital, pues si en otras partes los arquitectos no tienen mas que hacer que echar los fundamentos y alzar el edificio, allí fué necesario formar el terreno en que se había de edificar, uniendo con terraplenes muchas islas separadas. Además de esta gran tarea, tuvieron la de construir diques y murallones en varios puntos de la ciudad, para mayor seguridad de la población. Pero si en estas empresas se descubre la industria de los Mexicanos, en otras brilla su magnificencia. Entre los monumentos de la antigua arquitectura, que aun quedan en el imperio mexicano, son muy célebres los edificios de Mictlan en la Mixteca, en los que hay cosas maravillosas, y entre otras una gran sala cuyo techo está sostenido sobre varias columnas cilíndricas de piedra, de ochenta piés de altura, y cerca de veinte de circunferencia, cada una de una pieza.

Pero ni esta ni ninguna otra de las ruinas que se conservan de la antigüedad mexicana, pueden compararse con el famoso acueducto de Cempoallan. Esta gran obra, digna de rivalizar con las mayores de Europa, fué construida á mitad del siglo XVI. Dirigióla, sin saber siquiera los principios de la arquitectura, el misionero franciscano Francisco Tembleque, y ejecutáronla con suma perfección, los Cempoaltecas. Movidó á piedad aquel insigne religioso por la escasez de agua que padecían sus neófitos, pues la que habían recogido en pozos había sido consumida por los ganados de los españoles, se propuso sosorrer á toda costa la necesidad de aquellos pueblos. El agua estaba demasiado léjos, y el terreno por el cual debía pasar, era desigual y montuoso; pero todos los obstáculos cedieron al celo activo del misionero, á la industria y fatiga de los indios. Hicieron, pues, un acueducto de piedra y cal, de treinta y dos millas de

largo, por causa de las vueltas que tuvo que dar en los montes (1). La mayor dificultad consistió en tres grandes barrancos ú hondonadas que se hallaban en el camino. Superóse, sin embargo, por medio de tres puentes: el primero de cuarenta y siete arcos; el segundo de trece, y el tercero, que es el mayor y el mas admirable, de sesenta y siete. El arco mayor, que es el de en medio, situado en la mayor profundidad, tiene ciento diez piés geométricos de alto, y sesenta y uno de ancho; así que, podría pasar por debajo un gran navío. Los otros sesenta y seis arcos, situados á una y otra parte de aquel, van disminuyendo por los dos lados, hasta llegar al borde del barranco, y poner el acueducto al nivel del terreno. Este gran puente tiene de largo tres mil ciento setenta y ocho piés geométricos. Cinco años se emplearon en su construcción, y diez y siete en la de todo el acueducto. No me parece importuna en mi Historia la descripción de esta soberbia fábrica; porque si bien fué emprendida por un español después de la conquista, fué ejecutada por Cempoaltecas que sobrevivieron á la ruina de su imperio.

El ignorante autor de las *Indagaciones Filosóficas* [*des Recherches Philosophiques*] niega á los Mexicanos el conocimiento y el uso de la cal; pero consta por el testimonio de todos los historiadores de México, por la matrícula de los tributos, y sobre todo, por los edificios antiguos que aun existen, que todas aquellas naciones hacían de la cal el mismo uso que los europeos. El vulgo de aquellos países cree que los Mexicanos mezclaban huevos con la cal para darle mas tenacidad; mas este es un error, ocasionado por el color amarillento de las paredes antiguas. Consta igualmente por el dicho

[1] Torquemada dice que el largo del acueducto era de 160,416 piés de *marca*; "que son, añade, mas de quince leguas;" pero si habla, como parece, de piés geométricos, son solamente 32 millas y 83 piés, ó poco mas de 11 leguas. Si hablase de piés toledanos, sería algo ménos; pues este es el geométrico como 1240 á 1417.

de los primeros historiadores, que tambien se servian de ladrillos cocidos, y que se vendian, como otras muchas cosas, en el mercado.

PICAPEDREROS, JOYISTAS Y ALFAHAREROS.

Los picapedreros, que cortaban y trabajaban la piedra para los edificios, no se servian de picas de hierro, sino de unos instrumentos de piedra muy dura; sin embargo, hacian relieves y adornos. Pero mas que estos trabajos, ejecutados sin el uso del hierro, causan asombro las piedras de estupendo tamaño y peso que se hallaron en la capital, trasportadas de muy lejos, y colocadas en lugares altos, sin el auxilio de los recursos que ha inventado la mecánica. Además de la piedra comun, trabajaban el mármol, el jaspe, el alabastro, el itztlí y otras piedras finas. Del itztlí hacian espejos guarnecidos de oro, y aquellas excelentes navajas que empleaban en sus espadas, y de las que se servian tambien sus barberos. Hacíanlas con tal prontitud, que en una hora fabricaban ciento. El método de que se valian se halla descrito en las obras de Hernandez, Torquemada y Betancourt.

Los joyistas mexicanos, no solo tenían conocimiento de las piedras preciosas, sino que sabian pulirlas, labrarlas y cortarlas, dándoles cuantas figuras querian. Los historiadores aseguran que estos trabajos se hacian con una especie de arena; pero lo cierto es que no era posible hacerlos sin algun instrumento de piedra, ó del cobre duro que hay en aquellos países. Las piedras preciosas que mas usaban los Mexicanos eran las esmeraldas, las amatistas, las cornelinas, las turquesas, y otras desconocidas en Europa. Las esmeraldas eran tan comunes, que no habia señor que no poseyese un gran número de ellas; y ninguno se enterraba, sin tener una colgada al labio, para que le sirviese de corazon, segun ellos decian. Fueron infinitas las que se enviaron á la corte de España, en los primeros años despues de la conquista. Cuando Cortés volvió por primera vez á España, trajo consigo, entre otras joyas inestimables, cinco esmeraldas,

que segun asegura Gomara, que vivia á la sazón, fueron apreciadas en cien mil ducados, y por una de ellas querian darle cuarenta mil ciertos mercaderes genoveses, para venderla al gran señor (1); y además dos vasos de esmeralda, apreciados, segun Mariana, en trescientos mil ducados, y que el mismo Cortés perdió en el naufragio que hizo en la desgraciada expedición de Carlos V contra Argel. En el día no se trabajan aquellas piedras, ni aun se sabe de donde las sacaban los antiguos; pero subsisten enormes pedazos de esmeralda, como un ara que hay en la catedral de la Puebla de los Angeles, y otra en la iglesia parroquial de Quechula, (si no es la misma que aquella) que tenían sujeta con cadenas de hierro, como dice Betancourt, para mas seguridad.

Los alfahareros hacian con barro, no solo toda especie de vajilla necesaria para los usos domésticos, sino otros trabajos de pura curiosidad, que pintaban de varios colores; pero no consta que conociesen el vidrio. Los mas famosos alfahareros eran los de Cholula, cuyas obras eran muy apreciadas por los españoles. En el día son famosos los de Cuauhtitlan.

CARPINTEROS, TEJEDORES &C.

Los carpinteros trabajaban muy bien toda clase de madera, con sus instrumentos de cobre, de los cuales aun se ven algunos.

Las fábricas de toda especie de tela eran

(1) Una de las esmeraldas de Cortés tenía la forma de una rosa; otra la de una corneta; otra la de un pez con los ojos de oro; otra era una campanilla, con una perla fina en lugar de badajo, y en la orla esta inscripción en letras de oro: *Benedita quien te crió.* La mas preciosa, por la cual querian dar los genoveses los 40,000 ducados, era una copa con el pie de oro, y cuatro cadenillas del mismo metal, que se unian en una perla á guisa de boton. La orla era un anillo de oro, con esta inscripción: *Inter natos mulierum non surrexit major.* Estas cinco piedras, trabajadas por los Mexicanos de orden de Cortés, fueron regaladas por él á su segunda muger, la noble Señora Doña Juana Ramirez de Arellano y Zuñiga, hija del conde de Aguilar: "Joyas, dice Gomara que las vió, superiores á cuantas tenían las señoras españolas."

muy comunes en todos aquellos países, y esta era una de las artes mas propagadas en ellos. Carecian de lana, de seda comun y de cáñamo; pero suplían la lana con algodón; la seda, con pluma, con pelo de conejo y de liebre, y el cáñamo con ixcoctí ó palma silvestre, y con diferentes especies de maguey. Del algodón hacian telas gruesas, y otras tan finas y delicadas como la holandesa. Estas últimas fueron, con razon, apreciadas por los españoles. Pocos años despues de la conquista se llevó á Roma un traje sacerdotal de los Mexicanos, que, segun afirma Boturini, causó general admiración en aquella corte, por su finura y escelencia. Tejian estas telas con figuras de diversos colores, que representaban flores y animales. Con plumas tejidas en el mismo algodón hacian capas, colchas, tapetes, cotas, y otras piezas no ménos suaves al tacto que hermosas á la vista. He visto algunos hermosos mantos de esta especie, que hasta ahora conservan varios señores del país, y los usan en las fiestas extraordinarias, como en la coronación del rey de España. Tambien tejian con algodón el pelo mas sutil del vientre de los conejos y de las liebres, despues de teñido é hilado, resultando una tela blandísima con que los señores se vestian en invierno. De las hojas de dos especies de maguey, llamadas *pati* y *quetzalichli*, sacaban un hilo delgado, para hacer telas equivalentes á las de lino: de las de otras especies de la misma planta, y de la palma silvestre, otro hilo mas grueso, semejante al cáñamo. El modo que tenían de preparar estos materiales, era el mismo que los europeos emplean para sus dos hilazas favoritas: maceraban las hojas en agua, las limpiaban, las ponian al sol, y separaban el hilo, hasta ponerlo en estado de poder hilarlo.

De las mismas hojas de palma silvestre, y de las de otra especie, llamada *izhuatl*, hacian finísimas esteras de varios colores. En otras empleaban el janco que nace abundantemente en aquel lago.

Del hilo de maguey se servian tambien para cuerdas, zapatos y otros utensilios.

Curtian bastante bien las pieles de los cuadrúpedos y de las aves, dejándoles unas veces el pelo y la pluma, ó quitándoselos, segun el uso que de ellas querian hacer.

Finalmente, para dar alguna idea del gusto de los Mexicanos en las artes, me parece oportuno transcribir la lista de los primeros regalos que envió Cortés á Carlos V, á los pocos días de su llegada al territorio de México (1).

LISTA DE LAS CURIOSIDADES ENVIADAS POR CORTÉS A CARLOS V.

Dos ruedas de diez palmos de diámetro: una de oro con la imágen del sol, y otra de plata con la de la luna; formadas una y otra de hojas de aquellos metales, con muchas figuras de animales, y otras de bajo relieve, trabajadas con singular artificio. La primera seria probablemente la figura del siglo, y la segunda la del año, segun lo que dice Gomara, aunque no lo asegura.

Un collar de oro, compuesto de siete piezas, con ciento ochenta y tres pequeñas esmeraldas engarzadas, y doscientas treinta y dos piedras semejantes al rubí. Pendian de ella veintisiete campanillas de oro, y algunas perlas.

Otro collar de oro de cuatro piezas, con ciento y dos piedras como rubíes, ciento setenta y dos esmeraldas, diez hermosas perlas engarzadas, y veintiseis campanillas de oro. "Estos dos collares, dice Gomara, eran dignos de verse, y tenían otras preciosidades además de las referidas."

Un morrion de madera cubierto de oro, guarnecido de piedras, con veinticinco campanillas de oro que de él pendian; y en lugar de penacho, un pájaro verde con los ojos, los piés y el pico de oro.

Una celada de oro cubierta de pedrería, de la que pendian algunas campanillas.

Un brazaletes de oro muy fino. Una vara

(1) Esta lista es copiada de la Historia de Gomara, que vivia á la sazón en España, omitiendo algunos objetos poco importantes, y apartándome del orden seguido por aquel autor.

á guisa de cetro, con dos anillos de oro en las dos estremidades, guarnecidos de perlas.

Cuatro tridentes adornados con plumas de varios colores, con las puntas de perlas, atadas con hilo de oro.

Muchos zapatos de piel de ciervo, cocidos con hilo de oro, y con las suelas de piedra itztlí, blanca y azul, y muy sutiles. Gomara no dice espresamente que la piedra fuese itztlí; pero se infiere de su descripción. Es probable que estos zapatos no se hacian sino por curiosidad, aunque tambien puede ser que los usasen los señores cuando iban en litera, como solian hacerlo.

Una rodela de madera y cuero, con campanillas pendientes al rededor, y en medio una lámina de oro, en que se veia esculpida la imágen del dios de la guerra, entre cuatro cabezas de leon, de tigre, de águila y de buho, representadas al vivo, con sus pieles y sus plumas.

Muchas pieles curtidas de cuadrúpedos y aves, con su pluma y pelo.

Veinticuatro rodelas, bellas y curiosas, de oro, de plumas y de perlas menudas, y otras cinco solo de plumas y plata.

Cuatro peces, dos patos y otros pájaros de oro fundidos.

Dos lagartos de oro, y un gran cocodrilo revestido de hilo del mismo metal.

Un espejo grande guarnecido de oro, y muchos pequeños. Muchas mitras y coronas de plumas y oro, adornadas de piedras y perlas.

Muchos penachos, grandes y hermosos, de plumas de varios colores, con adornos de oro y de piedras pequeñas.

Muchos abanicos de oro y plumas, ó de plumas solas de diversas hechuras; pero todos hermosísimos.

Una capa grande de algodón y de plumas de varios colores, con una rueda negra en medio, con sus rayos.

Muchas capas de algodón, enteramente blancas; ó blancas y negras, de cuadros; ó rojas, verdes, amarillas y azules, peludas por fuera, como felpa, y por dentro lisas y sin color.

Muchas camisolas, jubones, pañuelos, colchas, cortinas y tapetes de algodón.

Todos estos objetos eran, segun dice Gomara, mas preciosos por su artificio, que por su materia. "Los colores del algodón, añade, eran bellísimos, y los de las plumas eran naturales. En cuanto á los renglones de fundición, nuestros artífices no podian comprender cómo habian sido ejecutados." Este regalo, que era parte del que hizo Moteczoma á Cortés, pocos dias despues de haber desembarcado este en Chalehiuhcucan, fué enviado por el conquistador á Carlos V, en julio de 1519, y este fué el primer oro y la primera plata que el Nuevo-Mundo envió al antiguo: pequeño ensayo de los inmensos tesoros que debia enviar en el porvenir.

CONOCIMIENTO DE LA NATURALEZA; MEDICINA.

De todas las artes practicadas por los Mexicanos, la medicina fué la que ménos llamó la atención de los historiadores españoles, aunque pertenece esencialmente al conocimiento de aquellos pueblos. Los escritores de que hemos hablado, se contentan con decir que los médicos mexicanos tenían un gran conocimiento de las yerbas, y que con ellas hacian curas maravillosas; pero sin especificar los progresos que hicieron en una ciencia tan provechosa al género humano. Sin embargo, no puede dudarse que las mismas necesidades que obligaron á los griegos á formar una colección de experimentos y observaciones sobre la naturaleza de las enfermedades, y sobre la virtud de los medicamentos, condujeron igualmente á los Mexicanos al estudio de estas dos partes esencialísimas de la medicina.

No sabemos que se valiesen de sus pinturas, como los griegos de sus escritos, para comunicar sus luces á la posteridad. Los profesores de medicina instruian á sus hijos en el carácter, y en las variedades de las dolencias á que está sometido el cuerpo humano, y en el conocimiento de las yerbas que la Divina Providencia ha criado para su

remedio, cuyas virtudes habian sido experimentadas por sus mayores. Enseñábanles el modo de distinguir los diferentes grados de la misma enfermedad, de preparar las medicinas, y de aplicarlas. De todo esto nos ha dejado pruebas convincentes el Dr. Hernandez, en su Historia Natural de México (1). Aquel docto y laborioso escritor tuvo siempre por guía á los médicos mexicanos en el estudio de la naturaleza, que hizo en aquel vasto imperio. Ellos le dieron á conocer mil y doscientas plantas con sus propios nombres mexicanos, doscientas y mas especies de pájaros, y un gran número de cuadrúpedos, de reptiles, de peces, de insectos y de minerales. De esta apreciableísima, aunque imperfecta Historia, podria formarse un cuerpo de medicina práctica para aquel reino, como la formaron en efecto el Dr. Farfan en su libro de *Curaciones*, el admirable anacoreta Gregorio Lopez y otros célebres médicos; y si desde entónces en adelante no se hubiera descuidado el estudio de la naturaleza, ni hubiera sido tan grande

la prevención en favor de todas las cosas ultramarinas, se hubieran ahorrado los habitantes de México una gran parte de las sumas que han gastado en drogas de Europa y Asia, y hubieran sacado mucha ventaja de los productos de su país.

A los médicos mexicanos debe la Europa el tabaco, el bálsamo americano, la goma copal, el liquidámbar, la zarzaparrilla, la treamaca, los piñones purgantes, y otros simples que han sido y son de gran uso en la medicina; pero hay infinitos de que carece la Europa por la ignorancia y el descuido de los traficantes.

Ademas de los purgantes que hemos nombrado, y otros, hacian grandísimo uso del Michoacan, tan conocido en Europa (1); del *Ixticpalli*, tan celebrado por el Dr. Hernandez, y del *Amamaxtla*, conocido vulgarmente con el nombre de *Ruibarbo de los frailes*.

Tenian muchos eméticos, como el *Macochil* y el *Neixcollapalli*; diuréticos, como el *Agiapalli* y el *Agitlacotl*, que tambien celebra Hernandez; antidotos, como la famosa *contrayerba*, llamada por su figura *Coanepilli* (lengua de sierpe), y por sus efectos *Coapalli*, esto es, remedio contra las serpientes; estornutatorios, como el *Zozoyatic*, planta tan eficaz, que bastaba acercar la raíz á la nariz para escitar el estornudo; febrífugos, como el *Chatalhuic* para las fiebres intermitentes, y para las comunes, el *Chiantzulli*, el *Ixtacxalli*, el *Huehuetzontecomatl*, y sobre todo el *Ixticpalli*. Para preservarse del mal que solian contraer cuando jugaban demasiado al balon, solian comer la corteza del *Apitzalpatli*, macerada en agua. Seria infinita la enumeracion que podria hacer de las plantas, resinas, minerales y otras medicinas,

(1) El Dr. Hernandez, siendo médico de Felipe II, y muy famoso por las obras que publicó sobre la Historia Natural de Plinio, fué enviado por aquel monarca á México para examinar las producciones naturales de aquel país. Empleóse en aquella tarea, con otros doctos naturalistas, y por espacio de muchos años, valiéndose de las luces de los médicos mexicanos. Su obra, digna de los 60,000 ducados que en ella se gastaron, constaba de 24 libros de historia, y 11 tomos de excelentes pinturas de plantas y animales; pero creyéndola el rey demasiado voluminosa, mandó compendiarla á un médico napolitano, Nardo Antonio Recchi. Este compendio se publicó en lengua española en México por el dominicano Francisco Jimenez, en 1615, y despues en Roma en latin por los académicos Linceos, en 1651, con notas y disertaciones eruditísimas, pero demasiado largas y fastidiosas. Los manuscritos de Hernandez se enviaron á la biblioteca del Escorial, y de ellos tomó el P. Nieremberg una gran parte de lo que escribió sobre la historia natural, como él mismo confiesa. El P. Claudio Clemente, jesuita francez, hablando sobre los manuscritos de Hernandez, dice así: "Qui omnes libri et commentarii, si pro ut affecti sunt, ita forent perfecti, et absoluti, Philippus Secundus, et Franciscus Hernandus, haud quaquam Alexandro et Aristoteli hac in parte concederent."

(1) La célebre raíz de Michoacan se llama en lengua tarasca *Tucuahe*, y en mexicano *Tlalantlacuitalpilli*. Dióla á conocer un médico del rey de Michoacan á los primeros religiosos que fueron á predicar el Evangelio á aquellos países, curándolos de las dolencias que padecian. De los religiosos se comunicó la noticia á los españoles, y de estos á toda la Europa.

tanto simples como compuestas, de que se servian como remedios en todas las especies de enfermedades que conocian. Quien desee tener noticias mas individuales sobre este asunto, podrá consultar la mencionada obra del Dr. Hernandez, y los dos tratados publicados por el Dr. Monardes, médico sevillano, sobre las drogas medicinales que se suelen traer de América.

ACEITES, UNGUENTOS, INFUSIONES &C.

Servíanse los médicos mexicanos de infusiones, decocciones, emplastos, unguentos y aceites, y todas estas cosas se vendian en el mercado, como refieren Cortés y Bernal Diaz, testigos oculares. Sus aceites mas comunes eran los de hule ó resina elástica; de *tlapall*, árbol semejante á la higuera; de *chile* ó pimienta; de *chia*, y de *ocotl*, que era una especie de pino. Este último se sacaba por destilacion, y los otros por decoccion. El de chia servia mas á los pintores que á los médicos.

Del *huitziloxitl* sacaban, como ya he dicho, las dos clases de bálsamo, de que hace mencion Plinio y otros naturalistas antiguos: á saber, el opobálsamo, que era el destilado del árbol, y el gilobálsamo, sacado por decoccion de las ramas. De la corteza del *huacoxetl*, macerada por espacio de cuatro dias continuos en agua, formaban otro líquido semejante al bálsamo. De la planta llamada por los españoles *Maripenda* (nombre tomado, segun parece, de la lengua tarasca) sacaban igualmente un licor semejante al bálsamo, tanto en su buen olor, cuanto en sus maravillosos efectos, cojiendo en agua los tallos tiernos con el fruto de la planta, hasta espesarse aquella como mosto. De este modo formaban otros aceites y licores preciosos, como el del líquidámbar y el de abeto.

SANGRIAS Y BAÑOS.

Era comunísimo entre los Mexicanos y otros pueblos de Anáhuac, el uso de la sangría, que sus médicos ejecutaban con destreza y seguridad, sirviéndose de lancetas

de itztlí. La gente del campo se sacaba sangre, como lo hacen todavía, con puntas de maguey, sin valerse de otra persona, y sin suspender el trabajo en que se emplean. En lugar de sanguijuelas se servian de los dardos del puerco espin americano, que tienen un agujero en la punta.

Entre los medios que empleaban para conservar la salud, era bastante comun el baño, que muchos usaban diariamente en el agua natural de los ríos, de los lagos, de los canales y de los estanques. La experiencia ha hecho conocer á los españoles las ventajas de estos baños, y sobre todo en los países calientes.

TEMAZCALLIS Ó HIPOCAUSTOS.

Poco ménos frecuentes eran entre los Mexicanos y otros pueblos de Anáhuac los baños de *temazcalli*, que siendo una de las singularidades mas notables de aquellos países, no ha sido descrita por ningun autor español, en cuyas obras se suelen hallar grandes pormenores de objetos mucho ménos importantes; de modo que si este uso no se hubiera conservado hasta nuestros dias, hubiera perecido enteramente su memoria.

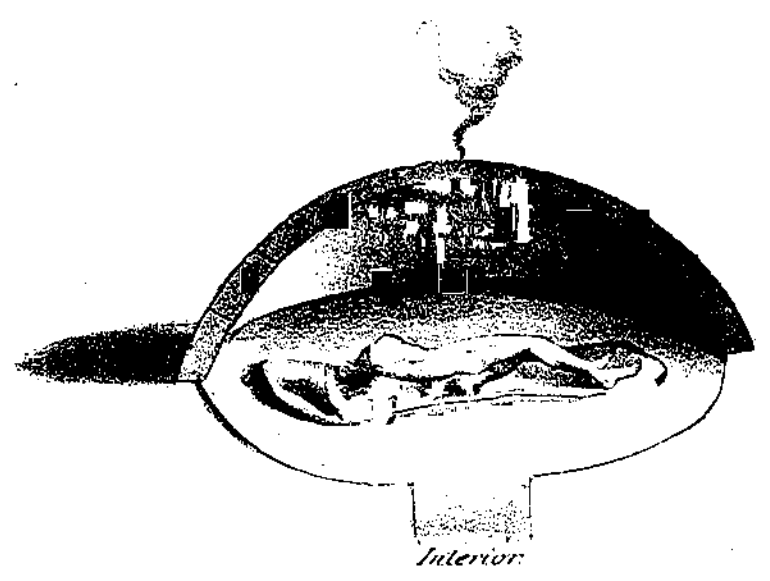
El *temazcalli*, ó hipocausto mexicano, se fabrica por lo comun de ladrillos crudos. Su forma es muy semejante á la de los hornos de pan; pero con la diferencia que el pavimento del *temazcalli* es algo convexo, y mas bajo que la superficie del suelo, en lugar que el de nuestros hornos es llano y elevado, para mayor comodidad del panadero. Su mayor diámetro es de cerca de ocho piés, y su mayor elevacion de seis. Su entrada, semejante tambien á la boca de un horno, tiene la altura suficiente para que un hombre entre de rodillas. En la parte opuesta á la entrada, hay un hornillo de piedra ó de ladrillos, con la boca hácia la parte exterior, y con un agujero en la superior, para dar salida al humo. La parte en que el hornillo se une al hipocausto, la cual tiene dos piés y medio en cuadro, está cerrada con piedra seca de *tetzontli*, ó con otra no ménos porosa que ella. En la parte superior de la



Visto por delante.



Visto por detras.



Interior.

TEMAZCALLI Ó HIPOCAUSTO MEXICANO.

bóveda hay otro agujero como el de la hornilla. Tal es la estructura comun del temazcalli, como se ve en la adjunta estampa; pero hay otros que no tienen bóveda ni hornilla, y que se reducen á unas pequeñas piezas cuadrilongas, bien cubiertas, y defendidas del aire.

Lo primero que se hace ántes de bañarse, es poner dentro del temazcalli una estera, en lugar de la cual los españoles ponen un colchon para mas comodidad; un jarro de agua, y unas yerbas ú hojas de maiz. Despues se hace fuego en el hornillo, y se conserva encendido hasta que estén hechas ascua las piedras de que he hecho mencion. El que quiere bañarse entra ordinariamente desnudo, y solo, ó acompañado de un sirviente, si su enfermedad lo exige, ó si así lo acomoda. Inmediatamente cierra la entrada, dejando un poco abierto el agujero superior, á fin de que salga el humo que puede introducirse del hornillo, y cuando ha salido todo, lo cierra tambien. Entónces empieza á echar agua en la piedra encendida, de la que se alza un denso vapor, que va á ocupar la parte superior del temazcalli. Echase en seguida en la estera, y si tiene consigo un sirviente, este atrae hácia abajo el vapor con las yerbas, ó con el maiz, y con las mismas, mojadas en el agua del jarro, que ya está tibia, golpea al enfermo en todo el cuerpo, y sobre todo en la parte dolorida. Inmediatamente se presenta un sudor copioso y suave, que se aumenta ó disminuye segun conviene. Conseguida la deseada evacuacion, se deja salir el vapor, se abre la puertecilla, y se viste el enfermo; ó si no, bien cubierto, lo llevan sobre la estera, ó sobre el colchon, á una pieza inmediata, pues siempre hay alguna habitacion en las cercanías del baño.

Siempre se ha hecho uso del temazcalli en muchas enfermedades, especialmente en las calenturas ocasionadas por alguna constipacion. Usanlo comunmente las indias despues del parto, y los que han sido heridos ó picados por algun animal venenoso.

Es ademas un remedio eficaz para los que necesitan evacuar humores gruesos y tena-

ces, y yo no dudo que sería utilísimo en Italia, donde se parecen tan frecuentes y graves reumatismos. Cuando se necesita un sudor mas copioso, se coloca el enfermo algo mas cerca del techo, donde es mas espeso el vapor. Es tan comun, aun en el dia, el temazcalli, que no hay poblacion de indios donde no se vean muchos baños de esta especie.

CIRUGIA.

En cuanto á la cirugía de los Mexicanos, los mismos conquistadores españoles aseguran, por su propia experiencia, la prontitud y la felicidad con que curaban las heridas (1). Ademas del bálsamo y de la Maripenda, les aplicaban el tabaco y otros vegetales. Para las úlceras se servian del *nana-huapalli*, del *zacatlepilli* y del *itxcuinpalli*; para los accesos y otros tumores, del *tlalamatl*, y del electuario de *chilpalli*, y para las fracturas de huesos, del *nacazol* ó *tolocatzin*. Despues de haber secado y pulverizado las semillas de estas plantas, las mezclaban con cierta resina, y aplicaban la composicion á la parte adolorida, cubriéndola con plumas, y poniendo encima unas tablillas para unir el hueso roto.

Los médicos eran por lo comun los que preparaban y aplicaban los remedios; mas para hacer mas misteriosa la cura, la acompañaban con ceremonias supersticiosas, con invocaciones á sus dioses, y con imprecaciones contra las dolencias. Veneraban, como protectora de la medicina, á la diosa *Tzapollatenan*, creyéndola inventora de muchos remedios, y entre ellos del aceite que sacaban por destilacion del *ocotl*.

ALIMENTOS DE LOS MEXICANOS.

Es extraño que los Mexicanos, y especialmente los pobres, no estuviesen espuestos á muchas enfermedades, atendida la igualdad de sus alimentos. En este ramo tuvieron

(1) El mismo Cortés fué perfectamente curado por los médicos tlaxcaltecas de una grave herida que recibió en la cabeza en la famosa batalla de Otumba, ó Olumba.



algunas singularidades notables; porque habiendo estado tantos años, despues de la fundacion de la ciudad, reducidos á vivir miserablemente en las islas del lago, la necesidad los obligó á sostenerse con todo lo que encontraban en las aguas. En aquellos tiempos calamitosos aprendieron á comer, no solo las raices de las plantas acuáticas, sino las culiebras, el *azololl*, el *atetepiz*, el *atopinan*; otros animalillos é insectos; las hormigas, las moscas y los huevos de estas. De las moscas llamadas *axayacatl*, cogian tan gran cantidad, que tenian para comer, para cebar muchas especies de pájaros, y para vender en el mercado. Amasábanlas, y con la pasta hacian unos panes que ponian á cocer en agua con nitro, en hojas de maiz. Esta comida no desagradó á los historiadores españoles que la probaron. De los huevos que estas moscas ponen en gran abundancia, sobre los juncos del lago, formaban aquella especie de cabial, llamada *ahuacuhlli*, de que ya he hecho mencion.

Hacian tambien uso de una sustancia fangosa, que nada en las aguas del lago, secándola al sol, y conservándola para comerla, á guisa de queso, al que se parecia mucho en el sabor. Dábale el nombre de *tecuillatl*, ó sea escremento de piedra. Acostumbrados á estos viles alimentos, no los abandonaron despues en los tiempos de su mayor prosperidad; de modo que sus mercados estaban siempre llenos de innumerables clases de insectos crudos, fritos y asados, que se vendian especialmente á los pobres. Sin embargo, cuando con el tráfico del pescado empezaron á proporcionarse mejores comestibles, y á cultivar con su industria los huertos flotantes, mejoraron el sistema de sus comidas, y nada dejaban que desear sus banquetes, ni por la abundancia, ni por la variedad, ni por el buen gusto de los manjares, como lo testifican los conquistadores (1).

Entre ellos merece el primer lugar el maiz,

[1] Véase sobre este asunto la primera Carta de Cortés, la Historia de Bernal Díaz, y la relacion del conquistador anónimo.

que llaman *tlaoilli*, grano que la Providencia concedió á aquella parte del mundo, en lugar del trigo de Europa, del arroz del Asia, y del mijo del Africa, aunque con algunas ventajas sobre todos ellos; pues ademas de ser sano, gustoso y mas nutritivo, su multiplicacion es mas copiosa, se presta á los climas calientes y á los frios, no exige tanto cultivo, ni es tan delicado como el trigo, ni necesita como el arroz de un terreno húmedo y dañoso á la salud de los labradores. Tenian muchas especies de maiz, diferentes en tamaño, en color y en calidad. Con él hacian pan, enteramente diverso del de Europa, no ménos en el sabor y en la figura, que en el modo que tenian de hacerlo, y que aun conservan hasta ahora. Cuecen el grano en agua con un poco de cal: cuando empieza á ponerse blando, lo aprietan entre las manos, para quitarle la piel: despues lo muelen en el *metlatl* (1), toman un poco de la masa, y estendiéndola entre ambas manos, forman el pan, que cuecen últimamente en el *comalli*. Estos panes son ovalados y delgados: su diámetro es de cerca de ocho dedos, y su grueso poco mas de una línea; pero los hacen nms pequeños y ménos gruesos, y en tiempos antiguos los hacian tan sutiles, para la gente principal, como un papel fuerte. Solian poner en el maiz algun otro ingrediente para que el pan fuese mas gustoso ó mas saludable. El pan de los nobles y ricos era por lo comun de maiz rojo, amasado con la hermosísima flor *coatzontecoxochill*, ó con otras plantas medicinales, para escitar calor en el estómago. Tal es el pan que han usado siempre los Mexicanos y los otros pueblos de aquellos vastos países, hasta nuestros dias, prefiriéndolo al mejor de trigo. Muchos españoles han adoptado su uso; pero es necesario confesar que aunque el pan de maiz sea muy sano, sustancioso y de buen gusto, cuando está recién hecho, tiene un sabor desagradable cuando se enfria. En todos aque-

[1] Los españoles llaman al *metlatl*, metate; al *comalli*, comal; y al *atolli*, atole.



MODO DE HACER EL PAN DE MAIZ

Los pueblos ha sido siempre atribucion propia de las mugeres, hacer el pan, y preparar toda clase de manjares. Ellas lo hacian para sus familias, y para venderlo en el mercado.

Hacian tambien con maiz otras muchas clases de comidas y bebidas, añadiéndoles algunos ingredientes, y adoptando diversas preparaciones. El *atolli* es una especie de polcadas, que se hace con la masa del maiz bien molido, cocida, desleida en agua y colada. Ponen al fuego el liquido, despues de esta última operacion, y lo cuecen hasta darle la consistencia necesaria. Es insipido al paladar de los españoles; pero lo usan en sus enfermedades, endulzándolo con azúcar, en lugar de miel que los indios emplean. Para estos es manjar tan grato, que no pueden vivir sin él. En todos tiempos les ha servido de almuerzo, y les da bastante fuerza para sobrellevar los trabajos del campo, y las demas fatigas en que se emplean. El Dr. Hernandez distingue hasta diez y siete especies de atolli, todas diferentes, tanto por los condimentos, cuanto por el modo de prepararlo.

Despues del maiz, los granos de que mas uso hacian, eran el cacao, la chia y las judías. Con el cacao formaban varias bebidas comunes, y entre ellas las que llamaban *chocolatl*. Molian igual cantidad de cacao y de semilla de *pochotl*: ponian todo junto en una vasija, con una cantidad proporcionada de agua; allí lo meneaban y agitaban con el instrumento de madera llamado *molinillo* en español: hecho esto, ponian aparte la porcion mas oleosa que quedaba encima. En la parte restante mezclaban un puñado de pasta de maiz cocido, y lo ponian al fuego, hasta darle cierto punto; y despues de apartado le añadian la parte oleosa, y esperaban á que se entibiase para tomarlo. Tal es el origen del famoso chocolate, que, con el nombre y con los instrumentos para su elaboracion, han adoptado todas las naciones cultas de Europa, aunque alterando el nombre y los ingredientes, segun el idioma y el gusto de cada cual. Los Mexicanos so-

lian perfumar su chocolate y las otras bebidas de cacao, ó para realzar su sabor, ó para hacerlas mas saludables, con *tiltzoehill* ó vainilla, con flor de *xochinacastli* (1), ó con el fruto del *mecaxoehill* (2), y las dulcificaban con miel, como nosotros hacemos con azúcar.

Con el grano de la chia hacian una bebida muy fresca, usadísima aun en aquellos países; y mezclada con el maiz, otra, llamada *chianzotzolatolli*, que era de excelente sabor, y que apreciaban mucho los antiguos, particularmente en tiempo de guerra. La provision ordinaria de un soldado en campaña se reducía á un saquillo de maiz y chia. Cuando necesitaba alimento, cocía en agua la cantidad que le parecia oportuna de aquellos dos ingredientes, y con esta bebida, deliciosa y nutritiva, como la llama el Dr. Hernandez, toleraba los ardores del sol, y las fatigas de la guerra.

No hacian tanto consumo de carne como los europeos: sin embargo, en los grandes banquetes, y diariamente en las mesas de los ricos, se servía la de muchas especies de animales, como ciervos, conejos, javalíes (mexicanos), tusas y techichis, que se cebaban como los puercos en Europa, y otros varios cuadrúpedos, peces y aves. De estas, las mas comunes eran los pavos y las codornices.

Las frutas de que mas gustaban, eran el mamey, el *tlitzapotl*, el *cochitzapotl*, el *chiczapotl*, la piña, la chirimoya, el alhuacatl, la anona, la pitahaya, el capolin ó cereza mexicana, y diversas especies de higos de nopal,

(1) El *xochinacastli* es un árbol que tiene las hojas largas y estrechas, y de un verde oscuro. La flor consta de seis pétalos, color de púrpura en su interior, verdes por de fuera, y suavemente olorosos. De su figura, semejante á una oreja, proviene el nombre mexicano, y el de *orejuela* que le dan los españoles. El fruto es anguloso, color de sangre, y viene dentro de una vaina de seis pulgadas de largo, y de un dedo de grueso. Es árbol propio de los países calientes. La flor era muy apreciada por los Mexicanos, y nunca faltaba en sus mercados.

(2) El *mecaxoehill* es una pequeña planta, cuyas hojas son grandes y gruesas. El fruto se parece á la pimienta.



ó tunas, con las cuales suplían la falta de las peras, de las manzanas y de los melocotones.

En medio de tan gran abundancia de víveres, los Mexicanos carecían de leche y grasa; pues ni tenían vacas, ni ovejas, ni cabras, ni puercos. No sabemos que comiesen otra especie de huevos que los de pavo ó iguana. La carne de este último animal era antiguamente, y es en la actualidad, una de sus comidas favoritas.

El condimento de sus manjares, además de la sal, era el pimientó ó chilo, y el tomate, los cuales son también comunísimos entre los españoles que habitan aquellos países.

VINO.

Usaban muchas especies de vino ó bebidas equivalentes, sacadas de la palma, de la caña del maíz y del mismo grano: de esta última, llamada *chicha*, hacen mención casi todos los historiadores de América, por ser la mas general en el Nuevo-Mundo. El vino mas comun y el mejor de los Mexicanos, es el de maguay, que ellos llaman *octli*, y los españoles *pulque* (1). Hácese del modo siguiente: cuando el maguay llega á cierto tamaño y madurez, le cortan el tallo, ó por mejor decir, las hojas tiernas de que sale el tallo, que están en el centro de la planta, y dejan allí una cavidad proporcionada. Raspan despues la superficie interior de las hojas gruesas que circundan aquella cavidad, y de ella sacan un jugo dulce, en tanta cantidad, que una sola planta suele dar en seis meses mas de seiscientas libras, y en todo el tiempo de la cosecha mas de dos mil.

Sacan el jugo de la cavidad con una caña, ó mas bien con una calabaza larga y estrecha, y despues lo ponen en una vasija hasta que fermenta, lo cual sucede ántes de las veinticuatro horas. Para facilitar la fermentacion, y dar mas fuerza á la bebida, le

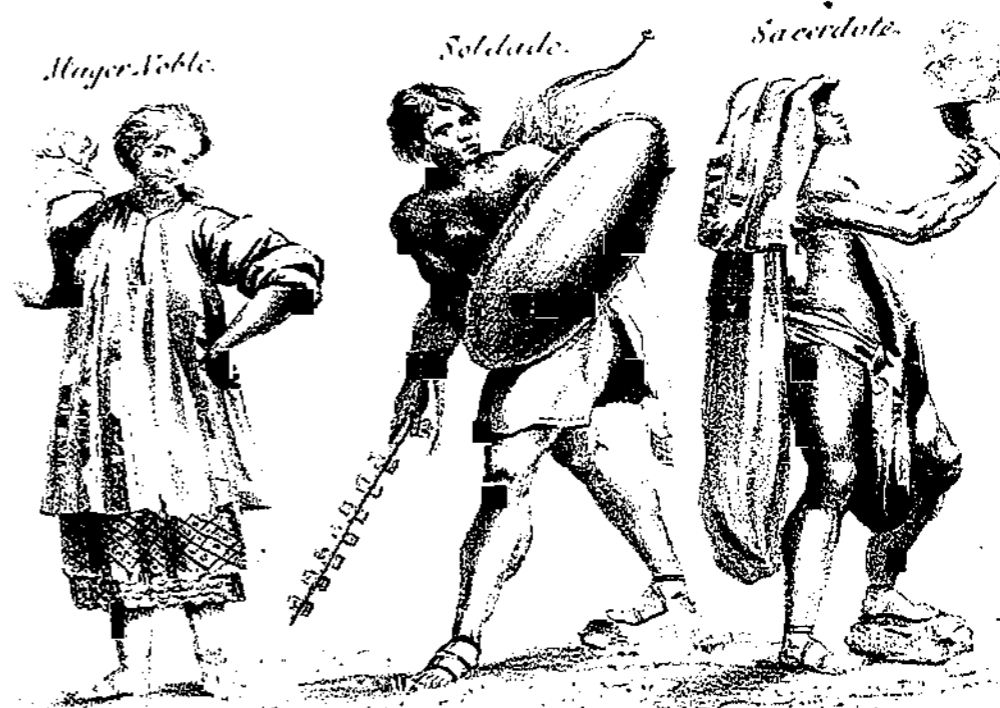
[1] *Pulque* no es palabra española ni mexicana, sino tomada de la lengua araucana que se habla en Chile: en la cual, *pulque* es el nombre general de las bebidas que los indios usan para embriagarse; pero es difícil adivinar cómo pasó este nombre á México.

ponen una yerba que llaman *ocpatli*, ó remedio del vino. El color del pulque es blanco; el sabor algun tanto áspero, y la fuerza bastante para embriagar, aunque no tanto como el vino de uva. Es bebida sana, y apreciable por muchas razones; pues es escelente diurético, y remedio eficaz para la diarrea. Es increíble el consumo que se hace de pulque en aquellos países, y muy considerable la ventaja que produce á los españoles. El impuesto sobre el consumo solo de la capital, asciende anualmente á cerca de trescientos mil pesos, pagando un real mexicano por cada veinticinco libras castellanas. La cantidad de pulque que se consumió allí en 1774, subió á dos millones, doscientas catorce mil, doscientas noventa y cuatro arrobas y media, sin contar el que se introduce por contrabando, y el que despachan en la plaza mayor los indios privilegiados.

TRAGE.

No eran los Mexicanos tan singulares en el traje como en la comida: su ropa ordinaria era muy sencilla, reduciéndose en los hombres al *maxtlatl* y al *tilmatl*, y en las mugeres al *cueitl* y al *hueipilli*. El *maxtlatl* era una cintura larga, ó faja, con las estremidades pendientes por delante y por detras. El *tilmatl* era una capa cuadrada, de cerca de cuatro piés de largo, cuyas estremidades ataban sobre el pecho, ó sobre un hombro, como se ve en la estampa adjunta. El *cueitl* eran las naguas comunes de que se servian las mugeres: se reducía á una pieza también cuadrada, con que se envolvian desde la cintura hasta media pierna. El *hueipilli* era una camisa de muger sin mangas.

La ropa de la gente pobre era de hilo de maguay, ó de palma silvestre, ó de tela gruesa de algodón: la de los ricos de escelente tela de esta última clase, teñida de varios colores, y con adornos de figuras de flores ó de animales; é entretejida con hermosas plumas, ó con pelo fino de conejo, y guarnecida con figurillas de oro, y con vistosos flecos, especialmente en la faja. Los hombres solian llevaridos ó tres capas, y las mu-



TRAGES MEXICANOS.

geres otras tantas camisas y naguas, dejando debajo las mas largas, para que se viese parte de ellas. La ropa de invierno de los señores era siempre de algodón con plumas ó pelo de conejo. Las señoras llevaban, ademas del hucipilli, un ropón semejante al alba de los eclesiásticos, pero con las mangas mas anchas.

El calzado consistia en una suela de cuero ó de tejido fuerte de maguey, atada con cordones, de modo que solo cubria las plantas de los piés. Los reyes y los señores adornaban los cordones con hermosas trenzas de oro y piedras preciosas.

ADORNOS.

Todos los Mexicanos dejaban crecer el cabello, y tenian á deshonra el cortarlo, excepto las doncellas que se consagraban al servicio del templo. Las mugeres llevaban la cabellera suelta, y los hombres atada de diversos modos, y adornada con hermosos penachos, especialmente en los bailes y en la guerra.

Es difícil hallar una nacion que reuniese tanta sencillez en el traje, á tanta vanidad y lujo en los adornos del cuerpo. Ademas de las plumas y joyas de que cubrian la ropa, usaban pendientes en las orejas, en el labio inferior, y muchos en la nariz; collares, ajorcas, pulseras, y argollas, á guisa de collares, en las piernas. Los pendientes de la gente pobre eran de conchas, de cristal, de ámbar ó de alguna piedrecilla reluciente; los de los ricos, de perlas, esmeraldas, amatistas, y otras piedras preciosas engarzadas en oro.

MUEBLES Y OCUPACIONES DOMESTICAS.

Los muebles no correspondian á tanta vanidad. La cama se reducía á una ó dos esteras fuertes de junco, á las cuales los ricos añadian otras finas de palma, y sábanas de algodón, y los señores, unas telas tejidas con plumas. La almohada de los pobres era una piedra ó un pedazo de madera: los ricos la usarian quizás de algodón. La gente comun no se cubria en la cama sino con el mismo tilmatl ó capa; pero los ricos

y nobles se servian de colchas de algodón y pluma.

Para comer, en lugar de mesa, estendian en el suelo una estera. Tenian servilletas, platos, fuentes, ollas, orzas, y otra vajilla de barró fino; mas no parece que conociesen el uso de la cuchara ni del tenedor. Sus asientos eran unos banquillos bajos de madera, de junco, de palma, ó de una especie de caña, que llamaban *icpalli*, y los españoles equipales. En ninguna casa faltaban el *metlatl* ni el *comalli*. El *metlatl* era la piedra en que molian el maíz y el cacao, como se representa en la estampa que figura el modo de hacer el pan. Todavía es usadísimo aquel instrumento en todo el territorio mexicano, y en la mayor parte de los países de América. Lo han adoptado tambien los europeos para hacer el chocolate. El *comalli* era, y es todavía, una especie de tortera redonda, y algun tanto cóncava, que tiene un dedo de grueso, y cerca de quince pulgadas de diámetro. Se usa tanto como el *metlatl*.

Los vasos de los Mexicanos eran de ciertas frutas semejantes á las calabazas, que nacen en los países cálidos, en árboles de mediano tamaño. Los unos son grandes y perfectamente redondos, y se llaman *xicalli* (1); los otros, mas pequeños y cilíndricos, á los que dan el nombre de *tecomatl*. Ambos frutos son sólidos y pesados: la corteza es dura, leñosa, de un color verde oscuro, y la semilla parecida á la de la calabaza. El *xicalli* tiene cerca de ocho pulgadas de diámetro; el *tecomatl* poco ménos de largo, y cerca de cuatro dedos de grueso. Cada

(1) Los españoles de México llamaron *jicara* al *xicalli*: los de Europa adoptaron aquel nombre para significar la taza en que toman el chocolate, y tal es el origen de la voz italiana *chichera*. Mr. de Bornare hace mencion del árbol del *xicalli*, con el nombre de *calabassier d'Amérique*, y dice que en México se conoce con el de *Choyno, cuyete ó higuero*; pero no es verdad. El nombre de *libuero* era el que daban á aquel árbol los indios de la isla Española: usáronlo los conquistadores españoles, y no se ha vuelto á usar en aquellos países. Los otros nombres son enteramente desconocidos.



fruto, dividido por medio, da dos vasos iguales: le sacan la parte interior, y con una tierra mineral le dan un barniz permanente, de buen olor, y de varios hermosos colores, especialmente rojo. Hoy suelen platearlos y dorarlos.

No usaban los Mexicanos ni candeleros, ni velas de cera ó sebo; ni aceite para luces. Aunque tenían muchas especies de aceite, solo los empleaban en la medicina, en la pintura y en los barnices; y aunque extraían gran cantidad de cera de los panales, ó no quisieron, ó no supieron aprovecharse de ella para el alumbrado. En los países marítimos solían servirse para esto de los *cucuyos*, ó escarabajos luminosos; pero el alumbrado común se hacía con teas ó rajas de *ocotl*, que aunque daban buena luz y buen olor, exhalaban demasiado humo, y con él ennegrecían las habitaciones. Uno de los usos europeos que más apreciaron los Mexicanos después de la conquista, fué el de las velas; pero lo cierto es que aquellas gentes no necesitaban de medios exteriores de alumbrarse, pues consagraban al reposo todas las horas de la noche, después de haber dado al trabajo todas las del día. Los hombres trabajaban en sus artes y oficios, y las mugeres en coser, hilar, bordar, hacer el pan, preparar la comida y limpiar la casa. Todos hacían oración diaria á sus dioses, y quemaban copal en su honor; por lo cual, en todas las casas había ídolos é incensarios

El modo que tenían los Mexicanos y las demás naciones de Anáhuac de hacer fuego, era el mismo que empleaban los antiguos pastores de Europa (1), esto es, la violenta frotación de dos leños secos. Los Mexicanos en estos casos usaban del achio-

(1) *Calide morus, laurus, hedera, et omnes ex quibus ignaria fiunt. Exploratorum hoc usus in castris pastorumque reperit; quoniam ad excutiendum ignem, non semper lapidis est occasio. Territur ergo lignum ligno, ignemque concipit attritu, excipiente materia aridi fomitis, fungi, vel foliorum facillime conceptum.—Plin. Hist. Nat. lib. XVI, cap. 40.*

te, que es el *Roucou* de los franceses. Baturini asegura que sabían hacer uso del pedernal.

Tomaban por la mañana, después de algunas horas de trabajo, el almuerzo ordinario, que se reducía al *atolli* ó poleadas de harina de maíz. Comían después de medio día; pero ningún historiador de los muchos que he consultado, hace mención de su cena. Eran pocos en comer; pero bebían mucho y con frecuencia. Sus bebidas comunes eran vino de maguey, ó de maíz, ó de chía, ó las que hacían con cacao, ó agua natural.

Después de comer, los señores solían conciliar el sueño con el humo del tabaco (1). De esta planta hacían gran uso. Empleábanla en emplastos, ó para fumar, ó en polvo por la nariz. Para fumar ponían en un tubo de caña ó de otra materia más fina, la hoja, con resina de liquidámbar, ó con otras yerbas olorosas. Recibían el humo, apretando el tubo con la boca, y tapándose la nariz con la mano, á fin de que pasase más prontamente al pulmón. ¿Quién hubiera creído que el uso del tabaco, que inventó la necesidad de aquellas naciones flemáticas, llegaría á ser un vicio ó moda general de casi todos los pueblos del mundo; y que una planta tan humilde, de la que escribieron tan desventajosamente los autores, se convertiría en un manantial de riqueza para los pueblos de Europa? Pero lo más extraño es, que siendo tan común actualmente el uso de tabaco en las mismas naciones que lo censuraron al principio, sea tan raro entre sus inventores; pues de los indios de Mé-

(1) *Tabaco* es voz de la lengua haitiana. Los Mexicanos tenían dos especies de tabaco, muy diferentes en el tamaño de la planta y de las hojas, en la figura de la flor, y en el color de la semilla. El más pequeño, que es el común, se llamaba *picicatl*, y el mayor *cuauyetl*. Este llega á la altura de un árbol. Su flor no se divide en cinco pétalos, como la del *picicatl*, sino que tiene seis ó siete ángulos. Estas plantas varían según el clima, no solo en la calidad del tabaco, sino en el tamaño de las hojas y en otros accidentes: por lo que los botánicos han multiplicado sus especies.

xico pocos lo fuman, y ninguno lo toma en polvo.

PLANTAS USADAS EN VEZ DE JABON.

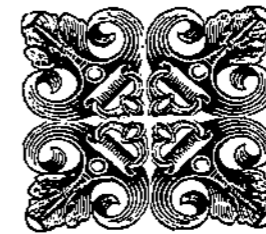
No conocían los Mexicanos el modo de hacer jabon, aunque tenían en abundancia las materias animales de que se saca; pero suplían su falta con una fruta y una raíz. La fruta era la del *copaxocotl*, árbol de mediana altura, que nace en Michuacan, en Yucatan, en la Mixteca y en otras partes (1). La pulpa, que está bajo la corteza, es viscosa y demasiado amarga; pone blanca el agua, forma espuma, y sirve como jabon pa-

(1) El Dr. Hernandez la llama *copaxocotl*, pero nada dice de su virtud. Uctancourt habla de ella con el nombre de árbol de jabon, que es el que le dan los españoles. Mr. Valmont la describe con el nombre de *savonnier*, ó saponaria americana. La raíz se usa como jabon, pero no es tan buena como el fruto.

ra limpiar la ropa. La raíz es la del *amolli*, planta pequeña y comunísima en aquellos países, á la que conviene más justamente el nombre de *saponaria americana*, por su semejanza con la *saponaria* del antiguo continente. Pero el *amolli* no se usa tanto para la ropa, como para el asco del cuerpo (1).

Lo que he dicho hasta aquí acerca del gobierno político y económico de los Mexicanos, es cuanto he hallado digno de crédito y de la luz pública. Tales eran sus costumbres públicas y privadas, su gobierno, sus leyes y sus artes, cuando llegaron al país de Anáhuac los españoles, cuya guerra y sucesos memorables voy á contar en los libros siguientes.

(1) Hay una especie de *amolli*, cuya raíz tiene los cabellos de amarillo. Vi este singular efecto en un hombre de cierta edad, que había enanecido, habiendo sido rubio en su juventud.



ADICIONES

NECESARIAS PARA LA INTELIGENCIA DE LA HISTORIA.

EL SIGLO MEXICANO.

Años.
 I. TOCHTLI.
 II. Acatl.
 III. Tecpatl.
 IV. Calli.
 V. Tochtli.
 VI. Acatl.
 VII. Tecpatl.
 VIII. Calli.
 IX. Tochtli.
 X. Acatl.
 XI. Tecpatl.
 XII. Calli.
 XIII. Tochtli.
 I. ACATL.
 II. Tecpatl.
 III. Calli.
 IV. Tochtli.
 V. Acatl.
 VI. Tecpatl.
 VII. Calli.
 VIII. Tochtli.
 IX. Acatl.
 X. Tecpatl.
 XI. Calli.
 XII. Tochtli.
 XIII. Acatl.

Años.
 I. TECPATL.
 II. Calli.
 III. Tochtli.
 IV. Acatl.
 V. Tecpatl.
 VI. Calli.
 VII. Tochtli.
 VIII. Acatl.
 IX. Tecpatl.
 X. Calli.
 XI. Tochtli.
 XII. Acatl.
 XIII. Tecpatl.
 I. CALLI.
 II. Tochtli.
 III. Acatl.
 IV. Tecpatl.
 V. Calli.
 VI. Tochtli.
 VII. Acatl.
 VIII. Tecpatl.
 IX. Calli.
 X. Tochtli.
 XI. Acatl.
 XII. Tecpatl.
 XIII. Calli.

Los años escritos con letras mayúsculas son aquellos en que empezaban los periodos de trece años, cuatro de los cuales formaban el siglo.

AÑOS MEXICANOS

DESDE LA FUNDACION HASTA LA CONQUISTA DE MEXICO, CON LA CORRESPONDENCIA DE LOS DE NUESTRO CALENDARIO.

Los años escritos con letras mayúsculas son los primeros del periodo; los señalados con una estrella, son los seculares; las llamadas sirven para indicar los sucesos notables, ó el principio del reinado de algun monarca.

Años mexicanos.	Años cristianos.	Años mexicanos.	Años cristianos.
II. Calli.....	a1325	IX. Tochtli.....	1358
III. Tochtli.....	1326	X. Acatl.....	1359
IV. Acatl.....	1327	XI. Tecpatl.....	1360
V. Tecpatl.....	1328	XII. Calli.....	1361
VI. Calli.....	1329	XIII. Tochtli.....	1362
VII. Tochtli.....	1330	I. ACATL.....	1363
VIII. Acatl.....	1331	II. Tecpatl.....	1364
IX. Tecpatl.....	1332	III. Calli.....	1365
X. Calli.....	1333	IV. Tochtli.....	1366
XI. Tochtli.....	1334	V. Acatl.....	1367
XII. Acatl.....	1335	VI. Tecpatl.....	1368
XIII. Tecpatl.....	1336	VII. Calli.....	1369
I. CALLI.....	1337	VIII. Tochtli.....	1370
II. Tochtli.....	b1338	IX. Acatl.....	1371
III. Acatl.....	1339	X. Tecpatl.....	1372
IV. Tecpatl.....	1340	XI. Calli.....	1373
V. Calli.....	1341	XII. Tochtli.....	1374
VI. Tochtli.....	1342	XIII. Acatl.....	1375
VII. Acatl.....	1343	I. TECPATL.....	1376
VIII. Tecpatl.....	1344	II. Calli.....	1377
IX. Calli.....	1345	III. Tochtli.....	1378
X. Tochtli.....	1346	IV. Acatl.....	1379
XI. Acatl.....	1347	V. Tecpatl.....	1380
XII. Tecpatl.....	1348	VI. Calli.....	1381
XIII. Calli.....	1349	VII. Tochtli.....	1382
* I. TOCHTLI.....	1350	VIII. Acatl.....	1383
II. Acatl.....	1351	IX. Tecpatl.....	1384
III. Tecpatl.....	c1352	X. Calli.....	1385
IV. Calli.....	d1353	XI. Tochtli.....	1386
V. Tochtli.....	1354	XII. Acatl.....	1387
VI. Acatl.....	1355	XIII. Tecpatl.....	1388
VII. Tecpatl.....	1356	I. CALLI.....	a1389
VIII. Calli.....	1357	II. Tochtli.....	1390

a Fundacion de México.
 b Division de los Tenoxcos y Tlatelolcos.
 c Acamapichtzin, I rey de México.
 d Cuacuauhpitzahuac, I rey de Tlatelolcu.

a Huitzilhuatl, II rey de México.

Años mexicanos.	Años cristianos.	Años mexicanos.	Años cristianos.
III. Acatl.....	1391	III. Tochtli.....	1430
IV. Teepatl.....	1392	IV. Acatl.....	1431
V. Calli.....	1393	V. Teepatl.....	1432
VI. Tochtli.....	1394	VI. Calli.....	1433
VII. Acatl.....	1395	VII. Tochtli.....	1434
VIII. Teepatl.....	1396	VIII. Acatl.....	1435
IX. Calli.....	1397	IX. Teepatl.....	a1436
X. Tochtli.....	1398	X. Calli.....	1437
XI. Acatl.....	a1399	XI. Tochtli.....	1438
XII. Teepatl.....	1400	XII. Acatl.....	1439
XIII. Calli.....	1401	XIII. Teepatl.....	1440
* I. TOCHTLI.....	1402	I. CALLI.....	b1441
II. Acatl.....	1403	II. Tochtli.....	1442
III. Teepatl.....	1404	III. Acatl.....	1443
IV. Calli.....	1405	IV. Teepatl.....	1444
V. Tochtli.....	b1406	V. Calli.....	1445
VI. Acatl.....	1407	VI. Tochtli.....	c1446
VII. Teepatl.....	1408	VII. Acatl.....	1447
VIII. Calli.....	1409	VIII. Teepatl.....	1448
IX. Tochtli.....	c1410	IX. Calli.....	1449
X. Acatl.....	1411	X. Tochtli.....	1450
XI. Teepatl.....	1412	XI. Acatl.....	1451
XII. Calli.....	d1413	XII. Teepatl.....	1452
XIII. Tochtli.....	1414	XIII. Calli.....	1453
I. ACATL.....	1415	* I. TOCHTLI.....	1454
II. Teepatl.....	1416	II. Acatl.....	1455
III. Calli.....	1417	III. Teepatl.....	1456
IV. Tochtli.....	1418	IV. Calli.....	d1457
V. Acatl.....	1419	V. Tochtli.....	1458
VI. Teepatl.....	1420	VI. Acatl.....	1459
VII. Calli.....	1421	VII. Teepatl.....	1460
VIII. Tochtli.....	e1422	VIII. Calli.....	1461
IX. Acatl.....	f1423	IX. Teepatl.....	1462
X. Teepatl.....	1424	X. Acatl.....	1463
XI. Calli.....	g1425	XI. Teepatl.....	e1464
XII. Tochtli.....	h1426	XII. Calli.....	1465
XIII. Acatl.....	1427	XIII. Tochtli.....	1466
I. TECPATL.....	1428	I. ACATL.....	1467
II. Calli.....	1429	II. Teepatl.....	1468

a Tlacatoatl, rey II de Tlatelolco.
 b Itztlilxochitl, rey de Acolhuacan.
 c Quimalpopoca, III rey de México.
 d Tezozomoc, tirano.
 e Maxtlaton, tirano.
 f Izcoatl, IV rey de México.
 g Conquista de Azcapozalco.
 h Nezahualcoyotl, rey de Acolhuacan, y Totoquihuatzin, rey de Tacuba.

a Motecuzoma Ilhuicamina, V rey de México.
 b Moquihuix, IV rey de Tlatelolco.
 c Inundacion de México.
 d Guerra famosa de Cuclachlan.
 e Axayncatl, VI rey de México.

Años mexicanos.	Años cristianos.	Años mexicanos.	Años cristianos.
III. Calli.....	a1469	IV. Teepatl.....	1496
IV. Tochtli.....	b1470	V. Calli.....	1497
V. Acatl.....	1471	VI. Tochtli.....	a1498
VI. Teepatl.....	1472	VII. Acatl.....	1499
VII. Calli.....	1473	VIII. Teepatl.....	1500
VIII. Tochtli.....	1474	IX. Calli.....	1501
IX. Acatl.....	1475	X. Tochtli.....	b1502
X. Teepatl.....	1476	XI. Acatl.....	1503
XI. Calli.....	c1477	XII. Teepatl.....	1504
XII. Tochtli.....	1478	XIII. Calli.....	1505
XIII. Acatl.....	1479	I. TOCHTLI.....	1506
I. TECPATL.....	1480	II. Acatl.....	f1507
II. Calli.....	1481	III. Teepatl.....	1508
III. Tochtli.....	d1482	IV. Calli.....	c1509
IV. Acatl.....	1483	V. Tochtli.....	1510
V. Teepatl.....	1484	VI. Acatl.....	1511
VI. Calli.....	1485	VII. Teepatl.....	1512
VII. Tochtli.....	e1486	VIII. Calli.....	1513
VIII. Acatl.....	f1487	IX. Tochtli.....	1514
IX. Teepatl.....	1488	X. Acatl.....	1515
X. Calli.....	1489	XI. Teepatl.....	d1516
XI. Tochtli.....	1490	XII. Calli.....	1517
XII. Acatl.....	1491	XIII. Tochtli.....	1518
XIII. Teepatl.....	1492	I. ACATL.....	e1519
I. CALLI.....	1493	II. Teepatl.....	f1520
II. Tochtli.....	1494	III. Calli.....	g1521
III. Acatl.....	1495		

a Quimalpopoca, rey de Tacuba.
 b Nezahualpilli, rey de Acolhuacan.
 c Tizoc, VII rey de México.
 d Ahuitzotl, VIII rey de México.
 e Dedicacion del templo mayor.
 f Totoquihuatzin, II rey de Tacuba.

a Nueva inundacion de México.
 b Motecuzoma Xocoyotzin, rey IX de México.
 c Suceso memorable de la princesa Papantzin.
 d Cacamatzin, rey de Acolhuacan.
 e Entrada de los españoles en México.
 f Cuiclahuatzin, X rey, y Cuauhtemotzin, rey XI de México. Muerte de Motecuzoma, y derrota de los españoles.
 g Toma de México, y ruina del imperio mexicano.



CALENDARIO MEXICANO

DEL

AÑO I TOCHTLI, PRIMERO DEL SIGLO.

Días de nuestro calendario.	Días del calendario mexicano.	Fiestas.
<i>Atlacahualco, 1 mes.</i>		
Febrero 26.....	I. CIPACTLI (1).....	La gran fiesta secular.
27.....	II. Ehecatl.....	Fiesta de Malocatecutli y de los otros dioses del agua, con sacrificios de niños y el gladiatorio.
28.....	III. Calli.....	
Marzo 1.....	IV. Cuetzpallin.....	
2.....	V. Coatl.....	
3.....	VI. Miquiztli.....	
4.....	VII. Mazatl.....	
5.....	VIII. Tochtli.....	
6.....	IX. Atl.....	
7.....	X. Izteuintli.....	
8.....	XI. Ozomatli.....	Sacrificio nocturno de los prisioneros cebados.
9.....	XII. Malinalli.....	
10.....	III. Acatl.....	
11.....	I. Ocelotl.....	
12.....	II. Cuauhtli.....	
13.....	III. Cozacuauhtli.....	
14.....	IV. Olin.....	
15.....	V. Tecpatl.....	
16.....	VI. Cuiahuitl.....	
17.....	VII. Xochitl.....	
<i>Tlacaxipehualiztli, 2 mes.</i>		
18.....	VIII. Cipaetli.....	La gran fiesta de Xipe, dios de los plateros, con sacrificio de prisioneros, y ejercicios militares.
19.....	IX. Ehecatl.....	
20.....	X. Calli.....	
21.....	XI. Cuetzpallin.....	
22.....	XII. Coatl.....	Ayuno de veinte dias de los dueños de los prisioneros.
23.....	XIII. Miquiztli.....	
24.....	I. MAZATL.....	
25.....	II. Tochtli.....	

(1) Los días señalados con letras mayúsculas, son aquellos en que empezaban los pequeños períodos de trece días.

Días de nuestro calendario.	Días del calendario mexicano.	Fiestas.
Marzo 26.....	III. Atl.....	
27.....	IV. Izteuintli.....	
28.....	V. Ozomatli.....	
29.....	VI. Malinalli.....	
30.....	VII. Acatl.....	Fiesta del dios Chicomacatl.
31.....	VIII. Ocelotl.....	
Abril 1.....	IX. Cuauhtli.....	Fiesta del dios Tequitzlimatehuatl.
2.....	X. Cozacuauhtli.....	
3.....	XI. Olin.....	
4.....	XII. Tecpatl.....	
5.....	XIII. Quiahuitl.....	Fiesta del dios Chaucotl, con sacrificios nocturnos.
6.....	I. Xochitl.....	
<i>Tozoztonli, 3 mes.</i>		
7.....	II. Cipaetli.....	Vigilia de los ministros del templo todas las noches de este mes.
8.....	III. Ehecatl.....	
9.....	IV. Calli.....	
10.....	V. Cuetzpallin.....	
11.....	VI. Coatl.....	Segunda fiesta de los dioses del agua, con sacrificios de niños y oblacones de flores.
12.....	VII. Miquiztli.....	
13.....	VIII. Mazatl.....	
14.....	IX. Tochtli.....	
15.....	X. Atl.....	
16.....	XI. Itzeuintli.....	
17.....	XII. Ozomatli.....	
18.....	XIII. Malinalli.....	
19.....	I. ACATL.....	Fiesta de la diosa Coatlicue, con oblacones de flores y procesion.
20.....	II. Ocelotl.....	
21.....	III. Cuauhtli.....	
22.....	IV. Cozacuauhtli.....	
23.....	V. Olin.....	
24.....	VI. Tecpatl.....	
25.....	VII. Quiahuitl.....	
26.....	VIII. Xochitl.....	
<i>Hueitozoztli, 4 mes.</i>		
27.....	IX. Cipaetli.....	Vigilia en los templos, y ayuno general.
28.....	X. Ehecatl.....	
29.....	XI. Calli.....	
30.....	XII. Cuetzpallin.....	Fiesta de Centeotl, con sacrificios de víctimas humanas y codornices.
Mayo 1.....	XIII. Coatl.....	
2.....	I. Miquiztli.....	
3.....	II. Mazatl.....	
4.....	III. Tochtli.....	
5.....	IV. Atl.....	

Días de nuestro calendario.	Días del calendario mexicano.	Fiestas.
Mayo 6.....	V. Itzcuintli.....	Convocacion solemne para la gran fiesta del mes siguiente.
7.....	VI. Ozomatli.	
8.....	VII. Malinalli.	
9.....	VIII. Acatl.	
10.....	IX. Ocelotl.	
11.....	X. Cuauhtli.	Ayuno preparatorio de la fiesta siguiente.
12.....	XI. Cozcacuauhtli.....	
13.....	XII. Olin.	
14.....	XIII. Tecpatl.	
15.....	I. QUIAHUITL.	
16.....	II. Xochitl.	

Toxcatl, 5 mes.

17.....	III. Ciepatli.....	La gran fiesta de Tezcatlipoca, con solemne procesion de penitencia, sacrificio de un prisionero, y salida del templo de las doncellas.
18.....	IV. Ehecatl,	
19.....	V. Calli.	
20.....	VI. Cuetzpalin.	
21.....	VII. Coatl.	
22.....	VIII. Miquiztli.	Primera fiesta de Huitzilopochtli. Sacrificios de víctimas humanas y codornices. Se incensaban con <i>chapopotli</i> ó betun de Juden. Baile solemne del rey, de los sacerdotes y del pueblo.
23.....	IX. Mazatl.	
24.....	X. Tochtli.	
25.....	XI. Atl.....	
26.....	XII. Itzcuintli.	
27.....	XIII. Ozomatli.	
28.....	I. MALINALLI.	
29.....	II. Acatl.	
30.....	III. Ocelotl.	
31.....	IV. Cuauhtli.	

Junio

1.....	V. Cozcacuauhtli.
2.....	VI. Olin.
3.....	VII. Tecpatl.
4.....	VIII. Quiahuitl.
5.....	IX. Xochitl.

Etzaleualiztli, 6 mes.

6.....	X. Cipactli.	La tercera fiesta de los dioses del agua, con sacrificios y baile.
7.....	XI. Ehecatl.	
8.....	XII. Calli.....	
9.....	XIII. Cuetzpalin.	
10.....	I. COATL.	
11.....	II. Miquiztli.	
12.....	III. Mazatl.	
13.....	IV. Tochtli.	
14.....	V. Atl.	
15.....	VI. Itzcuintli.	

Días de nuestro calendario.	Días del calendario mexicano.	Fiestas.
Junio 16.....	VII. Ozomatli	Castigo de los sacerdotes negligentes en el servicio del templo.
17.....	VIII. Malinalli.....	
18.....	IX. Acatl.	
19.....	X. Ocelotl.	
20.....	XI. Cuauhtli.	
21.....	XII. Cozcacuauhtli.	
22.....	XIII. Olin.	
23.....	I. TECPATL.	
24.....	II. Quiahuitl,	
25.....	III. Xochitl.	

Tecuilhuitonli, 7 mes.

26.....	IV. Cipactli.	Fiesta de Huixtocihuatl, con sacrificios de prisioneros, y baile de sacerdotes.
27.....	V. Ehecatl.	
28.....	VI. Calli.	
29.....	VII. Cuetzpalin.	
30.....	VIII. Coatl.	
1.....	IX. Miquiztli.....	
2.....	X. Mazatl	
3.....	XI. Tochtli.	
4.....	XII. Atl.	
5.....	XIII. Itzcuintli.	

Julio

6.....	I. OZOMATLI
7.....	II. Malinalli.
8.....	III. Acatl.
9.....	IV. Ocelotl.
10.....	V. Cuauhtli.
11.....	VI. Cozcacuauhtli.
12.....	VII. Olin.
13.....	VIII. Tecpatl.
14.....	IX. Quiahuitl.
15.....	X. Xochitl.

Huitecuilhuitl, 8 mes.

16.....	XI. Cipactli.....	Segunda fiesta de Centeotl, con sacrificio de una esclava, iluminacion del templo, baile y limosna.
17.....	XII. Ehecatl.	
18.....	XIII. Calli.	
19.....	I. CUETZPALIN.	Fiesta de Macuiltochtli.
20.....	II. Coatl.	
21.....	III. Miquiztli.	
22.....	IV. Mazatl.	
23.....	V. Tochtli.....	
24.....	VI. Atl.	
25.....	VII. Itzcuintli.	
26.....	VIII. Ozomatli.	

Dias de nuestro calendario.	Dias del calendario mexicano.	Fiestas.
Julio 27.....	IX. Malinalli.	
28.....	X. Acatl.	
29.....	XI. Ocelotl.	
30.....	XII. Cuauhtli.	
31.....	XIII. Cozacuauhtli.	
Agosto 1.....	I. Olin.	
2.....	II. Tecpatl.	
3.....	III. Quiahuitl.	
4.....	IV. Xochitl.	
<i>Fluxochimaco, 9 mes.</i>		
5.....	V. Cipactli	Fiesta de Macuilcipactli.
6.....	VI. Ehecatl.	
7.....	VII. Calli.	
8.....	VIII. Cuetzpalin.	
9.....	IX. Coatl.	
10.....	X. Miquiztli.	Segunda fiesta de Huitzilopochtli,
11.....	XI. Mazatl	con sacrificio de prisioneros,
12.....	XII. Tochtli.	oblacion de flores, baile gene-
13.....	XIII. Atl.	ral, y banquete solemne.
14.....	I. Itzeuintli.	
15.....	II. Ozomatli.	
16.....	III. Malinalli.	
17.....	IV. Acatl.....	Fiesta de Xacateuctli, dios de los
18.....	V. Ocelot	mercaderes, con sacrificios y
19.....	VI. Cuauhtli.	banquetes.
20.....	VII. Cozacuauhtli.	
21.....	VIII. Olin.	
22.....	IX. Tecpatl.	
23.....	X. Quiahuitl.	
24.....	XI. Xochitl.	

Xocohuetzi, 10 mes.

25.....	XII. Cipactli.	Fiesta de Xiuhteuctli, dios del
26.....	XIII. Ehecatl.	fuego, con baile solemne, y
27.....	I. CALLI.	sacrificios de prisioneros.
28.....	II. Cuetzpalin.	
29.....	III. Coatl.	
30.....	IV. Miquiztli.	
31.....	V. Mazatl.	
Setiembre 1.....	VI. Tochtli.	
2.....	VII. Atl.	
3.....	VIII. Itzeuintli.	
4.....	IX. Ozomatli.	
5.....	X. Malinalli.	

Dias de nuestro calendario.	Dias del calendario mexicano.	Fiestas.
Setiembre. 6.....	XI. Acatl.	
7.....	XII. Ocelotl.	
8.....	XIII. Cuauhtli.	
9.....	I. COZCACUAUHTLI.....	Cesuban en estos cinco dias to-
10.....	II. Olin.	das las fiestas.
11.....	III. Tecpatl.	
12.....	IV. Quiahuitl.	
13.....	V. Xochitl.	
<i>Ochpaniztli, 11 mes.</i>		
14.....	VI. Cipactli.....	Baile preparatorio de la fiesta si-
15.....	VII. Ehecatl.	guiente
16.....	VIII. Calli.	
17.....	IX. Cuetzpalin.	
18.....	X. Coatl.	
19.....	XI. Miquiztli.	
20.....	XII. Mazatl.	
21.....	XIII. Tochtli.	
22.....	I. Atl.....	Fiesta de Teteoinan, madre de
23.....	II. Itzeuintli.	los dioses, con sacrificio de
24.....	III. Ozomatli.	una esclava.
25.....	IV. Malinalli.	
26.....	V. Acatl.	
27.....	VI. Ocelotl.....	Tercera fiesta de la diosa Cen-
28.....	VII. Cuauhtli.	teotl en el templo Xiuhcalco,
29.....	VIII. Cozacuauhtli.	con procesion y sacrificios.
30.....	IX. Olin.	
Octubre 1.....	X. Tecpatl.	
2.....	XI. Quiahuitl.	
3.....	XII. Xochitl.	

Teotleco, 12 mes.

4.....	XIII. Cipactli.	
5.....	I. EHECATL.	
6.....	II. Calli.	
7.....	III. Cuetzpalin.	
8.....	IV. Coatl.	
9.....	V. Miquiztli.	
10.....	VI. Mazatl.	
11.....	VII. Tochtli.	
12.....	VIII. Atl.	
13.....	IX. Itzeuintli.....	Fiesta de Chiuenuhuitzeuintli,
14.....	X. Ozomantli.	Nahualpilli y Centeotl, dioses
15.....	XI. Malinalli.	de los lapidarios.
16.....	XII. Acatl.	

Días de nuestro calendario.	Días del calendario mexicano.	Fiestas.
Octubre 17.....	XIII. Ocelot,	
18.....	I. Cuauhtli.	
19.....	II. Cozacuauhtli.	
20.....	III. Olin.....	Vigilia de la fiesta siguiente.
21.....	IV. Tecpatl.....	Fiesta de la llegada de los dioses, con gran cena y sacrificios de prisioneros.
22.....	V. Quiahuitl.	
23.....	VI. Xochitl.	

Tepilhuitl, 13 mes.

24.....	VII. Cipactli.....	Fiesta de los dioses de los montes, con sacrificio de cuatro esclavas y un prisionero.
25.....	VIII. Ehecatl.	
26.....	IX. Calli.	
27.....	X. Cuetzpalin.....	Fiesta del dios Chochinco, con sacrificio de un prisionero.
28.....	XI. Coatl.	
29.....	XII. Miquiztli.	
30.....	XIII. Mazatl.	
31.....	I. Tochtli.	
Noviembre 1.....	II. Atl.	
2.....	III. Itzcuintli.	
3.....	IV. Ozomatli.	
4.....	V. Malinalli.....	Fiesta de Centzontotchtin, dios del vino, con sacrificio de tres esclavos de tres pueblos diferentes.
5.....	VI. Acatl.	
6.....	VII. Ocelotl.	
7.....	VIII. Cuauhtli.	
8.....	IX. Cozacuauhtli,	
9.....	X. Olin.	
10.....	XI. Tecpatl.	
11.....	XII. Quiahuitl.	
12.....	XIII. Xochitl (1).	

Quecholli, 14 mes.

13.....	I. CIPACTLI.....	Ayuno de cuatro dias para la fiesta siguiente.
14.....	II. Ehecatl.	
15.....	III. Calli.	
16.....	IV. Cuetzpalin.....	Fiesta de Mixcoatl, dios de la caza. Caza general, procesion y sacrificio de animales.
17.....	V. Coatl.	
18.....	VI. Miquiztli.	
19.....	VII. Mazatl.	
20.....	VIII. Tochtli.	
21.....	IX. Atl.	
22.....	X. Itzcuintli.	
23.....	XI. Ozomatli.	
24.....	XII. Malinalli.	

(1) Aquí termina el primer ciclo de 260 dias, que comprende 20 periodos de 13 dias cada uno.

Días de nuestro calendario.	Días del calendario mexicano.	Fiestas.
Noviembre 25.....	XIII. Acatl.	
26.....	I. Ocelotl.	
27.....	II. Cuauhtli.	
28.....	III. Cozacuauhtli.	
29.....	IV. Olin.....	Fiesta de Tlamatzinecatl, con sacrificios de prisioneros.
30.....	V. Tecpatl.	
Diciembre 1.....	VI. Quiahuitl.	
2.....	VII. Xochitl.	

Panquetzalizli, 15 mes.

3.....	VIII. Cipactli.	
4.....	IX. Ehecatl.....	Tercera y principal fiesta de Huitzilopochtli y de sus compañeros. Ayuno riguroso, procesion solemne, sacrificios de prisioneros y de codornices. Ceremonia de comer la estatua de masa de aquel dios.
5.....	X. Calli.	
6.....	XI. Cuetzpalin.	
7.....	XII. Coatl.	
8.....	XIII. Miquiztli.	
9.....	I. MAZATL.	
10.....	II. Tochtli.	
11.....	III. Atl.	
12.....	IV. Itzcuintli.	
13.....	V. Ozomatli.	
14.....	VI. Malinalli.	
15.....	VII. Acatl.	
16.....	VIII. Ocelotl.	
17.....	IX. Cuauhtli.	
18.....	X. Cozacuauhtli.	
19.....	XI. Olin.	
20.....	XII. Tecpatl.	
21.....	XIII. Quiahuitl.	
22.....	I. Xochitl.	

Atemoztli, 16 mes.

23.....	II. Cipactli.	
24.....	III. Ehecatl.	
25.....	IV. Calli.	
26.....	V. Cuetzpalin.	
27.....	VI. Coatl.	
28.....	VII. Miquiztli.	
29.....	VIII. Mazatl.	
30.....	IX. Tochtli.	
31.....	X. Atl.	
Enero. 1.....	XI. Itzcuintli.	
2.....	XII. Ozomatli.	
3.....	XIII. Malinalli.	
4.....	I. ACATL.	

Días de nuestro calendario.	Días del calendario mexicano.	Fiestas.
Enero. 5.....	II. Ocelotl.	
6.....	III. Cuauhtli.	
7.....	IV. Cozacacuauhtli.....	Ayuno de cuatro días para la fiesta siguiente.
8.....	V. Olin.	
9.....	VI. Tecpatl.	
10.....	VII. Quiahuitl.	
11.....	VIII. Xochitl.....	Cuarta fiesta de los dioses del agua.

Tifal, 17 mes.

12.....	IX. Cipactli.	
13.....	X. Ehecatl.	
14.....	XI. Calli.....	Fiesta de la diosa Hamateuctli, con baile, y sacrificio de una esclava.
15.....	XII. Cuetzpalin.	
16.....	XIII. Coatl.	
17.....	I. Miquiztli.....	Fiesta de Miclanteuctli, dios del infierno, con sacrificio nocturno de un prisionero.
18.....	II. Mazatl.	
19.....	III. Tochtli.	
20.....	IV. Atl.	
21.....	V. Itzcuintli.	
22.....	VI. Ozomatli.....	Segunda fiesta de Xacateuctli, dios de los mercaderes, con sacrificio de un prisionero.
23.....	VII. Malinalli.	
24.....	VIII. Acatl.	
25.....	IX. Ocelot.	
26.....	X. Cuauhtli.	
27.....	XI. Cozacacuauhtli.	
28.....	XII. Olin.	
29.....	XIII. Tecpatl.	
30.....	I. QUIAHUITL.	
31.....	II. Xochitl.	

Izcalli, 18 mes.

Febrero. 1.....	III. Cipactli.	
2.....	IV. Ehecatl.	
3.....	V. Calli.	
4.....	VI. Cuetzpalin.	
5.....	VII. Coatl.	
6.....	VIII. Miquiztli.	
7.....	IX. Mazatl.	
8.....	X. Tochtli.	
9.....	XI. Atl.	
10.....	XII. Itzcuintli.....	Caza general para los sacrificios de la fiesta siguiente.
11.....	XIII. Ozomatli.	
12.....	I. MALINALLI.	
13.....	II. Acatl.	

Días de nuestro calendario.	Días del calendario mexicano.	Fiestas.
Febrero 14.....	III. Ocelotl.	
15.....	IV. Cuauhtli.	
16.....	V. Cozacacuauhtli.	
17.....	VI. Olin.....	Segunda fiesta de Xiuhuetli, dios del fuego, con sacrificio de animales.
18.....	VII. Tecpatl.	
19.....	VIII. Quiahuitl.	
20.....	IX. Xochitl.....	Renovacion del fuego en las casas.

Nemontémi, 6 días inútiles.

21.....	X. Cipactli.....	En estos cinco días no había fiesta de ninguna clase.
22.....	XI. Ehecatl.	
23.....	XII. Calli.	
24.....	XIII. Cuetzpalin.	
25.....	I. COATL.	

El año siguiente, 2 Acatl empezaba en 2 Miquiztli, y los demas continuaban en el mismo orden.

